THE ASCENDED



GRENWICH Y LENNOX

AUTORAS DE *RIFTBORNE*

ALFAGUARA

GRENWICH y LENNOX

THE ASCENDED

LIBRO PRIMERO
DEL DUETO DE LOS AESYMAR
UNIVERSO DE LOS REINOS DIVIDIDOS

Traducción de Cristina Macía

ALFAGUARA

AVISO DE CONTENIDO

The Ascended es una historia de fantasía ambientada en un mundo de seres divinos, poderes celestiales y peligrosas pruebas en las que los mortales dotados de habilidades especiales se ven obligados a competir para ganarse un puesto entre las deidades. En ocasiones, la narración refleja violencia explícita, ejecuciones, derramamiento de sangre, autolesiones (rituales sangrientos), muerte de seres queridos (incluida la de padres), muerte de animales (caza), dolor, ligera autocrítica, encarcelamientos, torturas, descripciones de heridas graves, escenas sangrientas, situaciones límite con amenaza de muerte, agresiones sexuales (fuera del texto, pero se mencionan), sedación forzada, pensamientos suicidas, sacrificio personal, traición, manipulación psicológica, traumas religiosos, separación forzosa de la familia, intrigas políticas, dinámicas de poder, ataduras, consumo de alcohol y drogas, y uso de lenguaje explícito. La historia contiene escenas de rechazo por parte de la comunidad, humillación pública y personajes perseguidos por figuras en posiciones de autoridad. Los lectores que puedan verse afectados por esos elementos deben tenerlo en cuenta.



Para ese momento posterior de reposo,
tras el final de la batalla, en el que debemos afrontar
cómo nos ha transformado la victoria

GUÍA DE PRONUNCIACIÓN

Las tildes señalan la sílaba tónica, al margen de las normas ortográficas.
«Sh» corresponde al sonido de *shower* (inglés), *xai* (catalán), *kaixo* (euskera), etc.

Thais *(Céis)*
Xül *(Sul)*
Thatcher *(Zátcher)*

Aelix *(Éilix)*
Aella *(Éiela)*
Aesymar *(Éisemar)*
Asteria *(Astíria)*
Axora *(Axóra)*
Bellarium *(Beléirium)*
Chavore *(Shavór)*
Davina *(Davína)*

Drakor *(Dréikor)*
Draknavor *(Dráknavor)*
Elysia *(Elísia)*
Hydrathis *(Jaidráces)*
Kavik *(Kávik)*
Kyren *(Káiren)*
Lyralei *(Léirali)*
Marx *(Marx)*
Miria *(Míria)*
Moros *(Móros)*
Morthus *(Mórzus)*
Morvaren *(Mórvaren)*
Novalie *(Nováli)*
Nyvora *(Nevóra)*
Olinthar *(Ólinzar)*
Osythe *(Ósaici)*
Pyralia *(Pairália)*
Pyros *(Páiros)*
Sev'anarath *(Sévaneraz)*
Sulien *(Súlien)*
Sundralis *(Sandrális)*
Sylphia *(Sílfia)*
Syrena *(Sairína)*
Syrenari *(Sirenári)*
Terralith *(Téraliz)*
Thalor *(Zálor)*
Thorne *(Zorn)*
Verdara *(Verdáre)*

Vesper *(Vésper)*
Vivros *(Vívros)*
Vorinar *(Vórinar)*

Primigenios

Los primeros seres, creadores de la existencia y de las razas aesymar y mortal. Extintos.

Los Doce

Los aesymar más poderosos, ahora gobernantes de los reinos divino (Voldaris) y mortal (Elaren).

Los aesymar

El resto del panteón aesymar original.

Leyendas

Aquellos nacidos del linaje original aesymar, junto con los mortales bendecidos que han ascendido a la divinidad gracias a los Juicios. (Todas las Leyendas son aesymar, pero no todos los aesymar son Leyendas).

Mortales bendecidos

Mortales que han desarrollado dones o poderes.

Mortales

Los habitantes de Elaren, el reino mortal.

PRÓLOGO

Al principio solo existían los Primigenios. Seres cuyos pensamientos moldeaban la realidad misma, que insuflaron vida en la nada y pintaron la existencia a través del Abismo.

De sus sueños brotaron océanos y bosques, montañas y estrellas. De sus susurros surgieron los mortales; de su orgullo, los aesymar, hijos divinos que llevaban consigo fragmentos del poder de sus creadores.

Pero el poder engendra ambición.

De entre los aesymar, doce se alzaron sobre los demás. Sus deseos llegaban más lejos, sus apetitos se hacían más intensos, y pronto volvieron sus ojos hacia Elaren, el reino mortal, no como pastores, sino como gobernantes ansiosos por una corona.

De la narración de lo que siguió solo sobreviven fragmentos. Una rebelión susurrada entre himnos medio recordados, una guerra demasiado vasta para que las mentes mortales la puedan comprender. Hay quien dice que los creadores languidecieron, agotados por el acto de dar forma a la realidad. Otros dicen que duermen, más allá de nuestro alcance, a la espera de regresar.

Sea cual sea la verdad, los Primigenios habían desaparecido mucho tiempo atrás.

En su ausencia, Olinthar, el más poderoso de los Doce, reclamó el trono supremo como rey de los dioses. Bajo su dominio nació un nuevo orden, con los Doce en la cúspide; bajo ellos, los demás aesymar y, con el tiempo, los hijos divinos de sus uniones.

Pero la creación no quedó intacta. El poder divino se filtró al mundo mortal como una herida y penetró la carne y los huesos. Algunos mortales, tocados por una chispa demasiado poderosa para sus vidas comunes, se transformaron; se volvieron peligrosos, impredecibles y valiosos.

Y eso dio lugar a los Juicios de Ascensión, un crisol en el que los tocados por el poder podían demostrar su valía. Quienes los superaban se unían al nivel inferior del panteón, honrados como Leyendas. Los que fallaban eran arrojados a un lado, y sus nombres se perdían en el polvo.

Y así, durante milenios, se ha mantenido el orden existente.

CAPÍTULO 1
SAL Y ESTRELLAS

El cuchillo de las ostras se me escurrió y, en vez de introducirse entre las valvas de la obstinada concha, me hizo un corte en el pulgar.

—Mierda —murmuré al ver la sangre que se acumulaba en el corte. Me dolía la cabeza, con ese martilleo típico del exceso de cerveza y la falta de sueño—. Thatcher, idiota —le susurré al cobertizo vacío mientras me chupaba la sangre del pulgar. El sabor metálico se mezcló con el hedor de la marea baja: algas podridas, lodos salinos y el olor penetrante del pescado dejado demasiado tiempo al sol. Una peste que le provocaría arcadas a casi cualquiera.

Pero los criaderos de ostras no esperaban a nadie, ni siquiera a los que sufríamos las consecuencias de las malas decisiones de la noche anterior. Seguro que mi mellizo estaba en alguna cama, bien acompañado, con la misma resaca que yo, pero sin la carga de la responsabilidad.

El agua salada de la siguiente ostra me escoció en la herida y me hizo dar un respingo. ¿Cuándo me había convertido yo en alguien

responsable? Desde luego, no era mi instinto natural. La noche anterior me acudió a la mente como una sucesión de fogonazos. Bailar en las mesas del Banco de Arena, la única taberna de nuestra diminuta aldea. Animar a la multitud a cantar canciones marineras subidas de tono, tan obscenas que harían sonrojarse a un capitán. Retar a tres marineros a un concurso de bebidas y ganarlo mientras Thatcher vitoreaba y recogía las ganancias de la apuesta. Los igualé vaso a vaso, y el último lo estampé en la mesa, sin perder el equilibrio, mientras a mi alrededor estallaba un estruendoso aplauso. Y, aun así, había logrado salir a rastras de la cama al amanecer mientras mi hermano dormía la mona.

El peso de asegurarme de que todo fuera bien me había caído sobre los hombros años atrás, como un manto que no pedí, pero del que no conseguía librarme. Cada decisión, cada elección, exigía examinar las consecuencias con todo cuidado. ¿Y si no se clasificaban las ostras correctamente? ¿Y si no ganábamos lo suficiente en el mercado? ¿Y si fracasaba en lo único que Sulien esperaba de mí, esa sencilla fiabilidad, esa tranquila eficiencia que parecía ser la única moneda de cambio que aún podía ofrecerle? Los cálculos mentales continuos me agotaban más que cualquier trabajo físico.

Cogí otra ostra. Se rindió ante mi cuchillo y me mostró la carne reluciente escondida bajo la concha nacarada.

La arrojé a la cesta destinada al mercado y cogí otra de la pila, para establecer un ritmo de trabajo pese a la jaqueca. Briden siempre reservaba dos cestas de ostras sin cáscara para sus primeros clientes. Era lo primero que preparábamos; las empaquetábamos con hielo y algas y las entregábamos antes incluso

de que abriera el mercado. Las demás las llevábamos vivas y las íbamos abriendo a medida que nos las pedían. Era muy pesado, pero así las ostras estaban frescas y obteníamos mejor precio.

La puerta se abrió por fin con un crujido y derramó la dura luz matinal sobre las gastadas tablas del suelo.

—Pareces una mierda recalentada —dije, sin molestarme en mirar—. Recalentada dos veces, de hecho.

Thatcher se echó a reír, y el sonido me rebotó entre las sienes y contribuyó al dolor de cabeza.

—Y a ti se te ve radiante, hermanita, con ese brillo especial que solo brota del rencor reconcentrado.

Entró contoneándose, con una hora de retraso y muy pero que muy satisfecho de sí mismo. Llevaba la camisa de lino arrugada y mal abotonada, con el tejido de color verde oscuro torcido sobre los hombros, y el pelo despeinado y apuntando en varias direcciones muy creativas, una señal inconfundible de dedos que no eran los suyos.

Yo vestía ropa práctica y gastada: una blusa de color crema metida en unos pantalones marrón oscuro con más parches de los que podría contar, gruesas botas de cuero rozadas de tantos años de caminar por la playa y un viejo chaleco de pesca que había pertenecido a Sulien y en cuyos bolsillos aún quedaban restos de redes y trozos de cáscara.

Tenía el pelo tan negro como el de Thatcher, pero el mío se ondulaba y caía hasta los hombros, mientras que él lo llevaba muy corto. Ambos teníamos la misma mandíbula cuadrada, los mismos hoyuelos y las mismas pecas dispersas sobre una piel clara, aunque bronceada por años de costas soleadas. Los ojos añiles eran un

rasgo heredado de nuestra madre, como también la tozudez y la tendencia a meternos en líos, o eso decía Sulien.

—Qué amable por tu parte agraciarme con tu presencia —dije tras tirar una concha vacía a la pila de desechos y ajustarme un mechón detrás de la oreja—. ¿Tu nueva conquista te ha echado a patadas por fin o te has largado antes de que te descubriera su padre?

Thatcher cogió un cuchillo, se sentó a mi lado en la mesa de clasificación y extendió la mano para coger una ostra.

—Lo segundo —respondió con una irritante sonrisa—. Por cierto, la hija de Keth te manda saludos.

—¿Cuál de ellas? —pregunté, aunque conocía la respuesta. La hija menor del anciano llevaba todo el verano haciéndole ojitos a mi hermano, la muy idiota.

—La guapa —respondió con una sonrisa aún más amplia mientras abría una ostra sin esfuerzo. Era frustrante ver lo bien que se le daba el trabajo, aunque estuviera medio dormido y algo borracho. Todo le resultaba fácil; la suya era una vida privilegiada en la que todo salía bien, las puertas se abrían sin empujarlas, las sonrisas brotaban sin esfuerzo—. Ya sabes que me gustan más las rubias.

—Son guapas las dos. —Tiré otra ostra a la cesta para el mercado—. Y ambas son demasiado buenas para ti. Espero que ella sepa que no la consideras más que otra muesca en el cinturón.

—Ah, sabía muy bien lo que iba a obtener. —Thatcher sacudió las cejas, con un gesto tan ridículo que casi le perdoné dejarme sola toda la mañana—. Y lo ha obtenido, de forma repetida, hasta hace una hora o así. Aunque se ha expresado con otras partes del cuerpo.

Le di un buen codazo en las costillas.

—Qué debilucha —se burló.

Con una sacudida del cuchillo le rocié la cara con el agua salada de una ostra. Escupió y tosió con fingidos aspavientos.

—¿Qué intentas? ¿Ahogarme? Creía que estarías de mejor humor después de bañarte a medianoche con tu enamorado.

—Al salir de la taberna me di un paseo por la bahía. Sola. —Me encogí de hombros.

—Sola, ¿eh? —La palabra iba cargada de insinuaciones.

—A diferencia de otros, yo no necesito compañía cada hora del día.

Mi hermano me golpeó el hombro con el suyo.

—Mentirosa. Estuviste con Marel. Cuando has estado con él te lo noto; tienes esa mirada ufana, como de alguien que se sale con la suya. —Se me acercó más y bajó la voz—. Además, detrás de la oreja tienes una marca de mordisco que se te ha pasado por alto al vestirte.

Enrojecí y me llevé la mano al cuello de inmediato. Thatcher estalló en carcajadas.

—Imbécil presuntuoso —siseé, y le lancé más agua de las ostras, pero no pude evitar esbozar una sonrisa—. ¿Por qué me ha tenido que tocar un hermano como tú?

—Porque sin mí te morirías de aburrimiento —respondió, y abrió tres ostras seguidas con habilidad. Presumido. Me miró de reojo, y su voz adoptó un tono sincero—. ¿Cuándo te vas a rendir y le vas a dejar cortejarte en condiciones? Marel lleva persiguiéndote… ¿dos años, ya?

Mantuve los ojos fijos en el trabajo, sin perder el ritmo.

—No es lo que piensas.

—Podría.

—No lo será —respondí con seriedad—. Y lo sabes.

Thatcher suspiró, pero dejó de insistir. Me conocía bien y sabía que, si ya había tomado una decisión, no merecía la pena discutir. Además, era muy consciente de lo que yo pensaba sobre ese tema. Era mejor que la cosa no fuera a mayores. Que Marel me viera tan solo como un placer ocasional, un espíritu salvaje imposible de domesticar, aunque él buscase algo más. Con el tiempo, seguiría adelante.

La mano de Thatcher se posó un instante sobre la mía y detuvo mi cuchillo. Cuando levanté la vista para mirarlo, no vi ninguna burla en sus rasgos, solo comprensión. Aunque persiguiese a todas las mujeres disponibles del pueblo, en lo más profundo llevaba la misma carga que yo. A mí.

Para nosotros, algunas puertas permanecerían cerradas para siempre.

—Sabes que te apoyo por completo, Thais. Siempre.

Asentí con un gesto y volví a concentrarme en el trabajo. Por la razón que fuese, nunca había dudado de esas sencillas palabras.

Terminamos la primera tanda justo cuando el sol asomaba por el horizonte y pintaba de oro el agua que se extendía más allá de las ventanas del cobertizo. Salimos al fresco aire matutino. El pueblo de Cresta Salada se extendía frente a nosotros. Los barcos de pesca salpicaban el puerto; los más madrugadores ya descargaban las capturas de la mañana. Nuestra cabaña se hallaba a corta distancia de la costa, y de la chimenea brotaba un hilo de humo.

Me detuve para apreciar el mismo paisaje que había visto cada

día de mis veintiséis años de existencia. Sencillas casas de gastados tablones grises, el templo de piedra en la colina, las redes de pesca colgadas a secar entre postes. Allí nunca cambiaba nada, y eso era justo lo que necesitábamos. Quizá por esa razón no rechazaba nunca los retos de taberna, los chapuzones en aguas bravas, las citas nocturnas.

Porque no me lograba sacudir de encima la sensación de que, en un momento u otro, todo aquello terminaría.

Cuando llegamos con las cestas de ostras frescas, la plaza del mercado estaba sumida en el bullicio y ajetreo de todas las mañanas. Thatcher empezó enseguida a montar nuestro tenderete mientras yo llevaba las ostras del día a la parte frontal y las disponía en filas bien ordenadas sobre lechos de algas.

—Pero si son los mellizos Morvaren —nos dijo Dorna, la esposa del panadero, que se acercaba con una cesta de panecillos calientes —. Os veo más ojerosos que de costumbre.

—Habla por ti, Dorna —respondí con una sonrisa fugaz—. Yo tengo mejor aspecto que nunca.

Se rio y se le arrugó toda la cara.

—He oído decir que, entre tu hermano y tú, anoche casi dejasteis seco el Banco de Arena.

—Medio seco —corrigió Thatcher, al tiempo que se plantaba a mi lado y cogía un panecillo de la cesta—. Hemos dejado el resto para esta noche.

—Tan amables como siempre —comentó Dorna, que sacudió la cabeza con gesto comprensivo—. Vuestro padre debe de estar muy orgulloso. —Se dirigió al siguiente tenderete, dejando a su paso el olor del pan recién horneado.

La mañana transcurrió en una agradable sucesión de ventas y cotilleos. Una buena carga significaba ganar un buen dinero, y lo que habíamos llevado al mercado era lo mejor de lo mejor. Thatcher, para sorpresa de nadie, se fue a dar una vuelta por ahí y me dejó a cargo de los últimos clientes. Lo vislumbré al otro lado de la plaza, apoyado en una pared, mientras obsequiaba a la hija del herrero con una sonrisa encantadora.

Por fin hubo un momento de calma, que me ofreció la oportunidad que buscaba. Me agaché para ocultarme detrás del tenderete, en el estrecho hueco entre dos edificios, donde nadie podría verme. Miré de reojo para asegurarme de estar sola, volví las palmas de las manos hacia arriba y me concentré.

A la luz del día las estrellas no eran visibles, pero daba igual. Siempre estaban allí, conectadas conmigo de una forma que no sabría explicar. Un hormigueo familiar me entumeció las yemas de los dedos, y luego sentí una fría ráfaga de poder al tiempo que sobre las palmas me aparecían diminutos puntos de luz que se enroscaban formando constelaciones en miniatura.

Les di forma a las luces con la mente y las transformé en un pececillo que nadaba en el aire sobre mis palmas. La luz proyectaba sombras azules en mi piel, hermosas, prohibidas y aterradoras, todo a la vez. Aquel era el secreto que podía acabar con todo; el poder con el que había nacido, la razón de que nunca pudiésemos irnos de Cresta Salada.

Un pinchazo súbito en la nuca me hizo cerrar el puño y extinguir las luces. Salí de nuevo a la vista y, con expresión indiferente, recoloqué las pocas ostras que quedaban.

Thatcher apareció a los pocos instantes; ya se había olvidado de

la hija del herrero.

—¿Otra vez practicando? —murmuró en un tono tan bajo que solo yo pude oírlo.

—Un poquito —reconocí—. Se había ido acumulando.

Asintió. Mi poder era como un pozo que siempre se volvía a llenar; si no lo liberaba poco a poco y de forma controlada, acabaría por desbordarse. Y, desde luego, no podíamos permitir que sucediera algo así.

—Ten cuidado —fue lo único que me dijo; pero me di cuenta de que estaba preocupado. Thatcher llevaba toda la vida siendo cuidadoso para protegerme, asegurándose de que nadie nos prestaba demasiada atención, desviando las miradas cargadas de sospecha, inventando excusas si era necesario.

—Siempre —respondí, y choqué el hombro contra el suyo—. Además, tú me cubres las espaldas.

Venía ocurriendo desde hacía generaciones: mortales que manifestaban poderes que antaño pertenecían en exclusiva a los dioses. Empezó siglos atrás, cuando el velo que separaba los reinos mortal y divino se hizo más tenue y permitió que la energía cósmica fluyera a nuestro mundo como el agua de una presa agrietada. Unas gotas, al principio. Pequeños dones, casi imperceptibles.

Sin embargo, con el tiempo, la grieta se ensanchó. Cada vez más mortales empezaron a mostrar señales de la bendición divina. La capacidad de manipular el fuego, de hablar con los animales, de curar las heridas con un simple contacto. Pero ese poder nunca había estado destinado a las manos mortales. Y los dioses se dieron cuenta, por supuesto. ¿Cómo no iban a notarlo?

Así que crearon los Juicios de Ascensión. Una vez por decenio,

reunían a aquellos que tenían algún don, los ponían a prueba, los quebraban y los reconstruían a imagen de los dioses. Unos cuantos ascenderían y se unirían al panteón. Los demás morían, y los aesymar recuperaban sus poderes.

Eso era lo que contaban los sacerdotes: que los dioses, en su benevolencia, permitían que los mortales dignos de ello se unieran a sus filas. Pero las historias no añadían que la participación no era opcional. A los que renunciaban a ese «honor» se los llevaban a la fuerza. Y daban caza a quienes escondían sus habilidades; a veces los ejecutaban para dar ejemplo.

Al terminar la tarde, nuestras cestas estaban vacías y los monederos habían adquirido un peso muy satisfactorio. Andábamos recogiendo el tenderete cuando reparamos en que en el puerto había más actividad de lo normal. Estaban llegando otros navíos, más grandes que las barcas de pesca habituales. Se me revolvió el estómago al contemplar los elegantes barcos con sus velas impolutas. Los sacerdotes de los aesymar siempre aparecían en barcos así, hermosos y terribles en su perfección.

Venían para los Juicios, sí, pero también para cumplir sus tareas trimestrales, recoger ofrendas y asegurarse de que los altares de la costa estuvieran bien cuidados. Eran sirvientes mortales de los amos divinos y exhibían una autoridad prestada que los hacía casi tan temidos como a los propios dioses.

Thatcher siguió mi mirada y entornó los ojos.

—Llegan pronto para el festival.

A pesar del cálido sol de la tarde, la palabra me produjo un escalofrío. Había conseguido no pensar en la fecha cada vez más cercana, sacármela de la mente en cuanto asomaba. Todavía

faltaban dos semanas para el festival que señalaba el comienzo de los Juicios.

El hijo del tonelero pasó corriendo y casi se llevó por delante nuestro tenderete.

—¡Perdón! —gritó sin mirar atrás ni frenar el paso—. ¡Tengo que decirle a Keth que hay que empezar con los preparativos!

—No pasa nada —dijo Thatcher sin alzar la voz; percibía la tensión que me embargaba a través de aquel vínculo que nos había unido desde que nacimos. Cuando estábamos muy cerca, nuestras voces podían recorrer el hilo que nos conectaba. En otros casos, solo eran sensaciones, ecos de nuestros pensamientos.

No era cierto que no pasara nada, y ambos lo sabíamos. Antes del festival, los sacerdotes buscaban a aquellos dotados de dones. Los llamaban «los bendecidos».

Aquella noche, la ansiedad se adueñó de la cena. Era evidente que nuestro padre, Sulien, había oído la noticia de la llegada de los sacerdotes. No lo dijo en voz alta, pero se le notaba en que bebía más de lo habitual, en las arrugas que se le formaban alrededor de los ojos cada vez que nos lanzaba un vistazo a Thatcher y a mí.

—Buena captura hoy —comentó. Jugueteaba con la comida del plato.

—Lo hemos vendido todo —confirmé—. He conseguido que Breen pague más por el pedido de la boda.

Sulien sonrió con esfuerzo.

—Una dura negociadora. Esa es mi chica.

Thatcher me dio una patada suave bajo la mesa, como una señal silenciosa entre nosotros. Negué con la cabeza de modo casi imperceptible. Sabía lo que quería que dijera, pero yo no tenía la

más mínima intención de sacarlo a colación, así que me lancé a contar una historia sobre los chismorreos de Dorna en el mercado, hasta que logré arrancarle a mi padre una risita.

—Entonces, los sacerdotes… —intervino Thatcher de repente mientras me miraba.

La mano de Sulien se cerró con tanta fuerza sobre el vaso que creí que iba a estallar en pedazos.

—Este año han llegado pronto —comenté al ver que no decía nada.

—Era inevitable —respondió por fin, tenso y en voz baja. Rellenó el vaso y al hacerlo derramó unas gotas de vino tinto que parecían de sangre sobre la mesa de madera—. El festival se acerca. Siempre acaba por llegar el momento.

—Dos semanas antes de tiempo —insistí sin poder evitarlo—. Eso no es normal.

Sulien apuró medio vaso de un solo trago.

—Esa gente no tiene nada de normal. Nada de bueno.

La amargura de su voz nos sumió a todos en el silencio durante unos instantes. Era muy infrecuente que habláramos de los dioses, de lo que le ocurrió a nuestra madre.

—¿Y si nos marchamos? —sugerí, no por primera vez—. Podríamos ir a algún otro sitio.

—¿Adónde? —Sulien rio sin ganas—. ¿A las ciudades, donde hay sacerdotes en cada calle? ¿A las montañas, donde escudriñan a cada viajero? Aquí, al menos, solo somos criadores de ostras; nadie nos mira dos veces. —Negó con la cabeza—. Esta aldea es el sitio más seguro que vais a encontrar.

Las palabras flotaron en el aire como una sentencia de muerte.

Me quedé mirando el plato, pero había perdido el apetito. Thatcher me cogió la mano bajo la mesa y me dio un apretón en solidaridad.

—Después de lo que le hizo a ella —susurré, con una furia que solía mantener muy controlada ardiéndome en el pecho—, no se merece seguir teniendo ese poder sobre nosotros.

Los ojos de Sulien se clavaron en los míos, pero al ver mi expresión se dulcificaron.

—No —coincidió en voz baja—. No se lo merece.

Mi madre había viajado al interior durante el solsticio, veintisiete años antes. El gran templo atraía a millares de personas que acudían al descenso del dios. Ella fue con otros jóvenes del pueblo, que buscaban bendiciones para casarse y tener hijos sanos; jamás imaginó que atraería el interés de un miembro de los Doce. Solo era una fiel devota más cuando él llegó envuelto en su gloria dorada, cuando una joven podía desaparecer durante tres días y a sus compañeros de viaje se les decía que había caído enferma y la estaban cuidando los sanadores del templo.

Según Sulien, ella jamás habló de lo que pasó aquellos tres días, ni siquiera con él. Pero cuando regresó a Cresta Salada, callada y con la mirada perdida, cuando los mareos matinales empezaron unos meses después, él mismo pudo deducirlo.

Para una mujer que llevase en su seno a un hijo semidivino, solo había un destino posible: la muerte. Al menos en Elaren.

Solo una madre había sobrevivido al parto, que se produjo en el reino divino.

Un pesado silencio se adueñó de la mesa, roto tan solo por el suave chisporroteo del fuego. Podía percibir el peso de los temores sobreentendidos, de aquella conversación que habíamos soslayado

durante años y que por fin exigía salir a la luz.

—Te acuerdas de lo que me prometiste —dijo Sulien en voz baja. Me buscó con los ojos. No era una pregunta.

—Me acuerdo —dije con un nudo en la garganta.

—Nunca muestres lo que eres. —Se le quebró la voz—. No podría soportarlo. Y menos después de lo mucho que le costó a tu madre traerte al mundo.

Le hice la promesa años atrás, cuando mis poderes se manifestaron por primera vez. Sulien me había hecho jurar por la memoria de mi madre que nunca acudiría a los sacerdotes, que nunca revelaría lo que podía hacer. El hombre que nos había criado como si fuésemos sus propios hijos, que había amado a nuestra madre más que a nada y a nadie… No podía romperle el corazón.

—Lo sé —susurré—. No lo haré.

Thatcher nos miraba a uno y a otro. Comprendía el peso que me ataba, aunque no lo compartiese del todo.

Siempre habíamos supuesto que Thatcher también desarrollaría algún don. La sangre divina corría por sus venas tanto como por las mías, y los poderes solían manifestarse en la adolescencia, con los primeros atisbos de madurez. Pero habían pasado los años y, mientras yo aprendía a ocultar constelaciones entre los dedos, Thatcher se mantuvo dentro de la más tozuda y segura normalidad.

Para cuando cumplimos veinte años, Sulien había dejado de vigilarlo con la misma atención inquieta que me dedicaba a mí. Todos habíamos acabado por aceptar que la tómbola cósmica que me había otorgado mis habilidades se había saltado a Thatcher.

Sin embargo, la bendición acarreaba su propia maldición. Thatcher era libre de llevar una vida normal, de hacer amigos de

verdad, de establecer relaciones duraderas. Pero se abstenía de ello, igual que yo. Mi secreto se había convertido en el de toda la familia.

Sulien no se había vuelto a casar y ni siquiera cortejó a nadie en serio, aunque yo había visto las miradas que le echaban algunas mujeres del pueblo. ¿Cómo podía arriesgarse? ¿Cómo establecer una relación estrecha con una persona, y que se diera cuenta de la cautela con la que vivíamos? ¿Y cómo iba a someterla al mismo peligro al que nos enfrentábamos nosotros?

Y Thatcher… Se reía, coqueteaba y entretenía a todo el mundo, pero yo a veces veía la soledad asomarle a los ojos, y el modo en que se apartaba cuando las cosas empezaban a volverse serias.

Ambos estaban atrapados por lo que yo era. Vivían a medias por mi culpa.

Y ninguno de los dos me lo echaba en cara. Deberían… Bien sabían los dioses que yo me culpaba por los tres. A veces, por la noche, me quedaba despierta en la cama pensando en lo diferentes que serían sus vidas si yo… no estuviera. Si me entregase de forma voluntaria y los librase de esa carga.

Ese pensamiento siempre me llevaba de vuelta a la promesa hecha a Sulien, la cadena que me ataba a aquella vida. Pero, a veces, en mis momentos más sombríos, me preguntaba si honrar aquella promesa sería un acto de amor o de supremo egoísmo.

—¿Thais? —Sulien interrumpió el hilo de mis pensamientos—. Hazme un favor: esta semana, sal con la tripulación de Jorik. Sé que está buscando un poco de ayuda. Thatcher y yo nos encargaremos de los criaderos.

Asentí despacio. Con los sacerdotes acechando, estaría más a salvo en el mar que en tierra.

Tras la cena me escabullí para ir a la playa. El cielo nocturno se extendía sobre mí a medida que el crepúsculo se transformaba en oscuridad completa. Caminé por la orilla hasta encontrar una cala apartada, oculta de la vista del pueblo por un promontorio rocoso.

Allí por fin pude dejarme llevar. Levanté las manos y sentí la conexión con las energías celestiales que latían a millones de leguas y que, sin embargo, moraban en mi interior. La luz se me acumuló alrededor de los dedos.

Moldeé la luz para formar una esfera que flotaba frente a mí y proyectaba un fulgor blanco azulado sobre el agua y la arena. Dar rienda suelta al poder era vivificante y atenuaba por fin la presión constante que sentía en el pecho.

Pero, en medio de ese placer, se coló un odio que conocía bien; aquel don, aquella maldición, le pertenecía a él. La habilidad me recorría las venas junto con su sangre, lo que me convertía en un arma y una herida. Yo era la prueba viviente de la tiranía; mi mismísima existencia era el resultado de la violencia. A veces me gustaría haber nacido bendecida, como los mortales que, en ocasiones, de forma aleatoria, manifestaban habilidades. Así, al menos mi poder me pertenecería solo a mí, en vez de ser un recordatorio constante y enfermizo de él.

—Impresionante —se oyó una voz a mis espaldas.

No me sobresalté. Lo había percibido a través de nuestro vínculo.

—¿Otra vez revoloteando a mi alrededor? —le pregunté sin volverme.

Thatcher se puso a mi lado; mi esfera de luz le iluminó el rostro.

—Cada vez eres más fuerte.

Era cierto. Año tras año, el poder se hacía más insistente, más difícil de contener.

—¿Te asusta? —le pregunté, más vulnerable de lo que solía permitirme.

—No —respondió—. Es hermoso. —Permanecimos en silencio, contemplando la luz que me bailaba entre las manos. Al cabo de un rato, Thatcher siguió hablando—. Los sacerdotes no te encontrarán. Hemos logrado ocultarlo todo este tiempo… Dos semanas más y se irán.

Dejé que la luz se extinguiera y nos sumimos de nuevo en la oscuridad.

—Y, después, diez años más hasta los siguientes Juicios. Y luego otros diez. Siempre ocultos, siempre cuidadosos. Siempre asustados.

—¿Preferirías que te capturasen? —No había condena en su voz, solo curiosidad.

Sopesé la pregunta, con la vista clavada en el cielo nocturno.

—A veces me gustaría tener la libertad de usar este poder. Ver de qué soy capaz realmente.

En realidad, me lo había imaginado incontables veces. De pie, en algún gran estadio, alcanzaba las estrellas y con su luz daba forma a mis propias armas. En mi fantasía, nunca tenía miedo, no me entorpecían ni el secreto ni los límites de mi propia comprensión. Solo me sentía… libre. Poderosa. Completa.

El autodesprecio que me provocaba atreverme a imaginar algo así siempre acababa por agriar aquellos sueños de liberación.

A veces fantaseaba con entrar en los Juicios, no para ascender, sino para destruir. Con usar lo que fluía a través de mí, no para complacer a los dioses, sino para dañarlos. Para hacerles pagar lo

que les habían hecho a mi madre y a tantos otros. La parte más oscura de mí susurraba que sería una justicia irónica y merecida volver contra él el mismo poder cuya existencia había provocado. Pero eso significaría dejar atrás a mi hermano, a mi padre. Traicionar a Sulien.

—Matan a muchos más de los que elevan —me recordó Thatcher —. Que te lleven a la fuerza no es libertad; es una muerte casi segura.

—Lo sé. —Suspiré y dejé que la realidad se reasentase en mis hombros—. Es solo que… ¿Nunca te preguntas qué hay más allá, fuera de Cresta Salada?

Thatcher guardó silencio un instante.

—Nunca me ha hecho falta preguntármelo —dijo por fin—. Aquí siempre he tenido todo lo que necesitaba. —Me dio un golpecito con el hombro—. Además, si no te tuviera cerca para controlarme, me aburriría mucho.

No pude evitar reírme.

—Como si alguien pudiera controlarte.

El perfil de Thatcher se recortaba contra la noche; su expresión era relajada y tranquila. De nosotros dos, él siempre había sido el optimista, convencido de que la suerte nos acompañaría y podríamos seguir con nuestra vida, restringida pero cómoda, para siempre. Nunca tuve valor para decirle que no sabía qué temía más, si que me descubrieran o pasarme toda la vida escondida.

—¿Piensas en él alguna vez? —La pregunta se me escapó sin pensarlo.

—¿En quién?

—En él. En Olinthar. —Me sentí rara al oír ese nombre salir de

mis labios. Era la primera vez que lo pronunciaba en años. El propio rey de los dioses, señor de los Doce aesymar, amo de la luz celestial. El ser que nos había engendrado.

Detrás de nosotros, una estrella atravesó el cielo como una centella brillante hasta desvanecerse en la oscuridad. Fui consciente de su caída sin necesidad de darme la vuelta.

CAPÍTULO 2
MAR Y TIERRA

El Resolución surcaba las olas dejando a su paso un rastro de espuma blanca. El casco crujía bajo el peso de las capturas de la mañana. Con los músculos tensos por el esfuerzo y la soga quemándome las palmas, tiré de otra red para subirla a bordo y sonreí al ver los cuerpos plateados que se agitaban en la malla. Al verme soltar la carga en cubierta, los otros pescadores me miraron con receloso respeto.

—Maldita sea, Thais —dijo el viejo Henrik, entre resuellos, mientras se limpiaba el sudor de la arrugada frente—. Haces que parezcamos niños.

—Quizá deberías comer más de vuestra propia pesca —respondí, y mis palabras arrancaron carcajadas a la tripulación—. Así, esos brazos flacuchos ganarían algo de músculo.

El capitán, Jorik, sacudió la cabeza y sonrió.

—Eso es lo que pasa por apostar contra una Morvaren. Tu hermano ya me avisó de que nos ibas a desplumar.

Llevábamos en el mar desde antes del amanecer, siguiendo las

corrientes profundas, donde estaba la mejor pesca. Me ofrecí para esa salida a petición de Sulien, pero también porque necesitaba hacer algo con las manos. El trabajo físico siempre había sido mi antídoto contra el exceso de energía.

—Una carga más —ordenó el capitán, y señaló una prometedora zona de aguas oscuras—. Y luego regresamos antes de que cambie la marea.

Me dirigí a la red; el agua del mar me salpicó y me refrescó la piel caliente por el sol. El trabajo era agotador, pero, a la vez, sincero: sin excusas, sin peligros ocultos, solo músculos enfrentados al botín del mar. Durante unas horas podía olvidar todo lo demás y perderme en el ritmo de lanzar la red y recogerla.

—Te lo estás pasando demasiado bien —señaló Henrik, que me observaba recoger soga mientras se secaba la frente.

—Es mejor que abrir ostras todo el día —respondí. Probé el peso de la red—. Aquí, al menos, lo único que intenta cortarme es la soga.

—Cierto, pero las ostras no se resisten cuando tiras de ellas —añadió Tam con una sonrisa—. Los peces tienen más ganas de pelea.

—Y yo también —respondí, lo que me granjeó otra ronda de risas.

La última red volvió cargada, como si quisiera arrastrarnos a todos al fondo. Agarré la parte de soga que me tocaba y, al tirar con fuerza, noté una quemazón conocida en los hombros. A mi alrededor, los pescadores tiraban también entre gruñidos y juramentos.

Sin pensar lo que hacía, tiré con más fuerza. La red escaló el

costado del barco, atravesando el agua como si no pesara nada.

—Joder —dijo Tam al notar que lo que debería haber sido un trabajo agotador avanzaba muy deprisa—. O hemos tenido mucha suerte con la corriente o…

«Oh, mierda».

Solté la cuerda tan rápido que Henrik casi se cayó de bruces.

—¡Eh, cuidado! —ladró mientras la soga se sacudía y le daba tirones.

—Perdón. —La cogí de nuevo y dejé que el peso tirara de mí. Mis hombros protestaron, no por el esfuerzo, sino por tener que fingir de repente que era difícil. Thatcher y yo siempre habíamos sido más fuertes de lo normal. Otro efecto de nuestra ascendencia.

—Esto pesa más de lo que parece —comenté.

—Y que lo digas —gruñó Henrik, con el rostro enrojecido y empapado de sudor.

La red por fin salió del agua y los peces cayeron en cascada a la cubierta. Los hombres parecían complacidos.

—Un buen día de trabajo —dijo Jorik mientras inspeccionaba las capturas—. Lo has hecho muy bien, Thais. Pocos marineros de agua dulce aguantarían un día de trabajo como este.

Pese a sentirme preocupada, el cumplido me satisfizo.

—Me alegro de haber salido al mar —respondí—. Gracias por dejar que me uniera a la tripulación.

Cuando atracamos en el muelle, el puerto bullía de actividad. Los sacerdotes habían llegado, sin duda, y acompañados de sirvientes como para llenar la aldea.

—¡Thais! —Lira, la sanadora del pueblo, se me acercó con paso confiado. Llevaba el pelo canoso trenzado con conchas pequeñas.

Desde que yo tenía uso de razón, ella había curado cada fiebre y cada rodilla arañada de Cresta Salada.

—Lira —saludé, más curiosa que inquieta—. ¿Qué te trae por los muelles? ¿Alguien necesita una cura?

Su risa fue vibrante y contagiosa.

—Solo estoy pendiente de nuestros ilustres visitantes, para asegurarme de que no asusten demasiado a los niños. —Miró de reojo los barcos de los sacerdotes y adoptó una expresión más seria —. Están haciendo más preguntas que de costumbre, Thais.

—¿Han…? —Tragué saliva con dificultad—. ¿Han mencionado a alguien en concreto?

La mano arrugada de Lira se me posó en el brazo.

—Aún no han mencionado ningún nombre. Pero muestran especial interés por los jóvenes, cualquiera entre los veinte y los treinta años. —Clavó la mirada, penetrante a pesar de su edad, en la mía—. Tened cuidado vosotros dos.

Lira nunca había preguntado, pero estuvo presente cuando nacimos, una de las pocas personas que fueron testigos de los últimos instantes de vida de mi madre. Ayudó a Sulien en aquellas primeras y terribles semanas, cuando éramos demasiado pequeños y frágiles, y él estaba demasiado destrozado para cuidarnos como era debido. Si alguien tenía motivos para sospechar era ella. Pero jamás había hecho preguntas.

—Lo tendremos —prometí, pero las palabras sonaban inadecuadas ante una amenaza de ese calibre.

Lira me apretó el brazo otra vez y se marchó; pero su aviso no se me fue de la mente mientras cargaba con mi parte de las ganancias del día y me dirigía a casa por las calles de la aldea.

Pasé junto al templo de la colina y vi un grupo de figuras con inmaculadas túnicas blancas que hablaban con el anciano Keth. Incluso de lejos, me fijé en que se comportaban como lo harían los sirvientes de Voldaris, el reino divino.

Uno de ellos levantó la mirada cuando pasé y nuestros ojos se cruzaron en la distancia. Por un instante me sentí desnuda, como si aquellos ojos vacíos pudiesen atravesarme y ver el secreto que me ardía en el pecho. Luego el momento pasó, el sacerdote reanudó la conversación y yo me alejé a toda prisa, con paso inseguro.

«Cálmate —me dije—. No te puede leer la mente».

Pero, mientras apretaba el paso, me temblaban las manos.

Cuando llegué a la cabaña, Thatcher estaba recostado en su silla habitual, junto al fuego, y tallaba un trozo de madera.

—A ver si lo adivino: has vencido a todos los pescadores en su propio juego y todavía no saben cómo lo has hecho.

—Más o menos. —Me hundí en la silla que había frente a la suya y acepté la taza de té que Sulien me trajo de la cocina.

Permanecimos un rato en silencio, relajados, mientras nos acomodábamos a las rutinas de la tarde. Sulien leía un viejo libro, Thatcher seguía tallando y yo dejé que mis hombros por fin se relajasen de la tensión acumulada del día.

—Hoy me voy a acostar pronto —anuncié al acabarme el té. Me puse en pie y me estiré—. Mañana será otro largo día en el mar, si Jorik me acepta de nuevo.

—Sería tonto si no —señaló Thatcher sin levantar la vista de su talla—. Le has hecho ganar más dinero hoy de lo que consigue con su tripulación habitual en una semana.

Me dirigí hacia mi cuarto.

—Mañana por la noche, si se hace tarde, no me esperéis. Puede que me deje caer por la taberna después del trabajo. Es el cumpleaños de Jorik y, si me paso el día en alta mar con ellos, van a querer que me una a la celebración.

—Thais… —La voz de Sulien me detuvo en seco; tenía un tono de aviso que no le había oído en años, esa autoridad que usaba cuando éramos unos críos y nos pasábamos de la raya—. Puede que ahora mismo no sea buena idea.

Me volví hacia él con las cejas enarcadas.

—¿Qué? ¿Tomar un trago? ¿Desde cuándo te importa que vaya a la taberna?

—Desde que te parece buena idea ir a emborracharte justo cuando tienes que ser más cuidadosa. —Sulien dejó el libro a un lado. El rostro avejentado mostraba una expresión seria. Los años de tirar de las redes y de recoger ostras en los criaderos le habían dejado huella: los hombros caídos por las décadas de trabajar agachado, las manos nudosas y llenas de cicatrices, producto de incontables cortes con sogas y con conchas. El pelo se había vuelto canoso por completo, y las patas de gallo delataban demasiados años entornando los ojos azul claro para protegerlos del sol y del salitre.

—Oh, por favor… —Me reí, pero incluso a mí me sonó forzado—. Puedo aguantar la cerveza sin problemas. No voy a cometer ninguna estupidez.

Sulien se levantó despacio; tras un duro día de trabajo, le dolían las articulaciones. Al estirarse parecía más alto, más imponente, que el hombre amable que nos había criado.

—El alcohol no lo hace a uno más cuidadoso, Thais. Lo hace más

descuidado. Y si hay algo que no puedes permitirte es ser descuidada.

—No voy a perder el control por unos cuantos tragos…

—Tu poder se hace más fuerte cada día. A veces te veo frotarte las manos, como si te quemaran. Desapareces por la noche más a menudo que antes. —Se me acercó y me taladró con sus ojos claros —. ¿Qué pasará si estás borracha en la taberna y alguien dice algo que te cabrea? ¿Qué pasará si pierdes los estribos y empiezas a derramar estrellas por las manos?

Aquellas palabras fueron como una bofetada. Me ardieron las mejillas.

—Yo jamás…

—Te estás volviendo imprudente. —Se le quebró un poco la voz y la desesperación le asomó un instante a las facciones—. Los muros que has construido para contener tu poder empiezan a agrietarse. Y el alcohol no refuerza esos muros, Thais. Los derriba.

—Creo que ya basta —intervino Thatcher sin alzar la voz, pero ninguno de los dos le hizo caso.

—He sido cuidadosa —protesté. Me fastidiaba ver que me había puesto a la defensiva—. Todo este tiempo he tenido mucho cuidado. He ocultado lo que soy, he guardado silencio, he hecho todo lo que me has pedido…

Sacudió la cabeza y dejó caer los hombros.

—No puedo dejar que te atrapen. No puedo perderte.

—Padre… —Thatcher se levantó de la silla. Hablaba con voz suave pero firme—. Yo la acompañaré mañana por la noche y me aseguraré de que todo vaya bien, de que no haga tonterías. —Me lanzó una elocuente mirada—. ¿Verdad que sí, Thais?

Asentí, no muy segura de poder hablar.

—Los dos sois buenos chicos —dijo Sulien al cabo de un momento, y se acomodó en la silla con un suspiro—. Mejores de lo que me merezco. Es solo… —Levantó la mirada y vi lo agotado que estaba, y no era solo algo físico; se sumaba el profundo cansancio de un hombre que ya había enterrado a la mujer que amaba, que se había pasado años criando a unos hijos que no eran de su sangre, sumido en el miedo constante de que los dioses volvieran para reclamar lo que habían dejado atrás—. Solo necesito que penséis con la cabeza, y más ahora. ¿Podéis hacerlo, por mí?

—Sí —conseguí decir, con la voz ronca—. Sí, podemos hacerlo.

Asintió y cogió el libro de nuevo, pero me fijé que le temblaban las manos al pasar las páginas.

Me quedé parada unos instantes viéndolo fingir que leía. Se me encogió el corazón. De repente, la cabaña se me quedó pequeña, las paredes se me echaron encima.

—¿Adónde vas? —me preguntó Thatcher al ver que me encaminaba a la puerta.

—A dar un paseo —respondí—. Necesito un poco de aire.

En el exterior, la brisa de la noche me refrescó la cara, pero no me sirvió de gran ayuda. Todavía sentía el peso del miedo de Sulien, el modo en que me había mirado, como si fuera un arma cargada a punto de dispararse. Y quizá lo fuera. Tal vez siempre había sido eso: un peligro para todos aquellos que me importaban.

Me froté los ojos con las manos mientras intentaba desentrañar la maraña de mis sentimientos. La necesidad de estar siempre vigilante, de mantener mis poderes ocultos, de proteger el secreto de la familia… Todo eso se me enroscaba en el pecho como una

cuerda demasiado tensa.

A veces envidiaba la libertad de movimientos de Thatcher, su capacidad de actuar sin sostener sobre los hombros el peso aplastante de las consecuencias.

Eché a andar sin saber muy bien adónde iba. Necesitaba… ¿Qué necesitaba? Quedarme a solas con mis pensamientos, desde luego que no. Ni volver adentro y fingir que todo iba bien.

Necesitaba sentirme normal.

Encontré a Marel en su taller de carpintería. Estaba allí fuera de las horas de atención al público, inclinado sobre un trozo de madera. Las virutas se le acumulaban alrededor de los pies como flores pálidas, y el aire olía a cedro. Cuando entré, levantó la vista y el rostro se le iluminó con ese placer sencillo al que ya me tenía acostumbrada. Por egoísta que sonara, lo que había entre nosotros, aun pasajero y cargado de mentiras, era un consuelo.

—Thais. —Pronunció mi nombre con calidez. Dejó a un lado el cuchillo de talla y me miró—. Por tu aspecto, parece que has tenido un mal día.

Me senté en un taburete junto a su banco de trabajo; de repente me había quedado sin fuerzas.

—¿Estás trabajando fuera de horas?

Marel se sonrojó.

—Ya sabes que no. —Sonrió y me enseñó lo que estaba tallando: una delicada ave marina—. He venido a pensar.

Era una pieza exquisita; el detalle de cada pluma, las alas como si hubiese captado al pájaro mientras volaba…

—Es precioso.

—Es una bagatela —respondió, pero le capté el brillo de orgullo en los ojos—. Algo para tener las manos ocupadas.

Al igual que yo, Marel se había criado en Cresta Salada; trabajaba en las barcas desde que tenía edad suficiente para sostener una cuerda. Pero su auténtica pasión siempre había sido la talla.

—¿Quieres que hablemos de lo que te pasa? —me preguntó. Por una vez, sus manos no se movían.

Siempre había sido muy perspicaz; era una de las cosas que, a la vez, me atraían de él y lo volvían peligroso. El pelo rubio, aclarado por el sol, le brillaba bajo la luz de la tarde que se colaba por las ventanas del taller, y sus ojos castaños parecían atravesar la máscara tras la que yo trataba de ocultarme.

—He oído que hoy te has hecho al mar con la tripulación de Jorik —siguió al ver que yo no respondía—. Seguro que es muy diferente de trabajar en los criaderos de ostras.

—Ha estado bien —respondí, y me di cuenta de que había esbozado una sonrisa—. Puede que haya presumido un poco.

Marel se echó a reír con un sonido vibrante y sincero, justo lo que yo necesitaba.

—Seguro que sí. Nunca te has podido resistir a un desafío. —Se echó hacia atrás y se recostó en el banco de trabajo, sin dejar de estudiar mi rostro—. Pero hay algo que te preocupa. Tienes esa cara que pones cuando intentas resolver algún problema.

«Qué perspicaz», pensé de nuevo. Demasiado para su propio bien.

—¿Damos un paseo? —le propuse. Necesitaba un ambiente menos cerrado.

Asintió sin dudarlo y apartó las herramientas.

—¿Adónde vamos?

—A los acantilados. Me apetece ver el mar.

—¿Un día de pesca y no has tenido suficiente? —se burló con una sonrisa pícara.

—Jamás.

Salimos del pueblo y seguimos el camino serpenteante que llevaba a los promontorios de la costa. Hacia el oeste, el sol colgaba cerca del horizonte y pintaba el mar de púrpura y dorado. Al principio caminábamos sumidos en un agradable silencio, pero pronto sentí que Marel me observaba.

—Cuéntame algo de ti —le pedí de repente; tenía que concentrarme en algo que no fueran mis propios miedos.

Marel sonrió.

—¿Como qué?

—No lo sé. ¿Qué querías ser cuando eras pequeño, antes de hacerte pescador?

—Marino —respondió sin dudar—. Quería ver el mundo que había más allá de Cresta Salada. Explorar costas distantes, conocer a gente nueva.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

Su rostro adoptó una expresión seria.

—Mi padre murió, y alguien se tenía que hacer cargo de mi madre. Ella necesitaba estabilidad más de lo que yo necesitaba aventura. Así que seguí pescando y aprendí el oficio como es debido.

—¿Lo lamentas?

—A veces —reconoció—. Pero luego medito sobre la vida que tengo aquí y las personas que me importan. —Me miró de reojo—. Y

me da por pensar que quizá la aventura no consista siempre en ir a un sitio nuevo. Que a veces se trata de encontrar algo por lo que merezca la pena quedarse.

Me dejó sin palabras, como solía ocurrir.

—Marel…

—Sé que hay algo que te reconcome —añadió en voz baja—. Lo noto en cómo te comportas a veces. Como si te prepararas para lo peor.

Me detuvo y me volví hacia él.

—¿Cómo sabes…?

—Porque yo también me he sentido así. Tras la muerte de mi padre, me pasé meses a la espera del siguiente desastre; me preguntaba cuándo se irían las cosas a pique. —Me cogió la mano entre las suyas—. ¿Qué te preocupa tanto, Thais? ¿De qué tienes miedo?

Traté de cambiar de tema.

—A veces sueño con irme de aquí. —Marel me miró en silencio —. Pero mi familia es complicada. Me necesitan, y lo cierto es que yo también los necesito a ellos. Parte de mí quiere irse de este lugar y no mirar nunca atrás; pero me siento atrapada. En realidad, no sé si tengo elección —murmuré.

—Siempre hay opciones —respondió con firmeza—. Puede que no sean fáciles, y puede que no sean buenas, pero siempre hay donde escoger.

Habíamos llegado a la cima del acantilado, un recóndito rincón de hierba y flores silvestres donde había pasado muchísimas horas a solas. Unas piedras erectas se alzaban a nuestro alrededor, y, debajo, el mar interminable reflejaba el fuego del crepúsculo.

—Tienes razón —coincidí, y me senté en la hierba calentada por el sol—. Siempre se puede escoger. Pero, a veces, todas las opciones son terribles.

Marel se sentó a mi lado.

—Entonces, eliges la menos mala y buscas un modo de vivir con las consecuencias.

Lo miré, lo observé de verdad; contemplé el fuerte contorno de su mandíbula. Era hermoso, de un modo discreto y sin alardes; era sólido, real, sincero. Y mío, si me atrevía a dar el paso.

—¿Y si te dijera que tener una relación conmigo sería una idea espantosa? —le pregunté, y al instante me arrepentí. Demasiado cerca de la verdad.

Se quedó un momento callado mientras sopesaba mis palabras.

—Diría que parece que intentas asustarme para que me aleje. Y me preguntaría por qué.

—No intento que te alejes —respondí con una risa forzada—. Solo digo que… No sé. Quizá haya visto demasiadas compañías de comediantes. Todas esas historias tan dramáticas sobre amantes malditos y finales trágicos…

Marel sonrió y sus facciones se relajaron un poco.

—¿Te preocupan las tragedias? Thais, vivimos en un pueblo pesquero. La mitad de los hombres no regresan de alta mar. La vida ya es peligrosa.

—Supongo que tienes razón.

Me cogió la mano.

—Mira, sé que hay algo que te preocupa. Sea lo que sea, no tienes que enfrentarte a ello sola.

Tiré de él para atraerlo hacia mí y se dejó arrastrar de buena

gana. Me abrazó y hundí el rostro en su cuello. Cuando me besó, lo hizo con una urgencia que nunca le había visto. Me dejé llevar por la sensación, olvidando brevemente mis secretos. Solo existía el momento. La boca de Marel en la mía, las manos en mi pelo, la conexión sencilla que yo anhelaba.

—¿Estás segura de que te apetece? —me susurró sin apartar los labios. Los ojos castaños escrutaron los míos bajo la luz cada vez más escasa—. No quiero traspasar ningún límite, y menos si no tienes la cabeza como deberías.

—Lo necesito —contesté, y era lo más sincero que había dicho en todo el día.

Con dulzura, me recorrió con las manos la línea de la mandíbula y las hizo descender hacia el hueco de mi garganta, donde el pulso latía contra la piel.

—Estás temblando —señaló en voz baja.

—Estoy bien —mentí; ambos sabíamos que no era cierto. Me estaba haciendo pedazos, y había sido así desde que salí de la cabaña.

—Ni hablar —dijo Marel mientras me acariciaba el labio inferior con el pulgar—. Pero no pasa nada. Conmigo no tienes que fingir.

Tiré de él y lo besé con un ansia desesperada; volqué en aquel contacto todo mi miedo y toda mi necesidad. Él respondió con el mismo fervor; enterró las manos en mi pelo y me besó con más fuerza.

Nos ayudamos a desvestirnos mutuamente, con movimientos impacientes pero familiares. Ya lo habíamos hecho antes, innumerables veces durante los últimos años, pero aquella noche era distinta. Estábamos al borde de un precipicio, de una verdad que yo

no podía revelar, pero que él percibía de todos modos.

Las manos de Marel ya conocían bien mi cuerpo; sabía dónde tocarme para arrancarme un jadeo y que mi cuerpo se arqueara bajo el suyo. Pero en aquel momento me exploraba con una nueva ternura, como si tratase de recordar toda mi piel.

—¿Por qué eres tan hermosa? —murmuró con la boca en mi hombro; el asombro de su voz era inconfundible.

Quería decirle que no era natural, que había algo malo en mí que no podía explicar. Pero entonces su boca alcanzó el punto sensible de la base de mi cuello y las palabras se me atascaron en la garganta.

Se detuvo y rebuscó entre la ropa arrojada a un lado.

—Espera un momento —dijo. Sacó de un bolsillo un pequeño envoltorio y se preparó con movimientos eficientes.

La hierba era suave, como un colchón en el que nos tendimos juntos. Sobre nosotros, en el cielo que se oscurecía, empezaban a asomar las primeras estrellas, desperdigadas como diamantes por un tapete de terciopelo. Traté de concentrarme en ellas, de mantener la mente anclada en algo que no fueran las sensaciones que me inundaban.

—Déjame hacer —me dijo con dulzura—. Deja que te cuide.

En nuestros encuentros previos yo siempre había sido quien tomaba el control, quien marcaba el ritmo. Pero aquella noche me rendí a su amable insistencia.

Sus manos estaban en todas partes, como adorando cada rincón de piel desnuda. Cuando me recorrió con la boca el camino que habían trazado las manos, gemí con suavidad y arqueé la espalda sin poder evitarlo.

—Marel… —susurré.

—Lo sé —dijo contra mi piel—. Lo sé, amor. Tranquila.

Esa muestra de cariño me caló hondo. «Amor». Nadie me había llamado así antes, con tanta ternura, con esa seguridad. Y menos durante un momento como aquel, con nuestros cuerpos entrelazados.

Por un instante me permití soñar con ser una mujer a la que alguien pudiese amar sin reservas; que no tuviera secretos, que pudiera entregar su corazón con libertad en vez de afilarlo como un arma.

La fantasía duró tres latidos de corazón exactos, y a continuación llegó el choque con la realidad. Él no sabía lo que yo era. No sabía que amarme era lo más peligroso que podría hacer. Y yo era demasiado egoísta, o estaba demasiado necesitada de la paz que me ofrecía esa conexión, como para apartarme.

Sentía que me ahogaba en la culpa. Marel se merecía a una persona que lo amase por completo, y no a alguien que lo usara de ancla para sentirse normal. Y lo peor, la terrible verdad, era que, aunque yo no fuese semidivina, aunque pudiera contárselo todo…, no estaba segura de sentir por él lo que era evidente que él sentía por mí.

Cuando unimos nuestros cuerpos, el poder que yo sujetaba con tanto cuidado empezó a agitarse. Intenté ignorarlo y concentrarme solo en Marel.

Al principio se movió poco a poco, sin apartar los ojos de los míos. Pero, a medida que yo respondía a su contacto y mi cuerpo lo recibía más y más adentro, la dulzura dio paso a la urgencia. A la desesperación. Al deseo.

—Dioses, Thais —jadeó, con la frente pegada a la mía—. Sientes…

No podía articular palabras para responderle, solo estrecharlo más. Se me fue la mirada hacia los rutilantes puntos de luz y vi, con creciente alarma, que empezaban a latir.

La intensidad iba en aumento y me desgarraba el pecho. Clavé las uñas en los hombros de Marel. Sobre nosotros, otras cuentas de luz se unían a las primeras; a cada momento que pasaba, su esencia se hacía más brillante.

—Mírame —me susurró Marel, que me notó distraída—. Céntrate en el momento, Thais.

Intenté concentrarme en su rostro, en cómo le caía el pelo rubio por la frente, en el deseo escrito con claridad en sus pupilas. Pero el poder de mi interior se hacía cada vez más fuerte y me di cuenta de que, pese a todos mis esfuerzos, empezaba a escaparse. Me iba a consumir.

Cuando el placer me arrastró al clímax y me atravesó en oleadas que me dejaron temblorosa y jadeante bajo Marel, perdí el control. Las estrellas del cielo cobraron vida, llenas de esplendor.

Me sobrecogió el horror, aunque mi cuerpo seguía sacudiéndose de placer. Las constelaciones se estaban reorganizando, formando espirales y curvas sinuosas en sincronía con el ritmo que habíamos compartido.

Hice un intento desesperado por recuperar toda aquella energía, por devolver las estrellas a sus posiciones habituales, pero era como tratar de parar un río con las manos. Cuanto más me resistía, más resplandecían, hasta que todo el cielo palpitó al unísono. Dioses, todos los habitantes del pueblo lo iban a ver.

«Joder».

Me quedé inmóvil.

—¿Thais? —Marel, sin aliento, se detuvo—. ¿Qué pasa? ¿Te he hecho daño?

—Nada —mentí, con voz temblorosa—. No pasa nada.

Marel me miró con atención, en absoluto convencido por mis palabras tranquilizadoras. Me acarició la mejilla y, con el pulgar, me secó unas lágrimas que no era consciente de haber derramado.

—Lo siento —susurré.

—No te disculpes —respondió firme—. Sigue aquí conmigo.

—No puedo. —Giré la cabeza.

Pero seguía sintiendo sus ojos clavados en mi rostro; buscaban, trataban de entender. La culpa me invadió; tiré de él para atraerlo hacia mí y contuve el sollozo que se me quería escapar. Porque no era el deseo lo que me hacía sujetarlo, sino impedir que viera lo que ocurría por encima de nosotros. Poco a poco, el fulgor del cielo empezó a disiparse, y, cuando por fin me atreví a mirar hacia arriba, las estrellas volvían poco a poco a la normalidad.

Si él se dio cuenta, no dijo nada.

—Debería irme —murmuré.

—Ojalá supiera qué decir. Quiero ayudarte, Thais. Quiero apoyarte de cualquier forma que necesites, pero estoy perdido. —Me abrazó con más fuerza—. Sabes que me puedes contar lo que quieras.

Dioses, no podía seguir con aquello a costa de Marel. No podía ser tan egoísta.

—Gracias por esta noche —dije cuando por fin me aparté y me vestí para irme.

Me marché sin esperar sus preguntas ni su dulzura, que solo haría que la culpa que me ardía en el pecho fuera aún más intensa. Dejé fluir las lágrimas, sola y a salvo, llena de remordimientos.

CAPÍTULO 3
LA ÚLTIMA LUZ

—Se te va a caer —dijo Thatcher al verme pelear con la botella de vino que Sulien me había puesto entre las manos en el último momento.

—No se me va… —La botella se me escurrió y la atrapé contra el pecho—. Cierra el pico.

El muy cabrón se echó a reír.

—¿Quieres que te la lleve?

—Lo tengo controlado. —Me cambié la cesta a la otra cadera, para tratar de sujetarla de algún modo que no me hiciera sentir como una mula de carga. A nuestro alrededor, otras personas descendían por el camino que llevaba a las cuevas.

—Jorik ha pillado una buena cogorza. —Thatcher señaló con la barbilla al pescador que caminaba tambaleándose.

—Bien por él.

Las dos últimas semanas se me habían pasado volando. Había acompañado a Jorik y a su tripulación cada día que el tiempo lo permitió; me había zambullido en el trabajo, tan lejos de tierra firme

como fuese posible. Si los barcos no podían zarpar, en vez de pasearme por el pueblo, abría ostras y arreglaba redes en nuestro cobertizo. Mejor estar agotada que arriesgarme a que me vieran.

El camino que conducía a las cuevas estaba abarrotado. No eran solo nuestros vecinos; los comerciantes que habían llegado pronto para el festival también caminaban con nosotros.

—Ahí está Marel —apuntó Thatcher, con un tono que me hizo levantar la cabeza de inmediato.

—¿Y?

—Y nada. Solo te lo decía.

Vislumbré el pelo rubio en la parte delantera del grupo.

—Déjate de insinuaciones.

—¿Qué? No he insinuado nada. —Pero sonreía de un modo que dejaba muy claro que, por supuesto, estaba insinuando algo—. Aunque ha vuelto a preguntar por ti.

—¿Cuándo?

—Por la mañana. Quería saber si ibas a venir esta noche.

Me ruboricé de golpe.

—¿Y qué le has dicho?

—Que estarías aquí, a menos que decidieras tirarte por el acantilado.

—Thatcher…

—¿Qué pasa? Es la verdad. —Enarcó una ceja—. Llevas toda la semana ida, como si se hubiera muerto alguien.

—No lo descartes aún.

Me di cuenta demasiado tarde de la frialdad de mis palabras. La expresión burlona de Thatcher se volvió seria. Caminamos unos momentos en silencio mientras el peso del día siguiente se asentaba

entre nosotros como una niebla.

—Oye. —Ahora hablaba en voz baja—. No nos va a pasar nada.

Quería creerlo. Por los dioses, quería creerlo tanto que me dolía.

—Vale —dije—. De acuerdo.

Me miró un instante a la cara y asintió.

—Bien. Ahora vamos, antes de que Lira empiece sin nosotros.

Cuando llegamos, la cueva ya estaba medio llena. Habían encendido las antorchas antes de que llegase la gente. Las llamas se agitaban y chispeaban y proyectaban sombras fugaces en las paredes. Me encantaba aquel sitio desde que era pequeña. La oquedad se curvaba hacia dentro y creaba una acústica perfecta; si hablabas, la voz te volvía cambiada, más sonora. Los del pueblo íbamos allí a celebrarlo todo: nacimientos, bodas, buenas cosechas, tormentas que habían pasado…

—¡Thais! —Lira nos hizo señas desde donde estaba, un sitio que se había reservado cerca del centro—. Justo a tiempo. Necesito que alguien me cuelgue esto.

Me pasó una guirnalda de vidrio de mar. Me quedé paralizada un instante al ver que parecía latir con su propio ritmo, y me pregunté si yo sería la causante. Pero no, solo era un reflejo de la luz. Thatcher me la arrebató de las manos.

—Yo me encargo —se ofreció—. A Thais le dan miedo las alturas.

—No me dan miedo las…

—La aterrorizan —continuó, de camino ya a la pared de la cueva. Y entonces lo comprendí: había intervenido para distraer a todos de lo que fuera que creyese que yo había hecho. Me salvaba, como siempre—. Se queda paralizada en cuanto ve el suelo un poco lejos.

—¿Vais a pasaros toda la noche riñendo? —interrumpió Lira

sonriente—. Porque en ese caso voy a necesitar más vino.

Me senté en la manta que había extendido Lira y por fin conseguí dejar en el suelo la cesta y la botella. La gruta se iba llenando a buen ritmo; las familias ocupaban sus lugares habituales; los amigos se sentaban juntos; los niños corrían de grupo en grupo como cachorrillos emocionados.

—¿Vino? —ofreció Lira.

—Dioses, sí.

Me sirvió y di un trago agradecida. Era bueno, mejor que el que solíamos beber en casa.

—¿Dónde lo has conseguido?

—Lo trajo ayer un mercader. Dijo que venía del sur. —Bajó la voz —. Me ha costado la paga de medio mes, pero he pensado… Bueno, es una ocasión especial.

Asentí, sin atreverme a hablar. A nuestro alrededor, la celebración empezaba a cobrar forma. El anciano Keth se dirigía a la fogata cargado de leña mientras Henrik afinaba el violín. Me preparé para lo que, sin la menor duda, iba a ser una noche ruidosa de borrachos berreando canciones desafinadas.

Keth se agachó junto al brasero frío y, con manos envejecidas pero firmes, dispuso la yesca con cuidado. El pedernal y el acero habían pertenecido a su abuelo, y, antes, al abuelo de su abuelo.

El fuego prendió y las llamitas lamieron los troncos. A la luz creciente de la hoguera, los rostros emergieron entre las sombras. A algunos los conocía de siempre; otros eran nuevos en Cresta Salada, pero no por ello menos bienvenidos.

—Por los que vinieron antes. —Keith alzó el vaso—. Y por los que vendrán después. Y por esta noche, que es lo único de lo que

tenemos certeza.

—Por esta noche —repitieron todos, y bebieron.

Eso fue todo. Nada de grandes discursos ni de complejas ceremonias. Solo se trataba de reconocer el paso del tiempo, nuestra mortalidad y el hecho sencillo de que estábamos juntos.

—¿Cartas? —Thatcher apareció a mi lado. No les quitaba ojo a unos comerciantes que se habían reunido a un lado, cerca de una hornacina.

—Desplúmalos —dije—. Pero intenta que no se note demasiado.

—Nunca se me nota. Soy sutil como una brisa pasajera. —Según se alejaba, su rostro iba adquiriendo una expresión fiable y encantadora.

—Eres sutil como un ladrillo que atraviesa una ventana —le grité. Se rio y siguió caminando.

—Los va a dejar sin blanca —señaló Lira.

—Es muy probable. —Vi cómo se integraba en el grupo y empezaba a repartir cartas con la facilidad de quien llevaba organizando partidas desde los dieciséis años—. Por su pinta, creo que pueden permitírselo.

El violín de Henrik se hizo oír entre el parloteo de la gente con las notas de una canción. La primera era siempre *El amanecer del pescador*, y se esperaba que todos se unieran, tanto si cantaban bien como si no.

Las voces se alzaron al unísono y se fundieron en algo mayor que la suma de sus partes. Yo también me puse a cantar.

«Viento salado y marea matutina, redes lanzadas sobre la espuma, todo marino sabe que el mar lo llamará a casa».

Era una canción de trabajo, que ayudaba a mantener el ritmo

mientras se tiraba de la red o se reparaba un sedal. Pero allí, en las cuevas, con las voces que reverberaban en las paredes de piedra, era el sonido de la solidaridad.

—¿Bailamos?

Levanté la vista y vi a Marel de pie, a mi lado, con la mano extendida. Sonreía, pero con una expresión cautelosa.

—Aquí estoy bien —respondí, y no era del todo falso.

—Vamos. Es la tradición.

—¿Desde cuándo?

—Desde este mismo momento. —Su sonrisa se hizo más amplia —. Estoy creando una nueva tradición: bailar con mujeres cabezotas que fingen que no les apetece.

—Una curiosa combinación de circunstancias, ¿no?

Lira, que estaba bebiendo vino, resopló.

—Sal a bailar con él, Thais, antes de que tanta gazmoñería me haga vomitar.

Le lancé una mirada penetrante, pero dejé que Marel tirase de mí para levantarme. Ya había varias parejas alrededor del fuego, y el violín de Henrik atacó una melodía lenta.

Y muy íntima. Demasiado.

Marel era un buen bailarín. Me cogía de la cintura con firmeza y me guiaba sin forzar. Nos movimos y giramos el uno en torno al otro, siguiendo los pasos y la coreografía que todos los de Cresta Salada aprendíamos de niños. Mientras tanto, estudiaba su rostro y trataba de conjurar esos sentimientos que cabría esperar después de tanto tiempo juntos. Sentía afecto por él, desde luego, e incluso deseo, pero ese algo más profundo que debería brotar de mí brillaba por su ausencia.

—Me has estado evitando —comentó cuando llegó la parte en que bailábamos cogidos.

—De eso nada.

—Ah, ¿no? Porque esta semana he ido tres veces a los criaderos de ostras y no he logrado verte ni una vez.

Le di un pisotón, quizá con algo más de fuerza de la necesaria.

—Lo siento.

—Mucha gente consideraría descortés pisar a alguien y luego mentir al disculparse, ¿sabes?

—Mucha gente consideraría descortés interrogar a alguien con quien estás bailando.

—No te interrogo; estoy charlando.

—¿Cuál es la diferencia?

—En uno de los dos casos se usan empulgueras.

Se me escapó una carcajada… y, cuando empecé, no podía parar. Puede que fuera el vino o la tensión de la semana, o tan solo lo absurdo de hablar de instrumentos de tortura mientras bailábamos al son del violín de Henrik. El caso es que me reí hasta que me dolieron los costados y tuve que apoyarme en el pecho de Marel para mantener el equilibrio.

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó cuando por fin recuperé el control.

—Mucho mejor —reconocí.

La canción estaba terminando y otras parejas se habían separado y aplaudían, pero Marel no me soltó la cintura y me di cuenta de que yo tampoco quería apartarme aún.

—Thais… —empezó en voz baja.

—No.

—No sabes lo que iba a decir.

—Conozco ese tono. Es el de las conversaciones serias, y no estoy lo bastante borracha para eso.

Se quedó callado unos instantes, con las manos cálidas en mi espalda. En torno a nosotros, la fiesta continuaba: más música, más risas, más historias narradas junto al fuego. Pero lo percibía como algo remoto, como si una burbuja de quietud nos envolviera.

—En algún momento —siguió por fin—, en el futuro…, ¿hablarás conmigo? Me refiero a si vamos a tener esa conversación alguna vez, Thais. Tienes veintiséis años; yo, casi treinta. No siento por nadie lo mismo que por ti. ¿Vamos a seguir esquivando el tema eternamente?

—Marel… —Se me hizo un nudo en la garganta.

—Sé que a tu hermano no le importa pasarse la vida así, pero ¿es eso lo que tú quieres de verdad?

Me detuve y di un paso atrás.

—No vamos a hablar de eso aquí y ahora. —Porque no podía soportar la idea de ver su mirada herida cuando descubriese la verdad: que le tenía muchísimo cariño, pero no como él quería, como se merecía. Suspiró y, con los ojos nublados, me atrajo de nuevo hacia sí.

—Prométeme que en algún momento hablaremos. Con eso me basta.

—Te lo prometo —le contesté. Lo decía en serio, aunque quizá no pudiera mantener la promesa, y aunque la conversación que necesitábamos no fuera la que él se imaginaba.

—Bien. Genial. —Sonrió, y fue una sonrisa auténtica, de las que le cambiaban la cara por completo. Me había acostumbrado a tomar

la tranquilidad, la normalidad, el afecto que me ofrecía y darle a cambio solo lo que podía fingir de modo convincente. Y, aun así, me miraba como si yo lo fuera todo para él.

Las canciones se sucedieron sin interrupción y el baile se prolongó una hora más. Bailé con Marel, y luego con Henrik cuando le pasó el violín a otro, y después con Jorik, que estaba tan borracho que resultaba muy entretenido. En cierto momento apareció Thatcher para exigir un baile, y me hizo dar vueltas hasta que consiguió marearme y hacerme reír.

—¿Cuánto has ganado? —le pregunté cuando por fin me soltó.

—Bastante. —Parecía muy satisfecho de sí mismo—. Al de Rebalse de Molinos se le dan fatal las cartas, pero no dejaba de apostar. Es como ver a alguien tirar dinero al mar.

—Ten cuidado.

—He sido muy razonable. Solo les he sacado lo suficiente para que la cosa fuera interesante.

La música se ralentizó y las parejas se fueron deshaciendo. Algunos volvieron a sus mantas y sus vinos; otros se reunieron en torno al fuego, donde Dorna se preparaba para relatar una de sus famosas historias.

—¿Un cuento de fantasmas? —pregunté mientras me sentaba de nuevo en la manta de Lira.

—Algo más adecuado para esta noche —anunció Dorna. Se acomodó cerca del fuego—. La vieja historia de Morthus y su prometida.

Se oyeron algunos gruñidos bienhumorados.

—¿Otra vez? —gritó alguien.

Se me encogió el estómago. Esa no. Esta noche no.

—Es la mejor —atajó Dorna—. Además, los más jóvenes no la habéis oído contar en condiciones.

Busqué la mirada de Thatcher, en el otro extremo de la cueva, y vi en sus ojos un reflejo de mi propia incomodidad. Sulien se había quedado muy callado junto al fuego, y los nudillos que apretaban el vaso estaban pálidos.

Dorna carraspeó y comenzó a narrar, con aquella cadencia en la voz que reservaba para las historias más dramáticas.

—Todos sabéis cómo empezó. Morthus, aesymar de la muerte y rey de Draknavor. Frío como la piedra en invierno, implacable como la marea. Durante milenios gobernó su dominio sin pasión, sin piedad, sin amor.

»Pero no es fácil mandar en el corazón, ni siquiera en el de un aesymar —siguió Dorna—. En su gran templo había una sacerdotisa mortal llamada Osythe. Hermosa, sí, pero también sagaz. Gestionaba el templo mortal con tal reverencia que incluso Morthus reparó en ella. Una mujer que no temía ni a dioses ni a mortales, que hablaba con sinceridad incluso a aquellos que podrían destruirla con un simple pensamiento. Y se quedó prendado.

Alrededor del fuego se oyeron unos cuantos murmullos apreciativos.

—Ahora bien, cuando Olinthar se enteró de esa relación —prosiguió Dorna, y la mención de aquel nombre me heló la sangre—, el rey de los dioses le recordó a Morthus la ley divina. Ningún dios podía yacer con una mortal, y mucho menos tomarla por esposa. Tales uniones estaban prohibidas, eran una abominación e iban en contra del orden natural.

«Hipócrita», pensé con amargura.

—Pero Morthus estaba muy enamorado. —La voz de Dorna se elevó con gran dramatismo—. Se plantó frente al gran consejo de los Doce y declaró su intención de casarse con Osythe como era debido.

Sulien apretó los dientes y Thatcher, incómodo, se alisó las arrugas de la camisa.

—Axora exigió un juicio por combate —siguió Dorna—. Si Morthus podía derrotar a cualquier adalid que ellos eligieran, la ley se plegaría a sus deseos. Pero, si perdía, renunciaría para siempre a aquella locura.

—¿A quién eligieron? —preguntó un niño.

—A Pyralia —afirmó Dorna complacida—. Aesymar del fuego y de la pasión. Salió a la arena de combate envuelta en llamas capaces de fundir la piedra, blandiendo un fuego que podía consumir a los mismísimos dioses.

La narración continuó. Tres días con sus noches de fuego contra sombra, pasión frente a muerte, hasta que por fin Morthus emergió victorioso.

—La boda sacudió los dos reinos —explicó Dorna—. Los dioses se vieron obligados a escoger bando. Y todos, tanto dioses como mortales, sufrieron las consecuencias. Esas grietas dividen los cielos hasta el día de hoy.

»Pero he aquí lo más extraordinario. —La voz de Dorna se redujo a un susurro que, sin embargo, se oía por toda la cueva—. Cuando llegó el momento de los votos, Osythe rechazó el ofrecimiento de ascensión de Morthus. "Escojo seguir siendo mortal —declaró—. Porque de una mortal te enamoraste".

—¿Y qué hizo él? —pregunto Lira, aunque conocía la respuesta.

—Algo que nadie había hecho hasta entonces —respondió Dorna

—. Como dios de la muerte, Morthus tenía poder sobre la frontera que separa esta vida de la otra. Tocó la misma naturaleza de Osythe y… la congeló en el tiempo. No era auténtica inmortalidad, ni divinidad. Solo una interrupción. Ahora, ella existe en el espacio que separa la vida de la muerte. Envejece con mucha lentitud, pero sigue siendo, en esencia, mortal.

«Al menos sobrevivió —pensé mientras la furia crecía en mi pecho—. Al menos tiene acceso a sanadores divinos, a magia que podría arreglarlo todo, curarlo todo». No como mi madre, a la que habían arrojado a Elaren, el reino mortal, para que muriera.

—Osythe vive ahora con su amante en Draknavor —terminó Dorna—. Su hijo ascendió en los últimos Juicios. Xül, guardián de los condenados. Y, cada día, Morthus demuestra que hasta los dioses pueden elegir el amor antes que la ley, la compasión antes que la imposición…

—Muy romántico —gritó Thatcher—. Ahora, cuéntanos algo que no hayamos oído cincuenta veces.

—Muchacho desagradecido —bufó Dorna, aunque con una sonrisa.

Me fijé en que Sulien estaba un poco apartado del caos y contemplaba el festejo con una expresión suave que rara vez veía en su rostro curtido.

—¿Te importa si te acompaño? —le pregunté, pero me senté sin esperar su respuesta.

—Adelante. —Se movió para hacerme sitio y un hombro cálido rozó el mío—. Una buena noche, ¿verdad?

—La verdad es que sí. —Seguí su mirada, que vagaba por la cueva, y vi los grupos dispersos, a la gente que se movía al ritmo de

la música, a Dorna, intentando convencer a Tam, que llevaba una cogorza de campeonato, para que se sentara antes de acabar tirado por los suelos—. ¿Te acuerdas de cuando Thatcher y yo éramos pequeños para beber vino?

—Nunca fuisteis tan modositos como para no beber a escondidas. —Torció los labios en una mueca burlona—. Me aguabais la cerveza creyendo que no me daría cuenta.

—Éramos muy sutiles y sigilosos.

—Una vez os emborrachasteis tanto que quisisteis convencerme de que las sirenas existían porque habíais visto una entre las charcas de la marea.

Gemí.

—Y me reafirmo en lo que dije.

—No lo dudo. Os pasasteis una hora describiéndola hasta el más mínimo detalle. —Bebió un traguito de vino—. Incluso las canciones que cantaba y cómo le relucía la cola a la luz de la luna.

—En nuestra defensa diré que teníamos una imaginación muy activa.

—Sí, desde luego. Una vez convencisteis a la mitad de los niños del pueblo para jugar a los piratas y secuestrasteis la cabra del anciano Keth para pedir un rescate. —Lo dijo con aquel tono cariñoso que usaba para hablar de nuestra niñez—. Lo tuvisteis una hora negociando antes de devolverle a la pobre Botón de Oro. Thatcher insistió en que lo llamasen «capitán Terror», si no recuerdo mal.

—Y tú nos seguiste el juego. Hasta nos diste mapas del tesoro y todo. —Sonreí.

Me miró de soslayo.

—Tú siempre fuiste la estratega, ¿sabes? Incluso entonces. Thatcher ponía el encanto, pero los planes eran tuyos.

La celebración seguía a todo volumen. Alguien había iniciado otra ronda de acertijos cada vez más subidos de tono, y por encima del ruido del gentío me llegaba la risa de Thatcher, que seguro que estaba dejando sin blanca a más mercaderes.

—¿Sabes lo que más recuerdo de cuando os criaba? —preguntó Sulien de repente.

—¿Qué?

—Las preguntas. Por los dioses, las preguntas incesantes. —Sacudió la cabeza—. ¿Por qué el cielo es azul? ¿Por qué los peces viven en el agua? ¿Por qué no podemos volar? Y, cuando yo no sabía la respuesta, preguntabais a otros hasta que la encontrabais.

—Por supuesto.

—Siempre me ha encantado ver cómo resuelves los problemas. —Extendió la mano y me recolocó un mechón detrás de la oreja—. Tienes una gran mente, Thais. Aguda, curiosa y amable. Nunca dejes que nadie te diga lo contrario.

—Padre…

—Y terca como una mula. Como ella. —Bajó la voz hasta que el jaleo la hizo casi inaudible—. Cuando se concentraba en algo, hacía lo mismo que tú: se mordía la comisura del labio y se le formaba una arruga aquí. —Me tocó el entrecejo con dulzura—. La primera vez que te vi hacerlo, cuando eras pequeña, casi se me para el corazón.

Disfruté de la caricia de aquel hombre que me había criado como si fuera su propia hija.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Sí, lo sé. —Me pasó el brazo por los hombros y me atrajo hacia sí—. Yo también te quiero, pececillo. A los dos. Más que a todas las estrellas del firmamento.

Era lo que solía decirnos cuando éramos niños, cuando las pesadillas nos despertaban o cuando tenía que curarnos las rodillas peladas con un beso. Hacía años que no lo decía, y al oírlo en aquel momento se me hizo un nudo en la garganta.

El peso de la situación se abatió sobre mí de repente. Al día siguiente, los sacerdotes llamarían a los que tenían la edad adecuada para que dieran un paso al frente. Cualquier persona de dieciséis años o más y dotada de algún poder estaba obligada a presentarse en el festival. Algunos acudían por voluntad propia, empujados por los sueños de divinidad y poderes inmortales. A otros los llevaban a rastras los vecinos que querían ganarse el favor de los sacerdotes, o los familiares que creían de verdad que los Juicios eran un honor que merecían sus seres queridos. A otros les daba miedo que la gente con dones viviera entre ellos.

Ya habíamos pasado por todo ello. En el festival que tuvo lugar cuando yo era niña, mis poderes no se habían manifestado aún, pero a los dieciséis me pasé todo el tiempo casi sin respirar, temerosa de que cada mirada que se posaba en mí significara que me habían descubierto. Habíamos conseguido evitar las sospechas durante mucho tiempo, pero eso no quería decir que estuviésemos a salvo.

Paseé la mirada por la cueva. Quería memorizarlo todo. A todos.

No tenían ni idea. No sabían que una de los suyos podría desencadenar la destrucción sobre todos. Que mi simple existencia era una amenaza para todo aquello: para Cresta Salada, para la

Última Luz, para todas y cada una de las tradiciones y de las personas que alguna vez me hubieran importado.

Y Sulien… Dios, ¿qué le harían si descubrían la verdad?

—Eh… —Las palabras se negaban a salir. ¿Cómo podía decirle que estaba muerta de miedo, pero no por mí, sino por él? ¿Que me revolvía las tripas la idea de que él pagara el precio de mi secreto? ¿Que lo que más me asustaba eran las consecuencias que tendría para él que me descubrieran?

—Estoy asustada —conseguí decir por fin.

Me estrechó con más fuerza.

—¿Por lo de mañana?

Asentí, incapaz de responder.

—Escúchame. —Se volvió para mirarme y me apoyó las manos con suavidad en los hombros—. Pase lo que pase mañana, sea lo que sea lo que los sacerdotes hagan o dejen de hacer, nada…, nada cambiará lo mucho que significas para mí. Ni quién eres. Todo lo demás escapa a nuestro control.

Las lágrimas, cálidas y apremiantes, amenazaban con desbordarse.

—Pero ¿y si…?

—Nada de conjeturas —zanjó con firmeza—. Eres mi hija, mía en todos los sentidos que importan. Me siento muy orgulloso de la mujer en la que te has convertido, de tu coraje, de tu bondad, de tu ingenio. —Sonrió pese a que él también estaba al borde de las lágrimas—. Y tu madre también habría estado orgullosa. Muchísimo.

Ante de que pudiera responder, el sonido de los cascos contra la piedra se hizo un hueco sobre el jaleo de los borrachos que cantaban y el violín desafinado. Las conversaciones se fueron

acallando a medida que la gente percibía el golpeteo rítmico que llegaba desde la boca de la cueva, y las cabezas se volvieron hacia la entrada con expresiones de creciente confusión.

—Debe de ser alguien que se va a casa —gritó una voz desde el otro extremo de la cueva.

El ruido de cascos se acercó más y más, acompañado del tintineo suave de los arneses y el paso mesurado de los caballos.

Una luz iluminó la boca de la cueva: una antorcha. A medida que se acercaba, de las sombras fueron brotando siluetas. Jinetes con túnicas blancas.

La música y las canciones se apagaron del todo. El jinete que iba en cabeza desmontó y sus botas pisaron el suelo arenoso sin hacer el menor ruido. Cuando se echó atrás la capucha, la luz de la hoguera reveló unos rasgos hermosos, del mismo modo que son hermosos los bordes afilados: perfectos y fríos y, de alguna manera, extraños.

—Buenas noches —saludó, y su voz recorrió sin dificultad la cueva, sumida de pronto en el silencio—. Espero no haber interrumpido.

Tras él, otras figuras se movieron con la misma quietud antinatural y se repartieron por la boca de la gruta como piezas en un tablero.

El sacerdote sonrió y sus dientes blancos brillaron a la luz del fuego moribundo.

CAPÍTULO 4
EL AJUSTE DE CUENTAS

—Debo decir que la Última Luz es más… animada de lo que me esperaba en una aldea sencilla como esta.

Nadie se movió ni habló.

—Teníamos planeado esperar hasta la ceremonia oficial de mañana para llevar a cabo nuestro trabajo, desde luego —explicó el sacerdote con tono coloquial—. Pero al oír la música y las risas que procedían de estas cuevas… —Sonrió—. Bueno, no nos hemos podido resistir a unirnos a vuestra celebración.

En mi estómago, el vino se había convertido en ácido. Notaba la tensión que se extendía entre la multitud.

—Veréis —siguió el sacerdote, y recorrió la cueva con la mirada —. La estancia en vuestra encantadora aldea ha resultado de lo más educativa. La hospitalidad ha sido… adecuada. —Se detuvo al lado de Henrik, que sostenía el violín como si fuera un escudo—. La semana pasada —continuó— fuimos testigos de un espectáculo celestial sobre los acantilados.

Sulien, a mi lado, se quedó inmóvil. No me atreví a mirarlo. La

punzada de pánico de Thatcher me llegó a través de nuestro vínculo.

La sonrisa del sacerdote se hizo más amplia.

—Un bendecido camina entre vosotros esta noche.

Las palabras cayeron en la cueva como una losa, y las oleadas de miedo se propagaron desde el punto de impacto. Rostros que conocía de toda la vida se transformaron; los vecinos se miraban entre ellos con repentina sospecha.

—Ahora bien… —El sacerdote juntó las manos a la espalda y empezó a trazar un lento círculo alrededor del fuego—. La ley divina exige que todos los bendecidos se presenten para los sagrados Juicios de Ascensión. Es, como supongo que comprenderéis, el mayor honor que se puede otorgar a un alma mortal.

«Mentiroso». La palabra me ardió en la mente con tanta intensidad que me sorprendió que no se me escapara de los labios.

—Sin embargo —siguió, con una voz a la que asomaba una compasión fingida—, somos hombres razonables. No carecemos de piedad. Comprendemos que algunos bendecidos pueden sentir cierta… reticencia a asumir su destino. Es natural que tengan miedo. —Sus ojos pálidos recorrieron la multitud y se detuvieron en un rostro tras otro—. Por tanto, ofrecemos a esa alma bendecida la oportunidad de entregarse por voluntad propia. No haremos preguntas.

El silencio se alargó, espeso y sofocante. El corazón se me quería salir del pecho. Sentía que cada inspiración podía traicionarme, cada movimiento atraer su atención.

El sacerdote dejó que el silencio se hiciera más intenso; era evidente que disfrutaba del miedo que provocaba. Pasó junto a Lira, que se había quedado pálida. Junto al anciano Keth, a quien le

temblaban las manos que sostenían el vaso. Junto a niños que se apretujaron contra las piernas de sus padres.

—Vamos —dijo el sacerdote—. Seguro que quien realizase aquella magnífica exhibición tendrá el valor de atribuirse el mérito de su arte.

«Habla —me dije desesperada—. Da un paso al frente».

Pero no podía ni tragar saliva. El miedo me mantenía tan inerte como si me hubiera quedado petrificada.

«Muévete. Di algo. Haz algo».

Abrí la boca, pero no salió ningún sonido. Sulien jadeaba, con la respiración entrecortada. Me sujetó de la muñeca.

—Lástima. —El sacerdote suspiró—. Supongo que lo tendremos que hacer del modo más desagradable, después de todo.

Volvió a pasear la mirada por toda la cueva, pero su expresión ya no era desenfadada. Ahora estaba cazando.

Los ojos del sacerdote se detuvieron en algún punto de detrás de mí. La sonrisa, fría y satisfecha, reapareció.

—Tú. —Señaló—. El joven de ahí. Da un paso al frente.

Me volví para ver a quién señalaba, y se me paró el corazón.

Marel.

Dos sacerdotes pasaron a mi lado y lo cogieron por los brazos antes de que tuviera tiempo de reaccionar. Se quedó pálido de sorpresa y confusión mientras lo arrastraban hacia el fuego y él trataba de hacer pie en el suelo arenoso.

—No. —La palabra fue apenas un susurro—. No, yo no… No soy…

—Qué vergüenza. —El sacerdote chasqueó los dientes y dio una vuelta en tono a Marel—. Podrías haberles facilitado las cosas a

todos y, en vez de eso, has optado por el engaño. —Señaló con un gesto la boca de la cueva, donde las antorchas parpadeaban frente a la oscuridad—. Te vimos bajar de los acantilados menos de una hora después. Los mismos acantilados donde se originó la perturbación.

«Oh, dioses». Al comprenderlo se me heló la sangre en las venas. Lo habían visto cuando volvía del mirador en el que habíamos estado juntos.

—No sé de qué estáis hablando —protestó Marel—. Solo estaba dando un paseo. No he hecho nada. No soy… ¡Yo no tengo ningún poder!

Los aldeanos que nos rodeaban retrocedieron de modo instintivo para ponerse a cierta distancia de lo que estuviera a punto de suceder. Vi miedo en sus ojos, pero también algo más. Detrás se escondía un alivio terrible y vergonzoso. Alivio porque no era a ellos ni a sus hijos a quienes estaban arrastrando.

—Por supuesto que no —respondió el sacerdote. Otro de ellos llevó un trozo de cuerda; pero no era una cuerda corriente, aquella absorbía la luz a su alrededor—. Extiende las manos.

—¡Por favor! —A Marel se le quebró la voz y ese sonido me carcomió por dentro—. Por favor, es la verdad. No sé nada de estrellas ni de poderes ni…

—Se trata de un honor —dijo el sacerdote mientras le ataban las muñecas. Cuando la cuerda le tocó la piel, el rostro se le retorció de dolor. Fuera lo que fuese, aquello quemaba.

«Haz algo».

—Soy yo.

Las palabras se me escaparon entre los labios antes de que pudiera detenerlas. De que pudiera pensar.

Todas las cabezas de la cueva se volvieron a mirarme. El sacerdote sonrió aún más.

—Soy yo —repetí en voz más alta, y di un paso al frente, aunque las piernas no me sostenían—. Me buscáis a mí. Soltadlo.

—Thais, no —me susurró Sulien. Se le quebró la voz al pronunciar mi nombre.

Pero yo ya me abría paso entre la multitud en dirección al fuego. Hacia Marel, los sacerdotes y el final de todo lo que había conocido. Oí detrás de mí que Sulien trataba de seguirme, y el grito de alarma de Thatcher desde el otro lado de la gruta.

—Qué noble —murmuró el sacerdote cuando me acerqué a él—. Pero me temo que no podemos aceptar tu palabra sin más. Tenemos pruebas bastante convincentes de que se trata de él. —Los ojos pálidos brillaban al pasar una y otra vez entre Marel y yo.

—Entonces, lo demostraré. —Me sorprendió la firmeza de mi propia voz.

—No, Thais —suplicó Marel—. No sé de qué va esto, pero no…

—Lo demostraré —repetí sin apartar los ojos del sacerdote.

Inclinó la cabeza hacia un lado, con una expresión de curiosidad en el rostro.

—Excelente. Por favor, muéstrame ese don que tienes.

Oí que Sulien inspiraba a fondo, y que Thatcher avanzaba entre la multitud mientras me llamaba. Pero ya era tarde. Lo era desde el momento en que el sacerdote señaló a Marel.

Alcé las manos en dirección a la boca de la cueva y el cielo nocturno que se veía más allá.

—Thais, por favor. —La angustia enronquecía la voz de Sulien—. Por favor, no hagas eso. Podemos buscar otra manera. Podemos…

—No hay otra manera —susurré, y me estiré para tocar el cielo.

El poder fluyó a través de mí. Sobre nosotros, una única estrella latió con un resplandor más intenso que las otras, más de lo que debería ser posible.

Luego empezó a moverse.

Resonaron jadeos por toda la cueva cuando la estrella se descolgó de su constelación y ardió como un pequeño sol al descender hacia nosotros. Yo la sentía parpadear, notaba su peso, su antiguo fuego que respondía a mi llamada.

«Para. —La voz de Thatcher me retumbó en la cabeza, a la vez exigente y desesperada. Se había abierto camino hasta mí y me sujetaba por las muñecas—. Thais, para, por favor».

Pero no podía parar. No estaba dispuesta. No si Marel iba a pagar con su vida el precio de mi cobardía.

La estrella se detuvo entre mis manos ahuecadas. Los habitantes de Cresta Salada, mi gente, mis vecinos, mi familia en todo menos en la sangre, me miraban, y en sus rostros leí el miedo, el asombro y la traición.

Ya no era una de ellos, y no lo volvería a ser jamás.

—Fascinante —jadeó el sacerdote con la mirada fija en el orbe luminoso—. Manipulación estelar. Algo muy poco frecuente y muy poderoso. —Hizo un gesto desdeñoso y los otros sacerdotes liberaron a Marel, que retrocedió tambaleándose con el asombro escrito en las facciones—. Puedes irte, joven. Te pido disculpas por las molestias.

No me resistí cuando me ataron las muñecas, aunque la cuerda me quemó la piel como si fuera ácido.

—Lo siento —le susurré a Sulien mientras me arrastraban hacia

la boca de la cueva.

—¡No! —Sulien se lanzó hacia delante y trató de llegar hasta mí, pero dos aldeanos lo sujetaron por los brazos—. ¡Cabrones! ¡Soltadla!

—Lo siento —le dije a Thatcher, que se debatía contra las manos que trataban de retenerlo—. Lo siento por todo.

Casi habíamos llegado a la boca de la cueva cuando el sacerdote volvió a hablar.

—Un momento. —Estudió a Thatcher con la misma intensidad con la que se había concentrado en mí—. Sois mellizos, ¿verdad?

Se me heló la sangre. Thatcher no dijo nada; su rostro era una máscara de obstinado desafío.

—Qué interesante —musitó el sacerdote mientras daba vueltas alrededor de Thatcher—. Si un mellizo está bendecido… —Sonrió, con aquella expresión tan fría y hermosa—. Bueno, supongo que tendremos que poner a prueba la teoría.

—No —grité. Me debatí contra las cuerdas que me retenían—. ¡No, él no tiene poderes! ¡Soy solo yo! ¡Solo yo!

—Prendedlo —ordenó el sacerdote.

—¡Él es normal! —aullé al ver que otros dos sacerdotes avanzaban hacia mi hermano—. ¡No tiene nada especial!

El sacerdote ladeó la cabeza, pensativo.

—Supongo que lo averiguaremos durante la Prueba, ¿no es así?

Ataron a Thatcher con la misma cuerda ardiente, pero adoptó una expresión impasible y se negó a emitir el menor sonido. En nuestro vínculo, hervía de furia.

«Encontraremos un modo de salir de esto. —Las palabras volaron de mi mente a la suya—. Thatcher, no te enfrentes a ellos.

¡Solo vas a empeorar las cosas!».

—Y tú. —El sacerdote se había vuelto hacia Sulien, solo y de pie junto a los rescoldos de la hoguera—. El padre que ha escondido no a uno, sino a dos hijos bendecidos. Que los ha ayudado a escapar de su deber sagrado y los ha mantenido apartados de su destino.

—Hice lo que haría cualquier padre —respondió Sulien con voz queda—. Protegí a mis hijos.

—Sí —convino el sacerdote con amabilidad—. Y la ley divina deja muy claro el castigo por ocultar a los bendecidos.

Aquellas palabras fueron como un mazazo.

—No. No, por favor, él no sabía…

—Claro que lo sabía. —El sacerdote hizo un gesto, y uno de los otros desenvainó una hoja curva que relucía como un fuego plateado.

—Por favor —supliqué. Me debatí contra mis ataduras hasta que las cuerdas me hicieron sangre—. Por favor. Haré lo que sea, os acompañaré de buena gana…

—De un modo u otro, vas a acompañarnos —señaló el sacerdote con calma.

Sulien se arrodilló junto a la hoguera. Nos miró a Thatcher y a mí, con ojos plenos de amor y orgullo y un terrible terrible sosiego.

—Os adoro a los dos —nos dijo. La voz resonó con claridad en la cueva sumida en el silencio—. Recordadlo siempre.

—¡No, padre! —grité—. ¡No te atrevas! ¡No te…!

El mundo se ladeó. Se me nubló la vista y los bordes de mi campo visual se volvieron oscuros y extraños. Me pitaron los oídos con un sonido agudo y chirriante que ahogó todo lo demás.

A través de la neblina vi que la hoja empezaba a descender. Vi la

expresión serena de Sulien a la luz de los rescoldos. Vi que Thatcher luchaba por liberarse de sus ataduras y que abría la boca en un grito que no pude oír.

Intenté alcanzar las estrellas del cielo, derribarlas sobre nosotros, pero no me quedaba ni una chispa de poder. Me fallaba la vista, y el silbido de los oídos se había transformado en un rugido que lo tragaba todo.

Lo último que vi fue la espada que reflejaba la luz de la hoguera mientras descendía hacia el hombre que me había criado, que me había amado y protegido durante veintiséis años.

Luego, la oscuridad misericordiosa se apoderó por completo de mí y me robó la visión de la sangre de mi padre y el sonido de los gritos de mi hermano.

CAPÍTULO 5
EL TERRENO DE LA PRUEBA

Primero, el frío me caló hasta los huesos. Luego llegó el olor, a piedra húmeda y a podredumbre.

Me doblé sobre el suelo, presa de arcadas. Mi cuerpo rechazaba el horror, aunque mi mente no pudiera eludirlo. Pero ya no me quedaba nada en el estómago, excepto bilis y un sabor a cobre.

«Es culpa mía».

El pensamiento me sacudió con tanta fuerza que jadeé y, al acurrucarme sobre mí misma, golpeé el suelo con la frente. Si hubiera sido más cuidadosa… Si no hubiera perdido el control aquella noche… Si me hubiera quedado en casa… Si les hubiera permitido llevarse a Marel…

Ha muerto. Ha muerto, y es por culpa mía.

«Mi padre ha muerto».

Las palabras no parecían reales. No podían ser reales. Sulien debería estar en casa en aquel momento, avivando el fuego de la mañana y preparando las nasas para el trabajo del día. Tendría que envejecer y peinar muchas más canas.

«Deberías haberte revelado al instante. —La voz de mi mente se negaba a callarse—. En cuanto lo pidieron. Dudaste. Eres una cobarde».

Demasiado tarde. Siempre era demasiado tarde.

Las últimas palabras de Sulien resonaron en la oscuridad. «Os adoro a los dos. Recordadlo siempre».

Pero ¿qué debía recordar? ¿Que amaba a una hija que hizo que lo mataran? ¿Que había pasado sus últimos momentos viendo a los sacerdotes llevarse a rastras a los hijos que había muerto por proteger? ¿Que lo último que vio en su vida fue cómo se hacía pedazos su familia?

Me froté los ojos hasta que vi lucecitas que me bailaban tras los párpados. Ese dolor no era nada comparado con la imagen grabada a fuego en mi memoria: Sulien, arrodillado junto a la hoguera. La expresión decidida de su rostro. Su sangre que ennegrecía la arena.

La sonrisa que nos dedicó, incluso en aquel momento. Mientras moría.

«Thatcher».

Traté de llegar a él a través de nuestro vínculo; busqué su presencia con desesperación.

Nada.

Supuse que me estaba bloqueando, que levantaba entre nosotros barreras que jamás habían existido.

Tal vez fuese lo mejor. Tal vez hubiera comprendido por fin lo que yo siempre supe: que era venenosa.

Pronto irían a buscar a Thatcher. Lo sacarían a rastras del agujero al que lo hubiesen arrojado y le exigirían que demostrara unos poderes que nunca había poseído.

¿Y si él también moría?

Por mi culpa.

Se me revolvió el estómago; me dio un calambre tan fuerte que volví a doblarme sobre mí misma.

No podía salvarlo. No podía hacer nada.

Como había pasado con Sulien.

No se sabía mucho del funcionamiento de la Prueba, pero aquellos a quienes se escogía para participar no volvían nunca a casa. ¿Qué pasaría cuando mi hermano no exhibiese ninguna habilidad?

No tenía nada que mostrarles. ¿Lo ejecutarían allí mismo?

Casi habría sido mejor que me hubieran matado en la cueva. Era preferible morir junto a Sulien que vivir con esa carga.

Así que me eché a llorar. Me acurruqué en posición fetal, cerré los ojos y supliqué a la oscuridad que me concediese la dulce misericordia de llevárseme de nuevo.

Desperté con el sonido de mi propia respiración, ronca e irregular, que rompía el silencio. No tenía modo de saber cuánto llevaba encerrada en aquella habitación. Me parecían días y, a la vez, semanas.

Pero, en aquella ocasión, algo creció en mi pecho, y no fue el peso aplastante de la culpa, sino una sensación ardiente, salvaje y desesperada.

Furia.

«Thatcher».

—¡Thatcher! —grité sin poderme contener. Me lancé hacia la puerta de la celda; cada movimiento de los músculos agarrotados

arrancó una protesta a mi cuerpo—. ¡¡¡Thatcher!!!

Me agarré a los barrotes de hierro y los sacudí con todas mis fuerzas.

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi hermano?

La furia era algo bueno, puro, mucho mejor que ahogarme en la desesperación. Podía servirme.

—¡Thatcher! —grité otra vez. Tiré de los barrotes hasta que me ardieron los hombros—. ¡Dejadme verlo! ¡Dejadme ver a mi hermano!

Sentía que la celda se hacía más pequeña, que las paredes se me echaban encima. Tenía que salir de allí. Tenía que encontrarlo, llevarlo a algún lugar seguro, dar con algún modo de salvarlo antes de que…

No. No quería pensar en eso. Solo importaba el momento actual. Y, en ese momento, lo que tenía que hacer era actuar.

Me aparté de los barrotes y levanté las manos para alcanzar las estrellas, aquel calor abrasador capaz de fundir metal y piedra por igual. El poder me cosquilleó en las yemas de los dedos un instante, y luego… nada.

Lo intenté de nuevo, me esforcé más e hice acopio de todo mi poder. Pero la conexión se había roto con tanta limpieza como si hubieran cortado una cuerda.

La celda. El material del que estaba hecha bloqueaba mis habilidades.

—No —susurré. Y, luego, más alto—: ¡No! —Me tiré contra los barrotes y con el golpe me magullé las costillas, pero no hice caso del dolor—. ¡Dejadme salir! ¡Dejadme salir!

Unos pasos resonaron en el pasillo. Apreté la cara contra los

barrotes para mirar.

El guardia que apareció era distinto de cualquier cosa que hubiera visto antes. Era alto y ancho de hombros, pero su piel mostraba un extraño brillo metálico, como si se la hubieran pulido hasta dejarla reluciente como un espejo. Tenía el rostro y los brazos cubiertos por unos dibujos toscos que se desplazaban y rotaban con sus movimientos. Al mirarlo a los ojos vi unos iris como mecanismos de relojería giratorios que zumbaban con suavidad.

—Deja de gritar. —Su voz resonaba con una extraña cualidad armónica, como un metal que vibrara al recibir un golpe y emitiese una nota perfecta—. Estás perturbando la calma.

Me lo quedé mirando unos instantes, tratando de entender lo que estaba viendo, pero la rabia volvió a apoderarse de mí.

—Que le den a la calma —gruñí, aferrada a los barrotes—. ¿Dónde está mi hermano? ¡Llévame con él ahora mismo!

Los extraños ojos del guardia me enfocaron entre pequeños chasquidos.

—Eso no lo decido yo.

—¡Pues tráeme a alguien que pueda decidir! —Sacudí los barrotes de nuevo—. Os estáis equivocando. ¡Mi hermano no tiene poderes!

—No estaríais en esas celdas si os hubieseis ofrecido voluntariamente —respondió el guardia con una calma irritante—. Solo detenemos a quienes intentan ocultar sus bendiciones. Los competidores que se presentaron por sí mismos están esperando entre lujos y cuidados.

Me importaban una mierda los otros competidores y lo bien que los estuvieran tratando. Tenía que salvar a Thatcher. Ya no podía

hacer nada por Sulien, pero iba a rescatar a mi mellizo, aunque fuera lo último que hiciese en la vida.

—Me da igual cómo estén —escupí—. Tengo que ver a mi hermano. Por mucho que se lo pidáis, no os puede mostrar ninguna puta habilidad. Es completamente normal. ¿Es que no lo entiendes?

El guardia no mudó de expresión.

—Puede que lo veas dentro de unas horas. Mientras tanto, baja la voz. Me estás dando dolor de cabeza.

—¡No tenemos unas horas! —Golpeé los barrotes con la palma de la mano—. Y me da igual que te duela la cabeza. Si no tienes autoridad para ayudarme, ¡tráeme a alguien que sí la tenga, joder!

El guardia soltó un resoplido como el vapor de un cazo de agua hirviendo y se volvió para marcharse.

—¡No te atrevas a irte! —Me tiré de nuevo contra los barrotes y el metal resonó con el impacto—. ¡Cuando salga de aquí te mataré! ¿Me oyes? ¡Te desmontaré pieza a pieza!

Seguí gritando hasta quedarme ronca y lanzándome contra las inamovibles rejas hasta quedar cubierta de moratones.

Por fin, agotada y afónica, me desplomé contra la pared del fondo de la celda. Me ardía la garganta y me dolía hasta el último rincón del cuerpo. Pero la cólera aún me ardía en el pecho, una llama firme que me ayudaba a mantener la entereza.

Thatcher seguía vivo. Era lo único que importaba. De un modo u otro, encontraría la manera de salvarlo.

Se oyeron pisadas en el pasillo, distintas de las anteriores. Más ligeras. Me levanté con un esfuerzo, lista para volver a gritar si era necesario.

Tres seres se acercaban a mi celda y, como el guardia, eran sin

duda siervas del reino divino. Siervas de Voldaris. Bajo su piel se agitaban gotitas luminosas, y sus cabellos ondeaban como agitados por un viento fantasmal; en sus ojos se atisbaba algo tan profundo que mirarlos me provocó un mareo, como si contemplase la mismísima noche estrellada.

—Por lo que tengo entendido, estás bastante agitada —dijo la líder con voz suave. Era más alta que las otras, y tenía una melena plateada en la que titilaban unas diminutas estrellas que aparecían y desaparecían según se movía. Sostenía en la mano aquellas cuerdas ardientes—. Preferiría no tener que usar esto. Lo que ocurra a partir de ahora no depende de mí. Si podemos colaborar de forma pacífica, nos ahorraremos tener que atarte de nuevo.

Contemplé las cuerdas; recordaba bien el dolor que causaban. Pero la necesidad de encontrar a Thatcher era más fuerte que el miedo al dolor. Fui a responder, pero ella se me adelantó.

—Me llamo Lyralei —dijo—. Somos tejedoras de sueños, siervas de Syrena, aesymar de los sueños.

—¿Dónde está mi hermano?

—No conozco con certeza su posición actual —dijo, lo que fue una respuesta más sincera de lo que me esperaba—. Los competidores están alojados en diversas áreas en función de las circunstancias.

Ya era más de lo que me había dicho el guardia. Le escruté el rostro para intentar adivinar sus intenciones. Aquellos ojos eran imposibles de descifrar, pero el tono de voz indicaba que decía la verdad.

—¿Adónde me lleváis?

—Los aesymar prefieren que los competidores estén listos para

la ceremonia. Sería… inadecuado que te presentaras en tu estado actual. —Me recorrió con la mirada.

Bajé la vista para observarme: la ropa hecha jirones, las uñas ensangrentadas, hematomas por todo el cuerpo de tanto chocar con los barrotes. Debía de tener el aspecto de alguien que había peleado para salvar la vida.

—No podría importarme menos lo que los dioses piensen de mí.

Se puso seria.

—Debería. Tu vida está en sus manos. Te resultará ventajoso tenerlos de tu parte y contar con su apoyo. —Ladeó la cabeza y me estudió a fondo—. Se ve que, debajo de toda esa… angustia, eres muy atractiva.

Me esforcé por sosegarme, al menos lo bastante para pensar con claridad. Era la primera oportunidad que se me ofrecía de salir de la celda. Podía aprovecharla para buscar a Thatcher; tal vez, fuera de aquellos muros, nuestro vínculo se hiciera más nítido.

—Si coopero —pregunté despacio—, ¿me ayudarás a averiguar algo más sobre mi hermano?

—Haré lo que pueda.

No era una promesa, pero sí un primer paso.

—¿En qué consiste esa preparación? —quise saber.

—Bañarte, acicalarte, vestirte del modo adecuado para la atención divina… —explicó otra tejedora de sueños—. Te daremos el aspecto de alguien digno de estar entre los dioses.

—No quiero estar entre los dioses.

—No —convino Lyralei con suavidad—. Pero eso no importa.

Era verdad, pero oírlo fue como un golpe. Tendría que seguirles el juego, obedecer sus reglas, convertirme en lo que esperaban de

mí; lo que hiciera falta para tener la oportunidad, por minúscula y desesperada que fuera, de salvar a Thatcher.

—¿Nos vamos a portar bien? —pregunto Lyralei.

No dije nada, pero me alejé de los barrotes; eso fue respuesta suficiente.

La puerta de la celda se abrió con un chasquido suave y yo salí a su encuentro al pasillo.

La transición me dejó boquiabierta. Estaba en una prisión de piedra húmeda, y al instante siguiente caminaba por algo que solo podría calificarse como un palacio. Techos altísimos sostenidos por columnas de luz cristalizada, suelos de mármol pulido, retratos de aesymar con marcos dorados del tamaño de edificios.

Bajé la vista y traté de llegar a Thatcher una vez más.

Y, por fin, conectó conmigo.

Casi se me escapó un sollozo de alivio. Vivo. Thatcher seguía vivo. Y, por primera vez desde que desperté en aquella celda, lo percibí con claridad: aterrorizado, furioso, muerto de preocupación por mí.

«Estoy aquí —intenté decirle a través de nuestro vínculo—. Estoy viva. Aguanta».

—Mi hermano no es un bendecido —le dije a Lyralei mientras recorríamos los pasillos.

—Comprendo tu preocupación —respondió; ahora que estábamos lejos de las celdas, su voz sonaba más amable—. Pero la situación es… complicada.

—¿Por qué es complicada? No tiene poderes. Si le hacen competir o algo así, morirá.

—Los que administran la Prueba no destacan por su compasión

—intervino en voz baja otra tejedora de sueños.

—Además —añadió Lyralei, que alzó una mano—, por lo que sí destacan es por su… gusto por lo teatral. Les encantan el drama, los giros inesperados, las exhibiciones de poder y belleza que capturan la atención del público.

—¿Qué significa eso?

—Significa que la mejor forma de salvar a tu hermano es que tú sobrevivas a la Prueba. Que te ganes su favor, su interés. Que quieran que sigas con ellos.

—Para entonces ya será tarde —insistí desesperada.

—Lo máximo que puedo hacer es pedir que seas de las primeras en participar, y así tendrás una oportunidad de exponer tus argumentos antes de que… —No terminó la frase.

Antes de que le tocase el turno a Thatcher.

La idea de pedir favores a aquellos monstruos me ponía enferma.

—¿Y crees que me escucharán?

—Es posible —respondió Lyralei con cautela—. Las Leyendas son impredecibles. A algunos, la idea de salvar a un mellizo sin poderes les parecerá romántica. A otros puede que les resulte divertida. Y habrá quien se niegue solo por llevar la contraria.

—En definitiva, es una apuesta.

—Como casi todo, al final. —Me miró y sus labios esbozaron una sonrisa—. Pero tú cuentas con una ventaja. Tu historia es dramática, atractiva. Y cuando hayamos terminado de prepararte… —ladeó la cabeza y me examinó con atención— serás imposible de ignorar.

No era un gran plan, pero mejor que quedarme en la celda de brazos cruzados.

—¿Y si no funciona? —pregunté en voz baja—. ¿Y si se niegan?

El silencio de Lyralei se alargó de modo significativo.

—En ese caso, al menos lo habrás intentado.

No se la veía muy convencida, y yo tampoco lo estaba. Pero era mi única posibilidad. Y, aunque todos mis instintos me gritaban que me olvidara de eso y buscase a Thatcher por mí misma, comprendí que sería inútil. Había guardias de piel metálica en cada pasillo y en cada recoveco, y sus extraños ojos no se perdían ni un detalle.

Me llevaron a una sala tan opulenta que me quedé boquiabierta. Todo era de oro, seda y cristal; los muebles parecían tallados cada uno a partir de una única gema enorme.

En otra circunstancia habría sido impresionante.

—Siéntate —me ordenó una tejedora de sueños, y señaló algo que parecía un trono.

Me senté y se pusieron manos a la obra.

No me prepararon; me transformaron. Me lavaron el pelo, sucio y enredado, con sustancias que olían a cítricos, y luego me lo peinaron hasta que me cayó en ondas por la espalda. Me pintaron la piel con pigmentos relucientes que la hacían brillar y me delinearon los ojos con kohl.

El vestido que me llevaron era un espectáculo en sí mismo. Un tejido de un profundo color negro que me recordó al terciopelo, pero más vivo y luminoso, salpicado de millares de diminutos cristales resplandecientes. El diseño no se parecía a nada que hubiera visto en la aldea, ni siquiera a las viajeras ricas que veraneaban en la costa; el corpiño era ajustado, pero las mangas y la falda fluían como el agua.

Durante todo ese proceso me quedé allí sentada, algo aturdida,

y las dejé hacer. En mi mente solo había una preocupación: qué decir cuando tuviera la oportunidad de suplicar por la vida de Thatcher. Cómo demostrar mi poder para ganarme la atención y el favor de los dioses. Cómo salvarlo, me costara lo que me costase.

Que me vistieran como a una muñeca, si eso me ayudaba. Que me pintaran, me empolvaran y me dieran una hermosa apariencia para entretenerlos. Porque, cuando me plantase frente a los aesymar, les daría el espectáculo que buscaban. Sería poderosa. Sería todo lo que esperaban de mí y mucho más.

Y los obligaría a perdonar a mi hermano.

CAPÍTULO 6
LA CONVOCATORIA

—Ya está —anunció Lyralei, y se apartó un poco para admirar su obra—. Perfecto.

Me observé en el espejo y casi no reconocí a la mujer que me devolvía la mirada. Se me veía poderosa. Peligrosa. Hermosa, de un modo que reclamaba atención.

Que era justo lo que necesitaba.

Pero, aunque trataba de concentrarme en ese único propósito, otros pensamientos se me abrían paso en la mente. Sulien nunca me vería así. Esa idea amenazaba con destrozarme, así que me la tragué.

«Céntrate —me dije—. Todo esto es por Thatcher».

Sonaron pisadas en el pasillo, y otra tejedora de sueños entró en la sala. Parecía más joven que Lyralei, con un cabello que oscilaba entre el plateado y el morado oscuro.

—Novalie —Lyralei se volvió hacia ella—, ¿les has dicho que a nuestra candidata le gustaría presentarse pronto?

—Sí, se ha transmitido la solicitud —suspiró Novalie.

—¿Y el veredicto?

—Que… se tendrá en cuenta.

—Se tendrá en cuenta —repetí con voz tensa, luchando por aplacar mi ira—. ¿Y qué cojones significa eso?

—Que se lo están pensando —respondió Lyralei con amabilidad —. Que es preferible a que lo rechacen de plano. Las primeras rondas suelen reservarse para los que se han presentado voluntarios. Muchos llevan toda la vida entrenándose. Y tú… —Esbozó una sonrisa—. Bueno, a ti te han tenido que obligar. Tal vez no les apetezca concederte lo que pides.

Me dieron ganas de gritar, hacer pedazos aquel ridículo vestido y salir de allí como una tromba para buscar a Thatcher. Pero me obligué a respirar hondo y recordar que aquella era la única posibilidad de la que disponía. La única forma de ayudarlo.

«Sé más lista —me dije—. Usa la rabia; no dejes que te controle».

Me esforcé por hacer acopio de aquella ardiente competitividad que me había pasado años suprimiendo para mantener la cabeza agachada y no llamar la atención. Era extraño dejarla salir a la superficie, aceptar esa parte de mí misma que siempre había querido demostrar que yo era mejor de lo que nadie pudiera esperar.

Mientras crecía, derrotaba al pulso a todos los chicos del pueblo, superaba en la pesca a marineros que me doblaban la edad, tumbaba a hombres crecidos en duelos de bebida. Pero siempre con cuidado, para que pareciera que se trataba de suerte o de una afortunada coincidencia. Nunca dejé que vieran lo mucho que disfrutaba ese momento en el que les demostraba que era más fuerte, más rápida, más inteligente de lo que suponían.

Y ahora, por fin, podía darle rienda suelta.

Debería resultar liberador, pero me sentía vacía. Porque la persona que lo había sacrificado todo para evitar ese preciso momento había muerto.

«Basta —me ordené—. Deja de pensar en él». Apreté los puños con tanta fuerza que las uñas se me clavaron en las palmas. No podía caer de nuevo en esa espiral de dolor. No era el momento. Me negaba a perder a nadie más.

—¿Qué puedo esperar? —pregunté con más serenidad de la que sentía en realidad. Todos los mortales habían oído hablar de los Juicios, pero los detalles se mantenían vagos a propósito.

—Cuando entres —empezó a explicar Lyralei—, solo verás a un grupo de competidores y, por supuesto, a las siete Leyendas que presiden el acontecimiento.

Las Leyendas. Hijos de la primera generación de aesymar, nacidos de la divinidad, junto con aquellos que ascendían durante los Juicios.

—¿Solo estarán ellos? Creía que sería un espectáculo a gran escala. —No pude ocultar del todo mi desdén.

—Oh, querida, todos los dominios tendrán los ojos clavados en ti, pero desde la comodidad de sus lujosos palacios. —Lyralei hizo un gesto grácil—. Puede que notes un ligero brillo en el aire o algo que parece una onda en el tejido de la realidad. Son portales de visualización.

No estaba segura de lo que prefería. Sin la distracción de una multitud enfervorecida, la Prueba sería más íntima, pero, hasta cierto punto, saber que un número incontable de seres me observaban desde lejos empeoraba las cosas. Como si fuera un

espécimen bajo una lupa.

—¿Y qué pasará cuando esté allí? —insistí.

—No se nos permite dar detalles por adelantado.

Se me debió de notar en la cara la frustración, porque alzó la mano.

—Sé que es desesperante, pero hay ciertas reglas que incluso nosotras debemos seguir. Lo que sí puedo decirte es que la Prueba está ideada para evaluar tu poder, sí, pero también tu control y tu creatividad. —Los ojos llenos de estrellas buscaron los míos—. Dales el mejor espectáculo que hayan visto nunca.

—¿Y si no puedo?

—Entonces te unirás a la lista de los que lo intentaron y fracasaron. Pero dudo mucho que sea tu destino.

Ojalá compartiera su confianza. Aunque lo que necesitaba en aquel momento era rabia.

«Lo mataron —pensé, y dejé que la cólera se acumulase—. Lo mataron delante de todas las personas que conozco, y ahora quieren que actúe para ellos».

Y tendría que seguirles el juego.

—¿Qué pasa después si sobrevivo?

—Hoy competirás en la Prueba, y, mañana, las Leyendas escogerán a quiénes quieren tutelar.

Por mucho que lo hubiera intentado durante mis veintiséis años de vida, era imposible no oír anécdotas sobre los dioses. Los Doce que gobernaban, los aesymar, y las Leyendas. La jerarquía de las divinidades.

—¿Cuántos bendecidos se presentaron en la última Prueba? —pregunté, no muy convencida de querer saberlo.

—Doscientos. Pero solo cincuenta llegaron a los Juicios.

Se me revolvieron las tripas. Ciento cincuenta muertos. Ciento cincuenta familias destruidas, ciento cincuenta futuros extinguidos.

—Y, como supongo que ya sabrás, el Forjado terminó con cinco nuevos ascendidos.

—Que ahora serán tutores —señalé con asco mal disimulado.

Novalie y un tercer tejedor de sueños, un ser esbelto al que llamaban Vesper, cruzaron una mirada.

—Sí —murmuró Lyralei—. Pero no solo ellos. Todas las Leyendas tienen la oportunidad de tutelar, incluso las que nacieron divinas.

—El hijo de Olinthar estará entre ellos —añadió Lyralei—. Chavore.

Se me heló la sangre al oír mencionar a Olinthar. A Chavore. «Mi medio hermano. Dioses». Nadie sabía quién era yo en realidad ni la relación que tenía con el rey de los dioses, y pretendía que siguiera siendo así.

—Pero no sirve de nada que te preocupes por quién será tu tutor —intervino Vesper—. Las Leyendas eligen a sus tutelados, no al revés. Sobre eso no tienes ningún control.

Ni sobre eso ni sobre nada más en aquel maldito lugar.

La expresión del rostro de Novalie cambió y sus ojos estrellados reflejaron compasión.

—Debe de ser muy extraño que te arranquen de repente de Elaren.

Me tensé.

—Digamos que sí.

—No puedo ni imaginarme cómo debes de sentirte. Estar de pronto en Voldaris, al borde del precipicio, sabiendo que nunca

volverás al mundo mortal a menos que… —No terminó la frase; era evidente que no quería decir «a menos que asciendas».

—E incluso así, casi nunca —añadió Vesper en un susurro.

Lyralei les lanzó a ambas una mirada de advertencia y luego se giró hacia mí.

—Para los Juicios viajarás entre dominios. Cada uno de los Doce gobierna el suyo.

—¿Y son… sitios distintos?

—Imagina Voldaris como un reino que contiene doce territorios —explicó Lyralei con tono didáctico—. Es muy distinto de Elaren, donde vivías.

—Exacto. Vuestros reinos están todos mezclados. Aquí, cada dominio es un mundo distinto —añadió Novalie con voz queda—. No se puede ir andando de uno a otro. Solo a través de los portales, y con permiso.

Asentí y se hizo el silencio.

Lyralei me estudió unos instantes.

—Eres de la costa oriental, ¿verdad?

Me tensé.

—¿Cómo lo sabes?

—Por tu acento. Y por la piel tostada por el sol. Ya he conocido a otros mortales de esa zona. —Se inclinó un poco hacia mí—. ¿Cómo era tu vida allí?

La pregunta me carcomió por dentro. Casi podía sentir el aire salado en la cara, el viento constante que me hacía lagrimear y me pegaba el pelo a la piel. Cresta Salada no era un pueblo bonito; era un sitio áspero, erosionado, y la mitad de los edificios necesitaban arreglos que no nos podíamos permitir. Pero era mi hogar. Un lugar

donde lo peor que podía ocurrir era una tormenta o una mala cosecha.

Sentía aquella vida como si perteneciese a otra persona. Una vida que jamás podría recuperar.

—Tranquila —dije por fin—. Sencilla. Criábamos ostras y las vendíamos en el mercado. Nada especial.

—¿Y tu familia?

La pregunta me atravesó como una puñalada en las costillas. Durante unos breves instantes me quedé sin respiración. Era incapaz de pensar. Solo podía recordar a Sulien, que se arrodilló junto al fuego sin resistirse y aceptó la muerte con más elegancia de la que merecían sus asesinos.

—Nos crio mi padre —fue todo lo que me salió.

La expresión de Lyralei se dulcificó.

—No tenemos por qué hablar de ello.

Asentí sorprendida.

—No comprendo por qué eres tan amable conmigo.

Lyralei guardó silencio un instante, como si pudiese ver mi interior.

—Tal vez porque algunos recordamos lo que es tener esperanza de algo mejor. —La voz se convirtió en un susurro—. Que sirvamos al reino divino no significa que todos estemos de acuerdo con cada tradición que se nos exige respetar.

Antes de poderle preguntar a qué se refería, del corredor llegó el sonido de unos pasos pesados. Un guardia de piel metálica se asomó a la puerta.

—Thais Morvaren —anunció—, has sido convocada.

El corazón me dio un vuelco, pero las piernas no me fallaron. Era

la hora.

Estaba preparada.

Tenía que estarlo.

CAPÍTULO 7
LA PRUEBA

El mundo se hizo pedazos bajo mis pies. La sensación fue como si unas garras invisibles me sujetaran y me arrojaran al espacio. Se me revolvió el estómago, y mi visión se fragmentó en luces y sombras; pero, antes de tener tiempo de gritar, volví de golpe a la realidad.

Me tambaleé y casi me caí de bruces sobre la piedra blanca. En vez de eso, choqué con una carne cálida y un tejido caro. Un joven con el pelo castaño claro.

—Cuidado —dijo; sus manos firmes me sujetaron por los hombros antes de que cayera.

Me invadió una oleada de poder. Días. Hacía días que no lo liberaba, y la magia que suprimía mis habilidades en aquel maldito palacio había desaparecido. Me corría por las venas y exigía salir, amenazaba con derramárseme de las manos.

Apreté los dientes hasta notar el sabor de la sangre y obligué a retroceder a aquella llamarada de poder. Ahora no. Todavía no.

—Gracias —logré decir.

Al levantar la cabeza y ver lo que me rodeaba me quedé sin

aliento. Estábamos en una pista, al lado de la cual, cualquier grandioso teatro que jamás me hubiera imaginado parecería un parque infantil. El suelo era de mármol pulido, tan liso que casi veía mi reflejo. Las paredes cristalinas se elevaban formando espirales y taladraban el crepúsculo de un profundo color violeta.

Pero lo que me puso el vello de punta fue el aire. Unos destellos creaban ondulaciones en el espacio que nos rodeaba, distorsiones que desviaban la luz de formas antinaturales. Los portales de visualización de los que me había hablado Lyralei.

Di media vuelta a toda prisa para buscar a Thatcher entre el puñado de figuras repartidas por el suelo de la pista. Al no verlo, el corazón me golpeó el pecho con fuerza.

—¿Sabes dónde están los otros? —le pregunté al hombre que había impedido que me cayera.

—Bueno, en la zona de espera hay muchos más —respondió mientras se sacudía el polvo imaginario de su traje—. Supongo que nos irán trayendo en grupos.

—¿Han llamado a alguien de la zona de espera antes de ti?

—No, creo que somos los primeros.

Miré a mi alrededor con cierto esfuerzo. Solo cinco competidores compartían la pista conmigo, todos ataviados con prendas tan ridículas como la mía.

El firmamento se oscureció aún más y las primeras estrellas empezaron a salir. Pero lo que me dejó sin aliento no fueron los cielos, sino lo que esperaba bajo ellos, en una plataforma.

Tronos.

Se encontraban dispuestos en un semicírculo perfecto. Casi todos estaban ocupados por seres que hacían que todos mis

instintos gritasen alarmados. Solo había uno vacío.

En cuanto posé los ojos en ellos, sentí una opresión en el pecho. No era miedo, no; eso era algo que había sentido muchas veces. Aquello era distinto, una sensación que hizo que mi corazón se saltase varios latidos y que se me secara la boca. Como si me hubiera tropezado de cara con un superdepredador.

Nunca había estado en presencia de un dios, pero empezaba a comprender por qué la gente les construía templos y les ofrecía sacrificios. No era devoción, sino instinto de conservación.

Eran las Leyendas. Los seres a quienes debía impresionar. A los que tenía que convencer para que le perdonasen la vida a mi hermano.

Eran todos de una belleza arrolladora, pero a la vez extraña. Demasiado perfectos, demasiado penetrantes. Demasiado apartados de cualquier semblanza de mortalidad. Era ese tipo de belleza que te hacía querer mirarlos de cerca, aunque los instintos te gritaran que ese sería el último error que cometieses jamás.

Hablaban entre ellos en voz baja, con ese tono desenvuelto de quienes debaten los planes para la cena. Ninguno de ellos nos miraba. Una que tenía flores entretejidas en el vestido respondió con un gesto lánguido a algo que había dicho su acompañante y disimuló la risa tras unos dedos cargados de joyas. Otro se había recostado en el trono, con los ojos cerrados, como si se fuera a quedar dormido.

Por supuesto. Para ellos no éramos nada. Ni siquiera se molestaban en reconocer que existíamos.

Encantadores.

—¿A que son increíbles? —me preguntó el competidor de antes,

que me arrancó de mi contemplación. Su voz reflejaba un asombro puro y nauseabundo—. Algún día, esos de ahí podríamos ser nosotros.

No se me ocurría nada más espantoso que convertirme en uno de aquellos seres hermosos y desalmados. Pero no podía decirlo en voz alta, claro.

—Es posible —respondí, con la sequedad suficiente para que cualquiera con un poco de sesera pudiese entender lo que insinuaba.

Por desgracia, el tipo no parecía tener gran cosa entre las orejas.

—¿Con qué don has sido bendecida? —me preguntó con ojos ávidos y brillantes.

Ni siquiera tuve tiempo de abrir la boca y ya se había lanzado a un monólogo entusiasta sobre sus propias habilidades, algo relacionado con el veneno y las plantas. Su tono adquirió esa cadencia característica de la gente que jamás ha encontrado un silencio que no pueda llenar con el sonido de su propia voz.

Perfecto. Una conversación menos de la que preocuparme. Dejé de prestar atención a sus palabras, que se convirtieron en ruido de fondo.

De pronto se me puso la piel de gallina. Algo había cambiado; un peligro nuevo y distinto flotaba en el aire. Me volví sin pensar; mi cuerpo reaccionó antes de que la mente se diera cuenta de lo que pasaba.

De pronto… estaba allí. Un momento antes solo había espacio vacío, y al siguiente estaba él, como si llevase todo ese tiempo en la pista y yo no me hubiera dado cuenta. Pero eso era imposible, claro, porque no había nada en él que permitiese apartar la vista.

Era alto y esbelto, como un arma envuelta en carne divina. La

piel de bronce se estiraba sobre unos pómulos afilados y una mandíbula que podría cortar el cristal. Llevaba el cabello trenzado y adornado con cuentas doradas. Pero fueron sus ojos los que me dejaron sin aliento. Uno ardía como el oro puro, brillante y amenazador como el de un halcón; el otro era negro por completo. Y sobre sus labios carnosos reposaba un aro dorado que le atravesaba la nariz.

Se dirigió hacia el trono vacío sin apresurarse; pero, en cuanto llegó, las conversaciones cambiaron de tono.

—Vaya —dijo una Leyenda. Vestía un traje de flores, y el pelo, rubio claro, le caía por la espalda—. Empezaba a pensar que al final habías decidido no agraciarnos con tu presencia.

—Nyvora —respondió con tono cortés—, jamás soñaría con decepcionarte.

Una Leyenda de armadura negra soltó una risita.

—Vamos, Xül. Todos sabemos que la puntualidad no es tu fuerte. ¿Recuerdas la última vez que tuviste al consejo esperándote?

—Recuerdo que lo cronometraste, Drakor. Qué… concienzudo por tu parte. —Xül se sentó en su trono—. Espero que hayas encontrado algo para mantenerte ocupado mientras esperabas.

—Ah, siempre encuentro algo.

Otra voz, fría y distante, los interrumpió.

—Algunos nos tomamos en serio nuestras responsabilidades.

Los ojos disparejos de Xül buscaron al que había hablado sin demasiado interés.

—Y algunos de nosotros somos tan eficientes que no tenemos que llegar temprano para compensar, Chavore.

Chavore. Mi medio hermano. «Joder». Se parecía mucho a

Thatcher. Y a mí. El mismo pelo negro recogido a la espalda y la misma mandíbula bien definida.

La risa de Nyvora resonó por toda la pista.

—Chicos, por favor. Ya estamos todos aquí, ¿verdad? Eso es lo que importa. —Cuando paseó la vista sobre Xül, reconocí aquella mirada. Si aún no se acostaban juntos, ella, desde luego, lo estaba deseando…

—Empezad.

La voz, procedente de todas partes y de ninguna, sacudió las paredes y me hizo vibrar los huesos. Los seis nos miramos, confusos, a la espera de nuevas instrucciones que no llegaron.

«¿Y ahora?». El pánico me encogió el corazón. ¿Lo… hacía, sin más?

Los aesymar por fin nos miraron; incontables ojos dorados que nos examinaban como si fuéramos insectos. Oí unos pasos a mi derecha; una competidora vestida de plata líquida dio unos pasos al frente. ¿Me había perdido algo? Como si hubiese recibido una instrucción que los demás no habíamos oído, levantó las manos y sumió el espacio que nos rodeaba en una oleada de calor. Ladeó la cabeza y le brotó fuego de las palmas.

La danza de la portadora de fuego la llevó junto a un segundo competidor, que jadeaba y del cual emanaban oleadas de energía que le cubrían el cuerpo de destellos. El hombre de antes, el del pelo castaño claro, hacía brotar del suelo detalladas esculturas, lianas cubiertas de espinas afiladas que se enroscaban para formar masas retorcidas.

Retrocedí un poco para apartarme de ellos y alcé el rostro hacia el crepúsculo que lo cubría todo.

El poder me lamía los brazos, me suplicaba que lo dejase salir tras días de mantenerlo bien sujeto. Lo liberé con un jadeo entrecortado y sentí que aquella chispa de magia salvaje y antigua me fluía por las venas.

Como respuesta, una estrella parpadeó, un único latido sobre la luz moribunda del anochecer.

Luego otra. Y otra.

Como soldados que respondieran a un grito de guerra, docenas y docenas de estrellas ardieron de repente. La pista se llenó de su luz mientras yo convertía la noche en día sin nada más que mi voluntad y aquella fuerza salvaje de mi interior que siempre había pertenecido más al cielo que a la tierra.

Se hizo un silencio profundo y aterrador.

Todos los competidores se quedaron inmóviles. En aquella maldita pista, nadie respiraba. Sentía en la lengua el sabor de su asombro, el peso de las miradas que se me clavaban en la piel. La atención de las Leyendas era como un ente vivo que ejerciese presión sobre mí.

Enseñé los dientes en un gesto que podría ser una sonrisa… y tiré.

El poder que llevaba tanto tiempo conteniendo me estalló en el pecho con tal ferocidad que casi se me escapó un grito. No era suficiente. Necesitaba más; necesitaba todo lo que las estrellas pudieran darme. Tiré con más fuerza, desesperada, hasta que algo empezó a romperse en mi interior.

Era una sensación aterradora. Mi control, la disciplina a la que me había aferrado durante tanto tiempo, se agrietaba. Todos mis instintos me gritaban que me detuviese, que reforzase las barreras,

que mantuviera los límites con los que había vivido desde siempre.

Pero los dejé caer.

En cuanto las barreras internas se hicieron pedazos, el poder fluyó a través de mí como un torrente, tan sobrecogedor que no habría podido contenerlo por mucho que lo hubiese intentado. Eché la cabeza hacia atrás y de los labios me salió un sonido a medio camino entre una carcajada y un grito mientras los años de contención se desvanecían en la nada. La liberación fue un éxtasis inesperado.

Mi poder hizo jirones el velo insustancial que separaba nuestro mundo de los cielos, y las estrellas…

Dioses, las estrellas cantaron mientras caían.

Se desplomaron sobre mí, cada una de ellas, un latido de poder puro e ilimitado. Desde lo alto, salvajes, se precipitaron contra mi palma extendida. Percibí el sabor del fuego estelar y de la eternidad, el olor del humo y del polvo del cosmos…, antiguo y terrible. Mío.

Aquella acometida amenazaba con hacerme pedazos, con recomponerme en algo distinto.

Y un pensamiento traicionero y culpable se me abrió paso por la mente: «Para esto he nacido. Esto es lo que soy».

Debería haberme incinerado, haberme convertido en cenizas, en un recuerdo. En cambio, su luz se derramó sobre mí como oro fundido y se mezcló con la magia que ya me corría por las venas.

Dirigí la mirada hacia los aesymar y sonreí con cada brizna de arrogancia que poseía.

El silencio subsiguiente fue absoluto. Las propias Leyendas se habían quedado inmóviles en sus tronos y, durante un instante perfecto, me permití creer que había ganado.

Que con aquello bastaría.

Drakor dio un paso al frente y aplaudió. Un aplauso lento y deliberado que consiguió hacer sonar como una burla.

—Qué heroica demostración de poder —gritó con el tono con que se alabaría el dibujo de un crío.

La sonrisa de Drakor se amplió, y su expresión hizo trizas mi alivio. Era una de esas sonrisas que presagiaban algo espantoso.

—Sin embargo —continuó, y las palabras quedaron colgando en el aire—, sigue sin haber sangre en la pista.

De pronto lo comprendí, y fue como si me destripasen con un cuchillo mellado.

Aquello no era solo una exhibición de poderes.

Era una poda.

Y yo, como una idiota arrogante, me acababa de pintar en la espalda la mayor diana imaginable.

«Joder, lo que faltaba».

El dios hizo un gesto desdeñoso, como invitándonos a seguir con nuestra pequeña matanza para entretenerlo. Los otros competidores se quedaron inmóviles unos instantes mientras procesaban lo que acababan de oír. Lo que significaba. Luego, de modo lento e inevitable, varios pares de ojos se volvieron hacia mí.

El primer ataque llegó antes de que tuviera tiempo de procesar la nueva realidad. Del suelo de la pista brotaron lianas que se enroscaron en las piernas de la competidora más cercana y la tiraron al suelo. Apenas gritó una vez antes de que la vegetación se cubriera de espinas que le rasgaron la carne y la callaron para siempre. Una savia negra y espesa fluyó de sus heridas mientras la sangre se acumulaba en el suelo y manchaba de carmesí la piedra

blanca.

El que la había matado se volvió hacia mí con el rostro torcido en un gesto de determinación.

—Lo siento —me dijo—, pero no pienso morir aquí.

«Joder. Necesito algo. Necesito…».

El poder me estalló en las palmas, salvaje y violento, con tanta fuerza que me dolieron los huesos. Una luz, demasiado intensa, demasiado caliente, se derramó de entre mis dedos. Traté de apartarlo, protegerme de él, proyectarlo, lo que fuera, pero el poder se aferró a mis manos como queriendo anclarse en ellas.

Se retorció, se agitó y se condensó; y algo sólido se materializó.

Una espada.

La luz pura de las estrellas había adquirido una forma asesina.

Las lianas se abalanzaron sobre mí, armadas con espinas como puñales. Retrocedí tambaleándome y levanté la espada en un gesto instintivo. La hoja cortó las plantas como si fueran de papel, pero detrás venían más.

Mientras las enredaderas me rodeaban, la portadora de fuego lo atacó por el costado, con el rugido de las llamas en las manos. El hombre gritó cuando lo consumió el fuego, y el olor de la carne quemada se extendió por el aire.

Unos gritos de agonía atravesaron la pista: otro competidor se estrelló contra el suelo de mármol y bajo él se formó un nuevo charco escarlata.

Me agaché con la garganta llena de bilis. Tanta sangre, tantas muertes… Igual que en la cueva, igual que…

No. Me obligué a incorporarme y, con manos temblorosas, empuñé la espada estelar. La mujer bendecida con el fuego estaba

junto a un cadáver calcinado, y las llamas todavía le bailaban alrededor de los dedos. Se giró hacia mí, con la más absoluta determinación dibujada en sus rasgos.

Nos miramos a través de la pista empapada de sangre y ella dio un paso en mi dirección.

El rayo de energía llegó de ninguna parte, un chorro concentrado de fuerza pura que golpeó el pecho de la portadora de fuego con un sonido húmedo y terrible. Se derrumbó al instante y, cuando golpeó el suelo de mármol, las llamas se extinguieron.

Giré en redondo, empuñando la espada estelar, y me encontré frente a frente con el último competidor. La energía le chisporroteaba en las manos.

—No es nada personal —dijo, y se puso en movimiento.

El primer ataque fue inmediato. Alcé la espada justo a tiempo y la hoja absorbió el impacto, pero el choque me hizo resbalar hacia atrás. Me dolieron los brazos a causa del golpe.

Otro rayo, otro bloqueo desesperado.

Iba a morir allí, a menos que antes lo matase yo a él.

Esa idea fue como un jarro de agua fría. Nunca había matado a nadie, ni lo había deseado. Pero, mientras otra ráfaga de energía se me acumulaba entre las palmas, se activó el instinto de supervivencia.

Tenía que moverme. Tenía que…

Vaciló. Puede que estuviera recargando su ataque, o tal vez solo recuperase el aliento. Me daba igual. Era mi oportunidad.

Me lancé adelante enarbolando la espada, con todos los músculos del cuerpo en tensión, y cubrí la distancia que nos separaba. Me vio llegar y trató de levantar las manos. Demasiado

tarde.

La hoja estaba a un dedo de su cuello cuando sonó un clarín. Mi adversario y yo nos quedamos inmóviles, y se nos fueron los ojos a las Leyendas.

Una de ellas alzó la mano.

—Ambos habéis demostrado ser excepcionales —anunció con voz meliflua—. Felicidades, Thais y Vance. Siguiente grupo.

Respiraba con dificultad y me temblaba el cuerpo entero por la adrenalina y el terror. Las Leyendas parecían divertirse, aunque ya empezaban a perder interés.

No. No podía dejar pasar aquella oportunidad.

—¡Esperad! —grité, aterrorizada al pensar que la misma magia que me había llevado hasta allí estaba a punto de sacarme de nuevo —. ¡Por favor!

Todos se volvieron a mirarme.

—¡Por favor, debo hablar con vosotros! —supliqué. Caminé hacia los tronos con paso tembloroso; trataba de mantener cierta semblanza de dignidad pese a los cadáveres que iba dejando atrás.

Los ojos de las Leyendas seguían mis movimientos, y mientras caminaba establecí un breve contacto visual con Xül. La intensidad de sus ojos me produjo una descarga eléctrica en las venas; era la presencia más intimidante que me hubiera encontrado jamás. Me sentí incapaz de sostenerle la mirada, así que desvié la atención hacia la mujer que había detenido el combate.

Ella arqueó una ceja perfecta.

—Ha habido un error al llamar a los bendecidos. —Me esforcé por hablar con voz serena—. Han traído a mi hermano basándose en suposiciones, pero debo pediros que lo liberéis. No tiene ningún

poder.

Se propagaron murmullos entre ellos.

—Estoy segura de que los aesymar no permitirían el asesinato de alguien incapaz de defenderse. —Dejé que la sinceridad y la desesperación me tiñeran la voz—. No se debería hacer competir a alguien que no haya sido bendecido. Se trata de un malentendido.

—Qué conmovedor —dijo otra Leyenda, arrastrando las palabras, sin dejar de mirarse las uñas—. Una chica que lo arriesga todo para defender a su amado hermano.

—Oh, Elysia —respondió Nyvora con una carcajada—. Ese sentimiento me reconforta el corazón. Que dulce puede llegar a ser el amor fraternal.

La esperanza me anidó en el pecho. Si les gustaban esas cosas, quizá funcionase. Perdonar una vida inocente los presentaría bajo una luz más justa y misericordiosa.

—¿Y tú qué piensas, Miria? —preguntó Drakor, cuya vista recayó sobre la mujer que había detenido la pelea—. ¿Tienes algo que decir sobre esa muestra de devoción?

Miria frunció sus perfectos labios, pero no respondió.

Drakor me clavó la mirada. Cuando sonrió, fue como ver a un leopardo enseñar los colmillos.

—¿Y si conocemos a tu hermano? —propuso con el tono aburrido de quien sugiere tomar un té—. Traedlo.

CAPÍTULO 8
SANGRE Y PIEDRA

En un abrir y cerrar de ojos, Thatcher se materializó a mi lado.

Trastabilló, pero logró recuperar el equilibrio a unos pasos de mí. Su respiración era muy agitada, y miraba a un lado y a otro, alterado, tratando de entender la situación en la que nos encontrábamos: sirvientes que limpiaban la sangre con trapos, manchas rojas en el suelo de mármol y, por último, cadáveres desperdigados, cada uno acorde a su forma de morir.

Sin pensarlo siquiera, me lancé sobre Thatcher y lo abracé con tanta fuerza que le habría podido romper las costillas. Era firme y cálido y estaba vivo; en aquel momento no importaba nada más. Ni los aesymar ni los horrores ocurridos hacía apenas unos instantes.

—Todo va a salir bien —le susurré contra el hombro—. Todo va a salir bien.

Cuando me aparté de él, Thatcher tenía la mirada clavada en los tronos. Palideció poco a poco, hasta adquirir el color grisáceo de un pergamino.

Dio un paso atrás.

Varias Leyendas sonrieron con sorna.

—Qué conmovedor —dijo Drakor—. Los devotos mellizos, reunidos por fin.

Elysia se adelantó un poco en su trono.

—Así que este es el hermano con el que tanto ansía que hablemos nuestra portadora de estrellas. —Recorrió a Thatcher con la mirada.

—¿Alguno de vuestros padres era un bendecido? —preguntó Miria, con una voz más amable que los otros, pero no menos incisiva.

Thatcher me lanzó una mirada de confusión que contenía una clara pregunta: «¿Qué cojones está pasando aquí?».

—No —respondí enseguida, antes de que él pudiera decir nada —. Ninguno de los dos estaba bendecido.

No era mentira, en realidad. No nos había preguntado si alguno de ellos era un dios…

La risa con la que Nyvora acogió mis palabras no tuvo nada de musical.

—Dado tu nivel de habilidad, es difícil creerlo.

La furia me quemó la garganta.

—Pues no sé qué quieres que te diga. —Se me quebró la voz. Joder. Calma. Tenía que calmarme—. Lo que quiero decir es que no sabemos mucho sobre la bendición.

Xül se movió. Fue casi imperceptible, apenas los dedos que se recolocaron sobre el brazo del trono, pero se me helaron los huesos.

Nadie pareció fijarse. Nyvora había centrado su atención en Thatcher.

—Tu hermana asegura que no compartes sus dones.

—Es cierto —respondió Thatcher, con una voz mucho más calmada que la mía—. Yo no fui bendecido.

Kavik ladeó la cabeza.

—Lástima. Tu hermana ha sido impresionante.

—Los dos sois muy atractivos a la vista —observó Elysia—. Así que, al menos, eso sí lo compartís.

—A veces los dones pueden estar latentes —sugirió Drakor con un deje amenazador.

Di un paso al frente. La desesperación me estaba volviendo temeraria.

—Tenemos veintiséis años. Si tuviera poderes, ya se habrían manifestado.

—No sería la primera vez —replicó Drakor con una sonrisa inquietante—. ¿O crees que sabes más que yo sobre las bendiciones divinas?

Me dieron ganas de escupirle a la cara y decirle con perfecta claridad lo que pensaba de su bendición divina, pero me mordí la lengua.

—Por supuesto que no —logré decir con voz inexpresiva.

Drakor se levantó del trono con un movimiento grácil y fluido y descendió por los escalones como una pesadilla encarnada. Dio una vuelta alrededor de nosotros, caminando despacio, y se detuvo frente a Thatcher.

—Dime, muchacho. ¿Alguna vez te has sentido… distinto? ¿Has experimentado momentos en los que el mundo parecía responder a tu voluntad?

—No —respondió Thatcher con firmeza—. Nunca.

—Curioso. —Drakor siguió rodeándonos—. Mellizos, nacidos de la

misma sangre, criados en las mismas circunstancias… y, sin embargo, tan disparejos en sus dones.

—Haz lo que tengas que hacer —intervino Xül aburrido.

Drakor se volvió hacia él con gesto sombrío.

—La investigación se debe desarrollar en condiciones. Algo de lo que tú sabes muy poco.

Xül tensó los hombros, pero no añadió nada.

Drakor se colocó detrás de Thatcher y todos mis instintos se pusieron en alerta.

—A veces —siguió indiferente— solo hace falta el catalizador adecuado.

Me dispuse a protestar, a suplicar, a hacer algo, pero unas sombras brotaron del suelo de la pista. Me rodearon, tiraron de mí hacia atrás y me sujetaron las manos a la espalda, inmovilizada por la oscuridad.

—¡No! —grité sin poder evitarlo al ver que Drakor ponía la mano en el hombro de Thatcher—. ¡No lo toques!

Las facciones de Thatcher se retorcieron de dolor. Cayó de rodillas, con la espalda arqueada mientras el sufrimiento le azotaba el cuerpo.

Me debatí con todas mis fuerzas para liberarme de las sombras que me retenían. Intenté invocar mi poder, pero no quedaba nada; se había agotado en la demostración de antes. El pozo que solía arderme en el pecho se notaba frío y distante.

—¡Para! —grité.

Pero Drakor no se detuvo. En verdad parecía pasárselo bien mientras, con expresión indiferente, contemplaba a Thatcher retorcerse en el suelo empapado de sangre.

—Ya basta, Drakor —intervino Miria—. Ya has demostrado lo que querías.

—No —insistió Drakor, y se agachó junto a Thatcher—. Todavía no.

Thatcher sangraba por la nariz y los oídos, y sus gritos se habían vuelto gemidos roncos e irregulares que me rompían el corazón con cada jadeo.

—¡Lo vas a matar! —Luché contra las ataduras hasta que las sombras se me clavaron en las muñecas y sentí que la sangre me corría por los brazos—. ¡Detente!

La tortura continuó. Minutos que parecieron horas viendo retorcerse a Thatcher sin poder hacer nada para evitarlo. Su dolor era mío, transmitido por nuestro vínculo. Sentía cómo lo devoraba, cómo lo iba consumiendo desde dentro.

—Qué lástima —concluyó Drakor con un suspiro. Una última oleada de dolor atravesó el cuerpo de mi hermano y sus ojos se abrieron de par en par.

En la pista, la presión del aire cambió como si de pronto nos hubieran arrastrado al fondo del mar. Sentí un chasquido en los oídos. El olor de la lluvia, de las tormentas y la tierra me inundó los sentidos, tan espeso que casi podía saborearlo en la lengua.

La cabeza de Thatcher se giró hacia Drakor, y vi un fogonazo de plata que le cruzó los ojos. Eran antiguos y terribles, por completo salvajes. Una bestia con el rostro de mi hermano.

Gritó.

Fue como comprimir la propia esencia de la cólera en una única nota devastadora que venía de todas partes a la vez.

—¿Qué tenemos aquí? —Drakor arqueó una ceja y fingió sentirse

intrigado—. ¿Alguien se ha decidido por fin a seguirme el juego? Empezaba a pensar que…

Entonces, el cuerpo de Drakor se colapsó sobre sí mismo.

Lo primero que me llegó fue el sonido húmedo, como de algo que se desgarrase, que reverberó por toda la pista. Su cuerpo implosionó y volaron trozos en todas direcciones. La sangre salió proyectada en grandes chorros y salpicó la piedra blanca, y un olor metálico me inundó la nariz.

No podía respirar ni pensar. Solo podía mirar el espacio donde un momento antes había una Leyenda, y ya no estaba allí.

Las sombras que me retenían se evaporaron. Me tambaleé y, en mi prisa por llegar hasta Thatcher, estuve a punto de caerme. Seguía de rodillas y tosía sangre; todo el cuerpo le temblaba como resultado de lo que fuese que lo había atravesado.

—Thatcher —susurré mientras lo abrazaba—. Thatcher, mírame.

—¿Qué he hecho? —graznó.

No supe qué decirle. No tenía palabras con que expresar lo que acababa de suceder.

Así que me volví hacia los tronos, temblorosa a causa de los nervios, el terror y, quizá, una oscura satisfacción.

Hasta la última de las Leyendas estaba de pie, y sus expresiones variaban entre la seriedad y el asombro. Incluso Xül se había levantado del trono y tenía la vista clavada en el punto que ocupaba Drakor poco antes.

El dios había desaparecido, del todo, por completo, como si nunca hubiera existido.

Y mi hermano desprovisto de poderes lo había matado.

CAPÍTULO 9
EL PACTO

El mundo se distorsionó, y de pronto estábamos en otro lugar.

Caí al suelo con fuerza. La soga mágica me mordió las muñecas y cortó el flujo de poder antes incluso de que tuviese tiempo de pensar en usarlo. Thatcher se tambaleaba a mi lado.

Jadeos. Susurros. Voces que se alzaban presas del asombro y la repulsa.

Levanté la mirada y me encontré en una gran sala: techos altos, suelos pulidos, bancos atestados de otros competidores. Todos nos miraban con la boca abierta y los ojos como platos.

Claro. Estábamos empapados en sangre, de la cabeza a los pies. La sangre de Drakor. No quería ni pensar qué otras partes de él llevaríamos pegadas. Dioses. ¿Qué le había hecho Thatcher?

—Moveos —gruñó el guardia que tenía detrás, y me dio un empujón. Otro guardia cogió del brazo a Thatcher y tiró de él en dirección opuesta.

«Ni de puta coña».

—No —dije con un gruñido ronco. Planté los pies y me eché

hacia atrás—. No nos vais a separar.

La presión de la mano del guardia en mi brazo se incrementó, pero me resistí con más fuerza.

—Mataré a todos los presentes si me volvéis a apartar de él.

Más murmullos procedentes de la multitud de bendecidos. «Mejor».

—Con esa cuerda en las muñecas, lo dudo —dijo el guardia, y tiró de mí para hacerme andar.

La soga. Como la celda, mantenía mis poderes a raya, inutilizados. Pero se equivocaba si creía que eso me volvía inofensiva.

—¿Crees que no puedo encontrar formas más creativas de acabar contigo? —gruñí, y a continuación le clavé el codo en las costillas. Gimió y aflojó la presión lo justo para que yo pudiera liberarme de un tirón y acercarme a Thatcher a trompicones.

—Ponlos en la misma celda —bufó el guardia que retenía a mi hermano—. Total, no pueden usar sus poderes.

—Eso, hazle caso a tu amigo —le escupí al otro guardia, que se disponía a volver a sujetarme.

Nos arrastraron a través de una puerta y el guardia que yo tenía detrás me apretó las cuerdas de las muñecas hasta que lo maldije; luego, por fin me soltaron, y la puerta se cerró de un portazo.

Me volví a mirar a Thatcher y se me cayó el alma a los pies.

Se lo veía… consumido. La sangre le manchaba el pelo y le caía por la cara dejando huellas de color óxido. Pero los ojos… estaban muertos, con la mirada perdida; como si se hubiera ido a algún lugar remoto y no hubiese encontrado aún el camino de regreso.

Me froté las muñecas y vi que las quemaduras de la soga

desaparecían. Aquel lugar era muy distinto de la mazmorra donde desperté la primera vez. Estaba limpio y era cómodo. Vi varios cálices de cristal dispuestos sobre una mesa reluciente. En las estanterías se alineaban botellas de líquidos diversos. Había una pequeña zona de descanso, y ninguna vía de escape excepto la puerta que habían cerrado tras nuestra entrada.

Me fui directa a las botellas y, tras quitarle el corcho a una, la olisqueé. Alcohol, lo bastante fuerte como para quemar. Eso me serviría.

Di un buen trago y el fuego líquido se deslizó garganta abajo. Después me volví hacia Thatcher y le ofrecí la botella.

No la cogió. Ni siquiera era consciente de mi presencia.

—Thatcher. —Me salió una voz áspera—. Tenemos que trazar un plan.

Parpadeó despacio, como si intentase enfocar la habitación.

—¿No estás preocupada?

Casi me eché a reír.

—Creo que podríamos decir que estoy muy preocupada. Por eso bebo. —Le volví a ofrecer la botella—. Y, por tu aspecto, a ti también te vendría bien.

La cogió, pero le temblaban tanto las manos que pensé que se le iba a caer. No bebió.

—No entiendo lo que ha ocurrido —dijo por fin—. Sentía mucho dolor, y entonces… —Se calló, con la mirada perdida.

—Bueno, está claro que sí tienes poderes, después de todo.

—¿Cómo es posible? ¿Qué poder hace algo así?

El alcohol empezaba a desgastar las aristas afiladas del pánico.

—Míralo por el lado positivo: al menos no se manifestó mientras

estábamos en Cresta Salada. Eso sí que habría sido un buen follón.

El humor negro me pareció fuera de lugar incluso a mí, pero necesitaba algo para apartarlo del precipicio al que se estaba asomando.

—Thais…

—Y, total, nadie va a echar de menos a ese cabrón. —Me encogí de hombros.

—Por favor, vamos a hablar en serio.

La desolación que se filtró por nuestro vínculo fue como un latigazo. Le tiré del brazo y me senté con él en el pequeño sofá.

—Ya veremos qué hacemos —dije en voz baja—. Por lo menos, seguimos vivos.

—¿No crees que nos matarán por lo que he hecho?

Me mordí el labio inferior, sin saber muy bien qué responderle. La verdad, no tenía ni idea. Era imposible saber cómo reaccionarían los aesymar a un poder como el suyo. Un pensamiento, y Drakor había… dejado de existir, tal cual.

—Creo que, si quisieran, nos habrían matado allí mismo. ¿Para qué esperar?

Sin embargo, al decirlo comprendí que me engañaba. No había ninguna historia que hablara de un mortal que hubiese matado a un dios. Solo los aesymar plenamente ascendidos podían acabar con uno de los suyos, e incluso, en esos casos, las narraciones sobre dioses que luchaban entre ellos describían batallas catastróficas que se prolongaban durante días.

—¿Nunca habías sentido nada parecido? —quise saber—. ¿Estás seguro?

—Jamás. —Clavó la vista en el suelo—. Y ahora mismo no lo

siento. Ya… no está.

No lograba entenderlo, pero no lo presioné. De momento.

—Si no te vas a beber eso… —Le cogí la botella y di otro buen trago.

—No sé cómo puedes beber ahora mismo. Yo tengo ganas de vomitar.

Miré la sangre seca que le cubría la cara y el cuello, cogí un trapo de una mesa y me puse a limpiarlo.

—Tenemos que decidir qué vamos a hacer a continuación —dije, concentrada en desprender un reguero tozudo de cerca de la sien.

Asintió, pero seguía con la vista perdida en el vacío.

Le giré la cara y lo obligué a mirarme a los ojos.

—Thatcher, necesito que te centres. Ya te caerás luego a pedazos. Ahora mismo tenemos que hablar.

—No podemos trazar ningún plan, Thais. —Su voz sonaba apagada y abatida—. Nuestro destino depende del capricho de los aesymar. En algún momento nos separarán. Y entonces nos matarán, o yo moriré en los Juicios.

El derrotismo se adueñó de sus rasgos y comprendí que ya se había rendido. Había aceptado que no saldríamos vivos de allí.

Suspiré y paseé la vista por aquella sala anodina. Parte de mí creía que no le faltaba razón.

Nos quedamos un rato en silencio; el peso de lo ocurrido caía sobre nosotros como un sudario. La sangre, la muerte, el poder imposible que había atravesado a mi hermano como una avalancha.

Y entonces me di cuenta de que ni siquiera habíamos hablado de…

—Sulien.

El nombre colgó en el aire entre nosotros. El dolor de Thatcher me golpeó a través de nuestro vínculo. Arrugó las facciones, y de pronto tenía el mismo aspecto perdido que cuando era un crío.

—Se ha ido para siempre, ¿verdad? —susurró.

El sollozo que llevaba un tiempo anidando en mi garganta se liberó por fin.

—Sí. Se ha ido.

—No dejo de pensar en que me voy a despertar. —Se le quebró la voz—. Que esto es una pesadilla, abriré los ojos y él estará ahí, preparando el desayuno y quejándose de que llenamos la casa de arena.

Lo abracé y se recostó sobre mí como cuando éramos niños.

—No dejo de ver la imagen —me susurró sin apartar la cara de mi hombro—. El modo en que lo mataron.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—No se resistió.

—Podría haber hecho algo. Era fuerte. Podría haber intentado huir o… —Su voz sonaba tensa y abatida—. Pero se quedó allí, arrodillado.

—Incluso en sus últimos momentos, solo pensaba en protegernos.

—Yo tendría que haber actuado, tendría que…

—No podíamos hacer nada. —Mis palabras sabían a mentiras—. Nos tenían atados. Estábamos impotentes.

—¿De verdad? —Thatcher se apartó con los ojos rojos y una expresión salvaje—. Tú tenías tu poder. Yo tenía… lo que sea eso que vive en mi interior. Podríamos haberlo intentado.

—Y entonces, junto con él, habrían matado a todos los demás

que estaban en la cueva.

—¿Y qué?

—Los aesymar habrían descendido en masa sobre Cresta Salada.

Apartó la vista mientras sacudía la cabeza.

—Thatcher…

—Nos crio. Nos quería. Y se lo hemos pagado dejando que muriera frente a toda la gente que le importaba. —Thatcher se frotó la cara y se embadurnó de lágrimas y restos de sangre—. Dioses. —Se dobló como si hubiera recibido un puñetazo—. Dioses, Thais, se ha ido de verdad. Nunca volverá a casa.

—Ni nosotros tampoco. —Mi dolor se hizo más intenso.

Las palabras flotaron en el aire, afiladas y brutales, y también ciertas. Era algo que había sentido cada vez más en el transcurso de los últimos días. Estaba convencida hasta la médula de que todo era culpa mía, de que mis secretos habían sido el catalizador de su muerte. Pero ya no me parecía tan cierto. Sí, murió por mi secreto. Pero no había ninguna justicia en ello. No era correcto. No había nada acertado en todo aquel suceso brutal que nos había absorbido para luego escupirnos.

—Son ellos —señalé con voz grave y fría—. Ellos son los responsables de su muerte. Los dioses. Los sacerdotes. Todo este sistema pervertido que trata a los mortales como si fueran desechables.

Thatcher apartó la mirada, con los dientes tan apretados que veía cómo se le tensaban los músculos bajo la piel.

—Pero ahora nos tienen atrapados, ¿no es cierto? —Hablaba con un susurro casi imperceptible—. Morir en los Juicios o convertirnos en seres como ellos. Esas son nuestras opciones.

—Lo sé —respondí.

—Y si, de algún modo, conseguimos sobrevivir… —me clavó unos ojos perdidos y vacíos—, entonces ¿qué? ¿Seremos como ellos? —Se pasó la mano por el pelo, un gesto tan familiar que me dolió el corazón al verlo—. Quizá lo mejor sería dejar…

No terminó la frase, ni falta que hacía.

—¿Es lo que querría Sulien? ¿Que nos rindiéramos?

—Sulien querría que viviésemos —replicó Thatcher; casi no pudo pronunciar el nombre de nuestro padre—. Pero ¿a qué precio, Thais? ¿Para formar parte de su panteón? ¿Para convertirnos en monstruos nosotros también?

No podía ofrecerle una respuesta. Los dos sabíamos que no había ninguna opción buena.

Y, de pronto, se me ocurrió.

Fue como girar una llave en una cerradura y que todo encajase.

Olinthar.

El nombre me quemó la mente. El rey de los dioses. El que había puesto en marcha toda esa pesadilla, antes incluso de que naciéramos. Cada pérdida, cada muerte, cada momento de terror… Todo nos llevaba a él.

Me temblaban las manos.

Era muy probable que muriésemos. En los Juicios, ejecutados o en la ascensión… Daba igual. Nuestras muertes ya estaban escritas. Pero ¿y si…?

«¿Y si reescribía el final?».

Tuve que aferrarme al sofá para no caer de bruces. No era solo venganza ni justicia, sino equilibrio. Nos había creado mediante la violencia. Era muy apropiado que la violencia lo destruyese a él.

Entonces lo vi. Un propósito, una razón para hacer algo, aparte de soportar aquel dolor sin más.

«Voy a matarlo».

No vi aquella decisión como una elección, sino como la gravedad: inevitable e ineludible. Como si llevase agazapada en mi interior desde el momento que supe lo que le había hecho a nuestra madre.

Me quedé rígida. Ya no se trataba solo de nosotros, sino de todo. De cada niño bendecido al que llevaban a rastras a su muerte. De cada familia hecha pedazos. De cada oración a la que los dioses hacían oídos sordos.

Thatcher me clavó la vista.

—¿Qué?

—Nada —respondí, demasiado deprisa. Me volví y agarré de nuevo la botella.

—Thais. —Me cogió de la muñeca—. Conozco esa mirada.

—¿Qué mirada? No sé de qué me hablas.

Me observó con aquellos ojos que ya habían visto demasiado.

—¿De qué se trata?

Me liberé de un tirón.

—Déjalo, Thatcher.

—No. —Se movió para cortarme el paso—. No me dejes al margen.

—Hay cosas que es mejor no decir.

—Entre nosotros no —atajó con voz baja y peligrosa—. Dime en qué estás pensando.

Por fin lo miré a los ojos para que viera la resolución que crecía en mi interior.

—En la justicia.

—¿Justicia? —repitió.

—Sí.

—Thais…

—Voy a matarlo. —Inspiré hondo—. Voy a matar a Olinthar.

Thatcher se quedó inmóvil.

—Es un suicidio.

—Y cualquier otra opción también. —Me encogí de hombros con brusquedad—. Al menos, así mi muerte tendrá algún significado.

—No. —Negó con la cabeza y se apartó de mí—. No voy a perderte por una fantasía de venganza.

—No es una fantasía —rebatí, tratando de mostrarme razonable.

—¿Qué vas a intentar? ¿Desencadenar una revolución?

—No lo sé. —Bajé la cabeza—. Pero es mi elección, y tú no tienes voz ni voto.

—Y una mierda que no. —El dolor de sus ojos dio entonces paso a una cólera ardiente—. ¿Esperas que te deje encaminarte tú sola a la muerte?

—Espero que respetes mi decisión.

—¿Tu decisión de hacer que te maten?

—Mi decisión de hacérselo pagar. —El latido de mi corazón se había estabilizado—. Asesinaron a nuestro padre, Thatcher. Lo sacrificaron como a un animal delante de nosotros. ¿Qué quieres? ¿Que lo acepte? ¿Que siga adelante?

—Quiero que vivas.

—¿En su mundo? ¿Con sus reglas? —Se me escapó una risa áspera y amarga—. Eso no es vivir. Eso es morir poco a poco.

—No vas a intentarlo. —La voz de Thatcher sonaba fría y

decidida—. No te dejaré.

—No puedes impedírmelo.

Nos quedamos mirándonos; ambos nos negábamos a ceder. El vínculo que nos unía vibraba como una madeja de miedo y furia.

—De acuerdo —dijo Thatcher por fin.

—¿De acuerdo? —me sorprendí.

—Si estás empeñada en embarcarte en una misión suicida… —Se calló y tragó saliva—. Yo te acompañaré.

—No.

—Sí. —Se cruzó de brazos y de pronto vi a Sulien en él, el mismo gesto tozudo con los dientes apretados y la mandíbula tensa—. No tienes derecho a tomar una decisión por los dos y luego decirme que yo no puedo elegir por mí mismo.

—Thatcher, por favor…

—Somos mellizos, Thais. Vinimos juntos al mundo. —Hablaba en voz baja—. Si vamos a dejarlo, que sea también juntos.

—Se supone que tú deberías sobrevivir, Thatcher.

—¿Por qué? ¿Porque tú lo digas? —Me cogió de las manos y no las soltó cuando intenté apartarme—. Si vas a ir a por Olinthar, voy contigo. Planeamos juntos, luchamos juntos, y, si morimos —me apretó las manos con más fuerza—, moriremos juntos.

La protesta se me atascó en la garganta, porque conocía aquella mirada. La había visto muchas veces en el espejo.

—Eres idiota —le susurré.

—Debe de ser cosa de familia.

Quería seguir discutiendo, disuadirlo de ir por el camino que yo había elegido. Pero al mirarlo vi en él el mismo fuego que ardía en mi interior. La misma necesidad de algo más allá de la mera

supervivencia.

—¿Por Sulien? —pregunté con voz queda.

—Por Sulien —asintió—. Y por nosotros. En nuestros propios términos.

Asentí despacio.

—Entonces, más nos vale ser inteligentes. Que crean que han logrado quebrar nuestra resolución. Que piensen que han ganado.

—Que nos subestimen.

—Hasta el último momento.

—Vamos a sobrevivir a los Juicios. Vamos a averiguar todo lo que podamos sobre su mundo, sus debilidades, sus temores. Vamos a permanecer vigilantes, a ser estudiantes perfectos y dispuestos a cooperar. Y, cuando por fin conozcamos a Olinthar —el nombre me sabía a podrido en la lengua—, vamos a acabar con la fuerza que puso todo esto en marcha.

Thatcher dejó escapar el aliento poco a poco.

—¿Y si lo conseguimos?

Pensé en ello: un mundo sin tiranía, sin Juicios, sin una amenaza constante sobre aquellos que nacían con la más mínima brizna de poder, aunque no lo hubieran pedido.

—En ese caso, ninguna otra familia tendrá que pasar por lo que hemos pasado nosotros.

Thatcher asintió, pensativo.

—Merece la pena morir por eso.

—Sí, desde luego —convine.

Los aesymar creían que habían capturado a dos mortales aterrorizados.

No tenían ni idea de lo que habían desatado en realidad.

CAPÍTULO 10
TRAS LA TORMENTA

Al menos no nos habían matado. Aún.

—Menudo jaleo habéis montado vosotros dos —dijo Lyralei, aunque parecía divertida.

Estuvimos toda la noche en una de aquellas salas anodinas. Ninguno de los dos había podido dormir. Cada vez que cerraba los ojos veía implosionar a Drakor. Thatcher se pasó gran parte de la noche mirándose las manos como si pertenecieran a otra persona.

Cuando, por la mañana, los guardias fueron por fin a buscarnos, estaba convencida de que nos llevaban a nuestra ejecución. Mientras nos arrastraban por un pasillo tras otro, agarrándonos con tanta fuerza que nos dejaron marcas, el corazón se me iba a salir del pecho. Traté de mirar de reojo a Thatcher, pero nos mantenían separados, cada uno de nosotros flanqueado por un grupo distinto de guardias.

Hasta que llegamos a una puerta que reconocí, al otro lado de la cual esperaba Lyralei con una sonrisa cómplice.

A Thatcher se lo llevaron a su propio vestuario, situado un poco

más allá en el mismo pasillo; pude atisbar varios seres etéreos con los mismos ojos estrellados que quienes me habían atendido a mí. Más tejedores de sueños.

Me esforcé por respirar con calma y concentrarme en lo que habíamos pactado Thatcher y yo. Seguirles el juego. Averiguar todo lo que pudiéramos. Sobrevivir el tiempo necesario para poder usar ese conocimiento contra ellos. Si buscaba información, tenía que mostrarme cooperativa con aquella gente, e incluso agradecida.

—¿Estará…? ¿Lo van a cuidar bien? —Dejé que la preocupación que sentía en realidad me asomase a la voz.

—El equipo de Ember es excelente —me aseguró Lyralei mientras me conducía hasta la silla.

—Qué lástima. —Vesper apareció a mi lado y miró con evidente disgusto la ropa empapada de sangre—. Era uno de mis vestidos favoritos.

—Lo siento —respondí con mi tono más sincero—. Todo ocurrió muy deprisa.

—Al menos estás viva. —Se encogió de hombros con indiferencia.

—Entonces —señalé al acomodarme en la misma silla que antes —, me imagino que no habrá nadie en Voldaris que no tenga su propia opinión sobre lo que sucedió ayer.

Novalie casi daba saltitos y los ojos le brillaban de emoción.

—Y que lo digas. Todo el mundo está hablando de vosotros. Los mellizos de Cresta Salada que…

—… que mataron a Drakor —terminó Vesper con sequedad mientras me empezaba a desatar el vestido estropeado—. Y con muchísima eficacia, según tengo entendido. En un instante estaba

allí, con el encanto natural que lo caracterizaba, y al siguiente… —Hizo un gesto vago—. Chof.

Me lo quedé mirando.

—No parece que te moleste mucho.

—¿Molestarle? —Lyralei se echó a reír—. Seguro que medio reino lo está celebrando.

—Pero era una Leyenda…

—Era un monstruo sádico que disfrutaba mostrando una crueldad innecesaria —atajó Vesper con naturalidad, y empezó a quitarme el vestido manchado—. De haberse tratado de Miria o de Kavik, los aesymar estarían de luto. Pero, ahora mismo, diría que más bien los impresiona que alguien haya conseguido cerrarle la bocaza de modo permanente.

Novalie suspiró y me frotó los brazos con un aceite limpiador.

—Tenía cierta tendencia a pasarse de la raya. En los últimos Juicios torturó a una competidora durante tres horas porque sus respuestas no le parecieron aceptables.

Me dio un vuelco el estómago.

—¿Sobrevivió?

—A duras penas. Los sanadores se pasaron varios días recomponiéndole la mente. A Drakor le pareció divertidísimo.

—Y las otras Leyendas… ¿se lo permitieron?

—Es complicado —explicó Vesper; había una advertencia implícita en sus palabras—. Los tutores gozan de autoridad absoluta sobre sus pupilos. Lo que ocurra en esas sesiones de entrenamiento se considera privado, incluso si a todos les parece mal. Después de aquello, Xül le restringió el acceso a Draknavor, aunque en teoría no debería tomar represalias. —Absorbí toda aquella información

mientras Vesper rebuscaba en el guardarropa y extraía un vestido traslúcido de un intenso color azul. Se volvió para mirarme—. Además, que tu hermano haya sido capaz de algo que les resulta difícil hasta a los dioses ascendidos ha provocado un buen revuelo. Hacía siglos que no ocurría nada tan interesante.

—Mi hermano mató a alguien y eso es «interesante» —dije desconcertada.

—Tu hermano mató a alguien que llevaba tiempo buscándose que lo mataran —me corrigió Vesper—. No es lo mismo. Aunque debo reconocer que el método fue tajante y muy espectacular.

—¿Cómo os lo podéis tomar tan a la ligera? —quise saber—. ¿No comprendéis lo que significa? Ahora verán a Thatcher como una amenaza. Se van…

—Se van a sentir fascinados —me interrumpió Lyralei con suavidad—. Los aesymar no están asustados, querida, sino intrigados.

Eso empeoraba las cosas más aún.

—¿Cuántos sobrevivieron a la Prueba? —pregunté; necesitaba cambiar de tema y dejar de pensar en las implicaciones de lo que me habían dicho.

—Treinta y siete —respondió Lyralei. Me hundió un peine en el cabello.

—¿Y cuántos participaron?

—Casi trescientos.

«Dioses». Sabía que sería horrible, pero… ¿trescientos?

—Eso es… —Tragué saliva—. Es mucha gente.

—A veces hay más y a veces hay menos. Depende de la calidad de los candidatos y lo creativas que se sientan las Leyendas. —La

voz de Novalie ya no sonaba tan jovial.

—¿Cómo deciden las Leyendas a quién escoger?

—Según la tradición, deben elegir a un competidor que se pueda asimilar a su dominio con facilidad, alguien cuyas habilidades complementen las del tutor —explicó Lyralei.

—A veces respetan esa tradición. —Vesper se encogió de hombros—. A veces no.

—¿Y qué pasa después?

—Tu tutor te lo explicará todo —dijo Novalie, que me empolvaba los pómulos con brillo dorado—. Os entrenarán, os aconsejarán, y con suerte lograrán prepararos para que sobreviváis.

—¿Cómo nos entrenarán?

—Vuestras habilidades —intervino Lyralei—. Os ayudarán a afinarlas, a usarlas de modo creativo, a explotarlas al máximo.

—Pero tendrás que prepararte para otras cosas —añadió Vesper, y levantó en el aire el vestido azul—. Habilidades básicas de supervivencia. Combate. Estrategia. Rastreo. Y, por supuesto, cómo comportarse en la sociedad divina.

—¿En serio? —Casi puse los ojos en blanco, pero me contuve.

—Política, alianzas, presentación… —me explicó mientras me ayudaba a ponerme el vestido—. El proceso no depende tan solo del poder en bruto; también tienes que demostrar que, en caso de ascender, podrás encajar aquí.

—Genial. —De nuevo intenté no poner los ojos en blanco, pero fracasé.

—La verdad, querida, es que te vendría bien pulirte un poco. —Vesper se rio—. Pero con nosotros puedes ser tan tosca y grosera como quieras. Nos encanta.

—¿Os he parecido grosera? Pues no habéis visto nada. —Me encogí de hombros y esbocé una sonrisa—. Peleas de bar, duelos de bebida, competiciones de pulso con pescadores malolientes…

—Qué delicia —interrumpió Lyralei con ternura—. Ahora, quédate quieta mientras decido qué hacer con todo esto. —Obedecí y ella se puso manos a la obra.

Mientras Vesper le hacía los últimos ajustes al vestido azul oscuro, me miré de reojo en el espejo. El corpiño estaba reforzado con unas delgadas tiras metálicas que me cubrían el torso como una armadura, pero la falda estaba formada por capas traslúcidas a través de cuyos pliegues oscuros se me atisbaban las piernas.

Pronto estaría de nuevo frente a las Leyendas, a la espera de averiguar cuál de ellas sería mi dueña mientras durase aquella pesadilla.

Miria parecía mi mejor opción. Ya que me tenía que tutelar alguno de ellos, Miria al menos parecía guardar cierto recuerdo de haber sido mortal. Y que hubiera tratado de impedir que Drakor torturase a Thatcher hablaba bien de ella.

Pero mis preferencias daban igual. La decisión, en cualquier caso, no dependía de mí. Y no solo eso; había muchísimas otras Leyendas que, hasta el momento, solo nos habían visto de lejos. Tendrían que estar presentes treinta y siete tutores, no solo las Leyendas que habían presidido la Prueba.

—Entonces… —dejé caer mientras me ajustaba las vaporosas mangas del vestido—. ¿Alguna hipótesis sobre quién querrá tutelar a unos mellizos cubiertos de sangre?

—Oh, vamos —respondió Novalie con evidente satisfacción—. Todos los tutores os querrán a vosotros.

—Eso me temía.

—Por favor, querida, recuerda que el tutelaje no es como un aprendizaje entre los mortales —indicó Lyralei—. Los dioses esperan obediencia absoluta y dedicación completa. Te moldearán como les parezca para que puedas sobrevivir, al margen de lo que tú desees.

—Suena de lo más razonable…

—Comprendo cómo te sientes —me confió Vesper—. Pero negarse a seguir los consejos de un tutor se considera una actitud casi suicida. Y, de hecho, suele serlo.

En el espejo vi que Lyralei me enrollaba mechas de pelo en rulos calientes.

La idea de ser la posesión de alguien, de cualquiera, pero sobre todo de uno de ellos, despertaba dentro de mí una llamarada de miedo. Sin embargo, la sofoqué y la enterré bajo la máscara de obediencia que estaba aprendiendo a adoptar.

CAPÍTULO 11
LA ELECCIÓN

Tantísimos ojos dorados…

Las Leyendas aesymar estaban sentadas frente a nosotros, y los siervos divinos de los diversos dominios se alineaban contra las paredes y susurraban entre ellos. El aire vibraba de poder y me producía un hormigueo en la piel, quizá por la consciencia de mi mortalidad en aquella sala repleta de dioses.

Los treinta y siete bendecidos que habíamos sobrevivido a la Prueba formábamos una hilera frente a una mesa de amatista pulida. Nos observaba un número equivalente de Leyendas, pero se les iban los ojos una y otra vez a un punto en concreto. Aunque no hubiese podido sentir a Thatcher a través de nuestro vínculo, no me habría costado averiguar dónde estaba solo con fijarme en dónde aterrizaban sin cesar todos aquellos ojos brillantes.

Los tejedores de sueños tenían razón. Ninguno se mostraba enfadado ni temeroso. Parecían total y absolutamente intrigados.

Me arriesgué a mirar la fila de reojo y vi un hermano que no se parecía en nada al que había dejado por la mañana. Su equipo lo

había ataviado con un traje negro que le marcaba los anchos hombros, y le habían peinado a la perfección el cabello negro. Sostenía las miradas doradas sin pestañear, con un esbozo de sonrisa asomado a los labios. O estaba interpretando su papel de maravilla o disfrutaba de la atención.

Por un momento había temido que cambiara de opinión. ¿Y si el pacto que hicimos la noche anterior, sellado con sangre y dolor, se había derrumbado ante el peso de la situación?

Pero no. Por nuestro vínculo me llegó una tenaz resolución equiparable a la mía.

Hora de que yo también interpretara mi papel, pues.

Me volví hacia la mesa y me enfrenté a las miradas que cayeron sobre mí. Fingí lo que esperaba que fuese una sonrisa complaciente e intenté proyectar confianza, en vez del terror que me reconcomía por dentro.

Un escriba se abrió paso hasta la parte frontal de la sala y se detuvo al otro lado de la mesa de amatista. Cuando desenrolló el pergamino le temblaron un poco las manos, y, la verdad, no podría culparlo. Cualquiera se sentiría intimidado ante tanta atención divina.

—El tiempo de observación ha terminado —anunció con una voz que reverberó en las paredes de cristal—. Podemos empezar con la Elección. Espero que, al terminar el día, todo el mundo haya podido elegir al candidato de su preferencia; pero eso, por supuesto, es muy improbable. —Varias Leyendas rieron por lo bajo—. Según la tradición, las siete…, perdón, las seis Leyendas que presidieron la Prueba tendrán el honor de ser las primeras en escoger. Después tomarán su decisión las demás. Gracias a Aella, aesymar del caos, cada uno de vosotros encontrará bajo su asiento una ficha de oro

con su número.

Las Leyendas cogieron las fichas y me esforcé por interpretar sus reacciones. Algunos parecían complacidos por el número que les había tocado; otros, resignados. Y luego mis ojos, como atraídos por algún inoportuno imán, recayeron en uno de ellos. Xül. Llevaba un traje negro con adornos de cristal rojo y tenía sujetas detrás de la cabeza las trenzas del día anterior.

Vi que apretaba con fuerza la perfecta mandíbula y arrojaba la ficha a la mesa con gesto despectivo.

—¿Podría ponerse en pie el número uno? —pidió el escriba.

Miria se levantó de su asiento con un movimiento grácil. Iba envuelta en un reluciente vestido verde oscuro.

—Miria, felicidades por el puesto que te ha tocado. Escoger en primer lugar siempre es un honor —dijo el escriba—. Por favor, anuncia tu elección.

Hice todo lo posible por atraer la atención de Miria: cuadré los hombros y erguí la cabeza para tratar de ofrecer una imagen de tranquila confianza. Ella era nuestra mejor opción, la única Leyenda que había demostrado compasión durante el carnaval de horrores del día anterior. Recorrió la hilera con la mirada y se detuvo en varios competidores, pero no llegó a pararse en mí. Ni tampoco en Thatcher.

—Nicolai Themstrom —dijo por fin; su voz resonó por toda la sala.

Cerca de la mitad de la fila, un muchacho de pelo muy rubio dio un paso al frente. Parecía muy joven, de diecinueve o veinte años. Avanzó hasta colocarse detrás de la silla de Miria, con las manos a la espalda.

«Joder».

Acabábamos de empezar y ya habíamos perdido a nuestra favorita.

—¿Podría ponerse en pie el número dos?

Se me heló la sangre en las venas al ver que se levantaba Chavore.

Supuse que compartiría el dominio de su padre, pero no estaba segura.

Si los dioses basaban sus elecciones en las habilidades que habíamos mostrado, tal vez me escogiese a mí. Los tejedores de sueños me habían dicho que era justo e imparcial. La portadora de estrellas que había forjado un arma de luz celestial resultaba una elección obvia. «Dioses». Iba a elegirme a mí, ¿verdad…?

—Thatcher Morvaren —dijo con una sonrisa digna de un guerrero, y señaló a mi hermano con la barbilla.

Se me paró el corazón. Demasiado próximo, demasiado peligroso. ¿Cómo íbamos a…?

El golpe de una silla al caer restalló en la sala antes de que Thatcher tuviera tiempo siquiera de salir de entre los demás. Xül estaba de pie, con las manos apoyadas en la mesa, y su mirada era aún más fría que antes.

—¿Debo suponer que es una broma? —preguntó con voz grave y amenazadora. Miró a Chavore con los ojos entornados, pero este, que no parecía intimidado en absoluto, solo se encogió de hombros como si el estallido de Xül no fuese más que una molestia insignificante.

—¿Cuál es el problema, viejo amigo?

La palabra «amigo» rezumaba sarcasmo.

—No pinta nada en Bellarium, so idiota —saltó Xül—. Sus habilidades encajan mejor en Draknavor.

Me estrujé el cerebro para tratar de recordar los nombres de los dominios divinos. Dioses, ¿por qué no había prestado más atención a las historias?

—Yo diría que encaja a la perfección en el dominio de la guerra —replicó Chavore con una calma exasperante—. Un poder como el suyo podría reconfigurar por completo un campo de batalla.

Así que, después de todo, Chavore no compartía dominio con su padre. Interesante.

—Un poder como el suyo —respondió Xül con los dientes apretados— procede de la misma fuente que el mío. La vida y la muerte, el crecimiento y el deterioro… Esas cosas pertenecen únicamente a mi dominio.

—Ah, ¿sí? —Chavore ladeó la cabeza y a su voz asomó una nota de auténtica curiosidad—. A mí me pareció muy similar a la guerra. Fue algo rápido, decisivo, eficaz. —La sonrisa se volvió más incisiva —. En realidad, una buena estrategia.

La temperatura de la sala descendió varios grados. Las demás Leyendas observaban la discusión con interés. Algunos parecían divertidos, y otros, preocupados. En la fila de competidores reinaba un absoluto silencio, por miedo de atraer la atención, supuse, mientras dos dioses se peleaban por Thatcher como si fuera un arma de especial interés.

—Absurdo —contestó Xül con voz baja y letal—. Crees que, por ser capaz de mover piezas en un tablero, entiendes las fuerzas que las impulsan.

—Y tú crees que, como te relacionas con cadáveres, tienes el

monopolio de las fuerzas destructivas. —Chavore le lanzó a Xül una mirada satisfecha.

Las manos de Xül se cerraron en puños sobre la mesa.

—Arrogante hi…

—Caballeros —interrumpió una nueva voz. Elysia—. Tal vez deberíamos reservar los debates filosóficos para después de la Elección, ¿no os parece? Seguro que muchos de nosotros tenemos criterios más sólidos que una mezquina rivalidad.

La expresión de Chavore no se alteró.

—Por supuesto, Elysia. Qué poco considerado por mi parte. —Se acomodó en la silla—. Thatcher Morvaren, por favor.

Thatcher dio un paso al frente con la más absoluta neutralidad dibujada en sus facciones. El escriba paseó la mirada de uno a otro, no del todo seguro de que la confrontación hubiese concluido.

—¿Podría ponerse en pie el número tres? —casi sollozó por fin.

Xül suspiró, pero no se dignó moverse.

—De acuerdo —dijo con voz irritada—. Yo me quedo con la otra.

Me clavó la mirada. No vi en sus facciones ni el más mínimo rastro de calidez o bienvenida, solo una fría valoración teñida de resentimiento. Tuve que hacer un esfuerzo para contener un escalofrío.

—Te pido disculpas, guardián —dijo el escriba con voz temblorosa—. ¿Podrías aclarar tu elección, por favor?

—La otra Morvaren.

¿En serio? ¿Ni siquiera iba a ser capaz de pronunciar mi nombre? Me envaré y la rabia me corrió por las venas.

—Vaya —intervino una mujer vestida de blanco y dorado, sin duda los colores de algún domino de luz y orden—. Qué elección tan

hipócrita, teniendo en cuenta que acabas de argumentar que los competidores deberían asignarse a puestos en los que encajen —siguió con voz dulce y venenosa—. ¿Qué hará una forjadora de estrellas en las profundidades de Draknavor?

Xül se sentó por fin y me hizo un gesto displicente para que me uniera a él.

—Al parecer, hoy no estamos siguiendo el protocolo adecuado, Meriela. —No trató de disimular el sarcasmo—. Supongo que tendrás que conformarte con lo que quede.

Meriela apretó los labios, pero no insistió. Al menos me había librado de ella, porque su forma de mirarme me había dejado muy claro todo lo que necesitaba saber. Yo era su primera elección. Y el lugar al que habría querido llevarme era el último al que yo querría ir. El dominio del mismísimo Olinthar.

Caminé y me coloqué detrás de la silla de Xül. La cólera y la angustia pugnaban en mi pecho. Estar tan cerca de él me resultaba abrumador… Irradiaba una energía que se me derramaba por la piel.

Hice lo posible por prestar atención a las demás elecciones, pero la cabeza me daba vueltas. La cosa no iba bien, en absoluto. Ni para mí ni para Thatcher. Se suponía que íbamos a trabajar juntos para reunir información. Tenía la esperanza de que nos tocasen tutores que compartiesen alguna conexión; pero habíamos acabado con dos Leyendas que se odiaban mutuamente.

Espié de soslayo a Thatcher y nuestras miradas se cruzaron un instante. No parecía preocupado en absoluto; si acaso, complacido. Incluso satisfecho. Como si hubiera conseguido justo lo que deseaba.

Entorné los ojos, confusa; no entendía su reacción. ¿Por qué no

estaba preocupado?

Y entonces oí un susurro en el vínculo que nos unía, tan débil que me costó percibirlo.

«¿Quién conoce a un padre mejor que su hijo?».

CAPÍTULO 12
DRAKNAVOR

La última Leyenda tomó su decisión y, antes de que el competidor bendecido llegase siquiera hasta su tutor, Xül ya estaba de pie. Pasó junto a mí sin dedicarme ni una mirada, levantando la muñeca en un gesto sutil.

El aire… se partió. Di un paso atrás. El corazón me golpeaba las costillas mientras la realidad se desgarraba ante mí. Como si hubieran cortado con un cuchillo el mismísimo tejido del mundo.

La grieta quedó allí, suspendida en el aire vacío. Xül siguió caminando sin mirar atrás, y sus sirvientes entraron en hilera a continuación. Iban embozados en prendas de color negro y carmesí oscuro, con el rostro oculto bajo la capucha.

Supuse que debería seguirlo como una mascota obediente. Pero si él no se molestaba en hablarme, en reconocer mi existencia más allá de un gesto desdeñoso, yo no tenía por qué dejar pasar la que podría ser mi última oportunidad de ver a mi hermano.

Nunca habíamos estado muy lejos. Ni una sola vez en veintiséis años. Incluso cuando uno de nosotros salía en una barca de pesca o

viajaba a un pueblo vecino para comerciar, siempre nos encontrábamos cerca. El máximo de tiempo que habíamos pasado separados era, quizá, un día. No tenía ni idea de qué ocurriría con nuestro vínculo cuando estuviéramos a dominios de distancia. ¿Cómo iba a sobrevivir sin él? Había sido mi ancla durante toda mi vida. Mi otra mitad.

A través de nuestra conexión, sentí el mismo dolor desesperado en él.

Rodeé la mesa esquivando a los sirvientes, a los dioses y a los competidores remolones. Por el rabillo del ojo vi a Chavore, que se acercaba a hablar con Kavik. Era un momento tan bueno como cualquier otro, de modo que apreté el paso en dirección a Thatcher.

—Cómo le gusta el drama a tu tutor —comentó.

—Y que lo digas.

—Intenta no tocarle los cojones. —Sonrió con cansancio.

No pude evitar sonreír yo también. Los dos sabíamos que no era probable.

—Ni se me pasaría por la cabeza.

Envolví a Thatcher en un abrazo y tuve que contener un sollozo de alivio. Era sólido y cálido; seguía siendo mi hermano, hecho de sal, arena y corrientes marinas, igual que yo. A pesar de la ropa elegante que lo hacía parecer uno más de aquel reino de dioses y monstruos.

—No sé cuándo volveré a verte —le susurré contra el hombro, tan bajo que solo él podía oírme—. Pero te quiero. Y vamos a superar esto.

Me apretó tanto que me dolieron las costillas, como si de alguna forma pudiera insuflar su fuerza en mis huesos y hacerme

invulnerable.

—Yo también te quiero. Intenta que no te dobleguen.

Quería reírme de eso. ¿Doblegarme? Xül no tenía ni idea de a qué se enfrentaba. Pero, pese a toda mi bravuconería, estaba aterrorizada. De quedarme sola, de fracasar, de lo que fuera que me esperase en el dominio de la muerte.

Me empapé de la sensación de seguridad, de estar completa, antes de que un carraspeo interrumpiese nuestro momento.

—Señorita Morvaren, tiene que venir conmigo ahora mismo.

Uno de los sirvientes de Xül se había quedado atrás, jugueteando con el dobladillo de su túnica mientras miraba nervioso hacia el portal. La grieta parpadeaba como si fuera a desaparecer de un momento a otro, dejándonos varados en aquella cárcel resplandeciente. No me habría sorprendido que fuera así, Xül tenía toda la pinta de ser de los que abandonaban lo que no les interesaba.

Thatcher y yo nos miramos por última vez. Los dos asentimos con solemnidad y luego me forcé a alejarme.

Cada paso que daba hacia ese portal parecía arrancarme un pedazo de alma. Me sentía como si dejase atrás todo lo que alguna vez me había importado para caminar por mi propio pie hacia la destrucción.

Hacia Draknavor. Un lugar del que solo había oído hablar entre susurros, el dominio al que iban todas las almas, donde los muertos moraban en la oscuridad eterna.

Pero, al llegar a la grieta entre los mundos, no vacilé. Crucé sin pensármelo.

El viento pasó silbando por mi lado, acompañado de un familiar

aroma salino. Y entonces el portal se cerró de golpe a nuestra espalda, y de repente me encontré en un mundo que existía más allá de los límites de todo lo que había conocido.

Lo que se extendía ante mí no tenía nada que ver con las historias que me habían contado.

Un imponente castillo negro se alzaba en la arena oscura, con sus chapiteles apuntando a un cielo del color de la sangre fresca. De la costa sobresalían rocas afiladas como los dientes de una bestia enorme, y, entre ellas, las olas rompían en una danza constante e hipnótica, dejando en la arena rastros de espuma brillante al retirarse. Debería haber sido una visión aterradora, una pesadilla de piedra negra y cielo carmesí. Sin embargo, me resultó atractiva.

Puede que fuera el mar. Incluso allí había agua que se movía, respiraba y cantaba la canción con la que había crecido. Bajo mis pies, la arena era negra como el vidrio volcánico. Seguía siendo arena. Seguía siendo una playa. Seguía recordándome en cierto modo a mi hogar, por mucho que estuviera pintada con esos tonos de otro mundo.

A lo lejos, ya atravesando a zancadas un enorme portón doble de hierro que lucía el emblema de una llave negra cruzada por una guadaña plateada, estaba mi nuevo tutor. El príncipe de Draknavor, al parecer demasiado importante, o demasiado irritado, para esperar a su indeseada pupila.

No podía ignorarme tan fácilmente. Apreté el paso, aunque la falda del vestido se me enredaba en las piernas, y luego eché a correr a toda velocidad. El sirviente que iba detrás de mí soltó un grito de alarma, pero lo ignoré.

Me había pasado toda la vida dejándome subestimar, sin llamar

la atención y extremando las precauciones. Pero se acabó.

Xül abrió de golpe las puertas del castillo, tan gruesas que parecían capaces de resistir un asedio. Mi mano se estrelló contra la madera cuando empezaban a cerrarse. El impacto me sacudió el hombro, pero aun así empujé para abrir, con la respiración entrecortada por la carrera y el aire enrarecido de aquel nuevo dominio.

—¡Disculpa! —jadeé, y, nada más entrar, lo rodeé y me antepuse para cortarle el paso.

El interior del castillo era tan imponente como el exterior, todo arcos altísimos y rincones oscuros, iluminado por lo que parecían orbes flotantes de fuego pálido. Pero apenas tuve tiempo de asimilarlo antes de que Xül se dignara por fin mirarme a la cara.

De cerca, su presencia era aún más abrumadora que en la pista. Aquellos ojos se entrecerraron para mirarme. Era tan alto que tuve que echar la cabeza hacia atrás, y vi en sus rasgos la belleza característica de los depredadores: esbelto, poderoso y peligroso.

—Eh…, esto… —comencé, y enseguida me maldije por hablar con voz entrecortada.

—Puedes apartarte de mi camino. —Su voz era refinada, precisa, cada palabra con el filo del desdén aristocrático.

Su displicencia hizo que me hirviera la sangre, y el vapor disipó mi nerviosismo. Bien. La ira me resultaba útil. También me hacía peligrosa a mí.

—¿Te importaría decirme qué se supone que debo hacer ahora? —Me planté en el sitio para dejar claro que no tenía intención de moverme.

—Para eso están los sirvientes. —Empezó a rodearme de nuevo,

pero yo volví a dar un paso atrás para interponerme.

—¿Los sirvientes también me van a entrenar?

La mueca de desprecio de Xül era una obra de arte: hermosa, hiriente y totalmente desprovista de calidez. Se inclinó hasta que su aliento me hizo cosquillas en la oreja, y me esforcé por no estremecerme ante su proximidad.

—Esos sirvientes no —murmuró, y había algo letal en su forma de decirlo.

«¿Qué coño significa eso?».

El corazón me dio un vuelco, pero alcé el rostro de todos modos.

—Se supone que tienes que instruirme.

—Todo se andará. —Esta vez consiguió seguir caminando, y ya estaba quitándose la chaqueta de gala como si nuestra conversación hubiera terminado. La prenda cayó al suelo, seguida inmediatamente por sus zapatos, que lanzó de dos patadas sin reducir la marcha—. Mientras tanto, disfruta de las numerosas comodidades de la Aguja de Hueso.

Surgieron de la nada varios sirvientes que recogieron la ropa tirada, con movimientos tan ensayados que saltaba a la vista que se trataba de algo habitual. Me enfrentaba a un nuevo nivel de gilipollas.

—¿Y qué demonios hago ahora? —le grité con la voz cargada de desdén.

Se detuvo al pie de una majestuosa escalera que se curvaba hasta perderse en la penumbra de la planta superior y se giró lo justo para soltar su última pulla:

—No podría importarme menos.

Dicho aquello, emprendió la subida; poco después se oyó un

portazo en las alturas del castillo, y el golpe resonó en el espacio cavernoso como un redoble fúnebre.

Maravilloso. Simplemente maravilloso.

Me quedé allí plantada, en medio de aquel enorme vestíbulo, rodeada de sirvientes que no se atrevían a mirarme a los ojos, sintiéndome como si me hubieran abofeteado. No, peor aún. Como si me hubieran borrado, invisibilizado.

—Puedo acompañarte a tus aposentos —dijo con timidez una sirvienta umbría, apretando contra el pecho uno de los zapatos que Xül había tirado por ahí.

Mientras miraba la escalera desierta, la rabia se agolpaba en mi interior como una marea. No daba crédito. Que yo no fuera su primera opción, que hubiera preferido a mi hermano antes que a mí, no me hacía menos merecedora de su tiempo. Yo había arrancado las estrellas, literalmente, y había forjado con ellas una puta espada.

Y él me trataba como a un estorbo. Como a algo que se había visto obligado a aceptar en contra de su voluntad.

No importaba. Si tenía que aprender por mi cuenta, que así fuera. Si tenía que averiguar cómo sobrevivir en aquel reino por mí misma, que así fuera. Al menos allí, por primera vez en mi vida, podía usar mis poderes sin restricciones. No tenía motivos para esconderme ni para contenerme. A saber de qué podría ser capaz si no me pasaba todo el tiempo tragándome mi propio fuego.

De repente, el vestido me resultaba asfixiante; gasa vaporosa y placas metálicas, todo creado para hacerme parecer algo que no era. Algo delicado.

A la mierda.

Sin hacer ni caso de los ofrecimientos cada vez más frenéticos

de la sirvienta de acompañarme a mis aposentos, giré en redondo y empujé las gruesas puertas para salir. ¿Disfrutar de las comodidades? De acuerdo. El portón de hierro seguía abierto; lo crucé sin dudar y caminé de nuevo hacia la orilla.

Me tironeé los cierres del vestido hasta que cayó formando un montón a mis pies. Las piezas metálicas golpearon la arena con pequeños sonidos musicales, y la gasa se hinchó con el extraño viento que silbaba a mi alrededor. Me quedé allí con solo la ropa interior de seda.

Entonces también me la arranqué.

Y me introduje directamente en el mar.

El agua me recibió con un frío que me calaba hasta los huesos. Sabía a sal, a metal y a lo que quizá fuera magia. Acogí de buen grado la conmoción, la forma en que me sacaba el aire de los pulmones y me aceleraba el corazón. Me sumergí bajo la ola siguiente y dejé que el silencio submarino aplacara lo peor de mi furia.

Ahí abajo no había voces. No había expectativas ni ojos dorados que juzgasen mi valía. No había dioses que decidiesen mi destino sin tomarse la molestia de consultarme. Solo el sonido amortiguado de mis propios latidos y la presión del agua contra la piel, arrancándome los últimos restos de perfume y de las pinturas que me habían untado por toda la cara, hasta que solo quedé yo, Thais, de Cresta Salada, que había crecido buceando en busca de perlas y compitiendo con su hermano entre las olas que intentaban arrastrarlos a ambos hacia el fondo.

Me quedé bajo el oleaje hasta que me ardieron los pulmones, y salí a la superficie solo para volver a sumergirme. Una y otra vez.

Una libertad indómita me vibraba en el pecho. Floté bocarriba, contemplando los lejanos puntos de luz, y, por una vez, no luché contra el poder que bullía bajo mi piel. En vez de reprimirlo o encerrarlo, lo alcancé.

Las estrellas respondieron. Se iluminaron una por una, con una luz cada vez más intensa, hasta que el cielo oscuro se inundó de su resplandor. Extendí los brazos en el agua, sintiendo la conexión con esos destellos lejanos.

Cuando por fin volví a la orilla, con el pelo en mechones pegados a la espalda y gotas de agua adheridas a la piel, la lejana luna proyectaba reflejos plateados sobre la arena negra. Cuando me agachaba a recoger mi ropa abandonada, un movimiento me llamó la atención.

Una silueta, enmarcada en una de las altas ventanas del castillo.

Me recorrió un escalofrío. Me enderecé con lentitud, con el pelo aún chorreando, y miré directamente hacia esa ventana. Hacia él.

Porque era él. A pesar de la distancia, a pesar de las sombras que ocultaban sus rasgos, supe que era Xül.

Podría haberme tapado. Podría haber cogido el vestido y haberme escondido detrás.

Pero me quedé allí y dejé que me mirara.

Que viera exactamente lo que había elegido: no a una chica dócil que le hiciera reverencias y se arrastrara por su atención, sino a alguien que podía devolverle la mirada sin pestañear.

Al final emprendí la marcha de vuelta al castillo. Mis pies descalzos dejaban huellas en la arena oscura, y podía sentir sus ojos siguiendo mis movimientos a cada paso.

La sirvienta de antes esperaba junto al portón de hierro,

retorciéndose las manos. Apartó la mirada de inmediato al ver que estaba desnuda, y sus pálidas mejillas se sonrojaron.

—Supongo que ya puedes llevarme a mi habitación —dije sorprendida por lo firme que sonaba mi voz. Me sentía desinhibida.

Ella asintió frenética y me condujo a través de los sinuosos pasillos del castillo, pasando junto a estatuas de piedra y puertas que conducían a estancias sumidas en las sombras.

Pero no presté atención a nada de eso. Estaba centrada en el camino que tenía por delante.

Yo era Thais Morvaren, la portadora de estrellas, y había ido hasta allí para aprender cómo matar a un dios.

Si el príncipe pensaba que podía hacer como si no existiera, pronto descubriría hasta qué punto se equivocaba.

CAPÍTULO 13
THATCHER

Una vez más, se había repetido la pesadilla sangrienta. La de la Leyenda que estallaba.

Al otro lado de las ventanas seguía siendo de noche. En Cresta Salada, a estas horas estaría ya en los muelles, tirando de las redes, y me arderían los músculos debido al ejercicio, en vez de estar tumbada en una cama demasiado mullida a la espera de que el sol asomase tras el horizonte.

¿Se presentarían de pronto los sirvientes del palacio para vestirme, como habían hecho antes de la Elección? Los tejedores de sueños se obsesionaban con cada detalle, empeñados en enderezarme el cuello del traje y alisar hasta la última arruga.

Suspiré y me levanté de la cama. Seguro que, tras veintiséis años de vestirme yo solo, me las apañaría.

La ropa del armario valía más que todo nuestro pueblo: túnicas bordadas de colores que las hacían parecer joyas, camisas de tejidos que alimentarían a una familia durante meses. Cogí lo más sencillo que encontré. El peso de la riqueza me resultaba ajeno sobre la piel.

Me acudió a la mente el rostro curtido de Sulien, las patas de gallo cuando sonreía, los callos de las manos tras pasarse años enseñándonos a pescar. ¿Qué pensaría si me viera en aquel momento?

«Merece la pena morir por eso». La promesa que nos habíamos hecho Thais y yo. Si destruir el reinado de Olinthar requería que me portase como un estudiante entusiasta, me convertiría en el mejor mentiroso de Voldaris.

Al otro lado de las ventanas se extendía Bellarium, una monstruosidad de pistas de entrenamiento y salones de juicio. A lo lejos se alzaba, imponente, un estadio de color blanco hueso.

Una llamada a la puerta interrumpió mis pensamientos.

—Adelante —dije mientras adoptaba la máscara que esperaban de mí: los hombros relajados y los ojos abiertos y maravillados.

Los anchos hombros de Chavore llenaron el marco de la puerta.

—Buenos días, chaval. —Sonrió y los dientes blancos destacaron sobre la piel tostada—. ¿Has dormido bien?

Respondí con otra sonrisa.

—Como un tronco —mentí con toda naturalidad.

Su risa resonó en el techo.

—¿Estás disfrutando tu estancia en Bellarium? ¿Te has ido adaptando estos días?

—¿Días? —Fruncí el ceño—. Llegué anoche.

Se apoyó en la jamba y frunció el ceño.

—Cuando eres inmortal, pierdes un poco la noción del tiempo. Lo comprenderás cuando asciendas.

Aquella suposición implícita de que me uniría a sus filas me molestó un poco. Asentí, pero me guardé la información. No su

lapso de memoria, sino la certeza con que hablaba de mi futuro.

—Sígueme —ordenó—. Es hora de saber de qué estás hecho.

«De sangre y venganza», pensé, pero supuse que mejor me reservaba eso para mí.

Los pasillos de color gris pizarra estaban entreverados de plata. Seres de rasgos alargados, engalanados con uniformes militares azules, pasaban a nuestros lados con la cabeza gacha. Se movían al unísono, como si los controlase una única mente.

Me fijé en que Chavore los saludaba; un ligero asentimiento aquí, un esbozo de sonrisa allá. El poder lo envolvía como un manto, invisible pero evidente en cada paso reposado. El mundo se ajustaba a su ritmo, no al revés.

—¿Quiénes son? —me interesé.

—Los syrenari. La élite de Bellarium, medio soldados y medio jueces, incapaces de mentir. —Adoptó una mueca burlona—. En una fiesta son lo peor.

Descendimos por una escalera de caracol que se retorcía entre guerreros inmovilizados en plena batalla, con expresiones que conjuntaban el triunfo y la agonía.

—Debo reconocer —dije, y dejé que la confusión se me trasluciera en la voz— que sigo sorprendido de que me eligieras a mí.

Chavore me miró de soslayo.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué?

—Por toda la situación. En un momento estoy a la espera de que me ejecuten por carecer de poderes, y, al siguiente, he eliminado a Drakor y, en vez de recibir un castigo, me tutela un príncipe.

Adoptó una expresión seria, sin rastro del humor anterior.

—No hay muchos en Draknavor a quienes se echaría de menos si faltasen.

Se me aceleró el pulso al notar el desliz. Había fracturas entre los dioses, grietas que podría explotar más adelante.

Cruzamos una galería en cuyas paredes se libraban batallas. La belleza y la destrucción, entretejidas en inacabables monumentos a su propia gloria.

—¿Y qué pasa con Thais? —pregunté. La preocupación que asomó a mi voz en esa ocasión era genuina—. Está en Draknavor. —La distancia tensaba y debilitaba el vínculo que nos unía; me bastaba para saber que seguía viva, pero no cómo estaba.

Chavore tragó saliva.

—Xül y yo fuimos amigos.

—¿Qué pasó?

—La realidad eclipsó nuestros lazos infantiles. —Se encogió de hombros—. Era difícil que mantuviéramos la amistad cuando los valores con los que nos habían criado eran opuestos.

—¿Valores opuestos? —insistí, procurando no traspasar el límite entre la curiosidad y la precaución.

—El señor de la muerte y el rey del orden se han enfrentado desde el principio de los tiempos. —Me condujo más allá de unos campos de entrenamiento en los que los syrenari se entregaban a coreografías mortales.

—Tu hermana lo superará —añadió; tal vez me había notado tenso—. Xül es muy listo y no deja que nadie lo olvide. No te preocupes; sobrevivirá.

Sobrevivir. El mínimo imprescindible. Pero sobrevivir representaba tener una oportunidad, y Thais sabía cuidarse mejor

que ninguna otra persona que yo conociera.

—Ya hemos llegado —anunció Chavore cuando alcanzamos la linde del bosque.

Los árboles se cernían sobre nosotros; las cortezas destellaban con vetas doradas y las hojas relucían en tonos verdes y amarillos. El poder hacía vibrar el aire y me ponía los pelos de punta.

—Veamos. —Chavore desentumeció los hombros—. Redujiste huesos a astillas con un simple pensamiento. Eso es… —Calló unos instantes, con la mirada perdida, pero enseguida se concentró de nuevo—. Es increíble de cojones, la verdad. —Se empezó a pasear de un lado a otro, pero no fue una explosión de energía nerviosa; más bien parecía que moverse lo ayudara a pensar—. Explícamelo con detalle. En aquel preciso momento, ¿qué experimentaste?

Vacilé, pero su mirada expectante exigía una respuesta.

—Pues… podía ver los huesos, las venas. A través de la piel, a través de todo.

—Podías verlos. —Se detuvo en medio de un paso y se volvió a mirarme—. No los sentiste, no los percibiste… ¿Viste, en realidad, la estructura?

Asentí despacio.

—¿Y luego?

—Y, luego…, quise que aquello parase. Y se hizo pedazos.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Así que no es solo destrucción; primero hay percepción, y, después, manipulación. Necesitas ver lo que vas a afectar. —Se dio un golpecito en la sien—. Esa es la clave.

Se me acercó con los brazos abiertos.

—Eso significa —siguió— que, antes de entrenarte el poder,

tenemos que entrenarte la vista. A ver si puedes hacerlo de nuevo, si puedes mirar debajo de la superficie. Pero ahora no rompas nada, solo mira.

El miedo me produjo un escalofrío.

—¿Y si no puedo controlarlo? ¿Y si…?

Se encogió de hombros.

—Entonces me ganaré unas cicatrices muy interesantes. Empieza conmigo. Intenta ver lo que hay debajo.

Me lo quedé mirando en silencio.

—Tranquilo —me indicó Chavore—. Drakor no estaba preparado para lo que le hiciste, pero yo sí. Y que no pueda prenderte fuego con la mente ni cegarte con una luz celestial no quiere decir que sea frágil.

Cogió una espada de prácticas del armero y la dobló con las manos desnudas hasta formar un círculo perfecto mientras el metal chirriaba.

Me picó la curiosidad.

—¿Cuál es tu poder?

Chavore desvió la mirada; luego la bajó hacia el suelo y chasqueó los dientes.

—Algunos estamos dotados de habilidades que no se muestran hacia el exterior. Menos impresionantes a la vista, quizá, pero a menudo más útiles. Al fin y al cabo, soy el aesymar de la estrategia. Si me dieron ese título fue por una buena razón. —Se detuvo y se alisó el pelo con la mano—. Pero, incluso dejando eso de lado, podría oír los latidos de tu corazón de una punta a otra del campo de entrenamiento. Si hiciera falta, podría seguirte la pista por el bosque solo con el olfato. Los huesos no se me quiebran con

facilidad, y las heridas se me curan en minutos, no en semanas. —Me miró a los ojos—. La verdad es que pocos de nosotros tienen grandes poderes ofensivos; son muy infrecuentes entre los nacidos en Voldaris. Fíjate en Elysia, por ejemplo. Es capaz de hacer encantamientos e ilusiones, y de infundirlos en otras personas, pero eso no la ayudaría en una pelea cuerpo a cuerpo. Ni falta que le hace; si quisiera, podría desmembrar a alguien con las manos desnudas.

—Bueno es saberlo —murmuré.

Su confianza me tranquilizaba y me decepcionaba a la vez. Una parte de mí, la que se había forjado durante años de odio y ocultación, se preguntaba si podría terminar con aquello allí mismo. Permitirme perder el control una vez más y acabar con Chavore. Y luego seguir con el resto del panteón, un dios muerto tras otro, hasta llegar al propio Olinthar.

—En fin, basta de perder el tiempo. —Chavore hizo crujir el cuello—. ¿Qué ves?

Me concentré en él, tratando de recuperar la conexión que se había activado durante el ataque de Drakor. Al principio no pasó nada; Chavore estaba frente a mí y me miraba, expectante.

Luego, el mundo cambió.

La piel se volvió transparente y dejó a la vista la red de vasos que había debajo y que latían al ritmo de su corazón. Los órganos brillaban, formas familiares que solo había visto en los textos anatómicos de Lira.

—Puedo verte —murmuré, más fascinado que precavido.

Chavore sonrió.

—Estupendo. Ahora, prueba con ese árbol de ahí.

Señaló un enorme roble cuyas raíces se arrastraban por el suelo como dedos engarfiados. Me concentré en él e intenté atravesar la corteza con la vista.

Nada. Madera, savia, hojas. La conexión que fluía de forma tan natural con la carne se negaba a ampliarse al árbol.

Fruncí el ceño y me concentré con todas mis fuerzas hasta que se me perló la frente de sudor. No hubo ningún cambio en el árbol, que se mantuvo indiferente a mis esfuerzos.

—No puedo —reconocí. La frustración me quemaba la garganta.

—Me lo esperaba —respondió Chavore, pensativo y sin rastro de fanfarronería—. Tu poder se despertó cuando te sentiste amenazado. Se manifestó para destruir un cuerpo que te atacaba. Ese canal sigue abierto, pero hay otros que aún están cerrados para ti.

Se agachó y acarició con los dedos la hierba del suelo.

—Empieza por algo más pequeño. Hasta los grandes ríos nacen siendo arroyos.

Me arrodillé a su lado y posé la palma sobre el césped perfecto. Cada brizna era inmaculada, sin rastro de sequía o enfermedad. Cerré los ojos y traté de buscar la conexión que había sentido con la carne y la sangre.

Al principio, nada. Después, una chispa, diminuta pero innegable. Una única brizna me llamaba, resonaba con la fuerza que me corría por las venas. A diferencia de la violenta tormenta que consumía a Drakor, esa nueva conexión era un susurro.

Seguí el flujo de nutrientes a través de aquel tallo, el agua que ascendía de la raíz a la punta. Luego, con un pensamiento sutil, lo interrumpí. La brizna se agostó al instante, se curvó sobre sí misma

como un insecto moribundo.

—Vaya, vaya —murmuró Chavore—. Parece que tus talentos, después de todo, no se limitan a matar dioses.

Me miré las manos, encallecidas tras años de tirar de las redes y remendar velas, que ahora eran instrumentos mortales.

¿Qué más sería capaz de conseguir? ¿Dónde estarían los límites?

¿Y cómo podría blandir ese poder contra Olinthar?

Las posibilidades, oscuras y poderosas, se me abrían paso en la mente a zarpazos. Si lograba dominar ese poder, afinarlo y fortalecerlo, se convertiría en un arma que no se esperaban. Yo sería su perdición, y no su instrumento.

—Entrenaremos a diario —declaró Chavore. Me dio una palmada tan fuerte en la espalda que me hizo tambalearme hacia delante. Su sonrisa era afilada y retadora—. Mañana pasaremos a las flores; luego, a los arbustos, hasta llegar a los árboles. Quizá, tras eso, a los animales. Pero no mis syrenari; los necesito a plena capacidad.

Su agitación resultaba tan contagiosa que le sonreí a mi vez, con una expresión sincera y no la máscara que había adoptado desde mi llegada. Durante un instante casi olvidé que era el hijo del dios que había destruido todo lo que yo amaba.

En el camino de vuelta a las brillantes torres de Bellarium catalogué cada detalle, cada debilidad, cada fragmento de información que pudiese resultarme útil llegado el momento.

Dominaría ese poder. Aprendería los secretos de Bellarium. Descubriría los puntos flacos de Olinthar.

Por Thais. Por Sulien. Por la familia que habíamos perdido y por la venganza que habíamos jurado.

«Merece la pena morir por eso».

Que me instruyeran. Que me entrenaran. Que creyeran que servía a sus propósitos.

Descubrirían demasiado tarde qué habían creado en realidad.

CAPÍTULO 14
ESTRELLITA

Me desperté enredada en unas sábanas de seda que probablemente costaban más que nuestra cabaña de Cresta Salada. La luz entraba por las altas ventanas tiñendo todo de rojos y dorados.

Era un dormitorio enorme, con suelos de piedra negra y paredes cubiertas de cuadros impresionantes.

El baño había sido la auténtica sorpresa de la noche anterior: aguas termales que atravesaban la habitación, procedentes de un manantial de verdad, humeantes y perfectas. Me quedé sumergida hasta que se me arrugaron los dedos.

Por la mañana, al mirar a mi alrededor a la luz del día, tuve que reconocer que todo el lugar era imponente. Aceites y jabones se alineaban en estantes excavados en las paredes, y todo olía a flores y espuma de mar. Era un lujo que superaba cualquier cosa que hubiera imaginado jamás.

Una parte de mí quería sentirse culpable por disfrutarlo, pero ¿cuándo tendría otra oportunidad? Si iba a morir, aprovecharía la

situación hasta entonces. ¿Por qué no?

Me comuniqué con Thatcher a través de nuestro vínculo, ese hilo invisible que nos había conectado desde el nacimiento. Seguía ahí, tenue pero constante. Estaba vivo y, por lo que podía percibir, parecía casi… ¿satisfecho? Al menos uno de nosotros llevaba aquello más o menos bien.

Era probable que mi hermano ya estuviera cautivando a Chavore. Mientras tanto, yo estaba sola en un castillo con un tutor que preferiría estar en cualquier otro sitio.

Thatcher y yo nos habíamos prometido desempeñar nuestros papeles, ser los alumnos perfectos, aprender todo lo que pudiéramos. Pero ¿cómo se suponía que iba a instruirme si mi tutor ni siquiera quería estar en la misma habitación que yo? El plan solo funcionaría si conseguía acercarme a él, ganarme su confianza o su respeto, cosa bastante difícil cuando me trataba como si fuera un mueble.

Mi estómago eligió ese momento para rugir, interrumpiendo mis cavilaciones. Claro. Lo primero era la comida; ya pensaría más adelante en la forma de salir del embrollo.

Me obligué a abandonar la pecaminosa comodidad de la cama y me acerqué al armario. Dentro encontré toda una colección de prendas de tonos rojos, negros y antracita. Los tejidos eran exquisitos: sedas vaporosas, terciopelos con cuerpo, cuero tan flexible como el agua.

Me decidí por un vestido ligero gris oscuro que caía en suaves pliegues desde un grueso tirante anudado sobre un hombro. El escote me cruzaba el esternón en diagonal, dejando la clavícula al aire, mientras que una estrecha abertura bajaba por el centro. No

resultaba provocativa, pero sí que llamaba la atención. La espalda estaba abierta por completo, y la falda tenía un corte que llegaba hasta el muslo y dejaba al descubierto mi pierna bronceada. Era tan bonito como poco práctico, y no parecía diseñado para lo que se considerase entrenamiento en el dominio de la muerte.

Las sandalias de tiras a juego parecían instrumentos de tortura. Las dejé en su sitio y salí descalza de mis aposentos, siguiendo el aroma del pan recién horneado y el leve tintineo del cristal por los sinuosos pasillos.

El comedor que encontré era tan elegante como todo lo demás: una larga mesa de madera oscura pulida, rodeada de sillas de respaldo alto y ventanales con vistas al negro mar. La mesa estaba puesta con fuentes de bordes dorados cargadas de fruta fresca que brillaba con el rocío, pan aún caliente y tarros de vidrio llenos de miel dorada.

Pero no había nadie.

Una umbría que pareció salir de la nada hizo una profunda reverencia al ver que me acercaba a la mesa.

—Buenos días, mi señora. Su alteza tiene asuntos que atender en la capital. Te pide disculpas.

—Cómo no —dije entre dientes—. ¿La capital?

—La Ciudad Eterna —aclaró mientras me servía una taza de té—. Tiene previsto volver esta noche. Puedes explorar el recinto como desees, aunque te rogamos que permanezcas dentro de los límites por tu seguridad.

Pues vaya entrenamiento. Cogí un bollo y me acomodé en una silla, intentando acallar la decepción.

—¿Necesitas algo más, mi señora? —preguntó la sirvienta.

—No, gracias. —Le hice un gesto para que se marchara.

Decidí adoptar otra perspectiva. Él iba a pasarse todo el día fuera, lo que me daba carta blanca en su castillo.

Tal vez fuese el momento de investigar un poco.

Una cosa era segura: aquel palacio era gigantesco.

Pasé horas deambulando por pasillos que parecían interminables, vagando por habitaciones cuyas finalidades no podía siquiera imaginar. Cámaras que vibraban con una energía tan intensa que me daba dolor de cabeza.

El aislamiento resultaba abrumador. A lo largo de mi recorrido me habría cruzado como mucho con una docena de sirvientes, figuras fantasmales vestidas de negro y rojo oscuro que se inclinaban al verme, pero que nunca hablaban. Ningún otro pupilo, ninguna otra Leyenda, nadie que pudiera servirme de distracción ni de aliado. Solo yo, en un castillo construido para la gente que vivía en él multiplicada por diez.

Desde luego, era precioso. Cada habitación en la que entraba era una obra maestra de la arquitectura y la decoración, con líneas fluidas y curvas orgánicas que parecían formaciones naturales. Pero también era profundamente solitario, de una forma que hacía que me doliera el pecho de nostalgia por la calidez, atestada y caótica, de Cresta Salada.

La biblioteca se encontraba en el ala opuesta del castillo, y estuve a punto de pasarla por alto en mi inspección. Cuando por fin empujé las enormes puertas de roble, mis ojos recorrieron las estanterías con asombro. Era un espacio inmenso, con libros que se elevaban hasta un techo abovedado con un fresco de constelaciones

que no reconocí. Orbes de luz flotaban entre las estanterías como luciérnagas perezosas.

Un sirviente estaba colocando libros en los estantes, cerca de un ventanal, con movimientos cuidadosos y precisos. Cuando entré, levantó la vista y se inclinó ligeramente.

—Mi señora —dijo en voz baja—, ¿buscas algo en concreto?

—Solo estoy echando un vistazo —respondí, y me acerqué a examinar los títulos de la estantería más cercana.

El sirviente siguió poniendo cada volumen en su sitio y me sorprendí observándolo. Trabajaba con una atención reverente. Un grueso libro de cuero negro con sujeciones de plata me llamó la atención cuando lo levantó.

—Menuda colección —dije tratando de sonar despreocupada.

—En efecto. El rey Morthus pasó casi un siglo recopilando textos de todos los dominios. Gran parte del conocimiento que se guarda aquí no existe ya en ningún otro sitio.

—Si son tan valiosos para Morthus, ¿por qué están aquí y no… donde sea que viva?

—Esto era, en un principio, un pabellón de caza. Dado que queda lejos de la capital y cerca de los territorios de los sabuesos del dolor, estaba destinado a albergar colecciones importantes en los confines más remotos y de más difícil acceso de Draknavor. —El sirviente colocó con cuidado otro libro en la estantería—. No estaba concebido como residencia permanente, sino como depósito de objetos valiosos que necesitaban protección. Cuando el príncipe Xül ascendió al trono, lord Morthus se lo ofreció como sede.

—¿Sabuesos del dolor? —pregunté. Había muchas más incógnitas, pero nunca había oído aquellas palabras.

El umbrío apretó los labios y bajó la vista.

—Son unas criaturas muy grandes, de pelaje oscuro y ojos incandescentes. Son… seres complicados. Aunque su misión es consolar a las almas que tienen problemas con la transición a la muerte, son fieros protectores de sus guaridas y, si perciben una amenaza, son tan peligrosos para los mortales como para los divinos. —Me lanzó una mirada significativa—. Por eso insistimos en que los invitados no abandonen los terrenos del castillo. A la hora de defender lo suyo, los sabuesos no distinguen entre amigos y enemigos.

Eso lo explicaba todo. El aislamiento, el lujo mezclado con la sensación de haber quedado al margen de todo. Aquel lugar era, en esencia, una bonita cárcel en los confines del mundo.

Seguí echando un vistazo a los libros, fingiendo desinterés mientras me fijaba en dónde colocaba cada uno.

—Debe de ser una lectura fascinante —dije.

—No es para cualquiera. Trata un asunto bastante oscuro. Pero nuestro príncipe tiene intereses muy particulares —añadió señalando la sección en la que trabajaba.

—¿Yo puedo… leer cosas así? Por eso de que soy mortal.

El sirviente se volvió a mirarme con la lástima grabada en el rostro.

—Tampoco nos preocupa demasiado que este conocimiento salga del reino divino.

—Ah, claro —dije al caer en la cuenta—. Porque o asciendo o muero.

El sirviente se limitó a asentir y prosiguió con su trabajo.

Esperé a que terminara antes de dirigirme a esa sección. Allí

estaba el libro de cuero negro que le había visto colocar.

Crónica del último conflicto entre los Primigenios.

Lo cogí y lo abrí por una página al azar. Eran de pergamino grueso, cubiertas de un texto denso sobre seres y poderes que ya no existían. De pequeña había oído rumores sobre los Primigenios, anécdotas transmitidas de generación en generación, piezas que nunca encajaban del todo. Pero los mortales no tenían libros de aquella época, solo fragmentos de historias que se habían narrado una y otra vez hasta que la verdad y la leyenda quedaron entremezcladas.

Aquello era distinto. Era detallado. Aséptico.

> El poder de Vivros había crecido más allá de todos los límites naturales y se erigía como la última barrera contra la corrupción que asolaba los reinos divinos. El conflicto fue tan catastrófico que fracturó la mismísima realidad. Lo que había sido una sola existencia se dividió en cuatro sistemas independientes, dispersos por todo el Abismo, cada uno aislado de lo que en otro tiempo habían compartido.

Dejé a un lado el primer libro y cogí otro de la misma sección. Más anotaciones en los márgenes. Lo hojeé frenética.

Ahí estaba: todo un pasaje dedicado al Cataclismo Encarnado.

> Vivros poseía la capacidad de manipular toda la materia viva en su nivel más fundamental. Según los testigos, el Primigenio podía volver la sangre de un guerrero en su contra, haciendo que sus huesos se tornaran frágiles como el cristal.

Dioses.

Seguí pasando páginas.

> … una fuerza capaz de doblegar la materia a su voluntad con tan solo un

pensamiento. Las montañas de carne se volvían fluidas; las plantas se convertían en polvo.

«Las montañas de carne se volvían fluidas».

Se me cortó la respiración.

Pensé en el cuerpo de Drakor colapsando sobre sí mismo. El espantoso sonido húmedo de un dios aniquilado en un abrir y cerrar de ojos. El grito de rabia y dolor de Thatcher, y luego… nada. Drakor había dejado de existir.

Así, sin más. Justo como lo que podía hacer Vivros.

El libro se me resbaló de entre las manos, que de repente estaban sudorosas. Me obligué a seguir leyendo, buscando con temor creciente otros pasajes marcados.

Tras la derrota de Moros, Vivros quedó transformado para siempre. No existía defensa alguna contra el poder del último Primigenio y, al final, hizo falta el poder combinado de los doce aesymar fundadores para acabar con él. Poseía un gran poder, sí, tanto que resultaba peligroso dejarlo sin control.

Doce dioses. Se había necesitado la colaboración de doce dioses para poner freno a aquel poder.

Me dejé caer en un sillón cercano, tratando de asimilar lo que leía. ¿Era por eso en realidad por lo que Xül quería hacerse con Thatcher? Por los dioses, ¿pensarían lo mismo las otras Leyendas? ¿Y los Doce?

Cerré el libro de golpe y volví a colocarlo en su sitio. No sabía qué hacer con esa información. Me la guardé en un rincón de la mente, aunque me carcomía. Thatcher poseía el poder de los Primigenios, y Xül lo sabía. Y yo no tenía ni idea de qué planeaba hacer con ese conocimiento ni de qué significaría para nosotros.

Cuando volví a la zona habitada del castillo, la sobrecogedora luz que atravesaba las ventanas había adquirido un tono de rojo más intenso. Anochecía.

A medida que me acercaba oía voces procedentes del salón principal; risas quedas de hombre y el tintineo del cristal. Seguí el sonido y me encontré frente a una escena que plasmaba el lujo erudito a la perfección. Las paredes estaban recubiertas, de suelo a techo, de paneles de madera oscura. Había sillones de cuero dispuestos alrededor de una enorme chimenea, y desde las altas ventanas se podían contemplar las aguas negras del océano. El aire estaba cargado del denso aroma de los pergaminos antiguos y el licor oscuro.

Xül estaba allí, recostado en uno de los sillones con una copa de cristal en la mano, y por primera vez pude verlo sin la ropa formal.

Vestía una sencilla camisa negra que se ceñía a su estilizado tórax, con las mangas remangadas para revelar unos antebrazos fibrosos. Se había recogido las trenzas hacia atrás, con cuentas y aros que brillaban a la luz del fuego. Llevaba adornos el pelo, en los dedos y en la nariz. Prácticamente rezumaba oro.

Reconocí al otro hombre de inmediato; lo recodaba de la Elección. Se trataba de Aelix, una Leyenda que había ocupado un puesto al fondo de la mesa. Era llamativo a su manera, con rasgos puntiagudos y una piel pálida marcada por intrincadas cicatrices que parecían creadas deliberadamente. Llevaba el pelo oscuro y muy corto, y, cuando se rio de algo que decía Xül, sus dientes brillaron con un blanco resplandeciente.

Me aparté de la puerta antes de que me vieran y escuché, pero no pude evitar echar un vistazo al interior; los sillones estaban

girados en el ángulo idóneo.

—Bueno, es evidente que lo mejor habría sido hacerse con el asesino de dioses —decía Aelix, dando vueltas al líquido ambarino de su copa—. Sin duda, este es su sitio.

—Y ahora está con Chavore —respondió Xül con ese tono de aburrimiento aristocrático que empezaba a reconocer como habitual en él—. Lo que significa que, antes de que acabe el mes, estará ganándose el favor de Olinthar.

—Desde luego. Pero no me digas que no había otros bendecidos más adecuados para Draknavor. ¿Por qué elegiste precisamente a una portadora de estrellas?

—Ya sabes que me encanta complicar las cosas en Sundralis —respondió Xül con una sonrisa afilada.

«Sundralis». El dominio de Olinthar.

Aelix se echó a reír.

—Deduzco que no piensas guiarla hacia la ascensión.

—¿Y proporcionarles otra aliada? Ni hablar. Prefiero quitársela.

La sangre se me heló en las venas y a continuación empezó a hervir. Así que era eso. Yo no era más que una herramienta política, elegida con el único fin de privar a otra deidad de la ventaja que suponían mis habilidades. Xül no tenía la menor intención de entrenarme ni el menor interés en mi supervivencia más allá de la satisfacción de frustrar a sus rivales.

Pues eso estaba a punto de cambiar.

Entré en el salón como si fuera mío, cogí el decantador de cristal y me serví una generosa copa del líquido que contenía.

Ninguno de los dos hombres pareció sorprenderse por mi aparición.

—Mira quién ha decidido vestirse hoy —ronroneó Xül.

No le concedí la satisfacción de mirarlo, aunque podía sentir sus ojos sobre mí. Igual que la noche anterior, recorriendo minuciosamente toda la piel que quedaba descubierta.

—Sí, bueno, me temo que hoy no tienes espectáculo. —Apreté los dientes.

—Me preguntaba cuándo nos honrarías con tu presencia —dijo Xül arrastrando las palabras.

—No iba a dejar que te divirtieras solo tú. —Me dejé caer en un sillón de cuero y mi sonrisa se hizo cortante como una navaja—. Pero no quería interrumpir.

El rostro cicatrizado de su acompañante fue cambiando de expresión mientras me estudiaba.

—Aelix —se presentó—. Aesymar de la sangre maldita. Vivo al otro lado de la isla. —Su sonrisa se había vuelto cálida—. Es un placer conocer por fin a la nueva protegida de Xül.

—Thais Morvaren. —Apuré el vaso de un trago ardiente y lo dejé en la mesa—. Ahora, me encantaría saber más sobre cómo pensáis dejarme morir.

—Tus posibilidades de sobrevivir son ridículas —dijo Xül, y ladeó la cabeza para examinarme como a un animalillo ligeramente entretenido—. Por mucho entrenamiento que pudiera proporcionarte.

—Qué tranquilizador. —Mi voz rezumaba un veneno dulce como la miel—. Pero, si vas a ver cómo muero, al menos ten los huevos de reconocer que es porque no eres capaz de instruirme y no porque, por el motivo que sea, no merezco tu atención.

Aelix se echó a reír antes de captar la expresión de Xül y

pensárselo mejor.

—Tu poder no está en tela de juicio. —Xül agitó su copa con aire amenazador—. Alguien capaz de arrancar las estrellas del cielo y forjar armas podría reducir imperios a polvo.

—Entonces ¿dónde coño está el problema?

—Tenías una espada de puro fuego estelar y la usaste de escudo. Y, cuando tuviste que elegir entre matar y morir, vacilaste. —Su ojo dorado se me quedó adherido como una mariposa al cristal —. Ni todo el poder del mundo tiene valor si te falta entereza para ejercerlo cuando importa.

—Sobreviví.

—Por los pelos. —Se reclinó con una elegancia insufrible—. Los Juicios no se plegarán a tus gustos. No se detendrán mientras luchas con tu conciencia o con tu patética aversión al derramamiento de sangre.

Aelix se agitó.

—Igual deberíamos…

—No. —Mi voz había adquirido una delicadeza letal—. Déjalo terminar. Quiero saber qué piensa exactamente.

La sonrisa de Xül se amplió.

—Tienes suficiente poder para ser peligrosa, pero no agallas para sobrevivir. Sigues creyéndote la heroína de esta historia. —Se inclinó hacia delante—. Los héroes mueren entre gritos. Solo los asesinos ascienden.

El silencio se extendió entre nosotros.

—Pues enséñame a ser una asesina —dije sosteniéndole esa mirada bicolor sin pestañear.

—¿Y por qué iba a perder el tiempo intentando forjar algo a

partir de un material tan… blando?

Mis venas estallaron en llamas.

—Ponme a prueba. Puede que te sorprenda.

Aelix se levantó con apresuración palpable.

—Debería ir a buscar a Marx para… —dijo mientras se retiraba—. Sí, bueno, espero veros muy pronto.

Ninguno de los dos hizo caso de su fuga.

Pero el instinto de supervivencia acabó por imponerse y me levanté de golpe.

—Mañana. —No miré atrás—. Entréname y decide por ti mismo lo útil que puedo ser.

Tres pasos. Fueron todos los que conseguí dar antes de que él se materializara frente a mí, con esa velocidad imposible de los aesymar. Retrocedí tambaleándome hasta chocar contra la piedra, y de inmediato sentí unas manos frías y muertas que salían de la pared y me agarraban las muñecas.

—Tu mente mortal no alcanza siquiera a imaginar lo que te espera si de verdad quieres mi tutelaje. —Hablaba con voz grave, autoritaria. Aquellos ojos se clavaron en los míos con una intensidad gélida—. No creo que estés preparada ni de lejos para lo que pueda exigirte.

Sus palabras entrañaban una amenaza, y sentí un escalofrío de incertidumbre. Aquella versión de él, centrada, depredadora y letal, era muchísimo más atractiva que el cabrón desdeñoso con el que había estado tratando.

—Puedo con más de lo que crees. —Mi voz se mantuvo firme.

Un atisbo de sonrisa se dibujó en su rostro.

—Menuda bravuconería para alguien a quien nunca han puesto a

prueba de verdad. —Dio un paso adelante—. Dime, señorita Morvaren, ¿qué pasa cuando se te empuja más allá de todos los límites? ¿Cuando todos tus instintos te gritan que te sometas?

—Yo no me someto a nadie. —Levanté la cabeza.

—Todo el mundo acaba dándose por vencido. —Examinó el líquido de su vaso—. Algunos requieren… una persuasión suave. Otros necesitan una mano más firme.

—¿Y a qué grupo pertenezco? —pregunté antes de poder contenerme.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—Estoy seguro de que me combatirías con uñas y dientes. Tendría que empeñarme a fondo para logar cualquier pequeño avance. —Dejó la copa en un estante, a mi izquierda—. Presionarías y presionarías hasta que no me quedara más remedio que demostrarte qué les pasa a quienes fuerzan sus límites.

—¿Crees que podrías quebrantarme?

—¿Quebrantarte? —Una risa helada—. Sería un desperdicio. Me gustaría mucho más doblegarte.

Cada sílaba rezumaba una promesa oscura.

El fuego me inundó las mejillas y su sonrisa se volvió salvaje.

Quería apartarlo de un empujón, hacer cualquier cosa que no fuera quedarme allí plantada. Pero jamás me habían hablado así, con una confianza tan devastadora y depravada. Había despertado en mí algo que estaba desesperada por enterrar.

Se me puso justo delante; su presencia dominaba el espacio que nos separaba. Su ojo negro parecía devorar la luz, creando sombras que danzaban por aquellos rasgos tan marcados.

—Si vuelves a escuchar conversaciones privadas a escondidas —

afirmó—, no llegarás viva a los Juicios.

Sonó a despedida; pero, en vez de dar media vuelta, se acercó más. Las manos de la pared se apretaron alrededor de mis muñecas mientras el aliento de Xül me rozaba los labios.

—Tienes un problema con los límites —dijo con una voz de terciopelo sobre acero—. Puede que haya que darte una lección sobre las consecuencias.

—Eres bastante observador para no tener el menor interés por mí —dije.

—Te gusta jugar con fuego, ¿eh? Ver cuánto puedes acercarte antes de quemarte… —Me rozó con el pulgar la comisura de los labios—. Antes de que yo te haga arder.

Por los dioses.

Un destello repentino atravesó el cristal, seguido de un impacto sordo que levantó polvo de las estanterías.

La mirada de Xül se desvió hacia la ventana, y enarcó una ceja con curiosidad distante.

—Curioso —murmuró antes de volver a dirigirme su atención.

El corazón me martilleaba el pecho. ¿Había sido yo? Sentí que me recorría el cuerpo un calor indómito, desenfrenado, como algo que intentara abrirse paso a zarpazos.

«Contrólate, Thais».

—Mañana —susurró contra mi oído.

Me sostuvo la mirada durante un momento que se hizo eterno, y después se apartó y me dejó en el sitio mientras las manos que me retenían se disolvían lentamente.

—Al amanecer —añadió desde la puerta—. No te retrases.

Me quedé allí mucho después de que se hubiera ido. El corazón

intentaba salírseme del pecho, y me ardía hasta la última terminación nerviosa. Al final me deslicé pared abajo, tratando de recoger del suelo los pedazos dispersos de mi dignidad.

CAPÍTULO 15
LOS CONDENADOS

—Otra vez.

La voz de Xül, despectiva y hastiada, cortó el aire cargado de sal. No se había movido de donde estaba, junto a una roca que sobresalía de la negra arena de la playa. El sol inmisericorde excavaba profundas sombras bajo sus marcados pómulos mientras pasaba páginas con largos dedos que se deslizaban sobre el libro. Los anillos de oro de las trenzas oscuras atrapaban la luz, y por el cuello desabrochado de la camisa asomaban la piel bronceada y la fuerte columna del cuello.

Me detuve un instante para recuperar el aliento.

—No es lo que me esperaba cuando hablaste de entrenarme. ¿En qué me va a ayudar esto durante los Juicios? Hablando de lo cual, ¿qué pasa? ¿Debo presentarme sin tener ni idea de a qué me voy a enfrentar?

Xül levantó la vista, con un breve atisbo de irritación en sus rasgos perfectos.

—Los aesymar preferimos que los competidores estén sumidos

en la ignorancia y en el miedo. Así es más entretenido.

—Entonces ¿no hay modo de prepararse?

Volvió la atención al libro.

—Antes de cada Juicio recibiremos una carta que detallará los parámetros relevantes.

—¿Cuántos Juicios hay? —insistí.

Con un suspiro que indicaba que estaba traspasando los límites de su paciencia, Xül marcó la página en el libro y lo dejó a un lado.

—Cuatro antes del Forjado —replicó como si eso explicase algo que debería ser obvio para cualquiera.

—¿El Forjado?

—Sí, estrellita —dijo Xül—. Ahí es donde la mortalidad se consume y lo que queda, si es que queda algo, se torna divino.

—No suena muy agradable.

—No, no lo es —respondió tajante—. Y tampoco lo que lo precede.

—Lo doy por supuesto, salvo que tus acertijos tengan algún significado secreto.

—Me refiero a ver morir a gente a la que se ha cogido afecto. —Me clavó la mirada—. Un consejo: no te hagas amiga de otros competidores. No merece la pena.

—No tenía intención.

—Mejor. Si quieres aprovecharte de la gente, como un medio para alcanzar tus objetivos, eso es otra cosa, y te animo a ello. Pero, si te vas a fiar de alguien, ten mucho cuidado. —Sus ojos se posaron de nuevo en el libro, en un claro gesto de que daba la conversación por acabada—. Y, ahora, una vez más.

Me giré hacia el exigente circuito de entrenamiento que me

había preparado mientras daba vueltas en la cabeza a su advertencia. No la necesitaba. No estaba allí para hacer amigos. Mi hermano y nuestra misión tenían precedencia sobre todo lo demás.

Me protestaban los músculos por el esfuerzo, pero no iba a permitir que me viera cansada. Ni que se diera cuenta de que me ardían los pulmones y me temblaban las piernas tras horas inacabables de preparación física; y menos si estaba ahí sentado, con ese aire elegante y apretando la mandíbula afilada. Ya era mediodía, y me había tenido toda la mañana nadando en las aguas oscuras, corriendo por la arena negra y haciendo incontables ejercicios que habrían hecho pedazos a una persona más débil.

Aquello me fastidiaba un poco, dado que mi forma física ya era óptima. No era el tipo de entrenamiento que yo tenía en mente. El poder me quemaba en el pecho, suplicando liberarse.

—Está claro que no tengo el menor problema de resistencia —gruñí, y me sequé el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Podría hacer todo eso hasta dormida.

—¿No te has cansado aún? Qué lástima. Tenía la esperanza de que estuvieras agotada y así me dieras un poco de paz esta noche. Supongo que tendremos que seguir.

La sutil crueldad de su voz hizo que me hirviera la sangre.

—¿Por qué no te unes a mí, entonces?

—Yo no tengo que luchar por mi vida, y tú sí.

—Seguro que te podría ganar en una carrera. —Se me escaparon las palabras, que me sonaron infantiles incluso a mí. Pero verlo allí sentado, sin hacer nada, mientras yo me partía el culo durante horas, me ponía de mal humor.

Xül sopesó mis palabras y, por fin, una sonrisa lenta y curiosa le

asomó a los labios.

—Tendremos que poner a prueba esa teoría.

Caminamos playa abajo hasta que Xül señaló un afloramiento de rocas oscuras, a lo lejos.

—Allí. El primero que alcance ese punto gana.

Me agaché para adoptar la posición de salida, con los músculos tensos y preparados. Cuando dio la señal, salí disparada y recorrí la costa oscura tan deprisa como me permitieron las piernas. El corazón me golpeaba el pecho y, a cada paso que daba, la arena salía despedida en nubes oscuras. No veía a Xül detrás de mí y ni siquiera sentía su presencia, lo que me hizo sonreír satisfecha.

Llegué a las rocas con los pulmones en llamas y un canto triunfal en las venas… y descubrí que Xül ya estaba allí, apoyado con languidez en la piedra, como si llevara horas esperando. A su alrededor, el aire aún brillaba como efecto secundario de haber distorsionado la realidad.

—Vamos, eso es hacer trampa —dije entre jadeos, con las manos apoyadas en las rodillas.

—Y en eso consiste la lección —respondió con suavidad—. Yo puedo hacer esto, y tú no. En los Juicios, las cosas no son justas, y, si crees que puedes prever el siguiente movimiento de cualquier competidor, te engañas.

Le clavé la mirada mientras, en mi corazón, la cólera y la reticente aceptación de lo que me decía libraban una batalla. Tenía sentido, pero no pensaba reconocerlo en voz alta.

—¿Cuánto tiempo más tendré que correr por la playa hasta que te des por satisfecho?

Xül me estudió unos instantes y sus ojos recorrieron mi piel

sudada.

—Supongo que podemos poner las cosas más interesantes. Pero recuerda que lo has pedido tú.

—¡Por fin! —Me sentí aliviada. Recorrimos juntos la playa hasta el lugar donde habíamos empezado.

—Empuña tu estrella —me ordenó, reclinado contra la roca—. Forja tu arma.

Extendí las manos hacia el cielo, en busca del tirón familiar de la energía celestial. De día era más difícil; las estrellas estaban muy lejos y el extraño sol de aquel dominio sofocaba su luz. Pero logré encontrar una y atraje su esencia a mis manos hasta que su luz se coaguló en algo sólido. La espada que se formó era más pequeña que la que había creado en la Prueba, pero no menos mortífera.

Miré a Xül con expectación y alcé la espada forjada de estrellas.

—¿Qué pasa? ¿Vas a luchar con las manos?

Su sonrisa fue como una promesa maliciosa.

—Si en algún momento necesito mover un dedo es que algo ha salido terriblemente mal.

El suelo empezó a temblar.

Y entonces los vi. Unos dedos pálidos, engarfiados, que se abrían paso por la arena negra como si brotasen flores grotescas. Detrás salieron los brazos, los hombros, cuerpos que se retorcían y se rehacían a medida que se arrastraban a la superficie.

Aquellos seres anónimos se movían con una gracia antinatural; sostenían armas que relucían con su propia luz oscura. Me rodearon formando un círculo perfecto. Eran al menos una docena, con los rostros sin ojos vueltos hacia mí.

—¿Qué…? ¿Qué son? —Intenté mostrar más confianza de la que

sentía en realidad.

—Los condenados —respondió Xül con una sonrisa. Uno de ellos se lanzó a por mí.

La luz estelar chocó con el metal corrompido y el impacto me sacudió los brazos y los hombros. Cuando las armas se tocaron, se oyeron el silbido y el chisporroteo de la energía al rojo vivo. Aquella cosa presionó con su arma y mis pies resbalaron por la arena. Dioses, qué fuerte era. Mi hoja vibraba contra el acero oscuro mientras yo me esforzaba para que no me alcanzara la garganta.

Un movimiento a mi izquierda. Me lancé de lado en el preciso momento en que otra hoja cortaba el espacio ocupado un instante antes por mi cráneo.

Xül ladeó la cabeza.

—Créeme, prefieres pelearte con estos que con los cadáveres enterrados en las profundidades de esta playa.

Desvié un golpe por poco.

—¿Hay diferencia?

—Ay, estrellita. —Suspiró—. Para empezar, el olor. Estos —señaló a aquellas apariciones— son mucho más tolerables.

—¡Pero eres necromante! —jadeé entre golpe y golpe—. ¿Los cadáveres no son lo tuyo?

—Soy el guardián de los condenados —me corrigió—. Las almas son elegantes, refinadas. Los cadáveres son… sucios. Solo alzo a los muertos en caso de absoluta necesidad. Cuando las cosas se ponen muy feas.

—¡Antes de esto me habría venido bien un poco de práctica con la espada! —le grité al tiempo que levantaba el arma y paraba otro golpe por los pelos.

—¿Y qué crees que estás haciendo?

Logré desviar otra estocada y luego giré para esquivar un tercero. Las apariciones se movían con una coordinación desconcertante, como si fueran proyecciones de una única voluntad en vez de entidades individuales. Le di un tajo a uno y la espada le rasgó el torso, pero no lo derribó. Una energía oscura fluyó y reparó el daño, y el corte se selló.

—No es posible matarlos —jadeé. Avanzaron de nuevo y yo retrocedí.

Xül hizo un pequeño gesto con la mano y los seres oscuros se detuvieron al instante, congelados en sus posiciones.

—No. No se puede. —Pasó entre las figuras inmóviles como si fueran estatuas y se me acercó—. Te enfrentas a seres que no están vivos de verdad, así que no pueden morir de verdad.

—Entonces ¿qué son? —exigí saber, sin bajar la guardia.

—Cuando te he dicho que son los condenados, no me refería a espíritus errantes ni a almas tal como tú las imaginas. —Tocó una figura, que se onduló bajo sus dedos como agua oscura—. Cuando mueren las almas más malévolas y corruptas, su energía no viaja a la otra vida como es habitual. Sigue… mancillada. Esa energía se queda atrapada en la prisión de Draknavor.

—¿Así que son personas…? —pregunté asqueada.

—No —negó con un gesto firme de la cabeza—. Ya no. Lo que ves es magia de la muerte en su forma más pura: la energía residual de lo que antes fue un alma, pero despojada de conciencia, de identidad, de todo rasgo de humanidad. —Pasó los dedos a través del pecho de la aparición, que se distorsionó como si fuera humo—. No son más que vasijas modeladas a partir de pura energía.

Bajé un poco la espada.

—Entonces ¿no son conscientes?

—No más de lo que el agua de un río es consciente de fluir cauce abajo —respondió—. Son fuerzas de la naturaleza, canalizadas a través de mi voluntad.

Y, de pronto, todas me volvieron a atacar.

La espada de un condenado se deslizó por la hoja de la mía con un chirrido. Retrocedí con torpeza y me enganché el talón en la arena blanda. Desequilibrada. Vulnerable. El condenado avanzó con el arma levantada…

Lo ataqué con todas mis fuerzas, con un golpe que concentró toda mi desesperación. La hoja lo atravesó como un hierro de marcar el agua, un tajo del cual brotó el vapor con un silbido, y su figura se disolvió entre las sombras.

Mi espada ya estaba de nuevo en movimiento. Una memoria muscular que no sabía que poseía la desplazó para bloquear el siguiente ataque. El choque hizo que me vibraran los huesos y me dejó ardientes marcas blancas en el campo visual.

—¿Qué es esto?, ¿un espectáculo de luces o una pelea?

A la mierda él y su comentario. Dos condenados más se movieron a mi alrededor. Me ardían los pulmones y el sudor se me metía en los ojos. La espada estelar me zumbaba en la mano, ansiosa de provocar más destrucción.

La aparición de mi derecha amagó un ataque por la izquierda y luego lanzó una estocada baja. Lo vi venir, me aparté y abatí la espada con un tajo vertical que le abrasó el cuello. La cabeza rodó por la arena dejando regueros de humo, hasta que se disolvió.

—¿Eso es todo lo que tienes? —pregunté, a la espera de una

respuesta que no llegó.

Tres cuerpos se lanzaron sobre mí al mismo tiempo.

«Vaya, joder».

Me tiré a la izquierda y, al rodar, se me llenó la boca de arena. Me levanté descargando un tajo. La espada se deslizó sobre el pecho del primer condenado y dejó un trazo llameante.

Un acero silbó muy cerca de mi oído, tanto que noté agitarse el aire. Me giré…

La hoja me alcanzó y sentí un estallido de fuego en la espalda. El dolor fue inmediato y cegador. Me incliné hacia delante con la camisa empapada de sangre caliente. Oí a mis espaldas que el condenado se preparaba para descargar otro golpe.

—Eso va a dejar cicatriz —murmuró Xül.

No tenía tiempo de pensar una respuesta mordaz adecuada.

Me lancé directa y mi espada hendió el aire. La luz estelar atravesó el cuello de la cosa, cauterizando el corte a su paso. La cabeza rodó por la arena, pero el cuerpo todavía dio un paso más hacia mí antes de desmoronarse y disolverse como una sombra.

Otro más venía a por mí; del tajo requemado del pecho le manaba sangre negra. Me interpuse a su torpe intento de golpearme, lo sujeté por la muñeca y le clavé la espada estelar hasta la empuñadura en donde debería estar su nariz. El golpe produjo un destello de luz y capté un olor a alquitrán ardiendo. Cuando retrocedió trastabillando, le corté el cuello con un tajo que dejó un rastro de plata resplandeciente en el aire.

Los pocos que quedaban se apresuraron hacia mí, como si estuvieran hambrientos. Apoyé los pies con firmeza en la arena. La espada de luz estelar se movía hacia donde yo quería, y no hacia

donde la llevaba el pánico. Paré el avance de uno, aproveché su impulso para hacerlo girar y le corté el espinazo con la espada. Se dobló hacia atrás y se convirtió en cenizas.

Otro me atacó desde arriba. Me agaché para barrerle las piernas y acabé con él con un golpe descendente que lo dejó clavado en la playa.

El último condenado se puso a dar vueltas a mi alrededor con el arma en alto.

No aguardé a que se decidiera. Me lancé hacia él y descargué un tajo en un ángulo que no pudo bloquear. La luz estelar cortó la sombra y los tendones o lo que fueran, y tras su paso solo quedó en el aire el hedor de la putrefacción. El condenado se plegó sobre sí mismo y desapareció.

Xül me observaba con una expresión indescifrable, como buscando algo; su mirada me puso los pelos de punta.

—No sabía que la comida mortal ofreciese tanto sustento —comentó despacio.

Se me heló la sangre, porque reconocí el tono de voz. Sospecha. Curiosidad. Con un esfuerzo, me encogí de hombros y limpié la sangre de la espada en la camisa destrozada.

—El trabajo de verdad muscula —respondí con la esperanza de que mi voz sonase más segura de lo que me sentía—. Deberías probarlo alguna vez.

Pero notaba que me taladraba con la mirada. Lo último que necesitaba era que Xül sospechase que había algo extraño en mí. Antes de su ascensión, él era semidivino; conocía con toda precisión cómo era ese tipo de poder, cómo se manifestaba en la carne mortal.

Tendría que ser más cuidadosa.

Por un momento creí que iba a dar por terminada la sesión. Tenía calambres; me dolía la espalda por donde me había alcanzado la hoja del condenado y el agotamiento empezaba a hacer mella en mí. Aproveché la pausa para recuperar el aliento.

—Te veo capaz de enfrentarte a otra ronda —murmuró Xül.

Yo no lo tenía tan claro, pero no pensaba decirlo en voz alta.

—Por mí, que no quede.

Su sonrisa puso en alerta máxima todos mis instintos. Era maliciosa, una promesa de que lo que llegara a continuación no me iba a gustar.

El suelo empezó a estremecerse de nuevo. Levanté las manos para dar forma de espada a la luz estelar, y otro ser se abrió paso entre las arenas oscuras. Me preparé para enfrentarme a otro condenado anónimo, otro adversario irracional al que hacer pedazos.

Pero, en ese caso, no era anónimo.

Era mi hermano.

Casi se me escapó la espada de entre los dedos. Sabía que no era él, que no podía ser él, pero lo extraño de tener frente a mí a Thatcher, tan vivo y animado como la última vez que lo había visto, me dejó paralizada. Hasta el último detalle era perfecto. El pelo negro que le caía por la frente. La sonrisa apenas esbozada que mostraba los hoyuelos. Hasta la forma de moverse, esa seguridad innata que hacía que la gente se sintiera atraída por él. Pero la mirada era vacía. Helada. Muerta.

—Eres asqueroso. —Le escupí las palabras a Xül como dardos envenenados. La cosa que portaba el rostro de mi hermano avanzó hacia mí y yo retrocedí con torpeza. Me temblaba la espada en la

mano. No podía. Daba igual que no fuera real. No me sentía capaz de alzar el arma contra esa cara.

—Aprende a dejar de lado lo que te ata, las emociones —dijo Xül en tono pausado—. Es el único modo de sobrevivir.

—Si tengo que matar a Thatcher, supongo que moriremos los dos.

—Y así me demuestras que tenía razón. Es justo lo que me esperaba de ti. —En su voz se traslucía una fría satisfacción—. Estoy perdiendo el tiempo.

La cólera, ardiente y repentina, me quemó el pecho.

—¿Te arrebatan hasta la última emoción humana en el momento en que asciendes?

No lograba entender cómo alguien con una madre mortal, que había sido mortal él mismo, podía ser capaz de tal crueldad.

—Así estoy mejor.

—¿Nunca has querido a nadie? ¿Nunca te ha importado nadie, aparte de ti mismo? —Le hablaba casi a gritos. Cualquier vestigio de deseo que pudiese haber sentido la noche anterior se había evaporado por completo. Eran monstruos, del primero al último.

Xül guardó silencio, sin dejar de mirarme con cierto aire de desinterés divertido.

—¿Cómo puede tu madre mirarte a la cara siquiera? —siseé.

La sonrisa burlona abandonó su rostro poco a poco. Los ojos se le oscurecieron. Y, al instante, Thatcher se abalanzó sobre mí sin el menor atisbo de calidez en sus facciones. El silbido de la espada surcó el aire que una fracción de segundo antes ocupaba mi cabeza. Me tiré a un lado, haciendo saltar la arena, y rodé hasta quedar agachada. Thatcher me siguió; se movía con una velocidad

antinatural.

—¡Pelea conmigo!

No era la voz de mi hermano, sino un millar de susurros entrelazados que se derramaban de su boca como humo. Era un sonido extraño, un coro de almas que hablaban al unísono, una superposición de voces discordantes que me perforaban los oídos.

Bloqueé sus golpes como pude. Las espadas chocaban entre una lluvia de chispas. Era más fuerte que los otros condenados, más rápido, más hábil. Cada ataque estaba respaldado por una fuerza brutal.

—No puedo —grité, aunque moví la espada para detener otro golpe—. No puedo.

—Entonces, muere —se oyó el terrible silbido de susurros que brotaban de los labios de mi hermano. La disociación entre el rostro de Thatcher y el coro de voces empeoraba la situación, como una perversión de todo lo que él era en realidad. Al hablar se le escapaba humo por las comisuras de los labios, zarcillos de oscuridad que se disipaban en el aire.

La espada del falso Thatcher me alcanzó en las costillas y me trazó una línea de fuego en el costado. Jadeé y me tambaleé, y él aprovechó la ventaja. Otro tajo en el muslo. Y uno más en el hombro.

—Por favor —susurré—. Por favor, no me obligues a hacerlo.

Pero no había piedad en aquellos ojos vacuos, ninguna señal de reconocimiento de nuestro pasado común ni del vínculo que definía mi existencia. Aquella cosa se había apropiado del rostro de mi hermano, pero estaba vacía. Alzó la espada para descargar un golpe mortal. Y por fin estallé.

Cuando mi furia se desató, la espada estelar brilló con más intensidad, blanca, pura y luminosa. Tensé los músculos y atrapé la hoja que descendía con la guarda de la mía. Durante un momento nos quedamos inmóviles, cara a cara. Podía oler la tierra pegada a aquella carne falsa.

—No eres él —gruñí.

Y le clavé la espada en el corazón. Abrió la boca como si quisiera hablar, pero solo salieron sombras y un estertor que parecía proceder de un millón de gargantas torturadas a la vez.

El cuerpo, todavía ensartado en mi espada, empezó a disolverse y se convirtió en cenizas arrastradas por el viento. Me corrió una lágrima por la cara mientras los últimos restos de él se desperdigaban empujados por una extraña brisa.

«No es real. No es real. No es real».

Un aplauso lento resonó en la playa. Xül se interpuso en mi campo visual, con una oscura satisfacción en el rostro.

—Esa es mi asesina —dijo, y, por primera vez desde que había llegado a su dominio, la voz pareció reflejar auténtica aprobación. Aquel sonido, el placer que sentía por lo que me había obligado a hacer, acentuó aún más mi dolor. Pasé a su lado sin decir nada y me dirigí de regreso al castillo. No aguantaba estar a su lado ni un puto segundo más. Mientras caminaba, rebusqué en el vínculo que me unía a Thatcher y sentí su presencia familiar. Allí estaba, vivo, a salvo, un latido en algún lugar de Bellarium. Cuando por fin encontré un pasillo a oscuras en las profundidades del castillo, me derrumbé contra la pared y bajé hasta quedarme sentada en el suelo.

Recogí las piernas contra el pecho y me las rodeé con las manos para encogerme sobre mí misma tanto como pude. Cerré los ojos

con fuerza, pero no me sirvió de gran ayuda. Lo único que veía era cómo mi espada atravesaba el corazón de mi hermano, una y otra vez.

Las lágrimas se secaron y me dejaron en las mejillas rastros de sal que me tiraban de la piel. Me ardía la garganta de ahogar los sollozos con la manga para no darles a Xül y a sus sirvientes la satisfacción de oírme llorar.

El objetivo de aquel encuentro no había sido prepararme para los Juicios. Ni poner a prueba mi resistencia o mi capacidad de supervivencia, ni cualquier otra excusa que se le ocurriese a Xül. Solo quería saber cuánto dolor podía soportar antes de hacerme pedazos.

Una prueba. Un experimento. Un entretenimiento.

Me puse en pie, aunque todavía me temblaban las piernas.

Según avanzaba, los pasillos de piedra negra parecían retorcerse a mi alrededor; mi propio reflejo se asomaba, fragmentario, a las superficies pulidas. Me costaba reconocer a la mujer que me devolvía la mirada; le brillaban demasiado los ojos, apretaba los dientes e irradiaba una sensación salvaje y peligrosa.

Mejor. «Que vea lo que ha creado».

Al llegar al estudio de Xül no llamé a la puerta; la empujé y entré sin más.

Estaba sentado al escritorio. No se molestó en levantar la vista.

—Hay un protocolo para entrar en mis estancias privadas, estrellita.

—Mírame. —La palabra se abrió paso entre mis dientes apretados.

Me miró de reojo, pensativo.

—Estás enfadada. Qué previsible.

Mi aplomo saltó en pedazos.

—¿Eso era lo que pretendías? —Me acerqué a él y le hablé con voz grave y letal—. ¿Hacerme pedazos?

—Confundes la preparación necesaria con la crueldad. Los Juicios te exigirán cosas más terribles que nada de lo que yo te haya pedido.

—Lo de antes no ha tenido nada que ver con los Juicios. —Golpeé el escritorio con las palmas y los pergaminos se desperdigaron—. Ha sido cosa tuya, tu enfermiza necesidad de controlar, de dominar, de hacer sufrir.

—No sabes nada de mí. —Habló con voz queda, pero a sus ojos asomó una amenaza.

—Déjame que adivine, entonces. Te escondes detrás de esa crueldad porque te aterroriza que alguien pueda verte tal como eres. Apartas a los demás antes de que tengan ocasión de rechazarte. Tratas a las personas como piezas en un tablero, porque es más seguro que tratarlas como si pudieran llegar a importarte.

—Cuidado, estrellita. —Las sílabas eran cortantes como el hielo —. Estás a punto de traspasar un límite de insolencia que no podré pasar por alto.

—Adelante. —Me abrí de brazos—. Castígame. Tortúrame. Mátame si es lo que necesitas para volverte a sentir poderoso. Pero los dos sabemos que eso no llenará ese vacío que hay en tu interior.

Se levantó con un movimiento grácil y el poder fluyó de él en oleadas.

—Creo que olvidas quién soy.

—No. —Le sostuve la mirada sin vacilación—. Sé con toda exactitud quién eres. Tu máscara perfecta no me engaña, porque yo he llevado una así toda mi vida. Conozco cada grieta, cada juntura por la que se escapa la verdad.

—Soy la mismísima muerte —siseó con el rostro casi pegado al mío.

—Puede ser. —Las palabras se abrieron paso en mis labios—. Pero también estás asustado.

Flexionó los dedos y creí que iba a aferrarme, pero entonces retrocedió como si se hubiera quemado.

Me dio la espalda, un gesto tan poco habitual en él que me dejó sin palabras un instante.

—Crees que me comprendes. —Su voz era distinta, desprovista de la fría perfección habitual—. Ves partes de mí y crees que has completado el rompecabezas.

—Demuéstrame que me equivoco —lo reté. Lo rodeé para mirarlo a la cara.

Se acercó a la ventana, con los hombros tensos, y durante largo rato no dijo nada.

—Preséntate al alba para seguir con el entrenamiento.

Era una obvia despedida, pero, cuando giré para marcharme, su voz me siguió, y en ella había un matiz que no supe identificar.

—No eres lo que me esperaba, Thais Morvaren.

Me detuve en el umbral.

—Ni tú tampoco —respondí sin dar la vuelta, y cerré la puerta al salir.

CAPÍTULO 16
SANGRE Y OPORTUNIDADES

Había transcurrido casi una semana desde la brutal lección de la playa, y cada uno de esos días me había dejado huellas en el cuerpo. Los hematomas se extendían sobre las costillas como manchas purpúreas. Los cortes y arañazos nuevos tapaban otros a medio curar y formaban un mapa de dolor que me cubría los brazos y los hombros. Me ardían los músculos al menor movimiento. Pero, de algún modo, me iba haciendo más y más fuerte.

Cada mañana se repetía el mismo ritual: Xül se recostaba sobre las rocas y yo me enfrentaba a los horrores que él invocaba desde la arena negra. Los condenados se abrían paso uno tras otro desde el subsuelo, con las armas preparadas. Y, día tras día, yo los hacía pedazos.

Ni una sola vez había vuelto a aparecer Thatcher desde aquella primera lección. Solo almas vacías e inconscientes.

Mis habilidades habían mejorado de modo espectacular, más deprisa de lo que cabría esperar. Mi cuerpo aprendía la danza mortal del combate. Parar, contraatacar, golpear. Esquivar, rodar, presionar.

La espada estelar se movía como una encarnación de mi voluntad.

Al menos, Xül mantenía su promesa. Me estaba forjando para convertirme en algo mortífero.

Pero yo odiaba cada minuto. Lo odiaba a él por sus comentarios sarcásticos mientras yo sangraba. Odiaba su forma de contemplar mis esfuerzos con distante diversión. Odiaba que el día anterior, cuando el acero de un condenado me llegó a la garganta y yo, exhausta, dejé caer la espada, el ser solo… se detuvo. Se retiró, en vez de acabar conmigo.

No quería morir, pero vivir gracias a la misericordia de Xül tampoco me atraía mucho, la verdad.

En aquel momento me encontraba sentada en un extremo de una enorme mesa de comedor y jugueteaba con la carne asada, sin el menor apetito. Xül ocupaba el extremo opuesto, con las largas piernas sobre la madera pulida, concentrado en el libro que absorbía su atención esa noche.

Ninguno de los dos hacía el menor intento de entablar conversación.

Una sirviente llegó desde el pasillo y se acercó a Xül con un sobre cerrado. Él lo aceptó sin levantar la vista del libro; pero, cuando la sirviente se fue a toda prisa, me fijé en que enarcaba ligeramente una ceja.

El sonido del papel rasgado rompió el silencio. Xül, con expresión impasible, deslizó el ojo dorado por el mensaje que contenía. Luego, con indiferencia, tiró la carta a la mesa. Resbaló por la superficie pulida y se detuvo justo a mi alcance.

—El primer Juicio —me informó sin molestarse en mirarme—. Davina y Thorne.

Me quedé mirando la elegante caligrafía mientras intentaba extraer algún sentido de aquel lenguaje tan formal.

—¿Qué quieres decir?

El suspiro de Xül reflejó una profunda irritación.

—¿Tengo que explicártelo todo como si fueras una niña?

Me tragué el comentario mordiente que pugnaba por escapárseme de los labios. Mi necesidad de información era mayor que la satisfacción que obtendría al explicarle con todo lujo de detalles lo que pensaba de su actitud.

—Los Juicios —dijo con palabras secas y precisas— están supervisados por parejas de miembros de los Doce. —Pasó página con deliberada lentitud—. Cuatro parejas, ocho dioses en total para cada ciclo. Los selecciona el mismísimo Olinthar; es un privilegio que se reserva como rey de los dioses.

—¿Solo ocho? —pregunté—. ¿No los doce?

—En cada ciclo se quedan fuera algunos. Es una cuestión… política. —Torció la boca en una mueca de desagrado—. Los que han perdido su favor quedan excluidos; se incluye a aquellos cuyos poderes desea exhibir Olinthar. Las combinaciones cambian cada vez para asegurarse de que no sirva de nada saber lo que funcionó en Juicios anteriores.

—Entonces ¿cómo nos preparamos para algo que no podemos predecir?

—No podemos. —Pasó otra página—. Hacemos conjeturas basándonos en las personalidades y dominios involucrados, con la esperanza de que nuestras predicciones sean correctas.

Me incliné para estudiar la carta con más atención. El sello oficial, la caligrafía precisa, la fecha para la que faltaban siete días.

—Solo tenemos una semana.

—Tu capacidad de observación es asombrosa.

Su sarcasmo me hizo apretar los dientes.

—¿Qué pueden crear Davina y Thorne juntos?

Xül cerró el libro y lo apartó a un lado.

—En realidad, estamos de suerte con esa pareja. —Sus palabras rezumaban satisfacción—. Naturaleza y alquimia… Es algo para lo que puedo entrenarte y prepararte.

Enarqué una ceja, sorprendida por el repentino cambio de actitud.

—Casi se diría que te sientes optimista.

—No tomes mi pragmatismo por optimismo, estrellita. —Suspiró —. No me sorprendería que las combinaciones de los siguientes Juicios fuesen demasiado ambiguas como para poderte enseñar nada concreto como es debido. Tienen cierta tendencia a preferir que sea así.

—Entonces ¿en qué nos concentramos? —pregunté.

—Davina valora por encima de todo el respeto hacia el orden natural —me explicó, aunque su tono daba a entender que yo ya debería saberlo—. Odia a quienes intentan dominar la naturaleza, en vez de estar en armonía con ella. En sus Juicios suelen destacar las habilidades de supervivencia y adaptación, y que los competidores demuestren saber cuál es el lugar que les corresponde.

—¿Y Thorne?

—La astucia. La alquimia. La transformación de los materiales básicos en algo mayor. —Tableteó con los dedos en la mesa—. Aprecia el uso ingenioso de las herramientas. La innovación. Sus retos suelen requerir que los competidores modifiquen o combinen

instrumentos mágicos de modos diferentes a aquellos para los que se idearon. —Cogió el libro de nuevo—. Thorne es fácil de interpretar. Es presuntuoso. Está obsesionado con demostrar su superioridad intelectual.

—A quién me recordará… —musité en voz baja, aunque sabía que me había oído—. Entonces ¿qué hacem…?

Unas voces en el pasillo interrumpieron mi pregunta. Xül miró la puerta de reojo con cierta irritación.

Aelix entró a zancadas en el comedor, con una luminosa sonrisa dibujada en la cara. Lo seguía una mujer joven que reconocí de la Elección, alta y esbelta, con unos rasgos afilados y un largo pelo negro recogido en una austera trenza. Su actitud irradiaba una amenaza controlada, desde la forma de moverse hasta los ojos de color gris pizarra, fríos y calculadores, que recorrieron la sala de punta a punta. Cuando detuvo la mirada en mí me sentí como una presa a la que estuvieran evaluando.

No dijo nada, ni siquiera entró en la sala; solo se quedó apoyada en la jamba de la puerta.

—Me imagino que has recibido la carta —supuso Aelix mientras se sentaba en una silla sin pedir permiso.

—Por desgracia —respondió Xül con elegante desdén.

—Excelente. Se me ha ocurrido que esta noche podríamos llevar a Thais y a Marx a rastrear.

—Qué aburrimiento —murmuró Xül—. Seguro que podrás apañártelas sin mí.

La mirada de Aelix se desvió hacia mí, con una expresión de lástima contenida.

—Los sabuesos del dolor están muy activos esta noche. Son las

condiciones perfectas para aprender a leer las señales y moverse en silencio.

—He dicho que no.

Que lo rechazase me sentó como una bofetada. Era una oportunidad de aprender algo de evidente utilidad, y se negaba por… ¿pereza?, ¿rencor? Me puse en pie antes de saber lo que hacía.

—Iré —dije con absoluta determinación—. Aunque él no quiera acompañarnos.

La mirada de Xül y la mía se cruzaron, y esbozó una ligera sonrisa.

—Pasadlo bien —dijo, al tiempo que se levantaba de la mesa—. Procurad que no os devoren.

Y, tras darnos ánimos de un modo tan encantador, se fue de la sala y me dejó sola con aquellos dos.

El camino que recorríamos había dejado de ser piedra bien cuidada para convertirse en tierra prieta, y serpenteaba entre los árboles que se elevaban muy por encima de nosotros. Las cortezas plateadas atrapaban la luz de la luna y proyectaban sombras extrañas que cambiaban según avanzábamos.

Los pasos de Marx, que iba detrás de mí, no hacían el menor ruido. Me volví a ver si seguía allí y me la encontré mirándome con sus ojos oscuros. Tuve un pequeño tropiezo con una raíz y ella no reaccionó. Cuando Aelix señaló una rama quebrada y explicó que la ruptura indicaba la dirección del movimiento, ella asintió con un gesto seco. Eso fue todo. Ni comentarios ni preguntas.

—Fijaos en el musgo. —Aelix se arrodilló junto a un árbol caído y pasó los dedos por la corteza—. ¿Veis que aquí está arrancado? Algo

grande se ha frotado contra el tronco hace poco.

Me agaché a su lado y entorné los ojos para mirar con atención; yo no apreciaba nada que se saliera de lo normal.

—No lo veo. ¿Dónde…?

—Aquí. —Me guio la mano a un lugar concreto de la corteza. Al posar la palma noté la diferencia: una zona desnuda—. Los sabuesos del dolor se refugian en la zona más frondosa del bosque. No tienen por qué ser hostiles, pero no les gustan los intrusos. Y son bastante grandes para hacer pedazos a un mortal sin el menor esfuerzo.

Sentí un escalofrío.

—¿Cómo de grandes?

Marx, en vez de responder, emitió un sonido similar a un suspiro, pero supuse que era una muestra de diversión. O tal vez de burla.

—Seguir huellas requiere práctica —comentó Aelix. O no la había oído o prefirió ignorarla—. Hay que buscar lo que no encaje en las pautas naturales.

Las dos horas siguientes se fundieron en un borrón de ramitas quebradas y piedras fuera de sitio que, a mis ojos no entrenados, parecían todas iguales. Aelix, dotado de una paciencia al parecer infinita, iba indicando una señal tras otra que yo no conseguía ver.

Nos adentramos más en el bosque, siguiendo lo que Aelix nos aseguró que era el rastro de algún animal. Estaba a gatas en el suelo y miraba unas marcas en la tierra blanda, cuyo origen podría ser cualquier cosa, cuando de pronto el bosque quedó en silencio.

Ni cantos de pájaros ni el silbido del viento. Hasta el susurro de las hojas en las copas de los árboles se había detenido.

Se me puso la piel de gallina.

Un gruñido, grave y resonante, brotó de entre los árboles. Le

respondió otro gruñido. Y luego otro.

Se me heló la sangre al ver aparecer unos ojos relucientes en la oscuridad que nos envolvía. No un par de ojos, ni tampoco unos pocos. Al menos una docena de miradas abrasadoras se materializaron a mi alrededor entre las sombras.

—No te muevas. —La voz de Aelix se abrió paso por el pánico que sentía crecer en mi interior—. Ni siquiera respires.

La bestia de mayor tamaño salió a un claro iluminado por la luz de la luna, y al verla me quedé sin aliento. Era enorme, al menos como un caballo pequeño; estaba cubierta de pelo del color de la medianoche y sus ojos eran de oro fundido. Cuando separó los belfos, dejó a la vista una dentadura hecha para triturar.

Me martilleaba el corazón con tanta fuerza que pensé que se lo iba a tomar como una provocación.

El gran animal clavó los ardientes ojos en los míos y se acercó un paso, lo suficiente para que pudiera verle los músculos que se tensaban bajo el oscuro pelaje.

Las orejas de aquel ser se plegaron sobre el cráneo.

Y, de pronto, todos ellos se movieron.

—Thais —oí la tensa advertencia de Aelix—. Quédate justo donde estás.

Pero el sabueso más grande seguía avanzando, y su enorme silueta tapaba la luz de la luna. Había inteligencia en aquellos ojos brillantes, una consciencia que lo hacía mucho más aterrador que si se tratara de una bestia irracional.

«Joder». Me iban a hacer pedazos unos lobos, y ni siquiera habían empezado los Juicios.

Pese a mis esfuerzos por controlarme, cada vez respiraba con

más dificultad. Un paso más y tendría aquellos dientes en la garganta.

Me dispuse a hacer acopio de mi poder…

Marx dio un paso al frente.

Al instante estaba a mi lado y atraía la atención hacia sí. Levantó las manos muy despacio, curvó los dedos de modo casi imperceptible y trazó dibujos invisibles en el aire.

El sabueso mayor giró la cabeza hacia ella y entornó los abrasadores ojos.

Una tenue distorsión permeaba el aire que rodeaba a Marx, como el calor de una carretera en verano. De ella brotó un hedor pútrido y penetrante. A podredumbre.

El gruñido del sabueso se interrumpió. Ladeó la inmensa cabeza, con las aletas de la nariz dilatadas.

Los labios de Marx esbozaron una leve sonrisa. Seguía callada e inmóvil, al margen de los ligerísimos movimientos de los dedos; pero el aire que la envolvía se espesó, cargado de un poder que me hizo sentir como si se me pasearan arañas por la piel.

El sabueso más grande dio un paso atrás.

Fuera lo que fuese lo que estaba haciendo Marx, funcionaba. Los otros sabuesos empezaron a moverse, incómodos, y su postura, hasta entonces agresiva, se hizo vacilante. Uno por uno, se fueron retirando y se fundieron con el bosque tan en silencio como habían llegado.

Pero el coste era evidente. Pese a la fresca brisa nocturna, Marx tenía la frente perlada de sudor y su respiración se había vuelto entrecortada. Tenía que esforzarse al máximo para mantener activo aquel poder que estaba canalizando.

El gran sabueso permaneció allí unos momentos más, con la ardiente mirada clavada en el rostro de Marx. Luego, también él se volvió y, con pasos suaves, se adentró en las sombras. Y a mí se me escapó un enorme suspiro.

Hasta que desapareció el último par de ojos brillantes, Marx no dejó que colapsara aquel poder que mantenía activo. Se tambaleó un poco y se apoyó con una mano en un árbol cercano. Aelix dio un paso apresurado hacia ella.

—Marx…

—Estoy bien. —Tenía la voz ronca pero firme. Poco a poco se irguió, y luego se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Gracias, Marx —logré decir cuando por fin encontré las palabras—. Estaba segura de que me…

Guardé silencio unos instantes.

—Vaya —comentó Marx por fin, con un deje de humor en la voz —. No me habían mirado tantos ojos a la vez desde mi última orgía.

Se me escapó una risita, y luego otra, y en pocos segundos estaba doblada, presa de un ataque de risa incontrolable; la adrenalina, que buscaba una salida. Me dolían los costados, pero no podía parar. Todo aquello era absurdo. Una locura. Ella estaba chalada.

Los labios de Marx se torcieron en un gesto que quizá fuese de satisfacción.

—Ha sido una imprudencia —dijo Aelix, más molesto que enfadado—. Podrías haber muerto.

Marx se mostró de acuerdo con un encogimiento de hombros.

—Pero no ha sido así. Y ahora estamos todos aquí, vivos y

coleando, en vez de decorar el suelo del bosque.

—No vas a llegar a los Juicios si sigues haciendo esas cosas, Marxene.

—No me llames así —respondió ella con el ceño fruncido. Se apartó del árbol, al parecer recuperada del esfuerzo que le había supuesto usar su magia—. Teníamos un problema y lo he resuelto. Y los tres hemos sobrevivido. ¿Qué más quieres?

Aelix se alisó el pelo; la frustración era evidente en cada línea de su cuerpo.

Marx echó a andar de vuelta al castillo, y nosotros la seguimos. Pero, cuando se apartó un mechón suelto de la cara, me fijé en que le temblaba la mano.

—¿Siempre es así? —le pregunté a Aelix en voz baja mientras caminábamos detrás de Marx.

—Por desgracia, sí. —En su voz había una nota de admiración—. Marx no solo arriesga la vida, se la juega.

La estudié mientras se movía entre las sombras delante de nosotros, grácil y silenciosa.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

Aelix guardó silencio unos instantes.

—Tendrá que ser ella quien lo cuente —respondió por fin—. A mí, desde luego, no me lo ha explicado.

Seguimos caminando, sumidos en un agradable silencio, mientras las luces del castillo asomaban cada vez más intensas entre los árboles.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dije por fin.

—Depende. —Sonrió.

—¿Cómo es que sabes hacer todo eso? Seguir pistas, sobrevivir…

¿Por qué aprendiste a seguir el rastro de los animales y a moverte en silencio por el bosque?

La risa de Aelix fue cálida y sincera.

—¿La verdad? Porque me encanta. Es una afición mía, y siempre lo ha sido. Resulta muy satisfactorio seguir el rastro a una presa, medirse con un animal que no quiere que lo encuentren. —Señaló con un gesto el bosque que nos rodeaba—. No me costaría nada percibir la situación de cada animal de este bosque, pero ¿qué gracia tendría? El reto consiste en perseguirlos sin recurrir a los puñeteros sentidos divinos.

Fruncí el ceño, confusa.

—Pero podrías saber… dónde está todo. Al instante.

—Podría, sí —convino. Pasó la mano por la corteza de un árbol —. A veces, la forma mortal de hacer las cosas es más satisfactoria que los atajos divinos. —Se limpió las manos antes de seguir hablando—. Supongo que hay cierta pureza en ello.

Asentí.

—Me resulta extraño pensar que los aesymar puedan tener aficiones.

—En algunos aspectos no somos muy diferentes de los humanos. —Aelix miró de reojo el castillo. Por las ventanas del comedor se derramaba una luz cálida—. Tenemos intereses, pasiones, relaciones que nos hacen cambiar.

Lo dijo de un modo que me despertó la curiosidad.

—¿Hace mucho que conoces a Xül?

—En realidad, desde que éramos niños. —El cariño asomó a sus facciones y luego desapareció—. Crecimos juntos en Draknavor. Mis padres eran consejeros de Morthus, así que nos hicimos amigos de

muy pequeños. —Esperé, convencida de que iba a añadir algo—. Xül no fue siempre así —dijo al fin—. Cuando éramos jóvenes era… diferente. Aunque siempre estuvo más fascinado por la investigación y los libros que por experimentar el mundo que nos rodea.

—Ah, por eso es un capullo pretencioso, ¿no?

Se rio.

—Yo me lo pensaría antes de hablar con tanta sinceridad.

—De todos modos, voy a morir. —Me encogí de hombros—. ¿Para qué reprimirme?

—Supongo que tienes razón. Y debo reconocer que es agradable ver lo mucho que lo saca de quicio tu osadía.

—Me odia. —Suspiré y pateé una roca suela—. Y el sentimiento es mutuo.

Aelix estuvo tanto rato callado que me pregunté si había dado por terminada la conversación.

—Las cosas no han sido fáciles para él. Crecer en Voldaris siendo mortal fue… complicado. Al menos, en ocasiones.

—Seguro que ser príncipe resultaba estresante.

—Los niños pueden ser muy crueles. Y más si son divinos.

—¿Por eso está tan…?

—¿Amargado? ¿Receloso? ¿Dispuesto a aislarse de las demás Leyendas pese a los deseos de su padre? —Aelix se encogió de hombros.

—¿Y qué espera Morthus de él?

—Me temo que ya he hablado más de la cuenta. —Aelix se detuvo ante las puertas del castillo y esbozó una sonrisa—. Pero puede que descubras que tienes más en común con el guardián de los condenados de lo que te imaginas.

—Huy, lo dudo mucho.

—A él también lo obligaron a pasar los Juicios. —Su mirada se tornó melancólica—. Olinthar se negó a dejarlo ascender hasta que hubiese luchado con los demás mortales.

Sopesé aquellas palabras en silencio.

—Ahora que ha ascendido, los otros herederos han empezado a tratarlo con el respeto que siempre mereció. Y, claro, le parece algo vacío e hipócrita. ¿Qué va a pensar si no? —Aelix se quedó pensativo —. Sabe a qué se debe el cambio de actitud. Ha pasado a ser el heredero legítimo del segundo mayor dominio del reino.

Asimilé lo que me decía, pero seguía sin sentir ninguna lástima por el dios, y menos con todo lo que había hecho.

—Lo que estás diciendo es que está de vuelta de todo. Comprendido.

—Es una forma de expresarlo. —Aelix sonrió con tristeza y miró hacia atrás—. Y aquí te dejo por esta noche, señorita Morvaren. —Giró en redondo y echó a caminar por donde habíamos llegado.

—Gracias —le grité—. Por llevarme hoy.

Se limitó a saludarme con la mano y desapareció en la oscuridad acompañado de Marx.

En plena noche, los pasillos del castillo se veían distintos; las sombras eran más pronunciadas; los pasos resonaban en las paredes de piedra. El agotamiento se había apoderado de mis miembros, pero mi mente era un torbellino de recuerdos de todo lo que había pasado.

Doblé en la esquina para dirigirme a mis estancias y me detuve en seco.

Xül estaba recostado contra mi puerta, cruzado de brazos, con

un hombro apoyado en el marco. Había cambiado la chaqueta de vestir por una camisa escarlata que se ajustaba a su esbelta figura. Tenía las mangas remangadas y se veían los anillos de oro que le adornaban los dedos. Me taladró con la mirada y en sus labios se dibujó la habitual mueca de suficiencia.

—Vaya, vaya. —Arrastró las palabras en voz baja—. Pero si has regresado. Dime, estrellita, ¿has aprendido algo útil esta noche o solo has entretenido a los vecinos?

Entrecerré los ojos.

—Cosas más útiles que nada que tú te hayas molestado en enseñarme.

—Mmm. —La mueca se convirtió en una sonrisa—. Qué pasión. Espero que Aelix no te haya mimado mucho.

Parecía deseoso de hablar conmigo.

Me acerqué a él, tanto que vi el reflejo de la luz de las velas en los anillos de sus trenzas.

—¿Qué quieres?

—Qué desconfiada. —Se apartó de la puerta—. ¿Es que un tutor no puede pasarse a ver cómo está su fiel discípula?

—Hasta ahora, nunca habías venido.

Capté un destello de sus ojos dorados.

—Tal vez sea más sutil de lo que tú te imaginas.

Antes de que me diera tiempo a sopesar las inquietantes implicaciones de semejante idea, ya se alejaba por el pasillo.

—Ven conmigo, estrellita.

—¿Adónde…?

—Al laboratorio. —Volvió la cabeza para mirarme, con aquella sonrisa pérfida todavía en los labios—. A menos que pretendas ir tan

a ciegas en la lección de mañana como has ido esta noche en la excursión para seguir pistas.

Me lo quedé mirando, sin saber qué pensar. ¿Cómo podía saber…?

—¿Vienes o no? —La voz, profunda y demasiado satisfecha, recorrió el pasillo. Como si tuviera la certeza absoluta de que iba a obedecer—. ¿O debo suponer que jugando en el bosque ya has aprendido todo lo que necesitas saber?

Maldito sea. Lo seguí.

CAPÍTULO 17
ALQUIMIA

Durante todas mis exploraciones anteriores del castillo, siempre me había encontrado esa ala cerrada a cal y canto. En aquel momento, mientras seguía a Xül por el pasillo abovedado, me preguntaba por qué habría decidido al fin permitirme acceder a lo que fuera que se encontrase tras aquellas gruesas puertas.

Pero entonces entramos en la sala y se me aceleró el corazón.

Era enorme y formaba un círculo perfecto, lleno de mesas con aparatos de cristal que no había visto en mi vida. Extraños matraces conectados mediante tubos retorcidos, balanzas que parecían mucho más delicadas que nada que hubiéramos usado para pesar ostras, hileras de frascos llenos de líquidos diversos.

Pero lo que me cautivó fue el techo en cúpula, con intrincados paneles que casi parecía como si pudieran…

—¿Eso se abre? —pregunté con voz cargada de asombro.

—Esta sala también sirve de observatorio. —Xül accionó una palanca empotrada en la pared y, con un suave chirrido de engranajes, los paneles empezaron a retraerse.

El firmamento nocturno se reveló en todo su esplendor: estrellas dispersas, nubes bajas que se deslizaban frente a la luna…

Seguía mirando hacia arriba cuando algo suave me golpeó el pecho. Unos guantes de cuero.

—Hay que proteger esa delicada piel mortal —dijo Xül, que ya iba de un lado a otro con paso decidido, recogiendo suministros.

Me puse los guantes y me acerqué a la mesa. Sus movimientos eran fluidos, seguros, muy distintos de los del aburrido aesymar que me había estado entrenando en combate. No, esto le interesaba, y, a juzgar por su expresión, tenía experiencia.

—¿Vamos a realizar un ritual? —pregunté. Lo observé mientras medía un polvo cristalino.

—Estamos haciendo alquimia, Thais. No te despistes. —Su tono era severo, pero había algo más, puede que entusiasmo. Como si por fin estuviera haciendo algo que de verdad le apetecía.

Pero yo seguía desconfiando. Con él, todo era una trampa, una prueba o las dos cosas. Pero la curiosidad pudo más que la cautela. Por desgracia, siempre me pasaba lo mismo.

—¿Qué vamos a preparar?

—Había pensado en empezar con algo sencillo. —Señaló todos los productos esparcidos por la mesa—. Esta noche vamos a hacer una guarda de repulsión.

—Bien. Suena divertido.

Un breve destello de impaciencia le cruzó el rostro, pero siguió organizando lo que fuera.

—La alquimia se basa en tres principios —explicó—. Resonancia simpática: lo similar atrae lo similar. Frecuencia armónica: cada material vibra en una frecuencia determinada, y deben coincidir o

complementarse para lograr reacciones estables. Y un aglutinante vivo: un catalizador que crea una fusión permanente entre los compuestos y quien los usa.

Cogí uno de los frascos y me quedé mirando los remolinos que formaba el líquido plateado de su interior.

—Así que solo consiste en seguir una receta.

—Ni mucho menos. Cualquier idiota puede mezclar ingredientes. La verdadera alquimia requiere una comprensión de la naturaleza de aquello con lo que se trabaja. —Me quitó el frasco de las manos y nuestros dedos se rozaron—. Cada sustancia tiene una función.

—Como usar distintos tipos de cebo según lo que se quiera pescar —dije sin pensármelo mucho.

Xül hizo una pausa, con expresión de auténtica sorpresa.

—Eso es… bastante acertado.

—No soy un caso perdido del todo, ¿sabes? —Cogí otro frasco, lleno de algo que parecían perlas trituradas—. Puede que en Cresta Salada no tuviéramos un equipo tan completo, pero entendíamos la interacción entre las cosas. Qué mareas traían qué peces, cómo afectaban las fases lunares a los criaderos de ostras, qué combinaciones de sal y humo conservaban mejor la carne…

—No lo había pensado. —Me observó con renovado interés—. Tu comprensión de los procesos naturales se podría trasladar a la alquimia.

La aprobación que oí en su voz me provocó una calidez inesperada.

—¿Y en qué se diferencia de lo que hacen los mortales?

—Sobre todo en la escala y la permanencia, además del acceso a materiales mágicos que no existen en Elaren. Un mortal puede crear

un ungüento curativo que funcione unos días; pero, con las técnicas alquímicas adecuadas, se puede crear algo que dure indefinidamente. —Se puso a organizar los ingredientes—. Cuanto más poderoso es el alquimista, más espectaculares son los resultados.

—Pareces saber mucho de esto.

—Desde luego —afirmó sin falsa modestia—. Estudio alquimia desde que era pequeño. Mi padre tiene una amplia colección de textos sobre el tema.

Su tono me despertó la curiosidad.

—Pasarías mucho tiempo en bibliotecas.

—Supongo que más del que debería. —Una sombra le cruzó la cara—. Pero los libros no comparten el juicio de los vivos.

—Me imagino que te debió de resultar difícil criarte en Voldaris —dije recordando lo que me había dicho Aelix—. Mitad mortal, mitad aesymar.

Xül permaneció en silencio un largo rato, con las manos inmóviles sobre las sustancias.

—Demasiado poderoso para un mundo, no lo bastante para el otro.

—Eso suena solitario —dije al fin.

—El conocimiento era lo único que podía controlar. —Reanudó sus preparativos.

Quería preguntarle más, comprender ese atisbo de vulnerabilidad que me mostraba, pero la rigidez de su postura me indicó que era mejor que no insistiese, de modo que lo observé mientras depositaba ingredientes en platillos de cristal.

—La medición es crucial —dijo tras decidir que, de momento, ya

habíamos compartido bastantes detalles personales—. Si la cantidad de un producto no es suficiente, la reacción no tiene lugar. Si se pone de más, se corre el riesgo de saltar por los aires. Vamos a intentar evitarlo. —Me entregó una balanza mucho más compleja que ninguna otra que hubiera usado—. La base de cualquier guarda es una combinación de sal y metal. Para esta hay que usar cuatro partes de limaduras de hierro por cada una de sal.

Medí con cuidado, muy consciente de su presencia mientras me guiaba en cada paso.

—Este hierro en concreto procede de armas forjadas en la era de los Primigenios —me explicó Xül mientras me miraba trabajar—. Conserva trazas de la energía que fluía por él en aquel entonces. Por eso es un canalizador tan eficaz.

—¿Y la sal?

—Cada dominio tiene su propia variante. —Levantó un tarro lleno de cristalitos iridiscentes—. Son lágrimas, destiladas y secadas a lo largo de siglos.

Hice una pausa en mi medición.

—¿En serio?

—El dolor es una de las emociones más puras. Si se cristaliza como es debido, crea un componente alquímico de excepcional potencia. —Se fijó en mi expresión y una mueca divertida se dibujó en su rostro—. No es para tanto.

—¿Las recoges en persona? —bromeé—. Seguro que eres experto en hacer llorar a la gente.

—No me importa ensuciarme las manos si es necesario. —Me dedicó aquella media sonrisa.

—Tomaré nota.

Di media vuelta para que no me viera sonreír. No. No iba a volver a caer, a permitir que su agudeza y aquella exasperante expresión me nublaran el juicio. Respiré a fondo para calmarme y lo miré de nuevo. Había cogido dos frascos más.

—La segunda parte de la creación de una guarda consiste en decidir para qué servirá. Los ingredientes naturales, como hierbas, raíces, aceites o resinas, tienen ciertas propiedades que reflejan la intención. —Los dejó delante de mí—. Aquí tenemos musgo de piedragrís y raíz negra.

El primer tarro contenía unos hilillos plateados de aspecto casi metálico.

—El musgo crece en unos acantilados en los que anidan aves. Se alimenta de la materia descompuesta que impregna la roca, y revuelve el estómago con solo acercarse a él. El hedor por sí solo mantiene lejos a casi todas las criaturas, por lo que es el repelente más potente de la región.

—¿Y la raíz negra? —pregunté examinando el segundo frasco, lleno de polvo oscuro.

—La planta crece en lo más profundo de las cuevas de la montaña, y sus raíces pueden llegar hasta el núcleo del dominio. —Midió una pequeña porción—. Tarda decenios en alcanzar la madurez necesaria. El polvo actúa como estabilizador: evita que la reacción de los otros componentes sea demasiado violenta.

—Así que equilibra las cosas —dije, y medí una porción a mi vez —. Igual debería echártelo por encima.

—Estoy perfectamente equilibrado, gracias. Sois todos los demás quienes parecéis tener problemas de volatilidad.

—Claro. ¿Practicas para ser así de insufrible o te sale natural?

—Es un talento innato. —Se acercó, al parecer para comprobar mis mediciones—. Y me viene muy bien. Me pareces mucho más entretenida cuando estás irritada.

—Entretenida —repetí con sequedad—. El sueño de cualquier chica.

—Se me ocurren otras palabras —dijo con voz más baja mientras estiraba un brazo más allá de mí para coger otro frasco, rozándome la cintura, pero entonces se detuvo como si esperase algo o aguzara el oído. No dio un paso atrás, sino que se giró para mirarme de frente, tan cerca que tuve que subir la cabeza.

—¿Sabes lo que me parece? —Su voz era suave, peligrosa—. Que disfrutas con esto más de lo que demuestras.

—¿Con la alquimia?

—Te atrae la oscuridad, estrellita. —Su mirada bajó y volvió a subir—. Tu cuerpo siempre reacciona cuando me acerco demasiado.

—Menuda imaginación, principito. —Sabía que me estaba sonrojando, y eso lo empeoraba todo.

—¿De verdad? —Puso las manos a mis lados, inmovilizándome contra la mesa—. Tu pulso dice lo contrario.

—Puede que reaccione a la presencia de un completo imbécil. —Le dediqué una sonrisa empalagosa mientras trataba de liberarme. Estaba muy cerca. Demasiado.

Pero él no se movió; tan solo me miró satisfecho.

—Puede —repitió, y clavó los ojos en los míos un instante más antes de apartarse y volver a sus mediciones. Solté un suspiro silencioso, intentando refrescar con él mis mejillas sonrojadas.

—¿Sabes? —dijo—. Casi todos los mortales se acobardarían teniéndome tan cerca. Tu indiferencia me intriga.

Fui a contestar, pero me contuve. ¿Se trataba de algún tipo de prueba que yo no alcanzaba a comprender? ¿Me estaba provocando?

Xül cogió un crisol y recordé dónde nos encontrábamos, qué estábamos haciendo.

—Ahora tenemos que calentarlo. —Su voz había recuperado el tono calculado, como si ya hubiera olvidado los últimos minutos.

—¿Cuánto tiempo? —acerté a preguntar, aún sacudiéndome el nerviosismo.

Señaló lo que parecía una fragua en miniatura, con llamas que ardían sin que se viera ningún combustible.

—Hasta que alcance el color adecuado.

—¿Cuál es? —pregunté peinándome con los dedos.

—Lo sabrás cuando lo veas —dijo ladeando la cabeza.

La mezcla se puso incandescente a medida que el calor se acumulaba debajo. Primero emitía un resplandor naranja, y, luego, amarillo.

—Ya está. —Xül retiró el crisol de la llama—. Ahora hay que esperar a que se enfríe.

—¿Cuánto tarda? —pregunté.

—Lo suficiente para tomar algo. —Se dirigió a una zona con sillones de cuero dispuestos alrededor de una mesita. Sirvió dos vasos de un líquido burbujeante y me entregó uno antes de tomar asiento.

—Bueno —dijo tras beber un trago—. Cuéntame cómo era tu vida antes de todo esto.

Aquello me pilló desprevenida. En todas nuestras interacciones, jamás había mostrado el menor interés por mi pasado.

—¿Qué quieres saber?

—Cualquier cosa. Todo. —Se recostó en su sillón y, por una vez, toda su atención se centró en mí y no en un libro o en algún comentario despectivo—. Eres de la costa.

—De Cresta Salada. Una aldea de ostreros. —Tomé un trago de mi bebida, que me produjo un agradable cosquilleo en la lengua—. Pescábamos, buceábamos en busca de perlas y vendíamos nuestras capturas en el mercado. Mi hermano y yo trabajábamos juntos en los criaderos casi a diario.

—¿Thatcher y tú estáis muy unidos?

—Somos mellizos. Nunca habíamos estado separados más de un día o dos. —Sentí una opresión en el pecho—. Estoy preocupada por él.

—¿Por qué? Mató a una Leyenda durante la Prueba. Yo diría que sabe defenderse.

—Precisamente por eso me preocupa. —Me quedé mirando mi vaso, observando las burbujas que subían a la superficie—. Ese poder… salió de la nada. No había mostrado ninguna habilidad hasta entonces. ¿Y si no puede controlarlo?

Xül se quedó en silencio un momento, y después apuró su vaso de un largo trago.

—Yo no me preocuparía. Chavore es un incordio, pero tampoco es tonto del todo. Se asegurará de que tu hermano aprenda a controlarlo.

—A ti también te hicieron participar en los Juicios. —No me di cuenta de lo que decía hasta que las palabras salieron de mi boca.

—En cierto modo. —Me miró a los ojos—. Aunque sospecho que mis circunstancias eran considerablemente más cómodas que las

tuyas.

—Probablemente —reconocí, y se me encogió el corazón al recordar aquellos últimos momentos en la cueva—. ¿Cuántos años tenías cuando te presentaste?

—Veinticinco. —Me miró de reojo, con una ceja enarcada.

Asentí y aparté la vista. Veinticinco años. Llevaba diez de inmortalidad desde entonces.

—¿Querías ascender?

—Desde luego —dijo con calma—. Siempre pensé que lo conseguiría a mi manera, aunque en ocasiones no podemos elegir nuestro camino.

—Y a veces el camino nos elige a nosotros. —Me terminé la bebida y sentí que mi cuerpo se relajaba en el sillón—. ¿Tuviste la impresión de que te cambiaba, de que en ti se producía una transformación fundamental? —me sorprendí preguntando, aunque sospechaba que ya lo sabía. El día en que invocó al doble de Thatcher me demostró lo que le había costado la ascensión: le había extirpado cualquier atisbo de mortalidad que tuviera para dejar aquel caparazón frío y calculador.

Tenía que recordarlo, sobre todo en momentos como aquel, en los que casi parecía una persona normal. ¿Era real ese indicio de humanidad o solo era sincero porque daba por supuesto que yo no viviría lo suficiente para repetir nada de lo que me dijera?

—Vuelve a preguntármelo cuando hayas sobrevivido a tus propios Juicios —fue todo lo que contestó, y después nos sumimos en el silencio.

Xül miró satisfecho hacia la preparación.

—Perfecto. Listo para el último paso.

Volvimos a la mesa, donde la mezcla ambarina parecía miel cristalizada. Era preciosa, y yo había contribuido en parte a su creación.

—¿Qué hacemos ahora con esto?

—Ya solo falta el aglutinante. —Abrió un cajón cercano y rebuscó en él—. Hay que aplicárselo a un talismán, normalmente algo pequeño que puedas llevar encima.

Volvió con una moneda de plata y la colocó junto a nuestra creación. Pero en la otra mano llevaba un estrecho puñal cuya hoja reflejaba la luz. Me eché a reír.

—¿Para qué quieres eso?

—Solo tú puedes proporcionar el aglutinante. —Apoyó los codos en la mesa y me tendió el arma—. Es lo que te conectará con la guarda.

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando lo entendí.

Xül se acercó lentamente. Sin apartar la vista, me cogió una mano, llevó sus dedos al borde del guante de cuero y me lo quitó. Seguí sintiendo su contacto en la piel mientras me ponía en la palma el mango del puñal.

—Debería bastar con dos o tres gotas —dijo en voz baja.

Me lo quedé mirando.

—¿De mi sangre?

Pestañeó, con cara de absoluta inocencia.

—Obvio. ¿Para qué ibas a necesitar eso si no?

Levanté la hoja.

—Antes no has mencionado la sangre al explicarme el proceso.

—No creía que hiciera falta.

Me pinché el dedo y observé cómo brotaba una gota carmesí de

mi piel. Sostuve la mano sobre la mezcla del color del ámbar y dejé caer la sangre.

—Ahora remuévelo —me indicó.

Obedecí y miré cómo se disolvían los hilillos rojos en el espeso líquido.

—Mete la moneda.

La sumergí en el líquido y vi que lo absorbía. En el momento en que se empapó de la última gota, el talismán estalló en un resplandor, un tono dorado que bañó de luz toda la estancia.

—Por los dioses —jadeé—. Es increíble.

Cuando por fin dejó de refulgir, levanté la vista y vi a Xül mirándome con una expresión indescifrable. No era triunfo. No era satisfacción. No; era algo mucho más aterrador.

—Cuéntame, estrellita —dijo muy despacio, saboreando cada sílaba como si fuera un buen licor—, ¿cuál de tus padres es una divinidad?

CAPÍTULO 18
JAQUE MATE

No paraban de temblarme las manos.

Me las apreté con fuerza contra los muslos, intentando aplacar los estremecimientos mientras miraba fijamente la maldita moneda. Emitía una luz de otro mundo, y latía al ritmo frenético y aterrado de mi corazón.

Los ojos de Xül se clavaron en el talismán como los de un tiburón que huele la sangre. Poco a poco, su sonrisa se volvió letal.

—Me encanta que mis hipótesis resulten ser acertadas.

Sentía la garganta llena de arena.

—No sé de qué hablas.

Se acercó sigiloso, sin apartar esa mirada bicolor de la moneda.

—Solo un aesymar puede imbuir un objeto a este nivel. —Su voz se apagó—. Los bendecidos no tienen la… capacidad necesaria para semejante creación. —Entonces aquellos ojos se posaron en mí y me diseccionaron hasta la médula de los huesos—. Por tus venas corre sangre divina, estrellita. Tan seguro como que corre por las mías.

Contemplé mi creación, maldiciéndome en silencio por haber

caído en la trampa. Aquello, ¡aquello!, era lo que me había traicionado. No mi fuerza antinatural ni las proezas de que era capaz, sino aquel maldito círculo metálico en el que había volcado demasiado de mí misma. Mi mente se afanaba desesperadamente por encontrar alguna explicación, alguna coartada.

Pero ya había caído en la red.

—Y bien —dijo mientras caminaba despacio a mi alrededor—, ¿quién es?

Levanté la cabeza en un intento de adoptar la actitud desafiante con que había logrado desconcertarlo.

—Ya te he contado mi historia.

La risa de Xül tenía un filo cortante.

—Bueno, está claro que te has saltado algunos detalles de cierta importancia. —Se puso a caminar de un lado a otro, con las manos a la espalda, mientras exponía sus argumentos—. La verdad es que la Prueba ya fue suficiente para hacer saltar las alarmas. Pero también está tu fuerza. —Sus ojos me recorrieron, evaluándome—. Y no olvidemos tu belleza antinatural. De esas que distraen, que deslumbran. Ese rubor divino.

Tragué saliva a duras penas. ¿Podría verme el pulso en el cuello?

—Supongo que es tu padre —continuó como quien habla del tiempo—. En Voldaris es difícil ocultar un embarazo.

La sangre me rugía en los oídos. Apreté los labios hasta que me dolieron, luchando contra cualquier impulso de confirmarlo o negarlo.

—Y sé qué libros has estado devorando en la biblioteca. —Su tono se volvió burlón—. Una coincidencia fascinante: hace poco consulté esos mismos textos. Pero ya lo sabías, ¿verdad? —La

oscuridad se apoderó de su expresión—. Tu hermano posee habilidades de las que no existía constancia desde que los Primigenios caminaban entre nosotros.

—Te equivocas. —Las palabras sonaron huecas, patéticas.

Xül se adelantó. Demasiado cerca. Siempre se acercaba demasiado, maldita sea.

—No me gusta que me tomen por tonto —susurró, su aliento cálido contra mi oreja—. Y no soy célebre precisamente por mi paciencia. Así que dímelo ahora mismo, estrellita, antes de que informe a los Doce de que alguien anduvo metiendo la polla donde no debía.

Di un paso atrás, abrumada por lo ineludible. Mis secretos habían quedado al descubierto, bajo la mirada impertérrita de Xül.

Me había pasado la vida erigiendo muros alrededor de mi verdadero yo, aprendiendo qué sonrisas hacían olvidar las preguntas, qué palabras desviaban la atención. Ese estado de alerta se había convertido en parte de mí, tan natural como respirar.

Pero Xül había derruido esas defensas con una facilidad inquietante. Había encontrado la puerta oculta que nunca quise que descubriera nadie y la había cruzado como si siempre hubiera estado abierta. Me sentía desnuda.

Estaba mareada, sumida en una mezcla de pavor y peligroso alivio.

—No sé quién es mi padre —mentí a la desesperada—. El hombre que me crio era mortal.

Xül ladeó la cabeza y me examinó con esos ojos de una perspicacia inquietante.

—¿Y tu madre?

Bajé la cara y me brotaron las lágrimas a pesar de mis esfuerzos.

—Ah —dijo Xül en voz baja, como si las piezas de un rompecabezas acabaran de encajar.

Me quedé sin habla. Tenía un nudo en la garganta.

—Veamos —reflexionó, dándose golpecitos con los dedos en el muslo—. ¿Qué aesymar podría engendrar tanto a una portadora de estrellas como a un asesino de dioses? ¿Cuál quebrantaría una ley tan sagrada y divina? No podría ser uno de los Doce, por supuesto. —Le brillaron los ojos—. Sé mejor que nadie lo estrictos que son con esas cosas.

Me flaquearon las piernas. Retrocedí a duras penas hasta los asientos y me desplomé en el banco acolchado. Xül me siguió y se acuclilló delante de mí, intentando mirarme a los ojos.

—Dime lo que sepas —me pidió con voz más suave, pero no menos insistente.

Me obligué a levantar la vista.

—No sé nada.

—No te creo.

Apreté los labios, negándome a decir una palabra más.

—¿Sabes? —reflexionó—, existen otros métodos alquímicos para revelar esta clase de verdades, aunque, por supuesto, requieren bastante más sangre. Se inclinó hacia mí y su voz adoptó un tono apremiante—. Si de verdad no lo sabes, ¿no ardes en deseos de descubrir qué aesymar tomó a tu madre como amante y después la abandonó a su suerte?

Aquellas palabras se me introdujeron bajo la piel. El peso de mis opciones me oprimía, dejándome sin aliento. Podía ver en los ojos de Xül que no se daría por vencido hasta haber obtenido las

respuestas que buscaba.

Al final, con un murmullo tan bajo que casi no pude oírme ni yo, le dije lo que quería saber. El nombre que me había atormentado toda mi vida. El que rara vez pronunciaba en voz alta.

—Olinthar.

Xül se quedó paralizado, con el rostro inmóvil.

Nunca había visto al guardián quedarse sin palabras.

—Tiene que ser una broma —acertó a decir al cabo de un rato.

—Fue él —confesé. Decir la verdad fue como quitarme una armadura—. Fue Olinthar.

Eché la cabeza hacia atrás para apoyarla en el respaldo y contemplé las estrellas esparcidas por el firmamento.

Xül se puso en pie sin previo aviso, con un movimiento tan repentino que me sobresaltó. Se dirigió a la mesa de las bebidas con pasos controlados. El silencio se prolongó mientras seleccionaba una copa y la llenaba. Después hizo lo propio con otra, se me acercó decidido y me la colocó entre los dedos entumecidos. Apenas podía sentir el frío del hielo, las tallas del cristal. Cuando por fin se sentó, se llevó las manos a la boca, pero la risa se le escapó de entre los dedos. Una carcajada sorprendida, vengativa, casi embriagada por las implicaciones que le rondasen la mente.

El sonido me arrancó del estupor.

—El mismísimo rey del orden —dijo sacudiendo la cabeza con evidente complacencia—. Menudo giro argumental.

Bebió un largo trago de su copa, saboreando tanto el alcohol como el momento, antes de preguntarme sin disimular el regodeo:

—¿Te apuntaste a los Juicios para reunirte con tu padre?

La pregunta me cortó la respiración. ¿Cómo se atrevía a tomarse

a la ligera todo lo que había soportado, todo lo que había perdido? Una oleada de rabia disipó los restos de mi entumecimiento.

—Olinthar no sabe que existimos —espeté con la voz quebrada por la ira.

Xül enarcó una ceja, incrédulo.

—¿Estás segura? Olinthar no es conocido precisamente por su… mala memoria.

—¿Por qué iba a acordarse? ¿Crees que lleva un registro pormenorizado de todas las mortales con las que…?

No pude terminar la frase. Las palabras se me atascaron en la garganta.

—Seguro que recuerda haber dejado embarazada a una —insistió Xül inclinándose hacia delante, sin parpadear, con la persistencia de un cazador que ha percibido el olor de la sangre—. Ni siquiera para un dios sería fácil de olvidar.

Apreté los puños sobre el regazo.

—Ella volvió a Elaren antes de saber que estaba embarazada. —Cada palabra era como una piedra lanzada con violencia—. El encuentro no fue consentido.

Xül se quedó paralizado, con la copa a medio camino de los labios. Ninguno de los dos respiraba. La risa que había estado bailando en sus ojos se apagó como si yo hubiera soplado una vela.

Dejó la copa en la mesa con un suave tintineo. Cuando por fin habló, su voz se había reducido a un gruñido sordo que parecía brotar desde lo más profundo de su pecho.

—Lo siento.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire. Giré la cabeza, incapaz de mirarlo, incapaz de procesar la tormenta de emociones

que se agitaban en mi interior. Vergüenza, rabia, alivio… Todas chocaron y se fundieron hasta que sentí que podría ahogarme en ellas.

No había más sonido que el leve tintineo del hielo que se movía en la copa abandonada de Xül. Conté mis latidos: treinta, cuarenta, cincuenta. Cuando por fin reuní valor para hablar, solo me salió un débil y exasperante hilo de voz.

—¿Qué piensas hacer con esa información?

Xül permaneció en silencio largo rato, con la vista clavada en la pared.

—Bueno —dijo al fin—, es evidente que no podemos contárselo a nadie. Todavía.

Lo taladré con la mirada mientras el corazón amenazaba con salírseme del pecho.

—¿Todavía?

—No, no, no. Eso sería demasiado aburrido.

Mi mente se desplazó de inmediato a mi verdadero objetivo: el pacto que había hecho con Thatcher, la promesa de acabar con el reinado de Olinthar para siempre. Se me hizo un nudo en la garganta. ¿Acababa de entregar a Xül las armas con que destruirme?

—No lo entiendo —dije al fin, tratando de mantener un tono neutro.

—Los secretos son mucho más valiosos cuando se guardan bajo llave —replicó Xül—. No hay que sacarlos a la luz hasta que llega el momento.

Durante un instante me pregunté si Xül y yo podríamos estar del mismo lado. El enemigo de mi enemigo y todo eso. Pero enseguida

me recordé que una cosa era tener influencia sobre el rey de los dioses y otra muy distinta era matarlo. Xül quería herir el orgullo de Olinthar. Yo quería detener su corazón.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Qué significa eso para mí?

Xül se recostó en su sillón, con un brillo en los ojos. Era la mirada de alguien que acababa de descubrir una pieza de ajedrez de valor incalculable.

—Eso significa, estrellita —dijo lentamente; su voz resonaba en la silenciosa estancia—, que nos aseguraremos de que no mueras en los Juicios. Y de que, además de sobrevivir…, asciendas.

CAPÍTULO 19 VERDARA

Tras aquella conversación, todo cambió.

Antes, Xül era distante; después se volvió implacable. Una madrugada tras otra, me reunía con él en la playa negra y mis músculos gritaban una protesta que nadie atendía. Sabía lo que yo era para él. Un peón. Pero yo, a mí vez, lo usaría a él, como había planeado desde el principio.

La semana pasó a toda velocidad, en una confusa sucesión de agotamiento y adrenalina. Mañanas de combates brutales en los que me obligaba a forjar armas de luz estelar: cuchillos que silbaban al cortar el aire, hachas capaces de hendir la roca, arcos que disparaban flechas de puro fuego celeste. Ahora que compartíamos mi secreto, no me reservé nada. El poder me corría ardiente por las venas sin que nada lo frenara, y me pregunté… Dioses, me pregunté en qué me habría convertido de no haberme pasado la última década coartando mi potencial.

Las tardes en aquel laboratorio de techo abovedado se convirtieron en otra forma de tortura. Xül me hacía aprender

fórmulas y compuestos hasta que el conocimiento me supuraba por los oídos. Identificación de plantas, propiedades de los minerales, combinaciones arcanas que podían salvar o condenar. Mucho, demasiado para el tiempo de que disponíamos. Pero devoré todo lo que pude.

Por la noche, cazábamos y seguíamos rastros. Xül se quejaba a cada paso; cualquier charco o camino embarrado bastaba para ofender su frágil susceptibilidad. Pero Marx… Marx se movía entre aquellas sombras como si hubiera nacido para ellas, y, cuando su humor irónico restallaba en la oscuridad, ni la mueca perpetua de Xül era capaz de resistirse.

En aquel momento, de pie en la costa negra, mientras el amanecer pintaba el cielo carmesí de Draknavor con tonos dorados, me pregunté si todo aquello bastaría.

—Estos colores son abominables. —Xül se tiró de la chaqueta de vestir con el desprecio que reservaba para las auténticas atrocidades.

Estábamos ataviados con los colores de Davina y de Thorne: un verde bosque oscuro con detalles de plata reluciente. Mi atuendo, que había entregado el equipo de Lyralei la noche anterior, era práctico pero elegante: pantalones de cuero que se estiraban cuando me movía, una chaqueta ajustada con bordados de plata y botas hechas para moverse por terrenos abruptos. Incluso Xül, pese a sus quejas, tenía un aspecto impresionante con aquel traje.

—He hecho mi parte —dijo, y se ajustó los puños de la camisa—. El resto depende de ti.

Frío, distante, aséptico. Contuve las ganas de poner los ojos en blanco y me tragué la respuesta que me asomó a los labios. A

aquellas alturas, discutir no serviría de nada, y, con los nervios a flor de piel, menos aún. Exhalé un largo suspiro y, mientras contemplaba el mar, me pregunté si sería la última vez que lo viera.

—¿Te has quedado muda? —La pregunta perforó mi silencio.

No aparté la mirada de las olas oscuras como el vino, que golpeaban y se retiraban. Mi mente, como un torbellino, repasaba cada lección, cada técnica aprendida a base de golpes, cada posible final para aquella situación.

De pronto me puso las manos en los hombros y me hizo volverme hacia él.

—Y yo que creía que eras incapaz de mantenerte callada. ¿Se te han acabado las palabras afiladas que me sueles lanzar?

Tragué saliva para aliviar el desierto en que se me había convertido la garganta.

—Estoy bien.

—Estás preparada. —Lo dijo con un tono que me hizo mirarlo a la cara.

En algún sitio, ahí fuera, Thatcher también se preparaba. Dioses, ojalá Chavore hubiera conseguido lo que pretendía.

Xül me sujetó la cara con las manos.

—Eres más fuerte que los demás. Más rápida, más mortífera. —El tacto de sus manos se deslizó con suavidad hacia mi cuello, y me odié al notar que se me aceleraba el pulso—. Sabes seguir huellas; sabes cazar. Comprendes los elementos básicos de la alquimia. No tendrás problemas para sobrevivir.

Asentí.

—No te me ablandes ahora, estrellita.

Por un momento, aquel gesto me recordó el de otra persona:

manos callosas que me acariciaban el cuello, palabras de ánimo susurradas en la oscuridad. Marel. Por los dioses, ¿cuánto hacía que no pensaba en él? Me sentí confusa al comprender que no me había acordado de él desde que llegué.

Pero las manos de Xül seguían sobre mí. Me aparté con brusquedad antes de cometer alguna estupidez colosal.

Que se mostrara de pronto tan amable me arrancó un gruñido despectivo. Yo no era una cosita frágil que necesitara que la animasen, y ambos sabíamos que aquel contacto no significaba nada. Lo único que le importaba era que me mantuviese intacta hasta poder ascender. Estupendo. Yo necesitaba que él me entrenara para poder satisfacer mi venganza. Así de fácil. Lo que no necesitaba era que fingiese que aquello era algo más que una simple transacción interesada.

—Estoy bien —repetí. La mentira me dejó un regusto amargo en la boca.

Su rostro se volvió inexpresivo; la hermosa máscara había vuelto a cubrirle las facciones.

—¿Lista?

—Sí.

—Verdara nos espera.

Abrió un hueco en la realidad con un gesto y me indicó que cruzase.

Estábamos en un claro en medio del bosque.

Los portales se abrían uno tras otro con fogonazos de luz. Enseguida vi a Marx; se movía con aquel paso siniestro que a esas alturas ya me resultaba de una sorprendente familiaridad. Mientras

Aelix se materializaba a su lado, intercambiamos un gesto de saludo.

Y, de pronto, mi mente ya no me pertenecía solo a mí.

El vínculo se llenó de energía y, sin pararme a pensar, eché a andar. Thatcher… Allí estaba, al otro lado del claro. Su cabello moreno reflejaba la luz del sol que se colaba entre los árboles.

Me abalancé sobre él con tanta fuerza que nos quedamos los dos sin aliento. Cuando me abrazó fue como volver a casa. Pero estaba cambiado. Bajo la camisa, donde antes había suavidad, ahora se notaban músculos poderosos.

—Vaya, parece que alguien se ha estado comiendo las verduras —le dije con la cabeza apoyada en su hombro, embriagada de su olor, que destacaba sobre los aceites aromáticos de Bellarium.

Con el pecho sacudido por la risa, me apartó y flexionó los músculos en un gesto teatral.

—¿Has visto? Chavore me ha hecho trabajar más que a un caballo de tiro.

—Se te nota. —Sentí una oleada de alivio.

Oí unos pasos que se aproximaban y, al levantar la vista, vi acercarse a nuestro medio hermano. Se movía con la gracia y seguridad que había demostrado en la Prueba. Apretó el hombro de Thatcher.

—Tu hermano tiene un talento innato —dijo Chavore con una sonrisa. Me tendió la mano—. Es un placer conocer en persona a su famosa melliza.

Mirarlo era como ver mi imagen distorsionada en un espejo: los mismos huesos, la misma postura, la misma sangre que corría bajo la piel. Al darle la mano se me revolvió el estómago, y se me fueron los ojos hacia ellos dos. Demasiado juntos para que me sintiera

cómoda.

«Veo que alguien se ha aclimatado», le envié por nuestro vínculo.

«Ya sabes lo que dicen. Mantén a tus enemigos más cerca», me llegó la respuesta jocosa de Thatcher.

—Solo le he contado mis cosas buenas —añadió en voz alta—. Se me están acabando muy deprisa.

—No lo dudo. —Al ver reír a Chavore sentí un escalofrío en la espalda.

—Os dejo un momento a solas —sugirió Chavore, y apretó de nuevo el hombro de Thatcher—. Que tengáis suerte ahí fuera. —Y enseguida se fue a buscar a Elysia y la estrechó contra sí.

Arqueé una ceja.

—Vaya, qué interesante.

—Sí. —En la voz de Thatcher se superpusieron varias emociones —. A juzgar por el tiempo que se pasa Elysia en Bellarium, cualquiera diría que no tiene un bendecido al que preparar.

En aquel momento sentí los ojos que se posaban en nosotros. Los otros competidores, que se asomaban por detrás de sus tutores. Thatcher debió de notarlo también, porque volvió la cabeza para mirar.

«Vaya, no sé si preocuparme un poco», murmuré.

Thatcher se volvió hacia mí.

«No sé si nos tienen miedo o nos están evaluando».

«A ver, reventaste a un dios. Esas cosas dan que hablar».

Thatcher soltó una risita, pero vi el dolor que le asomó a los ojos. Mierda. Seguro que no hacía ninguna falta que se lo recordara.

Una presencia se materializó a mi lado. Xül. Y de pronto me

deslizó la mano espalda abajo, más allá de la cintura; sus dedos rozaron la curva de… Dioses, ¿de verdad iba a…?

Me aparté de él, sonrojada y demasiado azorada para notar nada, aparte del eco del trayecto que habían trazado sus dedos.

«Hablando de aclimatarse…». La voz mental de Thatcher rebosaba diversión.

Me erguí y le lancé a Xül una mirada de desprecio.

—Thatcher, te presento al príncipe de Draknavor —dije sin la menor entonación.

Mi hermano abrió mucho los ojos y luego intentó una torpe reverencia que me hizo desear que me tragase la tierra. Por los dioses, Thatcher. ¿En serio?

—No es necesario —respondió Xül con gesto indiferente—. Aunque a tu hermana le vendría bien aprender a mostrar el debido respeto.

Thatcher se rio, pero la situación seguía siendo incómoda.

—Bueno, entonces…

Se oyó un cuerno: profundo, primitivo, como si brotara de la misma tierra.

«Nos vemos allí —me llegaron los pensamientos apremiantes de Thatcher cuando me apretó la mano—. Tenemos que hablar. Te buscaré».

«Más te vale», repliqué, y vi que se reunía de nuevo con Chavore.

Me volví de inmediato hacia Xül.

—Tienes las manos muy largas —siseé.

Su sonrisa podría inducir al pecado.

—A lo mejor es que no he podido contenerme.

Una luz destelló en el claro, brillante, divina, implacable. En el extremo del prado se abrió un portal cuyos bordes soltaban una lluvia de chispas.

Xül se inclinó hacia mí una vez más. Cómo odiaba la reacción de mi cuerpo cada vez que lo tenía cerca.

—Sobrevive, estrellita —me dijo con los labios contra mi pelo. Luego me empujó en dirección a mi destino.

La transición fue como si me arrastrara la luz estelar. En un instante estaba en el claro, y al siguiente me rodeaba la espesura de un antiguo bosque. Los árboles se elevaban a alturas imposibles, con copas tan espesas que creaban un mundo de sombras esmeraldas y luz atenuada. Todo latía con el poder de Davina, tan diferente de las costas de Draknavor tocadas por la muerte.

Un paraíso, lo bastante hermoso para morir por él.

Como nos ocurriría a muchos de nosotros.

—Bienvenidos, competidores bendecidos —saludó una voz que brotaba del bosque—, al primer Juicio de Ascensión.

Me giré y rebusqué en las sombras, entre los troncos, pero no vi más que un verde inacabable que se perdía en el horizonte. Ni competidores, ni a Thatcher, ni a Marx, ni la más mínima señal de las otras treinta y siete personas que habían llegado a la vez que yo.

Estaba totalmente sola.

CAPÍTULO 20
LA CACERÍA

Delante de mí, el suelo estaba salpicado de armas y herramientas.

Me puse de rodillas y pasé las manos por los objetos de acero y madera. Cada arco vibraba de vida bajo mis dedos. Palpé con el pulgar la marca de Thorne, grabada a fuego en cada empuñadura.

«Muévete. Deprisa. Ahora».

La orden me rugía en los huesos. Instinto. Mis manos obedecieron antes de que mi mente pudiera reaccionar; saqué una trampa de lazo del montón y me la puse al cinto.

El bosque se extendía ante mí en todas direcciones, pero me obligué a detenerme y orientarme. El sol ya bajaba por el oeste, a mi espalda, y su luz se filtraba entre las copas de los árboles. Al norte se vislumbraba una distintiva montaña de tres picos. Del este, de más allá de la vegetación, llegaba el sonido débil pero inconfundible del agua corriente: un río o un arroyo crecido.

La luz estalló en todo el bosque.

Los haces se derramaban entre los árboles. Los pájaros callaron. Los insectos se quedaron inmóviles. Y, a través de esa luminosidad

cegadora, llegó ella.

Davina.

Se erguía alta y esbelta; su presencia curvaba la realidad a su alrededor, como las ondas el agua. Su piel cambiaba a cada instante: primero marrón cálido, luego verde musgo, luego un tono intermedio… Las flores estallaban en su cabello solo para marchitarse y morir, y florecían de nuevo con cada respiración.

Y además estaban sus ojos. Antiguos. Dorados. Iluminados desde dentro. Cuando se encontraron con los míos, tuve que hacer acopio de fuerzas para no encogerme y retroceder. Si la energía que rodeaba a las Leyendas ya resultaba asfixiante, aquello era enloquecedor. Al final se impuso, y caí de rodillas.

—Os doy la bienvenida, hijos bendecidos. —Su voz resonó por el claro como un trueno bañado en miel, dulce y aterradora a partes iguales—. Bienvenidos al primero de vuestros Juicios, donde demostraréis ser dignos de los dones que se os han concedido.

Una corona de delicadas ramas color plata, retorcidas y entrelazadas, se materializó entre sus dedos. Caminó en mi dirección, y cada paso que daba hacía que la tierra misma se estremeciera al reconocer a su señora.

No podía moverme. No podía respirar. Solo podía seguir arrodillada allí, en el suelo, como la mortal que era, mientras ella me colocaba la corona en la cabeza.

—Vas a cazar para mí —continuó Davina, y su sonrisa reveló unos dientes demasiado blancos, demasiado afilados, demasiado numerosos—. Tres criaturas sagradas de los lugares indómitos. Un ciervo dorado coronado de cristal. Un águila plateada con alas de luz. Una liebre lunar con ojos que ven más de lo que deberían.

»Que tengas una buena cacería. —Su risa resonó en el bosque —. Porque, en mi dominio, cada cosa debe cumplir su propósito. Todas deben demostrar su sitio en el orden natural.

Se disolvió de nuevo en aquella luz hambrienta, dejando solo el persistente aroma de las flores silvestres y, por debajo, cierto olor a podredumbre. A muerte. A los lugares oscuros y húmedos a los que iban las cosas a descomponerse.

Eché un vistazo a las otras herramientas esparcidas por el suelo ante mí. Podría forjar cualquiera de ellas con la luz estelar, pero el instinto me empujó a cogerlas. Con la suerte que tenía, acabaría por necesitarlas. Todo aquello parecía demasiado sencillo.

«Thatcher».

Tiraba de nuestro vínculo desde el otro lado del bosque; su intención ardía en mí como el fuego. Me buscaba.

Cogí el carcaj y me fundí con la línea de árboles. A mi izquierda, unos pasos me hicieron detenerme. No era el movimiento cauteloso de un cazador; era alguien que avanzaba a trompicones, manteniendo el equilibrio a duras penas. Otro competidor, cerca pero ajeno a mi presencia. Avanzó un momento en paralelo a mí antes de desviarse, con la respiración entrecortada.

Y entonces el bosque me tragó entera.

Mis pies encontraron un ritmo en cuestión de una docena de pasos. Los años de trepar por rocas húmedas y mareas traicioneras me habían grabado el equilibrio en los huesos, y aquello era más fácil. Menos abrupto.

Pero no podía quitarme de la cabeza la sensación de que me observaban, de que unos ojos seguían mis movimientos desde cada sombra, cada hueco, cada espacio entre las hojas.

Un crujido a mi izquierda…

Me apreté contra un roble enorme. Sentía la corteza áspera en las palmas, y el corazón me latía tan fuerte que estaba segura de que todos los participantes que no estuvieran muy lejos podrían oírlo. Me ardía la mano mientras en ella se formaban estrellitas; el poder me hormigueaba en las yemas de los dedos, listo para desencadenarse al primer indicio de amenaza.

Algo líquido me cayó a la frente. Una gota. Dos. Tibias y viscosas.

Alcé la vista y vi una espesa savia morada que brotaba de una herida en el tronco. «Un árbol de ernbrisk —resonó la voz de Xül en mi memoria—. La savia se endurece y forma una costra resinosa en contacto con el aire. Mantiene alejadas las plagas y los insectos que se alimentarían de la madera blanda que hay debajo».

Me la limpié con el dorso de la mano y torcí el gesto ante la sensación de hormigueo que dejaba.

Volvió a oírse el crujido, y en aquella ocasión vi de dónde provenía: una gorda ardilla gris hurgaba entre las hojas caídas, con los carrillos llenos de bellotas.

Dejé escapar el aliento y me aparté del árbol. El tiempo se me echaba encima y tenía criaturas que cazar.

El suelo cambió bajo mis pies: el musgo blando dio paso a tierra compacta y lisa. Mis botas encontraron la depresión por sí mismas, siguiendo la suave curva entre los árboles. Las huellas de ciervos se hundían profundamente en la tierra, superpuestas a las menos profundas de conejos y zorros. Las ramitas rotas habían quedado a ambos lados, creando muros naturales que apenas me llegaban por las rodillas.

Una senda de pezuña.

Se curvaba hacia el nordeste, serpenteando en dirección ascendente. Alcancé a vislumbrar entre los árboles aquellos tres picos, ya más cerca, pero aún lejanos, a una legua como mínimo. El sol seguía bajando.

Me agaché junto a un espacio estrecho, entre dos troncos caídos. Era el lugar perfecto para poner una trampa. Mis manos se movían por sí mismas, guiadas por la memoria muscular de las lecciones de Aelix. Los nudos casi se hacían solos.

Me aposté para esperar detrás de un árbol, a unos cincuenta pasos de distancia, con el arco en las rodillas. El bosque había vuelto a quedar en silencio. Los minutos pasaban tan despacio que parecían horas. Una gota de sudor me corrió por la espalda a pesar de la frescura de la sombra.

Entonces, un chasquido.

Una pisada había partido una rama detrás de mí, con suficiente fuerza para hacer que los pájaros levantaran el vuelo desde las copas de los árboles. Esa mezcla de determinación y temeridad solo podía pertenecer a una persona.

—Vas a espantar a todos los bichos —siseé cuando Thatcher, con un aire de satisfacción desmedida, emergió de detrás de una cortina de musgo colgante.

Su corona de hojas metálicas reposaba torcida sobre su pelo oscuro, con ramitas enredadas en los mechones. Tenía la mejilla izquierda manchada de tierra.

—Lo siento —dijo sin la menor muestra de arrepentimiento. Aquella sonrisa, la que nos había metido y sacado de problemas toda nuestra vida, se dibujó en sus labios.

Un ruido procedente de mi trampa nos dejó paralizados. Me llevé un dedo a los labios y los dos miramos en su dirección.

«¿Todo va según lo previsto?». La voz de su mente alcanzó la mía, tan familiar como la respiración.

«Al principio fue difícil, como poco. —Silencié mis emociones para que no sintiera el agotamiento que me llegaba hasta los huesos —. Pero sí. Vamos haciendo avances».

«Lo mismo digo. Aún no lo controlo del todo, pero he estado practicando».

Contuve una mueca de dolor. ¿En qué consistiría esa práctica? ¿Quería saberlo?

«No es nada de lo que estás pensando —me transmitió Thatcher con los ojos entrecerrados—. Es más bien como desmantelar la estructura de otros seres vivos. Plantas, algunos animales… Nada drástico».

Otro sonido nos hizo quedarnos quietos y observar la trampa. Al cabo de unos instantes nos desplomamos decepcionados.

«¿Así lo describe Chavore? ¿"Desmantelar estructuras"?».

«Es más bien mi impresión visual. —Mi desconcierto se filtró a través del vínculo—. Chavore es un profesor sorprendentemente bueno. He estado tratando de vigilarlo».

«¿Algo digno de mención?».

«Poca cosa, en realidad —reconoció Thatcher—. Pero, para ser el aesymar de la estrategia, es bastante…».

«¿Qué?».

«Tiene memoria de pez».

«Bueno. Al fin y al cabo, nació siendo un aesymar. Nunca tuvo que demostrar su valía. Puede que no sea tan listo. Ya sabes, el

nepotismo».

«Puede ser. Esta noche viaja a Sundralis. Supongo que verá a Olinthar».

«Debe de ser muy raro estar cerca de Chavore —acerté a decir manteniendo firme mi voz mental—. Sabiendo lo que significa para nosotros».

«Intento no pensar en ello». Pero capté lo que no añadió: la consciencia constante de los rasgos comunes, de la sangre compartida.

«Tengo que contarte una cosa», dije por fin.

Abrió mucho los ojos y me dedicó toda su atención.

«Encontré unos textos en la biblioteca de Xül. —Mantuve mis pensamientos estables—. Tu poder no había existido desde el tiempo de los Primigenios».

Sus facciones se inmovilizaron.

«Había uno llamado Vivros —proseguí—. El Cataclismo Encarnado. Podía manipular la materia viva a nivel fundamental. Reducir ejércitos a papilla solo con el pensamiento. Remodelar la carne como si fuera arcilla».

Thatcher tragó saliva.

Lo miré a los ojos para asegurarme de que lo comprendía.

«Y para matarlo hizo falta el poder combinado de los Doce», añadí.

Se quedó blanco como la nieve al darse cuenta de las implicaciones.

«¿Lo sabe Chavore?». Un miedo repentino invadió sus pensamientos.

«Debemos presuponer que podría estar al tanto. Como todos los

demás».

«Joder». Se pasó una mano por el pelo, alborotándose la coronilla.

«Tienes que extremar las precauciones, Thatcher».

«Eso hago».

«Bien. —Solté un largo suspiro, porque aún no había terminado —. Hay algo más».

Me miró como si ya lo hubiera apuñalado y estuviera retorciendo el cuchillo.

«Xül sabe lo nuestro. Lo de Olinthar».

—¿Qué? —La palabra salió de su boca en voz demasiado alta en el silencio del bosque.

Lo agarré del brazo con suficiente fuerza para dejarle un moretón.

«Cierra el pico. Se dio cuenta él solo, pero nos guarda el secreto. De momento».

«¿Por qué?». La sospecha y la esperanza se debatían en su voz mental.

«Creo que pretende utilizarnos para humillar a Olinthar en algún mezquino juego de poder. —Puse los ojos en blanco—. Lo que no sabe es que tenemos otros planes».

«No le habrás contado nada de…».

«Claro que no. —Volví a apretarle el brazo, esta vez con más suavidad—. No soy idiota».

Un chasquido seco.

El lazo se activó; algo se debatía en su agarre. Me levanté y me puse en marcha antes de llegar a pensarlo, acumulando luz estelar en la palma de la mano por si acaso.

Una gigantesca liebre lunar forcejeaba en la trampa, con su pelaje blanco plateado y sus ojos… Por los dioses, qué ojos más extraños. No solo reflejaban mi rostro; también otras cosas. Otras versiones de aquel momento. En un reflejo, yo estaba muerta, degollada. En otro estaba coronada de luz. En otro lloraba sobre el cadáver de Thatcher.

Aparté la mirada antes de que esas visiones arraigaran en mi mente, y desnuqué al animal con un gesto de dolor.

*«*Ya tengo uno de los tres*»,* le transmití a Thatcher intentando mostrarme despreocupada.

Él ya estaba sacando su propia captura de la mochila: otra liebre lunar, cuyos ojos muertos, por suerte, no reflejaban nada.

«La he cazado por el camino. Un golpe de suerte».

Suerte. Claro. Pero nada de aquello me parecía fruto del azar.

—Esto es demasiado fácil —dije en voz alta, incapaz de seguir conteniendo las palabras—. Piénsalo, Thatcher. Se supone que corremos un peligro mortal. —Vi mi propia inquietud reflejada en sus ojos—. Las armas estaban simplemente… tiradas por ahí.

—Exacto.

—Entonces ¿qué se nos escapa?

—Ni idea.

«Tenemos que estar preparados para cualquier cosa», le dije a través del vínculo.

«Yo siempre lo estoy*»*, respondió, pero sentí que su tensión aumentaba.

Volvimos a ponernos en marcha, atentos a cualquier indicio de otra senda de pezuña. Me dejé llevar por el ritmo que me había inculcado Aelix: a pasos silenciosos, observando la dirección del

viento en el sutil movimiento de las hojas, evitando las zonas alfombradas de ramitas que podían ser trampas para los incautos.

El bosque se hacía más denso a medida que avanzábamos, con árboles centenarios tan grandes que seis personas cogidas de las manos no podían rodear sus troncos. Sus copas eran tan compactas que nos movíamos en la penumbra, bajo una onírica luz solar teñida de verde.

Entonces resbalé.

Había pisado algo que parecía musgo normal, pero resultó ser resbaladizo como el cristal aceitado. Caí al suelo y me golpeé el coxis con tanta fuerza que vi las estrellas.

—Qué elegancia —comentó Thatcher, y me tendió la mano para ayudarme.

La acepté, apretando los dientes por el intenso dolor que sin duda me dejaría un moratón. Tenía musgo pegado a las palmas, espeso, viscoso y con olor a pescado podrido. Por los dioses, vaya peste. Lo froté entre los dedos para inspeccionarlo y después miré hacia abajo. Aparté un poco con la bota y quedaron al descubierto unos filamentos de color claro, como telas de araña, infiltrados en la tierra oscura de debajo. «Musgo de hylock. Protege las venas fúngicas de los elementos».

Dos semanas atrás no tenía ni idea.

Quizá hubiera asimilado las enseñanzas de Xül mejor de lo que pensaba.

Un chillido rasgó el aire por encima de nosotros. Miramos hacia arriba y vimos un destello plateado entre los árboles. El águila. Dio una vuelta, dejando con las alas un rastro de luz como la cola de un cometa, y después desapareció en la espesura.

«No parece muy fácil de cazar», murmuré dejando traslucir la frustración a través del vínculo.

«Desde luego», respondió Thatcher.

Seguimos adelante, hacia el noroeste, por el terreno que comenzaba a ascender. Después de un tramo de subida constante, nos encontramos una construcción de piedra entre dos árboles. Estaba en una depresión natural, protegida por la pendiente que había al otro lado; un lugar perfecto entre las laderas de dos de los picos.

El humo se elevaba desde la chimenea. La puerta, de aspecto sólido, tenía refuerzos de hierro, y cuando intenté bajar el picaporte, no se movió.

—Qué raro. —Mi voz sonó ronca, entrecortada por el pánico creciente—. ¿Por qué hay un edificio aquí? ¿Por qué sale humo?

Thatcher examinaba la casita, pasando las manos por la piedra.

—No lo sé…

Los dos nos la quedamos mirando un rato más.

«Vamos a seguir adelante —me transmitió Thatcher—. Sea lo que sea esto, no podemos permitirnos la distracción».

Y así lo hicimos.

Más adelante se abría un claro, y decidimos que la altura nos daría ventaja. Thatcher entrelazó los dedos, y yo puse el pie en sus manos y me dejé impulsar hacia arriba.

Tuve que estirarme para alcanzar la primera rama firme. En cuanto estuve bien sujeta, me incliné para ayudar a subir a Thatcher.

Pero ya no estábamos solos.

Otro competidor se había encaramado a un árbol cercano, en la horquilla que formaban dos grandes ramas. Tenía el arco tensado y

la flecha en su sitio, y apuntaba a algo por encima de nosotros. Todo en su postura denotaba competencia. Paciencia. ¿Un cazador experimentado?

Cuando cambió el agarre del arco le vi la tinta negra en la muñeca: espadas cruzadas bajo una corona. La marca que recibían todos los soldados al alistarse en las fuerzas reales. No era un cazador aficionado ni profesional, sino un militar.

Nuestras miradas se cruzaron.

Se me paró el corazón. Volvió a latir. Se detuvo de nuevo.

Era algo mayor que nosotros, de unos treinta años, con rasgos estoicos y una melena oscura recogida en un moño. Lo recordaba vagamente de la Elección, aunque nunca habíamos hablado.

Su mirada se clavó en la mía durante una inhalación. Dos. Tres.

Me ardía la mano; las chispas me hacían hormiguear la piel, pero sabía que cualquier movimiento brusco podría hacerle disparar aquella flecha. A mi espalda sentí que Thatcher también se quedaba inmóvil y su poder se tensaba como un resorte.

Entonces, sin previo aviso, el otro competidor… aflojó el arco y lo bajó. Me sostuvo la mirada un poco más antes de fundirse con el follaje y desaparecer como si nunca hubiera existido.

«Bueno —le dije mentalmente a Thatcher, intentando aplacar mi corazón acelerado—. Alguien no quería compañía».

«Deberíamos ir a otro sitio, por si acaso. Si cambia de opinión, ahora somos un blanco fácil».

Nos desplazamos a otra zona del bosque para continuar nuestra búsqueda.

—Hay alguien más por aquí —observó Thatcher, señalando unas huellas de botas que cruzaban nuestro camino—. Son recientes.

Las examiné. El pie izquierdo se arrastraba; quien fuese cojeaba por una lesión.

A lo lejos, una figura pasó con rapidez entre los árboles. Le vi el pelo castaño y aquella forma de andar nerviosa que había observado antes. Estaba a unos cincuenta pasos y se movía con cuidado, pero no el suficiente. Cuando se detuvo a buscar algo en su mochila, le vi sacar lo que parecía una liebre lunar muerta.

Así que había conseguido una pieza. Me alegraba por él.

Fue entonces cuando lo oímos.

Metal contra metal. Golpes contundentes.

—Me preguntaba si esto se pondría violento —murmuró Thatcher. Y compartíamos la sensación. No teníamos instrucciones de cazarnos entre nosotros, al menos de momento, pero eso no significaba que nadie fuera a aprovechar la oportunidad.

Los sonidos procedían del este, hacia el río. Llevábamos veinte minutos corriendo en paralelo y el sonido del agua era cada vez más fuerte.

—Deberías haberte quedado en el agujero del que te sacaron —gruñó un hombre.

—Tres contra uno —dijo con sequedad una voz conocida—. Qué deportivo por vuestra parte.

«Marx».

Ya había echado a correr hacia los sonidos del combate antes de que su nombre se formara del todo en mi mente. Las ramas me rasgaban la chaqueta; las raíces intentaban hacerme tropezar, pero seguí adelante. Thatcher se abría paso por la maleza a mi lado.

Nos escondimos detrás de una espesa cortina de helechos para observar la escena.

Marx tenía la espalda apoyada contra un árbol. La sangre le pintaba cintas escarlata en los brazos. Estaba rodeada por tres contendientes, dos hombres y una mujer cuya piel parecía ondular.

A pesar de estar sangrando y en inferioridad numérica, Marx parecía aburrida.

—Ivene dijo que eliminaramos cuanto antes a los peligrosos —ronroneó la mujer con voz distorsionada, como si su garganta cambiase entre el estado sólido y el líquido—. No podemos permitir que la gente imprevisible llegue a las rondas finales.

La espada de Marx destelló, pero atravesó el torso de la mujer como si fuera de niebla y solo consiguió hacerla reír mientras recuperaba la forma.

—Bonito truco —comentó Marx—. El mío es mejor.

Pero, mientras hablaba, uno de los hombres levantó la mano. El aire se cristalizó alrededor de Marx en púas afiladas como diamantes, que la apuntaban.

Detrás de ella, la sombra se desprendió del otro hombre. Se elevó desde el suelo del bosque y cobró forma propia, una masa de oscuridad que se abalanzó contra la garganta de Marx con más dedos de la cuenta.

Ella esquivó, se retorció y lanzó tajos, pero le llegaban demasiados ataques desde demasiados ángulos. Le brotó sangre del hombro cuando una punta de cristal le atravesó la carne. Un tentáculo de sombra se le enroscó en el tobillo y le hizo perder el equilibrio.

Iba a morir.

Marx, que no hacía ni una semana que me había salvado la vida. Que se había enfrentado a toda una manada de sabuesos del dolor

sin más armas que el ingenio y la voluntad.

«Tenemos que ayudarla», gruñí a través del vínculo.

«¿Cómo? —La voz mental de Thatcher sonaba tensa: había llegado a la misma conclusión repugnante que yo—. No podemos limitarnos a liberarla. Eso nos convertiría en sus próximos objetivos».

«Lo sé». El pensamiento me supo a podrido.

Las púas de cristal se acercaban cada vez más. Una casi rozaba la garganta de Marx, que ya no tenía espacio para esquivarla.

La luz estelar cobró vida en mis palmas antes incluso de que la invocara conscientemente.

Durante un instante volví a la costa negra de Draknavor, con la voz de Xül atravesando la bruma del amanecer. «Una espada de luz estelar es impresionante pero predecible. Tiene que ser algo más pequeño para que no lo vean venir».

Un cuchillo arrojadizo se materializó entre mis dedos.

«Thais. —Incluso la voz mental de Thatcher era apremiante—. Ahora o nunca».

No lo dudé.

El cuchillo salió disparado de mi mano como una estrella fugaz.

Vi girar la hoja entre haces de luz verde, vi cómo se abrían los ojos del portador de cristal al ver acercarse la muerte. Intentó esquivarla, pero la inercia era una cruel amante.

El cuchillo se le hundió en el pecho con un golpe húmedo y abrasador.

Su grito se cortó en seco cuando la luz estelar estalló en su interior y lo consumió de dentro afuera. El olor de la carne carbonizada llenó el claro. Me miró con los ojos hechos un torbellino de miedo y sorpresa, poco antes de quedar vidriosos.

Y entonces cayó.

Había matado a una persona. No a un ser de otra especie, a una persona.

Pero no tenía tiempo para pensar en lo horroroso que había sido, porque la sombra del otro hombre ya giraba. Su oscuridad se apartó de Marx y fluyó por el suelo hacia nosotros como aceite derramado.

—Mierda —dije entre dientes, y me apresuré a formar otro cuchillo.

Entonces intervino Thatcher. Sin vacilar, sin dudarlo; solo con fiera determinación. Percibí a través de nuestro vínculo cómo recurría a ese don primigenio.

El portador de sombras dio tres pasos antes de que su propia sangre lo traicionara.

Vi estallar los vasos sanguíneos bajo su piel formando telarañas; vi sus ojos abrirse de par en par, sorprendidos, mientras su cuerpo lo atacaba desde dentro. Cayó de rodillas, arañándose la garganta con las manos como si pudiera retener la vida a base de fuerza de voluntad.

No lo consiguió. Su cuerpo golpeó el suelo con ímpetu.

La mujer líquida retrocedió; su forma oscilaba entre estados y el pánico se reflejó al fin en sus rasgos cambiantes.

—Esto no tenía que… Tú no tenías que…

Marx se lanzó al ataque.

Aún no sé qué hizo exactamente. Sus dedos danzaban dibujando patrones sutiles; sus labios se movían sin emitir sonido. De pronto, el fluir constante de la mujer se aceleró.

Gritó, o lo intentó; era difícil arrancar sonidos a una garganta que no paraba de derretirse y volver a hacerse sólida. Su carne fluía

cada vez más deprisa, incapaz de mantener forma alguna. En cuestión de segundos se disolvió en un charco humeante.

Un silencio sepulcral se apoderó del claro.

Tres cadáveres. Tres vidas extinguidas en un abrir y cerrar de ojos. El hedor metálico de la sangre se mezclaba con el del hollín y el del líquido repugnante en que se había convertido la mujer.

—Bueno —dijo Marx, examinándose la sangre de los brazos—. Ha sido eficaz. —Dio una patada al charco ácido que poco antes era una persona. La bota formó ondas en la superficie—. Gracias por la ayuda. Intentaré no acostumbrarme a necesitar que me rescaten.

A pesar de su tono despreocupado, vi que le temblaban un poco manos y lanzaba vistazos a los cadáveres, como si esperase que se levantaran. Miró a Thatcher y luego a mí.

—El hermano, supongo —dijo arrastrando la voz sin el menor rastro de nerviosismo.

—Thatcher —se presentó.

—Marx. Encantada. Tengo entendido que mataste a un dios. —Lo evaluó con una sonrisa juguetona.

—Tenemos que irnos —interrumpí—. Eso tiene que haberse oído desde muy lejos.

—De acuerdo. —Marx envainó las espadas—. Encabezad la marcha, mis héroes.

Nos adentramos más en la espesura, alejándonos de la carnicería. El bosque cambiaba mientras subíamos por la pendiente: la maleza densa daba paso a árboles más antiguos y suelos más desnudos. Bajó la temperatura hasta que el aliento empezó a formar vaho. Nos dirigíamos a las montañas, y el terreno se hacía más rocoso a cada paso.

Mi mente no dejaba de revivir aquel momento: el cuchillo que salía de mi mano, la sorpresa en los ojos del hombre, el sonido húmedo del impacto.

«¿Esto era lo que querías, Xül? —pensé con amargura—. ¿Una pequeña asesina perfecta, lista para entrar en acción?».

Llegamos a otro claro. Tenía los nervios de punta; cualquier ruido me hacía llevar las manos a las armas; veía una emboscada en cada sombra.

Fue entonces cuando lo volví a divisar. El competidor al que había visto en el árbol, apuntando con el arco a un ciervo dorado que pastaba plácidamente en una pradera algo alejada. Sus cuernos de cristal reflejaban la luz y proyectaban dibujos irisados en la hierba. Pero aún no podía alcanzarlo; esperaba a que se acercara.

«Ahí», transmití a Thatcher con un gesto.

Siguió mi mirada. Teníamos el ciervo dorado a unos treinta pasos.

«¿Y si no hay bastantes presas para todos? —La voz mental de Thatcher sonaba alarmada—. Si los recursos son limitados y se queda con ese ciervo…».

«Dioses. ¿Estará ahí la trampa?».

«Es posible».

La expresión de Thatcher se ensombreció. «Deberíamos cargárnoslo ahora mismo, antes de que nos vea».

—No —dije—. Podría haberme matado antes, cuando estaba subiéndome al árbol, pero no hizo nada.

Los ojos de Marx se movieron rápidamente entre Thatcher y yo.

—¿Estáis hablando en silencio o algo así?

—Luego te lo explico —dije lanzándole una mirada fugaz.

—Qué raritos sois los mellizos —comentó Marx mientras hacía girar un puñal entre los dedos—. Sea lo que sea lo que estéis debatiendo, decidíos de una vez. Los competidores ya están formando grupos para cazar, y enfrentándose entre ellos. Si no cogéis ahora lo que podáis…

No hizo falta que terminara la frase. Los dos sabíamos a qué se refería.

—Ese hombre no nos está amenazando. No somos verdugos. —Crucé la mirada con la de Thatcher—. Encontraremos otra forma.

«Eso era antes de que tres personas intentaran asesinar a Marx. Antes de que aumentáramos el número de víctimas. —Thatcher apretó la mandíbula—. Las reglas están cambiando».

—Algunos preferimos las conversaciones audibles —dijo Marx con un suspiro.

—Hablamos de si deberíamos matarlo —dije sin rodeos.

«Thais, no olvides el objetivo final. Para eso tenemos que volvernos despiadados, convertirnos en quienes no somos. Hicimos un pacto, ¿te acuerdas?».

—Pues daos prisa. —Marx soltó una risa cortante—. Está a punto de disparar.

Tenía razón. El competidor había tensado el arco al máximo y tenía los músculos marcados. De un momento a otro soltaría la flecha.

—No me importa robarle el ciervo —dije con voz acerada—, pero no lo vamos a matar.

«Puedo intentar bloquearle los músculos —transmitió Thatcher —. Inmovilizarlo para que no pueda lanzar la flecha».

—Adelante —susurré.

Observé a Thatcher mientras trabajaba, aunque no había nada que ver. Ni movimientos llamativos ni efectos luminosos, tan solo una intensa concentración mientras utilizaba unos sentidos que ya no deberían existir.

El cambio fue instantáneo.

La cuerda del arco del competidor se aflojó.

—Vamos —gruñó Thatcher con la frente perlada de sudor—. No puedo retenerlo mucho tiempo.

Ya me había puesto en marcha, con Marx al lado, y nos dirigíamos hacia el ciervo a toda velocidad. El animal levantó la cabeza al oírnos, y sus cuernos de cristal emitieron un ligero tintineo. Durante un momento se limitó a mirarnos.

Luego echó a correr.

—¡Mierda! —Aceleré el paso; las piernas me ardían mientras intentaba igualar su velocidad.

Marx se llevó la mano al cinto, sacó un cuchillo reluciente y lo lanzó.

Alcanzó al ciervo en la grupa.

Se oyó un grito, un sonido que ningún ciervo debería emitir: agudo, lastimero y casi rabioso. La sangre dorada salpicó la hierba mientras avanzaba a trompicones, y el cristal de las astas campanilleó al golpear el suelo.

Llegué la primera; la espada de luz estelar ya se formaba en mi mano. El ciervo me miró.

—Lo siento —susurré, y le clavé la hoja hasta el fondo.

El animal se convulsionó una vez, dos, y luego quedó inmóvil. Las astas se apagaron, se agrietaron y cayeron.

—Es tuyo —le dije a Marx—. Tú eres la que lo ha alcanzado.

—No me lo digas dos veces —respondió mientras se guardaba las astas en la mochila.

Va uno. Quedan dos.

Miré atrás y vi que Thatcher liberaba al competidor, que se derrumbó de rodillas, jadeante y tembloroso al recuperar el control. Nos miró: a mí junto al ciervo muerto, a Marx limpiando el cuchillo, a Thatcher tambaleándose.

La comprensión se reflejó en sus ojos. Podríamos haberlo matado y habíamos optado por otra vía.

Nos lo reconoció con un movimiento de cabeza.

—Bueno —dijo Marx empujando al ciervo muerto con la bota—, ¿qué viene ahora en nuestra mística búsqueda del tesoro?

Sonó un cuerno.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. A mi lado, Thatcher se quedó rígido. Hasta Marx dejó de fingir indiferencia y palideció.

—¿Ha terminado? —susurró—. No. Aún es pronto. No hemos…

Una voz retumbó en el bosque. No eran los tonos melosos de Davina, sino los graves y atronadores de un hombre. Thorne.

—Se acabó el tiempo. El bosque ha cambiado y estáis marcados como presas. Corred como corre el ciervo. Escondeos como se esconde la liebre. Las armas no os salvarán, pero os pueden ser útiles.

«¿Qué cojones significa eso?». El pánico se apoderó de la mente de Thatcher.

No llegué a responder.

Un dolor insoportable estalló en mi cuero cabelludo. Era como tenerlo al rojo vivo, sin margen para nada más. Me llevé las manos a

la cabeza y grité mientras la corona de metal cobraba vida. La plata no solo estaba caliente; se movía, fluía como el mercurio y cambiaba de forma, con mi cráneo como molde.

Caí de rodillas, arañando en vano el metal transformado en fuego líquido. Algo húmedo y cálido me corría por la cara: sangre, mucha sangre. La corona volvía a cobrar forma.

Algo estalló y me atravesó las sienes.

Era el mayor dolor que había experimentado en mi vida. Los huesos se partían como ramitas. La piel se rasgaba con estremecedores sonidos viscosos. Y las notaba crecer a través de esas heridas.

Podía sentir cada grieta, cada ramificación, cada momento en que se engrosaban y se extendían.

Astas.

Su peso era abrumador. Los músculos de mi cuello protestaban tratando de soportar aquellas nuevas prolongaciones de metal y hueso.

—¡Thais! —La voz de Thatcher, quebrada por su propio dolor.

Hice un esfuerzo para abrir los ojos y lo vi encorvado, apretándose las sienes con las manos mientras se le remodelaba la corona. Del cráneo le brotaban unos gruesos cuernos de carnero que se curvaban hacia atrás en arcos brutales.

A Marx no le iba mejor. Se mantenía en pie gracias a lo que sin duda era pura fuerza de voluntad, pero se tocaba con manos temblorosas los nuevos apéndices: unos cuernos plateados como los míos.

—Esto no me gusta —dijo, y la neutralidad de la frase habría sido graciosa si no estuviéramos todos sangrando, transformados y

aterrorizados—. Esto no me gusta nada.

El suelo empezó a temblar.

Era rítmico. Como pisadas de unos pies del tamaño de casas.

Una silueta plateada descendió en picado desde el cielo: el águila que habíamos intentado cazar, surcando la niebla con sus alas. Pero, en vez de aterrizar, se lanzó contra el cadáver del ciervo, que se convulsionó, se retorció, se transformó. El pelaje dorado se onduló mientras del cadáver brotaban plumas plateadas. Unas alas le salieron de los costados entre chorros de sangre dorada. Y entonces creció. Y creció.

Las patas del ciervo se estiraron y se desfiguraron; las pezuñas se le partieron en garras que abrieron profundos surcos en la tierra. El cuello se hizo más largo y grueso, y unas escamas metálicas sustituyeron al pelo mientras la cabeza del águila se fundía con su cráneo. El resultado fue el pico de una rapaz bordeado de dientes planos y afilados, y unos ojos que ardían con fuego ambarino.

La abominación se levantó y agitó unas alas que medirían diez pasos.

—Tenemos que largarnos —susurré.

El competidor cuya vida habíamos perdonado salió de entre los árboles. También tenía unos cuernos metálicos que se curvaban desde las sienes, y el pelo oscuro apelmazado por la sangre. No había salido corriendo; se había quedado a mirar, quién sabe si para echar una mano, o quizá el estupor le impedía moverse.

Levantó el arco con manos temblorosas.

La flecha salió volando certera, un disparo perfecto que habría derribado a cualquier bestia mortal. Alcanzó el ojo de la abominación justo en el centro y se hundió en el fuego ambarino.

Y se disolvió.

El competidor se quedó con el rostro en blanco mientras la bestia le dirigía toda su atención. Pero no huyó; alrededor de sus manos comenzó a acumularse escarcha, y de las palmas le brotó hielo en púas afiladas que se lanzaron rugiendo hacia la monstruosidad.

La criatura se tambaleó invadida por el frío. Sus alas quedaron cubiertas de escarcha que las lastraba. Se le formaban cristales de hielo en las articulaciones de las patas.

El hombre, cuyo aliento formaba nubes en el aire, aprovechó la ventaja. El hielo se extendió desde sus pies formando fractales. Por encima de él se materializaron enormes lanzas heladas que, a continuación, salieron disparadas hacia delante.

La abominación volvió a gritar.

—Puede que consiga… —comenzó Thatcher.

El competidor se quedó paralizado en mitad del lanzamiento.

Se llevó las manos al cuello, con los ojos como platos.

Su piel se cuarteó y se desprendió como si fuera pintura vieja. Debajo había algo oscuro. Madera.

Le brotó un tronco de la boca, con tal violencia que sus dientes se disgregaron como perlas rotas. Le salieron más ramas de las orejas, de la nariz, de las cuencas oculares. Crecían hacia el cielo, como desesperadas por encontrar luz.

Dejó de gritar cuando la madera le llenó la garganta desde dentro.

En pocos segundos, donde antes había una persona solo quedaba un árbol. Joven y sano, alimentado por la sangre de su nacimiento.

—Davina —susurró Marx, y en su voz oí algo que jamás me habría esperado: miedo—. Ya no somos los cazadores. Somos…

La abominación volvió aquellos ojos ardientes hacia nosotros.

—Somos las presas —concluí mientras me levantaba.

—Corred —dijo Thatcher.

Corrimos.

A nuestra espalda, el grito de la criatura engulló todo el silencio.

CAPÍTULO 21
LOS CAZADOS

Las alas de la abominación azotaban el aire sobre nosotros; cada aleteo derribaba árboles como si fueran palillos. Cuando salté para pasar por encima de una raíz, mis nuevas astas se engancharon en una rama y casi me partí el cuello. El dolor me hizo ver las estrellas. El peso de las astas… Dioses, amenazaba con hacerme caer de rodillas a cada paso que daba.

—¡Por aquí! —me llegó el grito de Marx por encima de los chillidos de la bestia.

Un tronco enorme se hizo añicos a mi izquierda. Las astillas y la savia dorada me cayeron por la cara y me quemaron la piel allí donde entraron en contacto con ella. Las garras de la bestia, semejantes a espadas, hacían jirones la corteza y la madera como si fueran de papel.

—¡Más deprisa! —grité con los pulmones ardiendo.

Pasamos sobre un tronco caído. Oímos detrás de nosotros otro golpe que hizo temblar la tierra: la bestia había aterrizado en el punto exacto que yo ocupaba un instante antes.

El suelo se sacudió una vez, y otra. Nos perseguía por tierra, y cada paso que daba hacía vibrar la superficie del bosque.

Atisbé un movimiento fugaz entre los árboles. Alguien corría en paralelo a nosotros. El mismo caminar tambaleante que había oído cuando llegué a la espesura.

Frente a nosotros se abría una garganta de unos dos pasos de ancho, por cuyo fondo corrían aguas negras. Marx no se lo pensó: saltó la brecha con el espíritu de quien lleva toda su vida escapando de la muerte. Cayó con fuerza al otro lado de la grieta, y el impacto la hizo rodar por el suelo.

Thatcher la siguió. Sus largas piernas lo ayudaron a saltar, pese a que los cuernos lo desequilibraban.

Yo retrocedí tres pasos, tomé carrerilla y…

Las hojas húmedas del otro lado de la grieta me traicionaron, y resbalé. Por un terrible instante me precipité hacia las aguas negras; las astas me arrastraban hacia el fondo como anclas. Entonces, la mano de Thatcher se cerró sobre mi muñeca. Con el rostro deformado por el esfuerzo, tiró de mí hasta depositarme en suelo firme.

—Tranquila, te ayudo —jadeó—. Como siempre.

El pico de la abominación se asomó al borde de la garganta. Desde un lado y otro de la grieta nos miramos, depredador y presas unidos en un momento de terrible comprensión mutua.

Enseguida extendió las enormes alas y saltó.

—¡Moveos! —El grito de Marx nos arrancó de la parálisis.

Nos adentramos más en el bosque y corrimos hacia el oeste para alejarnos del sonido del río, adentrándonos en una espesura tal que los troncos de los árboles se besaban. Los tres picos eran invisibles

bajo el dosel de hojas; no teníamos nada que nos guiase, salvo la necesidad de huir. Allí la bestia no podría seguirnos; tenía demasiada envergadura, demasiado volumen para aquellos espacios angostos.

Pero la oía volar en círculos sobre nuestras cabezas, gritando de rabia y frustración. Una garra penetró las copas de los árboles y trató de aferrar la presa que percibía, pero que no veía. Nos pegamos a los troncos y contuvimos la respiración mientras la muerte acechaba a poca distancia.

Por fin se hizo un bendito silencio. Los gritos de la bestia se volvieron cada vez más débiles, hasta desaparecer por completo.

Nos tumbamos a descansar en la hondonada que formaba la unión de tres arboles gigantescos. Ya no se oía el río; había dado paso al silencio inquietante de las profundidades del bosque. Sin los picos ni el sol que nos guiasen, y con la oscuridad en aumento, no tenía ni idea de hacia dónde debíamos ir.

«Maldición».

Todos los músculos de mi cuerpo suplicaban misericordia.

—Vaya. —Marx se limpió la sangre de la sien, donde los cuernos le habían abierto nuevas heridas—. Eso ha sido muy estimulante.

Thatcher se desplomó a mi lado; respiraba con dificultad.

—¿Aquí estamos a salvo?

—Por ahora. —Me toqué el cuero cabelludo con cuidado y di un respingo al notar la humedad—. Pero, ahí fuera, esas cosas siguen de caza, y está cayendo la noche.

El cansancio se reflejaba a ambos lados de nuestro vínculo. Pero también se percibía una nota de desesperación.

—No podemos luchar contra ellos —dijo Thatcher en voz baja—. ¿Visteis lo que le pasó a aquel competidor?

Tenía la imagen grabada en los párpados: las ramas que le brotaban de la boca, las manos desesperadas que se arañaban la cara mientras la corteza lo consumía desde el interior.

—Usó sus habilidades y se convirtió en árbol —afirmó Marx—. Así que los poderes quedan descartados.

—Y las armas tampoco funcionan. —Las flechas del soldado se habían disuelto en contacto con la bestia—. Entonces ¿qué hacemos? ¿Cómo sobrevivimos hasta el amanecer?

—Espera. —A juzgar por su voz, Thatcher había tenido una idea repentina—. Pensad en lo que dijo Davina sobre el orden natural. Eso de que cada cosa debe cumplir su propósito. —La comprensión súbita le hizo abrir mucho los ojos—. Ya no somos los cazadores —siguió—. En cuanto las coronas se transformaron, nos convertimos en otra cosa.

—En presas —jadeó Marx, llevándose la mano a los cuernos.

—Exacto. Davina nos obliga a adaptarnos al equilibrio de la naturaleza —explicó Thatcher—. Las presas huyen. Se esconden. Para sobrevivir tienen que ser más inteligentes, más rápidas, más astutas que los cazadores.

—Así que no podemos contraatacar. —Me sentí abrumada por la gravedad de nuestra situación—. Por eso se disuelven las armas. Por eso quien usa sus poderes se convierte en árbol. Las presas no atacan: se adaptan.

Thatcher inspiró hondo.

—Pero hay una cosa que me preocupa —insistí—. Todo este Juicio parece cosa de Davina. La caza, la transformación, el orden natural… son obra suya. Así que ¿qué pasa con Thorne?

Marx permaneció unos momentos en silencio.

—Puede que no estemos enfocando bien este asunto.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Pero, si este Juicio lo supervisan entre los dos, seguro que no todo será correr y esconderse.

El silencio se abatió sobre nuestro refugio. Fuera, los ruidos del bosque se habían detenido: ni cantos de pájaros ni animales que se arrastrasen.

Unos pasos quebraron el silencio.

Alguien se acercaba a nuestro escondrijo; trataba de avanzar con sigilo, aunque sin demasiado éxito.

Saqué un cuchillo de la mochila. El peso me ayudó a tranquilizarme.

Los pasos se detuvieron muy cerca.

—Sé que estáis ahí —anunció una voz masculina, joven y nerviosa—. No vengo a pelear. Es que… necesito ayuda.

Una espada se materializó en la mano de Marx. Por nuestro vínculo, sentí que Thatcher se preparaba para saltar.

—Déjate ver —ordené.

Hubo un fulgor en el aire, y se materializó una figura: un hombre joven, quizá un año menor que nosotros, con un pelo castaño que el sudor le pegaba a la frente. Alzó las manos vacías. Al recolocar parte del peso que descansaba en su pie izquierdo, se estremeció un poco.

Su cara me sonaba.

—Estoy solo y no soy un peligro —dijo—. No nos conocemos, pero os he estado observando a los tres. Me llamo Kyren.

—¿Por qué íbamos a fiarnos de ti? —El arma de Marx no se desvió.

—Porque, sin aliados, esas cosas me matarán.

Thatcher lo estudió con la máxima atención.

—¿Qué poder tienes?

—Ilusiones. Puedo camuflarnos a todos. Aunque la bestia seguirá captando nuestro olor.

—Si usas tu poder, morirás —avisó Thatcher con seriedad.

—Acabo de usarlo ahí fuera. —Kyren frunció el ceño—. Y sigo con vida.

Sopesamos la nueva información sumidos en un asombrado silencio.

—Es defensivo. —El rostro de Thatcher se iluminó al comprender lo que ocurría—. Solo los poderes ofensivos activan el castigo.

Marx hizo un gesto de exasperación.

—Claro, cómo no.

—¿Puedes correr? —Estudié el pie vendado; me había fijado en que apoyaba el peso en el lado derecho—. Correr de verdad. Si te derrumbas, no servirá de nada que vengas con nosotros.

Kyren apretó los dientes.

—Puedo correr. —Probó a apoyar el peso en el pie herido y contuvo un respingo a duras penas—. No le va a sentar bien, pero podré seguiros el paso.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Thatcher.

—Pisé una trampa a los pocos minutos de empezar. —Kyren sacudió la cabeza—. Estaba tan concentrado en el cielo, tratando de localizar las águilas, que me olvidé de mirar el suelo. Era un alambre. Me pilló el tobillo y me cortó el cuero de la bota. —Se señaló el pie—. Conseguí soltarme, pero el daño ya estaba hecho.

—Podría haber sido mucho peor —señaló Marx.

—Eso es lo que me digo. Un poco más y habría perdido el pie. Mi

madre siempre me decía que tenía una suerte muy cabrona: lo bastante mala para meterme en líos y lo bastante buena para sobrevivir a ellos.

Thatcher y yo cruzamos una mirada.

«Nos va a frenar».

«Tal vez. Pero ha sobrevivido hasta ahora, y solo disponía de un pie en condiciones».

—Muéstramelo —pedí por fin.

Kyren dudó y luego apartó la venda de seda. El corte era feo pero limpio: el alambre se había clavado hondo, aunque en línea recta, sin hacer destrozos. Se lo había envuelto con hojas.

—Espino trenzado —explicó al captar la pregunta de mis ojos—. En casa lo usábamos para envolver cosas delicadas. Absorbe la humedad y se mantiene suave. No cura, pero es mejor que nada.

—Y, cuando ya no puedas correr, ¿qué? —insistió Thatcher.

Kyren le sostuvo la mirada.

—Entonces procuraré ser útil de algún modo. No os pido que muráis por mí, solo que me permitáis ayudar mientras todavía soy capaz.

—De acuerdo —decidí—. Mantendremos un ritmo que te permita ser funcional tanto tiempo como sea posible.

—Trato hecho. —Se vendó el pie de nuevo—. Ah, otra cosa —siguió—. Mi liebre lunar se ha transformado en unas piedras de color ámbar.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Piedras?

—Así es.

Abrí mi mochila con manos temblorosas y saqué lo que quedaba

de nuestra caza.

El cadáver de la liebre lunar se había desvanecido y en su lugar había un saquito. Me volqué el contenido en la palma de la mano.

—Resina —jadeé.

Marx comprobó sus cosas y sacó lo que habían sido unas astas de cristal. Solo quedaban unos cristales amarillos.

—Azufre —dijo con voz de asombro.

—Son ingredientes. —Mi mente era un torbellino—. Para una mezcla alquímica.

—El águila —añadió Marx de pronto—. Seguro que llevaba mercurio. Creo que se supone que tenemos que dibujar sellos. —La comprensión llegó seguida de desaliento—. Pero ya no hay águilas. Ahora son todo monstruos.

«Piensa, Thais. Tiene que haber otra forma de salir de aquí».

Entonces recordé el musgo que me había hecho caer y que protegía las redes fúngicas que había debajo. La savia que protegía al árbol.

Los tres ingredientes de una tintura alquímica eran una base metálica líquida, azufre y resina. Teníamos que usarlos, junto con otras cosas que encontráramos en la naturaleza, para dibujar algún sello que nos permitiese evitar a las bestias. Pero solo teníamos dos de las tres cosas.

«Las armas no os salvarán, pero os pueden ser útiles».

Saqué un martillo de la bolsa, una de las herramientas que me encontré dispersas por el bosque al llegar. Vi unas manchas oscuras en su superficie.

Hierro.

Había otra forma de salir de allí.

—¿Y si no necesitamos la tintura? —Las ideas encajaron en mi mente como un rompecabezas—. ¿Y si preparásemos algo distinto?

—¿Como qué? —quiso saber Marx.

—Guardas. —Levanté el martillo—. Las herramientas son de hierro. He visto musgo y savia que podrían servirnos como elementos protectores.

Thatcher abrió mucho los ojos.

—La casa —recordó—. Salía humo de la chimenea.

—Una fragua —comprendí. Pese a las circunstancias, cada vez estaba más emocionada—. Tenemos que volver.

—Pero hace falta sal para crear las guardas —señaló Marx.

—Antes he visto unos depósitos minerales de color blanco —apuntó Kyren—. Quizá sean de sal o la contengan. Podríamos moler el mineral.

Sentí otra oleada de esperanza.

—¿Eres capaz de encontrarlos?

—Estaban por donde el río, no muy lejos del camino.

—Los ingredientes no serán puros —avisó Marx.

—Lo suficiente. —Tenían que serlo.

—¿Sabes crear guardas? —preguntó Kyren con un brillo esperanzado en los ojos.

—Conozco la teoría. Tendrá que valernos, porque es lo único que tenemos.

Nos preparamos, sin olvidarnos de comprobar las armas y los suministros. Al levantarme, las astas se me engancharon en otra raíz y me provocaron una nueva oleada de dolor en el cráneo. Apreté los dientes hasta que se me pasó.

—Vamos a la fragua —decidí—. Recogeremos los ingredientes

por el camino.

Salimos con cuidado, atentos a cualquier bestia al acecho. El bosque transmitía una sensación diferente. El silencio era absoluto, pero no se trataba solo de eso. Había algo maligno.

—Por aquí —señaló Thatcher.

Avanzamos en fila. Las ilusiones de Kyren nos difuminaban la silueta y amortiguaban nuestros pasos. No eran perfectas; aún se podía distinguir aquello en lo que se centrase la mirada. Pero quizá bastase para escondernos de las búsquedas desde el aire.

El bosque cambiaba a nuestro paso; los senderos aparecían y desaparecían como espejismos. Más de una vez llegamos a sitios por donde ya habíamos pasado y tuvimos que buscar una nueva ruta.

—El Juicio se nos opone —observó Marx, muy seria—. Los bosques nos quieren ver muertos.

Mis manos se movían en modo automático, recogían musgo de hylock y savia de ernbrisk según caminábamos. Las ilusiones de Kyren ocultaban nuestro forrajeo, pero, cada vez que una ramita se rompía con un chasquido, todos nos quedábamos inmóviles.

Habíamos recorrido ya una buena distancia desde nuestro escondrijo cuando Kyren se detuvo de repente, con las aletas de la nariz dilatadas.

—Humo.

Yo también lo noté: un olor acre a carbón y a metal recalentado. Lo seguimos hasta que apareció el edificio entre dos gigantescos árboles.

Pero lo que se elevaba en la distancia me dejó sin aliento.

Una columna de luz dorada se alzaba hacia el cielo desde la línea de los árboles, brillante como una baliza contra el cielo oscurecido.

Se encontraba al este, más allá del cauce del río; a la carrera se tardaría media hora bosque a través, si no más. Estaba en el extremo opuesto de nuestra posición.

—Allí es adonde tenemos que ir —jadeé—. Tiene que ser eso.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Marx.

—¿Y qué otra cosa podría ser? —La esperanza se filtró en la voz de Thatcher, aunque parecía un poco fuera de lugar. La luz se elevaba desde una distancia imposible, al otro lado del bosque.

—Primero vamos a entrar —decidí—. Hacemos las guardas, y luego ya corremos hacia esa luz.

Pero, cuando nos aproximábamos, un sonido me heló la sangre en las venas.

Un gruñido grave y retumbante. Muy cerca. Demasiado.

Me giré al instante e inspeccioné las sombras. Allí estaban: un par de ojos rojos que nos vigilaban desde la maleza. Y luego otro par, y otro, y otro.

Las liebres lunares nos habían encontrado. Ya no eran los animales inofensivos que habíamos cazado. Se habían hecho grandes como lobos, con el pelaje plateado manchado de sangre, y en sus ojos brillaba una inteligencia antinatural. A cada instante que pasaba llegaban más.

—Vamos adentro ahora mismo.

Corrimos hacia la puerta cerrada. Thatcher la golpeó con el hombro con la fuerza que le daba la desesperación. Las bisagras de hierro crujieron, aguantaron un momento y luego cedieron con un crujido. Entramos como pudimos.

Cerré de un portazo en el momento en que atacaba la primera liebre. Las garras arañaron la madera; la manada rodeó el edificio en

busca de otra entrada.

A salvo, por el momento.

La fragua sobrepasó mis expectativas. Era una instalación alquímica en condiciones, con crisoles, alambiques, molinillos y básculas. Alguien había trabajado allí hacía poco. El fuego aún ardía con fuerza y las herramientas estaban cálidas al tacto.

Al levantar la vista vi una ondulación en el aire. Un portal de visualización.

—Kyren, muele la sal —ordené mientras me ponía manos a la obra—. Marx, ponte a clasificar los musgos y la savia. Thatcher…

—Lo sé. —Se dirigió al banco de trabajo—. Voy a limar el hierro.

—¿Cuánto vamos a tardar? —La tensión de la voz de Kyren era palpable.

—No mucho —mentí. Solo había hecho una guarda antes, y en condiciones óptimas. En aquel momento iba a improvisar a la desesperada.

Pero tenía las lecciones de Xül grabadas a fuego en la memoria. Proporciones. Procesos. Cómo fluía la energía mágica a través de los materiales. La memoria muscular tomó el control y mis manos se movieron con creciente confianza.

Cuatro partes de hierro por una de sal. Savia de ernbrisk. Musgo de hylock.

Calor.

La mezcla brillaba a medida que aumentaba la intensidad del fuego. Verde oscuro, luego amarillo limón.

—Está funcionando —jadeó Marx, asomada por encima de mi hombro.

El contenido del crisol no tenía el mismo aspecto que cuando lo

hice con Xül. Era más basto, menos refinado, pero servía. «Dioses». Tal vez sobreviviéramos, después de todo.

Solo faltaba el aglutinante.

Marx dio un paso al frente sin vacilar y se trazó un surco en la palma con el puñal. La sangre, cálida y brillante, llenó el frasquito.

En cuanto su sangre entró en contacto con la mezcla que se enfriaba, brotó una luz, un intenso azul resplandor que tiñó toda la fragua de azul.

Luego, al ver que Thatcher daba un paso al frente, el pánico atravesó nuestro vínculo. Mi pánico. La comprensión se abrió paso casi como un golpe físico. Levanté la vista hacia el portal de visualización.

«Los aesymar nos están mirando. —Sujeté la muñeca de Thatcher con tanta fuerza como para hacerle un moratón—. No podemos. La sangre nos traicionará y todos se darán cuenta».

Señalé hacia arriba con una breve sacudida de cabeza, en dirección a las ondulaciones de la realidad que había sobre nosotros.

Thatcher abrió mucho los ojos.

Habíamos llegado demasiado lejos para detenernos. Los ojos divinos nos observaban, esperaban que nos vinculásemos a aquellas guardas.

«Piensa, Thais. Piensa».

—Marx —susurré. Tiré de ella para sacarla del campo de visión del portal—. Necesito que pongas tu sangre en vez de la mía.

Me miró como si me hubiera vuelto loca.

—Entonces, el talismán no se vinculará contigo.

—Lo sé —respondí, poco más que un susurro—. Confía en mí. Ahora no puedo explicártelo.

Estudió mi rostro unos instantes y archivó las preguntas para más tarde. Por fin, asintió.

—Seguiremos juntos —susurró—. Si las guardas no se vinculan a vosotros, os cubriremos con las nuestras.

—Gracias.

Extrajo de nuevo el puñal y llenó un frasco vacío. Cogí el cuchillo y regresé hasta las guardas que se enfriaban; me interpuse para ocultar el engaño y le pasé el frasco a Thatcher. Las dos guardas emitieron un fogonazo azul y luego se asentaron en su habitual resplandor protector.

Kyren derramó su sangre en la última guarda, y pronto todos llevábamos talismanes que latían con una luz color zafiro.

—Se ha hecho de noche —hizo notar Thatcher tras mirar por la ventana.

La oscuridad se había tragado los últimos vestigios de luz diurna y proyectaba sombras y angustia sobre el mundo. Con ella llegó un nuevo sonido, algo a cuyo lado las liebres parecían animales domésticos.

Un rugido se abrió paso en el bosque, profundo y salvaje, perverso. Otro le respondió, y luego otro, hasta que aquellas voces de pesadilla se oyeron por todo el bosque.

Kyren acercó la cara a la ventana.

—La luz sigue ahí.

La baliza dorada horadaba el cielo, firme y brillante.

Todos me miraron a la espera de que anunciara el siguiente movimiento, la siguiente decisión, el camino que debíamos seguir. Como siempre. Como había hecho Thatcher toda la vida. La responsabilidad de sus vidas me estrujó el pecho hasta asfixiarme, y

respirar se convirtió en un ejercicio de voluntad. En aquel momento habría deseado que otra persona se pusiera al frente, que me quitase de encima aquella carga. Habitar un espacio en el que las elecciones, las consecuencias, no dependieran tan solo de mi buen juicio.

Pero nadie tomó las riendas. Eso no pasaba jamás. Así que me erguí y, ocultando el cansancio tras una fachada de determinación, como había hecho toda la vida, señalé la baliza.

—Nos vamos ya —decidí—. Juntos.

Abrí la puerta y salimos al caos.

El bosque que nos rodeaba explotó de actividad. De las sombras brotó un torrente de seres con demasiadas patas y ojos relucientes como ascuas. Masas de movimientos sinuosos, dedos que se extendían para atraparnos. Las bestias voladoras se abalanzaban sobre nosotros entre graznidos.

Corrimos hacia la luz. Al este, siempre al este, con la baliza como única guía. Al dejar atrás las estribaciones de las colinas, el terreno descendía y se adentraba en una llanura cubierta de un espeso bosque. Diez minutos de carrera desenfrenada. Veinte. Me ardían las piernas, y la baliza seguía viéndose a una distancia imposible.

Las guardas parecían funcionar; el resplandor azul hacía retroceder a las bestias.

Pero no por ello dejaban de perseguirnos para darnos caza.

Seguían tratando de rodearnos. Se sumaban más y más a cada instante.

—No os persiguen a vosotros —observé horrorizada—, sino a nosotros.

—Nuestras guardas no os protegen —comprendió Marx,

desesperada—. Mierda.

Los seres cada vez se volvían más osados y se acercaban más.

—Tenemos que separarnos. —Capté la resignación de Thatcher a través de nuestro vínculo.

—No —protestó Kyren—. Seguiremos juntos.

Una bestia enorme apareció de repente entre la espesura; era parecida a un oso, pero extraña, como si en vez de pelo tuviera espinas. Lanzó un zarpazo a Marx, pero las garras se detuvieron a poca distancia de su piel, repelidas por la luz de la guarda.

Entonces giró sus ojos ardientes hacia mí.

—Marchaos. —Cogí a Thatcher de la mano—. Corred hacia la luz y no miréis atrás.

—Thais… —quiso oponerse Marx.

—¡Marchaos!

Nos desviamos del camino. Marx y Kyren corrieron hacia la baliza. La manada nos siguió a nosotros.

—Por aquí. —Thatcher, con la respiración entrecortada, tiró de mí para que nos adentrásemos en la oscuridad.

Las ramas me arañaron la cara hasta hacerme sangrar. Algo enorme nos seguía a través de los matorrales, tan cerca que sentía su aliento en la nuca. Me agaché, y las garras silbaron en el espacio que ocupaba mi cabeza un instante atrás y arrancaron un trozo de corteza de árbol.

El suelo descendió de repente. Bajamos el terraplén, medio cayendo y medio deslizándonos, y las piedras nos rasgaron la ropa. La bestia saltó para seguirnos y su masa chocó con el suelo muy cerca de las piernas de Thatcher.

Tan deprisa como pudimos, nos pusimos en pie y corrimos por

un laberinto de raíces. Las astas se me enganchaban en las enredaderas que colgaban a baja altura. Las liberé, aunque me dejé allí varios mechones de pelo. La manada se dividió con intención de flanquearnos. Unos ojos brillantes aparecieron a nuestra izquierda. Aparté a Thatcher de un tirón justo a tiempo, y unas mandíbulas chasquearon en el aire vacío.

Un tronco caído nos cortaba el paso. Lo libramos de un salto, pero aterricé mal; el tobillo se me enganchó en un trozo de metal mellado y se torció con violencia. El borde oxidado rajó los pantalones de cuero y me hizo un corte profundo en la pantorrilla.

Sentí un estallido de dolor en la pierna. Trastabillé y casi me caí, pero Thatcher me cogió del codo y me sostuvo.

—Estás herida…

—¡No podemos parar!

La sangre me empapaba la bota a cada paso desesperado que daba, y el chapoteo era cada vez más audible. Algo con demasiadas patas se dejó caer desde las copas de los árboles. Thatcher me empujó a un lado, y el aguijón apuñaló el suelo donde yo había estado. Aquel movimiento repentino me provocó una oleada de dolor ardiente en la pantorrilla; me mordí el labio para no gritar y noté un sabor metálico en la boca.

La bestia chilló y liberó el aguijón para atacar de nuevo.

Atravesamos unos espinos que nos hicieron jirones la ropa. No tenía sensibilidad en la pierna izquierda por debajo de la rodilla, y perdía el equilibrio a cada paso que daba.

Unas rocas aparecieron frente a nosotros y nos cortaron la salida. Nos volvimos para buscar una ruta alternativa, pero las bestias ya nos habían rodeado. Había dado la vuelta demasiado

deprisa y me tambaleé, mareada. No me caí porque Thatcher me sostuvo del brazo con fuerza.

—¿Thais? —Oía la voz de Thatcher lejana, amortiguada, como si me hablara desde debajo del agua.

Nos rodeaban, cada vez más cerca. ¿Por qué había dos seres de cada? No… Me costaba enfocar y empezaba a ver doble.

Primero cedió la pierna sana; los músculos se negaron a aguantar mi peso ni un instante más. Caí sobre una rodilla y me apreté la pantorrilla con las manos. Algo húmedo me fluía bajo las palmas: sangre, muchísima sangre. Los bordes de mi campo visual se tornaron grises y luego negros, y se fueron cerrando como una cortina.

—No puedo… —farfullé. Sentía la lengua torpe e hinchada. El frío se extendió desde mis extremidades hacia el interior de mi cuerpo, aquella sensación gélida que acompañaba a la conmoción y helaba los huesos.

El animal de mayor tamaño se adelantó; aquella especie de oso con la piel erizada de diminutos puñales. Abrió una boca repleta de dientes afilados como navajas y supe que aquel era nuestro fin.

—Lo siento, Thatcher. —Se me quebró la voz.

—Yo también. —Nos abrazamos mientras la muerte se aproximaba.

La bestia me hundió el hocico en el pelo, rozando el asta. Luego lo bajó, y a su paso dejó el rastro cálido del aliento y un reguero de mocos en la camisa. Me costaba mantenerme erguida y se me caía la cabeza hacia atrás.

Hasta que llegó a la cadera.

Un gruñido le brotó de la garganta… ¿O era que me zumbaban

los oídos? En aquel momento, todo sonaba como el oleaje del océano.

La bestia abrió los ojos ardientes y retrocedió agitando las narinas. Se le escapó un quejido lastimero y confuso.

Se acercó otra bestia, una masa de zarcillos y espinas que se retorcían. Pero también se detuvo en seco y a continuación retrocedió como si se hubiera quemado. Sus siluetas se convirtieron en borrones de colores y sombras.

Uno tras otro, aquellos seres se apartaban.

—¿Qué…? —La voz de Thatcher denotaba pánico. Vi su rostro sobre el mío. ¿Cuándo me había caído?—. ¡Thais! Tu pierna… Dioses, hay tanta…

Pero la negrura se cerró sobre mí y sus palabras se disolvieron en la niebla.

CAPÍTULO 22
PÉRDIDA DE SANGRE

Recuperé la consciencia a retazos: el roce de la seda contra la piel, el aroma intenso de cítricos y madera oscura, el dolor que me llegaba a los huesos y me decía que había estado demasiado cerca de la muerte.

Sentía la cabeza como si alguien me hubiera estampado contra ella un martillo de guerra y luego hubiese decidido que no pasaba nada por atizar unos cuantos golpes más. Cuando por fin me atreví a abrir los ojos, el mundo me dio vueltas y se inclinó como un barco en una tormenta.

Poco a poco logré enfocar la vista en lo que me rodeaba: mis estancias en la Aguja de Hueso, con su oscura elegancia y la omnipresente visión del mar negro al otro lado de los ventanales. Pero algo había cambiado.

—No te muevas —me llegó la voz de Xül desde algún lugar de la estancia—. Has perdido mucha sangre.

Aunque todavía veía borroso, me di cuenta de que estaba sentado en un sillón que debía de haber transportado desde su

habitación, con un tobillo cruzado sobre la otra pierna en un gesto de perezosa elegancia y sosteniendo un libro entre los largos dedos. La luz de la chimenea pintaba de oro cálido su piel bronceada. Llevaba las trenzas sueltas, y las cuentas y anillos relucían.

—¿Qué haces en mi habitación? —grazné.

—Alguien tenía que asegurarse de que no te murieses mientras dormías. —Pasó una página sin levantar la vista—. Llevas dos días inconsciente.

Los recuerdos volvieron a mí en oleadas. El Juicio. Las bestias. La baliza. Me llevé la mano a la frente y vi que unos gruesos paños tapaban los lugares de donde habían brotado las astas de metal. El tobillo me latía como si fuera otro corazón, y me lo habían envuelto en un vendaje tan prieto que casi me cortaba la circulación.

—Thatcher —acerté a decir mientras trataba de incorporarme.

—Vivo. En Bellarium. Recuperándose de su propia colección de agujeros. —Seguía sin levantar la vista del libro—. Te arrastró hasta la baliza. Fue muy heroico.

Me sentí tan aliviada que casi sollocé.

—¿Cuántos hemos sobrevivido?

—Veinticinco. —Habló sin mostrar ninguna emoción—. De treinta y siete. Un buen baño de sangre.

Veinticinco. Dioses. Doce personas habían muerto en aquel bosque. Y yo había matado a una de ellas.

Me preguntaba cómo reaccionaría la primera vez que le arrebatase la vida a alguien; qué me empujaría a ello y si me sentiría culpable o encontraría un modo de justificarlo. La verdad, al final, resultaba ser mucho más complicada de lo que me había imaginado.

Era una persona. Alguien que, antes de aquella pesadilla, tenía una vida. El Juicio lo había atrapado del mismo modo que a mí; voluntarios o no, en realidad ninguno de nosotros había escogido aquel horror. En otro mundo, quizá habríamos sido aliados, nos habríamos ayudado mutuamente a sobrevivir.

Pero, en aquel mundo, él había escogido. En vez de competir, decidió matar a Marx, aunque el Juicio no lo exigía. Se podría haber centrado en la caza; podría haber hecho un montón de cosas sin necesidad de matar a alguien que jamás lo había amenazado. Pero no; la había mirado y había decidido que era un obstáculo que podía quitarse de en medio.

Así que yo, a mi vez, escogí. El cuchillo salió de mi mano antes de que tuviese tiempo de sopesar mi elección; una reacción producto del instinto, la desesperación y la certeza absoluta de que, si estaba en mi poder impedirlo, no la podía dejar morir.

No lamentaba haberla salvado. Y eso implicaba que tampoco lamentaba haberlo matado, y que tendría que encontrar una forma de vivir con ello.

—¿Y Marx? —Me dolía la garganta como si hubiera tragado cristales.

—Ha sobrevivido. Y el chaval también. —Cerró el libro con un golpe apagado—. Vuestra pequeña alianza os vino muy bien.

Intenté bajar las piernas de la cama, pero al momento Xül se plantó a mi lado, me puso las manos en los hombros y me empujó para que me reclinase de nuevo.

—Te he dicho que no te muevas. —Por su voz, no iba a aceptar ninguna discusión al respecto—. Tienes una herida bastante fea en esa pierna. Si te mueves demasiado pronto, vas a provocarte daños

permanentes.

—¿Quién me ha cambiado de ropa?

No habría parecido más arrogante aunque lo hubiera intentado.

—¿Tú qué crees?

Enrojecí sin poder evitarlo.

—Tú…

—Tranquila. He sido un perfecto caballero. —Le brillaron los ojos —. Y me he tomado mi tiempo.

Tiré de la manta para taparme más, lo que solo aumentó su diversión.

—No comprendo cómo hemos podido sobrevivir —me apresuré a decir, desesperada por cambiar de tema—. Aquellas bestias nos tenían rodeados. Iban a matarnos y, de pronto…, se detuvieron.

La sonrisa de Xül se hizo más intensa. Se acercó a la ropa que llevaba yo durante el Juicio, tirada en el suelo, convertida en un montón de andrajos ensangrentados. Sin pensárselo, cogió los pantalones de cuero y metió la mano en el bolsillo de atrás.

Cuando la sacó, sostenía entre los dedos una pequeña moneda de oro que relucía a la luz de las llamas.

La guarda de evasión. La que habíamos hecho una semana antes. Y que yo no había visto desde…

—Tú —jadeé.

—Yo —respondió con una mueca maliciosa.

Sentí un fogonazo de calor al recordar… las manos en mi cintura, antes del Juicio, el cuerpo contra el mío, aquel contacto deliberado.

—Me agarraste del culo —lo acusé con los ojos entornados.

—Prefiero verlo como una colocación estratégica. —Se le escapó una carcajada—. Aunque no voy a negar que disfruté del proceso.

—Eres… —farfullé, dividida entre la gratitud y la mortificación—. ¡Podrías habérmelo dicho!

—Pero no habría sido tan divertido. —Lanzó la moneda al aire y la atrapó con una facilidad antinatural.

—Ah, ya veo. Así que merecía la pena que pasara por una experiencia cercana a la muerte para que ahora pudieras demostrarme tu astucia —repliqué—. Qué noble por tu parte.

La irritación asomó un instante a sus rasgos, pero enseguida la disimuló.

—Has sobrevivido, ¿verdad?

—Por los pelos. Pero supongo que con eso basta para que tus grandes planes sigan adelante.

—El poder se había ido desvaneciendo con el paso de los días —dijo mientras examinaba la moneda. Me di cuenta de que no había negado mi acusación—. Pero seguía siendo bastante fuerte para detener a las bestias cuando se acercaban lo suficiente. Y para que tu hermano tuviera tiempo de sacarte de allí, al menos. Parece que tu vínculo con el amuleto también protegió a Thatcher.

—¿Cuánto tiempo estuve sangrando? —quise saber, consciente de pronto de lo débil que me sentía.

—Demasiado —dijo entre dientes—. Unos minutos más y no habrías despertado.

El peso de esa afirmación me abrumó. Había estado muy cerca de morir. Si Xül no me hubiera metido la guarda en el bolsillo…

—Gracias —dije con voz queda y ronca.

Xül arqueó las cejas.

—No te me pongas sentimental ahora, estrellita. Tengo una reputación que mantener.

—Ah, claro. No se puede permitir que nadie piense que el príncipe de Draknavor tiene corazón.

—Eso es.

Me agité en la cama para tratar de encontrar una posición en la que no me doliera la pantorrilla. El movimiento hizo que la cabeza me diera vueltas de nuevo. Me aferré a las sábanas para no caerme.

—¿Es muy grave? —pregunté, con un gesto en dirección a la pierna vendada.

—Vivirás. —Se acercó al borde de la cama—. Miria vendrá más tarde para curarte como es debido. Ha estado ocupada con otros competidores heridos; había varios que requerían cuidados inmediatos. De lo contrario, ya estaría aquí.

Asentí, aunque todo me parecía frágil y lejano.

—¿Por qué te has quedado en la habitación?

—Porque quería vigilarte en persona. —Se cruzó de brazos—. Los sirvientes son idiotas bienintencionados que dejarían desangrarse a mi inversión mientras discuten si deben interrumpirme o no.

—Tu inversión.

—No puedo dejar que mueras antes de que hayas cumplido tu propósito. —Pero sus ojos sugerían que las auténticas razones no eran tan asépticas—. Cuando acabe todo esto, vamos a montar un buen espectáculo.

—Se te ve muy complacido.

—Me complace que hayas sobrevivido. —Volvió al sillón y me estudió con aquellos ojos inquietantes—. Y en especial me complace tu rendimiento. Aquel lanzamiento de cuchillo fue una obra de arte.

—Estabas viendo el Juicio.

—Por supuesto que lo estaba viendo. ¿Creías que me iba a perder el estreno de mi alumna estrella? —Ladeó la cabeza.

Enrojecí a mi pesar. Vergüenza. Cólera. Y algo más que no quise reconocer.

—Entonces, viste que iban a matar a Marx.

Inclinó la cabeza y me observó.

—El modo en que te moviste, la precisión del lanzamiento… Absolutamente devastador. Me quedé muy… impresionado.

Mis instintos reaccionaron ante su tono de entusiasmo.

—Lo estás disfrutando.

—A lo grande. —Le brillaban los ojos de satisfacción—. Por fin te mostraste tal como eres.

Entorné los ojos.

—¿Qué?

—La auténtica Thais. La que no vacila. —Se inclinó hacia delante —. Dime, ¿qué sentiste en aquel momento, cuando lanzaste el cuchillo?

—Que era necesario.

—¿Y?

Busqué sus ojos y le sostuve la mirada.

—Que además era lo correcto.

Esbozó una sonrisa lenta y complacida.

—Buena chica.

Sentí una oscura satisfacción en mi interior al oír aquellas palabras. Las odiaba. Lo odiaba. Odiaba ver cómo respondía mi cuerpo a ese tono en concreto, como si estuviera programado para ello.

—No lo hagas —pedí.

—Que no haga ¿qué?

—Lo que estés haciendo. Ese jueguecito que te traes.

—No es ningún juego. —Se acercó más—. Solo estoy observándote.

—Pues obsérvame desde más lejos.

Pero ya estaba junto a la cama y me miraba desde arriba.

—Te veo un poco tensa, estrellita.

—He estado a punto de morir. Es normal que sienta ansiedad.

—¿Ahora se llama así? —Paseó los ojos sobre mí—. Interesante.

Guardé silencio, con la mirada clavada en la suya.

—Mejor —añadió con suavidad—. ¿No es más cómodo esto? Aceptar lo que digo, sin discutir.

—Que te den.

—Vaya boca. —Enarcó una ceja—. Y yo que creía que empezábamos a ver las cosas del mismo modo…

—Lo único que quiero ver es cómo sales por esa puerta.

—No digas eso. —Acarició el borde de la cama—. No hablas en serio.

—Te aseguro que sí.

—¿Qué es lo que te molesta? ¿Que te alabe? Igual es que no es eso lo que te va. Siempre respondes mejor cuando soy… menos amable.

—Yo no…

—Desde luego que sí. —Me estudió con la mirada—. La vez que te vi más dócil fue cuando te retuve contra la pared.

—No te hagas ilusiones —resoplé, y cambié de postura—. No podía…

—¿No podías moverte? ¿O no querías? —Su sonrisa era una

provocación.

—Estás enfermo.

—Y tú eres bastante traviesa. —Le brillaron los ojos. Yo me lo quedé mirando sin saber qué decir. Menudo caradura.

Entornó los ojos.

—Qué contradicción tan fascinante. La asesina que se derrite cuando alguien le demuestra con toda precisión lo impotente que puede llegar a sentirse.

Solté un bufido.

—No tienes de qué avergonzarte, señorita Morvaren —siguió—. Hay quien encuentra esas dinámicas muy liberadoras.

—Eres insoportable.

—Y tú estás temblando —señaló.

—Porque estoy furiosa —acerté a decir.

Cerró la mano sobre mi muñeca.

—Tu cuerpo no miente con tanta habilidad como tu boca.

Siguió un silencio sofocante. Me odiaba a mí misma. Odiaba derretirme en cuanto me tocaba.

—Ten cuidado. —Su voz adoptó un deje burlón—. Me fastidiaría que derrumbaras el cielo sobre mi Aguja de Hueso.

Me dieron ganas de gritar.

—Tener el corazón tan acelerado no te va a ayudar a curarte. —Se alisó la ropa—. Descansa bien, estrellita. Tengo muchas ganas de ver de qué más eres capaz.

Y se fue y me dejó a solas con unas sábanas de seda y un corazón que se negaba a calmarse.

La puerta se abrió sin que nadie llamase y me sacó de mi sueño.

—Septicemia. —La voz de Miria resonó en la habitación—. Un día más y habrías perdido la pierna, y quizá la vida.

Abrí los ojos y me la encontré al pie de la cama. Su cabello dorado parecía tener luz propia, y la piel delataba su divinidad.

—Estoy bien —mentí. Sentía un vacío en el cuerpo.

—Claro que sí. —Se acercó a mi pierna lesionada—. Por eso la herida supura pus y has tenido tanta fiebre que Xül me ha exigido que acudiera de inmediato.

Se arrodilló junto a la cama y desató el vendaje sin necesidad de tocarlo.

—Esto te va a doler —me informó con toda naturalidad.

La venda se apartó de la carne que había tratado de curarse a su alrededor. Me negaba a gritar, así que cerré los dientes con tanta fuerza que noté el sabor de la sangre. La herida descendía desde la mitad de la pantorrilla hasta el tobillo; los bordes estaban enrojecidos y supuraba un líquido amarillento.

De las palmas de Miria brotó una luz perlada. La sensación mientras me curaba fue como que me deshicieran y me rehicieran; el fuego se derramó por mis venas y los tejidos se regeneraron a una velocidad asombrosa. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se activaron a la vez.

—Tu hermano no tenía ninguna herida tan terrible —comentó Miria con tranquilidad—. Solo algunos cortes y rozaduras aquí y allá.

Sus palabras me llegaron a través de la neblina del dolor.

—¿Has visto a Thatcher?

—Esta mañana, en Bellarium. —La luz aumentó de intensidad.

—Gracias por curarnos a los dos.

—A eso me dedico.

—Me gustaría hacerte una pregunta, si no te importa… —Acompañé las palabras con un gesto vago—. Aquí estoy muy aislada, así que me cuesta encontrar… respuestas más matizadas.

Se sentó en el sillón que Xül había dejado vacante y la luz se derramó a su alrededor.

—Adelante.

—Esa animadversión contra Xül… —Escogí las palabras con todo cuidado—. ¿Por qué desprecian tanto su existencia Olinthar y varios miembros de los Doce? Si se ganó la ascensión…

—Trato de evitar la política divina tanto como me sea posible, así que solo puedo ofrecerte mi opinión —respondió pensativa—. Pero creo que algunos aesymar ven su existencia como un símbolo de rebeldía. Para ellos, los mortales y los divinos deben vivir separados.

—Claro —señalé con amargura—. Porque no somos más que insectos para todos vosotros.

A Miria le cambió la cara.

—Hace apenas una década yo era muy similar a ti. Algunos recordamos muy bien nuestras vidas mortales.

La amable regañina me dejó avergonzada, y aparté la vista.

—Durante mis Juicios, se dijo a los demás competidores, de forma explícita, que había uno al que tenían que eliminar. Se les prometió una recompensa si tenían éxito, el favor divino si conseguían deshacerse de aquella… aberración.

Xül.

—Cuando llegó el tercer reto, había alzado de entre los muertos a varios de los que intentaron matarlo y con los que él mismo había acabado. Se convirtieron en su ejército de muertos vivientes durante el resto del Juicio. Fue bastante poético, en realidad.

—Cualquiera diría que lo admiras.

—Lo respeto —me corrigió—. En una ocasión, yo sangraba por una herida de lanza. La competidora que me la clavó comentó que después cazaría a la abominación. —Hizo el gesto de cerrar los dedos para formar un puño—. Unas manos brotaron de la tierra y la arrastraron a las profundidades.

—¿Te salvó?

—Se quitó una molestia de encima. Pero que luego se quedase conmigo fue… inesperado.

—Supongo que una experiencia así os habrá unido para siempre.

—No. Xül no mantiene una relación estrecha con nadie. Sobrevivimos juntos, eso es todo.

Se levantó y se dirigió a la puerta. Al llegar al umbral, se detuvo.

—El panteón aesymar comparte muchas cualidades con el reino mortal. Las cosas no son siempre blancas o negras, aunque a veces lo parezca. —Cerró los dedos alrededor de la manija—. Es algo que merece la pena tener en cuenta.

Y se fue.

CAPÍTULO 23
VERDADES REVELADAS

De pronto, una ligera sacudida mental hizo que se me parase el corazón. Débil pero inconfundible. Thatcher.

La distancia entre Draknavor y Bellarium tensaba nuestro vínculo, como un hilo que se estirase hasta casi romperse. No podíamos compartir pensamientos ni sensaciones desde tan lejos, pero aquello, aquel simple tirón, era nuestra forma de saber cómo estábamos. Una pregunta, siempre la misma: «¿Sigues con vida?».

Cerré los ojos. Volví a notar el tironeo, esta vez un poco más fuerte. Más insistente, preocupado.

Extendí la mano a lo largo de aquella cuerda invisible y la agité firmemente en respuesta. «Aquí estoy».

Era lo único que podíamos hacer, comunicarnos de la forma más básica, reducida tan solo a dos opciones: vivos o muertos. A salvo o en peligro.

El vínculo se apaciguó durante un momento, y luego sentí una última sacudida, más suave. Reconocimiento. Puede que alivio. Y después nada. La conexión recuperó su segundo plano habitual,

apenas perceptible, pero siempre ahí.

Saqué las piernas de la cama, me puse en pie y me aseguré de que la extremidad recién curada soportaba mi peso. No sentí dolor ni debilidad. Me acerqué a mirar por la ventana. Draknavor se extendía en toda su terrible belleza: playas de arena negra que se fundían con el mar, acantilados de obsidiana que se alzaban contra el cielo escarlata…

«Maté a una persona».

Podía ver la escena con toda claridad: el cuchillo de luz estelar que salía de mis dedos, su trayectoria por el aire del bosque, el impacto al hundirse en el pecho. Los ojos del hombre, muy abiertos al darse cuenta de que estaba a punto de morir.

Apreté el cristal frío con la palma de la mano, como si me sirviera de ancla contra el extraño vacío interior. ¿Dónde estaba la culpabilidad? ¿El espanto? ¿Esa parte de mí que debería haber quedado destrozada al arrebatar una vida? Solo encontraba vacío.

—¿En qué me estoy convirtiendo? —le susurré a mi reflejo, medio esperando a que me respondiese con una voz que no fuera la mía. El espejo me reveló a una mujer a la que reconocía y a la vez no: los ojos hundidos por la fiebre y la resolución, la piel aún enrojecida por la magia curativa de Miria, la mandíbula apretada con denuedo.

Veintiséis años de identidad erosionados en unas pocas semanas para revelar algo más duro por debajo, como cuando la marea arrastra la arena y deja al descubierto el estrato rocoso que siempre hubo debajo.

Allí estaba con mi ropa prestada, curada mediante magia divina, preguntándome qué versión de mí sería la verdadera. ¿La aldeana

que se reía con sus amigos a la luz de la hoguera o la asesina que vestía su piel?

La camisa de Xül me llegaba por medio muslo, recordándome que no llevaba nada debajo. Me habían dejado ropa en la mesa. Era suave y más práctica que nada que tuviera en el armario. Me puse el pantalón; demasiado largo y holgado. Lo doblé por los bajos y me lo sujeté con un cinturón.

Recorrí descalza los pasillos del palacio, siguiendo el aroma de la sal y del mar hasta salir por el portón. El sol estaba bajo en el horizonte, rojo e hinchado, proyectando largas sombras en la arena negra. A lo lejos pude ver la silueta de Marx, inconfundible a pesar de la distancia, recortada contra el cielo ensangrentado.

—Qué atuendo más interesante —dijo Marx cuando me acerqué —. ¿Has saqueado un espantapájaros por el camino?

Solté un resoplido.

Observó con más detenimiento mi ropa prestada y enarcó una ceja.

—¿Así que… por fin has decidido volver al mundo de los vivos?

—¿Decepcionada? —le dije desafiante.

—No sabes cuánto. Tenía planes para tu habitación. —Su tono era seco como la arena, pero el alivio se traslucía en sus ojos.

Empezamos a caminar por la orilla mientras las olas nos lamían los pies y llenaban las pozas que se formaban en la arena de obsidiana.

—El Juicio —dije al fin—. Después de la baliza. ¿Qué pasó?

De una patada, Marx lanzó hacia las olas un trozo de madera flotante.

—No hay gran cosa que contar. Kyren y yo lo superamos y nos

quedamos esperando. Y esperando. —Su voz adquirió un tono más agudo—. El dominio se desmoronaba; el cielo se agrietaba como la cáscara de un huevo y la tierra intentaba tragarse a sí misma. Todo de lo más apocalíptico.

—¿Cuánto tiempo esperasteis? —pregunté, consciente de la deuda que había contraído con ellos.

—El suficiente para daros por muertos a los dos —dijo con un cuidadoso tono neutro—. Entonces apareció tu hermano, arrastrándote como un saco de trigo. Tenías una pinta… —Se detuvo a buscar las palabras—. Mala. Muy mala.

—Pero sobrevivimos. —Rebusqué entre los límites irregulares de mi memoria, aunque no encontré nada más que oscuridad.

—Por los pelos. Fuimos los últimos en pasar. El portal ya se estaba cerrando cuando… —Dejó de hablar en mitad de la frase y me lanzó una mirada de reojo—. Cuando apareció Xül.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Y?

—Te echó un vistazo, abrió un agujero en la realidad para volver a Draknavor y convocó a esas almas o lo que fueran para que te llevaran. —Hizo una pausa, mirándome—. Aunque pasó algo raro: en cuanto volvimos aquí, les ordenó que se marcharan y te cogió en brazos él mismo. No dijo ni una palabra a nadie; solo caminó hacia el palacio cargando contigo. De lo más teatral.

Fruncí el ceño, sin saber muy bien cómo procesar esa información.

—Soy su pupila. Si muero, quedará mal.

—Ajá. —El tono de Marx daba a entender que no se lo creía—. ¿Por eso llevas su ropa?

—Me he despertado así, sin más.

—Claro. ¿Y por eso hueles como él? —Su mirada era implacable.

No me había fijado hasta que lo mencionó, pero era cierto. El profundo aroma a madera, con su toque cítrico, se aferraba a la tela, a mi piel.

—La camisa es suya.

—Mira, no tengo nada en contra de las relaciones peligrosas; bien saben los dioses que he tenido unas cuantas. Pero ¿esto? Esto es un suicidio muy elaborado.

—No hay nada entre nosotros —repliqué mirándola a los ojos, deseando que me creyera.

—Sin embargo…

—Ni hablar —dije con excesiva aspereza—. Es controlador y arrogante, y cuando lo tengo cerca me entran ganas de ponerme violenta.

—Eso me suena a preliminares.

—Marx…

—Lo digo en serio. —Sus ojos oscuros se clavaron en los míos, sin el menor rastro de humor—. Es tu tutor y tú eres mortal, por no mencionar que todo el reino divino os mataría a los dos, literalmente, por infringir sus leyes.

—Qué exagerada.

—¿Tú crees? —Reanudó la marcha—. Ya guardas bastantes secretos; no hace falta que añadas a la lista «me follo a una deidad».

El recordatorio de mis otros secretos me hizo estremecer.

—A propósito de eso…

—Tu sangre. Las guardas. —Clavó la vista en el horizonte en vez

de mirarme.

No era una pregunta. Me detuve y busqué algo que decir que no fuera una mentira, pero que tampoco fuera la verdad.

—Marx…

—Ahórratelo. —Levantó una mano—. Esa cosa estuvo a un tris de matarnos porque no pudiste, o no quisiste, usar tu sangre para hacer la guarda.

—Lo sé. —Reconocerlo fue como tragar cristales.

—Cualquiera habría dicho que preferías morir a hacerte un cortecito. Aunque supongo que estás en tu derecho —dijo con voz cautelosa, controlada.

—No volverá a pasar —prometí, y hablaba en serio.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Porque haré lo necesario para que no pase —contesté mirándola a los ojos.

Se quedó observándome un largo rato, desconfiada.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que puedo darte. —Me mantuve firme, negándome a apartar la vista.

Las olas llenaron el silencio con su cadencia hipnótica hasta que Marx suspiró, un sonido que casi se confundió con el del oleaje.

—Está bien. Pero como muramos por culpa de lo que sea que ocultes, maldeciré tu fantasma. Sin parar. Con creatividad. Durante toda la eternidad.

—Me parece justo.

—Tampoco es como si yo no tuviera secretos —dijo cuando volvimos a pasear por la orilla.

Estudié su perfil en movimiento: los ángulos marcados de su

rostro, la línea de su mandíbula, la tensión perpetua de sus hombros.

—¿De verdad?

Le dio una patada a una caracola que salió disparada por la arena.

—Mis padres eran devotos. Fanáticos. —Se rio sin atisbo de humor, con un tono frágil que hablaba de viejas heridas—. Como todo nuestro pueblo, en realidad. Uno de esos sitios en los que siempre hay sacerdotes.

—Suena asfixiante.

—Eso es quedarse corto. —Se encogió de hombros—. Mi madre nos despertaba al amanecer para rezar. La primera luz era para Olinthar, cómo no. Después, antes de desayunar, hacíamos ofrendas a Davina. A mediodía orábamos a Pyralia. Por la tarde cantábamos a Syrena. —Apretó la madera con los dedos y la oí crujir—. Hasta el último momento de cada día estaba programado en torno al culto.

—¿Cuándo supiste que tenías poderes? —pregunté con verdadera curiosidad hacia la mujer que me había salvado la vida.

—Tardé en darme cuenta. Cuando se empezó a notar tenía alrededor de siete años. Siempre era poca cosa: el perro de los vecinos, que me ladraba, se puso enfermo. Un niño que me tiraba del pelo se cayó por las escaleras del templo. El rosario favorito de mi padre se rompió durante las oraciones matutinas.

—Qué miedo.

—Creía que eran coincidencias, hasta que empezaron a acumularse. —Se detuvo—. Mi madre fue la primera en advertirlo, cuando me pilló llorando después de que me enfadara con mi hermano pequeño y le salieran forúnculos. Me encerró en el sótano.

Se me oprimió el pecho.

—Marx…

—Durante tres días —continuó con voz monocorde, desprovista de emoción—. Para rezar hasta haber expulsado la corrupción de mi interior. Como no funcionó, probaron con otros métodos. Por cierto, el agua bendita quema cuando te obligan a beber bastante. —Su sonrisa me ponía los pelos de punta—. No creían que hubiera sido bendecida, sino que cargaba con una maldición. Y, ¿sabes?, supongo que no se equivocaban.

—Te torturaron —dije abatida.

—Intentaban salvarme, o eso era lo que se decían. El mío no es un don que nadie quiera para sus hijos.

—¿Qué hiciste?

—Me fugué. —Reanudó la marcha con agresividad, levantando arena con cada paso—. Tenía once años. En plena noche. Robé comida de las cocinas del templo.

—¡Once años! Por los dioses, Marx.

—Aprendí deprisa. A esconderme, a robar, a conseguir que me dejaran en paz. —Me miró de reojo y una sombra le cruzó el rostro —. Lo más fácil fue lo último. Resulta que, cuando puedes hacer que a alguien se le caigan los dientes con solo mirarlo, la gente tiende a dejarte espacio.

—¿Adónde fuiste?

—A todas partes y a ninguna. —Se encogió de hombros—. Pasé unos meses en la capital, viviendo en edificios abandonados. Luego fui a la costa y estuve trabajando en barcos pesqueros donde no hacían preguntas si una niña iba sola. Y averigüé que hay cosas peores que una maldición.

No encontraba palabras. Estaba casi segura de que algo terrible ensombrecía su pasado, pero nunca imaginé que llegase a tal punto.

—A medida que crecía fue empeorando y haciéndose más difícil de controlar. —Miró más allá de mí, a ninguna parte—. Me instalaba en algún sitio a intentar hacerme algo parecido a una vida, conseguía trabajo en una posada o de aprendiz con alguien tan desesperado como para pasar por alto mi fama… y me iba bien durante un tiempo. Semanas, a veces meses.

—¿Y qué pasaba después?

—Que me enfadaba. O me asustaba. O a veces solo me cansaba. —Dejó escapar un suspiro cargado de resignación—. Y pasaba algo. La posada se quemaba. O mi jefe tenía un accidente.

—Eso no era del todo culpa tuya. Quiero decir, no es que pudieras controlarlo. —Fui a tocarle el brazo, pero se apartó.

—Puede que no tuviera control directo, pero yo era el elemento común. Todos los sitios a los que me acercaba se iban a la mierda antes o después. —Su voz no transmitía autocompasión, solo una aceptación ganada a pulso—. Así que me propuse aprender a controlarlo. —Volvió a mirar a ninguna parte—. Al final me di cuenta de que no solo dependía de mis emociones; también de mis pensamientos.

—Entonces ¿era mental?

—Exacto. Empecé a prestar atención. Muchísima atención. —Se dio unos golpecitos en la sien—. Había un… momento, justo antes de que se manifestara una maldición, que era como si en mi cabeza se accionara un resorte. Tardé meses en reparar en ello.

—¿Cómo aprendiste a controlar ese resorte?

—A base de ensayo y error. Mucho error. —Una sonrisa irónica se

dibujó en su rostro—. Me pasaba horas sentada a solas, pensando cosas terribles sobre las rocas, los árboles, las botas que llevaba… Cualquier cosa que no pudiera sufrir. Intentando captar ese momento, ese resorte, y detenerlo. Evitar que se accionara.

—Suena agotador.

—Lo fue. Pero al final aprendí a usarlo a propósito y no por accidente. —Flexionó los dedos, mirándoselos—. Luego llegó la parte difícil: aprender a apuntar, a ser concreta. En vez de pensar «te odio», tenía que pensar «quiero que se te rompa el cordón del zapato izquierdo». Si las intenciones eran exactas, los resultados también.

—Una estrategia impresionante.

—No tenía más remedio. —Dio una patada a la arena—. A los dieciséis podía maldecir un solo hilo de un trozo de tela, rasgarlo sin tocar nada más. Todo porque aprendí a controlar ese resorte mental, a dirigir mis pensamientos como flechas en vez de dejar que estallaran como un incendio.

Seguimos andando un rato en silencio, hasta que volvió a hablar.

—Antes de aquello empezaba a convencerme de que de verdad estaba maldita, o quizá de que yo era la maldición. De que mis padres tenían razón y yo era una especie de monstruo al que había que purgar.

—Eso es ridículo…

—Ahora lo sé —interrumpió—. Estos poderes… solo son otro tipo de don. Un don de mierda, incómodo y a veces homicida, pero un don al fin y al cabo. —Me miró a los ojos, con un desafío en cada línea de su cuerpo.

—¿Cómo te descubrieron? —pregunté—. ¿O te presentaste

voluntariamente?

—Desde luego que no me presenté. Tenía diecinueve años y trabajaba en una panadería de un pueblo portuario llamado Greywich. El dueño estaba medio ciego y necesitaba ayuda con desesperación; le daba igual qué hiciera y quién fuera, siempre y cuando fuese puntual. —Contempló el mar negro—. Fue ahí donde conocí a Finn. —Pronunció el nombre con suavidad, con cuidado, como si tuviera miedo de romperlo—. Trabajaba en el almacén de madera. Iba todas las mañanas a por pan, siempre con algún chiste malísimo. —Torció el gesto—. La primera persona en años que no se estremecía cuando lo miraba. Más adelante me enteré de que tenía una hermana bendecida; la presentaron a los Juicios cuando él tenía doce años. Me lo había captado en los ojos.

—¿Sabía lo que eras?

—No tardó en enterarse. Una noche me pilló practicando en el callejón de detrás de la panadería. Yo estaba dispuesta a poner pies en polvorosa; tenía la mochila medio llena, y entonces me dijo… —Hizo una pausa y tragó saliva—. «Debes de estar cansada de huir».

Se le nubló la mirada.

—Teníamos… cuidado —continuó—. Nunca me preguntó por la maldición; nunca me presionó. Simplemente la aceptaba como parte de mí. Durante dos años tuve algo parecido a la normalidad. Hasta hablamos de irnos juntos, de buscar algún lugar remoto que los sacerdotes no visitaran mucho.

—¿Y qué pasó?

—Alguien me vio. Una noche, a última hora, perdí el control un instante y maldije a un borracho que me había agarrado. Nada grave; solo forúnculos. Pero fue suficiente. —Su voz se hizo

monótona de nuevo—. Los sacerdotes llegaron al amanecer. Finn intentó detenerlos; se plantó en la puerta de mi habitación y les dijo que yo no estaba.

Se me encogió el corazón. Ya sabía cómo iba a acabar aquello.

—Lo mataron en el sitio. —Se apartó de mí—. Con su último aliento me dijo que huyera, así que le hice caso, pero caí directa en la trampa: tenían toda la manzana rodeada.

—Marx…

—Lo malo —continuó, sin hacer caso de mis muestras de comprensión— es que podría haberlo salvado. Podría haber maldecido a todos aquellos sacerdotes antes de que lo tocaran. Pero vacilé. No quería demostrarles que acertaban al decir que era un monstruo. Y él murió por eso.

Hizo una pausa, con la vista perdida en el horizonte.

—¿Sabes qué fue lo peor? Aún faltaba un año para que se celebraran los Juicios. Me tuvieron todo el año en una celda, en el sitio en el que hicimos la Prueba. Esperando, sin más. Contando los días que faltaban para que pudieran asesinarme.

—¿Un año? —No pude ocultar el espanto—. ¿Sola?

—Ah, tenía compañía. Los gritos de otras celdas. La constancia de que Finn había muerto en vano, porque me prendieron igual. —Su voz se endureció como el pedernal—. Tiempo de sobra para pensar en cada error que había cometido, en cada momento en que había decidido contenerme.

El paralelismo me golpeó de lleno. La contención solo funcionaba durante un tiempo.

—Por eso luchaste tan enconadamente —dije en voz baja—. Ya no vacilas.

—Nunca. —Me miró a los ojos y vi en ellos el acero, forjado en la pérdida y templado por la rabia—. ¿Quieren un monstruo? Se lo daré. Pero en mis propios términos.

Nos quedamos en silencio unos instantes. Una parte de mí quería abrazarla o decirle cuánto sentía que hubiera tenido que soportar todo aquello. Pero no encontraba la manera.

—Te toca —dijo con tono despreocupado, volviéndose hacia mí.

—¿Qué…? —Parpadeé sorprendida.

—Acabo de volcar mi trágica historia en esta playa. Lo mínimo que puedes hacer es corresponderme. —Se cruzó de brazos, a la espera.

Pensé en mentir, en esquivar la conversación. Pero ella me había contado la cruda verdad, por dolorosa que fuera, y le debía al menos una versión de mi vida.

—Crecí en un criadero de ostras.

—Qué comienzo más emocionante.

—Cierra el pico. —Dejé escapar una sonrisa—. A mi hermano y a mí nos crio… —me detuve para buscar las palabras con cuidado— nuestro padre, Sulien. Nuestra madre… murió en el parto.

—Lo siento —dijo Marx, y me sorprendió la suavidad de su tono.

—Sí. —Me agaché a recoger una piedra pulida por la marea. Sentí su peso en la palma de la mano—. Sulien intentó mantenernos a salvo. Era un pueblo pequeño y llevábamos una vida tranquila. Funcionó durante un tiempo.

—Hasta que…

—Hasta que se manifestaron mis poderes. —Abrí la palma de la mano y dejé que unos diminutos puntos luminosos danzaran sobre mi piel un instante, hasta que cerré el puño—. Con dieciséis años,

casi adulta, de repente estaba arrancando estrellas del cielo en una pesadilla.

—Seguro que le sentó bastante mal a tu padre.

—Casi le dio un ataque al corazón. Me hizo prometer que no lo haría nunca más, que nunca se lo contaría a nadie, que ni siquiera pensaría en ello. —El recuerdo me atravesó como una lanza—. Estaba muerto de miedo. No de mí, sino por mí.

—Es comprensible.

—Pero practicaba en secreto. A altas horas de la noche, en las calas a las que no iba nadie. Aprendí a moldear la luz, a transformarla. Vivimos veintiséis años en ese pueblo. Yo trabajaba en los criaderos de ostras, tenía amigos y hasta… —Pensé en Marel y contuve la punzada de dolor—. Tenía algo parecido a una vida normal.

—Hasta que llegaron los sacerdotes.

—Hasta que llegaron los sacerdotes —repetí pensando en la sangre de Sulien que manchaba la arena, en sus últimas palabras.

—Así pues —dijo Marx al cabo—, las dos somos mortales jodidas con poderes peligrosos y pasados trágicos. No me extraña que estemos congeniando.

Me eché a reír y el sonido me sorprendió.

—¿Eso es lo que hacemos? ¿Congeniar?

—Bueno, aún no te he maldecido, y tú no me has apuñalado con una estrella. Yo diría que somos amigas.

—Qué alto pones el listón.

—Altísimo. —Me miró de reojo y una sonrisa burlona le arqueó los labios.

CAPÍTULO 24
EL JUEGO DE LA ESPERA

Las dos semanas siguientes pasaron volando, entre entrenamientos y noches solitarias. Xül viajaba a menudo a la Ciudad Eterna y siempre volvía quejándose entre dientes de los obstáculos administrativos. Las ojeras se acumulaban bajo sus ojos a cada día que pasaba.

Habíamos adoptado un ritmo extraño: íbamos por la mañana a la playa de arena negra, donde yo luchaba contra las almas que él invocaba hasta que me temblaban las extremidades por el agotamiento; la tarde la pasábamos en su biblioteca, donde me llenaba la cabeza de conocimientos sobre el panteón hasta que sentía que me iba a estallar.

—Otra vez —ordenó Xül, y su voz me llegó por encima de la arena mientras otra alma condenada se materializaba ante mí, deformada por los pecados que la hubieran llevado a aquel sitio.

Alcé la espada estelar, desoyendo las protestas de unos músculos que llevaban horas al límite.

—Sabes que los tutores normales dan descansos a sus alumnos,

¿verdad?

—Pero tú no tienes nada de alumna normal —respondió, impasible ante mi agotamiento.

El alma se abalanzó sobre mí a una velocidad antinatural. Giré en redondo y levanté la espada en un arco que le atravesó el torso. Se disolvió con un gemido que me lanzó un escalofrío columna abajo.

Xül se me acercó con expresión crítica.

—Sigues dejando el lado izquierdo desprotegido. Si hubiera sido un adversario de verdad…

—Estaría muerta, sí. Ya me lo habías dicho. —Me enjugué el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Muchas veces.

Crispó los labios, lo más parecido a una sonrisa que le había visto en días.

—Por lo menos estás escuchando.

Sin saber qué dos de los doce aesymar combinarían sus dominios para el Juicio siguiente, no podíamos prepararnos para nada concreto, por lo que no nos quedaba más remedio que estar listos para todo.

—La espera forma parte del juego —me explicó Xül una tarde mientras yo me dejaba caer en un sillón de la biblioteca, con todos los músculos gritando de agotamiento—. Lo hacen a propósito. La perspectiva del dolor suele ser peor que el dolor en sí.

—Ni que nunca te hubieran apuñalado —murmuré mientras cogía la lectura asignada, un tedioso tomo sobre los doce dominios.

—Todo lo contrario —respondió con una voz extrañamente distante—. He vivido ambas cosas. La espera es peor.

Alcé la vista hacia él, sorprendida por su confesión, pero ya estaba de espaldas.

El decimocuarto día, casi al final de los estudios de la tarde, Xül se detuvo y ladeó un poco la cabeza, como si oyera voces a las que yo era sorda.

—¿Qué pasa? —pregunté cerrando el libro.

—Tenemos carta —dijo con una expresión indescifrable—. Dos, mejor dicho.

El corazón se me salió del pecho.

—¿El próximo Juicio?

—No exactamente. —Entre sus dedos se materializó un grueso pergamino sellado con lacre del color de la sangre seca—. Una invitación.

—¿A qué?

—A un banquete en honor de los competidores que han sobrevivido. —Su tono indicaba que el concepto le resultaba tedioso —. Es una tradición después del primer Juicio.

—¿Y la otra carta?

Su expresión se ensombreció.

—Se requiere mi presencia en la Ciudad Eterna. Otra vez.

—¿Cuándo es el banquete? —pregunté mirando el pergamino con inquietud.

—Mañana por la noche —respondió, y rompió el lacre con un movimiento del pulgar—. Lo que significa que habrá que prepararte.

—¿Más entrenamiento? —gemí.

—De otro tipo. —Su sonrisa no transmitía calidez—. Mañana volverán los tejedores de sueños para ayudarte con tu… presentación.

Mi corazón dio un saltito ante la idea de volver a ver a Lyralei y a los suyos. Habían sido muy amables conmigo antes de la Elección, y

eso era lo que necesitaba en aquel momento: amabilidad frente a lo desconocido.

—No te alegres tanto —me reprendió Xül, aunque sus ojos brillaban de diversión—. Las reuniones divinas pueden ser tan peligrosas como los Juicios.

—Desde luego, sabes cómo hacer que una chica se ilusione por una fiesta —murmuré.

—No es una fiesta, estrellita. —Se inclinó hacia delante, serio de repente—. Es una representación.

—Así que me toca sonreír, asentir y procurar que no me maten. Me suena.

—En efecto. —Se puso en pie y se guardó la invitación en la chaqueta—. Ahora, a dormir. Nos vemos mañana.

Poco después del amanecer me despertó un gran revuelo a la puerta de mis aposentos. Las voces arrancaban ecos de los pasillos de piedra, emocionadas, nerviosas, por completo fuera de lugar en la atmósfera sombría de la Aguja de Hueso.

Habían llegado los tejedores de sueños.

Apenas tuve tiempo para vestirme antes de que mi puerta se abriera de golpe para revelar a Lyralei en todo su esplendor de cabello plateado, flanqueada por Novalie y Vesper. La cara que pusieron al ver mis aposentos resultó cómica, una mezcla de fascinación y horror mal disimulado.

—Vaya, qué… viva te veo —bromeó Lyralei mientras me recorría con la mirada.

—Me alegro de volver a verte, querida —dijo Novalie al tiempo que sacaba diversos recipientes y utensilios de una bolsa que parecía contener mucho más de lo que permitía su tamaño.

—Lo que quieren decir —intervino Vesper, apartándolas para cogerme por los hombros— es que nos alegramos mucho de que hayas sobrevivido. —Entrecerró los ojos mientras me examinaba la cara—. Aunque podríamos prescindir de esa estética del dominio de la muerte que has adquirido. Esas ojeras son una tragedia, querida.

Me eché a reír, sorprendida por lo mucho que había echado de menos su energía caótica.

—Yo también me alegro de veros.

—Bueno —dijo Lyralei, tomando las riendas como de costumbre —, tenemos unas seis horas para transformarte de «recién escapada de la muerte» a «visión divina de la perfección». Empieza por el pelo, Novalie. ¿Te lo han cortado con un cuchillo romo?

—Pues sí —confesé, lo que arrancó exclamaciones de horror a los tres—. ¿Qué pasa? Lo práctico es más importante que lo estético cuando se entrena doce horas al día.

—Menudo salvajismo —murmuró Vesper, que ya rebuscaba en mi armario.

Lyralei chasqueó los dedos y un cuarto tejedor de sueños al que no había visto hasta entonces se acercó a toda prisa con lo que parecía una bolsa de ropa.

—Por suerte para ti, hemos traído toda una colección de vestidos entre los que elegir.

Siguieron horas de mimos que me parecieron surrealistas después de las semanas de entrenamiento inmisericorde. Me lavaron el pelo con aceites esenciales, me masajearon con cremas la piel curtida por la batalla y me aplicaron cosméticos.

—El banquete se celebrará en el palacio en el que tuvo lugar la Prueba —explicó Lyralei mientras me peinaba—. Está en territorio

neutral, entre Elaren y Voldaris.

Se me encogió el estómago ante la perspectiva de volver allí.

—Qué bien.

—Asistirán todas las Leyendas con sus competidores —añadió Novalie mientras me untaba la piel con algo brillante—. Aunque no irá ninguno de los Doce.

Eso, al menos, fue un alivio.

—Así que solo estaremos los seres inferiores —dije, lo que arrancó una risa a Vesper.

—No sé si se te puede considerar un ser inferior, Thais Morvaren —respondió—. Todo el mundo habla de tu actuación en el Juicio, ¿sabes?

—Veo que aprendiste bastante sobre alquimia en Draknavor —intervino Lyralei con voz cuidadosamente neutra.

—Xül me hizo tragar tanta información que no sé cómo no se me salió por las orejas.

—Los hechizos protectores que creaste durante la Cacería fueron impresionantes —dijo Novalie, seria y con los ojos muy abiertos—. Aunque no pareció que funcionaran correctamente.

Me puse en tensión al recordar cómo las criaturas pasaron por alto a nuestros amigos para centrarse en Thatcher y en mí.

—Creo que no hice una destilación lo bastante fuerte —mentí con naturalidad—. Era mi primer intento, ya sabes.

La mirada de Lyralei tardó un poco más de la cuenta en apartarse.

—¿Y cómo es trabajar con el príncipe de Draknavor? —preguntó Vesper sin molestarse en ocultar la curiosidad—. Tiene fama de… difícil.

—Podría decirse así —respondí, incapaz de reprimir una sonrisa —. No es mal profesor cuando deja de comportarse como un imbécil insufrible.

Se echaron a reír y el sonido iluminó el lúgubre dormitorio.

—Desde luego, nadie esperaba que la Elección saliera así —comentó Lyralei mientras me entrelazaba joyas en el pelo con dedos ágiles—. Muchos pensaban que Xül elegiría a tu hermano, después de aquella demostración con Drakor.

—Él también lo pensaba —reconocí—. Pero, a estas alturas, no me imagino como la pupila de nadie más. A pesar de sus… técnicas y de su lengua afilada, no creo que ninguna de las otras Leyendas posea unos conocimientos tan amplios. No cabe duda de que los años que pasó en bibliotecas dieron sus frutos.

—Estamos orgullosos de ti —dijo Novalie de repente, muy seria —. Tiene su mérito sobrevivir al primer Juicio.

Un silencio opresivo se apoderó de la estancia, y reinó la tensión en un lugar donde momentos antes había bromas. Todos sabíamos la verdad: aquello solo era el principio. Habría más Juicios. Más muerte. Más dolor.

Lo vi en los ojos de Lyralei mientras me terminaba de peinar, una tristeza que no podía disimular a base de profesionalismo. Había acicalado a innumerables competidores a lo largo de los años. ¿Cuántos habrían regresado?

—Ya está —dijo al fin, y dio un paso atrás para admirar su trabajo—. Tienes que verte.

Me giraron hacia un espejo de cuerpo entero.

Mi cabello negro estaba sujeto en un elaborado recogido que me dejaba el cuello al aire, con pequeñas gemas de un negro azulado

entretejidas en las trenzas como gotas de noche. El vestido que habían elegido no era negro ni azul, sino de un color intermedio; la tela cambiaba de tono con cada movimiento. Colgaba de un hombro, dejando el otro al descubierto, y caía hasta el suelo en una cascada de oscuridad fundida.

El maquillaje no enmascaraba mis rasgos, sino que los realzaba, convirtiendo mis ojos en pozos de añil tan profundos como para ahogarse en ellos y tiñendo mis labios del color de las ciruelas maduras.

Tenía un aspecto peligroso. Hermosa, sí, pero como una espada afiladísima; algo que se admira de lejos, pero que no hay que tocar.

—¿Qué te parece? —preguntó Novalie.

Antes de que pudiera responder, una voz grave resonó desde el umbral.

—Adecuado.

Los tejedores de sueños se dispersaron como pájaros asustados y se volvieron hacia Xül, apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados. Llevaba ropa formal: una levita que le llegaba por las rodillas, de un tejido negro como una noche sin estrellas, y, debajo, un chaleco de intenso color carmesí. Lucía en el cuello un único rubí que reflejaba la luz como una gota de sangre.

—Mi señor —acertó a decir Lyralei con una reverencia apresurada—, ya estamos terminando.

Los ojos de Xül no se apartaron de los míos.

—Eso veo.

Los tejedores de sueños recogieron sus cosas a una velocidad impresionante y se despidieron y me desearon suerte entre murmullos mientras pasaban junto a Xül, que se había apartado

para dejarlos salir. Su presencia llenaba la sala como un veneno.

Lyralei, que fue la última en marcharse, se detuvo un momento y me apretó la mano.

—Recuerda lo que te dije antes de la Prueba —susurró—. La vista al frente. La espalda recta. Tienes tanto derecho a estar aquí como cualquiera de ellos.

A continuación, salió de la estancia, dejándome a solas con Xül.

Me enderecé y me alisé la tela del vestido.

—¿Así que «adecuado» es el mejor cumplido que puedes ofrecer o te reservas tus encantos para el banquete?

Sus labios esbozaron esa sonrisa a medias que ya había aprendido a reconocer.

—Estás muy guapa cuando te arreglas, estrellita. Aunque creo que me gustabas más cubierta de sangre y victoria, después de la Cacería.

—Cómo no —murmuré.

Pasé a su lado para salir de la habitación y me siguió. Sus pasos no arrancaban ningún sonido del suelo de piedra.

—¿Y qué gilipolleces nos esperan en esa reunión divina? —pregunté mientras caminaba hacia el vestíbulo.

Me alcanzó y adaptó el paso al mío, con los labios fruncidos.

—Un banquete, por supuesto. Socializar. El aburrimiento de siempre… y los saludos de rigor, claro está.

Me paré en seco y me volví hacia él.

—¿Cómo?

Xül parecía estar conteniendo una sonrisa.

—En un acto tan solemne debes respetar cierto protocolo para saludar a tu Leyenda asignada. Lo principal es que te arrodilles.

Sentí que se me helaba la sangre en las venas.

—¿Arrodillarme? ¿Ante ti? Preferiría comer cristales.

—Sí, ya sé que te resistes con uñas y dientes a cualquier forma de obediencia —respondió con un brillo de diversión en los ojos—. Pero, en cualquier caso, estrellita —se acercó con una sonrisa burlona—, tengo que darte una lección rápida para que no nos pongas en ridículo a los dos cuando, inevitablemente, te arrodilles ante mí.

Me crucé de brazos y lo fulminé con la mirada.

—Ni lo sueñes.

—No te queda otra —insistió—. En primer lugar, tienes que acercarte con la reverencia adecuada. —Señaló con un gesto el espacio que nos separaba—. Tres pasos adelante, cabizbaja, pero sin pasarse; aún tienes que verme la cara cuando acepte tu devoción.

—Mi ¿qué?

—Tu devoción —repitió—. Acto seguido, te arrodillas muy despacio —hizo un elegante movimiento hacia abajo— y te apoyas las manos en los muslos, con las palmas hacia arriba; eso simboliza tu disposición a ofrecerme tus servicios.

—Sí, claro que voy a ofrecerte algo —mascullé—, pero no serán mis servicios.

Él rio entre dientes.

—Después llega la declaración.

—La ¿qué?

—La declaración de mi magnificencia —respondió como si fuese algo perfectamente razonable—. Algo del estilo de: «Gran guardián Xül, tu presencia me honra y reconozco tu superioridad en todos los aspectos».

—Deliras.

—¿Y qué tal: «Me arrodillo ante ti, guardián, porque el negro te sienta mejor que a nadie»?

Sonreí a mi pesar.

—Un poco mejor.

De forma inesperada me tomó de la mano, y se lo permití; por un momento, la curiosidad se había impuesto al buen juicio.

—¿Sabes? —dijo en voz más baja—. Bromear es fácil, pero empiezo a pensar que no tienes ni idea de cómo arrodillarte en condiciones.

—He estado de rodillas más de una vez —repliqué—. Pero tengo mis criterios a la hora de decidir a quiénes considero dignos de ello.

—¿Ah, sí? —preguntó en un susurro, apretándome la mano lo justo—. Vamos a ver.

Algo se revolvió en mi interior ante su insistencia. Quizá fuera su forma de mirarme o lo absurdo de la conversación, o el simple hecho de que estaba harta de que creyera que me podía descolocar.

—Está bien —dije soltándole la mano—. A ver si así te callas.

Antes de darle demasiadas vueltas, me arrodillé ante él sin romper el contacto visual en ningún momento. Noté a través del vestido la presión de la piedra fría contra las rodillas.

Xül se quedó inmóvil. Durante un momento pareció verdaderamente sorprendido.

Me puse las manos sobre los muslos, con las palmas hacia arriba, exagerando la sumisión.

—Oh, insufrible señor del más allá —dije arrastrando las palabras, con un gesto grandilocuente de la mano—, cuán extraordinario me resulta magullarme las rodillas por ti.

Sus ojos se oscurecieron, sin apartarse mí. Se acercó. Tuve que subir la cabeza para mantener el contacto visual.

—¿Era lo que querías? —pregunté.

Algo peligroso destelló en su expresión. Se inclinó y me rozó la mejilla con los dedos. La suave presión me dejó sin aliento.

—Desde luego, las vistas son… satisfactorias —murmuró.

Nos quedamos así, suspendidos en un momento que había empezado como un juego, pero que, no sabía cómo, se había transformado en algo más. Nuestras miradas siguieron entrelazadas de una forma que de repente hizo que me costase respirar. No podía recordar cuándo habíamos estado tan cerca por última vez sin que la hostilidad se alzara entre nosotros.

Entonces, como si volviera en sí, apartó la mano y dio un paso atrás. Me puse en pie rápidamente, sacudiéndome el vestido.

—El protocolo no exige que nadie se arrodille en las reuniones divinas, señorita Morvaren —confesó, con la voz controlada de nuevo—. Pero no puedo negar que aprendes con una rapidez notable.

Me alejé, con el cuerpo aún vibrando por el recuerdo de su contacto.

—Bien jugado —dije con frialdad y precisión—. Te aplaudiría, pero no conviene seguir alimentando ese ego monstruoso que tienes.

Giré en redondo y reanudé la marcha hacia la puerta.

—Pero, la próxima vez que te inventes alguna excusa elaborada para ponerme las manos encima, que sea verosímil por lo menos —añadí.

El silencio que siguió fue para mí una especie de triunfo, breve

pero satisfactorio, hasta que se recompuso y echó a andar. No miré atrás, pero sentí su presencia como una sombra a mi espalda; su desconcierto momentáneo fue una pequeña venganza.

Empujé las enormes puertas y salí al aire fresco de la noche.

—¿Vas a abrir uno de tus portales de la muerte o tenemos que llegar a nado a ese maldito banquete?

—Paciencia, estrellita —dijo con una sonrisa burlona en los labios —. La noche acaba de empezar.

Con un movimiento de muñeca, rasgó la realidad ante nosotros, revelando los remolinos de oscuridad, y me ofreció el brazo, de pronto muy formal.

—¿Vamos?

Vacilé, y luego le posé la mano en el antebrazo.

—Habrá que quitárselo de encima.

CAPÍTULO 25
EL BANQUETE

El palacio de la Prueba se alzaba sobre nosotros, con sus chapiteles de alabastro clavados como dientes en el cielo nocturno. En lo alto flotaban lámparas, al parecer sin ninguna sujeción física; su luz dorada proyectaba curiosas sombras sobre la multitud, a cuyo alrededor se movían los sirvientes con grácil discreción.

—Recuerda —murmuró Xül, con la mano levemente apoyada en mi espalda—: todo es una representación. Lo que ocurra esta noche no solo afectará a los Juicios, sino también al posible lugar en el panteón de los que consigan ascender. Los divinos tienen buena memoria.

Asentí, con la boca seca de repente. Detestaba estar de nuevo en el sitio en el que tantos competidores habían muerto entre gritos, en el que había vislumbrado por primera vez la verdadera crueldad de los Juicios.

Delante de nosotros, las Leyendas y sus competidores formaban una cola dispersa, esperando para entrar en el gran salón. Inspeccioné a los congregados en busca de Thatcher, pero no pude

localizarlo en el mar de elegantes desconocidos.

—Seguro que ha venido —dijo Xül como si me leyera el pensamiento—. Chavore nunca desperdicia una oportunidad de pavonearse.

Fui a contestar, pero se me atragantaron las palabras cuando me fijé en los portales de visualización: los había por docenas, formando ondas en el aire que rodeaba la entrada como si lo distorsionase el calor. Ojos invisibles nos observaban desde todo Voldaris.

—Hay más mirones de lo que esperaba —dije en voz baja.

—Los dominios están ávidos de entretenimiento. —Xül me guio hacia delante mientras la fila empezaba a avanzar—. Quieren ver quiénes medran, quiénes podrían suponer una amenaza, quiénes se muestran prometedores.

—¿Y quiénes no dan pie con bola?

Sus labios esbozaron una sonrisa.

—Exacto.

Cuando llegamos a la entrada vimos a un heraldo junto a un enorme registro, en el que apuntó algo con sumo cuidado.

—Xül, guardián de los condenados, príncipe de Draknavor —anunció con una voz que se propagaba de forma antinatural—. Y su elegida, Thais Morvaren de Cresta Salada.

Entramos en el salón. Colgaban arañas de cristal de techos de una altura increíble, y su luz atravesaba prismas que lanzaban arcoíris danzantes a los suelos de mármol. La mitad del espacio estaba ocupada por mesas largas dispuestas en semicírculo, mientras que la otra mitad estaba despejada.

—¿Dónde est…? —empecé a decir, pero la repentina tensión de Xül me interrumpió.

Al seguir su mirada vi el motivo de la inquietud. Se acercaba una mujer alta y esbelta, de una belleza indómita que su atuendo formal no alcanzaba a contener. Tenía los ojos clavados en Xül.

Nyvora.

—Príncipe Xül —ronroneó mientras llegaba hasta nosotros con unos pocos pasos elegantes—, qué agradable sorpresa. Empezaba a pensar que se te había olvidado cómo salir de tu islita.

—Nyvora —dijo él con una inclinación de cabeza—. Veo que has conseguido escapar por esta noche de la atenta mirada de tu madre.

Su risa era como el veneno, bonita pero cortante.

—Mi madre entiende la importancia de las relaciones sociales. —Posó en mí una mirada que pasó de evaluadora a desdeñosa en un instante—. Y vienes con tu pequeña portadora de estrellas, ¡qué adorable!

Antes de que Xül pudiera responder, la miré a los ojos y sonreí, sin decir nada. La sorpresa brilló en sus ojos: yo no había entrado al trapo. Se volvió hacia Xül.

—Por lo menos está bien entrenada.

—Thais —dijo Xül, poniendo un énfasis deliberado en mi nombre —, te presento a Nyvora, hija de Davina y aesymar de la fauna.

—Mucho gusto, lady Nyvora —saludé con una inclinación.

Entrecerró un poco los ojos, valorando mi respuesta en busca de cualquier atisbo de burla, pero sonrió al no encontrar objeciones que plantear abiertamente. No fue una sonrisa cálida.

—Cuánto me alegro de conocer a una competidora con modales. No sabes cuántos los olvidan.

Una clara advertencia, envuelta en amabilidad.

—Tengo la suerte de contar con un tutor excelente —respondí,

con una oscilación medida entre lo sincero y lo ambiguo.

—Sí, bueno. —Apoyó la mano en el brazo de Xül—. Estoy segura de que tendremos tiempo para conocernos mejor a lo largo de la velada.

Antes de que ninguno de los dos pudiera responder se anunció a otro par de asistentes: Chavore y su elegido, Thatcher Morvaren.

El corazón me dio un vuelco al oír el nombre de mi hermano. Me giré y lo vi entrar, casi irreconocible con su traje formal azul intenso con bordados plateados en el cuello. Chavore se alzaba imponente junto a él, alto y ancho de espaldas, observando el entorno con sus ojos dorados.

La mirada de Thatcher se cruzó con la mía desde el otro lado del salón abarrotado, y nuestro vínculo bulló de alivio y preocupación.

«Estás bien», me transmitió con un pensamiento teñido de inquietud.

«Estoy bien —corroboré—. ¿Y tú?».

«Me las apaño».

—Supongo que la cena se servirá pronto. —La voz de Nyvora me devolvió al presente—. Ven, Xül, he pedido que te sienten con nosotros. —Le tironeó del brazo.

—En realidad —dijo Xül mientras se zafaba con delicadeza—, ya he reservado asientos para mi competidora y para mí. El entrenamiento no termina nunca, como estoy seguro de que ya sabes. Puede que en otra ocasión, Nyvora.

La sonrisa de la mujer se congeló, una grieta en su perfecta compostura.

—Muy bien, pero luego te busco. No creas que voy a permitir que termine esta fiesta sin que hayamos hablado en condiciones.

Me lanzó una última mirada que me pareció contenida y se alejó a paso ligero en dirección a un grupo de Leyendas que se encontraba cerca de un portal de visualización.

—Lo has llevado muy bien —murmuró Xül en cuanto ella estuvo bastante lejos para no oírnos.

—No es precisamente sutil —observé.

—Pocos lo son. —Volvió a posarme la mano en la espalda para guiarme hacia las mesas—. Ven. Tenemos que establecer nuestra posición antes de que empiecen los juegos de verdad.

Mientras cruzábamos la sala me fijé en la cuidadosa disposición de las mesas. Cerca del centro, en el ápice del semicírculo, había una con el emblema de Morthus: una llave negra cruzada con una guadaña plateada.

Xül me apartó la silla, un gesto de una formalidad inusitada. Me senté, y esperaba que él tomara asiento frente a mí, pero lo que hizo fue ocupar la silla que yo tenía al lado. La mesa tenía cuatro servicios; quedaban dos sitios vacíos delante de nosotros.

—Yo creía que las Leyendas se sentarían juntas —dije arreglándome los pliegues del vestido—, no con sus… custodiados.

—No hay regla fija —respondió. Hizo una seña a un sirviente, que regresó en el acto con unas copas cuyo contenido brillaba con un tono azulado—. Pero, esta noche, la impresión que demos es tan importante como la celebración. Todos los que nos miran sacarán conclusiones al ver quiénes se sientan con quiénes.

—¿Y qué mensaje estamos enviando?

Me entregó una de las copas; nuestros dedos se rozaron.

—Que mereces mi atención personal.

Antes de que pudiera asimilar las implicaciones, una voz

conocida se impuso sobre el bullicio.

—Vaya, vaya. Creía que nos esperarías.

Levanté la vista y vi acercarse a Aelix, con Marx al lado. Estaba despampanante con su vestido escarlata oscuro. Mostraba una estudiada expresión de aburrimiento, aunque vi que observaba a los congregados con un destello de interés en los ojos.

—Aelix —saludó Xül—, empezaba a pensar que habías encontrado un compromiso más interesante.

—¿Y perderme este espectáculo de excesos divinos? —Aelix sonrió, apartando una silla para Marx antes de sentarse él mismo—. Ni hablar.

—Señorita Morvaren —dijo Aelix volviendo su atención hacia mí —, te veo notablemente intacta.

—Soy difícil de matar —respondí, y tomé un trago de la bebida luminosa, que sabía a bayas de verano y vino espumoso.

—Eso tengo entendido.

Marx puso los ojos en blanco.

—¿Podemos saltarnos las tonterías crípticas? Me muero de hambre, y sea lo que sea eso —señaló con un gesto a un sirviente que llevaba una bandeja— huele que alimenta.

Como si sus palabras les hubieran dado pie, por todo el salón aparecieron sirvientes cargados de platos de comida indescriptible. Pusieron uno en el centro de nuestra mesa. Parecía de pescado, pero tenía unos colores que no debería poseer ninguna criatura, y estaba dispuesto en espiral.

Mientras comía, dejé vagar la mirada por la estancia. Thatcher compartía una mesa con Chavore, Kavik y varias Leyendas que reconocí de la Elección. Parecía enfrascado en lo que estuvieran

hablando.

—¿Os habéis fijado en que nuestra audiencia ha crecido? —preguntó Aelix—. Ahora hay más portales de visualización que al principio.

Miré a mi alrededor y comprobé que era cierto. Las distorsiones resplandecientes se habían multiplicado, situadas estratégicamente por todo el salón. Observé con un estremecimiento que una flotaba justo sobre nuestra mesa.

—Puede que los demás no hayan venido —dijo Xül en voz baja —, pero nos miran. No se pierden detalle.

—Qué maravilla —comentó Marx entre dientes—. No hay nada mejor que comer bajo el escrutinio de unos mirones inmortales.

A medida que avanzaba la cena, cobraba consciencia de la compleja red de interacciones que nos rodeaba. Hasta el último movimiento parecía coreografiado; hasta la última conversación estaba cargada de significados ocultos. Al otro lado del salón vi a un competidor charlando animadamente con una Leyenda que, a pesar de su sonrisa, ocultaba una expresión depredadora en las comisuras de los ojos. Cerca de ellos, un portal de visualización se reorientó para captar mejor la conversación.

—Darian, de los montes de Teranta —murmuró Aelix siguiendo mi mirada—. El elegido de Kavik. Ha estado intentando ganarse el favor de otras Leyendas, un juego peligroso.

—¿Por qué? —pregunté con cuidado de hablar en voz baja—. ¿Establecer relaciones no forma parte de este… espectáculo?

—Establecer relaciones sí. Mostrarse desesperado y desleal no. —Me rozó la muñeca por debajo de la mesa—. Mira.

La Leyenda se inclinó hacia el joven y le dijo algo que hizo que

su rostro se iluminara de entusiasmo. Con cada palabra, la sonrisa de la Leyenda se ampliaba.

—Qué parlanchín —murmuré.

—Y todo el mundo lo escucha —añadió Xül.

En efecto, al otro lado del comedor, Kavik había reparado en la conversación. Su expresión seguía siendo amable, pero irradiaba una furia gélida. Cuando Darian volvió a su mesa, Kavik se inclinó hacia él y le susurró algo que lo hizo palidecer.

—¿Qué le va a pasar? —pregunté.

—En el mejor de los casos, Kavik se limitará a retirarle su apoyo y tendrá que enfrentarse solo al próximo Juicio. —Aelix se encogió de hombros—. En el peor… Bueno, ocurren accidentes durante el entrenamiento.

Lo cruel que era aquello me revolvió el estómago. La música empezó a impregnar la estancia. Era una melodía extraña y evocadora, interpretada con arpas. La primera pareja se dirigió al centro de la pista: Chavore y Elysia.

—Seguro que follan —observó Marx sin rodeos—. Con bastante entusiasmo, por lo que parece.

Aelix se atragantó con su bebida.

—Tu tacto es, como siempre, notable.

—¿Me equivoco? —preguntó ella desafiante.

—En absoluto —respondió Xül con tono divertido.

Más parejas salieron a bailar; todas ellas se movían con la gracia que caracterizaba a las Leyendas.

—Xül. —Una voz de mujer interrumpió nuestra conversación. Nyvora había vuelto, con expresión de encanto decidido—. No me negarás un baile ahora que han terminado las formalidades del

banquete.

Más que verla, la vacilación de Xül la sentí. Pero se puso en pie, con una exquisita cortesía que enmascaraba cualquier posible reticencia.

—¿Cómo podría rechazar una invitación tan gentil?

Con una sonrisa triunfante, Nyvora lo cogió de la mano y lo condujo a la pista de baile. Los vi alejarse, diciéndome que la opresión que sentía en el pecho se debía a la preocupación.

Giraban al unísono con una cadencia sensual, el cuerpo de Nyvora pegado al de él como si lo conociera palmo por palmo. Y él la guiaba con seguridad. Mantuvo cuidadosamente una expresión neutra mientras ella le hablaba al oído.

—Qué asco —comentó Marx siguiendo mi mirada.

Me obligué a apartar la vista y centrarme en mi copa, ahora vacía.

—Tiene pinta de maniobra política.

—Mmm. —Me estudió con una intensidad inquietante—. ¿Así se llama ahora?

La miré con los ojos entrecerrados, una advertencia silenciosa de la que hizo caso omiso.

—Cuidado, Thais —continuó, bajando la voz para que solo se oyera en nuestra mesa—. Tu cara delata más de lo que crees.

—No sé de qué hablas —respondí con frialdad.

Me dio una patada por debajo de la mesa, lo bastante fuerte para hacerme sobresaltar.

—Mentirosa.

—Señoritas —interrumpió Aelix mirándonos con sospecha creciente—, ¿hay algo que deba saber?

—Claro que no —respondimos al unísono, con lo que solo conseguimos que frunciera aún más el ceño.

—Marx ve visiones —añadí por si las moscas.

Aelix suspiró y cogió su copa.

—Creo que voy a apartarme de esta conversación antes de que tome un cariz más peligroso.

—Sabia decisión —dijo Marx, y levantó la copa en un saludo burlón.

Al otro lado de la estancia vi a Kyren, sentado a una mesa con su tutor. Captó mi mirada y me dirigió un sutil gesto de reconocimiento.

Volví a observar la pista de baile, donde Xül y Nyvora estaban terminando su vals. Él seguía mostrando una expresión neutra, pero su postura indicó alivio mientras la acompañaba fuera de la pista. Nuestras miradas se cruzaron, con una pregunta silenciosa.

«Estoy bien», intenté transmitirle sin palabras. A continuación, se dirigió a nuestra mesa y evitó por los pelos que lo interceptara otra hermosa Leyenda.

—Nyvora te manda saludos —dijo con sequedad, y volvió a tomar asiento.

—Sí, claro —murmuró Marx, con lo que se ganó una mirada fulminante de Aelix.

El resto de la velada transcurrió entre conversaciones cautelosas y vigilancia atenta. Aprendí a detectar las sutiles dinámicas de la política divina en la inclinación de una cabeza, en la posición de una mano, en la distancia prudencial que se mantenía o se traspasaba. Cada interacción era una lección: qué decir, qué evitar, cómo esquivar preguntas incómodas sin ofender.

Cuando el banquete llegaba a su fin, el agotamiento hacía que me pesaran las extremidades, y la alerta constante me pasaba factura. Al otro lado del salón, otros competidores mostraban signos de fatiga similares, mientras que las Leyendas seguían tan frescas como al principio.

—Otra ventaja de la divinidad —señaló Xül al verme mirar—. Una resistencia infinita para las tediosas obligaciones sociales.

—Solo por eso ya vale la pena —respondí con sequedad.

—Va siendo hora de retirarse —dijo poniéndose en pie y tendiéndome la mano—. Hemos cumplido con el protocolo y hemos causado la impresión necesaria.

Acepté su mano y permití que me ayudara a levantarme.

—¿Y qué impresión es esa?

—Como ya te dije, que merece la pena observarte —susurró sin apartar los ojos de los míos.

El peso de sus palabras me cubrió como un manto: en parte era una protección y, en parte, una carga. La excepcionalidad en los reinos divinos implicaba llamar la atención, lo que a su vez implicaba convertirse en objetivo.

Después de despedirnos de Marx y Aelix, nos encaminamos a la puerta. A nuestro alrededor se había aplacado el bullicio, y la velada llegaba a su inevitable conclusión. Los sirvientes de los dioses se deslizaban entre las mesas, recogiendo copas abandonadas.

Cerca del centro del salón volví a ver a Darian. No había dejado de beber desde la reprimenda de Kavik. Un grupo de Leyendas, enfrascadas en una animada conversación, se había reunido en las inmediaciones.

—… la integración avanza sin percances en todos los territorios

—decía uno—. Los sacerdotes permanentes en los campamentos ya están dando resultados.

—Se han descubierto tres nuevos bendecidos entre los soldados, justo a tiempo para los Juicios —añadió otro.

Entonces se acercó Darian, balanceándose ligeramente, y dio un paso hacia el círculo.

—Cabe preguntarse por qué el rey de los dioses considera más probable encontrar bendecidos entre aquellos que se ganan la vida matando.

Las Leyendas se volvieron hacia él con expresiones de leve sorpresa.

—¿Cuestionas los métodos de Olinthar? —preguntó una Leyenda con cautela.

Un destello de lucidez cruzó el congestionado rostro de Darian.

—No los cuestiono. Solo me pregunto…

—¿Insinúas que el rey de los dioses se prepara para la guerra? —La voz de Kavik, que se había acercado en silencio, resonó en la estancia.

—Mi señor, solo quería decir que…

—¿Te crees capacitado para adivinar las intenciones del rey? —dijo Kavik mientras se acercaba con paso medido.

—Creo que he bebido demasiado… —comenzó Darian.

—El vino ha sacado a la luz lo que ocultaba la sobriedad —siseó Kavik—. Dime, ¿qué otras figuraciones sobre los Doce te ofrece tu sabiduría evolucionada?

El salón había quedado en silencio, con todas las miradas fijas en el drama que se desarrollaba. Los portales de visualización cambiaron de sitio para no perderse ni un instante.

—Ninguna, mi señor. Me he expresado mal. Solo quería…

—Impresionar. Hacerte el listo. Resaltar. —Los dedos de Kavik se le acercaron a la mejilla—. Enhorabuena: lo has conseguido.

El espacio que los separaba se desvaneció. Kavik levantó la mano como para ofrecer una caricia amante. Las yemas de sus dedos rozaron la cara de Darian, y la carne chisporroteó bajo ellos.

El joven se convulsionó. Una inspiración temblorosa se le atascó en la garganta, y a continuación se convirtió en un grito mudo. El humo brotaba de su piel en finos remolinos susurrantes. El olor a quemado llenaba el aire.

Los ojos de Darian se clavaron en los de Kavik, muy abiertos y húmedos, bordeados de ampollas. Se le arqueó el cuerpo, con todos los músculos tensos, mientras el fuego lo consumía desde dentro.

A continuación, nada. Los dedos ennegrecidos de Darian se alzaron en vano hacia el techo. Su cuerpo se desmoronó en el suelo, más ceniza que hombre.

Se hizo un silencio absoluto. Nadie se movía. Nadie hablaba. Hasta los portales de visualización parecían contener el aliento, absorbiendo aquella ejecución inesperada.

Entonces Kavik giró en redondo y recorrió con la vista a los competidores congregados.

—En Voldaris, el respeto se valora por encima de todo —dijo con una voz que llegaba a todos los rincones—. No lo olvidéis.

Dicho aquello, pasó por encima del cadáver de Darian y se reunió con las otras Leyendas. Aceptó una copa de vino como si no hubiera ocurrido nada importante. Los sirvientes de los dioses se materializaron para retirar los restos de su antiguo tutelado.

El hechizo se rompió. Se reanudaron las conversaciones, aunque

en voz más baja que antes. Tanto las Leyendas como los competidores siguieron preparándose para partir como si no se acabara de extinguir una vida a causa de un momento de idiotez inducida por el alcohol.

—Venga —murmuró Xül, apretándome la muñeca con suave insistencia—. Tenemos que irnos.

Avancé aturdida, viendo en la mente una y otra vez la última expresión de Darian, aquel momento de comprensión horrorizada.

Al salir sentí el frescor del aire nocturno en la piel, pero seguía ardiendo por dentro.

—Eso ha sido… —comencé, incapaz de encontrar palabras adecuadas para el horror que había presenciado.

—Ha sido justicia divina —concluyó Xül en mi lugar, con una expresión indescifrable—. Rápida y absoluta.

—El chico pretendía impresionarlos —dije con una voz que sonaba distante incluso a mis propios oídos—. Solo quería caerles bien.

—Y esa desesperación lo ha matado —respondió Xül, mirándome a los ojos con una intensidad incómoda—. En Voldaris, dar indicios de necesidad de aprobación es una debilidad que tendrá consecuencias. Tenlo siempre presente, estrellita.

Me recorrió un escalofrío al pensar en lo que significaba aquello, en lo cerca que estábamos Thatcher y yo de acabar igual que aquel chico cada vez que respirábamos.

—Y estás luchando para unirte a este mundo. —Xül me puso la mano en el hombro para hacerme mirarlo a los ojos—. Esto es lo que te espera al final del camino.

—No —susurré de forma automática—. Yo no…

—Claro que sí —dijo con voz suave pero inflexible—. O eso, o mueres. Son las únicas opciones que permite la divinidad.

Antes de que pudiera responder, alzó una mano para rasgar el tejido que separaba los dominios. El portal se abrió ante nosotros; la oscuridad nos llamaba como una vieja amiga.

—¿Fue eso lo que te pasó a ti? —pregunté, incapaz de contenerme.

La irritación cruzó su mirada.

—No sacrifiqué toda mi empatía, estrellita —dijo al cabo de un momento, y me tendió la mano—. Solo la suficiente para sobrevivir.

Deposité mi palma en la suya y el contacto me lanzó un chisporroteo indeseado por las venas. Cruzamos juntos el portal, dejando atrás la resplandeciente fachada de la sociedad divina y todos sus juegos terribles.

Los ojos vacíos de Darian me siguieron a la oscuridad. Cuando salimos por el otro lado, las estancias de obsidiana de la Aguja de Hueso nos recibieron con su frío abrazo. Pero ni siquiera allí, en el corazón del dominio de Xül, pude evitar la desazón que me llegaba a la médula.

—Partimos al amanecer hacia la Ciudad Eterna —dijo Xül en voz baja, irrumpiendo mis pensamientos—. Tengo que ocuparme de unos asuntos, y tú… —hizo una pausa, estudiando mi cara— tienes que ver algo más que la superficie resplandeciente.

—¿Es que no he visto bastante? —se me escapó antes de que pudiera contenerme.

Sus ojos se suavizaron.

—Lo que has visto esta noche no ha sido más que la representación teatral. Mañana nos asomaremos entre bambalinas.

CAPÍTULO 26
THATCHER

—Vamos a Pyros —anunció Chavore. Me pasó el brazo por los hombros—. Es hora de que veas cómo se van de marcha los dioses.

Me había pasado todo el banquete interpretando mi papel, riéndome en los momentos adecuados, haciendo las preguntas correctas, viendo forjarse y romperse alianzas sobre copas de vino que costaban más de lo que la mayoría de los mortales verían en toda su vida. Mi mente estaba llena a rebosar y trataba de procesar todo lo que había averiguado. Lo único que quería era un momento de tranquilidad para repasarlo todo, un momento para comunicarme con Thais a través del vínculo y asegurarme de que le iba bien en Draknavor. Durante la fiesta no habíamos tenido mucho tiempo para hablar.

Pero, en vez de eso, Chavore, Kavik, Nyvora y Elysia me arrastraron hacia un portal resplandeciente.

—No me lo perdería por nada —anuncié con un entusiasmo que no sentía. Busqué con los dedos el pequeño amuleto que me había tallado Sulien años antes y que llevaba escondido en el bolsillo. Un

recordatorio de por qué estaba allí, enfrascado en aquel juego agotador.

El portal nos escupió en una ladera empinada. La roca negra que pisaba estaba caliente. Sobre nosotros, un cráter volcánico coronaba la montaña, y de su cima brotaban humo y chispas a intervalos regulares. Delante de nosotros, un estrecho camino serpenteaba cuesta arriba hacia una catarata de lava.

—Bienvenido al salón de baile más codiciado de todo Voldaris —declaró Kavik, que abrió los brazos en un gesto teatral.

Fingí una risotada, aunque no le veía la gracia a estar junto al dios que había ejecutado a su pupilo unos minutos antes. Y ahora Kavik tenía ganas de fiesta.

Al subir, el camino volcánico me quemaba la suela de los zapatos. Aquel era el dominio de Pyralia. Fuego y pasión. El sudor me corría por la espalda, pero ninguno de los dioses parecía sentir la menor incomodidad. No pude evitar acordarme de los veranos de Cresta Salada: todo el pueblo parecía moverse más despacio, y los pescadores salían a faenar antes del alba para esquivar lo peor del calor. Todos lo sufríamos juntos.

—Fíjate en esto —dijo Kavik cuando llegamos a la cortina de lava. Dio un paso al frente y levantó las manos, y el flujo de roca fundida se abrió como una cortina de agua para dejar un túnel a la vista—. Es un sistema de seguridad. Todo el mundo es bienvenido, siempre que venga acompañado de un residente de Pyros.

—Impresionante —respondí con la sonrisa falsa que me había acostumbrado a mostrar.

Atravesamos la abertura y el rugido de la celebración me golpeó como una ola. El interior de la caverna volcánica se había

transformado en un extenso antro de placer. Había estanques de lava que emitían una luz pulsante al ritmo de la música, que parecía proceder de la propia montaña. Los seres divinos bailaban en plataformas suspendidas sobre el magma, con movimientos gráciles y desinhibidos. Seres forjados a partir del fuego mezclaban bebidas que escupían chispas y volutas de humo.

—Aquí —anunció Chavore con una sonrisa— es donde se relajan los dioses.

Kavik nos llevó a un rincón privado, bajo el cual se extendía el salón principal. Los mullidos asientos rodeaban una mesa de vidrio volcánico. Unos sirvientes aparecieron para traernos bebidas humeantes.

Di un trago cauteloso. Quería mantenerme alerta, pero, si me negaba, llamaría la atención. Sabía a fuego líquido y canela.

—Entonces… —En cuanto nos sentamos, Chavore se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas, y habló con una voz grave que me recordó a los comandantes militares que visitaban Cresta Salada de vez en cuando—. Cuéntame, Kav. ¿De verdad era necesario matar a tu competidor?

Al oírselo preguntar con tanta indiferencia casi me atraganté con la bebida.

La sonrisa de Kavik se endureció.

—¿Pretendes decirme que tú habrías dejado pasar semejante insulto a tu padre? Vamos, Chav.

—Desde luego que no —respondió Chavore, que se alisó el pelo con la mano—. Pero una cosa es disciplinar y otra excederse.

Kavik soltó una risotada y empujó el hombro de Chavore con tanta fuerza que a un mortal lo habría hecho salir volando.

—¿Qué puedo decir? —Al abrir los brazos estuvo a punto de tirar la bebida—. ¡Hago las cosas a lo grande, colega! La vida es muy larga y hay que procurar no aburrirse. —La luz de la lava reflejada en sus ojos les confería un color rojo sangre—. Además, no todos tuvimos la suerte de que nos tocaran aprendices que supieran comportarse. Tu chaval —me señaló con un gesto seco de la barbilla — sabe cuándo tiene que hacer una reverencia y cuándo puede hablar. Darian creía que su cara bonita lo protegería de las consecuencias de sus actos.

Con la copa en los labios, sonreí para que lo interpretasen como diversión contenida. No se me escapaba lo contradictorio de la situación, lo fácil que me había resultado meterme en el papel de discípulo respetuoso mientras alimentaba unas intenciones muy distintas. Cuando de día encandilaba a los ancianos del pueblo y luego me pasaba las noches en la taberna, la gente me acusaba de hipocresía. Sulien siempre me había defendido: «No es que tenga dos caras; es que sabe desenvolverse en mundos diferentes». Deseé que pudiera verme en aquel momento, desenvolviéndome en el mundo más peligroso imaginable.

Miré de reojo a Nyvora y a Elysia. Las dos tenían sus propios competidores, pero no habían asistido con ellos. Yo era el único mortal invitado a aquella salida, y no dejaba de preguntarme por qué.

—Hablando de pupilos y tutores —dijo Kavik arrastrando las palabras, tras centrar la atención en Nyvora—. ¿Qué es eso que he oído de que últimamente rondas a Xül como un halcón al acecho?

Nyvora rio con un sonido musical al que asomaba una nota de fragilidad y se recolocó la gargantilla de diamantes.

—Una mujer puede cambiar de opinión, querido. Si nuestra dulce Elysia reclama para sí un príncipe —señaló a Chavore con un gesto —, ¿por qué no voy a apuntar yo igual de alto? —Calló e hizo girar la bebida con más fuerza de la necesaria—. Además, mi madre está cada vez más insoportable. Preferiría acostarme con la mismísima muerte antes que pasar un año más como la chica de los recados de Davina.

En la mesa se hizo el silencio; aquella franqueza sin tapujos había pillado por sorpresa incluso a los dioses.

—¿Sabéis que he tenido que mentirle sobre dónde estoy ahora mismo? —prosiguió Nyvora—. Le dije que iba a revisar unos informes de fertilidad. Porque, al parecer, saber qué mortales follan durante el equinoccio de otoño es un mejor uso de mi tiempo que venir aquí.

Elysia abrió mucho los ojos y a Kavik se le escapó un silbido.

—Vaya, Nyv —dijo, y alzó la copa—. Sin pelos en la lengua, ¿eh?

—Solo soy pragmática —respondió Nyvora—. Pronto lo tendré comiendo de mi mano.

—Te deseo suerte —resopló Kavik—. El príncipe de la muerte no es conocido precisamente por la calidez de su corazón.

Nyvora puso los ojos en blanco.

—Cuando te crías con una persona difícil, aprendes a tratar con la gente así —respondió.

Chavore la estudiaba con un interés renovado.

—Y yo que creía que disfrutabas siendo la mano derecha de Davina.

—Oh, sí, seguro. —La voy de Nyvora rezumaba sarcasmo—. No hay nada que me guste más que organizar fiestas de la cosecha.

Justo lo que soñaba de pequeña: ser la planificadora de eventos de mi madre para toda la eternidad.

—Príncipe o no —Kavik intentaba a toda costa llevar la conversación a un terreno menos peligroso—, Xül sigue siendo el cabrón más inaguantable del puto universo. Va por Voldaris pavoneándose como si le perteneciera. Ya, lo pillamos. Eres especial, has ascendido, felicidades. Ahora, cállate y deja de dar la lata.

A Chavore le tembló la mandíbula.

—¿Sabes una cosa, Kav? —Habló en voz baja, pero había acero en sus palabras—. Él es el único de nosotros que ha tenido que trabajar para alcanzar la posición que ocupa. Los demás… —señaló alrededor de la mesa— heredamos el poder al nacer; nunca nos han cuestionado ni nos han puesto a prueba.

El comentario cayó en la conversación como una losa y provocó ondas de tensión que hasta yo pude sentir.

Los dedos de Elysia se posaron en el brazo de Chavore, un contacto suave pero posesivo.

—Querido —ronroneó con una voz dulce como la miel, pero que contenía una nota de aviso—, no podemos cambiar las circunstancias de nuestro nacimiento, ¿verdad? La divinidad es un regalo, no una carga por la que haya que pedir disculpas. —Su sonrisa fue radiante pero premeditada—. Y tu padre demostró una piedad excepcional al permitir que Xül ascendiera, sobre todo después de la… decepcionante elección de Morthus. —Se volvió para dirigirse a toda la mesa y sus palabras adquirieron un tono reverente —. Nuestro rey es un auténtico ejemplo de moderación.

Me mordí el interior de la mejilla. La palabra «moderación» aplicada a Olinthar me retorció las tripas, un complejo nudo de dolor,

rabia y el terrible conocimiento de lo que era él en realidad.

—Sí —respondió Chavore con voz inexpresiva mientras apuraba su vaso—. Si algo define a mi padre es su compasión.

Lo miré de reojo, sorprendido por el tono de su respuesta, y me asombró ver que hacía un gesto despectivo, tan breve que fue casi imperceptible, pero, aun así, inconfundible.

Antes de que pudiera procesar lo que había visto, Kavik se levantó y señaló a un grupo de bailarines. Una mujer con una brillante mata de pelo rojo se movía en el centro; bajo la luz volcánica, su piel relucía con tonos cobrizos.

—Venga, es hora de que el príncipe de Voldaris me acompañe a ligar —anunció Kavik con un codazo a Chavore—. He visto allí a Teanna.

Chavore se rascó la cabeza, dubitativo, pero al fin asintió.

—De acuerdo.

—No tardes mucho, querido —dijo Elysia; sus palabras fueron una orden musical y no una petición—. Quiero bailar a medianoche bajo la erupción.

Chavore volvió para darle un largo beso en los labios, con la mano apoyada en su cintura.

—Guárdate los mejores pasos para mí —murmuró sin apartar los labios, y a continuación siguió a Kavik para adentrarse entre la muchedumbre.

Nyvora se estiró como un gato satisfecho, y luego se puso en pie.

—Bueno —suspiró mientras se arreglaba el vestido, que no lo necesitaba—, algunos tenemos que dormir para mantener la perfección. —Deslizó la mirada hacia Elysia—. Al fin y al cabo, no

todos estamos bendecidos con una belleza inevitable. —Recogió sus cosas—. Me esperan de madrugada para el ritual del despertar. No permitan los dioses que llegue tarde.

La amargura de sus palabras era inconfundible. Hasta Elysia pareció darse cuenta y frunció su perfecto entrecejo.

—Espera. —Se levantó con un movimiento grácil y se acercó a Nyvora. Levantó la mano y le tocó la mejilla con las yemas de los dedos. Un suave resplandor dorado emanó del punto de contacto y se extendió por la piel de Nyvora.

Las sutiles señales de cansancio, como las ojeras casi imperceptibles y los hombros un poco caídos, desaparecieron sin más. Toda Nyvora pareció brillar, como si su piel se hubiera vuelto más luminosa, más perfecta aún que unos segundos antes.

—Ya está —dijo Elysia. Dio un paso atrás para admirar su obra—. Eso te debería durar hasta que terminen los aburridos rituales de mañana. No podemos permitir que Davina, además de todo lo que te exige, encuentre el menor fallo en tu aspecto.

Nyvora se tocó la mejilla.

—Qué generosa —dijo con tono neutro—. Aunque estoy segura de que mi madre encontrará alguna otra cosa que criticar.

—Salúdala de mi parte —pidió Elysia mientras se acomodaba de nuevo en su asiento.

—Muy bien —respondió Nyvora con una sonrisa forzada, y se encaminó a la salida.

Y así, de pronto, estaba a solas con Elysia.

Se volvió hacia mí con una sonrisa peligrosa. La luz inconstante de las llamas se le reflejaba en los ojos.

—Entonces, Thatcher Morvaren… —Por cómo pronunció mi

nombre comprendí que me había estado estudiando—. ¿Qué te parece la vida entre los divinos?

—Educativa —respondí. Tenía que elegir las palabras con mucho cuidado.

—Me imagino que debe de ser un poco abrumadora. —Se movió para acercarse más—. Tantas novedades y maravillas que experimentar… —Los dedos acariciaron el borde de su copa, a escasa distancia de mi mano—. Nuevos… placeres que descubrir…

Me recorrió con la mirada sin la menor inhibición. Imposible malinterpretar lo que sugería. No dejé de sonreír con cordialidad, pero por dentro me tensé. Estaba acostumbrado a que las mujeres me prestaran atención en las tabernas portuarias, pero en esa ocasión se trataba de algo distinto: una mirada calculadora, acostumbrada a obtener lo que deseaba. Además, mantenía una relación con Chavore, quien, pese a todo, parecía tenerle un cariño sincero.

—¿Ves algo que te interese? —preguntó señalando el jolgorio con una mano exquisitamente cuidada, aunque sin apartar los ojos de los míos—. Los dominios divinos ofrecen placeres ilimitados. Y, en cuanto asciendas —añadió con absoluta certeza—, tendrás toda la eternidad para probarlos. Puede ser buena idea echar antes un vistazo.

—Y, si un mortal probase esos… placeres antes de ascender, ¿qué consecuencias tendría?

Esbozó una extraña sonrisa.

—Muy graves —respondió—. Los mortales que olvidan cuál es su lugar aprenden enseguida dónde están los límites.

—¿Por ejemplo? —insistí, tratando de mostrarme curioso e

inocente.

—Cuando era niña —me dijo Elysia entre susurros, con los labios casi rozándome la oreja—, hubo un incidente. Una Leyenda se interesó por una mortal. Antes de saber si había quedado embarazada, los aesymar intervinieron. Ambos fueron ejecutados. —Sacudió la cabeza y una cascada de luz dorada se derramó por sus rasgos perfectos—. No podían arriesgarse a que hubiera más mestizos en el mundo. Los bendecidos ya agotan nuestros recursos con sus necesidades interminables. No te ofendas. —Bebió un trago y el líquido proyectó un resplandor en su garganta—. Además, tengo entendido que el poder de la sangre divina destroza a las mortales desde dentro. Casi ninguna sobrevive al parto. —Encogió los hombros con un gesto elegante—. Se mire como se mire, es una crueldad. Algunos límites existen por una buena razón.

Sepulté en mi interior la cólera que amenazaba con estallar.

Me obligué a pensar en el presente y me acerqué más a Elysia. Era una buena oportunidad para reunir información, y nada más. Hice aflorar la sonrisa que había arrancado secretos a mozas de los puertos y a hijas de mercaderes.

—¿Y qué tal es ir del brazo de un príncipe? Debes de ser la envidia de todas las damas de Voldaris.

La pregunta hizo que se le iluminaran los ojos de placer.

—El propio rey me seleccionó para su hijo. —Casi resplandecía de orgullo—. ¿Te lo imaginas? Ni mi padre ni mi madre son de los Doce, y, aun así, Olinthar en persona aprobó nuestra unión. —Se inclinó hacia mí como si fuese a compartir el mayor secreto del mundo—. Le dijo a Chavore que yo encarnaba el equilibrio perfecto entre la belleza y la ambición.

Asentí para animarla a continuar mientras en mi mente sopesaba lo que me había dicho. La adoración por Olinthar era más profunda de lo que me había imaginado. Incluso los que sufrían bajo su mano parecían ansiosos de obtener su aprobación.

—Muchos decían —siguió con una enorme sonrisa triunfante— que yo jamás podría aspirar a la familia real. Y, sin embargo, aquí estoy.

Elysia siguió susurrándome confidencias sobre los grandes planes que tenía Olinthar para su futuro, y mientras tanto yo la estudié, más allá de su obvia belleza, en busca de las pistas sutiles que delataban sus inseguridades, sus ambiciones. Todo el mundo tenía debilidades, incluso los dioses. Averiguarlas era cuestión de paciencia y observación.

CAPÍTULO 27
LA CIUDAD ETERNA

—Llegas tarde —dijo Xül sin volverse. Su silueta se recortaba contra el cielo carmesí, y el poder se enroscaba a su alrededor como una serpiente inquieta.

—Tres minutos. —Me encogí de hombros y bajé a la arena.

En vez de responder, extendió la mano. Delante de él, el aire titiló y se rasgó, abriendo una herida en la realidad.

—Este es distinto —dije observando los bordes irregulares del portal.

—Otro destino, otro portal —aclaró con un gesto de impaciencia al verme vacilar antes de pasar al otro lado.

—¿Por qué no puedes decirme…?

—Estrellita —dijo con tono amenazador—, o cruzas por ti misma, o te hago cruzar. Tú decides.

Le lancé una última mirada fulminante y entré en el portal. El frío me envolvió; un millar de dedos invisibles me recorrían la piel mientras la oscuridad consumía mi visión.

Entonces, la tierra firme se materializó bajo mis pies y avancé

dando tumbos, jadeante, en busca de un aire que de repente parecía escasear.

Había ido a parar a un atracadero de madera oscura. Enormes barcos de velamen negro se alineaban en los muelles, y la dársena estaba salpicada de embarcaciones de menor tamaño. El aire olía a salmuera y tenía un regusto metálico que se me pegaba a la garganta.

Xül emergió detrás de mí, y el portal se cerró.

—Los atracaderos exteriores —anunció mientras avanzaba a zancadas—. A cinco horas por tierra de la Aguja de Hueso.

Lo seguí al trote, con la irritación aumentando a cada paso.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué no nos hemos transportado directos a la ciudad?

—Cada uno de los doce dominios tiene determinadas protecciones en su capital —explicó con un tono que indicaba que yo debería saberlo—. Solo Morthus puede abrir portales en la Ciudad Eterna. —Señaló una elegante embarcación de obsidiana en el muelle más alejado—. Recorreremos el resto del camino en mi barco.

—En tu barco. —Pestañeé—. Tienes un barco.

—¿Creías que iba a pie a todas partes? —Su voz estaba teñida de diversión.

—Pensaba que simplemente… aparecías. Con un montón de fanfarria y un estilo innecesario.

—Solo cuando la situación lo requiere. —La media sonrisa que le rozó los labios desapareció en un instante—. El viaje dura una hora más o menos. Intenta no caerte por la borda.

Puse los ojos en blanco y lo seguí por el muelle.

—Aún no me has dicho a qué vamos a la ciudad. Ni por qué tengo que acompañarte.

—He pasado mucho tiempo alejado de ti, del entrenamiento, y he pensado que visitar estos parajes también puede ser una lección. —Hizo una seña, y un grupo de sirvientes umbríos se materializaron desde debajo de la cubierta y empezaron a solidificarse.

—Además —siguió mientras subía por la pasarela, con el abrigo ondeando a su espalda en la brisa salada—, tenemos cosas que hacer en la ciudad cuanto antes.

—¿Qué cosas?

—Estrellita —se detuvo y volvió la cabeza hacia mí—, ¿alguna vez te han dicho que haces demasiadas preguntas?

—¿Y a ti que eres insufriblemente enigmático?

Sus labios se estiraron por las comisuras.

—Puede que me lo hayan dicho, sí.

Luego se dirigió con paso firme al timón para dar órdenes a la tripulación de umbríos y me dejó a solas con mi frustración y la inquietante certeza de que me esperaba algo mucho peor que una simple visita a la ciudad.

El barco surcaba las olas, casi sin dejar estela en aquellas aguas oscuras como la sangre. Me quedé junto a la baranda, observando las extrañas criaturas luminiscentes que nadaban bajo la superficie: seres parecidos a medusas, pero que se movían con una decisión inquietante, arrastrando tras de sí los brillantes tentáculos.

—Son fragmentos de almas —dijo Xül desde detrás de mí; se había materializado tan en silencio como los umbríos—. Trozos que se desprenden durante las transiciones difíciles.

—Es espantoso —dije sin volverme.

—Acaban por reintegrarse. Nada se pierde del todo en Draknavor. —Se puso a mi lado y apoyó las manos en la baranda.

La nave viró ligeramente, obedeciendo las órdenes de Xül.

—Pareces sorprendida —me dijo mientras yo observaba a la tripulación.

—No te tenía por marinero.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, estrellita.

—¿Y quién tiene la culpa?

—Es verdad. —Suspiró.

Permanecimos en silencio mientras él miraba el horizonte, con el perfil recortado contra el cielo carmesí. Allí estaba diferente: irradiaba una seguridad que iba más allá de su arrogancia habitual. En su barco, en su elemento, parecía casi en paz.

—¿Cuándo aprendiste a navegar? —pregunté, y hasta yo me sorprendí.

Tardó un poco en contestar; tenía la mirada perdida en algún punto lejano.

—Cuando aún era mortal —dijo al fin—. Antes de los Juicios. Una de las pocas habilidades de aquella época que aún valoro.

Me lo quedé mirando; no me esperaba que hablase de su pasado.

—Nunca mencionas esas cosas.

—No hay nada que decir. —Su tono indicaba lo contrario—. Era una vida muy distinta.

—Pero fuiste mortal, igual que yo —insistí para aprovechar la infrecuente ocasión.

—Nunca fui como tú. —En sus palabras no había malicia, solo convicción—. Desde pequeño sabía en qué estaba destinado a

convertirme.

—¿En el guardián de los condenados?

—En el hijo de mi padre. —Hizo un gesto al timonel para que ajustara el rumbo—. La parte mortal fue… un engorro.

—¿Y tu madre? —me atreví a preguntar, recordando las insinuaciones de Miria sobre el pasado de Xül—. ¿También era un engorro?

En su mirada se formó una tormenta y, por un momento, pensé que me había excedido. Pero en su cara no apareció la ira, sino una mezcla de dolor y respeto.

—No —dijo en voz baja—. Es una persona excepcional. —Dio media vuelta, zanjando la conversación—. En tu aldea trabajabas con barcos, ¿verdad? ¿Barcos ostreros?

El repentino cambio de tema me pilló por sorpresa.

—Sí, pero no eran como este.

—El principio es el mismo. —Señaló hacia la proa—. Vamos, llévalo tú.

—¿Qué?

—A no ser que te dé miedo.

Era imposible pasar por alto el desafío de su voz. Lo seguí hasta la plataforma elevada, donde un umbrío manejaba el gigantesco timón. En respuesta a un gesto de Xül, la criatura se desvaneció.

—Adelante. —Xül me colocó ante el timón—. Siente la corriente que nos empuja por debajo.

Me esforcé para no ponerme tensa mientras sus manos me movían los hombros, las caderas. Era un contacto impersonal, más bien clínico, pero mi cuerpo reaccionaba de todas formas, y por él se extendió una calidez traicionera.

¿Qué diría Thatcher si pudiera verme, si pudiera sentir la confusa maraña de emociones que surgía cada vez que tenía cerca a Xül? Repulsión, lo más probable. Horror ante la idea de que pudiera sentir algo diferente al odio hacia uno de ellos.

Aunque empezaba a preguntarme si Xül era de verdad uno de ellos. A veces parecía encontrarse en un complejo término medio.

—Estás distraída —comentó, interrumpiendo mis pensamientos. Era cierto, pero no como él suponía.

Durante un extraño momento, permanecimos juntos, como suspendidos en el tiempo, guiando la embarcación a través de unas aguas que lamían el casco con demasiada calma. Casi podía olvidar que éramos un tutor y su discípula, un dios de la muerte y una mortal, un captor y una cautiva. Y era un problema al que no estaba preparada para enfrentarme.

—Ahí —dijo de pronto, rompiendo el hechizo. Extendió el brazo por delante de mí, apuntando al horizonte.

Al principio no vi nada más que una niebla carmesí, pero entonces se disipó.

La Ciudad Eterna se alzaba entre las olas, torres de ónice y plata que se elevaban en espirales hasta una altura imposible, esculpidas en los acantilados de piedra negra. Millares de luces resplandecían en la superficie, desde el atracadero de la base hasta el palacio que coronaba su cima.

—Bienvenida al lugar en el que me crie —dijo Xül en voz baja. Su expresión había cambiado una vez más para adoptar la fría máscara de autoridad que llevaba como una armadura. La breve conexión entre nosotros se evaporó tan deprisa como se había formado—. No olvides cuál es tu sitio, estrellita.

El recordatorio me dolió más de lo que debería.

—Como si pudiera.

Sus ojos se encontraron con los míos y atisbé un destello de cansancio en sus profundidades.

—Bien. Porque tampoco lo olvidará nadie más.

Al acercarnos al muelle reservado para la nave de Xül, me di cuenta de que ya estábamos llamando la atención. Los umbríos interrumpieron sus tareas; las deidades menores se congregaban en el puerto, todos observando nuestra llegada con interés indisimulado.

—Prepárate —murmuró mientras el barco se deslizaba hacia las amarras—. La Ciudad Eterna lo recuerda todo… y no perdona nada.

Dichas aquellas reconfortantes palabras, se alejó y me dejó sola al timón mientras nos adentrábamos en la penumbra del dominio de la muerte.

Los muelles eran un caos, una sinfonía de sonidos, aromas y sensaciones que hacían que la Aguja de Hueso pareciera tranquila en comparación. Los estibadores umbríos se movían con rapidez, amarrando navíos y descargando mercancía.

Pero lo que me llamó la atención fue lo que no había. Las extrañas pausas en el movimiento, la forma en que los umbríos se detenían de vez en cuando para interaccionar con… nada. Con el aire.

—Almas —explicó Xül, siguiendo mi mirada—. Existen en un estado distinto, perceptible para quienes transitan la fina línea entre la vida y la muerte, pero no para los vivos.

Me recorrió un escalofrío a pesar del calor.

—¿Están aquí? ¿Ahora mismo?

—Están por todas partes. Todas las almas que han abandonado la vida. —Su voz se suavizó—. Draknavor es un umbral entre estados. Lo que ves es tan solo una capa de la realidad.

Me quedé mirando los espacios entre las personas. ¿Cuántas almas pasaban a nuestro lado, incluso en aquel momento, atrapadas en la frontera entre la vida y lo que viniese después? La pregunta surgió por sí sola de mis labios.

—Si alguien a quien conocía hubiera muerto, ¿podría…?

—No —respondió en tono amable pero tajante—. Hay abismos que ni aquí pueden salvarse. Los vivos no pueden llegar a los que están en transición, por mucho que lo deseen.

De algún modo, la inesperada amabilidad de su tono lo empeoró. Tragué saliva y me obligué a arrinconar la imagen de Sulien que me llenaba la cabeza.

—Claro. Normal.

La expresión de Xül me indicó que había entendido más de lo que me gustaría. Sin decir nada más, dio media vuelta y emprendió la marcha, seguro de que yo iba a seguirlo.

Apenas empezábamos a subir desde el puerto cuando Xül dio un giro brusco en la carretera principal y tomó una callejuela.

—¿Adónde vamos? —pregunté apretando el paso para seguirle el ritmo.

—Un desvío necesario —fue su única respuesta mientras recorría con los ojos los establecimientos que flanqueaban el estrecho camino.

Era muy distinto de las grandes avenidas que acabábamos de dejar atrás: los edificios se apoyaban unos en otros como si

compartiesen secretos, sobre vetustos cimientos que parecían haber surgido de la roca madre en lugar de haberse erigido sobre ella. A ambos lados se veían tiendas estrechas con letreros descoloridos, la mayoría de las cuales parecían haber resistido el paso de los siglos.

Sin previo aviso, Xül se detuvo ante un establecimiento pequeño y discreto, encajonado entre un negocio de encuadernación y lo que parecía una botica. La fachada estaba desgastada por el tiempo, y su única ventana dejaba ver un oscuro interior con tarros de cristal alineados en las estanterías. No tenía un letrero que anunciara su función, solo una sencilla espiral tallada en la piedra, sobre el umbral.

—Un momento —dijo Xül.

Empujó la puerta, liberando una nube de aroma dulce y especiado que nos envolvió como un cálido abrazo. Por dentro, la tienda era aún más pequeña de lo que parecía, justo lo suficiente para un mostrador, unas cuantas estanterías atestadas de frascos y un sencillo banco de trabajo donde algo burbujeaba en una olla de cobre.

—Vaya, vaya. —Una voz atronadora rompió la calma del establecimiento—. ¡Ha vuelto el príncipe pródigo! Veo que sigues con ese aire más serio de lo que te conviene.

Cuando quien hablaba salió de la trastienda, me encontré frente al ser más extraño que hubiera visto hasta entonces en aquel reino. Casi tenía aspecto de umbría, aunque era mucho más corpórea: una anciana cuya piel era de un color plata oscuro. Tenía los ojos negros por completo y su cabello se movía al margen de las corrientes de aire, formándole dibujos en la cabeza.

—Nyxis —saludó Xül, y estuve a punto de pegar un respingo al

oírlo; toda la gélida autoridad, toda la distante arrogancia, habían desaparecido, sustituidas por algo sospechosamente parecido a la calidez—. Veo que sigues castigando con tus comistrajos a los clientes incautos.

—¿«Castigando»? —Se rio—. El día en que rechaces uno de mis «comistrajos» será el día en que las aguas del mar negro se vuelvan cristalinas. —Rodeó el mostrador con una agilidad sorprendente y levantó la mano para acariciarle la mejilla como a un niño—. ¿Cuántos años tendrán que pasar antes de que visites a tu vieja Nyxis sin que sea porque te obliga una crisis u otra?

Para mi absoluto asombro, Xül se sometió a este trato sin protestar. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba en lo que podría ser una sonrisa.

—Tengo mucho que hacer.

—¡«Mucho que hacer»! ¿Lo has oído? —Se volvió hacia mí con aire conspiratorio—. Como si ascender a la divinidad y convertirse en guardián de los condenados fuera suficiente excusa para desatender a la anciana que le secaba las lágrimas de las mejillas.

La media sonrisa de Xül se desvaneció.

—Nyxis…

—Y esta, ¿quién es? —interrumpió, mirándome con sus extraños ojos—. No me digas que por fin has encontrado a alguien dispuesto a tolerar esa forma de ser tan arisca.

—Es mi pupila —se apresuró a corregir Xül—. Para los Juicios.

—¡Ah! —Extendió una mano hacia mí y se la estreché sin dudarlo. Su piel parecía de terciopelo caliente—. Soy Nyxis, querida. A este lo conozco desde que era tan pequeño que cabía debajo del mostrador.

—Thais —me presenté; me sentía a gusto pese a lo chocante de la situación—. Y no sabía que Xül hubiera sido nunca tan pequeño como para esconderse en ningún sitio.

Su risa volvió a llenar el local.

—Huy, ¡te sorprenderías! Esta tienda lo ha visto de todos los tamaños, lo que incluye aquella vez, cuando no me llegaba ni al codo, que intentó robar un tarro entero de caramelos.

—Tenía seis años —intervino Xül algo avergonzado—. Y pensaba pagarlo.

—¿Con qué? ¿Con los botones de tu abrigo? —bromeó Nyxis. Se puso detrás del mostrador—. Aún no dominabas esa mirada imperiosa que usas ahora para salirte con la tuya. —Alargó la mano hacia un tarro de cristal lleno de caramelitos ambarinos—. Supongo que te siguen gustando.

Xül asintió una vez y ella echó varios, con destreza, en un pequeño cucurucho de papel.

—Espera —dije al caer en la cuenta—. ¿Me has arrastrado a la capital de la muerte por unos caramelos?

Xül me lanzó una mirada que podría haber sido fulminante de no ser por la leve curvatura de sus labios.

—No son simples caramelos.

—Desde luego que no —convino Nyxis con severidad fingida—. Son mi especialidad, perfeccionada a lo largo de siglos. —Me guiñó un ojo.

—¿Cómo descubriste este sitio? —le pregunté a Xül, con verdadera curiosidad por aquel inesperado atisbo de su pasado.

—Estaba explorando la zona baja de la ciudad, desobedeciendo órdenes directas, cómo no. Me las había arreglado para

desembarazarme de mis tutores.

—Más bien les diste esquinazo —corrigió Nyxis, y cerró el paquete con un hábil giro—. Entraste como una exhalación, con tres guardias pisándote los talones, con los ojos como platos y desesperado por encontrar un sitio en el que esconderte.

—Fue al azar —explicó Xül, aceptando el paquete.

—Esta tienda se convirtió en su refugio —dijo Nyxis con voz más suave—. Un lugar donde hasta el príncipe de Draknavor podía ser un simple niño durante un rato.

Un entendimiento silencioso cruzó entre ellos, una mirada cargada de historia que yo no podía comprender. Por un instante, casi divisé la sombra de la persona que podría haber sido Xül en otra vida en la que no lo hubieran moldeado el deber y la oscuridad.

—Solo me venía bien por la situación —dijo Xül, aunque la excusa me sonó hueca hasta a mí—. Y los dulces no estaban mal.

—¡Que no estaban mal! —Nyxis fingió indignación—. ¿Dice eso el chico que una vez se comió tantos que se puso enfermo y tuvieron que llevarlo a casa con su madre?

Xül se encogió al oírla y tomé nota de esa debilidad inesperada, su aparente afición por los dulces, por si me hacía falta más adelante.

—Eso solo pasó una vez —dijo entre dientes.

—Una vez fue bastante para la pobre Osythe. —Nyxis se volvió hacia mí de nuevo—. Se quedó blanco como la nieve y se quejaba de que se estaba muriendo.

—¿Comiste tantos dulces que te pusiste enfermo? —pregunté sin poder evitarlo.

—Era un niño —respondió con rigidez—. Aún no había aprendido

el concepto de la moderación.

—Seguro que hay quien dice que sigues sin aprenderlo —comentó Nyxis enarcando una ceja—. Ahora, cuéntame qué tal van los Juicios. Ya sabes que nunca soy capaz de asistir.

Xül suspiró, aunque sin verdadera exasperación.

—Bueno, está claro que la chica sobrevivió al primero.

Nyxis me observó con interés renovado.

—Es toda una hazaña. Los Juicios de Davina siempre han sido muy duros, y si a eso le añadimos a Thorne… —Se estremeció.

—Fue… instructivo. Me las apañé.

—Es luchadora; eso hay que reconocerlo —añadió Xül con una sonrisa burlona—. Lanzó un cuchillo de luz estelar y le atravesó el corazón a un tipo.

—¿Una portadora de estrellas? —preguntó Nyxis con cara de estar encantada—. No me extraña que la eligieras. —Se inclinó hacia mí desde el otro lado del mostrador y bajó la voz con tono conspirador—. De niño se pasaba horas mirando el cielo, ¿sabes? Incluso en un dominio como este, siempre le encantaron las estrellas.

Xül carraspeó.

—Deberíamos irnos. Hay asuntos que requieren mi atención.

—Como siempre. —Nyxis se puso seria—. Pero recuerda, principito, que hasta el guardián de los condenados necesita dulzura en su vida de vez en cuando. —Me dio una palmadita en la mano—. Puede que ella te lo recuerde.

—Lo dudo —dije con sequedad—. No soy muy dulce, que digamos.

—Los mejores nunca saben que lo son. —Me guiñó un ojo y se

volvió hacia Xül—. Déjate ver por aquí de vez en cuando, chico. La eternidad es demasiado larga para pasarla en las sombras.

—Ha sido interesante —comenté mientras volvíamos a la callejuela.

—Ha sido una pérdida de tiempo —respondió, aunque se guardó el paquete de caramelos en el bolsillo interior—. Pero hay que respetar las tradiciones.

—Hasta has sonreído ahí dentro. No creía que tu cara fuera capaz de eso.

Me taladró con la mirada, sin rastro de calidez.

—No te acostumbres.

—Demasiado tarde. Ya lo he visto y no puedes evitarlo. —Igualé su paso—. El temible príncipe de la muerte es un goloso y tiene una abuela adoptiva que lo llama «principito». Mi mundo ha cambiado para siempre.

—Como se lo cuentes a alguien…

—¿Qué me vas a hacer? ¿Darme caramelos hasta que me ponga enferma? —No podía resistirme a provocarlo cuando por fin había encontrado una grieta en su inexpugnable fachada—. ¿Sabe Morthus que su aterrador hijo se escondía debajo del mostrador de una tienda de golosinas?

—Fue él quien me encontró allí —respondió para mi sorpresa—. No se enfadó como me temía; solo se sentó a mi lado, probó un caramelo de Nyxis y me felicitó por mi carrera delictiva.

Me eché a reír. No esperaba que me hablase con tanta sinceridad.

En las infrecuentes ocasiones como aquella, dentro de mí se desataba un conflicto.

Representaba todo aquello que había jurado destruir: era un dios, un verdugo, un ser integrado en el sistema que me lo había arrebatado todo. Aun así, no podía negar que se me aceleraba el pulso cuando lo tenía cerca, que sus escasas sonrisas hacían que algo se agitara en mi pecho. Aquello no formaba parte del plan. Resultaba peligroso, no solo por lo que era él, sino por lo que decía de mí. ¿Qué tipo de persona podía sentirse atraída por la oscuridad?

—Pero de eso hace mucho —continuó Xül, con más dureza—. Era antes de que comprendiera mi verdadero propósito. —Cuadró los hombros y aceleró el paso, y, de repente, aquel breve atisbo de mortalidad se había desvanecido, llevándose mi desasosiego.

—Tenemos cosas que hacer —dijo, poniendo fin a aquel inesperado desvío a su pasado.

Seguimos ascendiendo por la ciudad, a través de lo que parecía una especie de barrio comercial. Las sinuosas calles estaban atestadas de puestos que ofrecían curiosos artefactos que yo ni alcanzaba a identificar.

De pronto, un grito ahogado procedente de la multitud que tenía delante me hizo levantar la vista. Sobre la plaza se había abierto un enorme portal de visualización, quizá del tamaño de un edificio. Las escenas se sucedían rápidamente en su superficie brillante.

Una mujer con intrincados tatuajes, inmovilizada contra un árbol por lanzas de hielo. Su boca se abría en un grito silencioso.

Dos personas que colocaban trampas. Una activaba la que acababa de poner la otra, y su pierna quedaba amputada a la altura de la rodilla. Su acompañante le cogía las provisiones y salía corriendo.

No eran escenas cualesquiera; todo aquello había sucedido

durante el último Juicio. Se me paró el corazón.

Cinco competidores se enfrentaban por el despojo de un ciervo dorado. Cadáveres tirados por los suelos.

Entonces, mi propio rostro llenó la pantalla. Me vi forjar un cuchillo de luz estelar y lanzarlo girando por el aire. Alcanzaba de lleno en el pecho al hombre, que abría unos ojos como platos antes de desplomarse.

Aparté la mirada, con el estómago revuelto.

—Los Juicios siempre se retransmiten —dijo Xül al darse cuenta de mi reacción—. Se ven en todos los dominios. Hay portales de visualización por todas partes: mercados, casas de placer, residencias…

—Estupendo —murmuré.

—Vamos —dijo Xül, cogiéndome del codo—. Tenemos que ir a un sitio.

Cuando llegamos a una encrucijada entre niveles, un sirviente umbrío se materializó junto a nosotros e hizo una profunda reverencia a Xül.

—Mi señor —entonó—, el prisionero sigue resistiéndose al interrogatorio habitual. Se requiere tu presencia cuanto antes.

—Desde luego —masculló Xül—. Estoy rodeado de incompetentes. —Se volvió hacia el sirviente y endureció la voz—. Dile a Vareth que estaré allí en breve.

El umbrío volvió a inclinarse antes de disolverse en las sombras.

—¿El prisionero? —pregunté, aprovechando la oportunidad para ver si conseguía respuestas—. ¿Por eso estamos aquí?

—Si tu hermano no hubiera eliminado a Drakor, yo no tendría que ocuparme de asuntos tan triviales —respondió Xül con irritación

palpable—. Su ausencia ha supuesto una… redistribución de ciertas responsabilidades que no deberían corresponderme como guardián. Pero aún no le hemos encontrado sustituto, así que aquí estamos.

—¿Adónde vamos exactamente?

Se detuvo y me miró a los ojos.

—A la Prisión de los Condenados.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Qué?

—¿Creías que el nombre era metafórico? —Parecía algo divertido ante mi incomodidad.

—¿Y por qué motivo tengo que acompañarte en esta encantadora excursión?

—Considéralo una lección. —Volvió a ponerse en marcha, obligándome a seguirlo a toda prisa—. Los Juicios no se reducen al combate y la supervivencia, estrellita. También consisten en comprender los dominios divinos en todos sus aspectos, incluidos los desagradables.

Coronamos una última colina y la vi. A diferencia de los elegantes edificios con torres de la ciudad, la prisión era una masa irregular de piedra oscura. Ninguna ventana perforaba sus muros; ningún adorno suavizaba sus toscas líneas. Se erigía separada de la ciudad, como si hasta la muerte quisiera distanciarse de lo que albergaba en su interior.

—No es… lo que me esperaba —acerté a decir, combatiendo el impulso de retroceder.

—Pocas cosas lo son. —La expresión de Xül se hizo pétrea. El tutor que yo conocía, irritante, arrogante y a veces casi parecido a un mortal, desapareció sustituido por el guardián de los condenados

en todo su esplendor, no solo en el título.

Por primera vez desde que había llegado a Draknavor, le tuve verdadero miedo.

Nos acercamos a la única puerta de la prisión, un imponente arco con advertencias labradas: «Abandona la esperanza. Abandona los recuerdos. Abandona la identidad».

—No te alejes —me ordenó Xül, con una voz tan grave que parecía vibrar en mis huesos.

La inmensa puerta doble se abrió de par en par a su paso para revelar una oscuridad tan absoluta que parecía sólida. Xül avanzó decidido, y yo, tras un momento de vacilación paralizante, lo seguí.

Los guardias umbríos se pusieron firmes; allí tenían una presencia más tangible que en la ciudad. Se inclinaban al paso de Xül, en un movimiento que se propagó por sus filas.

—Mi señor… —un umbrío se separó de los demás—, el prisionero espera en la tercera cámara de interrogatorios.

—Vareth —saludó Xül con un gesto de la cabeza—, ¿qué sabemos?

—Es un portador de luz, mi señor. Capturado en los archivos inferiores. Afirma ser delegado diplomático. —El tono de Vareth dejaba claro lo que opinaba de esa explicación—. Hemos confirmado que no lleva credenciales oficiales.

—Un espía, entonces. —Xül parecía casi aburrido—. Qué poco original.

—Sí, mi señor.

Xül se volvió hacia mí con una expresión indescifrable.

—Puedes observar, pero quédate en silencio y fuera de la vista. ¿Entendido?

Asentí.

Vareth nos condujo por un oscuro pasillo. De vez en cuando, atravesaba la piedra algún gemido o grito lejano que me ponía los pelos de punta. Luché por mantener una expresión neutra, por no darle a Xül el gusto de ver mi incomodidad.

La sala de interrogatorios era austera y funcional: una sola silla en el centro, rodeada de marcas grabadas en el suelo. Vareth me condujo a una hornacina de observación excavada en la pared, desde donde podría observar sin ser vista.

Encadenado a la silla había un ser de pura luz que ni siquiera se volvió a mirar a Xül cuando entró.

—Al grano —dijo Xül—. Los dos sabemos por qué estás aquí.

—Soy delegado diplomático —insistió el portador de luz—. Esta detención infringe todos los acuerdos entre dominios.

—Los delegados diplomáticos llevan credenciales. —Xül rodeó la silla muy despacio—. Y se presentan en los puntos de acceso pertinentes; no se esconden en archivos de acceso restringido.

—Me equivoqué…

—No tiene sentido que me mientas. —Xül ladeó la cabeza y las cadenas se tensaron.

—Ya te lo he dicho. Me equivoqué de camino.

Xül no se molestó en responder a la evidente patraña, sino que hizo un sutil gesto con la mano izquierda y las cadenas se apretaron aún más. El resplandor del ser parpadeó.

Se me revolvió el estómago. Quería apartar la vista, pero me obligué a mirar.

—Entonces, vamos a probar con otra cosa —dijo Xül en voz baja —. Encuentro interesante que Sundralis haya reducido sus

operaciones externas estos últimos meses. ¿Adónde ha desviado los recursos?

El corazón me martilleaba. Me incliné hacia delante, de repente desesperada por no perderme ni una palabra.

—Tus datos son incorrectos.

—Ah, ¿sí?

Xül levantó otra vez la mano y el alma invocada reanudó su tortura.

Me mordí el labio para no gemir. El dolor del portador de luz era palpable; llenaba la cámara con un gemido apenas perceptible. No quería sentir nada más que repugnancia por los métodos de Xül, pero una parte traicionera de mí se decía que, si aquel ser tenía información sobre algo que estaba sucediendo en Sundralis, algo que Olinthar se traía entre manos, quería enterarme a toda costa.

Me repugnaba la concesión moral que entrañaba ese pensamiento.

—Ajustes provisionales —jadeó cuando la magia de la muerte se aflojó un poco—. Para aumentar la seguridad durante los Juicios, ajustar la infraestructura, reuniones…

—¿Reuniones? —Xül cambió de postura y aguzó la atención—. ¿Qué reuniones?

No hubo respuesta.

En aquella ocasión, Xül no invocó a sus sirvientes malditos, sino que puso la mano directamente sobre el portador de luz, y observé horrorizada cómo se convertía en conducto. Oscuros zarcillos de energía fluyeron desde él hasta el interrogado, y los gritos de ambos se fundieron.

—¿Quiénes asisten a estas reuniones? —exigió saber Xül.

—Nadie importante —acertó a decir el portador de luz.

—¿Cómo acceden al palacio?

—Por los cauces habituales.

El agarre de Xül se hizo más fuerte. La luz del prisionero parpadeó, errática, mientras la energía recorría su forma.

—Ninguno de los cauces habituales permite el acceso directo a la capital sin pasar por diversos controles de seguridad, y tenemos ojos y oídos allí. Vuelve a intentarlo.

—Acuerdos extraordinarios —jadeó—. Para mayor eficiencia.

—¿Qué tipo de acuerdos?

El portador de luz se negó a responder. Xül endureció la expresión e hizo un complejo gesto con la mano libre. La cámara se oscureció mientras convocaba lo que, a simple vista, parecían montones de almas condenadas, cada una más retorcida y torturada que la anterior. Se abalanzaron sobre el prisionero en una oleada espantosa.

—¡Portales! —gritó con la voz distorsionada por el dolor.

Xül lo soltó, y el ser se derrumbó sujeto solo por las cadenas; su luz era muy débil y se había extinguido por algunas partes.

—¿Quién? —preguntó Xül inclinándose hacia el debilitado prisionero.

El portador de luz guardó silencio, pero, cuando Xül volvió a levantar la mano, los sirvientes espectrales se prepararon para acometer de nuevo. El ser se estremeció.

—El barco de los secretos ya ha zarpado —dijo Xül con frialdad —. ¿Quién crea esos portales?

—No es asunto tuyo —graznó el portador de luz.

—¿Terralith? ¿Aella? —insistió Xül—. ¿Thorne? ¿Axora?

La postura del portador de luz cambió ante la mención del último nombre, una sutil tensión que podría no haber advertido si no hubiera estado mirando con tanta atención.

—Axora —susurró Xül—. Axora está creando portales directos a la capital.

El silencio del portador de luz confirmó su conjetura.

—¿Desde cuándo?

—Unas semanas…, puede que un mes.

—No había precedentes de nada parecido —dijo Xül con sorpresa palpable—. Nadie puede crear accesos a la sede de otro dominio. Lo prohíbe la ley divina.

—Yo no he dicho nada —insistió débilmente el portador de luz.

—Lo has dicho todo —respondió Xül; la magia letal se le enroscaba en los dedos como escarcha negra—. Y dirás más.

—Me… me he expresado mal.

—No. —Xül se acercó; las almas de los condenados flotaban detrás de él—. De eso nada. Se están fusionando, ¿verdad? La guerra y el orden. ¿Se están convirtiendo en uno?

Me quedé paralizada.

Bellarium. El dominio de la guerra. El dominio en el que estaba Thatcher.

Como el portador de luz siguió en silencio, las almas volvieron a lanzarse hacia él. Los gritos resonaron en la cámara y arrancaron ecos de las paredes.

—¡No estoy seguro! —dijo el ser con un hilo de voz—. No tengo tanta información.

Se me cortó el aliento.

La forma del portador de luz vaciló; cada vez era más inestable.

—Si Olinthar descubre que he revelado algo de esto, destruirá mi mismísima esencia. Sin más allá, sin transición, solo la nada.

—No tendrá ocasión. —Xül hablaba con una frialdad sepulcral—. Ya has cumplido tu propósito.

Antes de que yo pudiera procesar lo que ocurría, hizo un gesto brusco.

—Consumidlo —ordenó, y todas las almas de la cámara se abalanzaron sobre el portador de luz en un frenesí espantoso. La forma del ser se contrajo violentamente mientras desgarraban su esencia trozo a trozo, arrancando fragmentos de luz hasta que no quedó nada más que una chispa que titiló y se apagó.

Retrocedí dando tumbos, con un grito silencioso atascado en la garganta. Aquello no era la muerte, sino la aniquilación total. No solo habían matado al portador de luz; lo habían borrado.

Sin decir una palabra más, Xül salió de la cámara. Las almas de los condenados desaparecieron para volver al espantoso lugar que ocupasen en aquella prisión. Lo seguí con las piernas temblorosas. Olinthar estaba unificando dominios en secreto, haciéndose con un poder que alteraría el equilibrio divino.

—Tenemos que ver a mi padre cuanto antes.

—¿A Morthus? —Se me hizo un nudo en la garganta—. ¿Por qué?

En vez de contestar, siguió andando a zancadas por el pasillo.

—Mi hermano está allí —dije cuando al fin lo alcancé—. En Bellarium.

—No van a hacerle daño —se limitó a decir.

—¿Qué significa eso?

—Que está a salvo, al menos por ahora. —Su respuesta seca

estaba teñida de irritación.

—¿Eso afectará a Elaren? —insistí antes de acordarme de algo: la conversación que mantenían las Leyendas en el banquete. La que había provocado la muerte de Darian—. Olinthar está poniendo sacerdotes permanentes en los campamentos militares de los mortales —dije mientras corría para seguirle el paso a Xül—. ¿Crees que tiene algo que ver con eso?

Se volvió hacia mí tan deprisa que estuve a punto de chocar contra su pecho.

—No has estado aquí. —Su voz se había reducido a un susurro —. No has oído nada de esta conversación. Nunca has visto este sitio.

Dio un paso adelante, y yo retrocedí hasta que mis hombros chocaron con la fría piedra. No podía respirar, no podía moverme, mientras, a mi alrededor, el aire se cargaba de su poder.

—¿Lo has entendido, Thais? Si alguien, sea quien sea, sospecha que lo sabes, las consecuencias irán mucho más allá de tu insignificante vida. —Alargó la mano para sujetarme la mandíbula con unos dedos que parecían de hierro—. Tu hermano. Tu pueblo. Hasta la última de las almas que te hayan importado alguna vez. La eternidad podría resultarles larguísima a todos ellos.

Intenté tragar saliva, pero su agarre me lo impidió. Un terror frío me bajó por la columna cuando me di cuenta de que estaba viendo la faceta de Xül que presenciaban los condenados: despiadado, inclemente, una ley en sí mismo.

—Esto no es un juego. —Su rostro estaba muy cerca del mío; su aliento me rozaba la piel—. No es como en nuestros combates de entrenamiento, en los que puedes contraatacar. Aquí intervienen

fuerzas que te aniquilarían sin pensárselo dos veces si supieran que has oído siquiera una mínima parte de lo que se ha dicho en este lugar. —Me soltó la cara, pero no retrocedió—. Así que voy a preguntártelo otra vez más, con toda claridad: ¿lo has entendido?

En realidad no era una pregunta, sino una orden, una barrera, una correa apretada alrededor del cuello.

—Sí —logré decir. Odiaba lo débil que sonaba mi voz.

—Bien. —Se enderezó y se ajustó los puños de la chaqueta—. Así pues, asunto zanjado.

Dio media vuelta y siguió caminando como si nada, como si no acabase de amenazar a todos los que me importaban. Como si no acabase de demostrarme cómo era en realidad.

La mismísima mano de la muerte.

Continué caminando detrás de él, porque ¿qué iba a hacer si no?

Un ascensor nos llevó al nivel más elevado de la ciudad, donde un palacio oscuro dominaba el horizonte. Sus chapiteles retorcidos destacaban contra el cielo carmesí.

Lo seguí al interior, con la mandíbula aún ardiendo por donde la habían agarrado sus dedos. El corazón me latía con fuerza contra las costillas.

Esa era la pauta, ¿no? Cada vez que yo creía vislumbrar un atisbo de humanidad bajo ese exterior frío, él revelaba su verdadera naturaleza. La de depredador. La de dios. La de monstruo.

En el barco había estado casi amable, compartiendo retazos de los años que pasó como mortal, guiándome las manos en el timón con una paciencia inesperada. En la tienda de Nyxis había visto transformarse su rostro para adquirir verdadera calidez; lo había visto aceptar de buen grado el afecto de la anciana. Durante

aquellos breves momentos, casi estaba convencida de que en él había algo más que la deidad insensible.

Menuda idiota.

Las grietas que mostraba en su armadura, sus atisbos de vulnerabilidad, no eran sino los ecos de quien podría haber sido. El fantasma de una persona que había muerto hacía diez años, cuando ascendió.

Y, a pesar de saberlo, yo seguía buscando ese fantasma.

Me llevé la mano a la garganta, donde aún notaba la quemazón de sus dedos, y recordé la frialdad de su mirada. Aquel era el verdadero Xül, y más me valía no olvidarlo.

«Se acabó», me prometí, y me puse muy recta mientras lo seguía por la penumbra de un pasillo. No volvería a esperar que se redimiera; no volvería a permitir que me importaran los breves retazos de conexión.

Él era la muerte en persona, y yo, solo un peón con el que había ido a toparse.

Una enorme puerta doble de obsidiana se abrió ante nosotros; pesaba tanto que hicieron falta varios sirvientes para moverla. Al otro lado se extendía un enorme salón oscuro con sombras que parecían vivas, y un techo tan alto que desaparecía en la oscuridad.

Y, al fondo, dos tronos.

Con los ojos entrecerrados, vi al aesymar de la muerte y a su esposa mortal. Se me cortó la respiración cuando noté que su mirada se desplazaba de su hijo a mí.

—Vaya, vaya —dijo Morthus al cabo de un momento con una voz que resonó en la sala como un trueno lejano—, la portadora de estrellas ha venido a la ciudad de las sombras.

CAPÍTULO 28
LA CORTE DE LA MUERTE

El comedor no era, ni por asomo, como me lo imaginaba. En vez del espectáculo macabro que casi esperaba, me encontré con un espacio sobrio y elegante. Había copas, no calaveras, y las sillas no estaban hechas de huesos. Las paredes oscuras daban paso a un techo cubierto de apliques plateados, y la mesa estaba tallada en un solo tablón de madera oscura, tan pulida que brillaba como un espejo. Ardían velas blancas en candelabros de bronce, iluminando lo justo para distinguir a los reunidos.

Me senté frente a Xül, mientras que Morthus y Osythe ocuparon los extremos de la mesa. El dios de la muerte resultaba aún más imponente de cerca: apuesto, de pelo negro y piel pálida que casi parecía resplandecer en contraste con sus ojos oscurísimos. Cuando me miraba, me sentía bajo el escrutinio del mismo universo.

Y luego estaba Osythe. Aunque saltaba a la vista que era mortal, su porte rivalizaba con el de su divino esposo. Su piel, de un marrón intenso, conservaba la vitalidad de la juventud; pese a los siglos que había vivido, aparentaba treinta y pocos años. Tenía los ojos de un

tono verde salvia e intrincadas trenzas, rematadas en rizos sedosos, le caían por la espalda. A diferencia de los dioses, que parecían existir un poco al margen de la realidad, ella tenía una presencia vibrante y contundente, insoslayable.

El silencio se prolongó mientras los sirvientes se movían a nuestro alrededor sin emitir el menor sonido, colocando ante los comensales platos de comida que no supe identificar.

—Así que eres la portadora de estrellas a la que ha elegido mi hijo de discípula —dijo Morthus con voz grave y retumbante.

Me erguí, sintiendo el peso de su mirada.

—En efecto, mi señor.

—Dime —prosiguió, llevándose una copa a los perfectos labios—, ¿qué tal es nuestro Xül como tutor?

Xül se agitó en el asiento con incomodidad palpable. No había tocado la comida.

—Es… —Me detuve a sopesar las palabras—. Es eficaz, aunque no destaca por su paciencia.

—Sí, ese es nuestro hijo. —Osythe dejó escapar una risa baja y cantarina—. Siempre por delante, esperando que los demás le sigan el ritmo. Me temo que eso lo heredó de mí. —Lanzó a Morthus una mirada tan afectuosa que, durante un momento, el dios de la muerte se transformó en algo casi tierno.

Los labios de Morthus se agitaron.

—Así es —reconoció volviéndose hacia mí—. Yo fui el agraciado con la moderación. La inmortalidad tiende a hacernos olvidar lo deprisa que pasa el tiempo para los demás.

—Sobreviviste al Juicio de Davina y Thorne —observó Osythe, cambiando de tema con elegante naturalidad—. No es moco de

pavo. ¿Cómo fue?

Sentí una advertencia en la mirada de Xül. El recuerdo de su amenaza aún me ardía bajo la piel.

—Aterrador —respondí con sinceridad.

—Como deben ser los buenos Juicios —dijo Morthus mientras atacaba su comida—. ¿Qué has aprendido sobre ti misma en el proceso?

La pregunta me pilló por sorpresa. Esperaba que me interrogasen sobre mis habilidades, mi estrategia, tal vez incluso mi pasado. No que intentaran sondearme el alma.

—Que soy capaz de más de lo que creía —dije al cabo de un momento—. Para bien o para mal.

Morthus asintió, como si yo hubiese confirmado algo que él ya sabía.

—¿Y qué esperas conseguir de estos Juicios, aparte de sobrevivir?

«Venganza. Justicia. El derrumbamiento de todo vuestro corrupto panteón».

—La oportunidad de llegar a ser más de lo que era —dije en vez de eso—. De trascender mis límites.

—Una respuesta diplomática —observó Morthus con un ligero tono de diversión.

Xül carraspeó.

—Padre…

—¿Queréis dejar comer a la pobre chica? —interrumpió Osythe, y miró con reproche a su marido y a su hijo—. Ya ha pasado por bastante como para que ahora la asaeteéis a preguntas.

Para mi sorpresa, los dos se doblegaron de inmediato.

—Mis disculpas. —Morthus me dirigió una inclinación de cabeza —. Osythe tiene razón, como de costumbre. Disfruta de la comida; ya habrá tiempo después para charlar.

El plato que tenía delante olía que alimentaba. Era algo parecido a la carne asada en una reducción de vino, acompañada de coloridos tubérculos gratinados a la perfección. Comí un bocado y el sabor me estalló en la boca, ácido, evocador y cálido.

—Esto está increíble —comenté, conteniendo el deseo de devorar todo el plato más deprisa de lo que permitían los modales.

—Qué amable. —Osythe sonrió—. Aunque no puedo atribuirme el mérito; es de nuestros cocineros.

Durante toda la cena, Xül estuvo más callado que de costumbre. Solo hablaba cuando se dirigían a él, y para dar respuestas breves.

Nunca lo había visto tan taciturno. En la casa de su familia, rodeado de los símbolos de su ascendencia, casi parecía incómodo, como si la ropa no fuera de su talla.

—Estás muy raro, hijo mío —dijo Morthus entrecerrando los negros ojos—. ¿Te preocupa algo?

—Nada que valga la pena tratar mientras cenamos —respondió Xül.

Entonces se produjo un cruce de miradas entre padre e hijo, una tensión que no descifré del todo.

—Ya veo. —Morthus dejó los cubiertos en la mesa—. Bueno, luego podemos seguir con esta conversación en mi estudio.

—Como desees, padre —respondió con voz gélida.

Osythe suspiró.

—Podría enseñarle los jardines a Thais mientras vosotros… habláis. —El tono de la última palabra dejó claro que sabía cómo iba

a ser la conversación.

—Qué buena idea —convino Morthus, y sus ojos se suavizaron al volverse hacia su esposa. Era toda una transformación, de deidad temible a esposo devoto en un instante—. Las plantas están muy bonitas durante esta estación.

Cuando terminamos de cenar, los sirvientes aparecieron para recoger la mesa.

—¿Vamos? —Morthus se puso en pie y le hizo un gesto a Xül.

Sin esperar respuesta, salió del comedor con paso firme; parecía arrastrar sombras tras de sí. Xül lo siguió, no sin antes lanzarme una mirada de advertencia.

Osythe negó despacio con la cabeza mientras los observaba marcharse.

—¡Hombres! —dijo con un gesto de hastío, y se volvió hacia mí con una sonrisa cálida—. Acompáñame, querida. Es mucho mejor pasear por los jardines que escuchar a esos dos cabezotas.

Me levanté para seguirla y eché un último vistazo a la puerta por la que había desaparecido Xül. Algo me decía que, fuera cual fuese la conversación que tenían pendiente, no resultaría agradable.

Por las puertas del jardín trepaban enredaderas oscuras, con flores de un carmesí intenso veteado de marfil. Más allá, unos árboles retorcidos daban frutos que brillaban como granates, salpicados de rocío. Un arroyuelo de agua cristalina serpenteaba por el terreno, reflejando el cielo que se oscurecía por encima.

—Mi contribución —dijo Osythe al observar que me llamaba la atención un macizo de plantas cuyas flores parecían arañas rojas—. Cuando llegué, aquí no había jardines, solo espacio vacío. —Acarició

un pétalo con evidente cariño—. Al principio, Morthus no lo entendía.

—¿Cómo se lo explicaste? —le pregunté con verdadera curiosidad.

—Le dije que la muerte no tiene sentido sin la vida —respondió con naturalidad—. Que la una define a la otra. —Sonrió al recordarlo —. Después de eso permaneció mucho tiempo callado, pero al día siguiente ordenó que se crease todo esto.

Caminamos en un silencio cómplice durante un rato, siguiendo el sendero que se adentraba en el jardín. Una suave brisa me rozó los brazos, tan fresca que me puso la piel de gallina. Olía a especias y a tierra húmeda.

—Debes de tener preguntas —dijo Osythe después, con amabilidad—. Sobre este sitio. Sobre nosotros.

—Unas cuantas —confesé. Millares, en realidad, pero casi todas eran demasiado peligrosas para plantearlas.

—Todo el mundo conoce la historia —dijo con una ligera sonrisa —. El amor entre el dios de la muerte y su sacerdotisa mortal. Según tengo entendido, se ha convertido en toda una fábula romántica en Elaren.

—Suele haber bastante diferencia entre las fábulas y la verdad — me atreví a decir.

—Cierto. —Se detuvo junto a un pequeño estanque en el que trazaban círculos perezosos unos curiosos peces cuyas escamas parecían perlas negras—. A los mortales les encantan las historias dramáticas.

—Viniste por voluntad propia —dije, aunque no sabía muy bien si era una pregunta.

—Sí. —Sus ojos verdes se clavaron en los míos—. Tenía treinta y

dos años y estaba soltera. Mi vida era el templo. Y sentía… curiosidad.

—¿Tenías miedo?

—Pánico —reconoció—. Pero, a veces, del terror a la euforia solo hay un paso. Creo que lo entiendes, dadas tus circunstancias actuales.

No se equivocaba.

Osythe se detuvo y pasó los dedos por una flor oscura.

—Cuando estaba en el templo, el solsticio de invierno era mi época favorita. Cuando los dioses caminaban entre nosotros para aceptar nuestras ofrendas y renovar sus lazos con Elaren. Hacía cinco años que era la suma sacerdotisa. —Sus ojos se suavizaron—. Tras aquel primer encuentro, Morthus asistió a todas las celebraciones. Decía que era para asegurarse de que los cementerios se cuidaran adecuadamente, pero… —Se encogió de hombros con elegancia—. Hasta los afectos de los dioses pueden ser diáfanos.

—Nunca he asistido a una celebración del solsticio —comenté—. Demasiada gente, demasiadas miradas. Me preguntaba cómo sería ver a un dios en persona. —Solté una risa hueca—. Ten cuidado con lo que deseas…

Osythe me miró comprensiva.

—Lo divino no suele ajustarse a la imaginación de los mortales. Esperaba que Morthus fuera frío, aterrador. Y puede que lo fuese… en apariencia. Pero en realidad era lo contrario. —Se inclinó a examinar un macizo de flores pálidas que resaltaban bajo la tenue luz—. Aunque las diferencias entre nosotros tardaron poco en hacerse evidentes. —Alzó la vista hacia el cielo sanguíneo y dejó escapar un profundo suspiro—. Lo que me resultó más difícil fue

adaptarme a la noción del tiempo de las divinidades. Los mortales medimos la vida en días, semanas, años…, pero los aesymar piensan en siglos, en milenios. Eso plantea dificultades.

—¿Como cuáles?

—La paciencia, al menos por mi parte —dijo con una risa irónica —. Y tampoco es fácil hacer entender a un ser que ha existido durante eones que, para un mortal, tres días esperando una respuesta son una eternidad. —Me miró—. Mi hijo tampoco ha aprendido aún esas lecciones.

Pensé en lo que se frustraba Xül cuando no conseguía dominar algo de inmediato y entendí a qué se refería.

—¿Por eso parece tan…? —Busqué una palabra que no ofendiera a su madre.

—¿Desconectado? —ofreció—. En parte, desde luego. Se crio entre dos mundos, demasiado divino para los mortales y demasiado mortal para los divinos. Eso crea un aislamiento especial. —Me miró de reojo—. Sospecho que tú también has pasado por algo así.

Aquella observación se acercó demasiado a dar en el blanco. Desvié la mirada a un árbol cercano.

—Lo siento —dijo con delicadeza—. No pretendía entrometerme.

—No pasa nada —acerté a decir, aunque sentía una piedra en el pecho—. Solo es… complicado.

—La vida suele serlo. —Me rozó el brazo con una mano cálida, firme y sin lugar a dudas mortal—. Sobre todo cuando a las deidades les da por inmiscuirse en ella.

Llegamos a un pequeño claro en el que había un banco de piedra pulida orientado hacia el elemento central del jardín: una fuente de mármol oscuro con gárgolas que parecían capturadas en

pleno vuelo.

—La creó Morthus para nuestro quinto centenario —dijo Osythe en voz baja—. Siempre ha tenido un gusto bastante exagerado para la decoración. Yo finjo que me gusta. —Se rio.

La vivacidad de Osythe, su piel tersa y luminosa, entraban en contradicción con el larguísimo tiempo que había vivido.

—De los regalos que él podía hacerme, la prolongación de la vida era uno de los pocos que yo estaba dispuesta a aceptar —me explicó—. Envejezco, pero muy despacio. Sigo siendo mortal; aún puedo morir con relativa facilidad. Pero el efecto que tiene el tiempo en mí se ha… diluido. Aunque tenga la dilación suficiente para amarlo como merecemos, la mortalidad aún define mi existencia.

—¿Por eso no ascendiste nunca? —pregunté antes de pararme a considerar las posibles consecuencias; pero, en vez de ofenderse, puso cara de aprobación.

—Eso habría desencadenado una batalla de un tipo nuevo entre los dominios de Voldaris, y yo ya estaba harta de guerras. —Con un suspiro, miró hacia el palacio donde su hijo y su marido mantenían su misteriosa conversación—. Además, convertirse en divinidad es transformarse, y nunca quise perder esta parte de mí. —Pasó los dedos por el banco, pensativa—. Hay otras formas de vincularse a un ser divino.

—¿A qué te refieres? —pregunté picada por la curiosidad.

—Morthus y yo juramos el Sev'anarath —dijo bajando la voz hasta convertirla en un susurro.

—¿Qué es eso?

—Es antiguo, más aún que los Doce —explicó—. Un ritual en el que dos almas se unen a través del tiempo, la distancia e incluso las

barreras entre la vida y la muerte. —Se llevó la mano al corazón—. Nos convertimos… en extensiones el uno del otro. Siento su dolor, su alegría, y él los míos.

—Eso suena… —busqué la palabra adecuada— intenso.

Soltó una risita.

—Es una forma de decirlo. Se considera… extremo, incluso entre los divinos. Pocos aesymar se plantearían siquiera semejante atadura. Es demasiado íntima, demasiado permanente. —Sus ojos adoptaron una mirada distante—. Una vez hecho el juramento, no hay vuelta atrás. Ni siquiera se acaba con la muerte.

—¿Por qué me lo has contado? —pregunté al reparar en lo personal que era aquella revelación.

—Porque las historias son nuestra forma de preservar la verdad, incluso cuando otros preferirían que se olvidase. —Miró de nuevo hacia el palacio—. Las historias de los divinos se suelen reescribir edulcoradas. Esto, lo que compartimos Morthus y yo, es una verdad que muchos preferirían que siguiera oculta. —Se volvió hacia mí con respeto en la mirada—. Y tú me pareces alguien que valora la verdad por incómoda que sea.

Guardamos silencio durante un momento. Pensé en mis circunstancias: los Juicios, el camino hacia la ascensión que nunca había deseado, la sangre divina que ya fluía por mis venas en contra de mi voluntad.

—Él te aprecia, ¿sabes? —dijo de repente.

—¿Quién? —pregunté sobresaltada.

—Mi hijo. —Sus ojos, cálidos y comprensivos, se encontraron con los míos—. Se esfuerza mucho por evitarlo, pero no puede.

—A mí no me lo parece. —Me notaba húmedas las palmas de las

manos.

—De lo contrario, no te habría traído —señaló sonriente—. Xül nunca nos había presentado a nadie. Tú eres la primera.

No supe cómo contestar a aquello.

—No hace falta que digas nada —me aseguró—. Pero he pensado que deberías saberlo. Mi hijo erige muros como otros construyen templos: con dedicación, precisión y compromiso absoluto. Que hayas podido vislumbrar lo que oculta detrás… es significativo.

Antes de que yo diera con una respuesta, se levantó del banco con un movimiento grácil.

—Debería acompañarte a tus aposentos. Se está haciendo tarde, y sospecho que mañana no será un día fácil.

Cuando entramos en el salón principal nos llegaron voces de una estancia cercana. Parecían estar discutiendo. Reconocí en el acto la voz de Xül, aunque más fría de lo que le había oído nunca.

—La decisión no es tuya —decía con tono seco y cortante.

Osythe suspiró y me apoyó una suave mano en el brazo para guiarme a otro pasillo.

—Altercados familiares —explicó, aunque su expresión indicaba que aquello se quedaba corto para describir lo que estuviera ocurriendo tras aquellas puertas cerradas.

—¿Va todo bien? —pregunté volviendo la cabeza hacia el origen de las voces.

—Ya se arreglará —dijo con la resignación de quien había presenciado muchas escenas como aquella—. Mi marido y mi hijo se parecen más de lo que a ninguno de los dos le apetece reconocer. Eso hace que sus desavenencias sean… bastante intensas.

Subimos por una escalera de caracol. Los peldaños, más anchos hacia el perímetro que en el centro, creaban la inquietante sensación de ascender por el interior de una concha gigantesca. Arriba se extendía un pasillo en ambas direcciones, flanqueado por puertas de madera oscura con incrustaciones de plata.

—Tus aposentos —anunció Osythe, y abrió una puerta para revelar una espaciosa habitación—. Espero que sea de tu agrado.

Era un dormitorio distinguido, pero no ostentoso: una cama grande con una colcha de color carmesí oscuro, un escritorio junto a unos ventanales con vistas a los jardines y una zona con sillones de aspecto cómodo alrededor de una pequeña chimenea encendida.

—Desde luego que sí —confirmé, pasando los dedos por la madera lisa del escritorio.

—¿Qué esperabas? —Su voz estaba teñida de verdadera curiosidad.

—Algo menos… —hice un gesto vago— acogedor.

—La muerte no es cruel, querida —dijo entre risas—. Es, sin más. Lo mismo se aplica a su dominio.

Miré a mi alrededor y vi una puerta más pequeña que, con toda probabilidad, llevaba a los baños, y otra que podría ser de un armario.

—Se me hace raro que la reina me acompañe a mi habitación en vez de pedírselo a los sirvientes.

—La reina. —Sonrió divertida por el apelativo—. Supongo que lo soy, aunque nadie me llama así. —Se acercó a la ventana y dejó vagar la vista por el horizonte, de un carmesí intenso—. En cuanto a los sirvientes…, hay asuntos de los que prefiero ocuparme en persona—. Te dejo descansar —añadió dirigiéndose a la puerta—. Si

necesitas cualquier cosa, basta con que tires de la cuerda que hay junto a la cama; vendrá alguien a atenderte. —Se detuvo con la mano en el marco de la puerta—. Te recomiendo que no salgas de aquí hasta mañana. De noche puede ser muy difícil orientarse por el palacio.

Tras aquella amable advertencia, salió y cerró la puerta a su espalda con un suave clic.

Caminé hasta la ventana y contemplé los jardines por los que habíamos paseado Osythe y yo. Desde lo alto veía que los senderos formaban un intrincado dibujo, como las venas de un corazón. Más allá, la Ciudad Eterna se extendía hacia el horizonte, con sus luces horadando la oscuridad.

La ropa formal me resultaba sofocante tras un día tan largo. Al desprenderme de la pesada tela me sentí invadida por el alivio. En el armario encontré un camisón que casi parecía demasiado delicado para tocarlo, de un blanco plateado y de una delgadez increíble, hecho de alguna tela cara que no sabía identificar.

Me lo puse y sentí la frescura del tejido en la piel. El camisón se ajustaba a mi figura, tan transparente que apenas ocultaba nada, cosa que el frío reinante ponía de manifiesto.

Me hundí en la enorme cama, tan suave que me envolvía como una nube. Debería haberme dormido al instante después de un día tan ajetreado, pero mi mente se negaba a acallarse, repitiendo todo el rato los retazos de conversación entre Xül y su padre que había captado.

No paraba de dar vueltas en la cama, enredándome las piernas en las sábanas, mientras se alargaban los minutos. ¿Sobre qué habrían estado discutiendo?

Hasta que no pude más y la necesidad de saberlo se impuso a la precaución. Salí de la cama, me puse la bata a juego con el camisón y me la anudé a la cintura. No dejaba mucho a la imaginación, pero me daba igual, porque no tenía intención de dejar que me vieran.

Sabía que debería quedarme donde estaba, que vagar sin invitación por el palacio del dios de la muerte era la mismísima definición de la insensatez.

Pero no podía dejarle todo el trabajo pesado a Thatcher. Yo también tenía que investigar. Si aquella riña estaba relacionada con lo que habíamos descubierto en la prisión, si podía averiguar qué significaba aquello para Sundralis y Bellarium, no pensaba desperdiciar la oportunidad, y a la mierda las consecuencias.

Esperé lo suficiente para estar razonablemente segura de que Osythe se había retirado a sus aposentos; entreabrí la puerta e inspeccioné el pasillo en penumbra. No vi a nadie.

Salí a hurtadillas y volví sobre mis pasos escalera abajo, con cuidado de no emitir más sonido que los susurros del camisón contra la piel.

Al llegar abajo me paré a escuchar. En el palacio reinaba un silencio inquietante, y solo algún que otro sonido lejano indicaba que no estaba desierto.

Seguí el pasillo hacia el lugar del que creía que procedían las voces, pasando por varias puertas cerradas, hasta que me detuve ante una que estaba entreabierta; una fina línea de luz se derramaba por el suelo oscuro.

—… no podemos seguir aplazándolo —decía Morthus con voz contenida, pero impregnada de frustración—. Ya eres mayorcito para esa rebeldía infantil.

—¿Eso es lo que te parece? —respondió Xül con un tono cargado de hielo—. ¿Rebeldía?

—¿Cómo lo llamarías tú? Rechazas todas las sugerencias, a todas las candidatas que se te presentan. Te escondes en esa isla en vez de ocupar tu puesto aquí. Eludes las responsabilidades que te corresponden por nacimiento.

—Cumplo mis obligaciones como guardián —respondió Xül—. Me ocupo de la prisión e interrogo a aquellos que amenazan nuestro dominio. ¿Qué más quieres de mí?

—Un sucesor —dijo Morthus sin rodeos—. Un heredero. Que tengas una esposa a tu lado cuando, llegado el momento, ocupes mi lugar.

Se me cortó el aliento. No se trataba de una conversación que yo debiera estar escuchando.

—Nyvora es una pareja adecuada —prosiguió Morthus—. Y Davina apoya la unión.

—Pues que se case Davina con ella —respondió Xül sarcástico.

—Hablas como un niño —dijo Morthus en voz más baja—. Lo importante no es lo que quieras, sino lo que debes hacer. El sacrificio…

—No te atrevas a darme discursos sobre el sacrificio, padre —replicó Xül.

—Tienes responsabilidades —continuó Morthus, implacable—. Responsabilidades que has pasado por alto demasiado tiempo.

—¿Eso era madre para ti? ¿Una responsabilidad? —La pregunta quedó suspendida en el aire—. ¿Una pareja adecuada?

El silencio se tensó tanto que casi podía oírlo reverberar.

—Lo sabes mejor que nadie —dijo Morthus al cabo, en voz más

baja, pero no menos intensa—. Lo que compartimos tu madre y yo no tiene nada que ver con esto.

Xül rio con amargura.

—Elegiste a una mortal en contra de todas las tradiciones, todas las expectativas, todas las leyes divinas. Estuviste a punto de desencadenar una guerra.

—Las circunstancias eran diferentes —respondió Morthus—. Lo sabes muy bien.

—Claro. —Capté la burla en el tono de Xül—. Ese es mi destino, después de haber ascendido por mérito propio, a diferencia de tantos otros que tuvieron la suerte de nacer así.

—Ya estás autocompadeciéndote otra vez.

Unos pasos se acercaron a la puerta. Era Xül.

—Esta discusión ha terminado, padre.

Tuve el tiempo justo para escabullirme tras una columna cercana antes de que la puerta se abriera de golpe. Xül salió hecho una exhalación, con el rostro transformado en una máscara de furia gélida, y pasó junto a mi escondite en dirección a los jardines.

Me quedé pegada a la columna, sin atreverme ni a respirar, hasta que lo perdí de vista. Me llegó del estudio el sonido de un fuerte golpe: Morthus descargaba su frustración sobre algún objeto desafortunado.

«Debería volver a mi habitación». Ya había oído mucho más de lo que debía, mucho más de lo que era seguro. Y, desde luego, no quería verme involucrada en aquel drama familiar.

Sin embargo…

«No hagas eso —susurró la parte sensata de mi mente—. Recuerda lo que hizo antes. Recuerda que te amenazó. Recuerda la

frialdad con que te miraba».

Claro que lo recordaba. Cómo no.

Pero los pies me llevaron hacia delante, hacia el brumoso aire nocturno, donde la silueta de Xül se recortaba contra el horizonte carmesí.

«Malditos dioses».

Ya estaba otra vez buscando fantasmas.

CAPÍTULO 29
FANTASMAS EN EL JARDÍN

Lo encontré junto a la fuente que me había mostrado Osythe, la que tenía las gárgolas detenidas en pleno vuelo. El cielo carmesí se había oscurecido hasta adquirir el color de la sangre vieja y proyectaba largas sombras en los caminos serpenteantes del jardín. Xül estaba de pie, de espaldas a mí, con los hombros rígidos; su silueta se recortaba contra el horizonte cada vez más oscuro.

«Esto es una locura —susurró en mi cabeza la voz de la razón—. Da media vuelta. Vuelve a tus estancias. Recuerda quién es».

—Te dije que no volvieras a escuchar mis conversaciones a escondidas, estrellita.

Habló sin girarse, pero el aire nocturno me llevó su voz. Las palabras estaban desprovistas del tono afilado habitual; no había ni rastro de la fría autoridad que me había helado la sangre en la prisión. Más bien parecía vacío, casi derrotado.

—No es que hayáis sido muy discretos —me defendí. Salí a la vista, en guardia por si era necesario—. Medio palacio os debe de haber oído.

Suspiró, un sonido tan normal que casi resultaba inquietante.

—Y, sin embargo, solo tú has sido lo bastante estúpida para seguirme.

Me acerqué más, pero me cuidé de que la fuente se interpusiera entre nosotros.

—Prefiero pensar que soy curiosa, más que estúpida.

—Una distinción irrelevante si el resultado es el mismo. —Se volvió por fin y al verlo casi perdí pie—. Menudo atuendo para practicar el espionaje nocturno —dijo con voz grave y lenta, con un tono que se me coló bajo la piel en varios sentidos, ninguno de ellos bueno—. ¿Cuál era tu plan? ¿Distraer a los guardias del palacio con todo lo que esa bata no termina de tapar?

Me miré. La bata se había abierto durante el descenso por el palacio y dejaba a la vista el camisón.

—Intentaba dormir, pero os oí discutir —mentí—. No tuve tiempo de buscar la ropa más adecuada para escuchar a escondidas.

Me recorrió con la mirada, fijándose en cómo se me pegaba el ligero tejido al cuerpo. Tensó la mandíbula.

—Esto es… —bajó la voz— jugar con fuego, estrellita. No me encuentro en el estado mental más adecuado para verte así, desnuda excepto por esa ropa casi inexistente que te protege de la noche.

Dirigió la mirada al punto donde el frío había hecho sentir su presencia bajo la tela transparente e hizo una ligera mueca.

—El aire del jardín te sienta bien —comentó.

—Si ya has terminado… —acerté a decir, sonrojada a mi pesar.

—Ni de lejos —respondió. Xül siempre me había parecido intocable: frío, perfecto y distante. Pero, en aquel momento, una

grieta rompía esa fachada inmaculada. Había en sus ojos un cansancio que no le había visto antes, un vacío que trataba de ocultar.

—¿Has venido a regodearte? —preguntó cuando por fin desvió la mirada—. ¿El temible príncipe de la muerte, humillado por los tejemanejes familiares? Estoy seguro de que para ti habrá sido todo un espectáculo.

—Si quisiera regodearme, habría traído vino —repliqué—. Y algo de tarta. Para celebrarlo en condiciones.

Hablé sin pensar, y por un breve instante creí que me había excedido. Luego torció los labios; no llegó a ser una sonrisa, pero se le acercó lo suficiente para aliviar la repentina tensión que me había atenazado el pecho.

—Esa lengua afilada nunca descansa —murmuró—. Algún día acabará por matarte.

—En este reino no faltan cosas que puedan matarme. Me arriesgaré con el sarcasmo.

De pronto fui muy consciente del jardín que nos rodeaba: el roce suave de plantas extrañas, el olor de las flores, la llamada distante de las bestezuelas. En Draknavor, todo parecía existir en el estrecho filo que separaba la belleza del terror.

Como su príncipe.

—Nyvora —pronuncié el nombre con cuidado—. ¿Tu padre quiere que os caséis?

Sus rasgos se tornaron inescrutables y apretó los dientes.

—Una unión perfecta, decidida en el paraíso absoluto.

—No quieres casarte con ella. —No era una pregunta.

—Qué perceptiva. —Se dirigió a un banco de piedra cercano y se

dejó caer en él—. Mis preferencias nunca han sido de particular relevancia.

Vacilé y por fin me senté en el banco, a cierta distancia de él. El recuerdo de sus frías amenazas en la prisión todavía me quemaba bajo la piel. Aquel era el auténtico Xül, y no la figura atormentada que tenía a mi lado.

Lo era, ¿verdad?

«Recuerda lo que es —pensé, enfadada—. La muerte encarnada. La crueldad escondida tras un rostro hermoso. Ha amenazado todo lo que amas sin dudarlo ni un instante».

Pero otra voz en mi interior susurraba: «Entonces ¿por qué estás aquí?».

—¿Por qué no te parece adecuada? —pregunté; me moría de curiosidad, por mucho que no quisiera—. Además de porque es un matrimonio concertado, claro.

—¿Aparte de su personalidad? —Tableteó con los dedos sobre la piedra—. Representa todo lo que encuentro sofocante en la sociedad divina.

—Seguro que hay otras opciones —insistí—. Otras candidatas.

—Varias —dijo con voz ronca—. Una docena de ellas, que no me ven a mí, sino mi posición.

—¿Tu posición como heredero de Draknavor?

Le brillaron los ojos.

—Mi posición como herramienta útil en sus jueguecitos interminables.

Lo dijo con tanta vehemencia que me sobresaltó. Nunca lo había oído hablar con un resentimiento tan descarnado. El Xül que yo conocía, o que creía conocer, se lo guardaba todo bajo capas y

capas de hielo e indiferencia.

—¿Alguna vez te has sentido como si toda tu existencia estuviera predeterminada? —La pregunta me pilló por sorpresa—. ¿Como si unas manos que no son las tuyas movieran tus hilos?

Los recuerdos cayeron sobre mí como una marea: verme obligada a esconder mis poderes, ver morir a Sulien por un secreto que ni siquiera era suyo, que me arrastrasen a la Prueba en contra de mi voluntad. Toda mi vida estaba moldeada por fuerzas que escapaban a mi control, por los caprichos de seres divinos a los que no les importaba en absoluto lo que yo quisiera.

—Sí —reconocí. Había bajado la voz sin querer.

Asintió.

—Entonces lo entenderás mejor que la mayoría.

—Entender ¿qué?

—Nunca he sentido que mi vida me pertenezca —dijo eligiendo cada palabra con todo cuidado, y miró al cielo—. Nací siendo un peón en un juego que me superaba con creces… —La voz se apagó y su expresión se volvió más sombría—. Estoy tan atrapado como los prisioneros de mis celdas.

Aquella confesión me caló hondo. Yo, al menos, había disfrutado de veintiséis años de relativa libertad. ¿Cómo sería no haber tenido ni siquiera eso?

Me apreté los ojos con las palmas para tratar de desenredar mis emociones enmarañadas. Lo que sentía por él no era solo atracción física, aunque eso también era real y no me ayudaba a concentrarme. No, era algo aún más perturbador. Un sentimiento de reconocimiento mutuo, quizá. La sensación de que Xül comprendía lo que significaba no acabar de pertenecer a ningún lugar, sentirte

como si no fueras tu propio dueño.

¿Era ese el motivo de que me atrajera? ¿Aunque hiciera cosas que yo odiaba? ¿Esa experiencia compartida de estar fuera de sitio? ¿O se trataba de algo más sencillo, la emoción del peligro, la naturaleza prohibida de toda la situación? ¿O el modo en que me miraba a veces, como si pudiera ver en mi interior aquellas partes de mí que a mí misma me costaba aceptar?

—Tú y yo no somos tan diferentes —respondí al fin.

Volvió la mirada hacia mí.

—No —convino—. Supongo que no.

—Y entonces ¿que te molesta tanto de la personalidad de Nyvora? —pregunté. No podía quedarme sin saberlo—. ¿De qué va la cosa?

Sus facciones se ensombrecieron y desvió de nuevo la mirada.

—Las cosas cambiaron de modo muy evidente en cuanto ascendí. La misma mujer que antes se burlaba de mi sangre «contaminada» ahora quiere casarse conmigo. —Había un deje de amargura en su voz, controlado pero inconfundible.

—Oh.

—Hubo una reunión —prosiguió—. En alguna celebración. Yo debía de tener diez años y me habían permitido por primera vez atender a un acto de esos. Nyvora acudió con varias otras Leyendas jóvenes. —Se calló y su expresión se volvió más seria—. Ella los guio en un juego… Bueno, más bien fue una cacería. Me persiguieron por todos los salones de Sundralis mientras me lanzaban insultos y cosas peores. Supongo que uno de ellos había cogido un cuchillo en algún lado. —Sin fijarse, se llevó la mano al cuello, donde un zigzag de plata se dibujaba sobre la piel bronceada—. La crueldad de los niños

divinos puede ser muy creativa —dijo con fingida ligereza—. Sobre todo, si creen que sus actos no tendrán consecuencias.

Me sentí horrorizada.

—Te hicieron daño.

—Me dieron una lección —corrigió con frialdad—. Me enseñaron que el poder es el único lenguaje que respetan de verdad los divinos. Que las debilidades siempre van a ser explotadas.

Se me había quedado la boca seca. Tragué saliva.

—Así que te volviste intocable.

—Hice algo más que eso, estrellita. —Bajó la voz hasta adquirir un tono casi de confesión—. Recopilé conocimientos. Influencias. Mi padre colecciona almas; yo, secretos.

Aquella confesión explicaba mucho de él: la biblioteca, la observación constante, la atención cuidadosa a los detalles que otros pasarían por alto. Incluso el modo en que había extraído la información al portador de luz.

—Cuando participé en los Juicios, conocía cada debilidad, cada temor, cada secreto vergonzoso de aquellos que me habían atormentado, y que eran los tutores de un nuevo grupo de mortales. —Una oscura satisfacción asomó a sus facciones.

—Por eso trataron de matarte durante los Juicios —comprendí—. Miria me lo contó.

Asintió con una inclinación de cabeza.

—Temían lo que yo pudiera saber. Lo que podría hacer con ese conocimiento.

—Sí, me lo imagino.

—Secretos —siguió, pero hablaba más para sí que para mí—. Son la única moneda que controlo de verdad.

—¿Y eso es lo que soy para ti? —La pregunta me quemaba la garganta—. ¿Mi secreto es otra pieza de tu colección? ¿Otra arma?

Posó los ojos en los míos.

—En teoría —reconoció—. Ese era el plan.

La sinceridad me dolió más que si hubiera mentido; pero, al menos, no fingía.

—¿Y ahora? —insistí, incapaz de dejar el tema.

No me respondió de inmediato, y, cuando habló, su voz había cambiado y en ella subyacía la tristeza.

—Ahora me encuentro en la insólita situación de querer proteger tu secreto en vez de explotarlo.

—No me pareciste muy protector antes. —No pude evitar el tono cortante de mis palabras—. Cuando amenazaste todo aquello que me importa.

Se frotó la nuca con el ceño fruncido.

—Estaba asustado.

—¿Tú? —salté incrédula—. ¿El príncipe de la muerte, asustado?

—Sí, yo. —Se levantó con un movimiento fluido y se acercó al borde de la fuente. Al meter los dedos en la oscura superficie, perturbó el reflejo perfecto del cielo nocturno—. Lo que he averiguado hoy, lo que has oído… cambia las cosas. Pero no lo puedes comprender. —Dejó la frase en el aire y tensó los hombros —. Reaccioné mal.

—Amenazaste a todos mis seres queridos —repetí; el recuerdo me seguía hiriendo—. Me hiciste sentir…

«Indefensa. Aterrorizada».

—Sí, es cierto. —Me encaró sin el menor intento de desviar la mirada—. Y de verdad que lo siento. Creo que se ha convertido en

una reacción instintiva.

La disculpa me dejó boquiabierta. «Lo siento». Dos palabras sencillas que era muy raro oír en aquellos labios tan hermosos.

«No te fíes —insistió la parte más cautelosa de mí—. Es otro intento de manipulación. Otro truco».

Pero la sinceridad desnuda de su expresión me dificultaba creer ese aviso.

—Todo lo que he hecho ha sido para mantenerte con vida, estrellita.

—¿Así lo justificas? —le pregunté al tiempo que me ponía en pie —. ¿El aislamiento, las amenazas, la frialdad? ¿Como males necesarios?

—No lo justifico —respondió, bajando la voz—. Vivo con ello, como vivo con todo lo demás.

—Entonces ¿tu reacción es volverte tan cruel como aquellos que te hicieron daño? —lo reté. Me acerqué a él sin pretenderlo—. ¿Levantar unos muros tan altos que ya ni siquiera puedas ver lo que hay al otro lado? ¿Amenazar y manipular a cualquiera que te aprecie?

Barboteé esas palabras sin tiempo de sopesar lo que implicaban. Cuando, demasiado tarde, comprendí lo que había revelado, me quedé inmóvil.

Abrió un poco los ojos, la única señal de que había captado mi desliz. No lo mencionó, ni se aprovechó de la ventaja como habría hecho en ocasiones anteriores.

—He alzado muros no solo para mantener fuera a los demás —respondió al cabo de un momento, en voz tan baja que tuve que inclinarme para oírlo—, sino también para mantener dentro una

parte de mí. Algo que no pudieran llevarse, cambiar ni controlar.

La confesión me resultó familiar de modos que no quise ni contemplar. ¿Cuánto de mí misma había escondido yo a lo largo de los años? ¿Cuánto había sacrificado para mantener ocultos mis poderes, para proteger a los que amaba, para mantener la apariencia de que todo era normal? Los muros con los que había rodeado mi corazón no eran muy distintos de los suyos, solo más nuevos; no había tenido que ponerlos a prueba una y otra vez.

Me fijé en las arrugas de tensión que rodeaban los ojos de Xül, en cómo se contenía de modo deliberado, incluso en aquel momento. Como si hubiera revelado más de la cuenta, como si se hubiera abierto demasiado.

Como si lamentara dejarme ver lo que había tras la máscara, aunque solo fuera por un instante.

—Comprendo —me limité a responder.

Entonces me miró, y la expresión reservada se relajó durante un instante fugaz.

—Creo que sí, que lo comprendes. —Dio un paso hacia mí—. ¿Sabes por qué me intrigas tanto, estrellita? —Lo dijo en voz baja, casi de mala gana.

—¿Por mi ingenio sin límites? —aventuré con una mueca burlona —. ¿O por mi arraigado intelectualismo?

—Porque me ves como soy —continuó sin hacer ni caso de mi intento de bromear, y me taladró con la mirada—. No como el príncipe de Draknavor al que temer ni el heredero divino al que atrapar ni el dios de la muerte calculador a quienes otros adoran o desean impresionar. —Apretó los dientes un instante—. Tú miras más allá de todo eso y ves lo que hay debajo. Y, después —se me

acercó otro paso—, tienes el atrevimiento de decirme la verdad, sin miedo y sin dobleces.

Tragué saliva, sin saber muy bien cómo responder a aquella revelación repentina.

—¿Te haces una idea de lo infrecuente que es eso? —me preguntó, con voz aún más grave—. Nunca he conocido a nadie que no quisiera algo de mí: poder, protección, estatus, alianzas… A nadie que no me mintiera a la cara solo por complacerme. —Abrió y cerró las manos, como si tratara de contenerse—. Todos ven lo que yo represento, lo que puedo proporcionarles. Pero tú… Tú solo me ves a mí. Lo bueno y lo terrible, todo.

—No sé si eso pretende ser un cumplido —logré decir.

Una sonrisa se insinuó en sus labios.

—Ni yo. Pero es la verdad.

Se me acercó con deliberada lentitud, para darme tiempo de retroceder si lo deseaba. Todos mis instintos me gritaban que me apartara, que mantuviera la distancia, que recordara de lo que él era capaz.

Me quedé inmóvil, atrapada entre impulsos contradictorios que me paralizaban.

Cuando llegó hasta mí, su contacto no se pareció en nada al cruel agarre de la otra vez. Trazó con los dedos el contorno de mi rostro y apartó un mechón de pelo. La caricia me produjo un escalofrío.

—No me puedo creer que te esté contando todo esto —murmuró en voz baja y ronca—. ¿Qué hechizo me has lanzado, estrellita?

Lo miré a los ojos; me sentía incapaz de apartar la vista. Algo salvaje y peligroso, algo herido, me devolvió la mirada.

—Yo me preguntaba lo mismo respecto a ti.

Admitirlo fue difícil; arrancó un trocito de la armadura en la que había envuelto mi corazón. Tenía muchos motivos para odiar a aquel hombre, para temerlo, para usarlo como un medio para alcanzar un fin y nada más.

Y aun así…

Me atrajo hacia sí, un abrazo que al principio fue rígido y embarazoso, pero pronto se volvió cálido. Le apoyé la cabeza en el pecho y pude oír el ritmo estable de su corazón, tan corriente, tan mortal, pese a todo lo que era él.

«Debería apartarme. Debería recordar quién es, lo que ha hecho. Debería recordar mi objetivo: vengarme de los dioses que destruyeron mi vida».

Pero en aquel momento, rodeada por sus brazos, aquellas razones se desvanecieron como la niebla.

—Lo que te he dicho de guardar el secreto iba en serio. —La voz me resonó en el oído—. Debes olvidar lo que has oído hoy.

—Lo sé. —Su pecho amortiguó mi voz.

—Pero jamás debería haberte amenazado. —Me estrechó con un poco más de fuerza—. A ti no.

Esa distinción pareció flotar en el aire entre nosotros.

Cerré los ojos y me dejé llevar por aquel momento imposible, a salvo en los brazos de la mismísima muerte.

Una tosecilla discreta lo hizo saltar en pedazos.

Nos apartamos sobresaltados.

Un sirviente umbrío aguardaba a una respetuosa distancia, inclinado en una profunda reverencia.

—Disculpa mi intrusión, mi príncipe —dijo el sirviente—. Lord

Morthus solicita tu presencia inmediata en su despacho. La mortal debe acompañarte.

Xül se puso serio.

—¿A estas horas?

—Ha llegado un mensaje, mi príncipe. Lord Morthus considera que es urgente.

La mirada del sirviente se demoró demasiado sobre mí.

Xül lo notó de inmediato.

—Mira a otro lado —ladró. Se quitó el abrigo de gala que llevaba, una prenda elegante de paño oscuro adornada con hilos de plata, y me lo echó por los hombros con un movimiento grácil que me envolvió por completo en el grueso tejido. El peso resultaba reconfortante; el cuello todavía conservaba su calor y el aroma distintivo a cítricos y madera oscura.

—Ya está —murmuró, tan bajo que solo lo oí yo—. No hace falta darles un espectáculo a los sirvientes.

El miedo me revolvía el estómago. Los mensajes urgentes a medianoche nunca traían buenas noticias.

—Vamos ahora mismo —decidió Xül. Cualquier rastro del hombre que había vislumbrado en el jardín se había desvanecido por completo, remplazado por el príncipe de la muerte.

Seguimos al sirviente por pasillos silenciosos. A cada paso que nos adentrábamos en el palacio, el sonido del mar negro se amortiguaba más y más. Xül caminaba con pisadas precisas y regulares, pero la tensión era evidente en cada línea de su cuerpo.

El despacho de Morthus era una amplia cámara en cuyas paredes se alineaban antiguos volúmenes, dominada por un enorme escritorio de obsidiana. El dios de la muerte, de pie, estudiaba un

grueso pergamino sellado con dos marcas gemelas, una azul y la otra plateada.

Cuando entramos levantó la vista y despidió al sirviente con un gesto.

—Padre… —saludó Xül, aflojándose el cuello de la camisa.

—Ha llegado un mensaje —anunció Morthus sin más preámbulos, con el pergamino en la mano—. Lleva los sellos de Thalor y Sylphia.

Xül se quedó inmóvil.

Morthus rompió los sellos con un giro de muñeca y desenrolló el pergamino. A medida que leía, su rostro se volvía cada vez más sombrío.

—«El segundo Juicio empieza mañana al amanecer —anunció—. Todos los competidores supervivientes deben presentarse en el lago occidental de Hydrathis, donde Thalor y Sylphia supervisarán un Juicio de agua y viento».

—¿Mañana? —se me escapó antes de poder contenerme. El miedo me congeló la columna. Mi cuerpo todavía se acordaba del trauma de la caza.

—Se trata de algo sin precedentes —protestó Xül, con ira apenas contenida—. Estas prisas no sirven para nada, excepto para aumentar las bajas.

—Puede que ese sea el objetivo —respondió Morthus con voz apagada.

Me temblaban las piernas y me tuve que agarrar a una estantería cercana para equilibrarme. Otro Juicio. Al día siguiente. Nos lanzaban de cabeza al peligro sin tiempo para prepararnos ni para curarnos.

—Debemos irnos ahora mismo —indicó Xül, que se volvió a mirarme con una urgencia que no le había visto jamás.

—Abriré un portal a la Aguja de Hueso —ofreció Morthus, sombrío.

Xül asintió. Tenía los hombros tensos.

—Gracias, padre.

La tensión tras la disputa de aquella misma noche seguía presente en ese breve intercambio. Morthus asintió y luego se giró hacia mí.

—Que tengas suerte en el Juicio, Thais Morvaren. Ha sido un placer tenerte en nuestro hogar.

Asentí; era el único movimiento del que me sentía capaz. Morthus extendió las manos y trazó en el aire complejos dibujos con los dedos. La realidad vibró y se abrió como una cortina, para mostrar al otro lado un atisbo de las estancias de Xül en la Aguja de Hueso.

—Marchad enseguida —ordenó Morthus—. Estas conexiones no deben estar abiertas demasiado tiempo.

Xül me cogió de la mano con firmeza y tiró de mí hacia el portal. Lo cruzamos a la vez; la transición fue tan suave que casi ni la noté.

En cuanto el portal se cerró a nuestra espalda, Xül me soltó la mano y se puso a dar vueltas por la habitación.

—Increíble —murmuró, para sí más que para mí.

—¿Qué significa eso? —pregunté—. ¿Thalor y Sylphia juntos?

Se paró en seco y se volvió a mirarme.

—Significa peligro. Agua y viento. Emociones y secretos. —Apretó los puños junto a los costados—. Nada bueno puede salir de esa combinación, y menos aún para alguien con secretos como el

tuyo.

—¿Cómo voy a sobrevivir a eso?

Su expresión era un torbellino de frustración.

—No hay tiempo para prepararse. No hay ninguna técnica útil que te pueda enseñar en una sola noche y que pueda servirte de algo.

—Entonces ¿qué hacemos? —pregunté sin alzar la voz.

—Descansa —respondió con sencillez—. Vas a necesitar hasta tu último rescoldo de fuerza.

Se me escapó una risa áspera.

—¿Descansar? ¿Cómo voy a descansar sabiendo que mañana me lanzarán de cabeza a otra trampa mortal?

Xül se me acercó.

—Quédate aquí esta noche —propuso con el tono más suave que le había oído jamás.

El ofrecimiento, con todo lo que implicaba, quedó colgando en el aire. Tras lo ocurrido en el jardín, aquel momento de vulnerabilidad, quedarme habría sido cruzar una línea para la que aún no estaba preparada. Aquella noche ya le había revelado demasiado. Y él a mí, cosas que me habían confundido todavía más.

—Aunque estoy seguro de que verme dormir te resultaría emocionante —dije—, te ahorraré el aburrimiento y volveré a mis habitaciones.

Una sombra de su mueca sardónica habitual asomó por un instante a sus facciones.

—Tu forma de dormir no es tan fascinante, estrellita.

—Estamos de acuerdo. —Me dirigí a la puerta.

—Thais… —Su voz me hizo detenerme en el umbral. Cuando lo

miré de reojo, me lanzó una mirada penetrante que me dejó clavada en el sitio—. Si quieres quedarte aquí, si no quieres estar sola, puedo dormir en el sillón.

—No digas tonterías. —Le devolví una mirada firme—. Soy perfectamente capaz de pasar la noche sola.

Me observó unos momentos; comprendí que sopesaba si debía insistir más o no, y al parecer vio en mis ojos una resolución que lo convenció de que no era necesario.

—De acuerdo —aceptó por fin—. Descansa donde prefieras.

Me marché sin una palabra más y recorrí los pasillos a oscuras hasta mi habitación. Cada paso era a la vez una victoria y una pérdida. Había reafirmado mis límites y mantenido intacto mi orgullo, pero el gélido vacío de la habitación me resultó opresivo tras la calidez de su presencia.

Mientras estaba tumbada en la cama, con la vista clavada en el techo, no pude quitarme de encima la sensación de que había tomado la decisión correcta por los motivos incorrectos. O quizá la decisión incorrecta por los motivos correctos.

CAPÍTULO 30
HYDRATHIS

Cuando nos reunimos, a la orilla del gran lago, hacía un calor opresivo. El agua reluciente se extendía hasta el horizonte, sumida en una calma antinatural.

—Esto es una locura —dije con los ojos entornados.

Marx estaba a mi lado, cruzada de brazos.

—¿Ya estás preocupada, Morvaren? Y yo que creía que te estabas acostumbrando a las experiencias cercanas a la muerte.

—Lo que me preocupa es lo que pueda vivir en ese lago.

Marx observó el grupo de gente con los ojos entrecerrados.

—¿Dónde está tu hermano?

Al verme, Thatcher, que estaba en la orilla con una expresión seria pero decidida, se abrió paso hasta nosotras y saludó a Marx con un gesto breve.

—Todo el mundo está tenso. No sé en qué consistirá este Juicio, pero los tiene a todos asustados.

—Mejor —señaló Marx—. El miedo vuelve estúpida a la gente, y eso nos da ventaja.

Iba a responder cuando vi que alguien se acercaba a nuestro grupito. Kyren. Su rostro mostraba agotamiento, pero los ojos estaban atentos.

—¿Tenéis la menor idea de lo que nos espera? —preguntó tenso.

Crucé una mirada rápida con Thatcher. Casi no conocíamos a Kyren, pero en la cacería se había mostrado muy capaz.

—Me imagino que la misma que tú —respondió Thatcher—. No ha habido tiempo para prepararse, pero al menos todos tenemos la misma desventaja.

Del centro del lago brotó un géiser que se retorció y ascendió formando una violenta columna. Se elevó casi hasta el cielo y luego se cohesionó en una forma vagamente reconocible. Thalor, suspendido sobre la superficie. La piel se le ondulaba como una charca agitada, y las escamas verdeazuladas brillaban en la carne traslúcida. De las yemas de los dedos le caía agua, que no llegaba a alcanzar el lago; cada gota quedaba inmóvil en el aire y luego ascendía para fundirse de nuevo con su cuerpo.

—Bienvenidos, supervivientes. —La voz nos golpeó y me resonó en el pecho hasta casi impedirme respirar.

A sus espaldas, el aire brilló y distorsionó el cielo cristalino hasta adoptar la forma de otra figura, que sin duda sería Sylphia. Flotó al lado de Thalor, con el cabello plateado ondulándose alrededor de su cara pese a que, desde la orilla, no notábamos la menor brisa. Mientras que él parecía sólido pese a su naturaleza líquida, ella tenía una apariencia insustancial, más una insinuación que una forma física, con los bordes en continuo movimiento.

—La ciudad de Memorica aguarda —anunció—, antigua y paciente, en las profundidades.

—Cada competidor —continuó Thalor— debe encontrar tres llaves para desbloquear el Archivo de las Sirenas.

La luz se coaguló sobre su palma y formó una gota cristalina que giraba poco a poco sobre sí misma.

—Las llaves de los recuerdos —explicó—, que preservan los últimos instantes de aquellos que nos precedieron.

La primera llave se disolvió y en su lugar se formó una segunda, con la forma de una caracola.

—Las llaves de los ecos, que llevan consigo los sonidos de las consecuencias.

La tercera llave se materializó: una esfera perfecta que emitía diminutas burbujas plateadas.

—Las llaves de los susurros, que contienen las confesiones de los ahogados.

—No todos encontrarán lo que buscan. —La voz fría de Sylphia se abrió paso en mis pensamientos—. El número de llaves es limitado, menor que el de personas presentes frente a nosotros.

La tensión fluyó como una ola entre los competidores allí reunidos. Un número limitado de llaves significaba que algunos, quizá muchos, no sobrevivirían.

Kyren, que estaba a mi lado, maldijo entre dientes.

—Tenemos que actuar deprisa —susurró—. Cada uno necesitará su propio conjunto de llaves. Dado que somos cuatro, eso son doce.

Asentí con gesto sombrío. El cálculo era sencillo y brutal.

—Necesitaréis esto —dijo Thalor. Unos ayudantes oscuros se movieron entre nosotros y nos entregaron mochilas impermeables.

Abrí la mía y vi que dentro había tres cajas de cristal, cada una de ellas dotada de un intrincado mecanismo de cierre. Parecían

frágiles, pero sospeché que serían todo lo contrario. Al pasar el pulgar sobre la superficie suave de uno de ellos vi unos dibujos iridiscentes que formaban ondas en sus profundidades.

—Colocad cada llave dentro de su receptáculo —ordenó Thalor, y el agua empezó a agitarse detrás de él—. El lago sabe lo que se oculta tras vuestras máscaras —dijo. Su voz había descendido a un registro tan grave que sentí la vibración en los huesos—. Igual que supo la verdad de los que vinieron antes que vosotros.

Sylphia se acercó con lentitud.

—Lo que guardáis en vuestro interior puede convertirse en vuestra mayor amenaza.

—Encontrad las tres llaves y llegad al archivo —concluyó Thalor —. Pero recordad: las aguas de Memorica no solo reflejan lo que sois, también lo liberan. Y Memorica no perdona a aquellos que esconden su naturaleza.

Las palabras quedaron flotando en el aire, con un peso ominoso que no supe situar.

—Acercaos —ordenó Sylphia, señalando la orilla con un gesto.

Dudé, pero los competidores avanzaron a mi alrededor como si tirasen de ellos hilos invisibles. Con las rodillas temblorosas, me obligué a unirme a la fila que se estaba formando.

Uno tras otro, nos adentramos en las aguas poco profundas. Su tacto contra mi piel era extraño: demasiado espesas, casi gelatinosas, y mucho más frías de lo que debería bajo aquel sol inclemente.

Cuando llegó mi turno, Thalor descendió hasta flotar sobre el agua delante de mí. Sin previo aviso, me apretó la garganta con el pulgar.

El dolor estalló como una onda que se expandiera a partir del punto de contacto, un fuego gélido que se me extendió por el cuello y los pulmones. Jadeé y me llevé las manos a la garganta, pero la sensación ya se estaba desvaneciendo y dejó en su lugar un extraño peso en mi pecho, como si se me hubieran llenado los pulmones de algo más denso que el aire.

—El encantamiento para respirar se activará en cuanto estéis sumergidos por completo —explicó Thalor, cuyo rostro enorme estaba tan cerca del mío que resultaba incómodo. Podía ver mi reflejo, distorsionado y diminuto, en sus pupilas—. Si os resistís, os ahogaréis.

—¿Qué sucede si falla el encantamiento? —preguntó alguien, una mujer alta cuyo nombre nunca me había molestado en aprender.

La sonrisa de Sylphia era como una cuchillada en su rostro.

—Que os uniréis a los residentes permanentes de Memorica.

—¿Y de cuánto tiempo disponemos? —se interesó otro competidor.

—Hasta que las profundidades se os vuelvan insoportables —respondió Thalor, que se deslizó despacio de vuelta al centro del lago.

La presión que sentía en los pulmones se incrementaba y hacía que cada inspiración fuese un poco dolorosa. Lo que nos hubieran hecho ya estaba en marcha.

Busqué a Thatcher entre la gente. Extendió la mano y yo la cogí para que su sólida presencia me diera fuerzas.

—¿Juntos? —preguntó.

—Siempre —respondí, y sentí la certeza en nuestro vínculo. Fuera lo que fuese lo que venía a continuación, nos enfrentaríamos a

ello como siempre habíamos hecho con todo: el uno al lado del otro.

El rugido se hizo más fuerte, y de pronto comprendí que no estaba tan solo en mi cabeza. El lago se movía.

Thalor levantó los brazos, y el agua que teníamos enfrente empezó a alzarse y formó un muro que se elevó más y más por encima de nosotros, alto como una montaña, sostenido por la voluntad divina. Un maremoto congelado en el momento previo a la destrucción.

Se me hizo un nudo en la garganta. No podía respirar ni moverme, ni siguiera gritar, mientras contemplaba la enorme ola que colgaba sobre nosotros.

—La ciudad se ahogó —resonó la voz de Thalor por toda aquella extensión—. Pero ¿por qué?

Y, entonces, la ola se abatió.

Me golpeó con furia y me arrastró con tanta fuerza que me dejó sin aire en los pulmones. El mundo desapareció, absorbido por una agitada oscuridad. El agua me llenaba la nariz, la boca, los ojos. Di vueltas sobre mí misma, incapaz de distinguir arriba de abajo, mientras la corriente me arrastraba a las profundidades.

La presión en los oídos aumentó hasta que creí que me iban a reventar los tímpanos. Me ardían los pulmones, desesperados por la falta de aire, pero solo había agua por todas partes, que invadía mis sentidos por completo.

«No respires —me ordené para luchar contra aquel instinto básico—. El encantamiento. Espera al encantamiento».

Ganó el pánico. Me quedé sin aire e inhalé por reflejo, esperando sentir el dolor ardiente del ahogamiento.

Pero la marca que tenía en la garganta ardió con un fuego frío y

el agua se transformó en algo que mi cuerpo era capaz de procesar. La quemazón de los pulmones disminuyó.

Me forcé a inspirar de nuevo. La sensación era desconcertante, como inhalar una seda líquida que, por algún motivo, no me mataba. Era extraño en todos los sentidos, pero me mantenía con vida.

Poco a poco, las violentas corrientes amainaron. Me orienté. Arriba, la superficie era un techo de luz, lejano y ondulante. Debajo de mí, la ciudad sumergida se extendía en todo el esplendor de su arquitectura imposible.

Me agité en el agua, buscando con desesperación. La ciudad se extendía en todas direcciones, un laberinto de coral, cristal y perlas. Vi a los otros competidores como motas lejanas dispersas sobre la ciudad, igual que yo. Traté de distinguir a mis aliados, pero ninguno de ellos estaba lo bastante cerca para reconocerlo.

El encantamiento para respirar me mantenía con vida, pero no sofocaba la creciente oleada de terror que me invadía. ¿Les habría fallado a ellos el encantamiento? ¿Estarían…?

«Aquí».

La voz de Thatcher atravesó el pánico que me desbordaba.

«¿Dónde?» insistí, sin dejar de dar tumbos.

«Mira hacia arriba. A tu derecha».

Me retorcí de nuevo y por fin lo vi: una figura oscura, silueteada contra la superficie, a bastante distancia.

Sentí un alivio tan repentino que casi me desmayé. Me quedé donde estaba y contemplé cómo descendía hacia mí con potentes brazadas. Al habernos criado en Cresta Salada, los dos éramos buenos nadadores, pero bucear era muy distinto de moverse entre las olas marinas a poca profundidad. Thatcher se adaptó enseguida.

Por fin llegó hasta mí y chocamos, formando un lío de brazos y piernas hasta que conseguimos separarnos.

El cabello le flotaba alrededor de la cabeza como algas oscuras, y el encantamiento para respirar latía en su garganta con una luz azul.

«¿Has visto algún rastro de Marx o de Kyren?», me preguntó mientras examinábamos nuestros alrededores.

«Aún no —respondí—. Pero tenemos que empezar a buscar las llaves. Recuerda lo que nos han dicho: el número es limitado. Podemos intentar encontrar a los otros mientras las buscamos».

«Si han sobrevivido a la inmersión», pensó apesadumbrado.

«Seguro que Marx sí. Es demasiado terca para morir», le envié.

«Al menos tenemos una ventaja… No habrá muchos competidores que hayan crecido tirando de redes y buceando para recoger ostras».

«Cierto».

Memorica era una enorme metrópoli submarina, sumergida muchísimo tiempo atrás. Las torres cubiertas de coral vivo se alzaban en espiral, con la superficie tachonada de perlas resplandecientes.

Bancos de peces se desplazaban entre las estructuras con movimientos sincronizados, como si compartieran una sola mente. A lo lejos, algo que parecía un gigantesco anfiteatro se elevaba desde el lecho marino.

Thatcher señaló el extremo más alejado de la ciudad, donde los edificios terminaban de modo abrupto en lo que parecía ser un precipicio submarino. Más allá, el agua adquiría una negrura impenetrable. Justo al borde del abismo había una construcción

distinta de las otras, enorme y mucho más ornamentada.

«El archivo —comprendí—. Nuestro destino final».

Pero antes necesitábamos las llaves. Miré alrededor y traté de formular un plan.

«Allí. —Thatcher señaló una gran plaza, entre dos edificios que parecían templos—. Tiene pinta de ser un sitio donde se guardarían cosas importantes».

«Vale la pena probar».

Nos dirigimos hacia allí a toda prisa, dejando que el instinto nos guiase. Nuestros cuerpos sabían cómo atravesar el agua, cómo conservar las fuerzas, cómo leer los sutiles cambios de presión que a su vez señalaban cambios en el entorno.

Habíamos recorrido la mitad de la distancia a la plaza cuando un movimiento captó mi atención: un destello plateado, detrás de una columna de coral. Cogí del brazo a Thatcher y señalé.

«¿Qué ha sido eso?».

«Algo inmenso. Y con lo que no podemos entretenernos ahora mismo», me respondió a través del vínculo.

«Sigue moviéndote; pero no bajes la guardia».

Nos acercamos a la plaza con más cautela. Era circular, rodeada de altísimas columnas de cristal que proyectaban una luz prismática sobre el espacio abierto. En el centro, flotando a algo más de la altura de una persona, había dos lágrimas de cristal idénticas a las llaves de los recuerdos que nos había mostrado Thalor.

«¡Dos! —transmití, incapaz de creer en nuestra suerte—. Demasiado fácil».

«Tal vez —respondió Thatcher—. Pero las necesitamos de todas formas».

«Podría ser una trampa».

«Desde luego. La pregunta es: ¿qué tipo de trampa?».

Rodeamos la plaza, manteniéndonos cerca de las columnas, mientras buscábamos cualquier señal de peligro: bestias guardianas, mecanismos de disparo, otros competidores al acecho. Pero no había nada, solo las llaves que daban vueltas despacio en el centro.

«Voy yo —decidí, y extraje un receptáculo de la mochila—. Cúbreme».

«Ten cuidado», me avisó Thatcher, y se situó para poder cubrir todas las direcciones desde las que alguien pudiera aproximarse.

Buceé hacia las llaves, con los músculos tensos, a la espera de un ataque que no llegó. Al acercarme me di cuenta de algo extraño: imágenes que parpadeaban en las profundidades de los cristales, demasiado rápidas para poder identificarlas. Provocaban un efecto hipnótico que casi me arrastraba hacia allí en contra de mi voluntad.

Cerré los dedos sobre la primera llave y el mundo estalló.

No era fuego ni destrucción. Eran recuerdos…, aunque, claramente, no los míos.

Manos jóvenes. Dedos temblorosos manchados de tinta. Vi a un anciano ataviado con una túnica de intenso color turquesa, que aceptaba una pesada bolsa de una figura encapuchada. Un pergamino lacrado cambió de manos.

La realidad se distorsionó. Una nueva escena. Las mismas manos manchadas de tinta quemaban manuscritos con frenesí mientras las campanas tañían en lo alto. El agua se colaba bajo la puerta y subía cada vez más, demasiado deprisa. Una plegaria final a Thalor que moría en unos labios que se ahogaban.

El asalto sensorial fue tan inesperado, tan visceral, que jadeé;

me entró agua en la boca y el encantamiento la procesó. Había revivido la muerte de alguien.

«¡Thais! —La voz mental de Thatcher se abrió paso por el diluvio de imágenes—. ¿Qué te pasa?».

Era incapaz de responder, de formar pensamientos coherentes; los recuerdos seguían inundándome.

«La llave, Thais».

La llave. Cierto. Con un esfuerzo tremendo, logré centrarme de nuevo en el presente. Aún aferraba la llave en la mano, y una luz pulsaba en su superficie.

«Muestra recuerdos —conseguí decir; hasta mi voz mental temblaba—. Recuerdos de Memorica. De su final».

«Métela en el receptáculo —me apremió Thatcher—. Ahora voy yo a por la mía».

Con manos trémulas, introduje la llave en la esfera de cristal. Incluso guardada allí, aún latía y las imágenes seguían siendo visibles dentro de ella, pero ya no me abrumaban los sentidos.

«Ten cuidado —le dije mientras me guardaba el receptáculo en la mochila—. Es… muy intenso».

Thatcher asintió y nadó hacia la segunda llave; se movía de forma deliberada, con precaución. Lo vi aproximarse y me fijé en que sus movimientos se hacían más lentos a medida que se acercaba, como si se enfrentara a alguna resistencia invisible.

Cuando sus dedos rozaron por fin la superficie de la llave, su cuerpo se puso rígido. Abrió mucho los ojos y luego se quedó con la mirada perdida.

Algo iba mal.

La expresión de Thatcher era de puro horror. Abrió la boca en un

grito silencioso y de sus labios escapó un chorro de burbujas. Su cuerpo se convulsionaba, como si tratara de apartarse de la visión que le estuviese mostrando la llave, pero la mano seguía cerrada a su alrededor.

«¡Thatcher! —lo llamé por el vínculo—. No es real. ¡Lo que estás viendo no es real!».

No dio el menor indicio de haberme oído. Su rostro se retorcía, con el dolor grabado en cada arruga. ¿Qué estaba viendo? ¿Qué recuerdos había decidido mostrarle la llave?

Y en ese momento noté algo: una silueta oscura que se formaba sobre él, a partir de la nada. Al principio solo era una sombra, una distorsión del agua. Pero a cada segundo que pasaba adquiría una forma más definida: afilada, predatoria, dotada de aletas, dientes y maldad.

Empecé a nadar hacia él para romper su conexión con la llave cuando algo más se movió en la periferia de mi campo visual. Me volví y vi que un ser se materializaba a mi lado: un tiburón con escamas que parecían de metal negro. Lo que me dejó paralizada no fue su poderosa presencia, ni las hileras de dientes, sino los ojos, unos ojos de color añil, idénticos a los míos.

«Thatcher —insistí, haciendo un esfuerzo para mantener la voz calmada—. Tienes que soltar la llave. Ahora».

Por fin, mi mensaje se abrió paso hasta él. Parpadeó unas cuantas veces y luego apartó la mano como si se hubiera quemado. La llave flotó en el agua, olvidada de momento, y él giró y se encontró cara a cara con la bestia que se había formado a su espalda.

«No te muevas —le transmití, y yo hice lo mismo—. Nos están

rodeando».

Los dos animales nadaban trazando círculos lentos y deliberados a nuestro alrededor. Mantenían la distancia a la perfección, con movimientos sincronizados como una danza coreografiada con todo cuidado. El que estaba cerca de Thatcher era diferente del mío, más grande, con unas placas acorazadas que le descendían por la columna vertebral, pero los ojos eran iguales. Añil.

«Han aparecido de la nada —me llegó la voz tensa de Thatcher —. No estaban ahí, y al instante siguiente…».

Un grito agónico cortó el agua, distorsionado pero inconfundible. Volví la cabeza hacia él, solo un poco. Había otro competidor a unos cincuenta pasos, rodeado por un monstruo distinto: una enorme serpiente verdosa con el dorso cubierto de púas lo envolvía con su cuerpo.

El competidor se agitaba con violencia; su terror era evidente incluso de lejos. Con cada movimiento producto del pánico, con cada grito burbujeante, la serpiente se hacía más grande y sus púas crecían y se afilaban.

Entonces, con una rapidez aterradora, aquellas púas giraron hacia dentro.

El agua se tiñó de sangre.

El competidor se debatía cada vez con menos fuerza, hasta que por fin quedó inmóvil. La serpiente empezó a perder definición. Su forma se onduló y los bordes se volvieron difusos, hasta que se disolvió en el agua como si nunca hubiera existido en realidad.

«Dioses —jadeé—. Era su miedo. El pánico la hacía más fuerte, hasta que…».

«Hasta que lo ha matado», terminó Thatcher con solemnidad.

Y entonces lo entendí.

«Thatcher, tu monstruo… se formó después de que tocaras la llave, de que vieras los recuerdos que te mostró».

La comprensión se abrió paso en su mirada.

«"Las aguas de Memorica no solo reflejan lo que sois, también lo liberan" —dijo, citando el aviso de Thalor—. Son manifestaciones de nuestras emociones, y se alimentan de ellas».

«Así que, si controlamos nuestras emociones…».

«Controlamos esas manifestaciones».

Nos cogimos de la mano y cerramos los ojos. Me imaginé las aguas tranquilas de Cresta Salada al amanecer, el rítmico golpeteo de las olas contra la costa, el peso familiar de un remo en mis manos. Poco a poco, de modo deliberado, ralenticé mi respiración, los latidos del corazón y dejé a un lado el pánico que amenazaba con devorarme.

Cuando volví a abrir los ojos, las bestias se desvanecían; se volvieron traslúcidas, luego transparentes, y, por fin, nada más que ondulaciones en el agua.

«Ha funcionado» —me transmitió Thatcher con evidente alivio.

«Por ahora —avisé—. Pero tenemos que ser cuidadosos. Cualquier emoción fuerte podría hacerlos reaparecer».

«Tengo la sensación de que no será la última vez que las veamos», transmitió. Alargó la mano para agarrar de nuevo la llave, pero ya preparado para sus efectos.

Con movimientos rápidos y eficaces, la guardó en su receptáculo y bloqueó el cierre.

«¿Qué has visto?», le pregunté al notar el horror que todavía le asomaba a los ojos.

Thatcher tenía el rostro ceniciento y le temblaban un poco las manos.

«Yo era… Era una madre. Sentía lo mismo que ella. Estaba acostando a sus hijos, les cantaba una nana. Entonces, las paredes se agrietaron y el agua entró en tromba por las ventanas».

Calló y cerró los ojos para aplacar el recuerdo.

«Intentaba llegar hasta ellos —continuó—, pero la corriente era demasiado fuerte. Sentí cómo se le llenaban los pulmones de agua mientras veía alejarse a sus hijos, arrastrados por la corriente. Su último pensamiento fue preguntarle a Thalor por qué los había abandonado. —Se le quebró la voz—. La he sentido morir, Thais. He sentido cómo se le rompía el corazón antes de dejar de latir».

«Dioses —jadeé—. Yo he visto a un sacerdote que hacía algún trato turbio. Y luego mis manos quemaban escritos cuando el agua lo inundó todo. Yo también lo he sentido morir».

«Fuera lo que fuese lo que ocurrió aquí —dijo Thatcher con voz queda—, todos pagaron el precio».

Ya nos habíamos hecho con dos llaves, pero los auténticos horrores de Memorica apenas empezaban a revelarse.

De pronto, estalló una conmoción procedente del anfiteatro. Vimos varias figuras que nadaban frenéticas.

«¡Es Marx!». Incluso a aquella distancia reconocí su silueta. Peleaba, rodeada de figuras que trazaban círculos. Una bestia enorme y furiosa parecía estar atacándola.

«Espera. —Thatcher me cogió del brazo—. Necesitamos un plan. Esas manifestaciones…».

«No hay tiempo», interrumpí, y me solté de un tirón.

Me impulsé hacia delante a través del agua, con una nueva

sensación de urgencia.

Nadé con todas mis fuerzas, concentrada por completo en llegar hasta Marx. No me di cuenta del sutil cambio de la corriente; una poderosa resaca me atrapó y me arrastró a un lado.

«¡Thais, cuidado!». El aviso de Thatcher llegó demasiado tarde.

Al volverme vi un vórtice de agua y aire, un ciclón que se había formado sin previo aviso. Se elevaba desde el fondo hacia la lejana superficie, como una columna giratoria de destrucción que ya me atraía hacia su órbita.

Luché con la corriente moviendo brazos y piernas con desesperación, pero el tirón era demasiado fuerte. En pocos segundos me vi atrapada en su contorno, arrastrada de forma inexorable hacia el centro.

«¡THAIS!». El grito de Thatcher perforó nuestro vínculo mientras el vórtice me tragaba.

Lo último que vi fue su rostro, deformado por el horror, y una mano que se extendía hacia la mía desde una distancia imposible. Luego, todo se disolvió en el caos y el ciclón se adueñó de mí, me apartó de mi hermano y me arrastró a las profundidades, hacia el corazón ignoto de Memorica.

CAPÍTULO 31
CORRIENTES DE MEMORIA

Violentas corrientes me castigaban las extremidades, amenazando con arrancármelas de cuajo. Mi cuerpo se retorcía en ángulos para los que no estaba ideado; la presión me aplastaba el pecho hasta que se me olvidó cómo era respirar. En mi garganta, el encantamiento ardía con un fuego helado mientras luchaba por capear el agua que se agitaba a mi alrededor.

Entonces llegaron las visiones.

El ojo del ciclón me atrapó en una quietud antinatural, una burbuja de calma imposible rodeada de furioso caos. El agua empezó a resplandecer y, de repente, me vi rodeada de figuras traslúcidas: personas de elaborada vestimenta que caminaban por los mercados, que vivían sus vidas en una ciudad que el mar no había devorado aún.

Una niña perseguía a un niño entre los tenderetes, los dos riendo en silencio. Los comerciantes regateaban por cristales luminosos y frascos de brebajes resplandecientes. Varios sacerdotes, con sus túnicas ceremoniales, se dirigían en procesión hacia un

templo.

Thalor, de un tamaño inabarcable, apareció sobre la ciudad. El agua se arremolinaba a su alrededor, formando dibujos imposibles. Su figura ocultó el sol del crepúsculo, sumiéndolo todo en la penumbra. Abajo, entre los sacerdotes reinaba el pánico: algunos se arrodillaban a rezar, mientras que otros corrían hacia los templos.

Sin previo aviso, Thalor levantó los brazos. El agua se materializó de la nada: muros de agua, raudales que superaban lo imaginable. La avalancha cayó sobre Memorica con furia divina, derrumbando edificios con el impacto. Las calles se convirtieron en ríos, luego en rápidos y, por último, en corrientes mortales que lo arrasaban todo a su paso. La gente corría, gritaba, rezaba…, pero no tenía adónde huir.

Me llegó un susurro a través del agua, a través de los huesos: «La ciudad recuerda su muerte».

Aquella visión dio paso a la de un mapa, con tres lugares, en las ruinas, identificados con distintas luces intermitentes: el templo, el centro de la ciudad y el anfiteatro.

«Todas las verdades tienen su precio. La pregunta es cuánto estás dispuesta a pagar».

El miedo que bullía en mí, bajo la superficie, estalló de repente, primitivo y abrumador. Se me aferró a la garganta y me oprimió los pulmones hasta que no pude respirar. El ciclón no solo me mostraba visiones; se alimentaba de mi pánico, multiplicado por mil.

El ojo de la tormenta se colapsó.

Me vi expulsada violentamente, y giré en el agua hasta que me estrellé contra la piedra. Un fuerte dolor se me extendió por el hombro, pero no era nada en comparación con la parálisis del terror

absoluto que me atenazaba.

Una bestia se cernía sobre mí; ya no era la sombra con forma de tiburón de antes, sino una monstruosidad ancestral del tamaño de un barco. Tenía el cuerpo recubierto de escamas de obsidiana, superpuestas como en una armadura, y unos dientes más largos que mi antebrazo y afilados como cuchillos.

Mi miedo había cobrado forma y finalidad; había alcanzado unas proporciones pesadillescas.

No podía moverme. No podía pensar. Me costaba asimilar que seguía con vida mientras la criatura daba vueltas por encima de mí, creando con su enorme cola corrientes que me incrustaban la espalda en el muro derruido. Todos los instintos me gritaban que huyera, pero el cuerpo se negaba a obedecer.

La bestia se lanzó.

El instinto de supervivencia logró al fin imponerse a la parálisis. La luz estelar estalló en mis dedos y se materializó en un escudo en el momento en que aquellas terribles mandíbulas se cerraban de golpe. Los dientes rozaron la luz, y el impacto me hizo atravesar el agua de espaldas.

El monstruo dio otra vuelta, esta vez más deprisa.

Me obligué a respirar, a pensar más allá del terror ciego que me poseía. El escudo no aguantaría otro impacto directo. Tenía que contraatacar.

La luz estelar se transformó en mis manos; fluyó hasta cobrar la forma de una gran espada que brillaba con un resplandor gélido. A mi alrededor, el agua parecía contraerse; toda mi piel cobró vida y gritó, consciente del peligro.

La bestia volvió a cargar, con las fauces tan abiertas que podría

tragarme de un bocado.

La recibí cara a cara.

Mi espada atravesó unas escamas que deberían ser impenetrables, abriendo una herida a lo largo del costado de la criatura, que se retorció de dolor mientras le brotaba una sangre negra que se disolvía en el agua. Sentí un extraño eco de aquel dolor en mi propio cuerpo, un ardor fantasmal que me cortó el aliento.

En mi interior se rompió el equilibrio: el terror paralizante retrocedió lo justo para dejar sitio a la cólera. Aquella cosa había intentado matarme. Una manifestación de mi propio miedo creía que podía consumirme.

—Saliste de mí —gruñí, con las palabras distorsionadas por el agua, pero, aun así, llenas de decisión—. ¡Me perteneces y te controlo!

La bestia se recuperó y volvió a rodearme, aunque con más cautela. La herida dejaba a su paso un rastro oscuro que se difuminaba poco a poco. Podía sentir la conexión entre nosotros, un lazo que se hacía más fuerte a medida que aumentaba mi comprensión.

Volvió a atacarme, esa vez desde abajo. Giré para esquivarla mientras lanzaba un tajo que le abrió otro corte en la piel. El dolor reflejo me estalló en el abdomen, pero le hice caso omiso, llevada por la lucidez de la batalla.

La tercera vez que se abalanzó sobre mí, la recibí poseída por la furia. Mi espada estelar atravesó su gigantesco cuerpo, y en la herida ardió un fuego celestial. La bestia se retorció, presa de convulsiones, mientras la luz la consumía desde dentro.

A continuación, se quedó inmóvil, suspendida en el agua, antes de disolverse por completo. No quedó ni una escama que diera fe de su existencia.

La sensación de victoria estalló en mi interior, fiera y triunfante. Había derrotado a mi propio miedo, vencido al monstruo creado por el Juicio a partir de mi emoción más débil. Me sentí más ligera, más despierta, como si de pronto me hubiera quitado de encima un peso con el que había cargado toda mi vida.

«¿Thatcher?».

Busqué nuestro vínculo y sentí de inmediato su respuesta aliviada.

«¡Thais! ¿Dónde estás? ¿Estás herida?».

«Estoy bien —transmití en respuesta—. O mejor que bien. He visto en el ciclón dónde encontrar las llaves: las de los susurros, en el templo; las de los recuerdos, en el centro de la ciudad; las de los ecos, en el anfiteatro. Y he presenciado lo que ocurrió en Memorica».

«¿A qué te refieres?».

«Fue Thalor. La ahogó él».

«Pero ¿por qué?», preguntó tras una pausa.

«Ni idea».

«Estábamos buscándote —dijo Thatcher—. Voy con Marx. Nos reuniremos e iremos juntos».

«No hay tiempo —respondí mientras nadaba con determinación —. Os espero en el templo».

«¡Espera, Thais! Es peligroso que vayas sola…».

«No te preocupes —interrumpí con impaciencia—. Hasta ahora».

Haciendo caso omiso de sus protestas, seguí adelante con una

determinación inquebrantable. ¿Por qué esperar, si podía estar recogiendo llaves?

El templo se alzaba ante mí, una enorme pirámide escalonada con figuras talladas en la superficie. A diferencia del resto de la arquitectura de Memorica, basada en el coral y el cristal, aquel edificio era más oscuro, más antiguo, construido con piedra volcánica.

Nadé al interior sin dudarlo y entré en una amplia sala sostenida por columnas talladas con la forma de antiguas criaturas marinas. Una luz verde clara se filtraba por las grietas del techo, trazando dibujos moteados en el suelo de piedra. Me llegaban susurros de todas partes y de ninguna, algunos en idiomas que reconocía y otros en sonidos que no podría emitir una garganta normal.

Las voces me desorientaban y hacían que me resultara difícil concentrarme, pero seguí adelante, en busca de las llaves. Los pasillos se ramificaban en varias direcciones, todos ellos para adentrarse en el lúgubre interior. Elegí uno al azar y lo seguí hasta llegar a una cámara circular dominada por un altar de piedra.

Allí, sobre el altar, una llave de los susurros trazaba círculos lentos en la corriente. Su superficie opalescente cambiaba sin cesar entre la forma sólida y un conjunto de minúsculas burbujas plateadas que se disolvían antes de escapar a su influencia.

Sonreí y buceé en su dirección con brazadas seguras.

En el momento en que mis dedos estaban a punto de cerrarse sobre ella, capté un movimiento por el rabillo del ojo y giré justo a tiempo para esquivar la lanza traslúcida que atravesó el agua por donde yo acababa de estar.

Había un competidor en el umbral. Lo reconocí al instante:

Vance. El portador de energía de la Prueba, aquel cuyo poder estallaba en ráfagas letales, al que yo estaba a punto de matar cuando Miria nos detuvo. De sus manos palpitantes surgían orbes de energía blanca y morada que se le arremolinaban alrededor de los dedos.

—Vaya —dijo con una voz distorsionada, pero sin duda complacida—. Si es la chica de las estrellas. Miria no está aquí y esta vez no podrá salvarte.

—No necesito que me salven —dije entre risas—. Aunque puede que tú sí.

—Eso es mío —dijo señalando la llave con un gesto—. Si te retiras ahora, tal vez te deje vivir.

—Adelante, intenta quitármela.

Atacó sin previo aviso, con tres ráfagas de energía en rápida sucesión. Los orbes surcaron el agua, dejando a su paso estelas de burbujas de ebullición. Invoqué la luz estelar y formé un escudo contra el que se estrellaron los proyectiles. El impacto envió ondas de choque por el agua, pero el escudo resistió.

Antes de que pudiera lanzar más orbes, contraataqué con una esfera de luz estelar comprimida.

Vance la esquivó, pero por los pelos: la esfera le rozó el hombro y lo hizo girar en el agua. Su rostro se contorsionó de dolor y rabia mientras recuperaba el equilibrio.

—Te arrepentirás de eso —gruñó extendiendo los brazos. De sus manos brotó un rayo de energía que me alcanzó en pleno pecho y me hizo caer de espaldas. Todos los nervios de mi cuerpo se dispararon a la vez; el dolor me contorsionó los músculos mientras las descargas me recorrían. Mis extremidades se negaban a

obedecer, paralizadas por la sobrecarga.

—Ya no estás tan confiada, ¿eh? —dijo Vance burlón mientras formaba una lanza de energía entre las palmas—. Estaba deseando acabar con esto desde la Prueba. —Intenté combatir la parálisis, pero mis músculos se contraían en vano mientras él se acercaba—. Esto era lo que esperaba —dijo mientras me ponía la lanza contra el pecho.

De pronto, el agua se agitó con violencia a nuestro alrededor, y unas fauces gigantescas se cerraron a poquísima distancia de Vance, que perdió la concentración, y el efecto paralizante que me aprisionaba se desvaneció de inmediato. Vance abrió los ojos desmesuradamente por la sorpresa cuando un enorme leviatán emergió de las profundidades. Sus vetustas escamas lanzaban destellos en el agua turbia.

—¡Mierda! —gruñó Vance, y su lanza de energía se disipó mientras esquivaba un segundo ataque. La cola del leviatán azotó el agua, creando una corriente que hizo que mi rival cayera de espaldas. Se repuso con rapidez, y su mirada osciló entre la bestia y yo hasta que tomó una decisión—. Esto no ha terminado —siseó, y, con una ráfaga de energía, se impulsó hacia arriba y se perdió en la oscuridad.

Alcé la espada, dispuesta a enfrentarme al leviatán, cuando apareció una figura en mi campo visual.

—Aparta eso antes de hacerte daño —dijo Marx con la voz distorsionada por el agua y su habitual gesto inexpresivo.

El leviatán dio la vuelta y se colocó detrás de ella, con actitud protectora. El lomo cubierto de espinas se ondulaba al moverse, y los ojos ardían como ascuas en su enorme cabeza.

—Lo tenía controlado —respondí, aunque hasta yo sabía que era mentira.

—Claro. —Marx había ajustado al máximo el sarcasmo—. ¿Se puede saber cómo se te ha ocurrido venir sola?

Antes de que pudiera contestar llegó Thatcher, rebosante de ira y preocupación.

—¡Thais! ¿Qué demonios…? —Se detuvo en seco al ver el agua turbia por la sangre y los restos de la pelea—. Dioses. ¿Qué ha pasado?

—Tu hermana, que ha decidido matarse —dijo Marx con tono seco—. He intervenido.

Thatcher me sujetó por los hombros y me taladró con la mirada.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué has venido corriendo tú sola?

—Necesitamos las llaves —dije desconcertada—. Sabía dónde estaban. ¿Por qué iba a esperar?

—¡Porque es peligroso! —estalló—. ¡Porque podrías haber muerto! ¿No lo entiendes?

Parpadeé.

Marx me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo sabes dónde encontrar las llaves?

—Lo he visto en el ciclón —expliqué—. Mientras me tenía atrapada.

—¿Te ha dado esa información así, por las buenas? —preguntó Marx con la voz cargada de sospecha.

—Desde luego, no ha sido por las buenas. —Fruncí el ceño, pensativa—. En su interior, el miedo se magnificaba hasta hacerse casi insoportable. Cuando por fin salí, me esperaba el tiburón de antes, pero mucho más grande, del tamaño de un barco. Supongo

que se había alimentado de mi miedo mientras yo estaba dentro.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Marx, mirando a su alrededor como si esperase verlo al acecho.

—Lo aniquilé —dije con una sonrisita—. Lo atravesé con una espada y se desintegró.

Marx abrió unos ojos como platos.

—¿Mataste a la manifestación de tu propio miedo?

—¿Qué iba a hacer si no?

Marx y Thatcher cruzaron una mirada.

—Thais —dijo Thatcher con cautela—, antes, durante la pelea, ¿has tenido miedo en algún momento?

Me paré a pensarlo antes de contestar.

—No. ¿Por qué?

—Ese tipo ha estado a punto de matarte —señaló Thatcher—. La mayoría de la gente se habría aterrorizado.

El rostro de Marx se transformó cuando cayó en la cuenta.

—Has matado a tu miedo.

La comprensión me llegó lentamente.

—¿Eso es posible?

—No solo a tu miedo —dijo Thatcher cariacontecido—. A tu instinto de supervivencia. Por eso has venido sola; por eso has luchado de forma tan temeraria. —Se alisó el pelo con frustración—. No solo eres intrépida; eres incapaz de reconocer el peligro.

—¿Y eso es malo? —repuse—. El miedo nos frena.

—El miedo nos mantiene con vida —replicó Thatcher—. Nos impide correr riesgos estúpidos, como atacar sin refuerzos a un hombre que puede dejarte inmóvil.

—Menos mal que la seguía —intervino Marx con tono irónico—.

Bueno, junto con Bertha. —Le dio una palmadita en el costado al enorme leviatán, que respondió con un gruñido afectuoso—. Resulta que, cuando has visto lo peor que ofrece el mundo, la rabia se convierte en una herramienta más. No hacen falta emociones.

—Entonces ¿no sientes nada? —preguntó Thatcher.

Marx se encogió de hombros.

—Siento muchas cosas, pero no me dejo controlar por ellas, y, a cambio, puedo controlar a Bertha. —Señaló la llave de los susurros que aún flotaba sobre el altar—. En fin, ¿recogemos eso o seguimos hablando sobre nuestros sentimientos?

Buceé hasta el altar y alargué la mano hacia la llave. Los susurros se intensificaron a medida que acercaba los dedos, aunque no pude distinguir palabras concretas hasta que rocé la superficie, fragmentos de confesiones en diferentes voces:

«Vendimos lo que nunca se debería vender…», «… más valor al oro que a la fe…», «Perdónanos por haber traicionado la sagrada confianza…», «… conocimiento divino por moneda mortal…».

Las voces se desvanecieron cuando coloqué la llave en su receptáculo y lo cerré bien. Ya tenía otra llave, la de los susurros.

—Tiene que haber más —dijo Thatcher, que ya empezaba a adentrarse en el templo.

Lo seguimos por pasillos sinuosos; los susurros cobraban intensidad con cada giro. Thatcher avanzaba con cautela, inspeccionando las esquinas antes de seguir adelante.

—No pienso perderte de vista —me comunicó mientras avanzábamos— hasta que hayamos dado con la forma de devolverte el miedo.

—En caso de que sea posible —murmuró Marx en voz tan baja

que solo la oí yo.

Los pasillos del templo descendían hacia profundidades más oscuras, hasta que llegamos a una zona semienterrada en la arena. Allí los susurros eran distintos; se entremezclaban con lo que parecían gritos que pedían socorro.

—Algo marcha mal —dijo Thatcher frente a la puerta de una amplia cámara.

Miré al otro lado del umbral y vi el motivo de su preocupación: Kyren estaba acorralado contra una pared del fondo, enfrentado a una enorme bestia parecida a un cocodrilo, con demasiados dientes y escamas que cambiaban de color. El propio Kyren transicionaba entre formas, a veces sólido, a veces transparente, a veces como si estuviera en varios sitios a la vez.

—Ilusiones —dijo Marx, observando la escena con los ojos entrecerrados—. Kyren intenta confundirlo.

Los susurros eran tan ensordecedores que no podíamos ni oírnos pensar. Divisé lo que buscábamos: llaves burbujeantes flotando en hornacinas por todo el perímetro de la estancia.

Thatcher me cogió del brazo antes de que pudiera moverme.

—Thais, cúbreme, pero no hagas nada hasta que te dé la señal. —Sus ojos se clavaron en los míos—. Lo digo en serio.

Quería protestar, pero la intensidad de su mirada me detuvo.

—Vale.

—Marx, crea una distracción. Tu leviatán debería servir.

Marx asintió mientras dirigía su bestia hacia delante.

—De acuerdo.

—¿Y Kyren? —pregunté.

—Yo me ocupo —respondió Thatcher—. Tiene que calmarse; lo

está atacando su propia manifestación. Cuanto más se asusta, más la hace crecer.

Nos colocamos en nuestras posiciones, y el leviatán cargó para enfrentarse al cocodrilo mientras yo lo rodeaba oculta entre las sombras. Thatcher nadó directo hacia Kyren, con cuidado de esquivar la manifestación que lo combatía.

Cuando llegó a él, lo agarró por los hombros para que lo mirase y le dijo algo. Aunque no oí las palabras, vi su efecto: las ilusiones frenéticas de Kyren empezaron a ralentizarse, y su forma se solidificó mientras se concentraba en la voz de Thatcher.

El efecto se vio en el cocodrilo de inmediato: sus ataques eran menos coordinados, y los contornos de su cuerpo empezaron a desdibujarse. El leviatán de Marx lo hizo retroceder aún más, proporcionando espacio a Thatcher y Kyren para que se pusieran a salvo.

En cuestión de minutos no había ni rastro del cocodrilo; solo quedaban remolinos en el agua que ocupaba poco antes. Kyren se desplomó contra Thatcher, con la extenuación reflejada hasta en la última línea de su cuerpo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté mientras nos reagrupábamos.

—He entrado en una espiral de pánico —dijo Kyren con voz cansada—. Me aterroriza el mar abierto.

—No te tocaba ser el eslabón débil —dijo Marx, pero su tono no era mordaz del todo.

Kyren se enderezó cuando la indignación superó al agotamiento.

—¿El eslabón débil? Ya tengo las tres llaves.

—¿Qué? —Thatcher lo miró con incredulidad.

—Sí. He empezado en el anfiteatro, donde le he quitado una

llave de los ecos a otro competidor que ni siquiera me había visto llegar. Luego he cogido otra en el centro de la ciudad. Y mi manifestación me ha seguido hasta aquí; pero, aun así, he cogido una llave de los susurros. —Se dio una palmadita en una bolsa que llevaba al cinto—. Ya tengo las tres a buen recaudo.

—¿Las has conseguido tú solo? —No pude ocultar el asombro.

—No te sorprendas tanto —respondió Kyren con una débil sonrisa—. Esto se me da bien.

—¿A qué te refieres? —preguntó Marx con recelo.

—A sobrevivir. —Su sonrisa se desvaneció—. La llave de los ecos ha sido la más difícil. Cuando te acercas, el sonido es tan fuerte que parece que va a estallarte la cabeza. Cuando la metí en su receptáculo ya me sangraban los oídos. Pensé que me quedaba sordo.

—Y sin embargo estás aquí, quejándote a todo volumen, aunque el agua lo amortigüe —observó Marx.

—Aún necesitamos las llaves de los ecos —intervino Thatcher—. Deberíamos ir al anfiteatro.

—Coged vuestras llaves de los susurros —dije señalando las que flotaban en sus hornacinas.

Thatcher y Marx cogieron una cada uno, y se las llevaron al oído para escuchar antes de guardárselas en los receptáculos.

—Cada llave muestra una faceta diferente de Memorica. Tenemos que juntar las piezas y averiguar qué pasó aquí. —Los miré uno por uno—. Las llaves de los recuerdos muestran escenas de la vida de la ciudad cuando esta se hundió. Las llaves de los ecos…

—Creo que las consecuencias —interrumpió Kyren.

—Las llaves de los susurros contienen confesiones —añadió Marx

—. Algo sobre vender lo que no debería venderse.

—Y he visto a Thalor —añadí, fijándome en sus reacciones—. En el ciclón. Apareció sobre la ciudad y los ahogó a todos.

—Pero… ¿por qué? —Kyren palideció.

—Lo que fuera que se vendió era peligroso, desde luego —dijo Thatcher con tono sombrío—. Tanto como para ganarse esto.

—El recuerdo que experimenté —expliqué despacio— era de alguien que tenía los dedos manchados de tinta. Miraba a otra persona, creo que un sacerdote, que llevaba una túnica turquesa. Estaba entregando un pergamino a cambio de oro.

—Así que traficaban con información divina —dijo Marx.

—Pero aún no sabemos de qué se trataba —señaló Kyren, y abarcó con un gesto la ciudad sumergida—. Las llaves muestran la venta, muestran las consecuencias, pero no los secretos propiamente dichos.

—Puede que ahí esté la clave —supuse tras pensármelo bien—. Puede que no tengamos por qué averiguar los detalles, que nos baste con saber que ciertos conocimientos no deberían venderse.

—Las llaves de los ecos nos dirán más —dijo Thatcher.

—Solo hay una forma de averiguarlo. —Marx se ajustó la mochila —. Vamos al anfiteatro, todos juntos.

Salimos del templo y nadamos por las ruinas de Memorica, intentando seguir caminos en penumbra y pasillos ocultos. Tuvimos que escondernos dos veces cuando pasaron otros competidores, y una más cuando vimos a una pareja que esperaba para lanzarse sobre una víctima desprevenida.

Quería intervenir, evitar que se produjese la emboscada, pero Thatcher me detuvo.

—No tenemos tiempo para hacernos los héroes —siseó—. Debemos llegar a las llaves de los ecos antes de que se acaben.

—Pero van a matar a esa persona —repliqué.

—Y es terrible, pero no podemos salvar a todo el mundo. Céntrate en nuestro objetivo.

Le hice caso a Thatcher y seguí buceando, pero no pude librarme de la sensación de malestar en el estómago. No sabía si era culpa, vergüenza o algo distinto por completo.

El anfiteatro se alzaba ante nosotros, con sus gradas alrededor de un escenario central. Cerca de la entrada, la sangre enturbiaba de rojo las aguas cristalinas. Entre las ruinas flotaban tres cadáveres por lo menos.

—Antes no estaba así —susurró Kyren—. ¿Qué ha pasado?

—Que todo el mundo viene a por un recurso limitado —aventuró Marx.

Entramos con cautela, con Thatcher en cabeza, seguido de cerca por Marx y su bestia. Kyren y yo cerrábamos la marcha, atentos a cualquier indicio de emboscada por la retaguardia. Dentro reinaba un silencio inquietante, sin música, sin el menor sonido a excepción de la sutil corriente que recorría el enorme espacio.

—¿Y las llaves? —pregunté, escudriñando las gradas y la zona del escenario—. No veo ninguna.

—Tienen que estar por algún sitio —insistió Thatcher—. Vamos a separarnos, pero sin perdernos de vista.

Inspeccionamos a conciencia toda la estructura, revisando nichos y espacios ocultos. Nada. Ni rastro de llaves de los ecos, ni de cristales cantarines, ni de objetos con forma de caracola.

—Llegamos tarde —dijo Marx al fin—. Ya no quedan.

—Tenemos que seguir buscando —replicó Thatcher.

De repente, un grito rasgó el agua. Giramos en redondo hacia su origen: las gradas superiores, donde no habíamos buscado aún. Un competidor se debatía mientras le brotaba sangre de heridas que surgían de la nada. Era como si puñales invisibles le atravesaran el cuerpo desde todas direcciones, hasta que al fin quedó inmóvil y su cadáver se hundió lentamente.

—¿Qué demonios ha sido eso? —susurró Kyren.

—Un eco —dijo Marx en voz baja, con los ojos entrecerrados—. Mirad, ¡ahí!

Señaló un destello casi imperceptible en el agua.

—Las llaves están escondidas —deduje—. Camufladas.

—Por eso son tan difíciles de encontrar —dijo Thatcher—. Y por eso ha muerto ese competidor: debe de haberse topado con una sin saber qué era. Se ve que su sonido tiene propiedades defensivas.

—Eso significa que debemos acercarnos con precaución —concluyó Marx.

—Comentabas que el ruido hace daño al acercarse —le dije a Kyren—. ¿Oyes algo parecido a lo de antes? No sabemos cómo se supone que suena.

—Sí…, pero muy débil —dijo, y cerró los ojos para concentrarse —. Por aquí.

Despacio y con cuidado, lo seguimos a otra galería. A medida que nos acercábamos se empezó a oír un chirrido que, aunque era casi imperceptible al principio, pronto se volvió insoportable. Kyren hizo un gesto de dolor y se tapó las orejas con las manos.

—Está cerca —jadeó.

Avancé, concentrándome en la distorsión resplandeciente que

tenía delante. La estridencia se intensificó hasta que tuve la impresión de que se me iba a partir el cráneo; de los oídos me salía sangre que se desleía en el agua de alrededor. Pero seguí adelante.

Además del agudo sonido me llegaban otros. El acero contra el acero, millares de espadas que entrechocaban en la batalla. Caballos que relinchaban. El sonido húmedo de lanzas que se clavaban en la carne. El rugido del fuego que consumía edificios. Coros de oraciones que se convertían en coros de gritos. Pisadas, interminables pisadas. Y, por debajo de todo eso, una voz quebrada: «Un pacto sellado en la oscuridad…, diez mil tumbas…».

Mis dedos rozaron algo sólido y, de pronto, se materializó una llave de los ecos: un cristal con forma de caracola que emitía una luz pulsante. El sonido se transformó en mil voces que gritaban directamente en mi cerebro.

Combatiendo el dolor, logré meter la llave en su receptáculo y cerrarlo bien. El sonido cesó de inmediato, dejando atrás un silencio maravilloso.

—Ya tengo otra —jadeé, limpiándome la sangre de los oídos.

A continuación, Thatcher siguió las indicaciones de Kyren hasta dar con otra llave oculta. Le costó más que a mí; el dolor lo afectaba a ojos vistas mientras recogía el cristal invisible. Cuando por fin lo consiguió, estaba muy pálido.

—Ahí está la última —dijo Marx mientras buceaba en dirección a la tercera llave.

Solo había dado un par de brazadas cuando una sombra enorme pasó por encima de nosotros. Alzamos la vista y vimos a otra competidora, acompañada de una bestia que duplicaba en tamaño al leviatán de Marx. Antes de que pudiéramos reaccionar, la criatura se

abalanzó, abriendo unas fauces en las que relucían afilados dientes.

La bestia de Marx la interceptó, y las dos manifestaciones se estrellaron en una explosión de rojo y violeta. El impacto envió por el agua ondas de choque que nos empujaron contra las gradas de piedra.

—¡Vamos! —gritó Marx, y me lanzó su receptáculo—. ¡Coge mi última llave! —A continuación, se desplazó para dirigir a su leviatán.

Kyren me guio hacia la llave de los ecos mientras Thatcher se movía para ayudar a Marx. El sonido iba en aumento; me nublaba la vista y me revolvía el estómago. Kyren señaló en una dirección, incapaz de seguir acercándose; el sonido amenazaba con abrumarlo de nuevo.

Buceé hacia delante, concentrándome a pesar del dolor y de la sangre que volvía a salirme de los oídos. La llave se materializó en cuanto la toqué, y su canto era tan intenso que estuve a punto de perder el conocimiento. Más ecos…, más muertes violentas.

Con mis últimas fuerzas la introduje en su receptáculo, acallando el espantoso estruendo.

Al volverme, vi a Thatcher enzarzado en un combate contra la otra competidora, una mujer con tentáculos de oscuridad viviente que se extendían desde sus manos. Uno de ellos se había enrollado alrededor de la rodilla de mi hermano; por debajo, su piel se estaba tornando gris y muerta. A la izquierda, la enorme bestia violácea se aferraba a la pierna de Marx.

Me lancé hacia delante sin dudarlo mientras en mi mano cobraba forma una espada estelar. La mujer me vio llegar y redirigió hacia mí parte de la oscuridad, pero yo era demasiado rápida; atacaba con demasiada decisión. Si la mataba, la manifestación desaparecería

con ella. Lancé la espada, que sajó el tentáculo que sujetaba a Thatcher y siguió dando vueltas hasta cortarle el brazo a la mujer.

Lanzó un grito, y su sangre oscura enturbió el agua entre nosotras. Su manifestación se apartó del leviatán de Marx y regresó junto a su creadora para defenderla mientras esta retrocedía sujetándose la herida.

—Ya tenemos lo que buscábamos —dijo Thatcher jadeante; aún se le veía pierna grisácea allí donde lo había tocado el zarcillo—. ¡Vamos!

Nos reagrupamos rápidamente y nadamos tan deprisa como pudimos para salir del anfiteatro. Los cuatro teníamos ya todas las llaves: la de los recuerdos, la de los ecos y la de los susurros. Nos esperaba la última etapa del Juicio.

—Las llaves de los ecos mostraban guerras, ¿verdad? —dijo Thatcher en voz baja y cargada—. El sonido era brutal.

—Fueran cuales fuesen los secretos divinos que vendió Memorica, las repercusiones fueron considerables —dijo Kyren.

—La voz que he oído… —Me detuve para hacer memoria—. «Un pacto sellado en la oscuridad…, diez mil tumbas…».

—No me extraña que Thalor los ahogara —concluyó Thatcher cariacontecido—. ¿Cuántas personas murieron porque los sacerdotes querían oro?

—Debía de ser una información que no estaba destinada a los mortales —dijo Kyren.

—Pero aún no sabemos qué secretos serían —señalé—. ¿Qué podría tener tanto valor como para arriesgarse a desatar la ira de los dioses?

—En cualquier caso —dijo Thatcher—, Thalor lo descubrió. Y su

reacción consistió en ahogar a todos los hombres, mujeres y niños de la ciudad.

Buceamos en silencio durante un rato, asimilando todo el peso de la tragedia de Memorica.

El archivo se alzaba a lo lejos, un edificio gigantesco encaramado al borde del acantilado. A medida que nos acercábamos, un rayo de luz dorada salió de su ápice y se extendió por la superficie, trazando un camino resplandeciente a través del agua.

—Se está abriendo —apuntó Kyren con la voz cargada de miedo y emoción.

—Haya lo que haya ahí dentro —dijo Marx—, lo afrontaremos juntos.

—Juntos —convino Thatcher, aunque me clavó una mirada llena de preocupación.

Nadamos con determinación hacia el archivo, dejando atrás el caos de Memorica. Nada más entrar sentí la picazón de la ansiedad. En fin; ya no era tan intrépida. Estaba claro que el archivo me había devuelto el miedo en todo su esplendor.

Ante nosotros se extendía una amplia cámara circular que bajaba hacia el precipicio. Y entonces empezaron a surgir unos seres parecidos a nosotros, aunque con cola de pez. Sirenas, antiguas, poderosas y omniscientes si había que dar crédito a las fábulas.

—Bienvenidos, supervivientes —entonó una de ellas con voz nítida—. Habéis llegado al archivo, pero aún no ha terminado vuestro viaje.

En el centro de la cámara había una plataforma circular en la que reposaban receptáculos de llaves.

La sirena líder se deslizó adelante con movimientos

inusitadamente fluidos.

—Pero antes debéis demostrar que entendéis por qué habéis estado recorriendo esas ruinas. ¿Qué verdad revelan las llaves?

Todos cruzamos miradas. Había llegado el momento.

—En Memorica se rendía culto a Thalor —comenzó Kyren, despacio—. Aquí estaban sus sacerdotes y guardianes de sus registros.

—Pero traicionaron esa confianza —continuó Thatcher—. Vendieron secretos divinos por dinero.

—Y esos secretos desencadenaron guerras —añadió Marx con voz sombría.

—Así que, cuando Thalor descubrió su traición —concluí—, anegó la ciudad. Todos, incluso los inocentes, pagaron la codicia de los sacerdotes.

La piel bioluminiscente de las sirenas parpadeó en lo que quizá fuera una señal de aprobación.

—Habéis entendido el precio de la traición. Memorica vendió la verdad a cambio de oro, y ese oro se convirtió en su tumba.

—Pero ¿qué secretos eran esos? ¿Qué se vendió? —preguntó Kyren a los etéreos seres.

La expresión de la líder se hizo aún más severa.

—Si los oídos mortales no estaban preparados para recibirlos hace un siglo, ¿qué te hace creer que los tuyos lo están ahora?

Otra sirena pasó junto a nosotros y nos bloqueó la puerta del archivo.

—Este Juicio no consistía en descubrir secretos, sino en comprender su peso. Y que todo tiene un coste, tal como averiguaron aquellos sacerdotes.

—Ahora os enfrentáis a lo contrario de su prueba. —La líder se acercó un poco más—. Debéis hacer lo que los sacerdotes no lograron: dar por voluntad propia lo que ellos habrían vendido. Sacrificar la verdad que guardéis con mayor celo.

Las sirenas flotaban a nuestro alrededor; sus movimientos eran hipnóticos.

—Demostrad que podéis abandonar la corrupción mortal a cambio de un propósito divino.

—Revelad aquel secreto que tendrá el precio definitivo —entonó otra—. Solo entonces podréis ascender.

«Necesitamos un plan», transmitió Thatcher, apremiante, a través de nuestro vínculo.

Pero en aquella ocasión no se me ocurría ninguno.

CAPÍTULO 32
LOS ARCHIVOS DE LA VERDAD

Se ondulaban formando dibujos radiantes que latían con ritmos síncronos, casi como si cruzaran mensajes en una lengua silenciosa. La cámara del archivo parecía cerrarse sobre nosotros; la oscuridad del fondo nos tiraba de los pies, y el peso del océano nos aplastaba.

—¿Quién va a ir primero? —preguntó la líder, cuya voz hacía vibrar el agua y también los huesos.

«Mierda». A través de nuestro vínculo me llegó una oleada de pánico, y los pensamientos de Thatcher se estrellaron contra los míos.

«Ya se nos ocurrirá algo». Tenía tanto miedo como él, pero traté de mantenerlo bajo control.

La sirena se deslizó hacia mí con una fluidez de movimientos inhumana.

—Depositad vuestras llaves en los receptáculos. Revelad vuestra vergüenza más oculta. El camino se abrirá, pero solo la verdad os granjeará el paso. —Curvó la boca en algo que quizá fuese una sonrisa y que dejó a la vista unos dientes serrados—. Y sabremos si

mentís.

—Yo voy primero —se ofreció Marx, que avanzó antes de que ninguno de nosotros tuviera ocasión de responder.

Nadó hacia la plataforma y colocó cada llave en el hueco correspondiente. Las de Marx empezaron a brillar y la luz se extendió por el agua formando ondas concéntricas. Una parte de la pared de la cámara se disolvió y dejó a la vista un túnel que ascendía hacia la superficie, pero las sirenas se movieron para cortarle el paso.

—Di tu verdad —ordenó la líder—. Y podrás seguir adelante.

La cara de Marx se deformó como si luchase contra alguna atadura invisible. Cuando habló por fin, su voz era sincera y directa, desprovista del sarcasmo habitual.

—Maldije a mi familia. —Las palabras parecieron salir a rastras de muy dentro de ella—. No me fui sin más. Me aseguré de que sufrieran. Y cuando me enteré de que habían muerto todos, de una forma horrible y dolorosa…, me alegré.

La confesión, cruda y terrible, pareció quedar allí flotando entre nosotros. Ya me había contado antes su historia, pero nunca había mencionado lo de la venganza deliberada.

Las sirenas hablaron entre ellas en voz baja; los dibujos brillantes parpadearon siguiendo secuencias complejas. Al fin, la líder asintió.

—Es verdad.

Marx se volvió y me miró a los ojos, y por un breve instante vi en ellos inseguridad, una muestra de vulnerabilidad inusual por parte de alguien que solía mantener una cautelosa reserva.

—Vete —le dije con voz firme, aunque la inquietud me revolvía el

estómago cada vez más—. Nos vemos arriba.

Se despidió con un asentimiento y, sin una palabra más, inició el ascenso a la superficie por el túnel y su silueta desapareció con rapidez.

—El siguiente competidor —entonó la sirena, y su inquietante mirada recorrió a los que quedábamos.

Kyren nos miró a Thatcher y a mí y luego carraspeó, cosa que sonó muy extraña bajo el agua.

—Iré yo.

Se acercó poco a poco a la plataforma y, con manos temblorosas, metió las llaves en sus huecos. El mismo destello de luz, el mismo túnel que se abrió en la pared, los mismos seres que se movieron para cortarle el paso.

—Di tu verdad —llegó la orden.

Kyren arrugó las facciones con algo que no era miedo, sino una vergüenza, profunda y visceral. Incapaz de mirarnos, cerró los ojos para hablar.

—Mi familia lo perdió todo por mi culpa —dijo en voz baja y tensa—. Mi madre era una comerciante honrada; había levantado su negocio de la nada. Mi apellido era respetado en las rutas comerciales desde Cierre del Este hasta la costa. —Le temblaban las manos—. La primera vez que se manifestaron mis poderes, yo tenía quince años. Podía crear ilusiones perfectas, hacer que el metal sin valor pareciera oro, que las piedras baratas relucieran como diamantes. —Cerró los ojos por un instante, con el dolor reflejado en los rasgos—. Me convencí de que era algo inocente, un modo de ayudar al negocio de la familia durante una etapa difícil. —Le brotaron lágrimas de los ojos, que se disolvieron al instante en el

agua circundante—. Al principio no eran más que pequeños engaños. Luego fueron creciendo. Mi madre no se dio cuenta; creyó que habíamos encontrado mejores proveedores. Cuando nuestros beneficios se duplicaron, le brillaban los ojos de orgullo… —Se le rompió la voz—. Así que yo creé más y más bienes ilusorios para satisfacer contratos cada vez mayores. —Al levantar la vista, tenía la expresión de alguien que se odiaba profundamente—. Cuando se descubrió el engaño, el gremio no me castigó solo a mí. Se lo llevaron todo: nuestro hogar, nuestros barcos mercantes, hasta la última moneda que poseíamos. Mi madre fue objeto de humillación pública; a mi padre lo encarcelaron por fraude.

Las sirenas deliberaron en su idioma silencioso de dibujos luminosos dibujados en la piel.

—Es verdad —declaró por fin la líder.

Kyren nadó hacia el túnel sin mirar atrás y despareció como había hecho Marx antes que él. Su sentimiento de culpa pareció quedar flotando en el agua, como una pesadez que no se terminaba de disipar.

«¿Qué hacemos?». Los pensamientos de Thatcher me llegaron como un torrente desesperado y ansioso.

«Tenemos que decir algo —respondí—. Alguna verdad terrible, pero… esa no».

—¿Quién de vosotros va a continuación? —preguntó la sirena. Sus ojos parecían mirar no tanto a nosotros como a través de nosotros.

Le di a Thatcher un apretón breve en la mano y luego me adelanté.

—Voy yo.

Nadé hasta la plataforma y coloqué las llaves en sus huecos, una por una. La llave de los recuerdos, la llave de los ecos, la llave de los susurros; todas entraron con un suave clic. La luz se derramó de los receptáculos.

La pared se disolvió y reveló el camino que me llevaría a la superficie. Al instante, tres sirenas se pusieron delante como una barrera sólida e inamovible.

—Di tu verdad —ordenó la líder.

Tragué saliva mientras buscaba algunas palabras que pudieran satisfacerlas.

—Mi verdad más oscura —empecé, con la esperanza de que mi voz sonase más serena de lo que yo misma me sentía— es que disfruté al matar. Cuando acabé con la vida de aquel competidor durante el primer Juicio, sentí una descarga de poder incomparable a nada que hubiera sentido antes. No fue solo supervivencia; fue algo placentero. Y una parte de mí desea sentirlo de nuevo.

No era mentira del todo. En aquel momento sentí una terrible satisfacción, una sensación de haber hecho lo correcto, que luego, cuando tuve tiempo de pensarlo, me resultó perturbadora.

Los seres se quedaron inmóviles y sus patrones se congelaron en medio de un pulso de luz. Entonces, sin previo aviso, el dolor me estalló dentro de la cabeza, ardiente y absoluto, como si me estuvieran inyectando fuego. Grité y el agua distorsionó el sonido.

—Las mentiras conllevan consecuencias —dijo la líder con frialdad—. Cuenta tu auténtica oscuridad.

—Pero esa es…

El dolor regresó multiplicado por diez; irradió desde dentro de mí hasta que no supe dónde empezaba y dónde terminaba. Los bordes

de mi campo visual se oscurecieron y se me nubló la vista. Capté a duras penas que Thatcher gritaba, que algo se movía detrás de mí, pero la tortura me impedía enfocar.

—Se niega a decir la verdad —anunció la líder—. No puede pasar.

De nuevo, solo hubo dolor, como lava ardiente que me atravesara.

—¡Deteneos! —La voz de Thatcher penetró la niebla de mi mente—. ¡Dejadla!

Las sirenas no le hicieron caso. Yo no podía ver, ni pensar, ni respirar.

Grité.

Siguió un sonido como no había oído jamás, un rasguido profundo y resonante que hizo vibrar agua y huesos por igual. Las ondas de presión golpearon el interior de la cámara, seguidas de algo cálido y viscoso que me llovió encima. El dolor se detuvo de repente.

Cuando logré despejar la vista, el horror se apoderó de mí.

Las sirenas estaban… por todas partes. Hechas pedazos. Fragmentos de lo que antes eran cuerpos flotaban en el agua que me rodeaba y ya empezaban a disolverse. La sangre, espesa y oscura, se dispersaba formando hilillos y tapaba parte de la sala. Todas. Habían muerto todas.

Thatcher estaba a mi lado; en su rostro se vislumbraba una expresión de preocupación y también algo más oscuro. Algo que solo había visto una vez, cuando Drakor lo amenazó durante la Prueba.

—¿Qué has hecho? —susurré.

—Te iban a matar —fue su única respuesta, con voz inexpresiva —. No podía permitírselo.

Antes de que pudiera contestarle, la cámara se sacudió con violencia. En las paredes se abrieron grietas que se extendieron por la piedra como relámpagos. Empezaron a caer trozos del techo, que se estrellaron contra el suelo y lanzaron ondas de choque a través del agua.

—El archivo se está derrumbando —dijo Thatcher preocupado.

—Mi túnel —recordé de pronto. Miré hacia la abertura que se había formado cuando coloqué mis llaves en su sitio. Para mi gran alivio, estaba intacta; el sendero todavía brillaba con un resplandor plateado—. ¡Sigue abierto!

—Tengo que usar mis llaves —respondió Thatcher, dirigiéndose hacia la plataforma.

Lo seguí, luchando con las turbulencias que iban en aumento a medida que el archivo se hacía pedazos. La cámara se sacudió con violencia y a nuestro alrededor llovieron trozos de techo.

Thatcher llegó a la plataforma antes que yo y enseguida metió las llaves en los respectivos huecos. Durante un instante no pasó nada, y el pánico me oprimió el corazón. Luego, las llaves empezaron a brillar y su luz se intensificó hasta ser casi cegadora.

Una segunda abertura se abrió en la pared, al lado de la mía. Se había abierto su ruta de escape, como las de los demás.

—¡Vámonos! —grité para hacerme oír sobre el creciente rugido de la destrucción que nos perseguía. Al principio los pasillos avanzaban en paralelo, tan cerca que podía ver a Thatcher a través de la barrera de cristal. Los túneles se giraban hacia arriba y a veces se dividían en múltiples direcciones.

A medida que ascendíamos la presión disminuía, pero el peligro parecía incrementarse; los pasillos se estrechaban y caían cada vez más restos.

«Casi hemos llegado», me dijo a través de nuestro vínculo. Señalaba una mancha de agua más luminosa delante de nosotros, donde parecían converger nuestros caminos.

Un último y violento temblor sacudió el túnel. La estructura que nos rodeaba gimió con el roce de piedra contra piedra. Luego, con un sonido atronador, el techo cedió y se vino abajo. Thatcher me agarró y tiró de mí hacia delante con la fuerza que le daba la desesperación mientras toneladas de viejos cascotes se derrumbaban detrás de nosotros.

Salimos a mar abierto justo cuando el túnel se desmoronaba por completo, y la fuerza de esa destrucción nos impulsó hacia delante. Sobre nosotros, el sol resplandecía en la superficie, tan cercana que casi se podía tocar.

«¿Qué va a pasar cuando salgamos?», le transmití a Thatcher, una pregunta que englobaba todo lo que había pasado bajo el agua.

Su respuesta fue sombría y sin rastro de duda. «Estamos jodidos».

«Pase lo que pase, seguiremos juntos», le prometí, aunque tenía un nudo en la garganta.

Porque lo sabía. Sabía que no íbamos a salir de aquella.

CAPÍTULO 33
EL REY DE LOS DIOSES

La brusca transición del líquido al aire me quemó los pulmones, como un recordatorio violento de que habíamos sobrevivido… por el momento. Antes de que pudiese aspirar la primera bocanada de aire, unas manos me cogieron de los brazos y tiraron de mí para llevarme a la orilla.

No me resistí. ¿De qué iba a servir?

Los guardias nos arrastraron por los bajíos. Sus rostros eran máscaras inexpresivas, pero había una amenaza implícita en el modo en que nos sujetaban. Por el vínculo noté que la cólera de Thatcher crecía como una tormenta y que tensaba los músculos para resistirse al agarre.

«No hagas eso», avisé en silencio.

Recorrí con la mirada la costa, donde los demás competidores observaban nuestra llegada. A algunos se los veía confusos; otros mostraban una satisfacción velada. Marx y Kyren estaban juntos cerca de la línea de los árboles, con expresión preocupada. Marx articuló con los labios algo que no entendí, y lo acompañó de una

ligera sacudida de la cabeza.

En el centro del grupo, Thalor y Sylphia estaban sumidos en una acalorada discusión; los bordes de sus siluetas divinas brillaban. Su ira era palpable incluso a aquella distancia, como una presión en el aire que me provocó un hormigueo en la piel y me aceleró el corazón.

—¡Han violado por completo el propósito sagrado de este Juicio! —nos llegó sobre el agua la voz de Sylphia, afilada como una espada. Su forma etérea ondulaba de indignación—. El archivo ha existido durante milenios, y ellos, en un gesto de desafío, lo han destruido.

—No podemos permitir que se establezca un precedente como ese —respondió Thalor. El agua que le rodeaba los pies se agitaba con violencia.

Por supuesto que estaban furiosos. El propósito del Juicio no era sobrevivir ni recolectar las llaves, eran los secretos. Verdades que se podrían blandir como armas. Los dioses querían saber qué amenazas potenciales subyacían en los corazones de aquellos que quizá se unieran a sus filas.

Pero, para que les contásemos nuestra verdad, tendrían que matarnos. Porque nuestra verdad ya era en sí una condena a muerte.

Del otro extremo de la playa llegó un griterío de voces coléricas, exigentes. Al volverme vi que varias Leyendas se abrían paso en dirección a Thalor y Sylphia, con los rasgos retorcidos por la furia.

—¡Exijo su descalificación inmediata! —gritó un dios.

—¡Por culpa de lo que han hecho, mi bendecido no ha tenido la oportunidad de pasar! —Una segunda Leyenda, cuyos ojos dorados

echaban chispas, nos señaló con dedo acusador—. ¡Han matado a mi competidor con tanta claridad como si ellos mismos hubieran empuñado una espada!

Entonces caí. No solo nos habíamos negado a decir la verdad; habíamos sellado una tumba. Cuando Thatcher destruyó a las sirenas y el archivo se colapsó, impedimos que los demás competidores terminasen el Juicio. ¿Cuántos se habrían quedado atrapados allí abajo? ¿A cuántos habríamos condenado a una tumba subacuática?

Thatcher permanecía a mi lado, rígido, con la mandíbula tan apretada que se iba a quebrar los dientes y la mirada fija al frente.

Habían visto que otros competidores usaban sus poderes. Incluso los habían animado a ello. Pero, cuando Thatcher usó el suyo, cuando me salvó la vida, ¿de pronto era una infracción de las reglas? ¿Qué esperaban? ¿Que solo usara sus poderes cuando encajara con lo que ellos tenían planeado?

Bueno, a decir verdad, supuse que eso era justo lo que esperaban.

Repasé a la gente que había en la playa y conté a los bendecidos que habían logrado salir. Dieciocho, incluidos nosotros. De veinticinco.

Thalor y Sylphia cada vez se mostraban más agitados mientras las Leyendas los rodeaban por todas partes dando voces. Entonces, el instinto me hizo fijarme en una figura que llegaba abriéndose paso entre la gente.

Xül.

Caminaba con paso grácil y letal, y la oscuridad se arremolinaba a sus pies. La multitud se apartaba de modo instintivo para dejarlo

pasar. Cuando llegó al centro de aquella reunión, se situó entre nosotros y los dioses furiosos y se cuadró de hombros como si enviara un reto silencioso.

—El guardián de los condenados se digna agraciarnos con su presencia —señaló Thalor—. ¿Has venido a llevarte a estas almas perdidas a tu prisión, Xül?

—He venido a hacer cumplir las reglas de vuestro propio Juicio —respondió Xül con la frialdad de una tumba—. Los mellizos Morvaren han sobrevivido a vuestro reto: han recogido las llaves y han llegado al archivo.

—Se han negado a cumplir la última tarea —objetó Sylphia. Unas volutas de su forma etérea se extendieron como dedos que buscasen la garganta de Xül—. Y con ello han destruido a las guardianas sagradas.

A Xül le tembló la mandíbula.

—Tus guardianas torturaban a mi pupila. ¿Qué esperabas? ¿Que lo aguantase sin más?

La acusación provocó una oleada de incomodidad entre las Leyendas reunidas.

—Te excedes, príncipe de Draknavor —avisó otra Leyenda, que dio un paso al frente—. Este no es tu dominio y aquí no puedes exigir nada.

—Y, sin embargo, aquí estoy. —Una franja blanca atravesó el oro de los ojos de Xül y los hizo destellar—. Sé que os encantan los acertijos, pero quizá deberíais plantearos si lo que queréis decir se expresa con la claridad suficiente para entenderse. A algunos puede sonarles tan solo a mala poesía.

Recorrió a los presentes con la mirada, retando a las Leyendas

una tras otra. Casi todos desviaron la vista.

—Siempre has demostrado una gran falta de respeto por la tradición, joven príncipe. —Thalor alzó el rostro.

—Si no recuerdo mal, en otros tiempos tú mismo comprendías la necesidad de ignorar a veces la tradición. —Xül esbozó una sonrisa.

—Tu padre defendió ese mismo argumento una vez, creo recordar —señaló Sylphia en voz baja, para que solo lo oyera Xül, pero la brisa esparció sus palabras.

—Entonces, respeta su validez ahora —respondió Xül, también en voz baja—. Reconociste que las excepciones existían por una buena razón.

La expresión de Thalor se suavizó de forma casi imperceptible.

—Esto es distinto, hijo de Morthus. Los Juicios exigen…

—Los Juicios exigen que se cumplan las reglas establecidas —interrumpió Xül—, no las interpretaciones de conveniencia inventadas con posterioridad.

—El derecho a juzgar les pertenece solo a Thalor y Sylphia —insistió una Leyenda a la que no reconocí, aunque sin demasiada convicción.

—Entonces, que juzguen con imparcialidad —respondió Xül.

La tensión entre los tres era evidente; la presión del aire iba en aumento, y yo notaba esa sensación distintiva que precedía a la violencia.

Entonces, el mundo cambió.

No fue algo gradual, sino instantáneo, absoluto. Los sonidos se desvanecieron. Los colores se intensificaron hasta alcanzar una profundidad dolorosa. El mismo aire se volvió tan denso que costaba respirar, y me oprimió la piel como un peso invisible que amenazaba

con aplastarme y reducirme a la nada.

Durante un terrible instante, pensé: «Así es como morimos».

Entonces, un círculo perfecto de luz dorada taladró la realidad: elegante, controlado, con una nota musical de poder que hizo que mis huesos vibrasen en consonancia.

Chavore, ataviado con una armadura resplandeciente, atravesó el portal dorado y, de inmediato, clavó los ojos en Thatcher con una compleja mezcla de triunfo y preocupación en el rostro.

Y detrás de él…

Mi corazón se olvidó de latir.

Olinthar.

El rey de los dioses cruzó el portal con una gracia que contradecía el peso aplastante de su presencia. La realidad parecía doblegarse a su alrededor, amoldarse a su existencia como si pidiera disculpas por su imperfección.

Los gritos coléricos se apagaron al instante. Los retos, las acusaciones… Todo quedó olvidado. Incluso Thalor y Sylphia se callaron; la discusión que mantenían con Xül se evaporó bajo el firme embate del sol.

Creía que estaba lista para aquel momento. Me lo había imaginado infinidad de veces. Pero nada me podría haber preparado para lo que sentí una vez llegada la ocasión.

Se me habían paralizado los pulmones. No les llegaba aire, por mucho que yo intentase inspirar con desesperación. El mundo se torció y los bordes se volvieron blancos, luego rojos, y por fin blancos de nuevo. Las rodillas se me bloquearon para impedirme caer mientras cada pesadilla que había tenido, cada plegaria susurrada pidiendo venganza, cada lágrima derramada a oscuras

chocaban de frente con aquella realidad singular: él, allí, presente. Tan cerca que podría tocarlo. Que podría matarlo.

—Menuda exhibición —comentó Olinthar. Su voz llenó por completo el occidente de Hydrathis. El sonido me retumbó en el pecho, un eco cuyo ritmo amenazó con remplazar los latidos de mi corazón.

Cuando sus ojos se posaron en nosotros, en mí, me esforcé por adoptar una expresión neutra y reprimir el impulso de escupirle.

De cerca, el parecido era innegable. Lo veía en la forma de la mandíbula, en el perfil de los hombros… Las mismas líneas que había visto mil veces en la cara de Thatcher. Las veía también en Chavore, plantado con orgullo junto a su padre.

¿Nos miraría alguien con suficiente atención como para darse cuenta? ¿Para sospechar? ¿U Olinthar era tan intocable que la idea jamás llegaría a cruzarse por la mente de nadie?

Xül cambió de sitio para un triángulo perfecto. Su oposición previa se había transformado en reserva. Mantenía una postura relajada, pero le noté la tensión de los hombros, la actitud de alerta en la mirada. Esperaba y observaba, preparado para lo que pudiera ocurrir.

—¿Qué se discute aquí? —pregunto Olinthar. Dirigió su atención a Thalor y Sylphia con una autoridad natural que, por contraste, hizo parecer infantil la cólera anterior de ambos.

Sylphia se irguió y su forma etérea se solidificó.

—Las acciones de esos dos han contravenido aspectos fundamentales de nuestro Juicio —dijo con voz audible, pese a que fue casi un susurro—. Se han negado a decir sus verdades, y después han destruido a nuestras sirenas y han hecho derrumbarse

el archivo. Sería injusto para los otros bendecidos permitir que ellos se nieguen a contar lo que más los avergüenza.

Abrí la boca para protestar, pero Xül me lanzó una clara mirada de advertencia. Apreté los labios y las palabras murieron en mi garganta.

Olinthar miró a los dos dioses con cierta curiosidad.

—Explicadme las reglas exactas de vuestro Juicio —ordenó.

Thalor se adelantó.

—Los competidores debían encontrar tres llaves, alcanzar el archivo y contar su verdad más oscura para poder pasar.

—Interesante. —Olinthar ladeó la cabeza y el sol se reflejó en las hebras de oro entrelazadas en su cabello moreno—. ¿Se les comunicaron con precisión esos requisitos a los competidores antes de que entrasen en el agua?

Las aguas que rodeaban los pies de Thalor se aquietaron.

—Les dimos instrucciones de que encontraran las llaves y llegaran al archivo.

—¿Y el requisito de la verdad? —insistió Olinthar con voz engañosamente suave—. ¿Se mencionó de forma explícita como una de las reglas?

Un silencio tenso se abatió sobre los allí reunidos. Sylphia y Thalor cruzaron una mirada fugaz.

—A los competidores se les dijo que las aguas de Memorica liberan lo que se esconde tras sus máscaras —respondió Sylphia, cuidadosa—. Que lo que guardan en su interior podía convertirse en la mayor amenaza para ellos.

—Poético —observó Olinthar. Una sonrisa peligrosa le asomó a las comisuras de los labios—. Pero no es, diría yo, una regla

enunciada de forma explícita. Hablasteis de emociones, de reflejos. Ni una vez mencionasteis que, para pasar, fuera necesario confesar los secretos más oscuros.

—Se daba por sobreentendido… —trató de argumentar Thalor.

—Sobreentender no es lo mismo que enunciar —interrumpió Olinthar, seco—. Si no explicasteis con claridad que la confesión sería necesaria, negarse a confesar no puede ser motivo para ejecutarlos. Y —continuó, con una nota evidente de diversión— ¿se mencionó de modo explícito que no podían matar a vuestras sirenas?

Sylphia se quedó sin saber qué decir. El equilibrio de poder se había alterado en cuanto apareció Olinthar, y todos los presentes lo sabían.

—De hecho —siguió Olinthar—, opino que una demostración como la suya debería ser celebrada, no rechazada. —Clavó la vista en Thatcher y, a través del vínculo, sentí que a mi mellizo se le erizaba el vello—. La creatividad a la hora de enfrentarse a elecciones imposibles es justo lo que deberíamos valorar en los candidatos a la ascensión.

«¿Habrá pasado antes algo así?», me pregunté al fijarme en la quietud incómoda en que se había sumido la reunión. ¿Habría intervenido Olinthar alguna vez en los Juicios en favor de un competidor? La reacción de las otras Leyendas parecía indicar que no. Era algo sin precedentes… y mostraba con diáfana claridad que Thatcher había atraído la atención de nuestro padre, cosa que hizo que se me disparasen todas las alarmas.

«Thais, tengo que decirte una cosa. No te asustes».

«¿Mas de lo que ya estoy?».

«He estado en Sundralis. Chavore me llevó en varias ocasiones».

Me dio un vuelco el corazón.

«¿Qué? ¿Es la primera vez que ves a Olinthar?».

Su voz mental me llegó con repentina intensidad, una catarata de sorpresa y revulsión que se desbordó por nuestro vínculo.

«Sí, dioses, sí. Nunca he… —Su pensamiento se interrumpió—. Solo lo había visto de lejos, a través de ventanas o al otro lado de un patio».

«Thatcher, he averiguado que los dominios de la guerra y del orden se van a fusionar».

Abrió un poco los ojos, pero logró controlar su reacción.

«Eso explica la actividad que he visto en Sundralis».

«No se lo cuentes a nadie. Finge que no lo sabes», avisé, tensa.

«¿Qué significado tiene? ¿Y por qué mantenerlo en secreto?».

«No lo sé, pero seguro que no es nada bueno».

Me lanzó una breve mirada de reojo; la preocupación le oscurecía el añil de los iris.

«¿Cómo lo has averiguado?».

Vacilé un instante, y por fin reconocí: «En la Ciudad Eterna. Vi a Xül interrogar a un espía portador de luz».

El silencio se alargó mientras Thatcher sopesaba las consecuencias de lo que le había contado. Al final no pude reprimir más la curiosidad.

«¿Cómo es? —pregunté por el vínculo—. Me refiero a Sundralis».

La expresión de Thatcher cambió y una sombra se le asomó a las facciones antes de que pudiera reprimirla.

«Extraño, la verdad».

«Extraño, ¿en qué sentido?».

Cambió de postura y miró de reojo a Olinthar antes de volver a

centrarse en mí.

«Para tratarse de un sitio que se supone que está dedicado a la luz y al orden, transmite una sensación… rara. Pesada. Como si una gran carga se abatiera sobre todo».

«¿Qué quieres decir?»

«Allí, la luz… —Sus pensamientos me llegaban a ráfagas—. Está por todas partes, ¿sabes? Cegadora, perfecta. Pero no calienta. —Un recuerdo se coló por el vínculo: Thatcher en un vestíbulo dorado, tiritando pese a que el fulgor lo envolvía—. A veces estaba expuesto a la luz solar directa y me sentía helado hasta los huesos. Como si la luz fuese solo para aparentar, ¿entiendes?».

Un escalofrío me corrió por la espalda pese al calor que hacía.

«¿Y nadie se da cuenta?».

«Si se la dan, no lo mencionan». Thatcher mantenía una expresión neutra mientras Olinthar seguía hablando con Thalor.

«Se preparan para algo».

«Y ahora nos toca averiguar de qué se trata».

—No se ha roto ninguna regla. —La voz de Thalor, rebosante de desprecio, interrumpió nuestra conversación—. Ambos habéis pasado la prueba.

Chavore, que seguía junto a su padre, sonrió triunfante. La expresión de Xül no cambió, pero sí noté que sus hombros se relajaban un poco.

—Entonces, este Juicio ha concluido. —La voz de Olinthar se extendió por toda la playa—. Los que lo han pasado deberán prepararse para el próximo reto.

Las Leyendas y los competidores bendecidos nos miraron, y vi arder en sus ojos una mezcla de miedo, resentimiento y cálculo.

Habíamos hecho nuevos enemigos ese día; algunos, muy poderosos. Aunque llegásemos a la ascensión, íbamos a tener para siempre una diana dibujada en la espalda.

Pero, cuando mis ojos se posaron en el rostro perfecto de Olinthar, descubrí que no me importaba. Que vinieran a por mí, cuando y como quisieran, siempre que tuviera la oportunidad de terminar con la vida del monstruo que teníamos frente a nosotros. Todo me volvió. La sangre de Sulien en la arena. El retrato de mi madre, cada vez más borroso. El sabor de la ceniza y de la pérdida, y de los veintiséis años invertidos en ocultarme… Todo me restalló en las venas.

Me mordí la lengua hasta hacerme sangre y usé mi propio pánico para anclarme. Cada latido de mi corazón parecía pulsar pleno de venganza y luz estelar, dos fuerzas gemelas que ya eran indistinguibles.

Me aseguraría de que Olinthar muriese, aunque fuera lo último que hiciese en mi vida.

Mientras los aesymar atravesaban los portales que los llevarían a sus respectivos dominios, Xül me sujetó la muñeca con la mano.

—Es hora de irse, Thais —dijo muy serio—. Tengo que enseñarte una cosa.

—¿Adónde vamos?

—A un sitio que no sale en los mapas.

CAPÍTULO 34
THATCHER

No era la primera vez que iba a Sundralis, pero nunca me había escoltado Olinthar en persona. Ni siquiera había estado en la misma habitación que él.

El portal nos llevó hasta la majestuosa entrada del Palacio de Luz, cuyos chapiteles de cristal se elevaban a alturas imposibles en un cielo tan azul que dolía mirarlo. Sundralis estaba bañada de una perpetua luz dorada; todas las superficies reflejaban un sol que no se ponía nunca. Allí no había una sola sombra.

Me dolía la mandíbula de forzar una sonrisa, de ahogarme el odio crudo que amenazaba con devorarme. Era la máscara más difícil que había tenido que adoptar jamás.

Olinthar caminaba por delante de Chavore y de mí; emanaba una luz dorada que le caía por los hombros como una capa. De espaldas parecía casi normal, al margen del sutil resplandor que le traspasaba la piel.

El corazón seguía martilleándome el pecho. Él había intervenido; había negociado con Sylphia y Thalor, después de lo que yo había

hecho en los archivos.

¿Por qué? ¿Cuál era su juego? No creía que la piedad fuese la respuesta correcta.

—Thatcher Morvaren —dijo volviéndose de repente. La brisa transportaba su voz—. ¿Me acompañas a dar una vuelta por los jardines? Las flores que crecen en primavera me resultan muy reconfortantes.

Chavore dio un paso al frente de forma automática.

—Esta vez no, hijo mío. —Olinthar le puso una mano en el hombro—. Me gustaría hablar en privado con tu discípulo; tengo asuntos que tratar con él.

«Asuntos». Una palabra que me abrasó la garganta. ¿Sabría quién era yo? ¿Quiénes éramos? Desde luego, el rey de los dioses no querría que ese secreto saliera a la luz: el grandioso y perfecto Olinthar, padre de abominaciones mestizas nacidas de una mortal a la que violó y abandonó. Algo así socavaría todo lo que había construido, el orden perfecto que tanto valoraba.

¿Querría verme a solas por eso?, ¿para confirmar sus sospechas?, ¿para eliminar las pruebas del delito?

El entusiasmo de Chavore dio paso a la moderación.

—Cómo no, padre. Os espero en el pabellón.

Y así, por las buenas, me quedé a solas con el protagonista de mis pesadillas.

¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Decirle que no al rey de los dioses? ¿Afirmar que preferiría tragarme una espada a caminar a su lado por aquellos jardines perfectos?

En lugar de eso, hice una reverencia.

—Sería un honor, mi señor.

Al principio anduvimos en silencio por un sendero de piedra blanca que serpenteaba entre árboles en flor. Todo en Sundralis era ordenado, controlado, impecable.

El sol me azotaba desde arriba, más como un peso que como calor. Estaba acostumbrado a que me diera el sol; había pasado días enteros en barcos de pesca bajo su resplandor. Pero aquello era diferente. Opresivo.

—Tu actuación en los Juicios ha sido impresionante —dijo Olinthar al cabo de un rato, con aquella extraña voz musical que me ponía la piel de gallina—. Y Chavore habla maravillas de tus progresos.

Adopté una expresión de humilde gratitud.

—Gracias, mi señor. Fui afortunado de que me eligiera.

—Desde luego. —Señaló una enorme fuente de agua radiante—. ¿Qué opinas de Sundralis, Thatcher?

—Es impresionante —mentí con extremada facilidad. Lo cierto era que lo encontraba estéril, de una perfección gélida. Nada parecía real ni trabajado; solo conjurado por capricho divino—. Nunca había visto nada parecido.

Olinthar asintió con suficiencia.

—He estado pensando en lo que vendrá después de los Juicios. Cuando asciendas —añadió con absoluta seguridad—. ¿Has pensado en cuál podría ser tu sitio?

«¿Después de que te matemos?».

Tocaba mentir otra vez.

—La verdad es que me cuesta pensar más allá de los Juicios.

—Debe de ser difícil, sí. —Olinthar se detuvo junto a un rosal perfecto, de flores tan rojas que parecían sangrar—. Pero me

preguntaba si no sería posible que encontrases tu lugar aquí, en Sundralis.

Se me revolvió el estómago al pensarlo.

—¿Aquí, mi señor? —Intenté mostrar interés sin excederme con el entusiasmo—. Me… sorprende.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—No quiero presionarte; solo es una idea, una opción que podrías considerar. Pero la decisión es solo tuya.

—Te lo agradezco, mi señor. —Las palabras me supieron a ceniza.

Olinthar se quedó pensativo, dejando vagar la vista por los lejanos chapiteles de cristal.

—Voy a confiarte una cosa, Thatcher. Por lo general soy más reservado en cuanto a los entresijos del panteón y los sucesos del pasado.

Esas palabras me erizaron el vello; «los sucesos del pasado».

—Pero creo que, dadas las circunstancias —prosiguió—, debo hablar con claridad. Mereces saber lo que eres.

Por los dioses. Lo sabía.

—Puede que hayas oído hablar de los Primigenios —dijo Olinthar en voz más baja—. Nuestros creadores.

Asentí con cautela.

—Alguna vez. Solo anécdotas vagas que circulan por Elaren. Sé que fueron los precursores y poco más.

Una fugaz sonrisa se dibujó en sus labios perfectos.

—Eso es. Sí, todos somos sus descendientes. Eran seres de un poder inimaginable que moldearon la realidad. —Reanudó la marcha, aunque más despacio—. Creíamos que sus poderes habían

muerto con ellos.

—¿Mi señor? —inquirí con respetuosa confusión—. No estoy seguro de entenderte.

Olinthar giró en redondo para mirarme. A su espalda, el sol lo rodeaba con un halo.

—Creo que los cielos te bendijeron con una brizna del poder de los Primigenios, Thatcher Morvaren. Tus habilidades son un reflejo de las de Vivros. —Le brillaban los ojos—. Pero un gran poder conlleva una gran responsabilidad.

«La puta responsabilidad de acabar contigo», pensé mientras el odio reprimido ardía incandescente tras mi fachada.

De puertas afuera, abrí los ojos fingiendo sorpresa.

—¿En serio? ¿Eso es siquiera posible?

—Nunca lo habría creído —reconoció Olinthar—. Pero, ya que ha ocurrido, solo podemos seguir adelante y sacarle el mayor provecho.

Pasamos por debajo de un arco de hojas de oro y plata entrelazadas que tintineaban con una brisa que parecía existir solo para eso.

—Es una bendición inconmensurable —continuó—. Un don que te hace verdaderamente excepcional.

Habíamos dado la vuelta y nos dirigíamos al palacio, la inmensa edificación que resplandecía bajo la eterna luz solar.

—Te lo digo, Thatcher, porque un poder de ese calibre también es una debilidad. —Me puso la mano en el hombro y tuve que hacer un esfuerzo para no apartarme—. Debes ser cuidadoso y no dejar que te influyan quienes no deben.

«¿Como tú?».

Asentí.

—Dale unas vueltas —dijo Olinthar con tono más relajado, y apartó la mano—. Me temo que tengo asuntos que atender. Pero he disfrutado mucho con nuestra conversación, y espero que tengamos otra pronto. Visítame cuando quieras; siempre serás bien recibido en Sundralis.

Hice una profunda reverencia, en parte para que no pudiera verme el odio en el rostro.

—Gracias por tu sabiduría, mi señor. Tu confianza me honra.

Mientras se alejaba, dejando una estela de luz dorada a su paso, me erguí y dejé escapar un profundo suspiro. Me temblaban las manos, no sabía si de cólera o de miedo.

Vi un banco de piedra entre unos arbustos floridos y me senté en él; necesitaba un momento para asimilar lo sucedido. El corazón seguía martilleándome las costillas, y la adrenalina corría por todas mis venas.

Me puse en contacto con Thais a través de nuestro vínculo. La conexión era débil por la distancia que nos separaba, pero la notaba. «Estoy bien», le transmití; no sabía si le llegarían las palabras, pero tenía la esperanza de que captase el sentimiento.

CAPÍTULO 35
LAS RUINAS DE LOS PRIMIGENIOS

El portal rasgó la realidad con un sonido de cristales rotos, y de él salió una luz granate que convertía nuestras sombras, en la arena, en grotescas siluetas alargadas.

—¿Adónde me llevas? —pregunté mirando la grieta mientras se estabilizaba.

Los ojos dorados de Xül brillaban bajo aquella luz antinatural.

—A las ruinas de la última guerra de los Primigenios. No es un lugar que se visite mucho. Casi todos lo han olvidado, y con razón.

Su voz tenía una extraña cadencia que no le había oído nunca: ni el frío tono imperativo del guardián ni el encanto calculado que empleaba en ocasiones. La reverencia vibraba bajo sus palabras, y un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Por qué ahora?

—Por lo que acaba de pasar aquí. Hay cosas que tienes que ver —respondió con una expresión indescifrable—. Cosas que no pueden transmitirse tan solo con palabras.

Alargó la mano sin llegar a tocarme, pero se acercó bastante.

Una invitación, no una orden.

Crucé el portal.

Aparecimos en una costa. El cielo carmesí se había oscurecido hasta adquirir el color de la sangre derramada, que tendía al negro hacia el horizonte. Hasta el aire era raro, tan denso que costaba llenarse los pulmones.

—Desde aquí tendremos que seguir por mar —dijo señalando una barca amarrada a un muelle en ruinas.

Lo seguí hasta la embarcación, sencilla y esbelta.

—¿Hoy no tienes un grandioso navío? —pregunté mientras tomaba asiento en el estrecho banco.

—Hay conocimientos que es mejor buscar en silencio. —Se sentó y cogió los remos—. Y quiero que entiendas lo que pasa con tu hermano.

—Sé qué corre por las venas de Thatcher —dije a la defensiva—. He visto de lo que es capaz.

—Solo has visto una pequeña parte. —Me miró a los ojos, abandonado el disimulo—. Lo de Drakor no fue ni un atisbo de lo que podrá hacer, sobre todo cuando haya ascendido.

—Y eso te interesa. —Me quedé mirando su mandíbula en tensión, la intensidad de sus ojos.

—Me fascina —reconoció—. Y a ti debería aterrorizarte.

La barca surcaba el mar oscuro, casi sin dejar estela. A medida que nos alejábamos de la orilla, el paisaje se transformaba. Debajo de nosotros, el agua cambió, como si se resistiera más a nuestro avance.

Pasé los dedos por la superficie y noté una extraña viscosidad.

—El agua no quiere que estemos aquí.

—Nada quiere que nadie esté aquí. —Xül fijó la vista más allá de mí, en algún lugar de la lejana orilla.

Me volví para seguir su mirada y se me cortó el aliento.

En el horizonte se alzaba un enorme cráter rodeado de montañas retorcidas, con las cumbres dobladas y derretidas como si fueran de cera y hubieran estado demasiado cerca de una llama. Fragmentos colosales de lo que podrían haber sido edificios sobresalían, medio enterrados, del suelo negro. Extrañas formaciones cristalinas brotaban de ellas, astillas transparentes que emitían tenues destellos pulsantes de energía violácea.

Mi poder se desencadenó antes de que mi mente hubiera procesado lo que veía. Me brotaron estrellas de la piel sin que yo lo buscara; se formaban y se disolvían constelaciones a toda velocidad. La luz que proyectaban estaba distorsionada; el resplandor dorado de costumbre había adquirido un inquietante tono azul.

—¿Qué le hace este sitio a mi poder? —Tuve que hacer un esfuerzo para extinguir las estrellas, nerviosa por la alteración.

—La resonancia de los Primigenios. —Xül dejó la barca varada en la arena negra, que crujía bajo nuestros pies como si fuera hueso pulverizado—. A pesar de los milenios transcurridos, quedan remanentes de su poder.

Nos adentramos en las ruinas, pasando junto a formaciones retorcidas. Xül iba señalándome cosas que narraban una historia demasiado terrible para asimilarla del todo, zonas en las que la realidad parecía haberse dañado sin vuelta atrás, lugares en los que no había crecido nada en miles de años, cráteres que no parecían tener fondo.

Xül se detuvo al llegar al centro de todo aquello.

—Lo que tienes delante —dijo en voz baja— no es solo destrucción. Es la resaca de la salvación.

Recorrí con la mirada el desolado paraje.

—Pues a mí no me lo parece.

—Depende de qué se evitara y de a quién se pregunte. —Se puso de rodillas y posó la palma de la mano en la tierra yerma—. Aquí se libró la batalla final entre los últimos Primigenios. Fue donde murió Moros.

—¿Moros? —repetí.

—Su poder no tenía nada que ver con la muerte, que tiene un propósito en el orden natural —me explicó con tono erudito—. Mientras que otros Primigenios representaban aspectos de la realidad, como el tiempo, el espacio o la creación, Moros era una corrupción de sí mismo. Podía vaciar a los seres desde dentro, utilizarlos como receptáculos de su influencia.

—¿Quién lo mató?

—Vivros, por supuesto. —Se incorporó—. El Cataclismo Encarnado. —Con cuidado, pasó un dedo por el borde del cristal—. Vivros era demasiado poderoso para que Moros se valiese de él; pero, al destruir la corrupción, absorbió trazas de la esencia de Moros, y eso fue transformándolo.

Era imposible pasar por alto los paralelismos con Thatcher. Mi hermano, con su poder idéntico, con su naturaleza apacible combinada con la capacidad de deshacer la materia con un pensamiento.

—Después de la aniquilación de Moros, los Doce se unieron contra Vivros —siguió Xül—. Tenía demasiado poder y era muy peligroso. Cuando le plantaron cara ya había destruido a millares de

seres corruptos. Desde su punto de vista, estaba salvando la realidad; desde el de los Doce, se había convertido en la mismísima amenaza que pretendía eliminar.

Busqué algo que decir, pero mi mente iba tan deprisa que mis labios no podían alcanzarla.

—Lo que ves ahora en el reino divino —Xül abarcó las ruinas con un gesto de la mano— son las secuelas de aquel conflicto. El panteón se resquebrajó, y aquellas grietas no llegaron a cerrarse del todo.

—¿Qué significa eso? —acerté a preguntar.

—Algunos, entre ellos mi padre, querían entender qué le había ocurrido a Vivros. Sostenían que aún podía salvarse, que era posible separar la corrupción de su ser. —Bajó la voz—. Otros, como Axora y Terralith, no veían más que una amenaza y exigían que se destruyera. Esos cismas fueron el origen de la primera división entre los Doce: tradicionalistas contra reformistas. Los que estaban dispuestos a destruir lo que temían frente a aquellos que querían entenderlo.

Procesé los nuevos datos, relacionándolos con lo que había observado en mis limitadas interacciones con el reino divino.

—¿Y ahora? ¿Cómo van las cosas en el panteón?

La expresión de Xül se ensombreció.

—Las dinámicas de poder están tomando un cariz alarmante. —Se me quedó mirando—. Cuando, de repente, dioses que han mantenido separados sus dominios durante eones buscan la unidad, cabe preguntarse qué amenaza perciben que requiera semejante cooperación.

—Thatcher —susurré.

Xül no lo confirmó ni lo desmintió, pero su silencio era elocuente.

Dejé vagar la vista por la desolación que nos rodeaba.

—¿Por qué me cuentas todo eso?

—El poder de los Primigenios es muy diferente del de los Doce. —Recogió una piedrecita negra y le dio vueltas entre sus largos dedos—. Los dioses pueden manipular elementos de la realidad que ya existen, pero los Primigenios remodelaban la propia naturaleza.

—Eso no es una respuesta —insistí.

Señaló las ruinas que nos rodeaban.

—Este lugar dio forma a mi concepto del poder. Creo que para sobrevivir al presente es fundamental comprender la historia. —Adoptó una voz suave pero intensa, casi acariciadora—. Que te haya traído aquí no es solo una advertencia, estrellita; también es una muestra de confianza.

—¿Confianza? —Aquella palabra me supo rara en la boca después de todo lo que habíamos pasado, aunque no podía negar el sutil cambio que se había producido desde que tuvimos aquel momento en el jardín—. Si quieres que confíe en ti, tendrás que decirme sin rodeos qué significa todo esto.

Xül me mantuvo la mirada durante un largo momento, y después dejó escapar el aliento muy despacio.

—Tu hermano es la principal amenaza para los Doce —dijo midiendo sus palabras—. Pero también podría ser su principal arma.

—No lo entiendo —dije con el ceño fruncido.

—El error que cometieron con Vivros —continuó, señalando la devastación que nos rodeaba— no fue plantarle cara, sino tardar demasiado. —Dejó caer la piedra negra y observó cómo se hacía añicos contra el suelo—. Cuando se aliaron para enfrentarse a él ya

era tarde; ya estaba devorado por la corrupción del poder que había absorbido.

—Y Thatcher… —Se me hizo un nudo en la garganta al pronunciar el nombre de mi hermano.

—Es una segunda oportunidad. —Los ojos de Xül ardían.

Entonces lo comprendí, en toda su terrible frialdad.

—Pero Thatcher nunca… —No terminé la frase; la negación me había surgido con tal fuerza que Xül retrocedió un poco—. No. No conoces a mi hermano.

—Thais…

—No. —Le sostuve la mirada y seguí hablando con firmeza—. No entiendes todo lo que hemos pasado juntos. Las cosas a las que hemos sobrevivido. Ninguno de los Doce sería capaz de controlar a Thatcher.

—Entonces, eso le podría costar la vida. Es lo que necesito que entiendas.

Durante un instante, estuve a punto de revelarle nuestras intenciones. La verdad se agolpaba contra mis labios, intentando liberarse. Podría habérselo contado todo: nuestro plan para matar a Olinthar, nuestra estrategia de seguir el juego hasta que se presentara el momento, la sed de venganza que impulsaba cada uno de nuestros alientos. Que, si aquel viaje nos llevaba a la muerte, por lo menos la afrontaríamos juntos.

Pero no se lo podía decir. La confianza que empezaba a establecerse entre nosotros siempre tendría sus límites, y no los podía traspasar.

Xül se me quedó mirando largo rato. Vi formarse las palabras en sus labios, pero, fueran cuales fuesen, se evaporaron.

—A partir de mañana seguiremos entrenando, estrellita. No pienso permitir que el tiempo se nos vuelva a echar encima.

CAPÍTULO 36
FUEGO EN LA PIEL

El amanecer se extendía por Draknavor. Yo estaba en la orilla de arena negra, observando cómo se desvanecían las últimas estrellas. Desde el mar de obsidiana me llegó una brisa cargada del aroma de la sal.

Aún me dolían los músculos por las expediciones del día anterior, primero a Memorica y después a las ruinas.

Hice girar los hombros, tratando de disipar la tensión acumulada. Casi no había pegado ojo en toda la noche; mi mente bullía de posibilidades espantosas. Thatcher transformado en un arma. Su poder utilizado para reconfigurar la realidad. Y la forma en que me había mirado Xül en aquellas ruinas, con una expresión indescifrable, mientras yo defendía a mi mellizo, mientras me contenía para no confesárselo todo.

—Qué madrugadora, estrellita.

Su voz me bajó por la espalda. No me giré.

—No podía dormir.

Xül se me acercó y se quedó a mi lado.

—Me lo figuro —dijo estudiándome con aquellos ojos disparejos —. No creas que nuestra breve incursión en las ruinas me ha hecho olvidar lo que pasó en el Juicio.

—Conseguí las llaves, ¿no? —Me crucé de brazos y giré para mirarlo a la cara.

—Sí —convino, levantando un lado de la boca—. Aunque, si vas a volver a cometer la estupidez de deshacerte del instinto de supervivencia, más vale que tus poderes sean lo bastante fuertes para sacarte de apuros. Aquel competidor estuvo a punto de matarte. Si no hubiera aparecido Marx… —Chasqueó la lengua.

—Yo seguiría allí, en las profundidades —concluí por él, incapaz de rebatir la verdad. Me estremecí al recordarlo—. Pero tuve suerte.

—¡Suerte! —repitió burlón—. La suerte es para aquellos que no tienen habilidad o poder. Y tú tienes lo uno y lo otro, así que no deberías necesitar suerte.

Arqueé una ceja.

—¿Eso que oigo es preocupación, guardián?

Xül dejó escapar un suspiro que disipó la tensión.

—Tienes muchísimo potencial, Thais, pero aún no sabes explotarlo al máximo.

—Pues instrúyeme —le exigí volviéndome hacia él—. Es lo que deberías estar haciendo, en vez de sermonearme sobre mis experiencias cercanas a la muerte.

Sus ojos se oscurecieron mientras me observaban y una lenta sonrisa le arqueó los labios.

—Muy bien. A ver si podemos canalizar parte de esa energía inagotable hacia algo productivo.

—Venga.

—Enséñame tu espada, estrellita. —Dio un paso atrás y apuntó al cielo.

Levanté la mano para alcanzar las estrellas que ya se desvanecían. El conocido tirón del poder zumbó dentro de mí cuando conecté con los lejanos cuerpos celestes. Uno me respondió, y su luz se fue intensificando mientras tiraba de él.

La cálida luz estelar se me condensó en la palma de la mano antes de extenderse hacia fuera. La espada cobró forma, con un filo de luz pura y resplandeciente.

Xül me rodeó. Sentía su mirada como un hierro al rojo que me pasaba por la piel.

—Bien —dijo, y la palabra cayó a plomo.

—Tú sí que sabes halagar —murmuré.

Se situó delante de mí, cruzado de brazos. La tela de la camisa se le tensó contra los hombros al moverse. Subí la mirada a su rostro.

—Ya dominas lo básico —dijo—. Atraer una sola estrella, formar un arma…

—Sospecho que ahora viene el «pero».

Su sonrisa se amplió.

—Pero ya va siendo hora de que aprendas más cosas.

—¿Y tus almas, Xül? —Me dispuse a combatir a los condenados sin rostro que conjuraba—. Adelante, sácalas.

Pero Xül se limitó a negar con la cabeza.

—Tienes que llegar más allá. —Señaló la espada y, a continuación, mi mano vacía—. Conjura otra estrella. Crea una segunda espada.

—¿Dos a la vez? —pregunté pestañeando.

—¿Crees que no puedes con ello? —Sus ojos adoptaron un brillo malicioso y me di cuenta de que ya no hablábamos de espadas.

—Muy gracioso.

—Haz lo que te he dicho —insistió con una mirada cómplice.

Levanté los brazos y volví a centrar mi atención en el cielo. La espada estelar zumbaba en mi mano derecha mientras extendía la izquierda, intentando conectar con otra estrella.

Una pulsó a lo lejos en respuesta. Tiré de ella, sintiendo su luz fluir hacia mí, un hilo plateado que se extendía por el cielo carmesí. Durante un instante creí que había funcionado, pero, luego, la luz vaciló y se disolvió entre las nubes matutinas como el humo arrastrado por el viento.

—Mierda —siseé.

Xül chasqueó la lengua.

—Vuelve a intentarlo.

Obedecí, tensando los músculos con el esfuerzo. Respondió otra estrella; pero, una vez más, su luz se disipó antes de llegar a cobrar forma.

—¿Por qué no funciona? —La frustración me atenazaba la garganta.

Xül se acercó con la cabeza ladeada, pensativo.

—¿Tú qué crees?

Le lancé una mirada asesina.

—Si lo supiera, no te lo preguntaría.

—Piensa, estrellita. ¿Cuándo has conseguido atraer varias estrellas a la vez?

Fui a contestarle que nunca lo había intentado, pero me paré en seco cuando me asaltó el recuerdo. Aquella tarde, hacía ya varias

semanas, cuando inundé la arena de luz estelar y transformé la noche en día.

—En la Prueba —reconocí a regañadientes—. Cuando intentaba salvar a Thatcher.

Xül me miró con satisfacción.

—¿Y qué era distinto?

Fruncí el ceño, buscando las palabras adecuadas.

—Estaba desesperada. Ni me paré a pensar; solo necesitaba el poder.

—Ahí está. —Xül volvió a rodearme y bajó la voz—. Te has pasado toda la vida conteniéndolo, ocultándolo, manteniéndolo a raya.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—No tenía más remedio.

—Y ahora esa contención es lo que te frena. —Se detuvo detrás de mí, lo bastante cerca para que se me erizara el vello. Cuando habló, noté su aliento en la piel—. Tienes que dejarte llevar, estrellita.

Giré en redondo para mirarlo a la cara; no estaba dispuesta a dejarme intimidar.

—Para ti es fácil decirlo. Nunca has tenido que ocultar lo que eres.

Sus ojos se oscurecieron mientras estudiaban mi rostro.

—No, pero tampoco soy yo quien compite por su vida. Si quieres sobrevivir, resistir el escrutinio del Forjado de Olinthar, tendrás que encontrar un término medio. No puedes seguir reprimiendo tu poder.

—Ya te he dicho que no lo hago adrede; simplemente, me sale o no.

—Entonces, habrá que crear una situación en la que no tengas más remedio.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa —dijo con voz casi inaudible— que solo has renunciado a ese control unas pocas veces. En la Prueba te impulsaron el miedo y la desesperación, pero las otras ocasiones fueron mucho más divertidas, ¿no te parece?

El calor me golpeó como un puñetazo cuando me posó los ojos en la boca. Algo ardiente e indómito cobró vida en mi interior.

—Supongo que ha llegado el momento de que cumpla mi amenaza —dijo con voz ronca.

No podía apartar la vista. No podía moverme. No podía respirar.

—¿Me das permiso, estrellita? —Se inclinó hacia mí y su aroma me llenó los pulmones—. ¿Puedo hacerte arder?

Por todos los dioses, asentí.

Sonrió y se me acercó muy despacio. Retrocedí por instinto; el corazón me golpeaba las costillas tan fuerte que estaba segura de que Xül podía oírlo. Un paso, luego otro, hasta que mi espalda chocó contra algo sólido: la roca en la que él solía apoyarse.

Antes de que pudiera moverme, Xül levantó una mano, y solté todo el aire de los pulmones cuando unos dedos salieron de la piedra, detrás de mí, y me aferraron las muñecas y los tobillos. Otra mano fantasmal se me hundió en el pelo y me echó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué haces? —dije con voz entrecortada.

Los ojos de Xül me recorrieron de arriba abajo.

—Estupendo —gruñó—. Te sientan bien las ataduras.

Entonces me invadió el calor, el ansia, algo que se acercaba

peligrosamente a la rendición.

—Te gusta que te sujeten, ¿eh? —murmuró Xül dando un paso hacia mí.

Por encima de nosotros brillaban las estrellas, en respuesta a la oleada de lo que fuese que me traicionaba desde dentro.

—No necesitas ese control, estrellita —continuó, su voz una caricia oscura—. Dámelo.

Entonces, algo se resquebrajó. Aquel muro que había construido alrededor de mi poder, alrededor de mis deseos. Las estrellas ardían contra mi piel, llamándome, suplicándome que las convocara. Tenía en llamas hasta la última terminación nerviosa, todas pendientes de él, del espacio cada vez más reducido que nos separaba.

Se acercó más aún, hasta que su cuerpo apretó el mío, inmovilizándome contra la roca. Era fuego rodeado de carne. Todo el peso de su presencia, el aura dominante de un aesymar ascendido que me retenía en el sitio, resultaba enloquecedor. Absoluta y jodidamente enloquecedor.

Y, por los dioses, se parecía a la libertad.

Subió una mano hasta mi cintura; los dedos se me clavaban en la piel a través de la delgada camisa.

—¿Lo notas? —susurró con los labios a una inspiración de mi oído—. Aférralo, y, después, piérdete en ello.

Su pulgar trazó un lento recorrido a lo largo de mi mandíbula. Aquel simple roce hizo que el fuego me recorriera la piel y me cortó el aliento. Una comisura de su boca se levantó en señal de satisfacción.

—Me pica la curiosidad —murmuró con un tono que me hizo vibrar por dentro. Me hundió los dedos en el pelo y apretó lo justo

para que un escalofrío me recorriera la espalda—. ¿Qué sonidos harías si te tocara… aquí?

Su otra mano me bajó por el costado, trazando la curva de mi cintura, de mi cadera, dejando un rastro de fuego a su paso. Me mordí el labio para no gemir, pero lo notó, cómo no iba a notarlo, y sus ojos se oscurecieron más aún.

—No te contengas —ordenó, y me acercó la cara hasta que nuestras narices estuvieron a punto de rozarse y nuestros alientos fueron uno—. Quiero oírte.

La mano con que me sujetaba el pelo tiró con suavidad, dejando mi garganta al descubierto. Los dedos fantasmales que me sujetaban las muñecas se apretaron en respuesta, y se me escapó un gemido.

—Ahí está —gruñó, con los labios justo por encima de los míos. La expectación era insoportable, un dolor físico que se me extendía por todo el cuerpo—. Quiero más.

Me llevó el pulgar a la sensible piel del labio inferior. Cerré los ojos al sentirlo y, sin querer, entreabrí la boca.

—Mírame, estrellita —exigió.

Me obligué a abrir los ojos y encontré su mirada clavada en la mía, negra y dorada, noche y día. La mano que me apoyaba en la cadera me rodeó y me bajó por la espalda, apretándome contra él. Cada punto de contacto entre nuestros cuerpos me marcaba a fuego.

—Puedo sentir tu poder —susurró contra mis labios sin llegar a rozarlos.

Yo también lo sentía. Bullía por debajo de mi piel; el fuego me corría por las venas como si fuera luz estelar líquida. Pero, justo

cuando se acercaba al cénit, topó con una barrera invisible. Mi magia rompió contra ella con un fragor, como las olas contra un acantilado, pero no logró llegar a la cima.

—Xül… —susurré a duras penas.

—Mira que eres cabezota —gruñó.

Y, entonces, sus labios reclamaron los míos.

El beso dio al traste con todas mis expectativas, con toda mi experiencia previa. Aquello no se parecía a la exploración vacilante de los chicos de Cresta Salada; era posesión pura y dura. Sus labios, firmes y exigentes, obligaban a los míos a abrirse. Cuando me introdujo la lengua en la boca para probar mi sabor, algo a mitad de camino entre un jadeo y un gemido escapó de mi garganta.

Forcejeaba con las manos que me sujetaban contra la roca; quería tenerlo más cerca, sentirlo más. Su mano me apretó la cintura, empujándome hacia él mientras el beso se hacía más profundo, más desesperado. Me rozó con los dientes el labio inferior y en mis venas estallaron chispas.

Me ahogaba en las sensaciones. La fuerte presión de su cuerpo contra el mío, la forma en que bajaba la mano de la cintura a la cadera, hundiendo los dedos, posesivo.

Cuando me rendí al beso, a él, mi poder se inflamó, amenazando con estallar. Por encima de nosotros, las estrellas latían al ritmo de mi corazón acelerado en respuesta a mi ansia, a mi deseo.

Xül sonrió contra mi boca y empujó las caderas hacia delante, contra las mías. Sentí en el vientre la presión de su dura longitud, que me desató una oleada de avidez.

—Muy bien —gruñó contra mis labios con la voz más ronca que le había oído nunca—. Ahora, sé buena chica y déjate llevar.

Las imágenes me cruzaban la mente: su cuerpo encima del mío, debajo del mío; sus manos en mi piel desnuda, su boca por todas partes. Gemí, incapaz de contenerme, y reaccionó intensificando el beso.

Todo mi cuerpo ardía desde dentro. Estaba lista para estallar, para rendirme del todo…

Y entonces se apartó.

Su repentina ausencia me dejó helada. Me desplomé contra las ataduras, con el corazón martilleándome el pecho, el cerebro hecho un torbellino, el cuerpo pidiendo a gritos su contacto.

Xül estaba unos pasos más allá, como si no hubiese ocurrido nada. De no ser porque le veía los labios hinchados, creería que habían sido imaginaciones mías.

—Ahora —dijo con una serenidad exasperante—, usa ese poder.

Las manos me soltaron y trastabillé hacia delante, nerviosa, avergonzada, enfadada y extrañamente desposeída. Pero por debajo de todo aquello bullía, como un torrente, el poder que él había despertado. Alargué una mano hacia ese poder, ya no aferrándolo, sino rindiéndome a esa energía descontrolada que amenazaba con consumirme.

El muro se desmoronó. La barrera que había erigido y reforzado con cada momento de miedo, con cada vez que me había echado atrás en lugar de seguir adelante, se hizo añicos como si fuera de cristal, y mi poder salió a raudales por la abertura, inundando cada célula, cada terminación nerviosa, cada rincón de mi ser.

Eché la cabeza hacia atrás y grité, atravesada por la energía. Un resplandor me atravesaba la piel, me salía por los poros como si me hubiera tragado el sol.

Alcé las manos al cielo y tiré de él.

Pero no se formaron espadas, sino que bajaron siete fragmentos de luz estelar, los siete incandescentes, y abrasaron el aire mientras caían hasta quedar flotando alrededor de mi cabeza.

El suelo se estremeció. El viento nos azotaba frenético, levantándome el pelo como si ya no existiera la gravedad. Me sentía liviana, sin límites, desligada de todo salvo de aquel momento y aquel poder.

—Fascinante —susurró Xül casi con reverencia mientras se protegía los ojos de mi resplandor—. Nunca había visto nada parecido.

Me erguía allí, con el corazón latiéndome con fuerza y el cuerpo aún vibrando, mientras las estrellas danzaban a mi alrededor, la tierra temblaba bajo mis pies y hasta el aire parecía doblegarse a mi voluntad. Había hecho algo más que acceder a mi poder: lo había desencadenado, lo había aceptado por completo.

Pero ¿a qué precio?

—¿Cómo te sientes? —preguntó Xül con más suavidad.

Me llené los pulmones mientras evaluaba la sensación. El poder corría por mis venas, distinto de cuando concentraba la energía en una espada. Aquel era más salvaje y cantaba con violencia dentro de mí.

—Diferente —acerté decir—. Más… todo.

Asintió como si aquella respuesta incoherente tuviera todo el sentido del mundo.

—Llevabas tanto tiempo conteniendo tu poder que nunca habías experimentado todo aquello de lo que eres capaz.

Levanté una mano y sentí que la luz estelar respondía a mis

movimientos. Los destellos se desplazaron para flotar alrededor de mis dedos.

—¿Qué es esto?

—Pura energía celestial —explicó Xül—. No se ha convertido en un arma, tan solo se ha manifestado. Es más versátil que una espada, pero tienes que aprender a controlarla.

—¿No decías que el objetivo era perder el control? —pregunté enarcando una ceja.

Sus labios esbozaron una sonrisa.

—Tenías que derribar las limitaciones que te habías impuesto. Ahora que por fin lo has conseguido, podrás aprender a trabajar con tu verdadero potencial en vez de coartarlo.

Asentí, aunque me costaba asimilar la lección cuando persistía la huella de su beso.

—Y, ahora, ¿qué?

—Tendrás que practicar. —Señaló la luz estelar que giraba alrededor de mi cabeza—. Pero creo que basta por hoy. Has estado muy bien, pero ya ha sido suficiente esfuerzo. Además, me necesitan en la Ciudad Eterna.

—¿Otra vez? —pregunté tratando de hablar con naturalidad.

—Por desgracia. —Suspiró y dio un paso hacia mí—. Pero vuelvo esta noche —añadió mientras se acercaba para ajustarme un mechón detrás de la oreja—. Si me necesitas…

—Debería… debería ir a cambiarme —dije señalándome con un gesto la ropa sudada.

Xül asintió.

—Mañana seguimos. —Empezó a dar media vuelta para marcharse, pero se detuvo—. Ah, otra cosa.

—¿Sí?

—Lo que has hecho hoy, el poder al que has accedido… Eso solo es el principio. —Me clavó una mirada intensa e indescifrable.

Dicho aquello, se alejó a paso firme y me quedé a solas en la arena negra.

Volví a mi habitación con la mente hecha un torbellino. Me quité la ropa y me sumergí en las aguas termales que recorrían el cuarto. El líquido humeante me acogió cuando me sumergí en él con la esperanza de que se llevara mi confusión junto con el sudor y la arena.

Pero, mientras me bañaba, mis pensamientos volvían a Xül una y otra vez. A sus manos, a su boca, al peso de su cuerpo contra el mío. A la forma en que me miró cuando las estrellas formaron una corona alrededor de mi cabeza.

Cerré los ojos, dejándome envolver por el agua, y no pude evitar que mi mente conjurase su imagen. Sus ojos clavados en los míos, provocándome un rubor imposible de ocultar; las líneas marcadas de su mandíbula; su forma de curvar la boca con aquella media sonrisa.

Se me aceleró la respiración al imaginarme aquellas manos, unas manos que podían dominar a la mismísima muerte, recorriéndome la piel, primero con suavidad y luego apremiantes. Me sumergí más en el agua, y el calor se transformó en mi mente en el fuego feroz de su contacto.

Lo visualizaba allí mismo, en aquella habitación, mirándome con esa quietud predatoria. ¿Qué haría si me viera así? ¿Apartaría la mirada? ¿O por fin se dejaría llevar por lo que fuese que ardía entre nosotros?

En mis fantasías elegía lo segundo. Me lo imaginaba acercándose

a la bañera, poniéndome las manos en los hombros, bajándolas por los brazos, dejando un rastro de fuego a su paso. Sus labios en el cuello, en la clavícula, más abajo.

Me deslicé los dedos por la piel, trazando los caminos que lo imaginaba recorriendo. Mis movimientos provocaban ondas en el agua y me aceleraban la respiración. Me mordí el labio para no hacer ruido.

Ya hacía varias semanas que habíamos comenzado aquel baile, aquel flirteo que se acercaba peligrosamente a la catástrofe. Al principio era solo un juego, una distracción muy necesaria para aplacar el dolor, algo con lo que tener la mente ocupada cuando los pensamientos más lúgubres amenazaban con arrastrarme al abismo.

Pero aquel día habíamos alcanzado el punto de inflexión, y eso me aterrorizaba más que ningún Juicio. Porque empezaba a desear lo que no podía tener, a sentir lo que no debía.

«No puedes enamorarte de él, Thais».

Era inconcebible, por supuesto. Cualquier atracción que él pudiera sentir por mí era física, quizá aderezada con cierta satisfacción enfermiza o morbo por lo prohibido. Y, ante todo, ni era mío ni podría serlo nunca.

Salí del agua, me sequé y me puse ropa limpia. Era una locura. Una locura peligrosa. Tenía que centrarme en sobrevivir, en mi propósito, en todo lo que había aprendido y me quedaba por aprender.

No en unos ojos arrebatadores y una sonrisa traviesa. No en la forma en que mi cuerpo y mi poder respondían a su contacto. No en la alarmante chispa que se había encendido en mi pecho.

Me trencé el cabello mojado con movimientos bruscos y furiosos.

Al día siguiente estaría mejor. Al día siguiente recordaría mi objetivo.

CAPÍTULO 37
BESTIAS DE FUEGO

Recordar mi objetivo me resultó más fácil de lo esperado. Xül no solo se ausentó durante el resto de la tarde: había desaparecido en la Ciudad Eterna varios días atrás, cinco para ser precisos.

El segundo día me llegó una carta: «Volveré pronto. Aelix se encargará de tu entrenamiento». Y eso fue todo. Sin ninguna explicación ni calidez alguna. Solo órdenes.

Me molestaba, y mucho, que con su usencia la Aguja de Hueso pareciese vacía. Que las sombras me resultasen ajenas si él no salía de ellas. Sentir la opresión del silencio en los oídos, donde debería estar su voz. Sin su presencia constante, que me obligaba a concentrarme, me sumía en mis propios pensamientos. Y, por los dioses, eran espantosos.

Los recuerdos me perseguían en la oscuridad. La sangre de Sulien que teñía el suelo arenoso de la cueva; el instante exacto en que me apartaron de todo lo que conocía; el modo en que mi mundo se había comprimido en un único punto de terror absoluto antes de expandirse en una explosión de caos. Los monstruos de los

Juicios, llenos de articulaciones antinaturales.

El sueño se había convertido en mi enemigo. Me despertaba sin aliento, con las sábanas empapadas en sudor frío y el sabor metálico del miedo en la lengua. A veces trataba de conectar con una presencia que no estaba; me olvidaba, en aquellos momentos confusos justo antes de despertar, de que estaba sola.

Aelix se encargaba de mi entrenamiento mientras Xül estaba ausente.

Pobrecillo.

El caos que Marx y yo generábamos parecía multiplicarse en presencia de Aelix. Se esforzaba, por los dioses que sí, pero gestionaba la autoridad como un niño un espadón que le viniera grande. Mientras que Xül habría acabado con una rebelión con una simple mirada, las órdenes de Aelix caían en saco roto. Cada día se lo veía más desesperado, con el rostro más tenso y lleno de arrugas de preocupación.

Había recibido instrucciones de que trabajáramos en mi corona de estrellas. Logré invocarla sin necesidad de que Aelix me ofreciese ninguna motivación externa, loados fuesen todos los dioses que nos escuchaban. Supuse que Xül no le había contado cómo consiguió que yo desbloquease ese poder la primera vez.

Su boca en la mía. El calor que me corrió por las venas. El mundo que se redujo hasta que solo existieron sus manos, sus labios, las promesas peligrosas de su cuerpo estrechado contra el mío…

Cerré la puerta a ese recuerdo ante de que se formase, pero mi cuerpo, el muy traidor, se acordaba. Vaya si se acordaba. Ni siquiera estaba segura de que Xül y yo hubiésemos traspasado una línea. Los

mortales y los inmortales no podían tener relaciones, pero ¿a qué se refería eso? ¿A besarse o a ir más allá? Supuse que lo segundo, dado que lo había hecho sin esconderse, como si retara al mundo a detenerlo.

Al cuarto día, Marx ya había conseguido enloquecer a Aelix.

Cuando estaba a solas con ella, evitaba mencionar los temas que se habían quedado colgados. Sus padres. Lo que había tenido que revelar en los archivos, mientras que yo había escapado con mis secretos intactos. Quería hacerle preguntas, pero las palabras se me morían en los labios al ver la angustia que a ratos le ensombrecía las facciones. No había sido voluntad suya dejar aquella herida a la vista. Lo mínimo que podía hacer por mi parte era no hurgar en ella.

Pero Marx no era tan circunspecta. La veía lanzarme miradas cargadas de sospecha, que me decían: «Sé que ocultas algo». Porque, claro, todo el mundo lo sabía. Todos me habían visto salir de los archivos sin pagar el precio. Vivía de prestado hasta que sus preguntas me arrinconasen.

Mientras que Xül prefería la brutal honradez de la costa, Aelix se decantaba por los claros del bosque; así que entrenábamos ahí.

En esta ocasión no era diferente. El sol se filtraba entre las densas copas de los árboles y salpicaba el claro con su luz matutina. Allí, los árboles eran distintos de los de Elaren, más oscuros, más sensibles, con una corteza que parecía latir con vida propia. A ratos habría jurado que los oía respirar. Me había acostumbrado a las particularidades de aquel dominio, pero a veces, en los momentos de tranquilidad, la extrañeza de todo aquello me volvía a sorprender y me hacía añorar el lugar al que nunca podría volver.

—Otra vez —ordenó Aelix. Tenía la frente perlada de sudor pese

a la fresca brisa matutina—. Y ahora, Marx, intenta no dejar todo el claro agostado con una maldición.

Marx le lanzó una sonrisa llena de dientes y amenazas.

—¿Y perderme la diversión?

Reprimí una sonrisa y traté de hacer acopio de mi poder una vez más. Me atravesó y se me acumuló en las palmas de las manos, para saltar a continuación y envolverme la cabeza; formó primero unas chispas que luego se transformaron en palpitantes esferas de luz. Marx, al otro lado del claro, flexionó los dedos y se preparó.

—El objetivo de este ejercicio —explicó Aelix, cuya paciencia estaba a punto de extinguirse— es el control, no la destrucción.

—Qué aburrimiento —murmuró Marx, pero cuadró los hombros de todos modos.

Llevábamos horas con ello. Aelix comenzaba cada sesión cortándose la palma con un arma y dejando que las gotas carmesí cayeran al suelo, donde se hundían y esperaban sus órdenes. Sus maldiciones provenían de la sangre: de la suya, ofrecida con un propósito, y de las nuestras cuando sangrábamos a causa de las heridas del combate. Pese a su desesperación, era un excelente profesor, mucho más paciente de lo que jamás sería Xül; nos explicaba la mecánica de la lucha en vez de asumir que la aprenderíamos a base de dolor y fracaso.

—¿Listas? —preguntó. Entornó los ojos dorados y adoptó una pose de combate, con el peso repartido sobre las puntas de los pies.

Asentimos, y Aelix entró en acción.

Apretó la palma ensangrentada contra el suelo y la tierra le respondió. Unas vetas de color rubí, que latían como una forma de vida maligna, se extendieron formando una telaraña por el suelo.

Dondequiera que tocaban brotaba la sangre, un vapor que se coagulaba y adoptaba formas horribles: serpientes de grumos de sangre, manos de dedos líquidos que trataban de agarrar algo, espinas que lloraban lágrimas escarlata.

Me tiré de lado y sentí el calor de la sangre corrupta muy cerca de la cara. Levanté las manos, cogí una estrella de mi corona y forjé con ella un escudo de luz estelar que se materializó a la vez que se producía el segundo ataque. Un latigazo de sangre golpeó el escudo. Con el impacto me vibraron los brazos y me castañetearon los dientes. Cada vez que la sangre y la luz entraban en contacto, se elevaba un vapor que olía a hierro y a polvo de estrellas.

Marx esquivó y se apartó con agilidad mientras trazaba sutiles dibujos con los dedos. Yo no veía las maldiciones que lanzaba, pero sí sus efectos. Aelix se tambaleó al dar un paso y se le torció el tobillo. Se recuperó con facilidad, pero Marx ya estaba cambiando de postura y moviendo los dedos para formar otro patrón.

Aelix sufrió un calambre en el brazo. Se pasó la espada de una mano a la otra, pero tuve tiempo de ver en sus ojos un fogonazo de irritación. Marx hizo otro gesto y en la nuca de Aelix, donde la maldición había alcanzado la carne, aparecieron ronchas de un rojo vivo.

—Mejor —reconoció Aelix mientras se rascaba el cuello—. Pero predecible.

Se llevó dos dedos a un pequeño corte que tenía en la mejilla, y la gota de sangre se expandió y se transformó en una niebla carmesí que quedó flotando en el aire. Marx la inhaló antes de poder evitarlo. Cuando la maldición la afectó, le vi abrir mucho los ojos, y sus movimientos se ralentizaron como si estuviese dentro de un

tarro de mermelada.

Del suelo brotaron más gotas rojas, y se endurecieron para formar agujas escarlata que flotaron en el aire y me apuntaron.

—Y por eso —comentó Aelix según se acercaba poco a poco— vosotras seguís siendo estudiantes y yo soy una Leyenda.

Sacudió la muñeca y las maldiciones se disolvieron. La sangre se hundió de nuevo en la tierra y solo dejó atrás manchas de color óxido en nuestra ropa y piel. Caí de rodillas, jadeante. Tenía la sensación de que mi sangre fluía muy despacio, de que era algo ajeno a mis venas.

—Presumido —murmuró Marx, inclinada, con las manos en las rodillas. Respiraba con dificultad.

—En el combate no hay otra regla que la supervivencia —corrigió Aelix, que ni siquiera parecía cansado—. Seguro que Xül te ha explicado eso, Thais.

Me erguí y di un respingo; me dolía el hombro, donde había penetrado una maldición.

—Sí, por supuesto. Casi siempre, mientras me hacía tragar la lección a base de golpes con el tope de una espada de entrenamiento.

Aelix se echó a reír.

—Muy propio de él. —Miró el sol de reojo e hizo unos cálculos mentales—. Creo que nos merecemos un descanso. Voy a traer comida de las cocinas.

—Me podría comer un jabalí entero —declaró Marx, y se tumbó en el suelo con los brazos extendidos.

—No, por favor —respondió Aelix, que ya emprendía el camino de vuelta a la Aguja de Hueso—. La última vez que lo intentaste, el

personal de cocina se negó a servirte durante una semana.

—Mereció la pena —le gritó Marx mientras él se adentraba entre los árboles.

Nos quedamos unos minutos sentadas para recuperar el aliento. Del bosque que nos rodeaba nos llegaban ruidos que delataban la vida: pájaros que se llamaban unos a otro con extraños trinos, el roce de animales con demasiadas patas al desplazarse bajo los arbustos. Era todo muy pacífico, a su manera salvaje y natural.

—Me has estado esquivando —dijo Marx, muy seria.

La miré y fingí no saber de qué hablaba.

—Pero ¿qué dices? Si entrenamos juntas cada día…

—Ya sabes a qué me refiero. —Cogió una brizna de hierba y la deshizo entre los dedos—. Desde los archivos. Desde que conté… lo que había hecho.

—No te he estado esquivando. Es solo que… no quería presionarte. Pensé que no te apetecería hablar de ello.

—¿Me ves de un modo distinto, ahora que sabes que maté a mi familia? —Enarcó una ceja.

La estudié unos instantes, tratando de decidir con qué Marx estaba lidiando en ese momento: la salvaje sarcástica que lo destruía todo o la muchacha comprensiva que a veces parecía perderse en su propia oscuridad.

—Después de enterarme de lo que te hicieron, jamás se me ocurriría juzgarte por haberte desquitado.

—Vaya, te lo agradezco, supongo —respondió, y desvió la mirada.

—Sé que tú también tendrás preguntas que hacerme. —Inspiré hondo.

—Como, por ejemplo, cuál es la razón de que tu hermano y tú seáis incapaces de seguir las reglas. —Se había vuelto hacia mí y me miraba con los ojos muy abiertos.

—Sí, algo así.

—Claro, me encantaría saber a qué se debe.

—¿Puedo confiar en ti? —le pregunté en voz baja.

Marx resopló.

—¿A qué viene eso?

—Hablo en serio. —Me giré hacia ella para que viera la certeza en mis ojos—. Marx, necesito saberlo. ¿Puedo confiar en ti?

Supongo que captó algo en mi tono, porque la expresión sarcástica se desvaneció de su rostro.

—Sí —respondió con sencillez—. Puedes confiar en mí, Morvaren.

Hice acopio de fuerzas. Me temblaban las manos.

—No puedo contártelo todo. No porque no quiera, sino porque no puedo. Hay secretos que no son solo míos. Secretos que pondrían en peligro a cualquiera que los conociese.

Entrecerró los ojos y su mente se activó a pleno rendimiento.

—¿Tiene algo que ver con vuestra sangre?

Mi vacilación fue respuesta suficiente. Asentí, incómoda.

—Lo sospechaba —señaló. Se inclinó para acercarse y bajó la voz—. Ningún bendecido normal tiene poderes como los tuyos o los de tu hermano. —Dejó de hablar y estudió mi rostro con atención.

Yo guardé silencio. El corazón me latía con tanta fuerza que pensé que ella debía de oírlo. ¿Cuánto había supuesto? ¿Cuándo podía arriesgarme a confirmarle? Una palabra fuera de lugar y todo podría complicarse.

—Estás en lo cierto —dije.

Marx me miró de soslayo; no se perdía un detalle.

—Tu madre…

Me tensé y después asentí. Fue un movimiento mínimo, pero suficiente.

Marx parpadeó y la comprensión se abrió paso en sus ojos. No tenía todas las piezas, pero empezaba a montar el rompecabezas más deprisa de lo que yo había supuesto.

—Joder, vaya mierda —dijo, y se recostó sobre las manos.

Pese a lo tenso de la situación, me eché a reír. La carcajada que se me escapó nos sorprendió a las dos.

—Es una forma de describirlo.

Sacudió la cabeza y un mechón de cabello oscuro le cayó por la cara.

—No me extraña que Xül esté tan… interesado en entrenarte. ¿Lo sabe?

—Sí. —Reconocerlo era peligroso—. Se lo imaginó.

—Y, aun así, te guarda el secreto. —No era una pregunta—. Qué interesante.

Antes de que pudiera responder oímos en el claro el eco de unas pisadas que aplastaban las hojas. Los pasos eran demasiado pesados.

Marx también lo había oído. En un instante ya estaba de pie.

—¿Aelix? —llamé mientras me levantaba con cuidado.

Silencio.

—Algo va mal —me susurró Marx. Rebuscaba con la mirada entre los árboles.

Nos colocamos espalda contra espalda y giramos, poco a poco, alertas ante cualquier movimiento.

—¡Aelix! —llamé de nuevo, más alto.

Nada.

Y entonces…

Los árboles que rodeaban el claro no se abrieron; más bien retrocedieron. Se doblaron para apartarse de lo que surgía entre ellos mientras los troncos gemían en señal de protesta. Era Kavik.

Tras él llegó Aelix, tambaleándose. Tenía las manos atadas a la espalda con cadenas refulgentes que emitían una luz enfermiza. Tenía el rostro hecho una ruina, lleno de sangre y magulladuras, con un ojo hinchado.

Flanqueando a Kavik por ambos lados había unos seres que jamás había visto.

Sus cuerpos eran de llamas. Sus siluetas cambiaban, se rehacían, adoptaban una forma distinta a cada instante, y dejaban unas marcas de pisadas más profundas de lo que cabría esperar. Donde plantaban los pies, la hierba no solo se quemaba, se fundía, y quedaban heridas en la tierra.

—Thais —jadeó Marx. El horror de su voz era inconfundible—. Son elementales del fuego.

Una cruel sonrisa se asomó a los labios de Kavik. Su rostro era tan inhumano que parecía tallado en piedra.

—Señoras —saludó con amabilidad—, qué encuentro más afortunado.

—¿Qué cojones pasa aquí? —exigió saber Marx, ya en postura de combate, con los músculos tensos, preparados para un estallido de violencia—. ¿Qué le has hecho a Aelix?

—Es solo una molestia temporal —replicó Kavik despectivo—. No te preocupes, Marx. No vengo a por ti. —Me clavó los ojos y no vi

nada en ellos. Ni reconocimiento ni emoción, solo vacío—. Vengo a por la portadora de estrellas.

Aelix, alarmado, abrió mucho el ojo que no tenía hinchado y se sacudió para tratar de liberarse de las ataduras, pero las cadenas se le clavaron más aún en las muñecas.

—¡Corred! —gritó, una palabra que pareció abrirse paso en su garganta.

Un elemental del fuego le posó una mano ardiente en el hombro, y el grito de Aelix nos llegó acompañado del hedor de la carne quemada.

—¡Detente! —grité; las chispas me bailaban entre los dedos—. ¿Qué quieres de mí?

Kavik ladeó la cabeza en un ángulo extraño, pero su terrible sonrisa no vaciló ni un instante.

—Me temo que es información confidencial.

—Mientras siga viva no pienso acompañarte —escupí.

Su sonrisa se amplió.

—Que sigas viva no forma parte del plan.

Los elementales del fuego se adelantaron como uno solo, una llamarada que convirtió en un horno el aire que nos envolvía. El calor me golpeó con fuerza; me quemó los pulmones y me dejó empapada de sudor.

Marx y yo nos movimos a la vez; nuestros poderes chocaron y formaron una barrera defensiva que zumbaba donde la luz y las maldiciones entraban en contacto. La barrera aguantó tres latidos, hasta que el primer elemental la golpeó y yo sentí el impacto en los huesos.

Eran muy fuertes, mucho más que nada a lo que me hubiera

enfrentado hasta entonces.

Esquivé a la bestia de fuego y le lancé una hoja de luz al centro de su ser. La cosa chilló y cayó, convertida en ascuas que abrieron agujeros ardientes en la realidad y se desvanecieron.

Las maldiciones de Marx, que estaba a mi lado, cobraron vida propia y envolvieron a otro elemental. Donde lo tocaban, las llamas se apagaban. Su figura empezó a colapsarse; el poder de Marx corrompió la esencia que lo mantenía de una pieza hasta que el ser estalló en pedazos humeantes.

En medio de todo aquel caos, vi que Aelix se había liberado de sus ataduras. Le brotaba sangre de las muñecas, que las cadenas habían cortado hasta el hueso. Pero se tiró sobre Kavik con un rugido que hizo temblar el claro. La sangre salió de las yemas de sus dedos formando espirales.

Kavik desvió el ataque sin mirar; sus ojos no se apartaban de mí.

—¿Qué estás haciendo? —exigió saber Aelix, que daba vueltas alrededor de su adversario. Se movía con torpeza y desesperación—. ¿Te has vuelto loco? ¡Está bajo la protección de Xül!

—Es una amenaza —respondió Kavik con voz inexpresiva—. La chica es una amenaza y debe ser eliminada.

—¿De qué hablas? —Aelix esquivó una ráfaga de fuego que abrió un cráter en el lugar que acababa de despejar. El borde de la ráfaga lo alcanzó y lo lanzó dando vueltas. Con cierto esfuerzo, se mantuvo de pie—. Pero ¿qué cojones te pasa?

—La chica es una amenaza —repitió Kavik—. Debe ser eliminada.

Otra bestia de fuego, el doble de alta que yo, se lanzó a por mí. Invoqué un escudo de luz estelar y puse en él hasta el último resquicio de mi poder.

El puño abrasador de aquel ser atravesó mi defensa.

Me tiré a un lado y sentí el calor de su golpe a un par de dedos de mi rostro.

—¡Thais! —gritó Marx, que trataba de llegar hasta mí. Tres elementales se movieron para interceptarla y la hicieron retroceder, con muros de fuego que llenaron el aire de humo.

Cuando me levanté, todos mis músculos protestaron. Muy dentro de mí sentí aquella fuente de poder a la que Xül me había ayudado a acceder. Llegué hasta ella y tiré del poder con más fuerza que nunca.

Las estrellas me respondieron.

La luz fluyó desde el cielo y se me enroscó alrededor de los brazos, las piernas, el torso… Una segunda piel de fulgor celestial que hizo retroceder a las bestias. Por un instante me sentí invulnerable.

El enorme elemental cargó de nuevo. Y no lo esquivé.

Me enfrenté a él de cara, y mi puño cubierto de estrellas lo golpeó en el mismísimo centro. El impacto provocó una onda de choque que barrió el claro y redujo a astillas los árboles cercanos. La bestia estalló, convertida en una lluvia de chispas y ceniza que cayó sobre la tierra calcinada.

Mi victoria duró dos segundos. Otros tres elementales ocuparon su lugar, y aprendían rápido. Se movieron con precaución para poner a prueba mis defensas.

Me estaba debilitando. La fuente de poder no era inagotable; empezaba a percibir sus límites, y comprendía que la estaba consumiendo a una velocidad espantosa. Cada vez me tenía que esforzar más, cada invocación me costaba más que la anterior.

Aelix, al otro lado del claro, llevaba las de perder. Los ataques de Kavik eran frenéticos, como un incendio que se extendiera fuera de control. Aelix sangraba por una docena de heridas. ¿De verdad Kavik iba a matar a otra Leyenda? ¿Qué demonios estaba pasando?

—La chica es una amenaza —seguía canturreando Kavik, y cada repetición lo arrastraba más y más a un paroxismo de violencia—. Debe ser eliminada. La chica es una amenaza. Debe ser eliminada.

Mi campo visual se empezaba a nublar por los bordes. Al esforzarme para atraer más poder, unos puntos negros me bailaron delante de los ojos.

Marx gritó desde algún lugar situado a mi izquierda. Me giré y vi que estaba sobrepasada, que sus maldiciones parpadeaban y perdían cohesión a medida que el agotamiento le pasaba factura. Intentó una última y desesperada invocación, una masa que se retorcía y que marchitó y consumió el brazo del elemental, y luego se le doblaron las rodillas.

«No».

Rebusqué dentro de mí, a mayor profundidad, para alcanzar reservas que no sabía que existían. El dolor, como si me volvieran del revés, fue inmediato y absoluto. Sentía la piel tan tirante que parecía que se iba a rasgar. Pero el poder se manifestó, puro, salvaje y terrible.

Una erupción de luz estelar brotó de mí; no era hermosa, sino violenta, desatada, una nova de pura destrucción que hizo volar a los elementales. El atacante de Marx se desintegró.

Pero el coste…

Caí de rodillas, gritando. Mi visión se volvió blanca, luego roja, y luego empezó a difuminarse. Me ardía la piel… No, no era la piel.

Bajo la piel. Me estaba sobrecalentando.

A través de la neblina del dolor vi que Kavik dejaba de pelear con Aelix y volvía los ojos hacia mí; unos ojos terribles, vacíos, con la mirada perdida. El aesymar cruzó el claro en segundos. Extendió la mano para agarrarme de la garganta, y no me quedaba nada con que pararlo.

—La amenaza debe ser eliminada —dijo, con los dedos a escasa distancia de mi piel. Y entonces…

El mundo se detuvo.

Las llamas se congelaron en pleno movimiento. El viento murió. Todos los sonidos se desvanecieron.

El suelo… ¿se movía? ¿Se rompía?

Todo lo que aparecía en mi campo visual se enfocaba y se desenfocaba, lo veía doble, triple. Me llegaban sonidos distorsionados, un ruido húmedo de algo que se rompía y que podría tratarse de un tejido, o de algo peor. Luego, chasquidos.

Algo surgía del suelo. Formas oscuras de movimientos extraños, que tenían demasiadas articulaciones que se doblaban en direcciones que dejaban aturdida mi mente emponzoñada. Luego me llegó el hedor a corrupción, tierra y un dulzor pútrido.

Las figuras seguían surgiendo y avanzando hacia las bestias de fuego.

Entonces hubo gritos. Todo se oía amortiguado, como un sonido subacuático que no significaba nada.

El rostro de Kavik flotó por encima de mí; movía la boca, palabras coléricas que yo no lograba procesar. Me cerró la mano alrededor de la garganta con una fuerza aplastante. Los dedos eran como tiras de acero que me impedían respirar y me aplastaban la

tráquea. Le arañé las muñecas, pero ya no me quedaban fuerzas. Los pulmones reclamaban un aire que no acababa de llegar.

Una silueta oscura surgió de entre las sombras, y el frío llegó con ella. Mi campo visual se estrechaba, pero sentí la bajada de temperatura y vi que se formaba escarcha en el pecho de Kavik.

Una palabra. Esa voz. «Su voz».

—Suéltala.

Kavik aumentó la presión. Más palabras que no entendí.

La tierra retumbó. Algo se abría paso a zarpazos. Era pálido en la oscuridad, y el olor a podredumbre me impregnaba las fosas nasales.

La cosa se alzó por encima de nosotros; unos chasquidos me taladraron los oídos.

Y, de pronto, se hizo visible por completo.

Un cadáver. Al lado de la cara de Kavik. La mitad de su carne se había podrido y había desaparecido, dejando a la vista un cráneo sonriente. Una cuenca ocular, que debería estar ocupada por un ojo, estaba llena de tierra apelmazada. La mandíbula le colgaba de un lado, y solo se sostenía gracias a unos tendones ennegrecidos.

Los muertos.

Xül había alzado a los muertos.

Un gusano se desprendió de la garganta de Kavik y le cayó en el hombro.

El cadáver extendió las manos, y los dedos putrefactos se hundieron en los brazos de Kavik. Más cadáveres surgieron del suelo, un círculo de podredumbre que se cerró sobre él. Lo cogieron de las piernas, del torso; pese a sus esfuerzos por liberarse, las manos en descomposición encontraban por dónde agarrarlo.

Kavik me soltó el cuello para luchar con ellos. Pero había demasiados.

Lo arrastraron de espaldas hacia el centro del claro, donde la tierra se había abierto de par en par. Clavó las manos en el suelo y sus dedos trazaron surcos. Vi que los cadáveres lo arrastraban al interior de aquella grieta oscura y lo seguían. Los gritos de Kavik se fueron apagando a medida que la tierra se cerraba sobre ellos.

Se me nubló la vista otra vez. Los sonidos eran extraños, como de succión, de desgarro, de tierra que se movía como no debería hacerlo.

Y, luego, silencio. El suelo se cerró como si allí jamás hubiera habido una grieta.

Me derrumbé de rodillas, jadeando. Sentía la garganta aplastada, destrozada. El mundo daba vueltas a mi alrededor, en un movimiento mareante, y no supe si me estaba cayendo o si la tierra se elevaba para llegar hasta mí. Y el dolor… seguía allí, como un veneno en las venas.

Unos brazos fuertes me sujetaron antes de que me estrellara contra el suelo. Xül me estrechó contra sí; sentí la frescura de su piel en la mía.

—Estrellita… —Se le quebró la voz al pronunciar la palabra. Me comprobó el pulso, chequeó el estado de mi garganta. Las manos salieron ensangrentadas—. Thais, mírame.

Lo intenté, pero cada vez veía con menos claridad. Mi campo visual se reducía; los bordes se cerraban, y luchar contra ellos era como resistirse al mar.

—No —dijo con tono tajante—. No te permito que te vayas. ¿Me oyes? Quédate aquí. Quédate conmigo.

Parecía asustado, comprendí entre la neblina del dolor. El príncipe de la muerte estaba aterrorizado.

—¡Aelix! —gritó sin quitarme los ojos de encima—. ¡Agua! ¡Enseguida!

—Estoy en ello. —La voz de Aelix me llegó de algún lugar lejano. Luego, un frescor bendito se derramó sobre mí y me empapó la ropa, el pelo. El agua luchó con el calor antinatural, y de mi piel se elevaron volutas de vapor. El alivio fue inmediato, pero insuficiente; yo seguía ardiendo por dentro.

—Se está quemando —afirmó Aelix, con la voz tensa—. Está…

—Eso ya lo veo —atajó Xül. Me abrazó con más fuerza y me estrechó contra sí. Una mano me acarició la cara, y el pulgar me rozó el pómulo—. Thais, quédate con nosotros. Es una orden.

Que le diera órdenes a alguien que quizá se estuviera muriendo me hizo reír, pero solo me salió una tos húmeda. La sangre le salpicó la camisa.

—Demasiada —logré susurrar—. Demasiada luz.

—Lo sé. —Me puso la otra mano en el pecho y sentí su poder, frío, mortal, amplísimo, intentando contener el fuego estelar que me estaba consumiendo por dentro—. Lo sé, estrellita. Aguanta. No me dejes.

Más agua. Más frío. Pero la oscuridad resultaba muy tentadora, prometía terminar con mi sufrimiento. Cada latido del corazón me provocaba una nueva oleada de dolor. Cada vez que inspiraba era más difícil que la anterior. Mis párpados aletearon y se cerraron.

—No te atrevas —gruñó Xül—. No puedes morir aquí, ni de este modo. No si yo puedo evitarlo.

Pero mi cuerpo tenía otras ideas. El poder me había quemado

por dentro, había abierto canales que no deberían existir, había dejado un rastro de fuego que la carne humana no podía soportar. Me estaba deshaciendo, me desintegraba.

—Por favor —susurró Xül, dos palabras que contenían más emoción que nada que le hubiera oído antes—. Por favor, Thais. No te vayas.

Lo último que vi fue su cara sobre la mía, y unos ojos que brillaban con algo que tal vez fueran lágrimas. Lo último que sentí fue que me cogía de la mano para anclarme a un mundo que se desvanecía muy deprisa.

Luego, la oscuridad se adueñó de mí y me hundí en un silencio más profundo que la muerte.

CAPÍTULO 38
INFORTUNADAS DEBILIDADES

Los gritos ya me desgarraban la garganta antes de que terminase de recuperar el conocimiento. Mi cuerpo se convulsionaba, luchando contra unas ataduras invisibles mientras unos tentáculos pesadillescos seguían aferrándose a mi mente. Me debatía con violencia, y tenía la piel empapada en sudor frío a pesar del infierno que ardía en mi interior.

—Thais… —Una mano se me posó en la frente.

Golpeé a ciegas y mi puño impactó contra algo sólido. Se oyó un ligero gruñido, pero la mano no se apartó de mi piel.

—Estás a salvo, estrellita.

La voz atravesó la neblina que me envolvía, y la realidad se fue recomponiendo a mi alrededor. Las sábanas de seda bajo el cuerpo, mojadas de sudor. El débil resplandor de los cristales incrustados en las paredes oscuras, que proyectaba sombras alargadas en el techo. El familiar aroma a cedro, naranjas y libros antiguos. Me estremecí al darme cuenta de que estaba en su habitación.

Me obligué a abrir los ojos y parpadeé para ahuyentar los

vestigios de terror. Él estaba sentado en la cama, mirándome con expresión neutra, aunque podía apreciar la tensión de su mandíbula, el delgado surco entre sus cejas. Una barba incipiente mancillaba su rostro inmaculado, y la piel algo oscurecida por debajo de los ojos indicaba que no había dormido.

—Eso es —dijo en voz baja.

Mi respiración seguía siendo demasiado rápida y superficial. Cada inspiración me hacía sentir como si el metal fundido me atravesara la garganta hasta llegar al pecho. Intenté incorporarme, pero él me retuvo con una mano en el hombro.

—Siempre que me despierto estás… ahí, mirándome —acerté a decir con un susurro entrecortado—. Es inquietante.

Levantó una comisura de la boca.

—Es que no paras de sufrir heridas mortales. Empieza a convertirse en costumbre.

—No lo hago adrede —murmuré, apretándome el pecho con la mano. El dolor era profundo; me llegaba hasta los huesos.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Xül enarcando una ceja.

—Como si respirase fuego. —Hice una mueca de dolor y me agité entre las almohadas—. Tengo los pulmones…

—Dañados —concluyó por mí—. Canalizaste más poder del que podía contener tu cuerpo.

Entonces lo recordé: aquella necesidad desesperada de algo más mientras se me acercaban los elementales, el calor abrasador que se había acumulado en mi interior, hasta que pensé que iba a estallar. Las estrellas que respondían a mi llamada, que vertían demasiada luz en mí. Y, después…, nada.

—Estuviste a punto de morir —dijo Xül con naturalidad—. Otra

vez.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —pregunté.

—Tres días. —Cogió un vaso de agua de la mesita de noche y me lo tendió—. Los has pasado en duermevela. Esta es la primera vez que te veo lúcida del todo.

Tres días. Aquello me cayó como una piedra en el estómago. Acepté el vaso con dedos temblorosos. El agua, fresca y aromatizada con menta, me alivió la irritación de la garganta. No me había dado cuenta de la sed que tenía hasta que mis labios rozaron la primera gota.

—Despacio —me advirtió Xül—. A sorbitos.

Obedecí, aunque tuve que hacer acopio de voluntad para no apurar el vaso de un solo trago.

—¿Con qué has soñado? —preguntó al cabo de un momento, con una suavidad desacostumbrada.

Respiré hondo, lo que me provocó una mueca de dolor.

—Con Sulien —susurré.

Xül mantuvo la misma cara, pero percibí cierto cambio en él, como si volcara en mí toda su atención. No me presionó para que continuara; se limitó a esperar.

—Mi padre —aclaré—. Cuando los sacerdotes se presentaron en Cresta Salada —apreté tanto las sábanas que los nudillos se me pusieron blancos—, nos llevaron a Thatcher y a mí. Pero Sulien… —Se me quebró la voz al pronunciar su nombre—. Sulien nos había ocultado todos esos años.

Xül se quedó inmóvil. Nunca le había hablado de lo que ocurrió aquella noche.

—Lo ejecutaron —añadí pese al dolor de decirlo en voz alta—.

Delante de todo el mundo. Delante de nosotros. En castigo por haber dado cobijo a bendecidos.

El recuerdo era tan vívido que casi podía oler el humo de la hoguera, oír las exclamaciones de sorpresa de los aldeanos. Cerré los ojos para ahuyentarlo, pero solo conseguí que se intensificaran las imágenes.

—No se resistió —dije con voz entrecortada—. Se arrodilló a esperar, digno hasta el final. Y sus últimas palabras… —No podía hablar, y tuve que aspirar otra dolorosa bocanada de aire para poder continuar—. Fueron de amor hacia los hijos que le habían costado la vida.

Una lágrima solitaria me rodó mejilla abajo. Me la sequé con un movimiento brusco.

Alcé la vista a Xül, esperando ver indiferencia o, quizá, aquel interés frío y analítico tan propio de él. Pero en lugar de eso encontré una ira descarnada, una oscuridad que parecía atraer las sombras hacia él.

—Los sacerdotes —dijo con peligrosa delicadeza— suelen hacer pasar la crueldad por rectitud.

—Quería morirme —reconocí—. Con lo de Sulien, simplemente… me rendí. Cuando me desperté en aquella celda, deseé que me hubieran matado a mí también. Creo que me habría dejado morir de no haber sido por Thatcher…, porque sabía que me necesitaba.

Xül guardó silencio largo rato, con la mirada perdida más allá de las paredes.

—Los sacerdotes sirven a dioses que olvidaron el significado de la justicia —dijo, cada palabra precisa y contundente.

Me quedé paralizada y dejé escapar todo el aire de los

pulmones. ¿Había oído bien? ¿El príncipe de la muerte condenaba no solo a los sacerdotes, sino también a los propios dioses?

Abrí los ojos como platos mientras lo miraba fijamente, buscando en su rostro cualquier indicio de que lo había entendido mal. Pero su expresión seguía seria, resuelta.

—¿De…? —comencé, pero me interrumpí temerosa de expresar lo que implicaban sus palabras. De pronto, la habitación se me hizo demasiado pequeña, opresiva—. ¿De verdad crees eso?

—Desde luego. —Se inclinó hacia mí—. Pero debo hacerte una advertencia: ten mucho cuidado a la hora de compartir tu dolor, estrellita. —Recuperó el tono contenido—. No todos los que llevan corona merecen tu confianza.

—Ya lo sé —dije en voz baja.

Movió la cabeza en señal de conformidad, y las sombras que lo rodeaban se disiparon poco a poco. Volvió a clavarme los ojos, estudiando mi rostro. Le sostuve la mirada sin disimular todos los pedazos heridos que solía mantener ocultos.

—¿Por qué no llamaste a Miria esta vez, para que me curase? —pregunté al cabo de un momento, cambiando de tema.

—Había ocurrido algo sin precedentes —dijo con precaución—. Que Kavik entrase en mi dominio, sin invitación, para atacar a la discípula que elegí… —Hizo una pausa—. Eso plantea preguntas.

Entonces lo recordé. El extraño comportamiento de Kavik, el vacío antinatural de sus ojos. Su forma de hablar, como una marioneta cuyos hilos moviera otra persona.

—Estaba… muy raro —dije despacio.

—Desde luego —convino Xül—. Aelix y yo hemos estado tratando de entender qué pasó. Kavik puede ser muchas cosas:

impulsivo, temperamental y con frecuencia insufrible… Pero no me cuadra algo como aquello. No es propio de su carácter.

—Mató a su propio competidor —señalé.

—Eso es diferente. —Xül frunció el ceño—. Las Leyendas matan a sus pupilos todo el tiempo. Si un bendecido demuestra ser indigno o se convierte en un lastre, adiós. —Su tono era un recordatorio de la brutal realidad de los Juicios—. Pero ¿presentarse en un dominio en el que no tiene autoridad y atacar a la competidora a la que entrena otra Leyenda? —Negó con la cabeza—. Inaudito.

—Me parece interesante que eligiera ese momento.

—¿Que atacara mientras yo estaba fuera? —Sus labios se arquearon—. Casi como si supieran que yo no iba a estar.

—¿Crees que era así? —pregunté, y presté atención a su rostro.

Entornó aquellos ojos disparejos mientras lo consideraba.

—Es posible. Mucha gente podría haberlo sabido.

—Kavik intentaba matarme. Ni a Marx ni a Aelix; a mí. —Lo miré a los ojos—. ¿Por qué?

Xül se quedó muy quieto, y percibí la verdad en aquella vacilación: no lo sabía. A pesar de todo su poder, de todo su conocimiento, estaba tan perdido como yo. Se movió para acercárseme y noté el cambio de peso en el colchón.

—Kavik ha pasado casi toda su vida consagrado al dominio de Pyros —dijo lentamente—. No entiendo por qué habría podido elegirte como objetivo. ¿Qué ganaría Pyralia con tu muerte?

—Decía lo mismo todo el rato —dije, recordando escenas sueltas del ataque—. Como si no pudiera parar de repetirlo.

—Sí. «La chica es una amenaza. Debe ser eliminada». Una y otra vez, como si…

—Como si le hubieran trastornado la mente —concluí.

Nuestras miradas se cruzaron. Fuera lo que fuese lo que le había pasado a Kavik, no era natural. Algo o alguien lo había condicionado, lo había utilizado como un arma que me apuntaba a mí.

—Cuando llegué —dijo Xül en voz más baja—, ni siquiera se fijó al principio. Solo seguía intentando matarte, a pesar de que yo estaba allí mismo. —Una sombra le cruzó el rostro—. Kavik puede ser temerario, pero no suicida. No se le ocurriría desafiarme en mi propio dominio.

—Así que fue alguien con el poder suficiente para hacérselo olvidar —concluí.

—En efecto.

Se me ocurrió una idea, aunque me daba miedo expresarla en voz alta.

—¿Crees que podría haberlo mandado Olinthar?

Xül frunció el ceño mientras lo consideraba.

—Si Olinthar quisiera eliminarte, habría enviado a los portadores de luz —dijo al cabo de un momento—. Son sus escoltas personales; le guardan lealtad absoluta y son mucho más eficientes.

—A menos que no quisiera que nadie pensara en él —repliqué.

Xül entrecerró los ojos.

—No puedo estar seguro —reconoció—. Pero Pyralia suele mantener la neutralidad en lo relativo a los asuntos divinos. Nunca se mete en maquinaciones políticas. —Sacudió la cabeza—. No se me ocurre cómo podría convencerla Olinthar para que participase en algo así sin revelar por qué quería verte muerta, y los dos sabemos que eso es improbable.

—¿Qué ha sido de él? —pregunté—. De Kavik, quiero decir.

Una sombra fugaz cruzó el rostro de Xül.

—Murió.

—¿Lo mataste tú? —susurré.

—Cuando llegué y lo vi rodeándote el cuello con las manos… —Hizo una pausa; se le contraía un músculo de la mandíbula—. Los muertos lo despedazaron.

—No recuerdo gran cosa —reconocí—. Solo el frío y la aparición de las almas, y luego… todo se quedó oscuro.

—Kavik era una Leyenda —dijo Xül en voz baja, cargada de tensión—. Su ausencia no es algo que vaya a pasar desapercibido. Cuando Pyralia descubra que una de sus Leyendas ya no está… —Dejó la frase flotando en el aire y su expresión se ensombreció.

—Crees que habrá consecuencias —conjeturé.

—Lo sé —corrigió—. La pregunta es qué forma cobrarán y quién las sufrirá. Aún no sabemos qué ocurre —continuó, suavizando el tono—; pero, de momento, debemos guardar el secreto. Si Pyralia envió a Kavik y ve que no regresa…

—Entonces —deduje—, hay poca gente que sepa lo que pasó aquí.

—Sí. Si nos quedamos callados, probablemente averiguaremos más que si exigimos respuestas. Quiero ver cómo evoluciona esto, quiénes reaccionan y quiénes no. —Sus ojos se encontraron con los míos, inquisitivos—. ¿Puedo confiar en que esto quede entre nosotros?

—Claro —dije sin dudarlo.

—Gracias —murmuró.

—¿Y qué hacemos mientras tanto?

—Mientras tanto —repitió—, no volveré a dejarte. Te lo prometo.

Aquellas palabras me despertaron en el pecho una sensación de calidez, algo peligrosamente parecido a la confianza. La reprimí para centrarme en los asuntos prácticos.

—¿Por qué pasaste tanto tiempo en la ciudad? —pregunté tratando de usar un tono desenfadado.

Xül vaciló y después se puso en pie.

—No estaba en la ciudad, estrellita —dijo en voz baja—. Al menos, los últimos días.

—Entonces ¿dónde estabas?

—En Verdara —dijo al cabo de un rato, de espaldas a mí—. Con mi padre.

Verdara. El dominio de Davina. Xül dejó escapar un suspiro casi inaudible.

—Y con Nyvora —añadió, y dejó que el nombre flotara en el aire.

Intenté hacer caso omiso de la punzada que sentí ante la mención de la bella diosa que había manifestado a las claras su interés por Xül en el banquete. Era una tontería sentir aquellos celos infundados e injustificados. No tenía ningún derecho sobre él; ningún derecho a sentir nada en relación con sus compañías.

—¿Por qué? —pregunté con tono neutro a pesar del nudo en la garganta.

Cuando por fin habló, su voz sonó monocorde, resignada.

—Mi padre ha tomado una decisión —dijo midiendo cuidadosamente cada palabra—. Sobre mi matrimonio.

—Así que va a ser ella…, Nyvora —susurré, y odié a mi voz por traicionarme y quebrarse al pronunciar su nombre.

Asintió una vez, con un movimiento brusco y tenso.

—No sé cuándo, pero sí. En algún momento. Estuvimos en

Verdara pactando las condiciones.

Un dolor punzante me oprimió el pecho. Era un dolor irracional que no tenía derecho a sentir. Intenté mantenerme inexpresiva, pero debí de fracasar, porque Xül frunció el ceño.

—Eso está mal. —No pretendía hablar con tanta dureza, pero lo hecho, hecho estaba—. No tienes por qué casarte con ella después de lo que te hizo, después de cómo te trató.

Xül se giró hacia mí.

—Hay cosas que no entiendes, Thais. —Apretó la mandíbula—. Tengo que obedecer. No existe otra opción.

—Podrías plantar cara a tu padre —repliqué, enderezándome a pesar del dolor. La sábana cayó y dejó al aire la camisa negra de Xül que me cubría el cuerpo—. Decirle que no piensas seguir adelante con eso.

—¿Plantarle cara? —Soltó una risa entre amarga e irritada. Su poder latía a su alrededor, un aura de oscuridad que alargaba y retorcía las sombras de la estancia—. Eso está fuera de lugar —añadió en un susurro cargado de peligro—. Lo hago para ayudar a mi padre, porque así tiene que ser. Es mi deber para con mi familia, para con mi dominio. Para con el futuro de Voldaris.

Me lo quedé mirando, sin dejarme intimidar.

—¿Así que vas a casarte con alguien a quien no amas? ¿Con alguien que te ha hecho daño?

Dio un paso atrás y, por un momento, la ira pareció abandonarlo, sustituida por un vacío.

—El amor nunca ha tenido nada que ver, Thais —dijo—. No es posible para alguien como yo. —Dejó vagar la mirada por el escarlata de más allá de la ventana—. Siempre he sabido que

tendría un matrimonio sin amor. Lo acepté hace mucho. —Volvió a mirarme—. Por eso no me permito establecer vínculos que puedan hacerse más profundos. No tiene sentido que me exponga a esa vulnerabilidad cuando sé cómo acaba la historia.

Su tono hizo que me preguntase si hablaba por experiencia, si alguien, alguna vez, había traspasado esos muros.

—Eso suena… solitario —dije en voz baja.

Una sonrisita se dibujó en sus labios.

—Te acostumbras.

Pero pude ver en sus ojos que no era así, no del todo. Detrás de la fría máscara del príncipe de la muerte había alguien que se había pasado la vida manteniendo las distancias con todo el mundo.

—Lo que yo quiera es irrelevante. —Sus ojos se cruzaron con los míos y capté una expresión fugaz, demasiado como para identificarla, que desapareció antes de que llegara a entenderla—. Desde siempre.

Me negaba a amilanarme ante sus palabras. Caían demasiado cerca de los pensamientos que había estado intentando ahuyentar desde lo ocurrido en la costa, de la calidez traicionera que me invadía cuando recordaba la presión de su boca contra la mía, la forma en que mi poder se había disparado en respuesta a su contacto. Desde entonces me esforzaba por relegar aquellos recuerdos a los rincones más oscuros de mi mente. Para él, aquel beso había sido un medio para alcanzar un fin. No significaba nada; no podía significar nada. Sin embargo, yo no conseguía apartarlo de la memoria.

Forcé un asentimiento y desvié la vista. Su mirada era demasiado… intensa. Demasiado perspicaz. Y, en aquel momento,

me aterrorizaba que pudiera leerme el pensamiento.

—Pero, en cualquier caso —dijo al fin, pronunciando cada palabra muy despacio—, tendrás todo mi apoyo. Te ayudaré a superar los Juicios, Thais. —Hizo una pausa y añadió—: Eso te lo puedo prometer.

Alargué la mano sin saber muy bien por qué, y él la cogió con la suya. Sentía la frialdad de su piel, los dedos que envolvían los míos. Me pasó el pulgar por los nudillos. Por algún motivo, ese simple contacto me provocó un nudo en la garganta.

—Descansa —dijo, y me soltó la mano.

Lo miré mientras se dirigía a la puerta, con los hombros muy firmes en esa postura perfecta y regia que no delataba nada.

—Xül —dije justo cuando llegaba al umbral.

Se detuvo sin volverse.

—Gracias —dije en voz baja—. Por salvarme la vida. Otra vez.

Volvió la cabeza hacia mí y, por un instante, su expresión se suavizó. Percibí en su rostro una ligera relajación alrededor de los ojos, una sutil curva en los labios.

—Puedes contar con ello, estrellita —respondió, y el apelativo hizo que una calidez inesperada me recorriera el cuerpo—. Siempre.

CAPÍTULO 39
ECOS DE LOS OLVIDADOS

Cuando desperté, el dormitorio estaba vacío y silencioso. En el otro lado de la cama, la manta estaba movida, echada hacia abajo como si alguien se hubiera levantado sin hacer ruido. Me sorprendió. ¿Qué significaba eso? ¿Él había dormido ahí, a mi lado?

El amanecer se empezaba a filtrar por los altos ventanales y pintaba la habitación con una luz pálida, bajo la cual el mobiliario oscuro no parecía tan imponente.

Me quedé inmóvil unos instantes mientras catalogaba las sensaciones de mi cuerpo. La quemazón de los pulmones se había reducido a un dolor sordo. Tenía la garganta irritada, pero nada más. La fiebre que me había consumido los últimos días por fin había remitido, así que, aunque estaba agotada, al menos tenía la mente despejada.

Me senté en el borde de la cama y probé cómo me respondían las piernas. Cuando me levanté temblaron un poco, pero aguantaron mi peso. En una silla cercana había una bata de seda; negra, por supuesto, bordada con hilos de plata. Me la puse sobre la camisa de

Xül.

Me acerqué a la ventana y contemplé el paisaje sombrío de Draknavor. El cielo de color sangre empezaba a iluminarse y dejaba entrever las formas retorcidas del bosque y de la costa oscura que había más allá. Era hermoso, a su manera; severo, pero no escondía su naturaleza.

¿Dónde estaría Xül? ¿Lo habrían vuelto a llamar a la Ciudad Eterna? ¿Alguna crisis divina que requería la atención del príncipe de la muerte? ¿O se había hartado de hacer de enfermero?

Al intentar abrir la puerta descubrí que estaba cerrada con llave.

—Tiene que ser una broma —murmuré. Sacudí el tirador.

Me arrodillé, me saqué del pelo una larga horquilla y la doblé para darle la forma que necesitaba. El cerrojo se rindió con un clic muy satisfactorio, y yo me permití una sonrisita de triunfo. «Chúpate esa, príncipe de la muerte».

El pasillo estaba vacío y silencioso, excepto por el suave susurro de la corriente de aire que parecía traspasar la Aguja de Hueso. Caminé descalza, siguiendo la ruta que había memorizado durante mis exploraciones. A aquella hora del día, la fortaleza siempre estaba muy tranquila.

Un delgado haz de luz que salía de una puerta, en el centro del corredor oriental, me atrajo como un faro. La puerta del estudio de Xül estaba entreabierta y derramaba una luz cálida y ambarina en el pasillo.

Xül, de pie, me daba la espalda y examinaba algo que sostenía con sumo cuidado entre los largos dedos. Parecía una astilla de cristal, como las que había en las ruinas. Al verla, los recuerdos de aquel día me volvieron a la mente: el antiguo campo de batalla, los

restos de una guerra que había enfrentado a seres incomprensibles. Las preguntas que entonces había sido demasiado precavida para formular seguían clavadas en mi cerebro.

Su confesión sobre los sacerdotes me hizo sentirme osada.

Al entrar en la sala procuré hacer ruido para anunciar mi presencia, aunque sospechaba que él sabía desde el principio que yo estaba allí.

—Te has levantado temprano. —Me esforcé por mantener un tono tranquilo y mesurado.

Xül no se volvió, pero vi el ligero movimiento de sus hombros cuando hizo una profunda inspiración.

—Los inmortales no necesitamos mucho sueño.

—Qué buena excusa.

Esa respuesta me granjeó una mirada por encima del hombro y una ceja enarcada.

—Veo que ya te encuentras mejor. Desde luego, has recobrado por completo tu carácter habitual.

Me adentré más en el estudio, atraída por el cristal que sostenía en la mano.

—¿Qué es eso?

—Arcanita —respondió. La hizo girar para que la luz se reflejara en sus facetas.

Vacilé, sopesando los riesgos de mi siguiente pregunta. Días atrás, Xül había compartido conmigo una verdad peligrosa. Ahora lo iba a presionar para conseguir más información.

—Las ruinas aquellas que visitamos —empecé mientras estudiaba su rostro con atención—. ¿Qué pasó para que Moros y Vivros fueran los únicos que quedaban? Me mostraste el campo de

batalla donde pelearon, pero ¿qué había ocurrido antes?

Dejó el cristal en el escritorio y por fin se volvió hacia mí. Mostraba una ligera expresión de sorpresa, bien por la pregunta, bien por mi atrevimiento al formularla.

—La Ruptura —dijo como tanteando las palabras—. Es un tema peligroso, estrellita.

—Tratándose de mí, diría que es una progresión natural. —Me encogí de hombros y me apoyé a un lado del escritorio.

Hizo una mueca, pero me pareció más de curiosidad que de burla.

—Supongo que tienes razón.

Sus ojos se demoraron un instante más sobre mí; luego se dirigió a un cofre que había junto a la pared más lejana y lo abrió con una llave que se sacó de un bolsillo del abrigo. Del interior extrajo una caja redonda, rajada y manchada.

—Al principio había trece Primigenios —siguió. Con todo cuidado sacó de la caja un rollo de pergamino amarillento—. Existían en un estado de perfecto equilibrio. Hasta que se rompió, claro.

Desenrolló el pergamino en la mesa; contenía diagramas y textos en una lengua que yo no había visto nunca. En el centro había una ilustración que representaba trece símbolos interconectados, dispuestos en un círculo perfecto.

—La Ruptura no fue una única batalla. —Xül bajó la voz al decirlo—. Fue una muerte lenta. Una decadencia que se demoró durante siglos.

—Suena apasionante.

—Para algunos sí. —Ladeó la cabeza y me observó—. Para otros es algo que desean olvidar.

—Me siento intrigada. Continúa, por favor.

Xül recorrió con la mano las delicadas líneas del pergamino.

—Esta mañana estás muy amable —se burló.

—Eso es porque todavía no me has cabreado —respondí con una dulce sonrisa.

—Es importante comprender las dinámicas entre los Primigenios para entender todo lo que ocurrió después.

—Soy toda oídos. —Me mordí el labio.

—Aunque la mayoría de los Primigenios vivían en comunidad, Moros y Vivros se habían apartado del colectivo mucho tiempo atrás. Moros acechaba en las sombras. Vivros… —Hizo una pausa—. Bueno, los textos no apuntan a que habitase en ningún sitio en concreto. No lograban encontrarlo, así que dejaron de buscarlo.

—¿Por qué se apartaron de los demás?

—A Vivros nunca le interesó gobernar ni formar parte de algo más grande que él. Prefería el aislamiento. —Xül se apoyó en el escritorio—. Al menos, eso es lo que he podido deducir.

—¿Y Moros?

Xül sacudió la cabeza e inspiró hondo.

—Moros era el más débil de todos los Primigenios. —Señaló un símbolo que parecía más oscuro que los otros que lo rodeaban, un círculo dividido por una grieta—. No se aisló porque lo prefiriese; es solo que entre las sombras es más fácil llevar a cabo actos oscuros. Tenía sed de poder, de fuerza. Un hambre que no lograba saciar.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Sabes que era lo que Moros consumía con mayor voracidad, estrellita? —Al preguntarlo me miró a los ojos.

Negué con un gesto, incapaz de apartar la vista de su mirada

penetrante.

—Recuerdos —explicó—. La mismísima esencia de la experiencia, de la identidad. Del yo.

—¿Recuerdos? —repetí, no muy segura de entenderlo—. ¿Se… alimentaba de ellos?

—Igual que tú harías con el pan y el vino —confirmó Xül—. Pero para Moros no se trataba de sustento, sino de poder. Cuanto más consumía, más grande se hacía.

Señaló diversas zonas del pergamino, en las que los símbolos parecían dispuestos según una jerarquía.

—Con el paso de los siglos —prosiguió—, Moros se alimentó de los recuerdos de los otros Primigenios. Al principio fue tan sutil que no se dieron cuenta. Un momento perdido aquí, un recuerdo borroso allá. Cuando por fin lo comprendieron, ya era tarde: sus mentes estaban medio devoradas y sus poderes se habían reducido a medida que olvidaban lo que habían sido.

—Quería ser el único —comprendí, sin aliento—. Consumirlo todo hasta que no quedase nada que pudiera hacerle frente.

—Eso es. Y los Primigenios, debilitados, recurrieron a sus descendientes en busca de ayuda. Pero fue un error de cálculo. —El pergamino mostraba unos símbolos más pequeños que rodeaban los trece originales—. Los Doce vieron una oportunidad donde sus creadores solo veían un modo de salvarse. Así que atacaron…, no a Moros, sino a los demás Primigenios.

Me lo quedé mirando con la boca seca.

—¿Quieres decir que… los Doce los mataron? —Solo decirlo en voz alta parecía imposible, y aun así, las palabras salieron de mis labios.

—Fue una guerra devastadora que desafía cualquier intento de comprensión —explicó Xül en voz baja pero nítida—. Aún hoy, milenios más tarde, las consecuencias de esa traición hacen temblar el cosmos.

—Dioses —fue cuanto acerté a decir.

—La mayoría de ellos cayeron —siguió mientras enrollaba el pergamino con todo cuidado—, pero hubo dos excepciones: Moros y Vivros.

—Excepciones —repetí.

—Hermanos, según algunas leyendas —añadió Xül—. Nacidos del mismo fenómeno cósmico.

—Entonces, cuando los Doce se revolvieron contra los Primigenios…

—Vivros no estaba presente, y a Moros le dio igual. Puede que incluso contase con ello. —Una fría sonrisa—. Vivros no se enteró de esa matanza hasta más tarde. Pero, al saltar en pedazos el equilibrio cósmico, Moros volvió el hambre hacia su hermano, la última fuente de poder primigenio que le quedaba por consumir.

—Así que Vivros salió de su aislamiento para enfrentarse a él —comprendí.

—No por decisión propia. Moros forzó ese enfrentamiento. Era más fuerte que nunca.

—Pero, al final, Vivros mató a Moros.

—Sí. Y se convirtió en el último Primigenio vivo, hasta que los Doce decidieron que era hora de terminar lo que habían empezado y cayeron sobre él cuando aún estaba débil. —Xül se detuvo y, ladeando la cabeza, paseó la mirada por toda la habitación—. Tenían que darse prisa, supongo. Se decía que ni siquiera todos los

descendientes actuando en concierto podrían derrotarlo, así que los Doce no podían desaprovechar la ventaja que les daba aquella oportunidad.

Me llamó la atención su elección de palabras.

—¿«Todos los descendientes»? —pregunté—. ¿Te refieres a los aesymar?

Hubo un destello de sorpresa en los ojos de Xül, ya fuese por mi perspicacia o por el desliz que había cometido; no lo supe con certeza. Abrió un cajón del escritorio y sacó otro pergamino, atado en este caso con cordeles de cuatro colores: oro, plata, negro y un extraño verdeazulado.

—Los aesymar, tal como tú los conoces —bajó aún más la voz—, no fueron los únicos seres divinos que se alzaron contra los Primigenios durante la Ruptura.

Desplegó el pergamino para mostrar un mapa que no se parecía a ninguno que hubiera visto jamás; no representaba la tierra ni el mar, sino reinos conectados por caminos que formaban una compleja red. Cuatro mundos distintos, cada uno dibujado con los colores de un cordel, dispuestos como los pétalos de una flor de cuatro hojas.

—Antes de que empezasen a caer Primigenios, existían en armonía cuatro panteones, todos ellos descendientes de los Primigenios en sus diversos aspectos. —Trazó con los dedos la sección dorada—. Los aesymar. —Luego, la plateada—. Los esprithe. —La verdeazulada—. Los ehlistrea. —Por fin, la sección negra—. Y los vaerhuun.

Me incliné para mirar.

—Cada grupo gobernaba su propio reino mortal, según su

naturaleza —continuó Xül—. Los aesymar, con orden y jerarquía; los esprithe, con armonía y equilibrio; los ehlistrea, con pasión y transformación. —El dedo se demoró sobre la sección negra del mapa—. Y, los vaerhuun, con miedo y dominación.

Clavé los ojos en aquel cuadrante sombrío.

—Los vaerhuun parecen gente maja, como para irse de fiesta con ellos.

—No lo recomendaría —respondió Xül—. Aunque todos los panteones descendían de diversos Primigenios, los vaerhuun compartían la afinidad de Moros por los aspectos más oscuros de la existencia.

—¿Y todos ellos se pusieron de acuerdo para atacar a los Primigenios?

—Los cuatro panteones se unieron, sí —confirmó Xül—. Pese a sus diferencias, tenían en común la sed de poder. Supongo que los vaerhuun participaron porque Moros no era el objetivo de aquel golpe de Estado.

Contemplé el mapa y los cuatro reinos conectados por aquellos caminos.

—Pero ahora solo quedan los aesymar —comenté pensativa—. ¿Qué les pasó a los otros?

Xül carraspeó.

—Cuando los Primigenios murieron, algo… se rompió. Los mismos cimientos de la realidad se quebraron. Después, durante la confrontación final entre Moros y Vivros, los caminos que conectaban los reinos se destruyeron. —Siguió con el dedo una de aquellas líneas—. Hay quienes creen que el cataclismo acabó con los otros panteones. Otros —añadió en voz baja— piensan que están a

la deriva en el Abismo, a la espera de ser encontrados.

—¿El Abismo?

—El tejido de la nada que se extiende más allá de los reinos de Elaren y Voldaris. Absolutamente inaccesible.

Guardó silencio. Yo me había aferrado al borde del escritorio para equilibrarme mientras sopesaba las consecuencias de lo que me había revelado. Los dioses a los que me habían enseñado a temer habían ascendido gracias a la traición y al oportunismo, no al derecho divino. Y su ambición había hecho trizas el universo.

—¿Cómo sabes todo esto? —le pregunté.

—Mi padre tiene una amplia colección de textos de esa época. Ya has visto la biblioteca. Nunca me impidió acceder a ese conocimiento; solo me explicó las consecuencias de poseerlo.

—¿Y por qué me lo cuentas? —pregunté por fin. Lo miré a los ojos—. Supongo que saber todas esas cosas se considerará traición.

—Míralo como un gesto de confianza.

—¿Confianza en qué, en concreto?

—En tu capacidad para comprender las consecuencias mejor que la mayoría de la gente. —Se puso a reorganizar con cuidado las cosas desperdigadas sobre el escritorio—. A muchos candidatos a la ascensión solo se les enseña lo que deben saber; lo suficiente para que puedan desenvolverse en el reino divino, pero no tanto como para que lleguen a cuestionárselo.

Xül tanteaba los límites, los ponía a prueba.

—Los aesymar no suelen explicar su origen ni el derrocamiento de los Primigenios —concluí.

—Los aesymar quieren que el recuerdo de los Primigenios desaparezca por completo. —Su voz estaba cargada de cinismo—.

Quieren reescribir la historia para dar a entender que ellos siempre estuvieron ahí, inmutables, todopoderosos.

—Una narrativa muy conveniente.

—Como casi todas las mitologías. —Sonrió—. La verdad está enterrada en lugares como aquellas ruinas, en textos como estos, fuera del alcance tanto de los mortales como de otros seres divinos.

Deslicé las manos por el borde del escritorio.

—¿Por qué están tan decididos a mantener todo eso en secreto?

Un destello de aviso en sus ojos me recordó que, aunque ahora fuésemos aliados, Xül seguía siendo el príncipe de Draknavor y el heredero de la propia muerte.

—Los aesymar temen lo mismo que todos los gobernantes: que alguien averigüe que su poder no es absoluto ni eterno. Que ellos mismos ascendieron y, por tanto, en teoría se los podría remplazar. —Calló y me observó—. Piensa en lo que podría pasar si los mortales comprendieran que la divinidad no es un estado inherente, sino algo que puede alcanzarse. O robarse.

Le clavé una mirada en la que ardía una súbita comprensión.

—Los Juicios son una herramienta de contención —dije; ni siquiera me molesté en formularlo como una pregunta—. Y siempre lo han sido.

—Muchos competidores se aferran al espejismo de la benevolencia divina —dijo con un tono tan serio como el que yo había usado.

Se me escapó un suspiro de amargura sin que pudiera contenerlo.

—Sé desde hace mucho tiempo que no ascienden a los mortales por generosidad —comenté. Las palabras brotaron de mis labios

como un oscuro secreto—. Es porque la alternativa les parece peor. Los poderes divinos se filtran en Elaren, tanto si ellos quieren como si no. Es mejor reunir a quienes los manifiestan, y controlarlos, que permitir que unos rivales en potencia se desarrollen sin que ellos lo sepan.

—Y más aún —añadió Xül en voz baja—, porque muchos aesymar carecen de auténticos dones. Imagínate su terror: inmortales pero indefensos, aparte de sus sentidos y fuerza extraordinarios…, mientras ven a algunos mortales manifestar los poderes que a ellos les faltan.

—Y, a los que no pueden controlar, los eliminan antes de que se conviertan en amenazas. Cada competidor que muere en los Juicios no es más que otro cabo suelto del que se han deshecho. Otro usurpador en potencia neutralizado.

Siempre había tenido clara la economía brutal que subyacía en todo el asunto. Me había criado a la sombra de esa comprensión, la había inhalado con el temor de mi padre y la había exhalado con mi propia reserva cautelosa.

Lo que me sorprendía no era esa revelación, sino la audacia de hacerlo a semejante escala. Que el reino divino hubiera mantenido ese dominio de modo sistemático a lo largo de los eones.

—Y los mortales no se dan cuenta —seguí con renovada cólera —. Generación tras generación, adoramos a los seres que nos sacrifican. Nos venden los Juicios como una bendición divina, cuando en realidad no son más que… control de plagas.

A Xül le brillaban los ojos.

—El mayor triunfo de los aesymar fue convencer a los mortales para que venerasen el sistema diseñado para mantenerlos en su

lugar.

La comprensión nos unía en aquel momento. Ver que uno de ellos me daba la razón, oírlo confirmar lo que nunca habían sido más que sospechas y conjeturas, encendió un fuego muy peligroso en mi sangre.

Él desvió la vista antes que yo, e interrumpió aquel momento.

—Va a salir el sol. La Aguja de Hueso despertará pronto.

En efecto, la luz había cambiado y la plata del amanecer daba paso a los tonos escarlata de las primeras horas del día.

—Debería irme. —Me encaminé a la puerta—. Antes de que alguien se dé cuenta de que he forzado la cerradura.

Un atisbo de asombro le cruzó las facciones.

—Ah, así es como te escapas. Tendría que haberlo sabido.

—No deberías haberme encerrado —repliqué.

—Quería asegurarme de que descansabas. —No había ni rastro de disculpa en su voz.

—Sabia decisión. —Imité su tono con un esbozo de sonrisa.

—Thais…

—¿Qué?

—Lo que has averiguado hoy… no puede salir de esta habitación —dijo con la más absoluta seriedad—. En Voldaris hay oídos por todas partes. Y yo diría que, a estas alturas, ya te has pintado una diana enorme en la espalda.

Asentí porque comprendía el aviso que se escondía tras sus palabras.

CAPÍTULO 40
BAILANDO CON LA MUERTE

La luz del sol naciente se derramaba por los altos ventanales y teñía el comedor de tonos sanguíneos. Picoteé las diversas frutas exóticas de mi plato, sin saborear ninguna en realidad. Xül ocupaba la silla contigua.

No sabía muy bien cuándo había empezado a sentarse a mi lado en vez de al otro lado de la mesa. Quizá fuese su forma silenciosa de no apartarse de mí a raíz del ataque de Kavik. Sin pensarlo, me llevé la mano a la garganta; aunque por fin se habían desvanecido los moratones, su recuerdo seguía fresco.

Si Xül no hubiera llegado en aquel momento… Me estremecí. Alguien se había hecho con el control de una Leyenda y la había obligado a intentar matarme. Y ese alguien seguía en algún sitio, puede que planeando su próximo intento.

—Deberías probar la azul —dijo señalando con la cabeza una fruta celeste de mi plato—. Es más dulce de lo que parece.

La pinché con el tenedor e inspeccioné su extraña pulpa.

—Parece venenosa.

—Si quisiera envenenarte, sería mucho más sutil —respondió con sequedad.

Puse los ojos en blanco, pero probé un bocado y la explosión de dulzor me pilló por sorpresa.

—Está buena.

Un sirviente se materializó junto a Xül y le acercó una bandeja de plata con un sobre lacrado. El papel era de un lavanda claro con ribetes de plata, y el lacre formaba un intrincado dibujo de lunas entrelazadas.

La expresión de Xül se ensombreció cuando, tras romper el sello, recorrió con los ojos la fluida caligrafía.

—Fantástico —murmuró rebosante de sarcasmo.

—¿Qué pasa?

—Nos dan más tiempo para prepararnos para estos acontecimientos frívolos que para los Juicios —dijo, y me entregó la invitación.

La escritura plateada brillaba en la página:

> La divina Syrena, aesymar de las ilusiones y los deseos, solicita que la honréis con vuestra presencia en el Baile de la Medianoche, que se celebra para los afortunados competidores que han sobrevivido a los dos primeros Juicios. Todas las Leyendas y divinidades de la posición adecuada serán bienvenidos. Tendrá lugar dentro de tres noches, en el Palacio de Cristal de Lunadaire. La asistencia es obligatoria para todos los mentores y sus pupilos.

—¿Un baile? —Levanté la vista y vi que Xül había adoptado un cuidadoso semblante inexpresivo.

—Más bien una evaluación elaborada —dijo, y bebió un trago de su copa.

—Maravilloso —murmuré—. Así que me van a exhibir como si

fuera una vaca.

—Más o menos —convino, sin tomarse la molestia de suavizar la verdad—. Aunque con ropa bastante más cara.

Dejé la invitación en la mesa.

—¿Y a efectos prácticos?

—Conversación. Baile. Surcar las aguas infestadas de tiburones de la política divina sin que te maten. —Dejó la copa en la mesa—. Por cierto, vas a tener que aprender a bailar.

—Sé bailar.

—No. Los bailes de la corte son muy exactos y formales. Tienen reglas, pasos…

—Y supongo que piensas enseñarme —dije apartando el plato.

—Desde luego —respondió con aquella arrogancia aristocrática que me sacaba de quicio.

—Y también supongo que deberíamos empezar con las clases cuanto antes —dije levantándome de la mesa—. No me gustaría dejarte en mal lugar ante tus ilustres compañeros.

Entrecerró un poco los ojos al oír mi tono, pero asintió y se puso en pie.

—Podemos usar el salón de baile del ala este.

Lo seguí por el laberinto de pasillos. Con cada paso que daba hacia el interior de aquel palacio tenía la impresión de estar alejándome de la persona que había sido. La Thais de Cresta Salada no reconocería a la mujer en que me había convertido, alguien que caminaba junto a la muerte sin inmutarse, que había sobrevivido a dos Juicios brutales, que sentía crecer su poder a cada día que pasaba. Aquella transformación, ¿era libertad o corrupción? ¿Estaba encontrando mi verdadero yo o perdiéndolo por completo? ¿Y por

qué me resultaba tan natural seguir a Xül, confiar en él, cuando todos los instintos que había cultivado durante años de supervivencia me gritaban que era el ser más peligroso con el que me había topado jamás?

Se detuvo ante una puerta doble y la abrió, para revelar un espacioso salón con suelos de piedra pulida y paredes cubiertas de espejos. El alto techo formaba una bóveda decorada con intrincados frescos.

—¿Toda esta habitación es solo para bailar? —pregunté, incapaz de ocultar la ironía.

—En realidad es uno de los salones de baile más pequeños. —Se quitó la chaqueta y la colgó de una silla cercana; después se remangó la camisa, descubriendo los músculos marcados de sus antebrazos—. El de la Ciudad Eterna tiene capacidad para trescientas parejas.

Sacudí la cabeza, aún esforzándome por procesar semejante nivel de lujo.

—Toda nuestra casa de Cresta Salada cabría en esta sala. Cuando queríamos bailar, poníamos los muebles contra las paredes para hacer sitio.

—Enséñamelo —dijo de pronto.

—¿Qué?

—Enséñame cómo se baila en Cresta Salada. —En su expresión había verdadera curiosidad.

Me eché a reír.

—¿Aquí? ¿Ahora? No tenemos música.

—Imagínatela —sugirió mirándome con intensidad.

Cerré los ojos y pensé en la celebración de la Última Luz. Desde

entonces, antes de que cambiase todo, no había bailado desenfadada. Casi podía oír el violín, el golpeteo de los pies contra la tierra compactada.

Empecé a moverme, dejando que mi cuerpo recordara los ritmos de mi hogar. Me puse a dar vueltas con los brazos extendidos, sintiendo el tirón del pelo que giraba a mi alrededor.

Cuando abrí los ojos, Xül me observaba con una cara que iba más allá de las expresiones calculadora o divertida habituales.

—Eso no es un baile —dijo al fin, aunque no había juicio en su tono—. Eso es libertad.

Me quedé inmóvil, de pronto consciente de la impresión que debía de darle.

—No me servirá de gran cosa en la fiesta de Syrena, ¿verdad?

—No —convino, acercándose—. Para eso solo tienes que aprender un baile.

Se colocó frente a mí con el brazo extendido. Apoyé la mano en la suya, intentando no fijarme en la calidez que me invadía el cuerpo con el contacto. Me posó la otra mano en la cintura, firme pero sin apretar.

—Ponme la mano en el hombro —me indicó.

Obedecí, muy consciente de la firmeza del músculo bajo la palma.

—Ahora, sígueme. Tres pasos, pausa; tres pasos, pausa.

Empezó a girar, guiándome, pero casi de inmediato me enredé con sus pies.

—Lo siento —dije entre dientes mientras crecía la frustración.

—Vuelve a intentarlo —dijo con una paciencia que me sorprendió —. Con la espalda recta y mirando un poco hacia arriba.

Clavé los ojos en los suyos y volvimos a empezar. En aquella ocasión conseguí dar varios pasos antes de trastabillar.

—Mejor —murmuró—. Concéntrate en mí, no en los pies. El cuerpo sigue a los ojos.

Alcé la vista y caí presa de su mirada dispareja. Antes me inquietaba el contraste, pero ahora me resultaba extrañamente hipnótico.

—¿Qué fue lo primero que robaste? —preguntó de repente.

Me pilló tan desprevenida que estuve a punto de volver a tropezar.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. —Había un deje de diversión en su voz—. Siento curiosidad.

Lo miré entornando los ojos.

—¿Qué te hace pensar que he robado algo alguna vez?

—Eres bastante buena cerrajera —dijo con suavidad—. Nadie adquiere esas habilidades si no es por algo.

—Un cuchillo de pescador —reconocí sonrojándome—. A los once años. Tenía tallado en el mango un delfín en pleno salto. —Me concentré en los pasos de baile mientras dejaba vagar el recuerdo—. El pescador trataba muy mal a sus hijos. Los golpeaba con el cinturón cuando no limpiaban la pesca lo bastante rápido.

—Entonces ¿fue por venganza?

—No del todo. —Me encogí de hombros—. Solo quería que supiera lo que era perder algo que valoraba.

—¿Funcionó? ¿Cambió?

—No —respondí—. En todo caso, empeoró. Por aquella época no entendía que algunas personas… rompen otras cosas cuando están

rotas.

Xül me guio en un giro, sujetándome la cintura con firmeza.

—Así que eso te enseñó una lección.

—Supongo. ¿Y tú? ¿Cuál fue la primera regla que rompiste?

En sus labios apareció un atisbo de sonrisa.

—¿Quién dice que haya roto alguna regla?

—Por favor —le dije sin apartar la vista.

Se quedó pensándolo un momento.

—Tenía siete años. Había una sección de la biblioteca a la que me habían vedado el acceso hasta que fuera mayor.

—A ver si lo adivino —dije—. Encontraste la manera de entrar.

—Por supuesto. Me pasé meses observando las pautas de los guardias, averiguando qué libros pedían los eruditos, trazando un plano de la distribución a partir de lo que veía por la puerta…

—Todo eso, ¿solo para leer unos libros?

—El conocimiento prohibido siempre es el más tentador —dijo—. Al final descubrí un pasadizo secreto: un túnel de mantenimiento.

—¿Qué encontraste?

—Decepción, sobre todo —confesó—. Casi todos los textos «prohibidos» eran tediosas historias políticas y registros diplomáticos. Aunque había un estante de poesía amorosa que me resultó instructivo en otros sentidos.

No pude evitar reírme ante la imagen de Xül como un niño serio que se escabullía para leer poemas.

—¿Te pillaron?

—Al cabo de un tiempo —dijo—. Pero para entonces ya había memorizado los versos más explícitos. Mi tutor se escandalizó cuando le recité algunos durante una clase.

—Me lo figuro. —Ya me resultaba más fácil dejarme guiar—. ¿Te castigaron?

—Tres días de aislamiento —dijo con naturalidad—. Consideré que había valido la pena.

Mientras bailábamos, Xül movió un poco la mano para acercarme más.

—Esta parte requiere más precisión —me dijo—. Y confianza.

—La confianza escasea hoy en día.

—Es cierto —convino—. Cuéntame algo que nunca le hayas contado a nadie.

—¿Por qué? —pregunté mirándolo con curiosidad.

—Porque es más fácil revelar secretos a alguien a quien no se está mirando. —Sin dejar de rodearme la cintura con un brazo, me hizo girar de tal modo que mi espalda quedó apoyada en su pecho. Casi me rozaba la oreja con los labios mientras hablaba—. Y porque quiero saberlo.

—Una vez casi estuve a punto de escaparme —confesé en voz baja—. Cuando tenía dieciséis años.

No perdió el paso, pero percibí un sutil cambio en su atención, un nuevo enfoque.

—¿De Cresta Salada?

—Sí. Lo tenía todo planeado. Había ahorrado el dinero de los trabajillos que hacía en el pueblo de vez en cuando, tenía hecho el equipaje con lo imprescindible y ya sabía qué ruta iba a seguir hacia el interior. —De pronto reviví el recuerdo con toda nitidez: la necesidad desesperada de huir cuando mis poderes se manifestaron —. Iba a marcharme la noche de la cosecha de otoño.

—¿Qué te detuvo?

Tragué saliva mientras rememoraba aquella noche.

—Thatcher se puso muy enfermo. Contrajo unas fiebres que el curandero del pueblo no conseguía curarle. No podía dejarlo cuando quizá… —Dejé la frase en el aire—. Al final se recuperó; pero, para entonces, algo había cambiado. Me di cuenta de que no podía abandonar por las buenas a mis seres queridos.

—Te quedaste por sentido del deber —observó Xül—. Incluso entonces.

—Por amor —corregí—. Me quedé por amor. No es lo mismo.

—¿De verdad? —preguntó pensativo—. A veces no hay diferencia en lo que se siente.

—Te toca —dije—. Cuéntame algo que nunca le hayas contado a nadie.

Siguió guiándome unos pasos más antes de hablar.

—Una vez le salvé la vida a una niña mortal.

Ahí estaba de nuevo: un atisbo de ternura bajo el exterior encallecido. Cada revelación lo hacía más real, lo alejaba de la deidad intocable para acercarlo a un ser capaz de sentir compasión. Y eso lo hacía más peligroso.

De todas las confesiones posibles, aquella era la que menos me esperaba.

—Y eso es un secreto porque…

—Porque no debía interferir —explicó—. Mi madre me llevaba a veces a su pueblo, donde aún tiene familia lejana. Vi a una niña caerse a un canal. La corriente era demasiado fuerte y la arrastraba hacia una catarata.

—Así que la salvaste.

—Así es —confirmó—. Aunque con disimulo. Manipulé las almas

que vagaban bajo la superficie para que la empujaran en dirección a la orilla, e hice que pareciera que un árbol caído había desviado su rumbo. —Ponía atención en hablar con voz neutra—. Mi padre lo habría considerado una injerencia improcedente en asuntos de mortales.

—Te arriesgaste a ganarte su desaprobación con tal de salvar a una niña —dije en voz baja.

—El papeleo habría sido tedioso.

No pude evitar sonreír.

—Claro. Puro pragmatismo.

El baile terminó, pero no nos apartamos. Me encantaba escuchar anécdotas de su pasado, atisbar cómo era en otros tiempos, en otro mundo. Cuando era un Xül diferente. Pero una parte de mí tenía la sensación de que solo llenaba los silencios que no queríamos sustituir por otras cosas, por cosas más duras.

Siguió con la mano en mi cintura un poco más de lo necesario y después dio un paso atrás. Lo vi acercarse a la ventana; su perfil se recortaba contra el cielo rojo sangre de Draknavor.

—¿Sabes, Thais? —dijo de repente, sin apartar la mirada del exterior—, nunca me preguntas qué viene después.

Me quedé inmóvil, sin saber a qué se refería.

—¿Después?

—Después de los Juicios. —Se volvió hacia mí—. Nunca me has preguntado qué pasará si asciendes.

Aquella pregunta me pilló por sorpresa. Nunca me había parado a considerar que existiera un futuro más allá de todo aquello. Las posibilidades no me parecían lo bastante reales para tomármelas en serio. La verdad era que no habría un «después». No para mí. No

para Thatcher. Al sellar aquel pacto, sabíamos a qué nos comprometíamos. Dar muerte al rey de los dioses no era algo a lo que esperásemos sobrevivir.

—Pues… —dudé, incapaz de repente de sostenerle la mirada—. Nunca he pensado a tan largo plazo.

Me estudió con aquella expresión penetrante que siempre me hacía sentir desnuda.

—Me cuesta creerlo.

Me dirigí a la ventana opuesta para eludir su escrutinio. Por debajo se extendían las arenas negras, hasta chocar con el mar oscuro en la unión de dos reinos de sombras. Mi reflejo en el cristal me devolvía la mirada, una desconocida con mis facciones.

—Supongo que nunca he tenido la esperanza de salir con vida —reconocí.

Oí a Xül dar una bocanada de sorpresa.

—Nunca habías dicho nada parecido.

—Intento no pensar en ello —repliqué sin apartar la vista del horizonte.

—¿Y tu hermano comparte tu pesimismo? —preguntó con tono cauteloso.

—Thatcher siempre ha sido el optimista —dije ofreciendo una verdad parcial.

—Pero siempre has estado tan segura, tan convencida… —insistió—. Los que esperan morir en los Juicios no suelen comportarse así.

—Es la verdad pura y dura, Xül. —Por fin me volví hacia él, con una sonrisa cómplice—. Tú mismo lo dijiste cuando nos conocimos: mis posibilidades de sobrevivir son ridículas.

—No hagas eso. —Su voz había adquirido un tono grave, peligroso.

—Que no haga ¿qué? —pregunté encogiéndome de hombros—. Fuiste tú quien lo dijo.

Xül salvó la distancia entre nosotros con tres pasos decididos.

—Esto no es ningún juego para mí, Thais. Quizá lo fuese al principio, antes de conocerte, antes de saber quién eras en realidad. Pero ya no lo es. Y lo sabes de sobra.

—Que te haya impresionado no cambia nada —respondí poniéndome muy recta—. Aún quedan dos Juicios, y, después, el Forjado.

Se limitó a sostenerme la mirada, abriendo y cerrando la boca. Se bajó la mano por la cara.

—No te preocupes; no es que tenga el menor deseo de morir —añadí al darme cuenta de lo seria que se había puesto la conversación—. Lo único que intento es ser realista.

—¿Y qué hay de la gente que te aprecia? —preguntó—. ¿Has pensado en lo que sentirían si murieses?

—Quedan pocas personas que me aprecien —dije con naturalidad—. Las demás murieron por mi culpa.

Xül apretó la mandíbula.

—Entonces ¿esto te parece una especie de expiación?

—Supongo que sí, en cierto modo. —Me volví hacia la ventana para esquivar su mirada. Estaba obligándome a hablar de algo que había reprimido hasta entonces, una verdad a la que era demasiado débil para enfrentarme. Era posible que la idea de la muerte se hubiera apoderado de mí con tanta facilidad porque, de alguna forma retorcida, me parecía que con ella se haría justicia por todas

las secuelas de mi existencia. La muerte de mi madre. La de Sulien. Que se llevaran a Thatcher para obligarlo a presentarse a los Juicios junto a mí.

Guardó silencio durante un largo rato. Cuando volvió a hablar, fue con aplomo.

—No seas absurda.

Su tono me hizo volverme hacia él, y su expresión me lanzó un escalofrío por la espalda.

—¿Por qué me miras así?

—Porque dices tonterías —gruñó—. Ni siquiera te reconozco ahora mismo.

—Entonces ¿qué imagen de mí te habías formado?

—Veo a alguien que mira a los dioses cara a cara sin pestañear —dijo tenso; le brillaban los ojos—. A alguien que arroja luz sobre las falsedades, que ve más allá de los embustes. A la mujer que, la primera noche, salió a esa playa y se desnudó sin el menor atisbo de vergüenza. Desafiante.

Aquello me dejó sin palabras.

—Esa mujer no se oculta tras el fatalismo —continuó—. Ni tras el martirio. Lucha, y no porque espere ganar, sino porque la rendición no está en su naturaleza.

—Eso no es justo —dije cuando por fin recuperé la voz—. Reconocer la realidad no es darse por vencido.

—Ah, ¿no? —Dio otro paso hacia mí—. La Thais a la que conozco escupiría a la cara a lo inevitable. No aceptaría la muerte como una conclusión lógica; se rebelaría, le plantaría cara, daría con la forma de vencerla a base de pura obstinación.

—Puede que no me conozcas tan bien como crees —contesté, y

me crucé de brazos.

—O puede que yo te vea con más claridad que tú misma. —Suavizó la voz, pero no la mirada—. Ese derrotismo… no es propio de ti, Thais. Tú no eres así.

—¿Y cómo soy, entonces? —exigí saber mientras la cólera bullía en mi interior—. Ya que pareces tenerlo tan claro…

—Eres la mujer que se ha puesto a dar vueltas en este salón y me ha enseñado cómo es la libertad —dijo sin vacilar—. La que se niega a seguir reglas que no haya impuesto ella. Eres… —Se detuvo a buscar las palabras adecuadas—. Eres la persona más sincera que he conocido en mi vida. Hasta cuando se te hace cuesta arriba. Sobre todo en esos casos.

Tragué saliva; de repente me resultaba difícil sostenerle la mirada.

—La imagen que te has formado de mí es impresionante.

—No me la he formado yo; es lo que he visto. —Se me acercó y bajó la voz—. Y por eso no puedo aceptar lo que dices. No encaja con la mujer a la que he llegado a conocer.

Aparté la mirada, incapaz de soportar el peso de la suya.

—Está bien —dije al fin—. Tienes razón: no quiero morir. ¿Eso era lo que querías oír?

—Quiero oír la verdad.

—¿La verdad? —Mi risa sonó frágil hasta a mis propios oídos—. La verdad es que estoy muerta de miedo. La verdad es que, aunque soñara con sobrevivir a esto, con encontrar alguna forma de salir de esta, los sueños no cambiarían la realidad. Y la realidad es que las personas como yo no tienen un final feliz.

Permaneció en silencio un largo rato.

—Los finales no están labrados en piedra, Thais.

Aquello hizo que mi autodominio se fuera al traste. El doble rasero de sus palabras me quemaba como el ácido, y no pude contener la lengua ni un momento más.

—¿En serio? —espeté—. Tiene gracia que lo digas tú.

—¿De qué hablas? —preguntó frunciendo el ceño.

—Me sermoneas sobre mis expectativas cuando ya te has resignado a llevar una vida vacía y sin sentido —dije sin poder resistirme—. Aceptas que tu padre haya vendido tu futuro al mejor postor. Así que no intentes darme lecciones sobre la esperanza cuando tú mismo la has abandonado.

Su expresión se congeló, y por un momento pensé que me había excedido.

—No estamos hablando de mí —dijo en voz baja—, sino de ti.

—Bonita evasiva.

—No —insistió—. Es distinto. Yo he aceptado ciertas realidades de mi posición; es verdad. Las imposiciones políticas por las que debe pasar el heredero de Morthus. Pero no es lo mismo que rendirse ante la muerte.

—Ah, ¿no? —dije desafiante—. Has renunciado a tu oportunidad de ser feliz, de llevar la vida que te gustaría. ¿Dónde está la diferencia?

Dio un paso hacia mí.

—En que sigo luchando por algo más importante que yo, por un cambio que espero que me sobreviva. ¿Por qué luchas tú, Thais? Si ya has decidido que vas a morir, ¿qué sentido tiene todo esto?

Yo luchaba por algo que no podía contarle. Pero sus palabras habían tenido en mí más efecto del que quería reconocer. Llevaba

mucho tiempo convencida de que mi muerte era inevitable, de que era el único final posible del camino que había elegido. ¿Cómo sería cuestionarse esa convicción, luchar no solo por venganza, sino también por un futuro?

—Debo advertirte que no se me da muy bien la esperanza —dije intentando apartar la conversación del precipicio al que iba abocada —. Nunca me ha servido de gran cosa.

—La esperanza no es algo que se te dé bien o mal —repuso—. Es una elección que se hace cada día. A veces, cada hora.

Me lo quedé mirando, tratando de compaginar a aquel Xül con todas las demás versiones que me había mostrado.

—Eres bastante complejo, guardián —observé.

Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios.

—Puede. O puede que por fin estés viendo a quien he sido siempre.

Alargó la mano lentamente, dejándome tiempo para apartarme, y me recolocó un mechón detrás de la oreja. Fue un gesto tan tierno que resultó doloroso, incongruente con el poder letal que sabía que poseían aquellas manos.

—Si sirve de algo —dijo en voz baja—, creo que el mundo sería más anodino si Thais Morvaren no estuviera en él.

No sabía qué contestar. Cualquier réplica o evasiva moría en mis labios, y solo quedaba la cruda verdad.

—Es lo que solía decir mi padre —confesé.

—Un hombre sabio —dijo sin apartar los ojos de los míos—. Y te garantizo, Thais, que rara vez me equivoco.

Se me escapó una risita, en parte debida a la incredulidad, en parte a algo que se acercaba peligrosamente a esa esperanza de la

que hablaba Xül.

—Tu modestia no deja de asombrarme.

Sus labios se curvaron en una sonrisa franca que lo hizo parecer más joven.

—Una de mis numerosas virtudes.

—Deberíamos seguir practicando —dije al cabo de un momento; necesitaba volver a un terreno más seguro—. Me queda mucho por aprender antes de ese estúpido baile.

Xül volvió a alargar la mano y la acepté. Me guio para que adoptase la postura adecuada. Por primera vez desde que nos habían obligado a participar en los Juicios, me sorprendí preguntándome cómo sería sobrevivir, seguir existiendo cuando hubiera pasado lo que estaba por llegar. Era un pensamiento peligroso.

Aun así, mientras Xül me guiaba por los pasos con una mano cálida y firme en mi cintura, no podía quitármelo de la cabeza.

CAPÍTULO 41
ASTERIA

Abrí los ojos sobresaltada, con el corazón golpeándome el pecho. Una luz dorada se derramaba desde las ventanas arqueadas que iban del suelo al techo y bañaba la habitación en un resplandor cálido. Durante un momento, mientras contemplaba aquel opulento espacio, me sentí incapaz de respirar, de pensar.

Cada superficie a la vista estaba decorada con rebuscados adornos de oro y grabados artificiosos. La cama en la que me encontraba era enorme, envuelta en sedas que relucían como perlas, y de un tacto tan suave que era como dormir en una nube.

Me incorporé de un salto, eché a un lado las mantas y salí a toda prisa de la cama. Posé los pies desnudos en un suelo de madera pulida. Corrí hasta la ventana más cercana, sin aliento, y apreté las palmas contra el vidrio fresco.

Más abajo, las nubes se ondulaban y cubrían una extensión inacabable, formas blancas que se movían y se transformaban sin parar.

—¿Qué? —susurré, y mi aliento empañó el cristal.

Al girar descubrí una inmensa puerta decorada con complejos grabados. Sin vacilar, corrí hacia ella y la abrí de un tirón, pero me quedé inmóvil al ver a Lyralei y su equipo de tejedores de sueños, que me esperaban en el pasillo con gestos que combinaban la diversión y la expectativa.

—Bienvenida a Asteria —saludó Lyralei con una formal inclinación de cabeza, y me ofreció una bata de seda brillante. Hablaba con tono profesional, pero la tirantez de sus ojos revelaba el cansancio.

Cogí la bata con dedos temblorosos y me la eché sobre el camisón.

—¿Asteria? ¿La…?

—La sede de Syrena —confirmó—. El dominio de los sueños.

Los tejedores de sueños me indicaron por gestos que los siguiera, y, a falta de otras opciones, obedecí. Recorrimos pasillos serpenteantes sumidos en una neblina, como si las nubes que nos rodeaban se filtrasen a través de las paredes. Los pasillos eran de un suave color rosa pálido, adornados con apliques dorados. Era como caminar por el interior de una concha marina: hermoso y, a la vez, desconcertante.

Por fin desembocamos en un amplio espacio. Un lado se abría al aire por completo, y tenía esbeltas columnas de marfil pulido que sostenían un techo abovedado pintado con constelaciones que, si se miraban un rato, parecían moverse.

Del suelo de mármol liso se elevaban grandes formaciones cristalinas que lanzaban destellos irisados a todas las superficies. Aquí y allá, repartidos por el suelo de mármol, había estanques de diversos tamaños; algunos humeaban poco a poco, otros eran

cristalinos e inmóviles como el vidrio. En el aire flotaba el perfume del jazmín y otras plantas aromáticas.

Por toda la sala se arremolinaban los competidores, al parecer tan confusos como yo, cada uno de ellos acompañado por su propio séquito de estilistas. Enseguida, mis ojos se posaron en Thatcher; por su estatura era fácil de localizar entre el gentío. Cuando nuestras miradas se cruzaron, vi en su expresión que se hacía las mismas preguntas que yo.

«¿Qué hacemos aquí?».

«No tengo ni idea», intenté transmitirle con una leve sacudida de cabeza.

«¿Estás bien?».

«Sí. ¿Y tú?».

Antes de que nuestra conversación silenciosa pudiera continuar, una figura se materializó en el centro de la sala, como surgida del aire. Elysia se plantó frente a nosotros.

—Bienvenidos, competidores. —Su voz melodiosa llegó sin esfuerzo a todos los rincones de aquel amplio espacio—. Os encontráis en las sagradas Cataratas de Cristal de Asteria. —Señaló con un gesto elegante los estanques que nos rodeaban, cuyas ondas parecían seguir los movimientos de sus dedos—. Hoy, los antiguos rituales que han servido a las divinidades desde el alba de la creación transformarán vuestras formas mortales. —Su sonrisa era tan radiante que rivalizaba con los cristales que nos rodeaban—. Esta noche entraréis en Lunadaire, no como simples competidores, sino como obras de arte vivas, dignas de pasearse entre las divinidades.

Posó los ojos en mí y esbozó una sonrisa que se desvaneció tan

deprisa como había aparecido. Miré de reojo a Thatcher, de quien ya tiraba su propio equipo.

«Supongo que te veré esta noche», le envié por el vínculo.

«No hagas nada que yo no haría».

Mi equipo ya me estaba guiando por un pasillo distinto, que se abría a un largo estanque con vistas a las nubes que se movían más abajo. El agua brillaba con un suave resplandor rosado, como si tuviera su propia fuente de luz. La bañera estaba tallada a partir de un único fragmento de cristal rosa traslúcido; los laterales eran ásperos, al natural, mientras que el interior estaba pulido y liso como el vidrio.

—El agua procede de un manantial que brota en las profundidades de las montañas de cristal, y en ella hay disueltos diversos minerales que le otorgan esa luminiscencia. Aclara tanto el cuerpo como la mente —explicó Novalie mientras comprobaba la temperatura con sus esbeltos dedos.

—Es increíble —contesté. Me fijé en unas partículas de luz que se arremolinaban bajo la superficie, como motas de polvo atrapadas en un rayo de sol.

—En Asteria, todo existe en el espacio intermedio entre la realidad y los sueños —explicó Vesper, al tiempo que me ayudaba a quitarme la ropa—. Eso es lo que hace único nuestro dominio.

—¿Vuestro dominio? —pregunté. Me metí con cuidado en la bañera. El agua estaba a la temperatura ideal y envolvió mi cuerpo con una sedosa calidez que se me filtró hasta los huesos.

—Todos somos de Asteria —respondió Lyralei—. Todos los tejedores de sueños nacemos aquí, en el dominio de Syrena.

Mientras me hundía más y más en las aguas resplandecientes,

Novalie empezó a verter en ellas diversos aceites y esencias procedentes de frascos de cristal; cada uno de ellos liberó un olor distinto e hizo cambiar el color de la luz que resplandecía bajo la superficie.

—¿Cómo sobreviviste al segundo Juicio? —quiso saber Vesper, cuyos dedos expertos aplicaban en mi cuero cabelludo algún ungüento aromático—. Pensábamos que estabas acabada.

Cerré los ojos y me permití un instante de complacencia antes de responder.

—Supongo que se podría decir que las reglas no estaban muy claras… —Dejé la frase sin terminar; esperaba que la mentira fuese creíble.

—Y lograste salir adelante —terminó Lyralei por mí, con voz suave—. Como siempre.

Abrí un ojo y me la quedé mirando. El cansancio que le había notado antes se había vuelto más pronunciado. Tenía ojeras de las que antes carecía.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Por supuesto —respondió con premura—. Solo estoy cansada. Preparar el baile de esta noche ha sido… agotador.

Las siguientes horas transcurrieron en una sucesión de tratamientos de lujo. Tras el baño me llevaron a una estancia excavada en la misma piedra rosada, y allí me limpiaron la piel con un exfoliante que olía a sal y hierbas machacadas. A continuación, me hicieron un masaje con un aceite que emitía una iridiscencia sutil y me pusieron una máscara facial que, según Novalie, se hacía con una arcilla especial que solo se extraía de los picos más altos de Asteria.

Durante todo el proceso, los tejedores de sueños no dejaron de hablar de Asteria. Al describir su hogar, sus voces se volvían cada vez más animadas.

—Las cascadas son el paisaje más hermoso de todos los dominios —insistió Vesper mientras me aplicaba un polvo reluciente en los hombros—. Los reflejos cambian cada noche, en función de las estrellas que haya en el cielo.

—Y los estanques de los sueños… —añadió Novalie—. Los minerales del agua provocan sueños vívidos y placenteros, adaptados a los deseos más íntimos.

—¿Y qué hay de Lunadaire? —pregunté al recordar la invitación que había recibido Xül el día anterior.

—Es el palacio personal de Syrena —explicó Lyralei, cuyos dedos se afanaban metódicos sobre mi cabello y me lo trenzaban con destreza y precisión—. Esta noche acogerá la reunión más elitista de toda la temporada celestial.

—Qué emocionante —murmuré con un nudo en la garganta.

—No te preocupes, querida; lo de esta noche solo es una celebración —me aseguró Novalie, aunque cruzó una mirada rápida con Lyralei.

—Mirad —dijo de repente Vesper, y se acercó a la ventana—. El cielo empieza a despejarse.

Me reuní con él frente al cristal y, al ver lo que señalaba, me quedé sin aliento. A lo lejos, donde las nubes se apartaban como una cortina vaporosa, una magnífica construcción parecía flotar en el aire. Los chapiteles y las cúpulas, que emitían destellos de plata bajo la luz menguante, estaban conectados por puentes delicados que unían secciones que parecían flotar de modo independiente. Era

como si hubieran capturado la esencia de la luz de la luna y con ella hubieran esculpido un palacio.

—Lunadaire —susurró Novalie con voz reverente.

Me quedé contemplando el lejano palacio, incapaz de desviar la mirada.

—Es muy bonito —comenté.

—Pues espera a verlo de cerca —señaló Vesper—. Las cámaras interiores son asombrosas. Y esta noche, con la luna llena y las estrellas visibles en el cielo despejado, el palacio será más magnífico que nunca.

»Hablando de eso… —siguió, con los ojos brillantes—. Nos han dicho que cada competidor debe llevar ropa inspirada en su don. —Se irguió y casi vibró de satisfacción—. Llevo varias semanas trabajando en tu vestido. Nunca había estado tan orgulloso de un diseño.

Abrió una funda para ropa y extrajo, doblado sobre el brazo, algo que parecía luz estelar licuada. Inspiré haciendo ruido sin poder evitarlo y se me escapó una sonrisa. Pese a mi desinterés por todos aquellos actos, debía reconocer que empezaban a gustarme los vestidos, aunque solo fuese por el arte y la imaginación que demostraban.

Aquel estaba hecho de un tejido traslúcido que parecía desvanecerse sobre mi piel y cubrirla con unos intrincados adornos de plata dispuestos en forma de dibujos floreados que me resaltaban hasta la última curva. Los cristales se concentraban a lo largo del corpiño y descendían en cascada por el vestido como ríos de estrellas que, al menor movimiento, reflejaban la luz.

El escote era rígido y dejaba los hombros descubiertos, para

realzar las clavículas. Las mangas, con delicados adornos de cuentas, me caían por los brazos y se agitaban con mis movimientos.

—Es… —No encontraba las palabras adecuadas.

—Tan deslumbrante como tú misma —completó Vesper mientras me ajustaba las correas adornadas con cristales—. Como si el cielo nocturno estuviese entretejido con tu piel.

Me miré en el espejo de cuerpo entero que habían colocado frente a mí. El añil de los ojos brillaba entre las pestañas oscuras, y los párpados relucían pintados de plata. La mitad del pelo me caía formando ondas por la espalda, y el resto estaba trenzado sobre la cabeza y entreverado de cristales nacarados. La mujer que me devolvía la mirada era regia, peligrosa, impactante… Me costaba reconocerla.

Una suave llamada a la puerta interrumpió el momento. Entró otro tejedor de sueños, ataviado con ropa formal; llevaba, en una bandeja de plata, una copa alta llena de un líquido espumoso en el que danzaban motitas de luz.

—Una bebida de celebración antes del baile —anunció con una profunda reverencia.

Mis tejedores de sueños empezaron a recoger sus cosas, aprestándose a irse. Acepté la bebida con un gesto de agradecimiento. La copa estaba fría entre mis dedos.

—Disfruta de la noche, querida —me deseó Vesper, que me besó ambas mejillas y luego se encaminó a la puerta. Novalie se despidió con un gesto emocionado y lo siguió. En el exterior, el cielo se había oscurecido hasta convertirse en un tapiz de terciopelo negro sobre el que se dibujaban más estrellas de las que había visto en toda mi

vida.

Lyralei se demoró mientras los otros iban saliendo; en su mirada había una extraña intensidad. Me llevé la copa a los labios y bebí un trago. El líquido era más dulce de lo que me esperaba, pero con un toque de amargor.

En el preciso instante en que se cerró la puerta, Lyralei se lanzó hacia mí y me golpeó la mano. La copa cayó, y el resto del líquido se derramó por el suelo.

—No bebas ni una gota más —siseó, con el rostro casi pegado al mío y una mirada imperiosa en los ojos, muy abiertos.

Me quedé inmóvil, sorprendida por la intensidad de su gesto.

—¿Qué? ¿Por qué…?

Me sujetó el brazo con tanta fuerza que casi me hacía daño.

—Nada es lo que parece. No lo olvides.

Sin darme tiempo a pedirle más explicaciones, me soltó, corrió hacia la puerta y desapareció en el pasillo sin decir ni una palabra más.

Me quedé sola, con el sabor de la bebida en los labios y el corazón desbocado.

CAPÍTULO 42
EL DESEO CONSUME

—Hace su entrada Thais Morvaren.

Las sílabas de mi nombre resonaron en la sala y parecieron quedar suspendidas en el aire. Me encontraba en lo alto de una enorme escalera, y el mundo que se extendía a mis pies era un caos vertiginoso de belleza y excesos. Deslicé los dedos por el lujoso pasamanos.

El salón de baile se encontraba al final de la escalera. Las arañas de cristal colgaban del aire sin soporte visible. El techo, que se elevaba hasta una altura absurda, estaba decorado con constelaciones que no había visto jamás en un cielo mortal, con estrellas que se movían y se reorganizaban por sí mismas. Alrededor de la estancia había grandes ventanales dorados y terrazas que se abrían al cielo cuajado de estrellas.

Por todas partes se veían pozos con hogueras que cambiaban del amarillo intenso al rojo del metal fundido, y cuyas llamas se alzaban en el aire y lamían la niebla que impregnaba la habitación. Sus colores eran tan intensos que, entre tanto tono pastel, casi parecían

fuera de lugar.

La calidez que florecía en mi interior desde que había bebido aquel trago se hacía más intensa a cada latido de mi corazón. Me rondaba por las venas, difuminaba las aristas de la realidad y acentuaba cada sensación hasta que el simple hecho de respirar me provocaba escalofríos. Recordé el aviso apremiante de Lyralei. El regusto amargo que se había demorado en mi lengua. ¿Sería un veneno? No, lo que sentía no era la muerte; o, si lo era, estaba enmascarada por el placer.

Al bajar por la escalera sentí sobre mí el peso de innumerables miradas inmortales: calculadoras, inquisitorias, quizá incluso admirativas. Los volantes del vestido susurraban al rozarme la piel a cada paso; el tejido traslúcido me hacía sentir más desnuda que si no llevase nada.

Rebusqué entre la multitud, tratando de localizar un par de ojos desiguales, pero, para mi decepción, seguían ausentes. A quien sí encontró mi mirada fue a Marx, cerca de la base de la escalera, y al verla casi me quedé paralizada.

Estaba transformada. Era una visión envuelta en un vestido que parecía tejido a partir de la mismísima medianoche; un marrón oscuro, casi negro, que se retorcía sobre su figura y dejaba entrever retazos de su piel a través de desgarros repartidos con habilidad que resultaban a la vez violentos y sensuales.

Hasta los sirvientes se deslizaban entre la muchedumbre ataviados con ropajes que habrían llevado a la bancarrota a reinos de menor calibre, y que se adherían a sus siluetas a cada grácil paso que daban. Syrena no había escatimado ningún detalle a la hora de planear aquella noche de diversión.

Me preparé para escuchar los habituales comentarios sarcásticos de Marx sobre lo sofocantes que resultaban tales acontecimientos; pero, cuando habló, arrastraba un poco las palabras, cosa que me pilló por sorpresa.

—Pareces una fantasía —suspiró con los ojos muy abiertos—. ¿Habías visto alguna vez un sitio tan bonito?

El calor me corrió de nuevo por las venas y no pude evitar mirar a mi alrededor con el mismo asombro que ella. El salón de baile era, sin duda, una maravilla; una demostración de la extravagancia que permitía la eternidad. Me tuve que recordar que debía permanecer atenta y no rendirme por completo al esplendor que nos rodeaba. Bajo la euforia que se me abría paso en el pecho quedaba aún, soterrada, una pizca de cautela que no era capaz de silenciar del todo, un susurro que me recomendaba ser precavida.

—Hace su entrada Thatcher Morvaren.

Me giré tan deprisa que el mundo se volvió borroso hasta que logré enfocar la figura de mi mellizo que descendía las escaleras por las que yo acababa de llegar. Se movía con esa confianza innata que era natural en él. Esbozaba una sonrisa, y a sus ojos asomaba un brillo malicioso que no le había visto desde nuestras trastadas infantiles en Cresta Salada, cuando hacíamos carreras en el puerto con barcas «prestadas» mientras los mercaderes nos gritaban improperios desde el muelle. ¿Qué había pasado aquella noche para despertar en él a ese diablillo travieso?

—Jo-der —susurró Marx, que estaba a mi lado. La palabra soez no se correspondía con el tono reverente que había empleado al pronunciarla. Un sirviente apareció junto a nosotras con una bandeja cargada de copas altas de cristal, y Marx cogió dos sin dudarlo.

—¡No! —le susurré al recordar el aviso, y le sujeté la muñeca—. No bebas.

Estaba convencida de que Lyralei no me habría dicho aquello sin un buen motivo, aunque yo no supiese cuál era.

—Tienes razón. Ya me he tomado unas cuantas antes de que llegaras —respondió, aunque su voz dejó entrever que le molestaba tener que renunciar a la bebida.

Sabía que debería preocuparme por Marx, pero la veía tan hermosa, tan llena de vida… Me prometí que no le quitaría ojo.

En vez de inquietud, lo que sentía era el vértigo de la anticipación. Cada vez que trataba de poner en orden mis pensamientos, se dispersaban de nuevo y solo dejaban atrás sensaciones sueltas: el roce de la seda contra la piel, la presión del aire en los pulmones, el ritmo de la sangre en las venas.

—Querida hermana… —Thatcher, que se había acercado, también arrastraba las palabras—. Estamos los dos estupendos, ¿no te parece?

—Thatcher Morvaren —ronroneó Marx, y acarició con un dedo la solapa del abrigo de Thatcher—. Esta noche estás aún más apetitoso que de costumbre.

A Thatcher le brillaron los ojos con picardía.

—Lo mismo se puede decir de ti, Marx.

—Dioses. Parad, por favor —grazné.

Había algo importante de lo que deberíamos hablar, ¿no? ¿Algún peligro, una estrategia…? El pensamiento se me escurría de la mente como el agua entre los dedos; no conseguía retenerlo.

Pero sí sabía que resultaba reconfortante ver a mi hermano tan relajado, tan como siempre, con todo lo que habíamos pasado. El

peso que cargaba sobre los hombros desde que nos involucramos en aquel juego mortal parecía haber desaparecido por el momento, y eso permitía salir al muchacho despreocupado que había sido antaño.

—¿Te vas a beber eso? —Thatcher señaló con un gesto una de las copas que sostenía Marx. Ella alzó la vista y se la ofreció.

—No, no lo bebas —repetí, pero barboteé las palabras como si mi lengua se hubiese olvidado de cómo pronunciarlas.

—¿Por qué? —Thatcher miró el líquido con sospecha.

Me costaba recordar el motivo. De hecho, me costaba recordar cualquier cosa, aparte del placer exquisito de vivir aquel momento.

Thatcher me miró extrañado y luego bebió. Lo vi tragar el líquido y esperé… algo. ¿Qué creía que iba a suceder?

Miré a mi alrededor para estudiar a los presentes: sirvientes de todos los dominios, otros aesymar y Leyendas que charlaban en grupitos. El banquete había sido rígido y formal, y el baile ofrecía un contrapunto mucho más libertino. Los invitados se movían con grácil languidez y las manos se les iban adonde no debían.

—¿Esto es… normal? —Señalé con un gesto sutil las diversas muestras de afecto visibles en la sala—. Todos parecen mucho menos… contenidos de lo que me esperaba.

Thatcher soltó una risita mientras recorría la sala con una mirada despreocupada.

—Supongo que la divinidad les permite ciertas libertades, hermana. Cuando has vivido durante siglos, las restricciones sociales deben de resultar bastante tediosas.

—Además —añadió Marx—, ¿para qué van a mostrarse recatados si todo el mundo sabe lo que ocurre después? En los dominios

abundan las historias sobre relaciones divinas. En un momento u otro, la mitad del panteón se ha acostado con la otra mitad.

—Pareces muy al tanto de los chismorreos divinos —señaló Thatcher con una ceja enarcada.

Marx se encogió de hombros y los ojos le brillaron de picardía.

—Torturo a Aelix para que me cuente esas cosas.

Una voz retumbó en el salón.

Nos giramos hacia la escalera justo cuando anunciaban la llegada de Chavore y Elysia. Descendieron de la mano. El vestido de Elysia parecía una llama cuyo color oscilaba entre el siena y el oro a cada paso que daba, mientras que Chavore iba enfundado en una armadura dorada de factura tan exquisita que se movía como una segunda piel.

—Hacen tan buena pareja que dan asco —murmuró Marx, que los observaba con los ojos entrecerrados de admiración.

Cuando llegaron al salón, la mano que Chavore apoyaba en la espalda de Elysia descendió más de lo que se podría considerar adecuado. Marx enarcó una ceja, pero Thatcher solo rio entre dientes.

—Se están moderando mucho —comentó, con conocimiento de causa.

—Y, por último, hacen su entrada Xül, guardián de los condenados, y Nyvora, aesymar de la fauna. La Corte Divina los felicita por su reciente compromiso.

Aquellas palabras interrumpieron nuestra conversación. Se me tensaron a la vez todos los músculos del cuerpo y la copa casi se me escurrió de entre los dedos. Toda la sala pareció sacudirse bajo mis pies, y tuve que apoyarme en una columna cercana para

equilibrarme.

Sentía que se me había parado el corazón.

Al levantar la vista, vi a Xül y Nyvora que bajaban las escaleras cogidos del brazo. Él estaba impresionante; llevaba un traje del negro más profundo, de corte tan perfecto que el tejido parecía adorar su cuerpo, y una capa echada por uno de los anchos hombros. Sus rasgos angulosos eran todavía más atractivos bajo aquella luz etérea, y su presencia dominaba hasta el último rincón de la sala.

Nyvora, junto a él, estaba radiante, con una sonrisita ridícula en los labios. Los colores de su vestido iban cambiando entre los tonos esmeralda y verde bosque, y las hojas y las enredaderas parecían crecer y moverse por el tejido y dejaban atisbar la piel bronceada. El pelo, rubio y revuelto, estaba domado solo a medias, adornado con flores que se abrían y cerraban. Su belleza era innegable, elemental, de una forma que hacía que la mortalidad me pesara como un yugo alrededor del cuello.

Después solo sentí un dolor opresivo, tan intenso que creí que me iba a ahogar en él. Aquella reacción me desconcertó. Yo ya sabía que estaban comprometidos, pero oírlo anunciar frente a la sociedad divina lo hacía mucho más real, mucho más inapelable.

Marx me miró de soslayo.

—Creo que necesitas esto —me dijo, y me puso una copa en la mano.

La acepté con precaución, pero al dar un sorbito vi que no tenía el regusto amargo de la bebida de las Cataratas de Cristal. Sin darme tiempo a reconsiderarlo, vacié el contenido de un trago, deseosa de sentir la oleada de calor que llegó a continuación.

La voz se oyó de nuevo por toda la sala, para invitar a Xül y Nyvora a compartir el primer baile.

Vi como le rodeaba la cintura con los brazos y mi cuerpo casi sintió el eco fantasmal de su contacto, reviviendo cómo me había sujetado durante las lecciones de baile, los dedos que me presionaban la parte baja de la espalda, que me guiaban. Era un recuerdo grabado en mis músculos, una impronta imposible de negar.

No soportaba seguir mirándolos. Les di la espalda y me alejé varios pasos, con los ojos clavados en un mensaje escrito en la pared con letras de plata: «El deseo consume».

Concordé en silencio con la ominosa afirmación; podía sentir la verdad que contenía en el hueco doloroso que se había abierto bajo mis costillas. «Sí —pensé—. Joder si consume».

Inspiré hondo para tranquilizarme y luego regresé con Thatcher y Marx, que parecían embelesados por todo lo que los rodeaba. Varias parejas se habían unido a Xül y Nyvora en la pista de baile, como remolinos de belleza divina. Por un instante, los ojos de Xül se cruzaron con los míos y vi que se le tensaba la mandíbula y me observaba de arriba abajo. Parecía furioso.

Thatcher miró de reojo a Marx y luego a mí.

—¿Debería pedirle un baile? —me preguntó sin apartar los ojos de ella.

Marx se rio, aunque sonó más bien como un cacareo.

—Estoy aquí y te oigo, ¿sabes? —Me lanzó una mirada significativa y luego lo sacó a bailar tirándole de la chaqueta. Él la siguió de buen grado. Al parecer, mi hermano también había recibido una buena dosis de clases de baile. Marx, por su parte, parecía

empeñada en guiarlo a él, una batalla de voluntades al ritmo de la música que los hacía reír a ambos.

Algo me rozó el brazo, y el contacto me produjo un escalofrío. Al volverme vi a un hombre de pelo plateado y ojos de oro fundido… Un hombre no. Un aesymar, una Leyenda. Que no debía de participar en los Juicios, porque no lo reconocí.

Me sonrió.

Yo le sonreí a mi vez. No sabía qué me pasaba, pero sentía como si la interacción me fuese a quemar, y un cosquilleo me recorría toda la piel.

—La famosa Thais Morvaren —dijo con una voz que se enroscó en mi nombre—. Me llamo Axel. He seguido con gran interés tu progreso en los Juicios.

La calidez que corría por mis venas hacía que los colores fuesen más brillantes; las sensaciones, más intensas. Sus pupilas se contrajeron hasta formar dos estrechas rendijas.

—¿Debería halagarme o preocuparme que me hayas prestado atención? —le pregunté. Las palabras fluyeron con más facilidad de la que me esperaba.

Su sonrisa dejó a la vista unos dientes demasiado blancos y perfectos.

—Puede que las dos cosas. No es frecuente encontrar mortales tan… resistentes. —Me rozó la muñeca con los dedos, que se demoraron sobre mi pulso—. Casi todos se quiebran mucho antes de llegar a esta fase.

—Yo no soy como casi todos —repliqué, consciente del movimiento sutil de su cuerpo hacia el mío.

—Desde luego que no. —Me miró a la cara—. Cabe preguntarse

qué te hace diferente.

—Puede que solo sea testaruda —propuse.

Axel se echó a reír.

—Elaren está lleno de testarudos. Sus huesos se amontonan en el camino de la ascensión. —Me acercó una mano para juguetear con un mechón suelto—. No, en tu interior arde algo más, algo que se niega a apagarse.

—Hablas como si hubieras visto muchos Juicios —señalé en un intento de recuperar el control de la conversación.

—He visto a innumerables mortales tratar de alcanzar la divinidad —respondió. Luego bajó la voz—. Algunos buscaban el poder; otros, la inmortalidad. —Me recorrió con los dedos la línea de la mandíbula, casi sin rozarme—. ¿Qué buscas tú, Thais Morvaren?

La pregunta quedó suspendida en el aire. No estaba segura de recordar la respuesta.

—Sobrevivir —conseguí decir por fin.

—Una contestación sincera. Muchos mienten, incluso a sí mismos. —Se acercó más, hasta que pude sentir el frío que le emanaba de la piel—. La supervivencia es el instinto más primario, el que perdura por encima de todos los demás. Es una base sólida.

La música cambió y el ritmo se volvió más insistente, más dominante. Los otros invitados se movían con abandono creciente, como si las notas les arrebatasen las inhibiciones.

—Todo el mundo te observa —murmuró. Su aliento frío me rozó la oreja—. Las Leyendas, los otros competidores… Se preguntan hasta dónde llegarás, qué límites pondrás a prueba. —Dibujó con los dedos, sobre mi hombro desnudo, figuras que dejaron a su paso un rastro de hielo y no de calidez—. Yo también me lo pregunto.

—¿Y qué hay de ti? —lo reté, envalentonada por lo que fuese que me corría por las venas—. ¿Qué buscan las Leyendas cuando ya han alcanzado la inmortalidad?

Un destello voraz brilló en sus ojos.

—Diversión —respondió con sencillez—. Cuando has vivido durante siglos, el mayor lujo de todos es la novedad.

Extendió la mano con la palma hacia arriba: una invitación.

—¿Me harías el honor de concederme un baile, Thais Morvaren?

Dudé unos instantes, pero al fin acepté. Enseguida tiró de mí para llevarme al centro de la pista, y sus manos se deslizaron y ocuparon los mismos lugares que había tocado Xül apenas unos días antes. La comparación fue inmediata e involuntaria. El tacto de Xül me había quemado; el de Axel me helaba.

Bailar era muy emocionante. Me sentía ingrávida, sin ataduras. Axel me hizo girar y girar, y yo eché la cabeza hacia atrás, con el pelo formando una catarata a mi alrededor. La alegría burbujeaba en mi interior y amenazaba con desbordarse y estallar en una risa incontrolable. Cuando me atrajo hacia su pecho, el contacto fue electrizante, como una corriente que me recorrió el cuerpo entero.

Me sujetó con más fuerza mientras seguíamos bailando.

—Eres muy hermosa —murmuró con los labios junto a mi oído—. Sería un desperdicio que no llegaras a ascender.

Supuse que debería inquietarme que hablara de mi mortalidad tan a las claras, pero en aquel momento me daba igual. La muerte parecía una preocupación muy remota, un problema para otra versión de mí. Asentí en muestra de conformidad con su valoración.

Por el rabillo del ojo vi una masa oscura que atravesaba el gentío. Antes de que pudiera volverme a mirar, algo tiró de mí y me

depositó en los brazos de otra persona. Me sobrecogió el aroma a cedro y cítricos, tan familiar que el corazón me dio un vuelco. Casi me estreché contra él sin pensarlo; mi cuerpo había reconocido su presencia antes que mi mente.

—¿Te importa bailar un rato con mi prometida? Necesito hablar con mi discípula. —La voz de Xül era fría, pero su tacto me quemaba la piel.

Parpadeé varias veces para intentar despejar la placentera niebla que me ofuscaba la mente y miré en dirección a Axel, que danzaba con Nyvora. Los dos nos clavaron miradas de desconcierto, tal vez de irritación. Unos pasos después desaparecieron tras otras parejas de bailarines.

—¿Qué crees que haces, estrellita? —me preguntó sin el más mínimo rastro de humor.

Alcé la vista, confundida por su cólera.

—¿Y qué haces tú, guardián? —contraataqué—. ¿Por qué no estás bailando con tu prometida?

No pude ocultar la irritación de mi voz, pero tampoco lo intenté.

Se le ensombreció la mirada.

—Tendré que hablar con tus estilistas. Estás prácticamente desnuda —dijo con un esfuerzo obvio por no mirarme.

—Tiene gracia viniendo de ti —repliqué—. Las hojas del traje de tu prometida dejan aún menos espacio para la imaginación. Al menos mis órganos vitales están cubiertos.

—No es lo mismo —gruñó.

—¿Por qué? —lo reté—. ¿Privilegio divino?

Me sujetó la cintura con más fuerza.

—No sabes nada del privilegio divino, estrellita.

—Lo suficiente para reconocer la hipocresía cuando la tengo delante —respondí—. ¿Qué te pasa, guardián?

Le tembló un músculo de la mandíbula.

—No me ha gustado cómo te miraba.

—¿Y cómo me miraba?

—Como si fueras algo que devorar —siseó, y por fin me miró a los ojos—. Algo que tomar para sí.

—Y quizá lo sea —se me escapó—. Quizá sea lo que yo quiero.

Xül se quedó en silencio y me observó con una intensidad que me hizo sentir desnuda pese al tejido que me cubría.

—Esta noche no pareces tú misma —dijo por fin, con un tono más suave—. ¿Qué has bebido?

Me eché a reír con un sonido frágil y agudo.

—¿Y a ti qué más te da?

—Thais… —En sus labios, mi nombre sonó como un aviso, una súplica.

—Ve a buscar a tu prometida, guardián —insistí—. Si no te importa, me gustaría volver con mi pareja de baile.

Me cogió de la mano y se negó a soltarme.

—No es tu pareja.

Le lancé una mirada penetrante.

—Ni tú tampoco —atajé.

La frustración le asomó a los ojos, pero enseguida recuperó la expresión impasible. Aflojó la presión sobre mis dedos y yo aproveché la oportunidad para apartarme. Donde me había tocado, me quemaba la piel.

Necesitaba alejarme de allí, un espacio para respirar. La presión de los cuerpos, el calor de la sala, el peso de su mirada… Todo era

excesivo. La sensación que unos momentos antes me parecía deliciosa amenazaba con ahogarme.

Esquivando cuerpos, me abrí paso entre la multitud. Parte de mí era consciente de su belleza: las pieles luminosas, los rasgos perfectos, los ojos dorados que me seguían… Pero ya no aguantaba mirarlos. Tenía que quedarme a solas para despejar la mente, para apagar el fuego que aún me ardía en las venas pese a todos mis esfuerzos por extinguirlo.

Un sirviente pasó cerca de mí con una bandeja de copas vacías. Lo cogí de la manga del atuendo plateado.

—¿Hay algún tocador? —pregunté con una voz que me sonó distante incluso a mí—. ¿En un rincón tranquilo?

El sirviente inclinó la cabeza y señaló con un gesto una puerta oculta tras una estatua cubierta de glicinias.

—Por allí, mi señora —murmuró.

Asentí para darle las gracias y, a toda prisa, me colé tras la estatua y crucé la puerta. En cuanto se cerró a mi espalda, un bendito silencio me envolvió como un bálsamo. Era una estancia pequeña pero exquisita: paredes de cristal caro que descomponían la luz en un arcoíris, un lavamanos que parecía tallado en un único diamante, espejos que reflejaban mi imagen con inquietante claridad…

Me acerqué a estos últimos y mi reflejo se agitó, inestable, como si fuera a disolverse si le prestaba demasiada atención. Mi piel resplandecía con una luz interna que no estaba antes del baile; tenía los ojos demasiado brillantes, las pupilas demasiado dilatadas.

«Respira —me dije en silencio—. Cálmate y respira».

Hundí las manos en el agua fresca; fue casi una conmoción

sentirla en la piel recalentada. Sin dudarlo, hice un cuenco con las manos y me llevé el agua a la cara para derramarla en las mejillas enrojecidas y los ojos cerrados. Su frescura y claridad se abrieron paso por la niebla que me había dominado desde que tomé un trago de aquella maldita copa.

Me eché agua fresca en la cara, una y otra vez, y cada salpicadura helada despejaba más y más la euforia onírica que me había nublado el juicio.

A medida que recuperaba la claridad mental, la ansiedad fue anidando en mi pecho como una garra que se aferrase a mis pensamientos. Había algo que debería preocuparme, algo aparte de Xül y de su prometida.

«Piensa, Thais».

«Nada es lo que parece». El aviso de Lyralei, nítido y apremiante, me resonó en la memoria.

¿Qué habría querido decir? La bebida no era venenosa, sino algo ideado para reducir las inhibiciones, para hacernos vulnerables. Pero ¿por qué me había avisado de eso en concreto? ¿Qué detalle me estaba perdiendo?

Toqué mi reflejo en el espejo y sentí la piel cálida en la palma. Me aferré al borde del lavamanos con tanta fuerza que me palidecieron los nudillos. Sacudí la cabeza en un nuevo intento de despejarme del todo.

«Espabila. Mantén la cabeza en su sitio. Sobrevive a esta noche».

De lo contrario, lo único que conseguiría sería humillarme. Repasé en mi mente la conversación con Xül y di un respingo. Me había portado de forma infantil, celosa. Ridícula.

Pero ¿qué le pasaba a él? ¿Por qué me había apartado de Axel con un desagrado tan obvio? En otras circunstancias habría pensado que estaba… celoso.

No.

Tenía que dejar de comportarme como una idiota.

Inspiré hondo varias veces y me concentré en mi cuerpo, en el momento. La habitación ganó nitidez; los colores se hicieron menos abrumadores; las sensaciones, más manejables. Lo que contuviera la bebida no se había disipado del todo, pero ya era capaz de pensar con más claridad; podría pasar el resto de la velada sin hacer el ridículo más absoluto.

Dioses, solo había dado un trago. ¿Qué habría sido de mí si me la hubiera bebido entera?

Al volverme para salir, me llamó la atención un mensaje grabado en la parte interior de la puerta, con unas letras que latían: «Déjate llevar y arde».

Me la quedé mirando largo rato. ¿Otro aviso? ¿O una invitación a rendirse a lo que la noche tuviera que ofrecer? No lo sabía con certeza, pero su visión me produjo un escalofrío.

Cuando abrí la puerta, los sonidos de la celebración cayeron sobre mí: risas, música, las conversaciones que se fundían unas con otras. Salí al pasillo.

Al cruzar frente a una puerta abierta, un movimiento me llamó la atención y me hizo detenerme. Dentro había dos Leyendas, un hombre de piel pálida y una mujer cuyo pelo azul medianoche le caía por la espalda. Se movían juntos en un diván de terciopelo oscuro, con los cuerpos empapados de sudor y los ojos dorados entornados de placer.

Las manos de él le sujetaban con fuerza las caderas y ella se arqueaba sobre él mientras con las uñas trazaba senderos carmesí en su pecho. Aquella cópula no tenía nada de divino ni etéreo; era algo crudo, primitivo, de una intensidad animal. La mujer echó la cabeza hacia atrás y dejó a la vista el cuello, que él recorrió de inmediato con los dientes y la lengua. Emitían sonidos salvajes: gruñidos profundos y gemidos jadeantes que hacían vibrar el aire.

Me quedé allí plantada un segundo de más, hasta que comprendí lo que estaba viendo. Me sonrojé al instante; mi cuerpo había respondido a la escena antes de que pudiera detenerlo. Aparté la vista de inmediato y me apresuré a seguir andando por el pasillo, con tanta prisa que casi tropecé.

Dejé atrás más cuerpos entrelazados, en rincones y en habitaciones abiertas. La sociedad divina había abandonado toda afectación de recato, supuse. De pronto sentí un tirón en el vínculo, y los ojos se me fueron hacia la izquierda. Thatcher, sonriendo con pereza, se alejaba por un pasillo guiado por una mujer de rizos plateados que parecían flotarle sobre los hombros.

Puse los ojos en blanco.

Tenía que encontrar a Marx y asegurarme de que estuviera bien. Los efectos de lo que habíamos consumido la habían afectado más que a mí, y no me perdonaría que le pasara algo mientras yo perdía el tiempo compadeciéndome a causa de Xül.

Salí de nuevo al salón de baile y rebusqué entre la multitud. Vi a Kyren apoyado contra una columna, enfrascado en una conversación con otro competidor. Nuestras miradas se cruzaron y yo lo saludé con la mano, aliviada por ver un rostro amigo. Él me sonrió y me saludó a su vez, y me indicó con un gesto que me acercara.

Mientras iba hacia él miré alrededor a ver si localizaba a Xül, pero no lo vi entre los presentes, y tampoco a Nyvora. Lo que eso podía significar me provocó una nueva punzada de dolor en el pecho, pero deseché ese pensamiento. Sabía que él no sentía nada por ella, que quizá hasta la odiara, pero la noche se había convertido en un torbellino de hedonismo, y tampoco estaba segura de que eso fuera a detenerlos. El sexo por odio era muy excitante, o eso había oído decir. Dioses. Lo último que necesitaba era torturarme imaginando lo que podrían estar haciendo en algún rincón privado del palacio.

—¿Has visto a Marx? —le pregunté a Kyren en cuanto llegué hasta él, sin perder el tiempo en cortesías.

Recorrió la multitud con sus ojos oscuros.

—La última vez que la vi estaba ahí, de pie, mirando boquiabierta a Chavore y a Elysia, que…, bueno, estaban dando todo un espectáculo. —Al decirlo señaló un rincón en el extremo opuesto del salón de baile.

Miramos hacia allí, pero no había ni rastro de Marx, Chavore ni Elysia; solo más gente bailando o bebiendo, y más inmortales que se dejaban arrastrar por el momento.

—¿Necesitas ayuda para buscarla? —se ofreció, con el ceño fruncido por la preocupación.

—No. —Negué con la cabeza—. Disfruta de la velada. Ya la busco yo.

Sonrió y asintió.

Llamé a Thatcher a través del vínculo, que en ese momento parecía algo difuso.

«¿Dónde se ha metido Marx?».

Su respuesta, teñida de irritación, me llegó al instante.

«Se ha puesto a bailar con otro. Y, ahora, ¿te importaría hacer el favor de dejarme en paz? Estoy en mitad de un asuntillo».

Cerró el vínculo con más fuerza de la necesaria. Típico de mi hermano, disfrutar de los favores divinos mientras yo me preocupaba de nuestra amiga.

Seguí desplazándome por la multitud, cada vez más inquieta, hasta que, por fin, ¡por fin!, divisé a Marx. Bailaba con dos competidores, un hombre y una mujer que me sonaban vagamente de otros Juicios. Se movía con fluidez, desinhibida, y reía con una voz tan cristalina que atravesaba el jaleo circundante. Me pareció que estaba bien, disfrutando del momento, pero sin ningún peligro a la vista.

Como si hubiera notado que la observaba, se volvió y me clavó los ojos. Me lanzó una mirada traviesa que me dejó muy claro que estaba justo donde quería estar. Asentí, aliviada al comprobar que se encontraba bien y no necesitaba mi intervención.

Suspiré; de repente estaba agotada. Me abrí paso hacia el perímetro de la sala y me apoyé contra una fresca pared de cristal para recuperarme. Sentía que había recobrado el control, pero aún notaba bajo la piel aquella sensación eléctrica que zumbaba en sincronía con la música.

—Aquí estás.

La voz de Xül sonó a mi lado, suave como una sombra e igual de inevitable. Al volverme vi que también estaba recostado contra la pared. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? La luz hizo relucir los adornos de plata de su traje y me distrajo unos instantes.

—Te he estado buscando —siguió. Ya no había cólera en su voz,

ni preocupación, solo una oscuridad aterciopelada.

—Pues ya me has encontrado. —Desvié la mirada, con miedo de lo que pudiera leer en mis ojos.

—¿Qué te pasa? —preguntó bajando la voz.

Lo miré de reojo y a continuación me reprendí por ello.

—Nada —mentí—. Solo necesitaba apartarme un rato de todo este caos.

Me recorrió con la mirada de modo lento y deliberado.

—Esta noche tienes un aspecto etéreo —dejó caer—. Como si ya hubieras ascendido.

Suspiré y no pude contenerme.

—Creía que pensabas que enseñaba demasiado.

Se inclinó y, al contestar, me rozó la oreja con los labios.

—Que no quiera que todo el panteón te devore con los ojos —susurró— no significa que yo no disfrute mirándote.

Al oír esas palabras me atravesó un fuego líquido, una oleada de deseo tan poderosa que casi me cedieron las rodillas. Pero con ella llegó también un dolor punzante, el conocimiento de que aquello, fuera lo que fuese, nunca sería nada más que un instante fugaz.

—No hagas eso —siseé—. Esta noche ahórrate esos jueguecitos que te traes conmigo.

—Debo entregarme a ciertos juegos, sí —reconoció; atrapó entre los dedos un mechón de mi pelo y lo retorció con aire distraído—. Pero no esta noche. Y no contigo.

Suspiré con fuerza y lo miré para tratar de averiguar si me engañaba.

Extendió la mano con la palma hacia arriba.

—¿Por qué no buscamos un sitio más privado donde podamos

hablar?

En contra de lo que me dictaban la razón y el sentido común, deposité la mano en la suya.

Y un instante después me arrastraba hacia lo desconocido.

CAPÍTULO 43
DÉJATE LLEVAR Y ARDE

Xül me guio por el laberinto de Lunadaire a través de pasillos que giraban y se adentraban en la oscuridad. Me sujetaba la mano con firmeza y el calor de su piel ofrecía un contrapunto al aire fresco que susurraba a nuestro alrededor. Nos desplazábamos en silencio y los sonidos de la celebración se hacían más tenues a cada paso que dábamos, hasta que solo quedó el roce de nuestros pasos en el mármol.

Por fin se detuvo frente a una puerta, aferró el pomo y la abrió.

—Tú delante —murmuró.

Dudé en el umbral, consciente de pronto de la incertidumbre de lo que acechaba más allá.

—Xül…

—Solo quiero hablar —insistió, y me indicó con un gesto que entrara.

El corazón me martilleaba las costillas como un prisionero frenético que sacudiera los barrotes de su celda. «Un prisionero estúpido e imprudente». A pesar de mis reparos, la curiosidad me

empujó a traspasar la puerta, que se cerró a nuestro paso con un suave chasquido.

La habitación se desplegó frente a mí: niebla y luz de luna que danzaban sobre las paredes llenas de adornos, una cama enorme cubierta de sedas doradas. En una pared había un espejo que llegaba del suelo al techo, enmarcado por hileras retorcidas de perlas semejantes a enredaderas congeladas en el tiempo. A mi lado había una cómoda repleta de aceites, perfumes y otros líquidos en frascos de cristal.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunté.

Dio media vuelta y se quitó la capa.

—Porque estoy harto de fingir.

Mis ojos se fijaron en la camisa negra que se estiraba sobre su ancha espalda.

—De fingir… ¿qué?

—Que no te deseo.

Cuatro palabras. Cuatro palabras que había anhelado tanto oír…

—Acabas de anunciar tu compromiso, Xül —le recordé, y la frase me supo amarga en la boca—. A toda la sociedad divina.

—Política —respondió con desprecio mientras se desabrochaba los gemelos—. Solo eso.

—¿Y esto? —Señalé el espacio que nos separaba, la habitación diseñada con un único y evidente propósito—. Esto, entonces, ¿qué es?

Se me acercó; cada paso que daba reducía la distancia entre nosotros. No me tocó, aunque todas las terminaciones nerviosas de mi piel lo pedían a gritos.

—Esto —dijo, con una voz grave que me resonó en los huesos—

es lo único sincero de todo este reino.

Su olor me envolvió, pero no eran la madera oscura y los cítricos de siempre. Era un aroma más intenso, como a hierbas, humo y miel. Casi demasiado dulce.

—¿Sabes lo que es —murmuró— desear aquello que no deberías?

«Sí —pensé—. A ti».

Levantó la mano y me la acercó a la cara. No sentir su contacto resultaba más enloquecedor de lo que sería cualquier caricia suya.

—Cada vez que entras en una sala —dijo con voz aún más grave, y por fin me tocó la garganta—, lo siento como una fuerza física. Cada vez que hablas, tu voz me llama como si fuera el único sonido que importase. —Su otra mano se me posó en la cintura, al principio con cautela, luego con más firmeza al ver que no me apartaba—. He intentado resistirme, enterrar esos sentimientos.

—Y, sin embargo, aquí estamos —susurré. Mi propia voz me resultó irreconocible.

—Efectivamente, aquí estamos —convino.

Me hizo retroceder hasta que pude ver nuestro reflejo en el enorme espejo: mis ojos muy abiertos y oscuros de deseo, la piel sonrojada, los labios entreabiertos. Su corpulencia envolvía la mía.

—Dime que tú no lo sientes también. —Su respiración cálida me acarició la oreja—. Dime que por la noche, en la cama, no piensas en el contacto de mis manos en tu piel, imaginando mi boca en la tuya.

Un calor intenso se desbordó desde lo más profundo de mi ser.

—No puedo —confesé a regañadientes—. No puedo decírtelo.

Entrelazó los dedos en mi pelo y me subió la cabeza para que lo

mirase a los ojos.

—Entonces, deja de resistirte —me apremió—. Deja de fingir que no estás justo donde te gustaría estar.

—Sigo siendo mortal, Xül —le recordé. Una última protesta poco convencida—. Esto está prohibido.

—Esta noche no —respondió—. Esta noche podemos tener lo que deseemos.

—¿Cómo…?

Me sujetó la cara con las manos.

—Te deseo a ti, Thais. —Me acarició los pómulos con los pulgares—. Ahora.

La confesión me dejó muda. Le apoyé las manos en el pecho y sentí su fuerza y su solidez bajo la ropa de gala, el ritmo regular de su corazón.

—¿Por qué me dices todo esto?

—Cuando te he visto con Axel… —Su mirada se tornó salvaje—. Con las manos encima de ti, la boca junto a tu oído… Te he visto sonreírle como me sonríes a mí. —Me hundió los dedos en el pelo—. Y me he dado cuenta de que no podía soportarlo, que no podía aceptar la idea de que él, ni nadie más, te tocase.

—No tienes derecho a ponerte celoso —protesté, aunque saberlo me excitó.

—Ninguno —convino, con los labios curvados en una sonrisa depredadora—. Pero aquí estoy, consumido por los celos. —Su boca se movía sobre la mía, sin llegar a tocarla—. Dime que me detenga —me retó, con la voz ronca por el esfuerzo de resistirse—, que te lleve de vuelta al baile, y no volveremos a hablar de esto nunca más.

Tendría que haberlo hecho. Debería haber recordado mi orgullo,

mi objetivo, el juego mortal en el que todavía estaba involucrada.

Pero lo que hice fue cerrar los dedos alrededor del tejido de su camisa y susurrarle:

—No te atrevas a detenerte.

Se le escapó un gruñido y se abalanzó sobre mí. La idea de controlarse se había desvanecido. Me sujetó por la cintura y me hizo girar tan deprisa que se me nubló la vista. El choque de mi espalda contra la cómoda lanzó frascos de cristal por todos lados. De algunos de ellos escapó mercurio, que trazó senderos líquidos por el mármol.

—Te voy a quemar viva, Thais —gruñó con voz ronca—. Para compensar todo el tiempo que hemos perdido.

Sus labios se apoderaron de los míos; me atrapó el inferior entre los dientes, con tanta fuerza que me hizo sangre. Aquel sabor metálico se mezcló con el suyo, a hierbabuena y a licor. Mi cuerpo respondió con una fiereza similar. Le clavé las uñas en la espalda y rasgué el fino tejido de la camisa hasta que los botones rodaron por el suelo.

La sensación empezó como un temblor en el vientre y luego se extendió, caliente, dolorosa; me consumía por completo. Era una calidez más intensa de lo que me esperaba. Dioses, de verdad me iba a quemar viva. El recuerdo distante de un aviso me cruzó la mente, pero la sensación de sus manos en mi cuerpo lo ahogó y lo hizo desaparecer.

El sonido de la tela al rasgarse atravesó el aire cuando cerró las manos sobre mi vestido y me lo arrancó de la cintura a los pies. El aire fresco me besó la piel desnuda, como un respiro momentáneo de la fiebre que despertaba en mi interior, pero, a continuación, su

boca trazó un sendero ardiente en mi clavícula que me dejó sin aliento.

—Esto era lo que querías, ¿verdad? —exigió saber. Me sentó en el borde de la cómoda y, con las manos, me separó los muslos para adueñarse del espacio que había entre ellos—. Dímelo, Thais. Dime que tu cuerpecito mortal me ha deseado desde que te saqué de aquel baile.

—Sí —jadeé sin orgullo, sin pretextos. Lo sujeté por los hombros y sentí el poder que se agazapaba bajo su piel. El calor se hizo más intenso, y se me formaron gotas de sudor en la línea del cabello, entre los senos. Demasiado calor.

—Dioses —gemí.

Su risa fue macabra, casi cruel.

—Estoy aquí. —Los dedos me rozaron el interior de los muslos y se detuvieron antes de llegar adonde yo más ansiaba—. No hace falta que me llames.

Se arrodilló frente a mí y me sujetó los muslos con tanta fuerza que me dejó marcas. Los separó aún más para exponerme por completo a su mirada hambrienta. El espejo reflejó nuestra imagen, mi silueta desgreñada en el borde de la cómoda, y él arrodillado frente a mí como un devoto frente a un altar de carne.

—Mira —murmuró. Su aliento caliente se derramó por mi parte más sensible—. Fíjate en lo mucho que te traiciona tu cuerpo.

El calor que sentía bajo la piel se hizo de pronto más intenso, incluso doloroso. Gemí. Algo no iba bien. La habitación era un horno.

Xül no pareció darse cuenta. Toda su atención estaba centrada en el espacio que había entre mis muslos.

—Suplícamelo —me ordenó, con la boca a corta distancia de

donde yo la deseaba—. Suplícame que te saboree.

El calor arreciaba y la piel me hormigueaba con una incomodidad casi dolorosa. Eché la cabeza hacia atrás para apoyarla en la fresca superficie del espejo y aliviar el fuego que pretendía consumirme desde el interior. ¿Me estaba quemando otra vez?

Cuando toqué la pared con la cabeza, oí un susurro fantasmal.

«Todo esto es una ilusión». Era una voz que sonaba a piedra pulverizada y tierra antigua. Una voz que había oído muchas veces, en la costa de Draknavor. En la prisión. En el claro.

Una voz que pertenecía a un condenado. Y que solo tenía un amo.

«Este es el tercer Juicio, Thais. ¡Sal de ahí ahora mismo!».

El hielo remplazó al fuego en mis venas, y me atravesó un ramalazo de comprensión súbita. Abrí los ojos y miré de modo instintivo hacia arriba; sobre nosotros flotaba un portal de visualización cuyos bordes se ondulaban.

Bajé la vista y vi a Xül, que no era Xül, mirándome expectante, con la boca lista para adueñarse de la parte más íntima de mi anatomía. Pero en sus ojos no se veía la profundidad, la tristeza arcana que definía al auténtico guardián. Eran inertes, vacíos, como vidrios pintados.

Me invadió el horror, y entonces lo entendí. «El deseo consume». «Déjate llevar y arde». No eran avisos; eran reglas.

«Nada es lo que parece».

Me aparté con rapidez y estuve a punto de caerme de la cómoda en mi prisa por alejarme de aquella cosa que había adoptado el aspecto de Xül. Estiró la mano hacia mí; la confusión había sustituido a la avidez en sus ojos vacíos.

—¿Thais? —preguntó, con una imitación tan perfecta de su voz que me produjo un escalofrío—. ¿Te pasa algo?

—No eres real —contesté—. Nada de esto es real.

Los labios de la ilusión se torcieron en una sonrisa cruel.

—Chica lista —ronroneó. Se puso en pie con una gracia antinatural—. Pocos se dan cuenta antes de arder.

Con un grito que combinaba la cólera con la desesperación, me abalancé hacia la puerta. Cerré los dedos alrededor del pomo y, durante un terrible instante, temí que hubieran cerrado con llave. Pero se abrió, y yo me lancé al pasillo sin atreverme a mirar atrás.

Corrí sujetándome los restos del vestido contra el pecho, perseguida por una risa fantasmagórica que despertaba ecos a mi paso.

«Thatcher». Tenía que encontrar a Thatcher.

CAPÍTULO 44
CUANDO EL PARAÍSO SE DERRUMBA

El corazón me golpeaba las costillas con fuerza mientras volvía corriendo por el pasillo; la elegante arquitectura que unos instantes atrás me resultaba arrebatadora se había convertido en un laberinto de muerte. El sudor me resbalaba por la frente, y aún notaba el calor en la piel.

—Thatcher —susurré. Alargué la mano a través de nuestro vínculo, pero lo encontré nebuloso, como envuelto en el humo que se arremolinaba por los pasillos.

¿Qué puerta sería? ¿Detrás de qué puta puerta había desaparecido? Todas me parecían idénticas. Intenté recordar el destello de pelo plateado, por dónde había ido, cualquier cosa que pudiera guiarme hasta mi hermano antes de que…

Antes de que estallara en llamas.

Entonces me llegó un olor, tan visceral e inmundo que me revolvió el estómago.

Carne quemada.

Caminé dando tumbos hacia una puerta abierta, atraída por

algún instinto morboso que no sabía identificar. Lo que vi se me quedó grabado a fuego en la memoria.

Un competidor se retorcía sobre una cama con sábanas de seda que se convertían en cenizas a toda velocidad. Arqueaba la espalda en algo que podría tomarse por éxtasis si no fuera porque se le estaba derritiendo la piel; se desprendía en fragmentos negruzcos que siseaban y burbujeaban. Las llamas le lamían las extremidades, consumiendo todo cuanto tocaban. Debajo de él, una ilusión parpadeó y se desvaneció; una réplica perfecta de algún ser divino, que se disolvió en el aire mientras su víctima se quemaba viva.

El competidor abrió la boca en un grito mudo, con los labios ya tan carbonizados que resultaban irreconocibles. Los ojos… Por los dioses, los ojos seguían intactos y sobresalían de las órbitas.

La bilis me abrasaba la garganta. Aparté la vista y retrocedí a trompicones. Se me enganchó el talón y tuve que sujetarme a la pared, con las manos temblorosas, para no caerme.

Miré hacia abajo.

Se me detuvo el corazón.

Olinthar yacía en el suelo de mármol, con su hermoso rostro congelado. Una espada estelar, mi espada estelar, le sobresalía del pecho, hundida hasta la empuñadura en el lugar exacto en el que tantas veces había soñado con clavarla. Su sangre, negra y viscosa, formaba un charco alrededor de la herida y se extendía en un círculo perfecto, demasiado simétrico.

El grito que pugnaba por salir de mi garganta se cortó en seco cuando comprendí algo terrible: aquello no era real. Era mi ilusión, creada a partir del secreto que guardaba con mayor celo. La venganza que anhelaba.

Mi deseo oculto, hecho realidad.

Me empapó un horror frío que disipó el pánico con algo mucho peor. Los portales de visualización. Si podían ver las ilusiones, si todo Voldaris me observaba en aquel momento…, todo el mundo se habría enterado. Mi secreto más preciado, la oscuridad que había conseguido ocultar durante los dos primeros Juicios, había quedado al descubierto.

Todos podían ver lo que era en realidad. Lo que quería en realidad.

Me fallaron las piernas y caí de rodillas junto al falso cadáver. Me subió más bilis a la garganta.

Vergüenza. Culpa. Dolor.

Estaba desenmascarada.

El aire se comprimió a mi alrededor y me oprimió los pulmones hasta que fui incapaz de respirar. Me levanté a duras penas, obligando a mis piernas a moverse, aunque las sentía de plomo, para apartarme de la prueba de mi deseo más oscuro. Ya no importaba nada. Ni el Juicio ni la corte divina. Nada, excepto…

—¡Thatcher! —grité, tanto en voz alta como a través de nuestro vínculo. Seguí adelante, forzándome a llegar más allá del espanto del cadáver de Olinthar, más allá de las estancias de las que surgían más gritos, en las que se abrasaban más personas.

El olor se había hecho abrumador, una mezcla de carne y pelo quemados que me impregnaba la lengua y las fosas nasales, que se me metía hasta por los poros. Intenté no vomitar, no preguntarme qué…, a quién estaba oliendo.

Abrí una puerta tras otra, pero no revelaban más que estancias vacías o escenas demasiado espantosas para asimilarlas. A

continuación, las cerraba a portazos. Cada vez me movía más deprisa; la desesperación me otorgaba velocidad.

—¡Thatcher, contéstame de una vez! —Ya no podía sentirlo; no podía percibir aquella presencia familiar que me había acompañado desde antes del nacimiento.

Abrí otra puerta de golpe, lista para presenciar más muerte, más fuego.

En lugar de eso, encontré a mi hermano.

Thatcher estaba sentado en una silla ornamentada, sin camisa. La piel, muy pálida, le brillaba a causa del sudor que se evaporaba tan pronto como surgía. De espaldas a mí, a horcajadas en su regazo, la mujer de pelo plateado que había entrevisto antes se movía contra él. Thatcher le agarraba las caderas y echaba la cabeza hacia atrás, con aire de abandono.

Pero su piel resplandecía desde dentro, una luz roja que se acumulaba bajo la superficie, y desde cada punto de contacto entre ellos se elevaba el vapor. Vetas de fuego se abrían paso a través de sus ojos.

—¡Thatcher! —grité, lanzándome hacia delante.

Se volvió hacia mí, con movimientos torpes y cara de aturdimiento. Vi en su expresión que me reconocía mientras luchaba por liberarse del hechizo que se había apoderado de él.

—Estamos en el tercer Juicio —jadeé avanzando trabajosamente hacia él, con la mano extendida— ¡Esa mujer no es real!

Lo agarré del brazo y el contacto casi me hizo gritar. Tenía la piel tan caliente que me quemaba la palma. Pero me negué a soltarlo y lo arrastré para levantarlo de la silla, para alejarlo de la amante fantasmal. Esta ya empezaba a desvanecerse; sus facciones

perfectas se derretían como si fuesen de cera, para revelar la nada que había debajo.

—¿Thais? —dijo con voz ronca, confuso—. ¿Qué está pasando?

—Después —jadeé, tirando de él hacia la puerta—. Ahora tenemos que irnos corriendo.

El pasillo se había transformado durante aquel breve tiempo. Los elegantes corredores eran conductos que transportaban el calor, con llamas que lamían las paredes y lo consumían todo a su paso. El techo emitía crujidos siniestros.

Mientras avanzábamos a duras penas por el creciente infierno, unas letras me llamaron la atención: una inscripción dorada que parecía flotar sobre las llamas:

CUANDO EL PARAÍSO SE DERRUMBA, TAN SOLO QUEDA EL CIELO.

Tenía que descifrar aquellos mensajes, encontrar las pautas ocultas en la críptica poesía. Era necesario escapar de aquel palacio en llamas, eso estaba claro. Pero ¿cómo? Estábamos flotando en las putas nubes.

Thatcher parecía recobrar la lucidez con cada paso, y el fulgor antinatural de sus ojos se iba desvaneciendo.

—El salón de baile —graznó, ronco por el humo—. Tenemos que encontrar a los demás.

Nos abrimos paso entre las paredes derruidas, agachándonos por debajo de vigas caídas y saltando por encima de zonas en las que el suelo había cedido y dejaba a la vista el abismo insondable de debajo. Cuando por fin llegamos a la enorme sala de baile, estaba irreconocible: no quedaba ni rastro del lugar festivo que era antes. Aquellas hogueras tan decorativas se habían desbordado y

consumían todo cuanto quedaba a su alcance.

El espacio estaba vacío de gente, pero lleno de destrucción. Las lámparas de araña se habían estampado contra el suelo, y sus cristales rotos salpicaban el mármol. Las elegantes cortinas se habían convertido en pasto de unas llamas que subían por ellas y destrozaban el techo abovedado.

—Por aquí —le dije al ver un pasillo en el que parecía haber menos fuego que en los otros. Apenas habíamos dado unos pasos cuando Thatcher se quedó rígido junto a mí.

—¿Thatcher? —Giré para seguir su mirada.

Allí, invulnerables a las llamas, se alzaban dos figuras que hicieron que se me parase el corazón. Una mujer de pelo oscuro con los mismos ojos añil que nosotros. Y, a su lado, Sulien.

—No —susurró Thatcher, con la voz quebrada—. Nos dicen que vayamos por ahí. —Señaló un pasillo envuelto en llamas, hacia el que las dos figuras, con expresión preocupada y cariñosa, hacían gestos apremiantes.

Vacilé un instante. El rostro de la mujer, el rostro de mi madre, era tal como me lo imaginaba en mis noches más oscuras. Nos ofrecían la familia que se nos había arrebatado, la vida que deberíamos haber tenido.

Una viga nos cayó cerca y lanzó una ráfaga de chispas por el suelo, entre nosotros. Aquello dio al traste con mi debilidad momentánea.

—No son reales. —El humo me abrasaba los pulmones—. Son ilusiones, igual que todo lo demás.

Aun así dio un paso hacia ellos, con una mirada de anhelo descarnado que me hirió más que ninguna espada. Lo agarré del

brazo y lo aparté de aquella familia fantasmal que nunca había sido la nuestra.

—No son reales —repetí, y en esa ocasión el dolor se filtró en mis palabras—. Ojalá lo fueran. Dioses, ojalá lo fueran.

Hubo algo en mi voz que le llegó allí donde la lógica había fracasado. Vi la derrota en su cara, que a continuación se volvió cuidadosamente inexpresiva, la vulnerabilidad encerrada tras unos muros que yo conocía muy bien.

—Si intentan llevarnos por ahí —dije, señalando con un gesto el pasillo envuelto en llamas—, tenemos que ir en sentido contrario.

Asintió y me siguió.

Seguimos avanzando, alejándonos de nuestros fantasmas, hacia un corredor que parecía algo más seguro. El humo era tan denso que cada respiración resultaba una lucha. Me cubrí la nariz y la boca con los jirones de mi vestido.

Entonces, por encima del rugido de las llamas, oí unos gritos:

—¡Marx! ¡Escúchame, por lo que más quieras! —La voz era inconfundible incluso en medio del caos.

—Kyren. —Puse rumbo hacia el sonido. Al doblar una esquina lo encontramos arrodillado junto a una figura en posición fetal. Su rostro, por lo general estoico, estaba deformado por el dolor.

Marx estaba hecha un ovillo, con su precioso vestido rasgado y manchado de hollín, y los sollozos le sacudían el cuerpo.

—Han muerto por mi culpa —repetía una y otra vez—. Los dos competidores… Los maldije, Kyren. Yo solo quería mirar, pero han estallado en llamas por mi culpa. Hacía tanto tiempo que no perdía el control de esta manera…

—No, Marx, no ha sido culpa tuya —insistió Kyren, tratando de

ponerla en pie—. Vamos, levántate. Tenemos que irnos.

Corrí hacia ellos y me arrodillé a su lado.

—¡Marx! —le cogí la cara entre las manos para que me mirase—. Estamos en el tercer Juicio. Ponen a prueba nuestros deseos, nuestras debilidades. —Me volví hacia Kyren—. Tenemos que encontrar una salida.

Me miró a los ojos con lúgubre comprensión.

—Supe que algo marchaba mal en el momento en que aparecieron las ilusiones —dijo—. Soy capaz de distinguir en todo momento la realidad de la apariencia. Os he estado buscando a los tres desde que se han desatado los incendios.

Juntos conseguimos levantar a Marx. Thatcher no dejaba de mirar hacia atrás, por donde habíamos llegado, como si las falsas imágenes de nuestros padres siguieran allí, a la espera de su regreso.

Marx se paró en seco, sobresaltada, y volvió la cabeza. Seguí su mirada y lo vi: un joven rodeado de humo, sereno a pesar del caos que nos rodeaba. Tenía el pelo oscuro y una mirada afable, y tendía una mano hacia nosotros.

—¿Finn? —El nombre salió de los labios de Marx casi como un sonido gutural.

Se zafó de mi agarre y avanzó a trompicones hacia la figura. El hombre, Finn, le sonrió, sin que su expresión apacible vacilase mientras le hacía señas para que se acercara. Se dirigía hacia atrás, hacia la zona en la que las llamas eran más intensas.

—¡Marx, no! —Me abalancé tras ella y la cogí del brazo cuando estaba a punto de alcanzarlo—. ¡No es real!

—¡Suéltame! —dijo con la voz quebrada, intentando liberarse—.

Está ahí mismo… ¡Espérame, Finn!

La ilusión seguía haciéndole señas, sonriente, para atraerla hacia el fuego.

—Mírame, Marx. —Le sujeté la cara con las dos manos y la obligué a mirarme a los ojos—. Finn murió. Tú misma nos lo dijiste: lo mataron los sacerdotes. No es él.

—No. —Las lágrimas le corrían por la cara, dejando surcos en la ceniza y la suciedad—. No, está… Está ahí mismo. Ha vuelto a por mí. Siempre dijo que volvería…

—El Juicio utiliza tus recuerdos en contra tuya —dije con voz entrecortada mientras la abrazaba con más fuerza. La sentí desmoronarse entre mis manos, temblorosa—. A Thatcher y a mí nos ha mostrado a nuestros padres. Todo el mundo ve lo que más desea. Nada es real.

Las piernas de Marx cedieron. La cogí al desplomarse, aferrada a mi camisa mientras los sollozos sacudían su cuerpo.

—No pude salvarlo —susurró contra mi hombro—. Me quedé plantada y dejé que…

—Intentabas sobrevivir. —La abracé con más fuerza; me ardían los ojos—. No tienes por qué avergonzarte.

La ilusión de Finn aguardaba paciente entre el humo, todavía sonriendo, todavía esperando.

—No habla —dijo Marx con voz hueca—. Finn no se callaba ni debajo del agua. Siempre tenía algún chiste malo…

—Porque no es él —dije con suavidad.

Marx se apartó y se secó la cara con manos trémulas. Miró hacia la ilusión una vez más, y vi cómo se le endurecían los ojos con la determinación que la había mantenido con vida todos aquellos años.

—Que te den —le dijo al falso Finn.

La ilusión parpadeó y su sonrisa vaciló un instante, pero luego siguió haciendo señas para invitarla a acercarse.

—Tenemos que irnos —insistió Kyren desde detrás de nosotros—. El fuego se está extendiendo.

Marx asintió y se dejó apartar, pero sus ojos seguían volviendo hacia Finn, rodeado de humo.

—No mires atrás —susurré—. Eso solo lo empeora.

—¿Lo dices por experiencia? —preguntó, aunque su intento de humor cayó en saco roto.

—Sí —reconocí—. En efecto.

Kyren y yo cogimos las respectivas muñecas de Marx y Thatcher y seguimos adelante, en busca de cualquier ruta a un lugar seguro.

—¡Ahí! —Kyren señaló una enorme puerta que se alzaba ante nosotros, de la que surgían densas columnas de humo—. Tiene que ser una salida.

Estábamos a punto de llegar cuando nos detuvo un grito desesperado.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude, por favor!

Un competidor que me sonaba vagamente estaba frente a una mujer atrapada bajo una viga caída, que tendía una mano hacia él con el rostro convertido en una máscara de dolor y terror.

—Es otra ilusión —murmuró Kyren.

—No te preocupes; te salvaré —sollozó el hombre, tirando de la viga con todas sus fuerzas. Al ver que nos acercábamos se le iluminó la cara—. ¡Ayudadme a levantar esto! ¡Se va a morir!

Kyren soltó el brazo de Marx y se lanzó hacia él, pero no para ayudarlo con la viga. En vez de eso, lo agarró por la camisa y tiró

hacia atrás en el momento en que se derrumbaba otra sección del techo. Les pasó a menos de un palmo.

—¡Suéltame! —aulló el hombre, forcejeando—. ¡Me necesita!

—No es real —insistió Kyren, esforzándose por sujetar al otro hombre, más corpulento—. Es una ilusión.

—Debemos irnos —insistí con la vista fija en la puerta que teníamos delante, aunque al otro lado solo se veían nubes y estrellas —. ¡Ahora mismo!

Pero Kyren no se daba por vencido.

—No pienso dejarlo aquí —gruñó sin dejar de retener al competidor, cada vez más violento—. Moriría.

A pesar de que todos los instintos me pedían a gritos que huyera, que me salvara a mí y a mis seres queridos, me sorprendí agarrando el otro brazo del hombre. Entre los dos lo arrastramos a la salida; sus gritos de protesta se mezclaban con el rugido de las llamas y los gemidos del palacio que se desplomaba a nuestro alrededor.

Cruzamos el umbral a toda velocidad justo cuando una explosión sacudía el edificio a nuestras espaldas, y la onda expansiva nos impulsó hacia delante, a una amplia terraza. El competidor cayó de rodillas, abandonando el impulso de luchar mientras se desplomaba entre sollozos.

Durante un momento, todos nos limitamos a respirar a bocanadas; el aire limpio era una bendición tras aquellos pasillos cargados de humo. Después, muy despacio, miré a mi alrededor.

La terraza flotaba en el cielo, rodeada tan solo de las nubes y el centelleo lejano de las estrellas. Detrás de nosotros ardía el palacio; las llamas crecían a cada segundo que pasaba. Ante nosotros se

extendía… el vacío. Un vacío infinito.

—Las reglas —jadeé, recordando las letras doradas que había visto— estaban escritas en las paredes. «Cuando el paraíso se derrumba, tan solo queda el cielo» —recité la críptica frase.

Kyren abrió mucho los ojos.

—Tenemos que saltar —dijo con una tranquilidad que contrastaba con lo descabellado de la sugerencia—. No hay otra forma de seguir adelante.

—¿Saltar? —repitió Marx—. ¿Hacia dónde?

—O saltamos, o nos abrasamos —dijo Thatcher en voz baja, con la vista fija en las llamas que amenazaban con envolvernos—. ¿O tenemos alguna otra opción?

Una punzada de pánico me atravesó el pecho. Si nos equivocábamos, todos nos precipitaríamos hacia la muerte, y tanto los competidores como el Juicio acabarían con un solo error fatal. Pero la seguridad de Kyren era contagiosa, y, dado que el calor se intensificaba, las opciones se reducían a cero.

Di media vuelta para incluir al otro competidor en nuestro plan desesperado, pero el lugar donde se había arrodillado estaba vacío.

—¿Dónde se ha…? —comencé, girando en redondo.

El mundo pareció detenerse cuando lo vi. Tenía el rostro contorsionado por el dolor y la rabia, y un trozo de metal de bordes irregulares flotaba delante de él, apuntando a Kyren. Me abalancé hacia allí, pero ya era tarde.

El metal golpeó la sien de Kyren con un ruido sordo que me revolvió el estómago. Abrió los ojos como platos por la sorpresa, y un sonido de desconcierto escapó de sus labios antes de que se desplomara hacia atrás. Ya le brotaba sangre de la herida.

—¡No! —grité, y me lancé hacia él. Le recorrí con las manos el rostro, el cuello, buscando con desesperación un pulso que ya no latía. Sus ojos miraban sin ver el cielo tachonado de estrellas.

La furia estalló en mi interior, ardiente y devoradora. Me levanté con un movimiento fluido mientras creaba una espada estelar y me arrojé contra el competidor.

Lo derribé y le puse la espada contra la garganta, con la fuerza suficiente para trazar una fina línea de sangre, pero no para matarlo.

—Te había salvado la vida, maldito idiota —rugí con una voz que me costó reconocer—. Te había sacado de allí cuando podría haberte dejado arder.

El hombre tenía los ojos enrojecidos por el llanto, pero en ellos no había remordimiento, solo una ira vacía.

—No me dejó salvarla —dijo con voz entrecortada—. Mi esposa… ahora está muerta por su culpa.

Apreté la hoja con más fuerza, sintiendo su pulso bajo el filo. Sería tan fácil… Un tajo rápido y pagaría por lo que había hecho. Kyren quedaría vengado.

Pero, a pesar de la rabia, me di cuenta de que estaba demasiado ido para razonar, sumido en un dolor que lo consumía tanto como las llamas habían consumido a otros.

—¡Thais! —La voz de Thatcher atravesó mis divagaciones asesinas—. ¡Se acerca el fuego! ¡Ahora o nunca!

Volví la cabeza y vi que las llamas lamían el borde de la terraza. La decisión estaba tomada por mí.

Tras una última mirada de repugnancia hacia el hombre destrozado que yacía a mis pies, me puse en pie de un salto y corrí a reunirme con Thatcher y Marx. Detrás de nosotros, el hombre no

hizo ademán de seguirnos; continuaba donde lo había dejado, como si esperase a que las llamas también se lo llevaran a él.

Los tres nos paramos al borde del precipicio, mirando hacia abajo, donde no se veía más que una extensión interminable de nubes y estrellas. Thatcher cogió mi mano con la derecha y la de Marx con la izquierda, para que saltáramos juntos.

—Si esto no funciona —dijo Marx con la voz más firme que había oído desde que la encontré—, solo quiero que sepáis…

—Déjalo —interrumpió Thatcher—. Ya nos lo dirás cuando hayamos sobrevivido a esto.

Cruzamos una última mirada.

Entonces, juntos dimos un paso hacia el borde del mundo y nos precipitamos al abismo que aguardaba debajo.

CAPÍTULO 45
EL ATERRIZAJE

Caíamos.

Era una verdadera caída libre. El viento me agitaba la ropa y el pelo, me gritaba en los oídos, mientras nuestros cuerpos atravesaban nubes y cielo.

Al principio tenía los ojos abiertos y veía el palacio incendiado hacerse cada vez más pequeño allí arriba; sus llamas doradas eran una pira funeraria recortada en la noche. Yo seguía cogida de la mano con Thatcher; a su otro lado, los aullidos de Marx habían dado paso a un silencio conmocionado, y su cuerpo era un borrón en movimiento.

El tiempo se estiraba y comprimía, imposible de medir. ¿Segundos? ¿Minutos? No había punto de referencia en el infinito negroazul, solo el aire que arreciaba cada vez más frío, la presión que me azotaba la piel mientras nuestro picado se hacía más y más rápido.

Me pregunté si no habríamos malinterpretado las reglas, si no estarían poniendo a prueba la capacidad de sacrificio en vez de la

contención. Quizá no nos esperase la salvación, sino el impacto inevitable.

O quizá fuéramos a caer eternamente.

Cerré los ojos en busca de un resquicio de paz en los que tal vez fueran mis últimos momentos. Mis pensamientos se dispersaban como las nubes que atravesábamos: retazos de recuerdos, de remordimientos, de cosas que habían quedado sin decir y sin hacer.

Pero, si aquello era la muerte, por lo menos no estaba sola.

Entonces se produjo un cambio en el aire que nos rodeaba; noté la presión contra la espalda, algo que frenaba nuestro descenso de forma tan brusca que se me sacudió todo el cuerpo. Por un instante de desconcierto pensé que nos habíamos estampado contra el suelo, pero no hubo un impacto ni un dolor desgarrador, solo una extraña sensación de estar acunada por el aire.

La caída se había ralentizado. El estómago se me subió a la boca mientras flotábamos y, por último, llegamos a tierra firme con una suavidad inesperada.

Me fallaron las piernas, desprevenidas ante la repentina estabilidad. Me puse de rodillas, respirando entrecortadamente mientras mi cuerpo recordaba cómo existir en un mundo con límites.

—¿Qué cojones…? —me llegó la voz de Thatcher por encima del zumbido de mis oídos—. Mira, Thais.

Levanté la cabeza, parpadeando para disipar la humedad con que el viento me había llenado los ojos…, y me quedé paralizada.

Estábamos en la terraza desde la que acabábamos de saltar, salvo por el hecho de que no había llamas, destrucción ni el menor rastro del infierno que consumía el palacio poco antes. La elegante arquitectura resplandecía inmaculada y perfecta a la luz de las

estrellas.

Pero lo que más conmocionada me dejó fueron las figuras que nos observaban alineadas en la terraza: las Leyendas y los aesymar del baile, todos ellos ilesos y ataviados con sus mejores galas, como si hubieran estado esperando nuestra llegada a modo de perverso comité de bienvenida.

Frenética, pasé la mirada de un rostro a otro en busca de guardias, de algo que me indicara que estaban a punto de prenderme. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron, listos para huir, aunque no había vía de escape. Tenían que haber visto la ilusión del cadáver de Olinthar, mi espada estelar clavada en su pecho, la prueba de mi más oscuro deseo de venganza. Si los portales de visualización habían mostrado mi vergüenza a las masas de Voldaris, sin duda la justicia sería rápida y despiadada.

—No era real —susurró Marx a mi lado, con la voz quebrada—. Nada de eso era real.

Pero aquello no era cierto del todo. El terror había sido real. Las decisiones habían sido reales. Y mi deseo de clavar una espada en el corazón de Olinthar… Eso también era real.

Sin embargo, no se me acercó nadie. Ningún dedo acusador me apuntaba. Las Leyendas continuaron con sus conversaciones sin apenas dedicarnos una mirada.

Recorrí con la vista los rostros de los competidores que habían superado el Juicio antes que nosotros. Nueve en total, incluidos Marx, Thatcher y yo.

Kyren debería haber sido el décimo. Noté una opresión en el pecho al pensar en él. Había estado a punto de lograrlo.

En el extremo más alejado de la terraza, por encima de los

congregados, se alzaban dos tronos. Los seres que los ocupaban no podían ser más distintos entre ellos, pero tenían en común un aura de poder antiguo y terrible. Dos de los Doce.

La mujer de la izquierda era la personificación de la belleza etérea: una piel pálida que resplandecía con dibujos ondulantes, un pelo tan blanco que lanzaba destellos opalescentes y unos intensos ojos dorados. Su vestido cambiaba de un estado a otro; algunas partes se volvían casi transparentes antes de volver a solidificarse. Syrena, aesymar de los sueños y las ilusiones. Tenía que ser ella.

El otro trono estaba ocupado por Pyralia, aesymar del fuego y la pasión. Mientras que Syrena era fluida, Pyralia era una fuerza salvaje y definida, con la piel del intenso color bronce de la tierra abrasada por el sol y un cabello en el que los tonos del fuego parecían alternarse con cada sutil movimiento. El vestido que fluía por sus curvas parecía estar hecho de magma.

Cómo no. Ilusiones y pasión. La combinación perfecta para crear un Juicio basado en los deseos ardientes.

—Competidores —la voz de Syrena se impuso sobre los murmullos y los acalló al instante—, os presentáis ante nosotros como supervivientes del tercer Juicio, el de la contención.

—Algunos han ardido —continuó Pyralia—. Consumidos por deseos que no sabían dominar, por ilusiones que habían decidido creer reales a pesar de nuestras advertencias.

—Otros han intentado huir —añadió Syrena—, pero no había escapatoria de las llamas creadas por ellos mismos.

—Solo quienes habéis reconocido la verdad, que el deseo incontrolado se convierte en destrucción, habéis encontrado la salvación confiando en lo desconocido. —Pyralia nos recorrió con la

mirada.

—La caída libre —concluyó Syrena—. La disposición a enfrentarse al éter antes que arder.

Debería haber estado escuchando, absorbiendo hasta la última palabra en busca de cualquier posible ventaja para los Juicios que hubiera por delante.

En lugar de eso, mi mente se precipitaba en una espiral de pánico.

Lo habían visto. Todos habían visto la manifestación de mis deseos.

Me ardía la piel, cada vez más, mientras me invadía la humillación. Mantuve la vista fija en el suelo de mármol. Cuando por fin hice acopio de valor y levanté la cabeza, me descubrí buscando un rostro determinado entre la multitud.

Pero los ojos que me devolvieron la mirada no fueron los de Xül, sino los de Nyvora. Él se encontraba en la periferia del grupo, con una expresión indescifrable. Nyvora estaba aferrada a su brazo como un bello parásito, sin quitarme ojo. Pero Xül… Xül no me miraba; tenía la vista clavada en alguna otra cosa, obstinado.

Lo había presenciado todo: mi debilidad, mi deseo, mi vergüenza… Y ya ni siquiera soportaba mi visión.

—Podéis retiraros. —La voz de Syrena interrumpió mis pensamientos desbocados—. Descansad. Recuperaos. Id preparándoos para el último Juicio.

La multitud se dispersó, los tutores buscaron a los discípulos que quedaban y las charlas en voz baja se reanudaron. Thatcher me dio un abrazo rápido pero firme.

—Me espera Chavore —dijo, aún ronco por el humo—. Hasta la

próxima.

Dioses. Había tantas cosas de las que necesitaba hablar con Thatcher… Kavik, la advertencia de Lyralei, todo lo que había sucedido desde la última vez que habíamos tenido una verdadera conversación. Pero el vino drogado y el frenesí del Juicio nos habían arrebatado la oportunidad. Y, de pronto, ya era tarde.

Me limité a asentir y lo observé mientras se dirigía adonde aguardaba su mentor. Capté retazos de lo que decían.

—¿… Kavik? —preguntaba Thatcher.

Chavore se encogió de hombros, indiferente.

—Como ya no tiene competidor, es probable que haya considerado que no tenía sentido que asistiera.

Fruncí el ceño.

O Chavore era un actor excepcional o en Bellarium no estaban al tanto del destino que había tenido Kavik.

—Venga —murmuró Marx, y entrelazó un brazo con el mío—. Vámonos.

Me dejé guiar por la terraza hasta el lugar en el que charlaban Xül, Aelix y Nyvora. Él seguía resistiéndose a mirarme; aún tenía la vista fija en algún punto lejano, por encima de mi cabeza. El dolor de su rechazo se intensificó.

Por lo menos, Aelix se mostró encantado de vernos. Dio un paso al frente y estrechó con calidez la mano libre de Marx.

—Bien hecho, las dos —dijo mostrando las patas de gallo de la sonrisa auténtica—. Nos engañaron hasta a nosotros. Hasta que nos trajeron aquí, ninguna de las Leyendas se había dado cuenta de que este era el tercer Juicio. La última vez que te vi, Marx, estabas a punto de derrumbarte. Menos mal que os tenéis la una a la otra.

Casi me eché a reír al oírlo. Si supiera lo cerca que había estado de rendirme por completo, cuánto se había acercado la ilusión a consumirme antes de que llegara la advertencia…

—Marx —prosiguió Aelix—, ¿puedo hablar contigo?

Marx me dio otro apretón en el brazo antes de soltarme y dejarse guiar por Aelix. Me quedé allí plantada, tremendamente incómoda, delante de Xül y Nyvora. El silencio se prolongó.

—Debería crear un portal —dijo Xül al fin, sin mirarme a los ojos —. Se está haciendo tarde.

Dio media vuelta para marcharse y yo lo seguí por instinto.

No había dado ni un paso cuando unos dedos se cerraron como un cepo alrededor de mi codo, clavándome las uñas en la piel. Nyvora se inclinó hacia mí y sentí su aliento cálido en la oreja.

—Patética y delirante mortal —siseó en voz tan baja que solo yo pude oírla—. ¿De verdad creías que él podría desearte? ¿Que podías competir conmigo? Le resultas repulsiva.

Intenté apartarme, pero su agarre se hizo más fuerte y aquellas uñas como espinas me rasgaron la piel.

—Puede que no te haya visto lanzarte a los brazos de mi prometido —continuó—, pero he oído todo lo que le has dicho. Hasta la última súplica desesperada y vergonzosa. Lo hemos oído todos.

Me dio un vuelco el corazón; sus palabras habían penetrado la neblina de humillación que me ofuscaba la mente. ¿No lo había visto?

—Las ilusiones eran privadas —confirmó al ver la pregunta en mi expresión—. Pero el sonido llega a través de los portales de visualización. No nos hemos perdido nada de lo que decías, aunque

solo podíamos verte retorciéndote en el aire como una gata en celo.

El alivio me invadió con tanta fuerza que estuve a punto de perder pie. No habían visto el cadáver de Olinthar. No me habían visto junto a su cuerpo sangrante con una espada estelar clavada.

—Como vuelvas a acercarte a él —siguió Nyvora—, me aseguraré de que fracases en el último Juicio de forma tan estrepitosa que tu humillación se narrará durante siglos.

Una fría lucidez sustituyó a mi miedo.

Me retorcí en su agarre hasta que logré zafarme. Mi mano se lanzó adelante y cerró los dedos sobre su muñeca.

—Cuidado, Nyvora —dije con firmeza, pese a los latidos desbocados de mi corazón.

Abrió los ojos de par en par y la sorpresa cruzó sus rasgos perfectos antes de que se endurecieran, despectivos. La solté con un pequeño empujón.

—Si Xül me encontrara tan repulsiva como dices, ¿qué falta te haría amenazarme?

La pulla dio en el blanco. Por su rostro se extendió la furia, y un tono más intenso afloró a su piel dorada.

—No tienes ni idea —espetó.

—Puede ser. —En mis labios se dibujó una sonrisa temeraria—. Pero reconozco el miedo cuando lo huelo, y ahora mismo, Nyvora, apestas.

Giré en redondo para poner fin a la conversación, pero la tuve al lado otra vez en un abrir y cerrar de ojos.

—Si no te he matado yo misma es porque sería de mal gusto acabar con la pupila de mi prometido.

Sin hacerle ni caso, seguí a Xül hasta el borde de la terraza. El

corazón me aporreaba las costillas; la adrenalina bullía en mis venas. Era probable que acabara de granjearme otra poderosa enemiga, aún más decidida a verme fracasar.

Xül esperaba en el portal. Lo crucé sin dudarlo.

Y entonces me encontré de vuelta en la Aguja de Hueso. Fui directa a mi habitación, con la vista clavada en el suelo de piedra por el que caminaba; temía que, si lo volvía a mirar, perdería la poca dignidad que me quedaba. La conocida escalera parecía interminable aquella noche; cada peldaño requería más esfuerzo que el anterior, hasta que la puerta de mis estancias se materializó al fondo del pasillo. Nada más entrar, eché el pestillo con dedos temblorosos, antes de que las piernas me fallaran por completo. Mientras me deslizaba contra la fría madera, las lágrimas que había estado conteniendo se liberaron por fin y cayeron silenciosas en la oscuridad de un dormitorio que nunca me había parecido tan vacío.

CAPÍTULO 46
THATCHER

No pude esbozar ni tan siquiera la sonrisa fingida que había perfeccionado desde que llegué a aquel maldito reino. Sentía el cuerpo vaciado, despojado de todo menos de la vergüenza cruda y purulenta que había arraigado en él durante el Juicio.

Los aposentos de Bellarium, por lo general demasiado lujosos para mi gusto, de repente me resultaban claustrofóbicos. Cada trazo de la decoración de las paredes parecía juzgarme; era como si percibiesen mi debilidad.

Y Kyren. Aún podía verlo desplomarse.

Él había tenido una muerte heroica, mientras que yo había cedido a mis bajos deseos, surgidos de mis vulnerabilidades más profundas.

La mujer perfecta. Sin duda era arrebatadora, pero lo que me atormentaba era hasta qué punto me olvidé de todo en aquellos momentos. Me olvidé de Thais, de nuestra misión. De mí mismo.

Y, después, nuestros padres. Sanos y salvos entre el fuego, sonriéndome como si esperasen a que volviera a casa. Había sido

una ilusión perfecta, muy real. Las manos curtidas de Sulien. La sonrisa afable de mi madre y sus ojos añil, mis ojos.

Incluso entonces sabía que no era real. En algún lugar, enterrado bajo el anhelo desesperado, lo sabía. Pero quería creerlo. Por los dioses, cómo lo deseaba.

—Qué intenso ha sido.

Di un respingo y vi a Chavore en el umbral. Mostraba menos bravuconería que de costumbre. Tenía el pelo revuelto y los ojos enrojecidos.

—No sabíamos qué ocurría —añadió, y entró en mi habitación sin esperar a que lo invitara—. Que era el tercer Juicio.

No pude sino asentir, desconfiando de mi voz. Tenía la garganta en carne viva, como si hubiera estado gritando, aunque no lo recordaba. Era posible.

Los portales de visualización habían mostrado a todos nuestra vergüenza, habían sacado a la luz nuestros anhelos más profundos.

Chavore se dejó caer en un sillón, frente a mí, y apoyó los codos en las rodillas para inclinarse hacia delante.

—¿Quieres hablar de ello? ¿De lo que has visto ahí dentro?

Pensé en decirle que no, pero su expresión parecía sincera, y el peso de lo vivido amenazaba con aplastarme si lo seguía reprimiendo.

—Al principio era solo una mujer —dije al fin, con una voz que me sonaba distante incluso a mí—. Eso sí, la mujer más perfecta que hubiera visto en mi vida.

Chavore soltó una risita.

—Sí. Se te veía muy entusiasmado.

El calor me subía por el cuello. Era humillante saber que todos

me habían visto sucumbir con tanta facilidad, tan por completo, a la tentación más básica imaginable. Gracias a los dioses, Thais había aparecido a tiempo.

—Y después vi a mis padres —añadí, y la vergüenza dio paso a un dolor más profundo que pensé que no se aplacaría jamás.

Chavore asintió con atención plena.

—¿Estabais muy unidos?

Miré por la ventana hacia el cielo iluminado por la luna. ¿Cuánto podía revelar sin ponerme en peligro?

—Perdí a mi madre de pequeño. Pero Sulien, mi padre… —Se me quebró la voz—. Era genial.

—Yo tampoco pasé mucho tiempo con mi madre —dijo Chavore al cabo de un momento. Cogió un decantador de cristal de una mesa cercana y sirvió dos copas de un líquido ambarino—. La conocí, pero fue muy incómodo y formal. Cuando se me presentó la oportunidad de volver a verla, me abstuve.

Me tendió una copa y la acepté, sorprendido por aquella revelación personal. Nunca había pensado en las relaciones sentimentales de Olinthar, ni en su ausencia. Pensé en el panteón y caí en la cuenta de que, aunque casi todos los Doce tenían herederos, solo Morthus parecía estar emparejado.

—¿Eso es habitual entre los Doce? —pregunté, y tomé un trago. La bebida sabía a miel y fuego líquido, y hacía que el calor se me propagase por el pecho—. ¿La vida… solitaria?

Chavore agitó su copa.

—La idea de tener un heredero no es algo en lo que piensen por sí solos los seres inmortales —dijo con absoluta naturalidad—. Pero, cuando uno de los Doce tuvo un vástago, los demás decidieron

seguir su ejemplo. Firmaron contratos con aesymar menores con los poderes que querían conferir a sus descendientes.

—¿Contratos? —repetí.

—Para crear las piezas de ajedrez perfectas —aclaró con una sonrisa desprovista de humor—. Que al crecer se convertirían en herramientas para forjar alianzas estratégicas, combinaciones poderosas.

Aquella revelación me puso la piel de gallina. Herederos divinos, concebidos pensando en su utilidad. Pensé en Thais y en mí, secuelas de la lujuria de Olinthar y no de la estrategia, pero aun así atrapados en el juego.

—Me cuesta asimilar todo eso —dije con sinceridad—. La estrategia y la planificación… —Vacilé, pero después decidí ir más allá—. ¿Qué papel desempeña Elysia en todo eso?

La risa de Chavore estaba cargada de un resentimiento sorprendente.

—Bueno, supongo que al final resultó que yo no era la baza de negociación idónea. No me seguía un ejército de truenos ni tenía una espada que pudiera destrozar el mundo ni volaba con las alas llameantes del juicio. Solo era… perspicaz. No era algo que Olinthar considerase una valiosa moneda de cambio para sus componendas.

—En Pyros, Elysia me dijo que Olinthar apoyaba vuestra relación sin ambages —dije al recordar cómo alardeaba de contar con la aprobación del rey.

—¿Cuándo estuviste en Pyros con Elysia? —preguntó Chavore con el ceño fruncido.

Lo miré con desconcierto.

—¿Qué quieres decir? Tú me llevaste después del banquete.

Me miró como ausente, como si se esforzase por recordar algo que se le escapaba. Sacudió la cabeza muy despacio.

—Dioses, a veces tengo la sensación de que estoy perdiendo la cordura.

Se levantó de golpe y se dirigió a la ventana. ¿Cómo era posible que no se acordase? Habíamos pasado horas allí.

¿Se trataba de algún tipo de prueba? ¿O a Chavore le ocurría algo?

—Sé que puede parecer injusto que un príncipe se queje de tantas cosas —dijo tras un largo silencio, aún dándome la espalda—. Pero mi padre y yo tenemos una relación muy peculiar. —Se volvió hacia mí con una inusitada expresión de vulnerabilidad—. Tú tenías a tu padre y a tu hermana. Y, claro, yo nunca he estado solo, pero no creo que mis relaciones se parezcan en nada a la tuya con ellos.

La cruda sinceridad de su voz me pilló por sorpresa, y me descubrí respondiendo en consonancia antes de habérmelo pensado mejor.

—Cuando nos llevaron a Thais y a mí a los Juicios, los sacerdotes mataron a nuestro padre —dije; la confesión me abrasó la garganta —. Por habernos ocultado.

El rostro de Chavore se contrajo un poco.

—Lo siento mucho. Es una verdadera tragedia. —Volvió a su sillón y se inclinó hacia delante con gesto franco—. Ojalá hubiera formas mejores. Pero es peligroso que los bendecidos vivan entre la gente.

Aquellas palabras sonaron ensayadas, como si se las hubieran inculcado desde niño. En mi pecho bullía la cólera, no solo hacia él, sino hacia todo el sistema que le había costado la vida a Sulien. Pero

al mirar a Chavore, al ver la angustia sincera en sus ojos, me di cuenta de que era así como lo habían criado, de que eso era lo que le habían enseñado a creer.

Y no podía correr el riesgo de revelar demasiado de lo que sentía en realidad.

—Mi padre no me pidió ni una sola vez que me quedara con él en Sundralis —dijo Chavore en voz baja, con la vista fija en su copa —. Se decidió desde el principio que me instalaría en Bellarium. Aunque no tuviera hermanos con los que competir, siempre me sentí el segundón. Como si nunca fuera suficiente.

No se lo había pedido a su heredero legítimo, pero a mí sí.

Nos quedamos en silencio. Me di cuenta de que entendía sus sentimientos mejor de lo que quería reconocer, aunque puede que no en el mismo grado. Thais era una parte muy querida de mí, mi melliza, mi otra mitad. Pero en algunas ocasiones tenía la impresión de que ella me superaba. A raíz de la manifestación de sus poderes, tanto la vida de Sulien como la mía comenzaron a girar en torno a ella, y tuvimos que reorganizarlo todo para protegerla. Nadie tenía la culpa, pero Sulien y Thais siempre habían estado más unidos en cierto modo.

Aun así, no podía imaginarme cómo sería sentirse inferior a alguien que ni siquiera existía, a un reino, a un trono, a unas expectativas que nunca se podrían cumplir.

Miré a Chavore, mi hermano que no sabía que lo éramos, y, por algún motivo, sentí su dolor.

Tal vez en otra vida, en otro mundo, habríamos podido reconocernos como tales.

Pero no en aquel. En aquel no podía olvidar que, por auténtica

que pareciera su aflicción, no dejaba de ser el hijo de Olinthar, de formar parte del sistema que había destruido todo lo que yo amaba.

Y ninguna comprensión mutua lo iba a cambiar.

CAPÍTULO 47
CONSECUENCIAS INEVITABLES

Me permití sentir lástima de mí misma durante una noche. Una noche para yacer entre las sábanas, hecha un ovillo, y rememorar cada momento humillante del Juicio, cada confesión vergonzosa que me había arrancado el Xül fantasmal. Una noche para sentirme mortificada, para recordar que todo Voldaris me había estado mirando.

Pero, al llegar el alba, me obligué a salir de la cama.

Aquella mañana dediqué especial atención a mi aspecto, empeñada en presentar una fachada de perfecta indiferencia. Cuando me peiné el largo cabello ondulado casi no me temblaron las manos. Practiqué la máscara que quería mostrar en mi rostro: un poco aburrida, con un toque de diversión y sin la más mínima preocupación por lo que cualquiera hubiera podido oír.

Me miré en el espejo e hice un esfuerzo por relajar la mandíbula.

—Afróntalo como un día más —me susurré.

¿Qué me importaba que todos hubieran oído mis patéticos deseos? ¿Que Xül supiera que lo deseaba? Yo estaba allí para matar

a Olinthar, y todo lo demás era secundario.

Cuando terminé de prepararme, ya había conseguido mantener mis emociones bajo control. Pero, en vez de dirigirme al comedor, como habría hecho otro día, algo me impulsó a ir a la salida oriental de la Aguja de Hueso. Necesitaba aire, espacios libres. Y, quizá lo más importante, necesitaba a alguien que no me mirase con compasión. Me daba igual que me juzgase. Pero nada de compasión.

Me escabullí por pasillos poco usados y evité los corredores principales, donde era más probable que me tropezase con sirvientes o, peor aún, con el propio Xül. A la salida de la Aguja, el aire matutino me besó la piel.

El paseo hasta el otro extremo de la isla no era demasiado largo; solo había que atravesar bosquecillos de árboles blancos como el hueso cuyas ramas se sacudían y crujían bajo el viento constante. Cuando llegué al chapitel más pequeño, tenía las mejillas sonrosadas por el aire fresco.

Marx estaba en un pequeño patio de entrenamiento, detrás del edificio principal, practicando posturas y movimientos con un cuchillo arrojadizo. Y embrujado, a juzgar por los vórtices de energía negra que lo rodeaban. Se movía con gracia felina, y cada ataque era preciso y letal. Me detuve unos instantes a admirar su control.

—¿Te vas a quedar ahí plantada todo el día o quieres algo? —dijo sin interrumpir el ritmo de sus ejercicios.

Esbocé una sonrisa.

—¿Cómo has sabido que era yo?

—Vamos… —se mofó. Por fin se detuvo y se me encaró—. Solo tú te quedarías ahí en silencio, en vez de presentarte como una persona normal. —Enfundó la hoja con un giro de muñeca—.

Además, tu melancolía era perceptible desde el otro lado del patio.

—No estoy melancólica —protesté sin demasiada convicción.

—No, desde luego que no. —Hizo un gesto de exasperación, pero bajo el sarcasmo asomó una pizca de preocupación; había arrugado un poco la frente, que era la única pista que solía delatarla.

—Tan encantadora como siempre.

—Es parte de mi atractivo. —Señaló un banco de piedra, en un lateral del patio—. Siéntate. Y cuéntame por qué te escondes aquí en vez de seguir a tu guardián como un cachorrillo enamorado.

Me sonrojé.

—Yo no…

—Ahórratelo —me interrumpió—. Todo el reino sabe lo que ocurrió en tu Juicio. Bueno, los detalles no, pero sí lo suficiente. —Se dejó caer en el banco, a mi lado, y se puso seria de repente—. ¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes?

Me miré las manos, sin saber muy bien cómo responder.

—He tenido momentos mejores.

—Ya imagino. —Me golpeó el hombro con el suyo—. Por si te sirve de ayuda, piensa que estás viva y podrás seguir luchando.

—Casi me rendí.

—Pero aguantaste —contestó con firmeza—. Rechazaste lo que estaba pasando, y eso cuenta.

Nos sumimos en el silencio. El viento silbaba entre los árboles de hueso que nos rodeaban. Lo había rechazado porque Xül interrumpió la ilusión y me avisó. Si estaba viva era gracias a él.

—¿Quieres contarme algo? —preguntó al cabo de unos instantes —. Sobre la ilusión, y sobre Xül.

Me puse tensa.

—Solo fue algo físico. El Juicio estaba diseñado para explotar nuestras debilidades. Y resulta que la mía es una inoportuna atracción por mi tutor.

Los ojos oscuros de Marx me estudiaron con atención.

—¿Solo física?

—Por supuesto —atajé, quizá un poco demasiado deprisa—. Tengo ojos, y es muy atractivo. No hay nada más.

Una sonrisa cómplice se le dibujó en las comisuras de los labios.

—No he dicho que hubiera nada más.

—Mejor. —Desvié la mirada; no me gustaba el cariz que estaba tomando la conversación—. Porque no lo hay.

Marx guardó silencio, pero sentí que me clavaba los ojos.

Una curiosidad repentina me llevó a lanzarle un vistazo.

—¿Quieres que hablemos de lo que viste tú?

Se le ensombreció el rostro.

—Es mucho menos… libidinoso que lo tuyo.

—No hace falta que hablemos de ello si no te apetece —respondí al instante.

—No quiero hablar de Finn. —Exhaló poco a poco—. Pero antes de eso… Bueno, solo viste las consecuencias. Al parecer, lo que más deseo no es el poder, el amor ni ninguna otra tontería de esas tan respetables. Lo que deseo es mirar.

—¿Mirar?

—Sí. Mirar. —Esbozó una sonrisa dolorida—. Porque lo mío no fue ninguna ilusión. Eran dos personas reales, dos competidores, que murieron. Hablamos durante el baile y nos caímos bien, y luego sugirieron que nos buscásemos un sitio más íntimo…

Mantuve una expresión neutra.

—En fin —continuó en voz baja—, empezaron a arder enfrente de mí. La piel se les ennegreció y se empezó a pelar, y gritaban. Y yo no podía apartar la vista. Pensé… Estaba convencida de que, de algún modo, los había maldecido. —Le temblaban un poco las manos—. Las llamas se extendieron hacia mí y me empezó a humear la piel, y entonces me encontró Kyren.

—Kyren. —Se me encogió el corazón.

Marx desvió la mirada.

—Se dio cuenta de que algo iba mal. Tiró de mí antes de que las llamas pudieran alcanzarme. —Había una expresión de tristeza en su mirada.

—No merecía morir así —murmuré.

—No —convino Marx—. Era un cabroncete y un incordio, pero muy útil cuando importaba de verdad.

—De un modo u otro, todos estamos vivos gracias a él.

—No te me pongas sentimental ahora —bufó Marx—. Es demasiado temprano para eso.

—No me puedo quitar de encima la impresión de que está pasando algo extraño —reconocí—. Aparte de los Juicios. Algo está sucediendo entre bambalinas, fuera de nuestra vista.

—No hace falta ser un genio para darse cuenta.

Recordé los avisos de Lyralei, todas las cosas extrañas que habían ocurrido desde que llegué a Draknavor.

Había cosas que no podía contarle a Marx. No eran secretos míos, sino de Xül. Y, por algún motivo, eso hacía que mereciese la pena protegerlos.

—Y hay algo más —siguió Marx, bajando la voz más aún—. El asunto de Kavik.

—No tengo ni la menor idea de a qué vino aquello. ¿Te ha dicho algo Aelix?

Marx echó un vistazo rápido a nuestro alrededor y se inclinó hacia mí.

—Es evidente que algo o alguien lo controlaba. Aelix lo está investigando, para tratar de averiguar quién tendría el poder de hacerle algo así a una Leyenda.

—Tiene que haber sido uno de los Doce.

—Es posible. —Se frotó los brazos como si se hubiera quedado helada de repente—. Se tratase de una persona o de otra cosa, lo cierto es que fue lo bastante poderoso para dominar por completo su voluntad.

—Pero ¿por qué atacarme a mí? —quise saber—. ¿Qué amenaza puedo representar para ellos?

Marx enarcó una ceja.

—Estás de coña, ¿verdad? Thais, tu poder es una locura. Y, además, está el asunto de tu sangre…

Me puse tensa. Ya habíamos tocado de refilón ese tema.

—Cierto —reconocí con voz queda.

Marx se acercó más aún.

—Quien controlase a Kavik debe de saber quién eres, y te tiene miedo.

—Entonces, tiene que tratarse de Olinthar —dije, despacio. La observé para asegurarme de que comprendía lo que implicaban mis palabras. Confiaba en Marx y no quería seguir ocultándole cosas.

Marx se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos.

—Luz y orden. Las estrellas. —Suspiró y se acomodó contra el muro de piedra—. Joder. Tiene sentido. Supongo que nunca me

había parado a pensarlo.

—Es el único que tiene algo que perder si los demás descubren quiénes somos Thatcher y yo en realidad —susurré, muy cerca de ella—. Quiere que Thatcher viva y a mí me quiere muerta.

—¿Por qué crees que quiere que Thatcher viva? —se sorprendió.

«Mierda».

—Otro secreto que voy a tener que pedirte que guardes.

—A estas alturas ya tengo una buena colección. ¿Qué importa añadir uno más? —Chasqueó la lengua.

—No se habían visto poderes como los de Thatcher desde la época de los Primigenios. Se podría decir que es la reencarnación de un tal Vivros.

Marx apartó la vista, pensativa.

—¿Por qué crees que eso significa que Olinthar quiere mantenerlo vivo? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Chavore lo escogió, aunque su dominio no encaja con Thatcher ni de lejos. ¿Y cuántas veces crees que ha interferido Olinthar en un Juicio para salvar la vida de un competidor?

Marx levantó la barbilla.

—Tienes razón. —Se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas—. Pero os salvó a los dos.

—No pretendía salvarme a mí. Pero, si quería salvar a Thatcher, no tenía otro remedio. Estábamos en el mismo lío.

—Ya veo lo que quieres decir —murmuró Marx, y frunció el ceño —. ¿Olinthar posee el poder de controlar así una mente? ¿De hacer que alguien como Kavik pierda el control por completo?

—No lo sé —reconocí—. ¿Le has hablado de todo esto a alguien? —pregunté alarmada—. ¿De mí?

Marx se mostró ofendida.

—Claro que no. ¿A quién se lo iba a decir?

Me sentí muy aliviada.

—Gracias.

—Oye, no debemos dejar que todos esos asuntos nos distraigan. —Marx inspiró hondo—. En Draknavor estás a salvo. Que Kavik no haya regresado habrá enviado un mensaje muy claro: que aquí no se te puede hacer daño. Y, en el próximo Juicio, podrás contar con Thatcher y conmigo. Entre nosotros dos y Xül, nadie te va a tocar ni un pelo.

—Yo también tengo algún poder que otro —la pinché—. Sé defenderme en una pelea.

Enarcó una ceja y sacudió la cabeza.

—Desde luego que sí.

Nos sumimos de nuevo en el silencio, cada una ensimismada en sus propios pensamientos.

—He decidido que hoy va a ser un buen día —anuncié en tono alegre—. Pese a todo.

Marx enarcó una ceja.

—Sí que te has levantado optimista.

—No te preocupes, seguro que se me pasa. —Me puse en pie y me sacudí la ropa—. ¿Vienes?

—¿De verdad vas a fingir que esta conversación no ha tenido lugar? —Me lanzó una mirada incrédula.

—¿Qué conversación? —pregunté con la más absoluta inocencia —. Solo recuerdo que dos amigas se han puesto de acuerdo para desayunar juntas.

Marx se me quedó mirando un ratito, hasta que por fin esbozó

una sonrisa reticente.

—Eres imposible.

—Prefiero considerarme tenaz.

—Más bien terca como una mula. —Pero me acompañó.

Mientras nos dirigíamos juntas hacia el comedor, por fin sentí que me tranquilizaba. Todavía notaba retazos de la vergüenza y la humillación del Juicio, pero, por algún motivo, que Marx lo aceptase sin cuestionarlo me lo hacía más llevadero.

—Gracias —le dije en voz baja.

Me miró de reojo.

—¿Por qué?

—Por ser quien eres. A ver, no te engañes, casi siempre me tocas mucho las narices. Pero tienes tus momentos.

—Por favor —se burló, aunque no pudo ocultar a tiempo la placentera sorpresa que se le asomó a los ojos—. Tienes suerte de que haya decidido no insistir en tu pequeña obsesión con el príncipe de la muerte.

—No lo quieran los dioses.

—Exacto. —Me dio un golpecito con el hombro—. Además, las dos sabemos que Xül es tan atractivo que resulta irritante. Cualquiera que tenga ojos en la cara se sentiría tentado.

Su franqueza me hizo reír a regañadientes.

—Ah, ¿sí?

—Hablo en términos objetivos. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. No es mi tipo, desde luego. Demasiado melancólico y complicado.

Cuando entramos en el comedor, Aelix ya estaba allí, sentado a una mesa con comida para cinco personas o más. Al verme, sus ojos

mostraron un destello de sorpresa, pero se recuperó enseguida y se levantó con una sonrisa cálida.

—Thais —me saludó—, me alegro de verte tan… bien dispuesta.

La preocupación de su voz casi me hizo sonrojar.

—Gracias —acerté a decir—. Por todo.

Asintió. Nos habíamos entendido.

—Siéntate. Come. Hay de sobra para todos.

Al sentarme junto a aquellos aliados inesperados, sentí asomar una pequeña chispa de esperanza bajo el peso de todo lo demás. Pronto tendría que verme con Xül. No podía seguir evitándolo. Además, no quería. Solo deseaba seguir adelante y concentrarme de nuevo en mis objetivos.

Ya lo buscaría por mi cuenta. Aquella misma noche.

CAPÍTULO 48
EL PUNTO DE INFLEXIÓN

El estudio de Xül seguía como siempre: el gigantesco escritorio de ébano pulido, las estanterías rebosantes de libros desgastados, la chimenea que proyectaba un resplandor cálido en la estancia. Xül estaba de espaldas a la puerta, llenando dos copas de cristal de un líquido del color del ámbar.

—No sabía si ibas a aparecer —comentó sin volverse—. Cierra la puerta.

Obedecí y me quedé junto al umbral; de repente me sentía incómoda e insegura.

Se giró y me ofreció una de las copas.

—Parece que te hace falta.

Acepté la bebida con cuidado de que no se rozaran nuestros dedos.

—¿Así es como sueles preparar los Juicios? ¿Emborrachando a tus competidores?

—Solo a los más difíciles —respondió enarcando una ceja.

Bebí un trago y disfruté del ardor que me bajaba por la

garganta.

—¿Y yo soy difícil, guardián?

—No sabes cuánto —respondió con una sonrisa, y tomó asiento en un sillón de orejas, frente al fuego—. ¿Te acuerdas de la primera vez que entraste aquí?

Bebí un poco más antes de responder.

—Sí.

—Te comportabas como una niña mimada —dijo, y casi sonrió—. Convencida de que eras importantísima, pidiendo un trato especial…

—Si, para ti, el mínimo imprescindible es un trato especial, supongo que tienes razón —repliqué.

El alcohol empezaba a hacer efecto; rebajaba la vergüenza y me soltaba la lengua. Antes de que pudiera pensármelo mejor, se me escapó lo que me había estado atormentando.

—Siento lo que pasó en el Juicio —admití, forzándome a mirarlo a los ojos.

Dejó la copa en la mesa con sumo cuidado.

—No tienes por qué disculparte.

—No mientas —repliqué—. Vi la cara que ponías después.

—¿Por eso estás tan enfadada conmigo? El deseo físico es natural, Thais —dijo tras una larga pausa—. Pero, en última instancia, es inofensivo. No hay por qué preocuparse.

«Inofensivo». Aquella palabra estuvo a punto de atravesarme el corazón.

—Ni siquiera me mirabas —dije, incapaz de contener el tono acusatorio.

—Eso no es cierto.

Me levanté, impulsada por una repentina oleada de ira. Crucé el

estudio hasta donde él estaba sentado y me planté frente a él, en un desacostumbrado intercambio de nuestras posiciones habituales.

—No mientas. —Las palabras me salían a borbotones, imparables—. Ni siquiera te diste por enterado de mi presencia.

La irritación dio paso a una expresión más sombría.

—No era capaz de mirarte —confesó en voz tan baja que tuve que esforzarme para oírlo.

—Ya lo sé —espeté—. Estabas cohibido. Avergonzado de…

—Lo has entendido al revés.

—Pues corrígeme.

Sacudió la cabeza y apartó la mirada para adoptar una vez más aquel gesto desdeñoso que me daba ganas de gritar.

—Lo que yo pensaba —susurré, y di media vuelta dispuesta a marcharme.

Alargó la mano a una velocidad vertiginosa y me sujetó por la muñeca. Se puso en pie con un movimiento fluido, y de repente se alzaba sobre mí y me miraba con fuego en los ojos.

—No tienes ni idea de lo que dices. —Cada palabra era precisa y controlada—. No estaba avergonzado, sino preocupado.

Me lo quedé mirando, en busca de la verdad en sus ojos.

—Preocupado —repetí con tono monocorde.

—Casi te vi morir por culpa de algo que se hacía pasar por mí —dijo, y me apretó más la muñeca—. ¿Tienes idea de lo que sentí al verte a las puertas de la muerte, convencida de que era yo quien te había llevado hasta allí?

Me quedé atónita, en silencio, mientras mi mente se esforzaba por procesar sus palabras.

—Pero no fue así —dije después—. Me salvaste.

—No me diste muchas opciones —replicó con sequedad.

—¿Porque casi me acuesto con tu espejismo? —Arqueé una ceja.

—Sí, Thais. Fui yo quien te puso en peligro —explicó sin aflojar el agarre de mi muñeca—. Todo eso fue culpa mía. Si no hubiera hecho cosas como coquetear contigo, besarte…, no habrías sentido ese deseo hacia mí.

—Sí, toda la culpa es tuya… —Empecé a darle la razón, pero me interrumpió.

—Mientras te miraba, Thais, deseaba con todas mis fuerzas ser yo. —Las palabras salían trabajosamente de su interior, como si le costara un mundo confesarlo—. Y luego odiaba haber deseado ser yo.

Se me quedó mirando, y el conflicto era patente en sus ojos.

—¿Por qué?

Sus ojos se oscurecieron.

—Eso es lo de menos.

—Sí, claro —espeté—. Todo lo que tiene que ver contigo es lo de menos, ¿verdad? Tus pensamientos, tus sentimientos…, si es que los tienes.

—¿Y qué quieres que diga? —preguntó con repentina calidez—. ¿Que me he fijado en tu cuerpo? ¿Que no soy ciego a tu forma de moverte, a tu forma de mirarme? Y eso, ¿de qué nos sirve a ti o a mí?

Aquella confesión, por escueta que fuera, me sacudió.

—Por lo menos sería algo sincero —respondí desafiante.

—¡Sinceridad! —dijo en tono burlón—. ¿Eso te pondría las cosas más fáciles?

—No lo sé, pero sigo prefiriéndola.

Soltó una risa áspera.

—Está bien. Te besé en la playa porque me apetecía. ¿Es lo que querías oír?

No estaba preparada para el impacto que me causaron aquellas palabras, a la vez cortantes, reales y cálidas.

—Sí —susurré—. Es un comienzo.

Durante un momento nos quedamos inmóviles mientras su confesión flotaba en el aire entre nosotros. Entonces, con impulsividad e imbuida del arrojo que sus palabras habían despertado en mí, apreté los labios contra los suyos.

Se quedó rígido bajo mi contacto, conteniendo el aliento. Después se apartó con un movimiento brusco y se alejó tan deprisa que me dejó aturdida.

—Maldita sea, Thais —dijo con voz ronca mientras me daba la espalda—. Esto no puede pasar.

Xül tenía las manos apoyadas en la ventana que daba al mar negro. Le veía los hombros muy rígidos bajo la camisa; la tensión irradiaba de cada línea de su cuerpo.

—Tienes que marcharte, Thais. Ahora mismo —dijo entre dientes.

—No.

Por fin se giró hacia mí, y su expresión me provocó una escalofriante sensación de peligro. Su mirada tenía un primitivismo salvaje.

—No puedes hacer esas cosas —gruñó.

—Empezaste tú —le recordé—. Muy cerca de este mismo castillo, a la vista de todo el mundo.

—Eso fue distinto. —Me miró con enfado—. Lo que acabas de

hacer… Los dos sabemos dónde iba a terminar ese beso.

—¿Sí? ¿Dónde?

—Donde no debería —dijo con firmeza—. Tú sigues siendo una competidora, y yo voy a casarme.

—Todo eso me da igual.

—Pues no debería. —Me miró muy serio—. No es una trivialidad, Thais.

—¿Es que piensas delatarme ante los Doce?

—No digas tonterías. —Se me quedó mirando un largo rato.

—Intento entenderte. Dices que te apetecía besarme; sin embargo, mira cómo te comportas.

—Porque no te puedo tener —reconoció entre dientes—. Porque, cada vez que te miro, quiero… —Se detuvo a media frase y se pasó la mano por la cara—. No sabes con qué juegas —dijo al fin.

—Ilumíname.

Entonces se me acercó.

—Te has lanzado hacia mí a la desesperada y yo he tenido el buen sentido de apartarme, pero no dejas de ponerme a prueba.

El calor me recorrió el cuerpo, en parte por vergüenza y en parte por furia ante su tono despectivo.

—Creo que te alteras porque, por una vez, quieres algo que está al margen de tus preciados juegos políticos —le solté.

Sin darme tiempo a reaccionar, me acorraló contra su escritorio y apoyó las manos a los lados de mi cuerpo, cortándome la retirada. Me deslizó los dedos por la mandíbula y me levantó la cara hacia la suya.

—¿Quieres saber qué soy? —Su voz se había reducido a un susurro que era como una caricia para todas mis terminaciones

nerviosas—. Soy un hombre que te encontró excitante desde el momento en que te puso los ojos encima. Soy un hombre que, desde entonces, se ha pasado todas las noches acariciándose mientras pensaba en ti.

Un estremecimiento me cortó la respiración mientras se arremolinaba el fuego, bajo y profundo.

—Soy un hombre que sueña con tenerte debajo, suplicándome que te llene, que te posea, que te haga mía de todas las formas obscenas que quepa imaginar. —Sus ojos se clavaron en los míos—. Así que dime: ¿sigues pensando que huyo de mis deseos?

—Pues aquí me tienes —susurré con voz temblona—. Toma lo que quieras.

—Cállate. —Pero me sujetó con más fuerza y pude ver la guerra que se libraba tras sus ojos.

—Oblígame —dije desafiante.

Me agarró el pelo con la mano, me echó la cabeza hacia atrás y se inclinó hasta que su boca quedó a un aliento de la mía.

—Dime qué quieres que te haga —me ordenó.

—Fóllame —susurré, y expresarlo me provocó un escalofrío—. Aquí mismo.

Me agarró por los muslos, me levantó de un tirón y me estampó contra el escritorio mientras se abría paso entre mis piernas. Moví las manos sin pensarlo y encontré con los dedos los botones de su pantalón, que desabroché con torpeza apresurada. Necesitaba tocarlo, necesitaba sentirlo, necesitaba volverlo tan loco de deseo como él me estaba volviendo a mí.

Pero, en el momento en que lo rocé, se quedó inmóvil.

Su mano salió disparada hacia abajo y me sujetó por la muñeca

para frenarme.

—No.

—¿Por qué no? —pregunté desafiante.

—No voy a tocarte, ni tú a mí —murmuró con aquel tono sedoso que me erizaba el vello. Antes de que yo pudiera reaccionar, guio mi mano a mi propio muslo y la deslizó hacia arriba—. Pero voy a mirar mientras te tocas —dijo con los labios casi pegados a mi oreja.

Retrocedió lo justo para dejarme espacio, sin apartar los ojos de los míos.

—Aquí mismo, en esta mesa —añadió.

El corazón me martilleaba el pecho. Aquello era una locura, una verdadera y deliciosa locura. Pero el deseo de sus ojos, su forma de mirarme, me impulsaban a la temeridad.

La excitación que me recorrió al pensar que él me observaría, que podría provocarlo, fue innegable. Y puede que también me sintiese poderosa al hacer que el guardián perdiese su insufrible compostura sin tocarlo siquiera.

A la mierda. Si aquello era todo lo que podíamos tener, unos momentos robados, fragmentos de lo que podría haber sido, lo aceptaría. Y lo haría memorable.

—Dime qué quieres que haga —susurré.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Esto solo pasará una vez, y no lo mencionaremos nunca más.

Vacilé, mordiéndome el labio.

—Vale.

Sus ojos se oscurecieron un poco más.

—Desátate el corpiño —me ordenó en voz baja mientras volvía a

su sillón y tomaba asiento frente a mí—. Despacio.

Me temblaban los dedos mientras empezaba a desanudar los cordones, sin apartar la mirada de la suya ni un momento. El aire que nos separaba parecía vibrar a medida que cada movimiento mío revelaba un poco más de piel.

—Dime una cosa —añadió en voz aún más baja, sin dejar de observarme—. ¿Con qué frecuencia piensas en mí cuando estás sola?

El calor me subió a la cara ante aquella pregunta tan íntima, pero me miraba de una forma que me impulsaba a ser sincera.

—Con demasiada —reconocí.

Un destello de satisfacción le cruzó el rostro.

—¿Y qué me imaginas haciendo en esas fantasías?

Dudé un momento, con los dedos inmóviles entre los cordones.

—No pares —me ordenó—. Y no mientas. Quiero oír todos los pensamientos obscenos que has tenido sobre mí.

—Te imagino recorriéndome con las manos —confesé, y seguí desatándome el corpiño—. Con la boca…

—¿Por dónde? —insistió con voz acariciadora—. Enséñamelo.

Tiré del último lazo y el corpiño se abrió; el aire frío contra la piel me irguió y endureció los pezones.

Subí las manos hasta ellos y me pasé los pulgares por la piel erizada, lo que hizo que una profunda sacudida me recorriera el cuerpo. Sus ojos, cada vez más oscuros, parecían oprimirme el pecho cuando me pellizqué la piel, y separé los labios cuando aquella sensación me provocó un calor palpitante entre los muslos.

—Bien —murmuró—. Sigue.

Tragué saliva a duras penas, turbada, mientras bajaba los dedos

hasta llegar a la falda. Me amontoné los volantes sobre los muslos y me abrí para él. La delgada tela de la ropa interior era la única barrera. Rocé el tejido húmedo y un gemidito escapó de mis labios.

No era bastante.

Me bajé la prenda de encaje por las caderas con rapidez y fui a echarla a un lado, pero la mano extendida de Xül me detuvo.

Aturdida, la solté en su mano extendida, y, al seguir el movimiento mientras se la guardaba en el bolsillo delantero, los ojos se me fueron al bulto que se le marcaba en el pantalón.

Se lo recolocó, rodeando con la mano aquella provocativa longitud. Volví a separar las piernas sin pensarlo, y mis dedos encontraron con rapidez el palpitante botón lleno de nervios que pedían con desesperación que se les hiciera caso.

La intensidad de su mirada era como un contacto físico que agudizaba cada sensación. Seguía inmóvil, excepto por el rápido vaivén de su pecho, por el control que saltaba a la vista en su puño, cerrado con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Dime qué piensas —susurré, animada por el deseo indisimulado que le veía en los ojos.

—Estaba pensando —respondió con voz tensa— que nunca más podré concentrarme en ese escritorio.

No pude contener la sonrisa que me curvó los labios.

—¿Eso es todo?

—Qué insistencia —ronroneó—. Pero, ya que me lo preguntas con tanta amabilidad, también pienso en mi boca recorriendo toda tu piel, saboreándote hasta que llores de deseo —siguió, y bajó la voz—. En ver cómo te hago derrumbarte con la lengua, los dedos, la polla, hasta que no seas más que un manojo de nervios palpitantes

que suplican más.

Me acaricié el clítoris despacio; sentía los párpados más y más pesados con cada susurro lascivo.

—Me imagino cómo sería tenerte a mi alrededor —dijo, pronunciando cada palabra con deliberación—. Lo prieta que estarías, lo húmeda, lo perfecta.

Gemí y mis movimientos se hicieron más apremiantes.

—Eso es —me animó—. Enséñame cómo te moverías si me tuvieras dentro.

Bajé la mano y curvé los dedos hasta llegar al lugar que me transportaba a las estrellas. Jadeante, arqueé la espalda hasta quedar con los hombros apoyados en la madera. Estaba entregada a él, moviendo las caderas adelante y atrás, frotándome con la palma.

Tenía los ojos cerrados por el éxtasis cuando capté una sombra a través de los párpados.

—Mírame —ordenó, justo por encima de mí.

Hice lo que me pedía y me lo quedé mirando mientras las oleadas de placer crecían en mi interior.

Él apoyó los brazos a los lados de mi cuerpo.

Tenía el corazón tan desbocado que pensé que iba a ahogarme. Me arqueé hacia él, desesperada por sentir su contacto, pero no llegaba. Quería que sus largos dedos sustituyeran a los míos, que explorasen lugares que yo no alcanzaba. Quería que sus labios ardientes me arrebataran los últimos vestigios de control. Que mis gemidos, casi suplicantes, derribaran sus barreras.

—¿Esto era lo que querías ver, guardián? —pregunté en voz baja y desafiante—. ¿Cuánto te deseo mientras tú te quedas ahí plantado? ¿O prefieres notar cuánto me mojo pensando en ti?

Sus ojos adquirieron una oscuridad peligrosa.

—Te torturas tanto como me torturas a mí —seguí, animada por el ansia de su mirada—. Los dos sabemos que quieres ser tú quien me haga gritar.

—¿Y privarme de esta visión? —murmuró—. Ni hablar; lo que quiero es ver cómo te deshaces.

Contuve un bufido ante su negativa.

—Di mi nombre —ordenó—. Quiero oírlo de tus labios cuando te corras.

Mis dedos habían encontrado un ritmo embriagador, y los sonidos de mi excitación llenaban la estancia. Tenía el aliento atascado en la garganta; hasta el último músculo de mi cuerpo vibraba con mayor intensidad a medida que me acercaba a la cúspide.

Se me ponían los ojos en blanco, pero noté que la presencia de Xül se desplazaba hacia abajo, hasta que sentí su aliento contra el interior de los muslos. Eso me hizo levantar caderas, ansiosa, y entonces su exhalación llegó al centro de mi ser. Esa fue mi perdición: me precipité en caída libre a un orgasmo que hizo estremecerse el mundo, que me despojó de cualquier pensamiento coherente.

—Xül —jadeé, una mezcla de plegaria y maldición en una sola sílaba.

Cuando las oleadas amainaron, apoyé la espalda en el escritorio. Xül estaba deshecho. Su pecho subía y bajaba rápidamente, y, aunque no había cambiado de postura y no me había tocado ni una vez, tras sus ojos ardía el deseo en estado puro.

Los dos guardamos silencio durante un largo momento; no había

más sonido que el de nuestras respiraciones entrecortadas, que poco a poco recuperaban el ritmo normal.

Después, Xül alargó la mano hacia la mía.

Muy despacio, se llevó mis dedos a la boca y, sin dejar de mirarme a la cara, separó los labios y entrecerró los ojos. Jadeé al sentir que su lengua daba vueltas, saboreando los restos de mi placer.

Me besó las yemas de los dedos con infinita suavidad y a continuación me soltó la mano.

—Dulces sueños, estrellita —murmuró, y, sin una palabra más, dio media vuelta y se encaminó a la puerta, dejándome temblorosa y sin aliento en su escritorio.

CAPÍTULO 49
EL VIDENTE CIEGO

El sol de mediodía colgaba del cielo rojo sangre de Draknavor. Xül caminaba a mi lado, ajustando sus largas zancadas a mis pasos, mientras regresábamos a la Aguja de Hueso. Habían pasado cinco días desde aquella noche en su estudio, y ninguno de los dos la había vuelto a mencionar: lo que pasó en el escritorio, el modo en que me había mirado, las promesas susurradas en la oscuridad.

—Tu corona ha aumentado —dijo Xül en tono pausado mientras miraba de reojo las motas de luz estelar que me sobrevolaban la cabeza; tres más que la primera vez que las invoqué.

—Ahora son diez puntos —respondí, sin poder disimular mi orgullo.

Curvó los labios en aquella media sonrisa típica de él.

—Desde luego, has mejorado.

—Qué magnífica alabanza —respondí con sequedad—. ¿Debería desmayarme ante tanto honor?

—No te pongas teatral —respondió, pero no había aspereza en su voz. Al legar a un estrechamiento del camino, nuestros brazos se

rozaron y ninguno de los dos se apartó.

—Te está creciendo el pelo —señaló con aquella voz grave que me producía escalofríos.

—Un lamentable efecto secundario de no haber muerto aún —respondí con fingido tono jocoso.

Su risa, por el contrario, fue suave y sincera.

—Eres toda una optimista, Morvaren.

La Aguja de Hueso se alzaba frente a nosotros en toda su terrible majestad. Una figura nos esperaba en la puerta, un sirviente umbrío cuya silueta se ondulaba bajo la luz carmesí.

Xül abandonó la postura relajada y se irguió en toda su imponente altura.

—¿Sí? —quiso saber en cuanto nos aproximamos.

El sirviente hizo una profunda reverencia.

—Ha llegado un mensaje, mi señor. —Le entregó una carta lacrada.

Xül la aceptó y examinó el sello.

—¿Qué es? —Me acerqué a mirar.

—Al menos esta la hemos recibido a tiempo —murmuró, más para sí que para mí.

Me apoyé en la puerta de obsidiana y estudié los símbolos del membrete. Dos emblemas entrelazados: una espiral y un nudo complejo.

—¿Qué representan esos símbolos? —pregunté, convencida de que la respuesta no me iba a gustar.

—El destino y el caos —respondió Xül sin apartar la mirada del lacre—. Vorinar y Aella organizarán el siguiente Juicio.

Me erguí con un escalofrío de inquietud.

—No parece una combinación muy prometedora.

—Y no lo es. —La preocupación se le asomó a las facciones antes de que pudiera ocultarla. Rompió el sello y leyó a toda prisa el contenido, con el ceño fruncido.

—¿Es malo? —pregunté, no muy segura de querer saber la respuesta.

—Puede que no —respondió, y se volvió hacia el sirviente—. Puedes irte. La señorita Morvaren y yo nos ausentaremos esta noche.

El sirviente asintió y desapareció entre las sombras.

Xül dobló la carta y se la guardó en la chaqueta.

—Vamos. Tendrás que limpiarte y prepararte.

—Prepararme, ¿para qué?

Se dirigió a la entrada de la Aguja de Hueso, caminando a buen ritmo.

—Vamos a ir al único lugar, aparte de Voldaris, donde reside un maestro del destino.

Corrí para alcanzarlo.

—No lo entiendo.

Se detuvo y me miró a los ojos.

—Ese hombre vive en Elaren, estrellita.

—¿Qué?

—Sí. —Reanudó el paso—. Arréglate. Nos vamos en una hora.

Quería extraerle más información, pero la rigidez de los hombros me hizo saber que de momento no le sacaría nada más. Así que me dirigí a mis habitaciones con la mente hecha un torbellino de posibilidades. El reino de los mortales. Después de todo lo que había pasado desde el principio de los Juicios, iba a volver adonde todo

empezó.

Cuando salí, una hora después, Xül me esperaba en el vestíbulo. Él también se había cambiado de ropa; en vez de su refinado atuendo habitual, vestía algo menos llamativo, aunque seguía pareciendo, de los pies a la cabeza, el príncipe divino que era en realidad.

—¿Lista? —me preguntó.

—¿Me vas a decir al menos qué región vamos a visitar?

—Cuando llegue el momento. —Me tendió la mano y yo la cogí sin dudar—. Cierra los ojos.

Hice lo que me pedía y sentí un tirón que ya conocía: la magia del portal que nos envolvía. El poder hizo crujir el aire, y de pronto…

Calor. Un calor seco y ardiente en la piel. Y un aire que sabía a algo distinto: más limpio, más ligero.

Abrí los ojos y descubrí que nos encontramos en un desierto interminable, dunas doradas que se extendían hacia el horizonte en todas direcciones. Por encima de nosotros, el cielo era de un azul tan nítido que casi dolía mirarlo.

Inspiré hondo para saborear el aire que me era tan familiar. Hacía tanto tiempo que no lo respiraba que ya casi me había olvidado de lo que era sentirlo en los pulmones.

Xül ya se había puesto en marcha y avanzaba a zancadas por las dunas. Sus botas apenas dejaban huella en la arena. Corrí para alcanzarlo.

—¿Cuándo me vas a explicar todo esto? —exigí.

—Todo se revelará a su debido tiempo —respondió sin bajar el ritmo.

Fruncí el ceño, pero me daba la espalda y no me vio.

—Es la respuesta más misteriosa e insufrible que haya oído jamás.

—Entonces, mi reputación sigue intacta.

—¿Quién es ese maestro del destino? ¿Por qué no está en Voldaris? ¿Por qué nos arrastramos por el desierto para encontrarlo? —Las preguntas se me escaparon a borbotones mientras me ponía a su altura.

—Cualquiera diría que voy a cambiar de opinión y voy a revelárselo todo solo porque lo exige en voz cada vez más alta —murmuró Xül para sí.

—Eres inaguantable —siseé.

—Y tú, muy observadora, estrellita.

Al coronar una duna, divisamos a lo lejos una aldea reluciente. Los edificios de adobe, de cálidos tonos ocre, se agolpaban alrededor de algo que me pareció un pozo. Había palmeras que ofrecían algo de sombra y toldos coloridos que se extendían entre los edificios y protegían las callejuelas del castigo del sol.

Al acercarnos empezamos a ver gente: mujeres que llevaban cántaros, niños que jugaban en las escasas sombras, comerciantes que ofrecían a gritos sus productos…

Cuando entramos en la aldea, me fijé en la reacción de sus habitantes al ver a Xül. No gritaban ni le hacían reverencias, pero era evidente que lo reconocían como algo distinto, no humano. Guardaban las distancias, con la mirada baja y el cuerpo orientado como para apartarse de él.

Xül, por su parte, tenía una mueca burlona en los labios, como si disfrutara de la incomodidad que provocaba.

—Te temen —dije en voz baja.

—Por supuesto —respondió—. Todos los mortales temen a la muerte.

Por fin llegamos a lo que parecía ser un templo, situado en el otro extremo de la aldea, casi en el límite. A diferencia de las casas, que eran construcciones sencillas, el templo era de arenisca clara y tenía en la fachada tallas en espiral. Unas figuras con túnicas de suave color gris entraban y salían por la puerta arqueada.

Me detuve en seco.

Sacerdotes. Aunque no fueran los seguidores de Olinthar, con sus túnicas blancas, seguían siendo sirvientes de la divinidad, agentes de la voluntad divina entre los mortales. Se me disparó el corazón, y las palmas de las manos se me empaparon de un sudor que no tenía nada que ver con el calor del desierto.

Xül se volvió con una ceja enarcada, como para preguntar, pero le cambió la expresión al entender lo que pasaba. Se me acercó y habló con una voz tan baja que solo yo pude oírlo.

—No son como los sacerdotes que conoces —explicó—. Sirven a Vorinar y no le hacen daño a nadie. Su único propósito es observar y registrar; no se dedican a cazar ni a capturar.

Vi una figura con túnica que pasaba junto a nosotros con la cabeza gacha, en reconocimiento tácito y silencioso de la presencia de Xül. A diferencia de los sacerdotes de Olinthar, con sus ojos fríos e inquisitivos, aquel mostraba una expresión serena, casi contemplativa.

—No pienso entrar —dije. Mi voz sonaba muy lejana.

—Esto es lo mejor que puedo ofrecerte —respondió Xül con una expresión mucho más seria de lo habitual—. Suponiendo que sea posible prepararse para lo que hayan planeado Vorinar y Aella.

—Me arriesgaré. —Di un paso atrás—. Tendré que improvisar.

Xül entornó los ojos y me estudió el rostro.

—No digas tonterías. —Lanzó una mirada significativa a otro sacerdote que pasó cerca de nosotros—. No querrás hacerme creer que esas personas te dan miedo.

Me envaré.

—El miedo y el odio son cosas distintas.

—Sí —convino—. Y tú puedes usar las dos para alimentar a tus estrellas si te sientes amenazada.

—¿Me das permiso, entonces? —Lo miré de reojo.

—Digamos que sí, aunque no creo que lo necesites. —Sonrió—. Si haces que el cielo les caiga encima a los de ahí dentro, los harás pedazos. No son guerreros ni estrategas. Son gente de paz.

Contemplé a los sacerdotes que iban y venían entregados a sus quehaceres.

—Entonces ¿no debo esperar que haya violencia? —pregunté. Me molestó sonar tan vulnerable.

A Xül le cambió la cara.

—Te lo prometo. Y, si alguno recurriera a ella, no sobreviviría al intento.

La fiera certeza de su voz me tranquilizó. Inspiré con fuerza y asentí.

—De acuerdo. Pero como note algo raro…

—Nos iremos al instante —completó—. Te doy mi palabra.

Me tendió de nuevo la mano y, tras una ligera vacilación, la acepté. Cerró los dedos alrededor de los míos.

Tras el sol abrasador del desierto, el templo era fresco y estaba sumido en la penumbra, iluminado por lámparas de aceite que

proyectaban sombras danzarinas sobre las paredes de color de arena. El aire olía a incienso y a pergaminos viejos. Los sacerdotes se movían en silencio; unos transcribían manuscritos, otros descansaban en nichos excavados en los muros.

Xül me condujo a la sala principal, y luego ascendimos por una escalera de caracol. Cuanto más subíamos, menos gente encontrábamos, hasta que por fin llegamos a una sencilla puerta de madera.

Se giró hacia mí e inspiró hondo.

—Lo que voy a enseñarte no puedes repetírselo a nadie. ¿Comprendido?

La seriedad de su voz me hizo dudar.

—Si es así, ¿por qué me lo enseñas?

—Porque vas a necesitar todas las ventajas que pueda ofrecerte —respondió. Y, antes de que yo pudiera decir nada, siguió—: Prométemelo, Thais.

Asentí despacio.

—De acuerdo.

Me sostuvo la mirada un breve instante más y luego tanteó el pomo con suavidad. Sin esperar respuesta, abrió la puerta y me indicó que lo siguiera al interior.

La estancia era pequeña y con escaso mobiliario; unos cuantos cojines en el suelo, una mesa baja con un juego de té y, en las paredes, estanterías llenas de pergaminos y de objetos extraños que no pude identificar. Sentado en un cojín, cruzado de piernas, había un anciano con la espalda muy recta pese a su edad y los ojos cerrados.

Tenía la piel del color del pergamino, entrecruzada de profundas

arrugas. El pelo, de un blanco luminoso, le caía en rizos por los hombros. Llevaba una túnica sencilla de cambiantes tonos grises; pero, a diferencia de los otros sacerdotes, aquel estaba rodeado por un aura de luz dorada.

Cuando entré en la sala, el anciano abrió los ojos y yo sofoqué un jadeo. Eran blancos como la leche. Volvió el rostro hacia nosotros.

—Príncipe Xül… —saludó con voz grave y melodiosa.

Xül inclinó la cabeza, una deferencia que no le había visto hacia nadie, ni siquiera su padre.

—Heron…

El hombre volvió su atención hacia mí.

—Y traes una invitada. Que, además, es de un linaje de lo más interesante.

Me quedé inmóvil, con el corazón en un puño, y le lancé a Xül una mirada de pánico.

Heron sonrió, y eso hizo que su rostro curtido adquiriera un aspecto casi infantil.

—No voy a fisgonear. Hay secretos que no me corresponde revelar a mí. —Señaló los cojines que tenía enfrente—. Sentaos, por favor.

Lo hice, aturdida.

—Tú…, ¿sabes que soy…? ¿Solo con mirarme? —pregunté con un hilo de voz.

—Niña —respondió Heron con amabilidad—, veo los hilos del destino que te atan a los cielos y a la tierra. —Cogió la tetera de la mesita que tenía delante y sirvió el líquido humeante en una taza—. Capto el brillo de tu naturaleza divina con tanta claridad como la luz

solar; es una hebra dorada y brillante.

—Heron es hijo de Vorinar —explicó Xül, que se sentó a mi lado —. Mortal.

La revelación me produjo un cosquilleo en la piel. Otro hijo semidivino. Como Thatcher y yo. Pero más viejo…, mucho más viejo.

—Eso es… —Me costaba encontrar las palabras—. Entonces ¿por qué no estás…?

—¿En Voldaris? —terminó Heron por mí, con una sonrisa triste en los labios—. Bueno, eso fue decisión de mi padre. Como ya sabrás a estas alturas, el único modo de vivir en Voldaris es ascender, y solo hay una forma de hacerlo. Pero yo nací ciego, querida. Mis ojos nunca han visto el mundo físico. —Señaló con un gesto vago sus ojos lechosos—. Y, aunque la ceguera no me haya impedido ver los caminos del destino, e incluso puede haber agudizado ese don, considerando lo físicos que son los Juicios, habría sido una sentencia de muerte.

Sopesé sus palabras y comprendí lo que implicaban.

—Así que tu padre te escondió.

—Sí —fue su única respuesta.

Otra idea, nueva y terrible, me acudió a la mente.

—¿Tu madre…? —No pude terminar la pregunta. Al recordar el destino de la mía se me atragantaron las palabras.

La expresión de Heron se dulcificó.

—Mi madre sobrevivió al parto —respondió con amabilidad—. Con ayuda de mi padre. Vivió una vida larga y plena… Casi ochenta años.

No pude evitar que se me escapara un sonido ahogado.

—¿Cómo? —logré decir con voz ronca.

—Vorinar cambió el tejido de su destino —explicó Heron—. Enlazó el hilo de su vida con el mío, de modo que la sostuvo durante el parto. Fue algo que requirió un considerable poder y… sacrificio por su parte. —Se detuvo para escoger con cuidado las siguientes palabras—. No todos los aesymar son igual de insensibles hacia las vidas mortales, Thais Morvaren.

Bajé la vista y asentí.

—Mi madre era escriba del templo durante el equinoccio de otoño —siguió—. Registraba las profecías que tenían lugar cuando el velo se volvía más tenue. Mi padre se fijó en ella porque fue la única que no se acobardó al verlo manifestarse. Lo miró a los ojos y le corrigió la pronunciación de una palabra antigua. —Una sonrisa melancólica le asomó a las facciones—. Regresó al solsticio siguiente, solo para hablar de lingüística con ella.

Xül se movió a mi lado.

—La existencia de Heron ha sido uno de los secretos mejor guardados del reino divino durante siglos. Vorinar lo escondió aquí, bajo su protección, consciente de lo que ocurriría si su existencia llegaba a oídos del aesymar que no debe.

Heron asintió y me ofreció una taza de té humeante.

—Mi padre me escondió en este remoto rincón de Elaren, donde he vivido en relativa paz y he sido sus ojos y oídos. —Bebió un trago de su taza, pensativo—. Llevo aquí casi trescientos años, observando desde la distancia cómo se tejen los hilos del destino.

Casi se me escurrió la taza de los dedos, de repente entumecidos.

—Trescientos…

—La sangre divina otorga longevidad —explicó Heron con

amabilidad—. Pero no auténtica inmortalidad.

Me lo quedé mirando, consciente de lo que veía: no un anciano, sino un ser que había visto surgir y caer imperios, que había vivido siglos. Que llevaba todo ese tiempo oculto y cuya vida era en sí misma una crítica de la crueldad del sistema.

—Has sobrevivido a todos los que conociste durante tus primeros años —susurré. El horror de una existencia como la suya me desbordaba.

—Excepto a mi padre —confirmó Heron con una pequeña inclinación de cabeza—. Y a los pocos seres divinos que saben de mi existencia. —Extendió la mano sobre la mesa y cogió la mía con una precisión infalible. Tenía la piel muy caliente—. Es a la vez una bendición y una carga, Thais. Puede que tú misma la acabes experimentando, si sobrevives a lo que se avecina.

Sus palabras me provocaron un escalofrío, no solo porque me recordaron el mortífero Juicio que estaba por llegar, sino por los siglos de soledad que se abrirían ante aquellos que lograran superarlos. Verían envejecer y morir a todas las personas que conocían mientras ellos permanecían inalterados.

—Habéis venido a hablar del Juicio —señaló Heron, y se volvió hacia Xül—. La creación de Vorinar y Aella. Una combinación de lo más… imprevisible.

—Te agradeceremos cualquier consejo que puedas ofrecernos —dijo Xül—. Se podría decir que no es algo que encaje en mi ámbito de especialización.

Heron, pensativo, bebió otro trago de té.

—Sabes que no puedo hablar de lo que os espera, porque ese conocimiento me está vedado incluso a mí. —Volvió el rostro hacia el

mío—. Pero puedo hablar de generalidades. La primera, y quizá la más importante, es recordar que el caos y el destino son, por naturaleza, fuerzas opuestas. Una crea pautas; la otra las trastoca.

—Eso no me sirve de mucho —respondí, incapaz de ocultar la decepción que se me asomó a la voz.

Heron esbozó una ligera sonrisa.

—Lo útil rara vez es obvio, jovencita. —Dejó la taza en la mesa —. Piensa en esto: ¿qué es algo tuyo, que te define y que no pueden quitarte ni corromper? ¿Qué te conecta a la vez con tu pasado y con tu futuro?

Fruncí el ceño. No acababa de entender a qué se refería.

—¿Mi poder?

—El poder se puede arrebatar. —Heron negó con la cabeza—. Piénsalo mejor.

Xül se inclinó hacia delante.

—La identidad —propuso.

Heron ladeó la cabeza, sin confirmar ni negar.

—En un reino donde nada es lo que parece, el yo permanece constante; aunque incluso eso puede… enmarañarse.

Empezaba a frustrarme lo críptico de sus consejos.

—Te agradezco la lección de filosofía, pero esperaba algo más concreto. Algo que me ayudase a no morir, por ejemplo.

—La muerte no es más que un hilo posible entre muchos —respondió Heron, indiferente a mi frustración.

Reprimí el impulso de suspirar. Al parecer, las respuestas directas no formaban parte del dominio del destino.

—Otro consejo, si lo quieres —añadió Heron, y bajó la voz—. Nunca confíes en lo que parezca un camino despejado. Las rutas

más obvias suelen llevar a los mayores peligros.

—Entonces ¿debo escoger a propósito los caminos más difíciles? —pregunté. Trataba de encontrar algún sentido a sus acertijos.

—Lo que digo es que, en un Juicio diseñado por la señora del caos, nada es accidental. Ni siquiera lo que parece producto de la suerte o el azar. —Se volvió hacia Xül—. Tú entiendes a qué me refiero, príncipe de la muerte.

Xül asintió despacio.

—Aella no crea auténtico azar; solo su apariencia. Siempre hay un patrón subyacente, si sabes dónde buscarlo.

—Eso es —respondió Heron con tono de aprobación—. Buscad el patrón dentro del caos.

Tomé nota del consejo; no sabía muy bien cómo me ayudaría, pero agradecía cualquier cosa que me diese una ventaja.

—¿Hay algo más que deba saber?

Heron inspiró hondo.

—En la casa del destino hay habitaciones en las que no se debe entrar. Haz caso de los avisos que te encuentres, o puede que descubras verdades que no estés preparada para sobrellevar.

—Parece un mal presagio —comenté.

—Las verdades guían los caminos de nuestro destino. Averiguar las que no tocan puede ser contraproducente. Si te parece un mal presagio, querida, será porque lo es.

Como si lo hubieran invocado, Xül se puso en pie y nos dio la espalda.

—Tengo que encargarme de una cosa. Os ruego que me disculpéis.

Y salió por la puerta sin darme tiempo a protestar.

Se hizo el silencio. El anciano bebía su té con una expresión serena y parecía satisfecho con el silencio. Pero mi mente era un torbellino de preguntas.

—Llevas aquí tres siglos —dije por fin— viendo cambiar el mundo mientras tú permaneces escondido.

Heron asintió.

—A veces ha sido una existencia muy solitaria. Pero cumplía un propósito.

—¿Y cuál es?

—Ser testigo. Registrar. En ocasiones, mover un hilo o dos si el Tapiz me lo permite. —Desvió los ojos ciegos hacia la ventana—. He vivido una vida de observación, no de participación. Tiene sus recompensas.

—Pero nunca has tenido más opciones —dije, incapaz de extirpar de mi voz el desprecio que sentía—. Los Juicios, los Doce… te han robado cualquier otra posibilidad.

—Sí —convino con sencillez—. Como han hecho con muchos otros.

Me miré las manos y rememoré la vida sencilla que había llevado en Cresta Salada. La sensación de la brisa marina, el peso de las ostras en las palmas, la sonrisa de Marel a la luz de las llamas. Todo aquello se había desvanecido.

—Tienes un hermano —dijo Heron de repente, en voz baja.

Miré la puerta de reojo. No había ni rastro de Xül.

—Sí.

El anciano se inclinó hacia mí con gesto serio.

—Veo tu hilo del destino, cómo se retuerce y gira en los siglos venideros. —Hizo una pausa, como para sopesar sus siguientes

palabras—. Pero el suyo… está truncado.

Se me heló la sangre en las venas.

—¿Qué?

—No veo el hilo de su vida más allá… —vaciló— del final de los Juicios.

Me invadió el pánico y el corazón me dio un vuelco. No podía ser cierto.

—No es posible —dije con voz temblorosa. «Si matamos a Olinthar, moriremos los dos». Ese era el plan, y siempre lo había sido. Ambos habíamos aceptado ese precio. Jamás se me había ocurrido plantearme un futuro en el que yo sobreviviera y él no.

—Los planes y el destino no suelen coincidir —señaló Heron con suavidad—. Pero no te desanimes. Es posible cambiar el destino alterando la trayectoria.

Sacudí la cabeza. El terror me atenazaba la garganta y no me dejaba pronunciar palabras. La idea de seguir adelante sin Thatcher, de ascender a la divinidad mientras él moría, me resultaba insoportable. Éramos mellizos, dos mitades de un todo. Nunca había imaginado mi existencia sin él.

Antes de que pudiera presionar a Heron para extraerle más información, volvió a adoptar la expresión serena que tenía a nuestra llegada. A los pocos segundos regresó Xül.

—Me parece que deberíamos irnos —dijo sin percibir mi angustia —. Creo que ya te hemos robado demasiado tiempo.

Heron se puso en pie con una agilidad sorprendente para alguien tan anciano.

—Ha sido un placer conocerte, Thais Morvaren. —Cogió mi mano temblorosa entre las suyas—. Recuerda lo que te he dicho del

destino. Nada es definitivo hasta que ocurre.

Asentí en silencio, aturdida por la revelación.

Mientras regresábamos a la aldea, Xül me miró de soslayo con los ojos entornados.

—Ni que hubieras visto un fantasma.

Me obligué a respirar con normalidad y adoptar una expresión neutra.

—Estoy tratando de procesar todo eso.

Me estudió unos instantes, no muy convencido, pero no insistió.

Llegamos al límite de la aldea en el momento en que se empezaba a poner el sol, que proyectaba largas sombras en las arenas del desierto. Xül alzó la mano para abrir un portal, pero vaciló.

—¿Te molestaría mucho que nos pasáramos por otro sitio antes de volver a Draknavor? —Me miró con una ceja enarcada.

Yo estaba tan sumida en mis pensamientos que casi ni me di cuenta de lo que me decía. Me obligué a responder con un gesto de negación.

Cuando el portal se abrió frente a nosotros como un remolino, hice una promesa silenciosa. Encontraría la manera de hablar con Thatcher, de advertirlo de lo que había averiguado. Juntos buscaríamos otro enfoque; un plan más a largo plazo, quizá, o alguna solución completamente distinta.

Porque no había luchado en los Juicios, no había soportado el entrenamiento de Xül y los horrores de Voldaris para luego vivir toda la eternidad sin la persona que más me importaba. Si el destino decretaba que Thatcher debía morir, yo estaba dispuesta a hacerlo trizas y tejerlo de nuevo a mi gusto.

Xül me tocó el hombro y me sacó de aquellos pensamientos sombríos.

—¿Lista?

Asentí y lo seguí a través del portal.

CAPÍTULO 50
REFLEXIONES

Seguí a Xül a trompicones a través del portal, con las palabras de Heron grabadas a fuego en la mente: «El hilo del destino de tu hermano está truncado». Cuando la luz plateada del portal cedió y me dejó pasar, el mundo que me rodeaba se transformó.

El calor del desierto desapareció, remplazado por una brisa fresca y suave que arrastraba un aroma a agua y vegetación. Parpadeé sorprendida y, por un instante, me olvidé del pánico.

La niebla colgaba a baja altura sobre canales que se extendían en todas direcciones y cuyas superficies reflejaban la luz dorada del atardecer. Cuando se disipó la neblina, entreví edificios que parecían flotar en el agua: cabañas con tejado de paja muy inclinado y paredes pintadas de colores vivos que contrastaban con el luminoso verdor. Pasarelas que se extendían sobre cauces angostos y conectaban casas que, de otro modo, serían islas aisladas.

El mundo cobraba forma ante mis ojos: un niño que corría por un estrecho sendero detrás de una cometa muy colorida, pájaros de tupido plumaje que planeaban entre los árboles, flores encaramadas

a las celosías y que se derramaban por los alféizares en cataratas de blanco y morado.

—¿Dónde estamos? —susurré, temerosa de estropear la magia de aquel lugar.

—En un sitio al que debería venir más a menudo —respondió Xül —. El pueblo de Mireen.

Una barca estrecha pasó cerca, pilotada por una mujer de piel oscura y largos rizos negros. Gritó algo en una lengua que no reconocí. Xül alzó la mano para saludarla y le respondió.

—Hablas su idioma —comenté. Era una obviedad, pero estaba tratando de poner en orden mis pensamientos y me salió así.

—Sería raro que no lo hablase. —Echó a caminar por un sendero que bordeaba uno de los canales más anchos—. Aquí vive mi familia. Los descendientes de Osythe.

Aparté a un lado los pensamientos sobre Thatcher y corrí para alcanzar a Xül.

—No me habías dicho que fuéramos a reunirnos con más familia.

Él contemplaba el pueblo como si estuviese apreciando en silencio cada detalle que veía.

—No quería perderme la oportunidad.

—¿Cuánto hace que no vienes? —pregunté mientras me agachaba para esquivar una rama baja cubierta de florecillas blancas.

—Dos años —respondió con un toque de pesar—. Puede que tres.

Torcimos por un canal más estrecho bordeado de arbustos floridos cuyas ramas tocaban el agua; era tan cristalina que, entre las raíces de las plantas acuáticas, se distinguían pececillos

diminutos que nadaban a gran velocidad. Levanté un momento la mirada al ver que nos acercábamos a una cabaña más grande, un poco apartada del agua, sobre un pequeño promontorio. A diferencia de las otras casas, aquella estaba rodeada por un jardín: tallos gruesos con hojas anchas, arbustos tupidos cubiertos de flores blancas, enredaderas que se introducían por las rendijas del exterior de la casa.

La puerta se abrió de par en par antes de que llegáramos, y salió una mujer, alta y majestuosa, con la piel del color de la nuez y el cabello negro recogido en unas trenzas muy elaboradas. Llevaba un vestido de un añil intenso, adornado con bordados de oro. Clavó los ojos en Xül y, esbozando una mueca burlona, se cruzó de brazos.

—Vaya. Así que regresa el vagabundo. —Hablaba con un acento que no logré identificar.

Xül saludó con una ligera inclinación.

—Amara…

La mujer lo observó unos instantes más y luego sonrió de buena gana.

—Ha pasado mucho tiempo, príncipe.

Para mi sorpresa, se adelantó y envolvió a Xül en un abrazo, que él le devolvió sin dudarlo. Cuando se separaron, la mujer desvió la mirada hacia mí.

—¿Y a quién has traído a nuestro umbral?

—Es… —intentó decir Xül.

—Es mi tutor —interrumpí, sin saber muy bien por qué sentía la necesidad de definir nuestra relación de inmediato—. Soy Thais Morvaren.

Amara enarcó las cejas y paseó la vista del uno al otro.

—Thais —sonrió de nuevo—, cualquier invitado de Xül es bienvenido en nuestro hogar. Entrad los dos.

—¿Qué relación tienes con ella? —le pregunté a Xül mientras lo seguía al interior.

—Es una pariente lejana.

Nuestros brazos se rozaron al entrar y el fuego me lamió la columna vertebral. Desde aquella noche era algo constante: cada contacto accidental iba acompañado del recuerdo de sus manos en mi pelo y de sus ojos que me devoraban.

Pasamos a un gran salón central iluminado por la luz de las ventanas que daban al canal. En él había al menos una docena de personas de edades diversas que iban de un lado a otro preparando lo que parecía una fiesta. En el aire flotaba un aroma a especias desconocidas.

Por todas partes se oían conversaciones en la misma lengua de antes, puntuadas por coros de risas. Todos los presentes tenían la piel morena, con tonos diversos pero similares, y los rasgos de muchos de ellos me recordaban a Xül y a su madre: el contorno de los ojos, el ángulo de los pómulos, la forma de gesticular al hablar.

—¡Xül! —Una voz profunda retumbó por toda la sala. Un hombre ancho de hombros, con un pelo entrecano recogido en mechones gruesos, se abrió paso a empujones entre la gente—. ¡Ya era hora de que te dignases asomar por aquí!

—Teller —dijo Xül cuando se saludaron agarrándose los antebrazos—, ¿sigues dándole quebraderos de cabeza a Amara?

—Siempre que puedo —respondió el hombre con una gran carcajada. Cogió a Xül de los hombros, y sus ojos me descubrieron —. Y esta ¿quién es?

—Thais —respondí antes de que nadie se me adelantara.

—Es mi pupila —añadió Xül, que me lanzó una mirada de reojo.

—Interesante. —Nos miró a los dos y alzó las cejas. Luego me tendió la mano—. Soy Teller, sufrido esposo de Amara.

—El que me hace sufrir a mí, quiere decir —aclaró Amara al pasar junto a nosotros de camino a la cocina.

Los niños corrían por todas partes y llamaban a Xül en su lengua. Una anciana se levantó despacio de un sillón cercano a la ventana; sonrió y su rostro se transformó en un laberinto de arrugas. Dos hombres jóvenes dejaron de lado la partida a la que estaban jugando y se unieron al círculo creciente que nos rodeaba.

—Niños, dadles espacio para respirar a nuestros invitados —ordenó Amara, aunque con amabilidad—. Nuri, ven a conocer a Thais.

La anciana se acercó con ayuda de un bastón de madera labrada. Tenía el cabello blanco trenzado y recogido sobre la cabeza, adornado con pequeñas cuentas de madera.

—Entonces —comentó con una voz más fuerte de lo que correspondía a su edad—, la has escogido a ella para entrenarla. —Me estudió—. Hay fuego en su interior.

—Es muy especial, sí. —A Xül le tembló la comisura de los labios.

—Como tú, entonces —respondió con una sonrisa irónica antes de volver a centrarse en mí—. ¿Eres tan gamberra y alborotadora como ese?

Me eché a reír.

—No se me ocurriría ni compararme con él.

—Chica lista. —Asintió y le dio un codazo a Xül en las costillas.

Una mujer más joven apareció con un bebé apoyado en la

cadera.

—Abuela, déjalos entrar y acomodarse antes de empezar con tus interrogatorios. —Se volvió hacia mí con una gran sonrisa—. Me llamo Layla. Bienvenida a nuestro hogar.

—Gracias —respondí, consciente de pronto de lo fuera de lugar que me sentía en aquella reunión tan familiar—. Es precioso.

—Eso nos gusta pensar —convino Layla. Meció al bebé, que empezaba a mostrarse agitado—. Nos estamos preparando para la fiesta del solsticio de verano, que es mañana. Habéis llegado justo a tiempo.

—Oh, no nos vamos a quedar —intervino Xül.

—Bobadas. —Nuri le dio un golpe con el bastón—. Seguro que una noche podéis quedaros. Luego tardaremos años en volveros a ver.

Xül suspiró, derrotado; se dejó caer en el sofá y se cruzó de piernas.

—¿El solsticio? —pregunté, para encaminar la conversación—. En Cresta Salada no lo celebrábamos tan a lo grande.

Layla abrió mucho los ojos, interesada.

—¿El pueblo de la costa?

Asentí sorprendida.

—¿Lo conoces?

—Mi nieta iba mucho por allí cuando era más joven —intervino Nuri—. Decía que la comida estaba para morirse.

—Ven conmigo —interrumpió Amara—. Te prometo que en la cocina no seguiré interrogándote.

Me reí y la seguí hasta una gran mesa de madera sobre la que se apilaban verduras de todos los colores. Varias mujeres ya se

afanaban cortando hortalizas, moliendo especias o amasando. Una niña de unos doce años estaba sentada en un taburete con las piernas cruzadas y pelaba las judías de una cesta.

—Dara, haz sitio a nuestra invitada —le indicó Amara.

—¿De verdad eres la elegida de la muerte? —preguntó al instante, en voz baja, pero interesada.

—¡Dara! —la regañó Amara—. Compórtate.

—No pasa nada —aseguré. Me senté en el asiento que me ofrecían junto a Dara—. Sí, lo soy. Pero él no es realmente…

—No es la muerte —terminó Dara por mí, con expresión de sabiduría—. Es el príncipe de la muerte. La abuela me lo explicó. Su padre es la auténtica muerte, pero Xül trabaja para él.

La miré sorprendida.

—Eso es… correcto, en realidad.

Amara me pasó un cuchillo y una pila de tubérculos.

—Hay que cortarlos en rodajas finas, para el guiso —explicó—. Así. —Me lo enseñó con movimientos rápidos y precisos.

Seguí su ejemplo y me adapté al ritmo familiar del trabajo culinario. Me fijé en que, al otro lado del salón, Teller había arrinconado a Xül y los dos estaban sumidos en una intensa conversación.

—Entonces —dijo Layla, que se sentó frente a mí mientras seguía acunando al bebé— ¿cómo llevas Voldaris?

—Unos días mejor que otros —respondí, concentrada en lo que cortaba—. Pero no es tan terrible como me imaginaba.

—Xül todavía no te ha vuelto loca —comentó con una carcajada —. Así que me imagino que tienes mucha fuerza de voluntad.

—Es una forma de decirlo… —coincidí, incapaz de reprimir una

sonrisita.

—Contigo se lo ve distinto —observó Nuri, que se acomodó en una silla a la cabeza de la mesa—. Más relajado.

Levanté la vista, sorprendida.

—Yo no diría eso.

—Pues yo sí —insistió la anciana—. Y conozco a ese muchacho de toda la vida.

De pronto me sentí expuesta, como si la mujer pudiera atravesarme con la mirada y ver la confusa maraña de emociones que yo me esforzaba por ignorar: el deseo, el miedo y algo demasiado ilícito para reconocerlo.

Layla interrumpió el hilo de mis pensamientos.

—Para ser la primera vez que cortas kalara, se te da muy bien.

—Estoy acostumbrada a cocinar —expliqué—. En Cresta Salada trabajaba con mi padre cultivando ostras.

—¡Ostras! —exclamó Dara—. Nunca las he probado. ¿Están buenas?

—Estupendas —le aseguré—. Sobre todo recién pescadas.

Xül estaba sentado en un taburete bajo, rodeado de varios familiares de más edad. Nuri se había levantado de nuestra mesa y en aquel momento, de pie detrás de él, le deshacía las trenzas con dedos ágiles.

—Se lo está volviendo a trenzar —me explicó Amara al ver que me lo quedaba mirando—. Es tradición, cuando un miembro de la familia vuelve a casa.

Fascinada, observé a la anciana peinar los largos rizos morenos de Xül y dividirlos en mechones. Mientras trabajaba, sus labios se movían sin parar; Xül y los demás acogían sus palabras, según el

momento, con sonrisas o con gestos solemnes de asentimiento.

—¿De qué habla? —pregunté.

—Viejas anécdotas —respondió Amara—. Cuando Xül lleva demasiado tiempo fuera, le recuerda quién es.

Lo oí reírse de buena gana. Era un sonido que rara vez había visto salir de sus labios.

—No os visita mucho, ¿no? —pregunté.

—El tiempo transcurre para él de un modo distinto que para nosotros —respondió Amara con calma—. Y la cosa irá a más a medida que pasen los años. —Señaló con un gesto a una niña que jugaba con bloques de madera en un rincón—. Eliza era un bebé la última vez que vino. Ahora ya habla y camina.

—¿Qué puedes contarnos de los Juicios? —dijo una voz queda a mi lado. Al volverme descubrí a Dara, que me miraba con expresión solemne.

El silencio se abatió sobre la cocina. Las manos de las mujeres se detuvieron, y sus facciones adoptaron expresiones reservadas.

—¡Dara! —la reprendió Amara—. De esas cosas no se habla.

—Pero la abuela dijo…

—Tu abuela dice muchas cosas —interrumpió Amara con un tono que no admitía discusión—. Ve a ayudar a tu hermano con el pan.

La niña se escabulló, no sin antes lanzarme de reojo una mirada de curiosidad. Las mujeres siguieron con sus tareas, pero el ambiente ya no era tan relajado.

Xül, al otro lado de la sala, se había quedado rígido y tenía una expresión ilegible.

—Te pido disculpas —me dijo Amara en voz baja—. Aquí no se suele hablar de esos temas.

—No pasa nada —le aseguré, aunque su reacción me tenía intrigada—. Lo entiendo.

La cena fue muy alegre, con platos deliciosos que nunca había probado: el guiso que habíamos preparado, con aquellas especias que no conocía; hogazas aún calientes del horno; verduras asadas glaseadas con miel y pimienta.

Nos sentamos en cojines dispuestos en círculos alrededor de unas mesitas bajas. Yo acabé entre Layla y uno de los mellizos: Davi, según descubrí, el hermano de Dara.

—¿Cuál es tu don? —me preguntó en cuanto me senté.

Casi me atraganté con el primer bocado. Al mirar a mi alrededor esperaba encontrar la misma vacilación de antes, cuando Dara me preguntó por los Juicios, pero no vi nada de eso. Todos los ojos se habían posado en mí, llenos de curiosidad.

—Los dones no son un tema tabú —señaló Nuri al darse cuenta de mi confusión—. Solo lo es el destino que aguarda a las personas que los manifiestan.

Xül carraspeó y se ajustó el cuello de la camisa.

—Es… complicado —respondí a Davi.

—¿Nos lo puedes enseñar? —insistió.

—Davi —lo regañó Layla con suavidad—, nuestra invitada intenta comer.

—No pasa nada —dije, aunque en realidad no estaba segura. Miré a Xül y enarqué una ceja a modo de pregunta silenciosa.

Lo consideró unos instantes y luego asintió de modo casi imperceptible.

Dejé la cuchara en la mesa, junté las manos formando un

cuenco y me concentré. Tiré del pozo de poder de mi interior, cosa que, tras meses de práctica, me resultaba mucho más fácil, e invoqué un diminuto punto de luz, no mayor que una luciérnaga, que me flotó sobre las palmas. Latía con un color entre azul y plateado.

De las mesas me llegó un rumor de jadeos y murmullos. Davi había abierto unos ojos como platos.

—Es precioso —suspiró Layla. El bebé trató de alcanzar la luz con sus deditos.

—Fuego estelar —dijo Nuri, y la voz resonó por todo el salón.

Cerré las manos y extinguí la luz antes de que creciera más.

—No es más que un truco de salón —respondí. La atención me ponía incómoda.

—Ni mucho menos —comentó Teller, que alzó la copa para pedir un brindis—. ¡Por los talentos, tanto los antiguos como los nuevos!

Acabada la cena, cuando los niños ya dormían, los adultos y los adolescentes nos reunimos en una estancia más pequeña, cerca del salón principal. Teller apareció con un juego de dados de madera tallada y un tablero con unos complejos dibujos tallados.

—Tashara —anunció—. El juego más antiguo que se juega en este pueblo. ¿Tenéis algo parecido en Cresta Salada, Thais?

—Tenemos juegos de dados y de cartas —comenté mientras lo veía disponer unas pequeñas fichas en puntos concretos del tablero —. Pero ninguno que se parezca a este.

—Es muy sencillo —explicó Layla—. El dado dice cuántas casillas te puedes mover. El objetivo es capturar las fichas del adversario y proteger las propias.

—Estrategia y suerte —añadió Amara, que se sentó junto a su

marido—. Como en la vida misma.

Xül se sentó a mi izquierda.

—Cuidado —susurró—. Teller hace trampas.

—¡Eh, que te he oído! —protestó Teller—. Que tú pierdas siempre no significa que yo haga trampas, príncipe.

—¿Siempre? —Enarqué una ceja—. ¿El poderoso príncipe de la muerte, derrotado en un simple juego de dados?

—La estrategia nunca ha sido su fuerte —se burló Nuri, y se acomodó en un cojín con la ayuda de Layla—. Es demasiado impulsivo.

—No soy impulsivo —protestó Xül, riéndose.

—Ah, ¿no? —Los ojos de Amara rebosaban picardía—. ¿Hace falta que les recordemos a todos el incidente de la barca de pesca?

Xül enarcó la ceja.

—¿De verdad es necesario?

—Me temo que sí —replicó Amara con una mueca burlona—. Thais se merece saber con qué clase de hombre trata.

—Eso quiero oírlo. —Me incliné hacia delante, interesada.

Teller se echó a reír.

—Fue hace muchos veranos. ¿Cuántos años tenías, Xül? ¿Doce? Estaba decidido a demostrar que podía pescar más peces que cualquier otra persona del pueblo.

—Una ambición muy razonable —añadió Xül.

—Así que «tomó prestada» la barca del viejo Tomar. —Amara hizo las comillas con los dedos.

—Sin permiso —añadió Layla.

—Un detalle sin importancia —apuntó Xül con un gesto despectivo.

—Navegó hasta el canal más profundo —Teller se había hecho cargo de la historia y gesticulaba mucho con las manos—, por donde pasan los peces grandes del río. Pero nunca había navegado por esas aguas.

—Me había fijado muchas veces en cómo se hacía —protestó Xül.

—Fijarse en cómo se hace y hacerlo son dos cosas muy distintas —añadió Nuri, muy sensata, mientras lo amonestaba con el dedo extendido—. Como descubrió muy pronto, en cuanto la corriente atrapó la barca y la arrastró hasta los sauces llorones de la otra orilla.

—La barca volcó —explicó Amara, que casi no podía contener la risa— y al futuro príncipe de la muerte lo encontraron colgando bocabajo de una rama de sauce, enredado en hilos de pesca, y sin un solo pez después de tanto esfuerzo.

Toda la sala estalló en carcajadas, incluso Xül, que agitó la cabeza con fingida resignación.

—Está claro que los peces conspiraron en mi contra.

—Claro que sí, cariño. —Nuri lo consoló con unos golpecitos en la rodilla—. Tu absoluta falta de experiencia no tuvo nada que ver.

Al verlo así, riendo, bromeando, relajado, parecía una persona totalmente distinta del inmortal frío y calculador que yo había conocido en Voldaris. En el pueblo, rodeado de su familia, solo era Xül.

La partida empezó y Teller me fue explicando las reglas a medida que jugábamos. Las aprendí enseguida, y pronto, para su gran fastidio, le capturé tres fichas seguidas.

—¡Se le da muy bien! —exclamó Layla, que me aplaudió.

—La suerte del principiante —gruñó Teller, aunque de buen humor.

—O quizá tus trampas son demasiado obvias —dijo Xül, lo que le granjeó un amistoso palmetazo de Teller.

A medida que caía la noche, los presentes se fueron excusando uno tras otro: Layla, para ver cómo seguía el bebé; Amara, porque salía de madrugada hacia un pueblo cercano y tenía que preparar las cosas. Los mellizos se rindieron por fin a la insistencia de su madre de que hacía ya mucho que deberían estar en la cama.

—Nos vamos a dormir. Deberías mostrarle su cuarto a Thais —sugirió Nuri tras ahogar un bostezo.

Tras esas palabras, nos dieron las buenas noches y desaparecieron cada uno en su habitación; Xül y yo nos quedamos solos en la salita poco iluminada.

—Duerme bien, estrellita —me dijo mientras me guiaba por el pasillo.

—Y tú también —respondí, parada en el umbral. Ambos parecíamos querer decir algo más, sin acabar de encontrar las palabras. Una parte de mí deseaba tirar de él, arrastrarlo al interior de mi habitación y seguir viviendo el sueño que había tejido el pueblo para nosotros, en el cual podíamos olvidarnos de las consecuencias y de las responsabilidades. Pero otra parte de mí sabía que eso solo complicaría más las cosas, que diluiría una línea que ya era bastante difusa de por sí.

Con un último asentimiento, se volvió y entró en su cuarto, y me dejó sola con mis pensamientos.

La habitación de invitados era pequeña pero cómoda, con una cama estrecha cubierta de mantas de varios colores, una mesita con

una jofaina y una ventana que se abría a un pequeño canal. Me lavé la cara, me puse la ropa de dormir que me habían dejado sobre la cama y apagué la lámpara.

Pero el sueño no llegó. Me puse a pasear por la pequeña habitación, con los sucesos del día dándome vueltas en la cabeza: los funestos presagios de Heron en relación con Thatcher, aquel atisbo inesperado de la otra vida de Xül, el recuerdo de su contacto, que no lograba olvidar por mucho que lo intentara.

Me acerqué a la ventana y la abrí para que entrase la brisa nocturna. El pueblo estaba en silencio, y casi todas las ventanas, a oscuras. Solo se oía el golpeteo rítmico del agua contra las paredes de los canales.

Desde ese remanso de paz, los Juicios parecían una pesadilla lejana: Voldaris, la Aguja de Hueso, el peligro constante… Todo aquello daba la impresión de pertenecer a otra vida. Allí, en el pueblo, casi podía creer en un camino distinto, en un futuro distinto.

Pero ese futuro no me pertenecía. Yo tenía responsabilidades, juramentos, un hermano cuyo destino pendía de un hilo. Y Xül… Xül tenía obligaciones que yo ni alcanzaba a comprender. Cosas que no me iba a contar.

Acaricié el alféizar con los dedos; la madera gastada era suave al tacto. Una cosa era desear su cuerpo… Eso ya lo había reconocido ante mí misma cuando casi le supliqué que me tocara. Pero aquello… Aquello era muy diferente. Peligroso. Era como querer partes de él que no tenía ningún derecho a reclamar.

Les di la espalda a aquellos sueños tentadores que nunca podrían ser míos y me metí en la cama sin ganas. Mientras me llegaba el sueño, me di cuenta de que deseaba que Xül volviera a

traerme en el futuro a este lugar donde, por un breve instante, podíamos fingir que éramos algo distinto de aquello en lo que nos había convertido el destino.

CAPÍTULO 51
INMERSIÓN

La mañana llegó acompañada de los sonidos de una casa en movimiento: risas infantiles, el traqueteo de los utensilios de cocina, conversaciones animadas. Me desperté poco a poco, desorientada al principio por la habitación desconocida hasta que recordé dónde estaba. La luz del sol entraba por la ventana que había dejado abierta, y, con ella, el aroma del pan recién hecho y las enredaderas en flor.

Al final me levanté, me vestí y me lavé la cara con el agua de la jofaina antes de aventurarme a salir a la casa. La estancia principal ya bullía de actividad, con los preparativos del desayuno en pleno apogeo, niños que correteaban entre los adultos, charlas que fluían en aquella lengua musical que yo no podía entender.

—¡Por fin amaneces! —exclamó Teller al verme, y alzó una taza humeante a modo de saludo—. Creíamos que ibas a pasarte todo el día durmiendo.

—Lo siento —dije, cohibida de repente—. No me había dado cuenta…

—Te toma el pelo —dijo Amara, que apareció a mi lado con una taza caliente y me la puso entre las manos—. La mañana aún es joven. Bebe; te despejará.

Era una bebida aromática y algo dulce, con especias desconocidas que me producían un agradable hormigueo en la lengua.

—¿Y Xül? —pregunté como quien no quiere la cosa mientras inspeccionaba la habitación.

—Se ha marchado antes del alba —dijo Nuri, y ocupó un asiento junto a la ventana—. Ha ido a pescar con unos cuantos hombres.

Sentí una punzada de decepción, pero intenté no analizarla demasiado.

—Ha prometido que volverá para las festividades de la noche —añadió Amara, a quien no se le había escapado mi expresión.

—Ah —dije—. Eso está… bien.

La sonrisa cómplice de Nuri me sacó los colores. Clavé la vista en mi taza y fingí que no me daba cuenta.

El día transcurrió en un placentero torbellino de preparativos para la celebración del solsticio. Me pusieron a trabajar, y ayudé a cocinar platos especiales y colocar la decoración para la noche. Dara y Davi me seguían cuando su madre no les decía que me dejaran en paz, y me asaeteaban a preguntas sobre Cresta Salada, sobre Xül, sobre mis poderes…

—¿Puedes hacer una estrella grande? —preguntó Davi, quizá por décima vez, fascinado y con los ojos muy abiertos—. ¿Tanto como para montarse en ella?

—Te reduciría a cenizas antes de que llegaras a acercarte —le expliqué mientras amasaba.

—¡Increíble! —exclamó admirado.

Cuando se aproximaba la puesta de sol, la casa se transformó. Los invitados se pusieron vestimenta especial, se pintaron elaborados dibujos en la cara y se adornaron el pelo con cuentas y con flores diminutas.

Amara me encontró en mi cuarto, al que me había retirado para adecentarme un poco la ropa con la que había llegado; no era lo más adecuado para una celebración, pero no tenía otra cosa.

—No puedes salir con eso —declaró. Me miraba consternada. Desapareció un momento y volvió con un fardo de tela de intensos tonos azules y morados—. Mena es la que tiene una talla más parecida a la tuya. Dice que te lo presta.

Eran unas prendas preciosas: un vestido de vuelo con bordados en las mangas y el dobladillo, y un chal de tela finísima al que la luz arrancaba sutiles destellos. Protesté con la boca pequeña, pero Amara insistió.

—Es el solsticio —dijo como si no hicieran falta más explicaciones—. Ahora, siéntate. Hay que arreglarte el pelo.

Dejé que me hiciera un complejo peinado, con trencitas y tirabuzones intercalados, salpicado de flores blancas del jardín. Al terminar, dio un paso atrás para inspeccionar su trabajo.

—Mejor —declaró satisfecha—. Ya no pareces fuera de lugar.

Esas palabras me provocaron un inesperado vuelco en el estómago. Aquel no era mi sitio, por mucho que me hubiera gustado. Pronto volveríamos a Voldaris, a los Juicios, a la espantosa realidad que nos esperaba allí.

Amara suavizó la cara como si me hubiera leído el pensamiento.

—Esta noche, al menos, eres una de los nuestros. Sácale todo el

partido posible.

La fiesta comenzó en cuanto el sol se ocultó en el horizonte. El centro del pueblo se había transformado: colgaban lamparillas de todos los lugares posibles; alrededor de la plaza central había mesas repletas de comida, y los músicos se habían instalado cerca de una plataforma de madera que se usaba de pista de baile.

Todo el pueblo parecía haber acudido, desde los niños de cuna hasta los ancianos, todos ataviados con sus mejores galas y engalanados con flores y pinturas. Me mantuve cerca de la familia de Amara.

Y entonces llegó Xül. Apareció a un lado de la multitud justo cuando las primeras estrellas se hacían visibles en el cielo cada vez más oscuro. Él también se había cambiado de ropa: llevaba una túnica sencilla pero elegante de color azul oscuro con bordados plateados en el cuello y los puños. Aún tenía en el pelo las trenzas que le había hecho Nuri, con pequeñas cuentas de madera en vez de las de oro que llevaba siempre.

Nuestras miradas se cruzaron de un lado a otro de la plaza, y durante un momento todo lo demás pareció desvanecerse. Mientras caminaba en mi dirección, Xül respondía a los saludos de los aldeanos con movimientos de cabeza y sonrisas breves, sin apartar ni un momento los ojos de los míos.

—Estás… —empezó a decir cuando llegó a mi lado, pero entonces se lo pensó mejor—. Distinta.

—¿Y eso es bueno o malo? —pregunté.

Media sonrisa se dibujó en una comisura de su boca.

—Estás distinta, sin más. Estoy acostumbrado a verte cubierta de moratones del entrenamiento y mirándome con cara de pocos

amigos.

—Yo no te miro así —protesté.

—¿Cómo que no? —replicó, y recorrió con la mirada mi vestido ajeno y mi pelo adornado—. Aunque esta noche me miras de otra forma.

Antes de que pudiera responder apareció Teller y palmeó el hombro de Xül.

—¡Aquí estás! Venid, que va a empezar la ceremonia.

Lo seguimos para unirnos al círculo que estaban formando los aldeanos alrededor de un estanque poco profundo instalado en el centro de la plaza. En él flotaban montones de pequeños cuencos de arcilla, cada uno con una vela rodeada de pétalos de flores.

Nuri dio un paso al frente, muy solemne, y levantó los brazos para pedir silencio. Cuando cesaron los murmullos tomó la palabra, con una voz que se transmitió diáfana por toda la plaza. Aunque yo no entendía las palabras, su ritmo me resultaba hipnótico, casi como un letanía o una plegaria.

—Está bendiciendo las aguas —me susurró Xül al oído, y sentí su aliento cálido en la piel—. Para que los cultivos sean fértiles, los niños estén sanos y reine la paz en el pueblo.

Mientras Nuri continuaba, unas muchachas se desplazaban por la multitud, entregando cuencos con velas apagadas. Cuando Amara me puso uno entre las manos, lancé una mirada interrogante a Xül.

—Tus deseos para la próxima estación —me explicó en voz baja —. Enciendes la vela, pides un deseo y lo dejas en el agua.

Uno por uno, los aldeanos fueron encendiendo las velas y depositando los cuencos en el estanque. Algunos susurraban algo antes; otros tan solo cerraban los ojos un momento, y la luz titilante

iluminaba su rostro sereno.

Cuando llegó mi turno, encendí la vela y su luz cálida me inundó las manos. ¿Qué podía desear? La supervivencia me parecía demasiado básica, demasiado egoísta. El éxito en los Juicios me resultaba vacuo.

Al final, cerré los ojos y deseé que Thatcher estuviera a salvo, que tuviera un futuro en el que, pese a los vaticinios de Heron, su destino no se viera truncado. Di un tirón a nuestro vínculo y sentí su respuesta. Seguía bien. Cuando volviéramos a Draknavor tendría que dar con la forma de llegar a él, de que nos comunicáramos. Lo necesitaba.

Me arrodillé para depositar el cuenco en el estanque y lo observé mientras se alejaba flotando hasta unirse a los demás.

Xül fue el último en aportar su luz.

Cuando volvió junto a mí, los músicos empezaban a tocar. Los instrumentos de cuerda, los tambores y las flautas entonaban una melodía alegre y nostálgica a la vez. Al parecer ya había terminado la parte formal de la celebración, y los asistentes se dispersaban para llenarse los platos, bailar y charlar.

De pronto, Xül me tendió la mano.

—¿Qué haces?

—Baila conmigo, estrellita —dijo con un desafío en los ojos—. ¿No te apetece poner en práctica esas habilidades que te enseñé?

Solo vacilé un instante antes de aceptar su mano para que me condujera a la plataforma, donde otras parejas se movían al ritmo de la música. Me rodeó la cintura con una mano y yo le posé la mía en el hombro, y entrelazamos las otras dos.

—Aún no se me da muy bien —le advertí mientras empezábamos

a movernos.

—Por suerte, a mí sí —respondió mientras me guiaba con una sutil presión en la cintura—. Ya marco yo el compás.

Lo seguí mientras ejecutaba los sencillos pasos del baile. Tardé poco en relajarme y dejarme llevar la música.

—Esta noche eres una caja de sorpresas —dije mientras giraba con delicadeza para esquivar a una entusiasta pareja de edad avanzada.

—¿Solo esta noche? —preguntó en voz baja.

Pensé en las diversas formas en que me había sorprendido desde que nos conocimos: sus inesperados ataques de amabilidad, su humor seco, sus vulnerabilidades momentáneas.

—No —reconocí—. No solo esta noche.

Se me quedó mirando y, durante un momento, me pareció que iba a decir algo más. Pero entonces terminó la canción, y él me soltó y dio un paso atrás.

—Gracias por el baile —dijo con tono formal, aunque sin apartar los ojos de mí.

—Ha sido un placer —respondí con más sinceridad de la que me gustaría aparentar.

—Ven —me dijo.

Lo seguí. Había barquitas decoradas con flores y farolillos, y los aldeanos se montaban en ellas, riendo y diciéndose cosas a través del agua.

—La procesión nocturna —dijo—. Recorremos en barca las inmediaciones, para visitar los manantiales del corazón de los canales más antiguos.

—¿Un paseo en barca por la noche con el príncipe de Draknavor?

Qué intriga —bromeé.

—Tampoco es obligatorio.

—No, me gustaría —confesé—. Si no te importa.

Me miró un momento y después asintió. A pesar de que Xül sujetaba la barca con firmeza, al subirme noté un balanceo alarmante, pero él me agarró del codo para ayudarme a mantener el equilibrio hasta que me senté en uno de los dos estrechos bancos. Él me siguió con movimientos más gráciles; tomó asiento frente a mí y extrajo el único remo, sujeto a la borda.

A nuestro alrededor, otras barcas se alejaban de la orilla en una procesión dispersa que avanzaba despacio por el canal. Nuestra embarcación se les unió.

Ya era noche cerrada; sobre nosotros, el cielo era un manto de estrellas, atravesadas de tanto en tanto por retazos de nubes. No había más luz que la procedente de las lamparillas que colgaban de las barcas y de las ventanas junto a las que pasábamos. Era una escena onírica. Los sonidos de la celebración se fueron apagando a nuestras espaldas a medida que nos adentrábamos en el pueblo, sustituidos por el suave roce de la madera contra el agua y algún que otro comentario de una barca a otra.

—Esto parece de mentira —dije en voz baja, deslizando los dedos por la fresca superficie del agua.

Xül emitió un murmullo de conformidad. Paseaba la mirada entre mi rostro y el canal que teníamos delante. La lamparilla que colgaba de nuestra proa iluminaba sus rasgos con una luz dorada que le suavizaba los ángulos y le resaltaba la curva de los labios, la línea de la mandíbula.

—¿Qué tal si emprendemos nuestra propia aventura? —propuso.

—¿Ese era tu plan desde el principio? —pregunté enarcando una ceja.

—Puede ser —contestó con una sonrisa.

—Bueno, ¿por qué no?

Tomó un canal más estrecho, que discurría hacia el este, alejándonos de las luces y la música, y pasamos bajo un puente de piedra. Al otro lado, el cauce se ensanchaba, flanqueado de sauces llorones cuyas ramas se arrastraban por el canal creando un arco natural.

La corriente nos llevó hasta un remanso, un círculo perfecto rodeado por los elegantes árboles. La luz de la luna se filtraba entre sus ramas y moteaba el agua.

Xül soltó el remo y la barca se quedó flotando en el centro. No había más sonidos que el susurro de las hojas agitadas por la brisa y el ocasional chapoteo de algún pez que rompía la superficie cerca de nosotros.

—A veces —comenzó en voz baja—, cuando vengo aquí, casi me olvido de lo que soy.

—Una escapatoria —deduje; lo había entendido de inmediato.

—Este lugar existe al margen de ese mundo —dijo asintiendo—. Aquí no llegan los tejemanejes políticos de Voldaris ni las intrigas de los Doce. —Alzó la vista a las estrellas que nos cubrían—. Pero no es mi sitio; ya no.

—Porque eres inmortal —apunté mientras el peso de la comprensión caía sobre nosotros—. Y ellos no.

—Porque nuestras responsabilidades llegan mucho más allá de este pueblo —corrigió, aunque con una cara que me daba a entender que mi primera suposición era la que más se acercaba a la

realidad—. Más allá de cualquier lugar o momento determinados.

Bajé la vista a nuestros reflejos en el agua: dos figuras que estaban cerca, pero no se tocaban, suspendidas entre el cielo y la tierra. Tal como estábamos desde aquella noche; existíamos en el mismo espacio, pero de algún modo nos separaba una distancia insondable.

—Será difícil —dije en voz baja— tener un pie en cada mundo.

—Y solo porque, al parecer, no encuentro las fuerzas para renunciar a uno de ellos —completó con una sonrisa incómoda.

—¿Todo tiene que ser blanco o negro? ¿Por qué renunciar a uno?

—Mis obligaciones con Voldaris me apartan continuamente de este sitio; por muchas veces que vuelva, siempre estoy de paso.

Pensé en la familia que nos había proporcionado una acogida tan calurosa, en las historias de Nuri, en la naturalidad con que me habían integrado en sus tradiciones a pesar de que solo estaba de visita.

—Te quieren de todas formas —dije—. Aunque sepan que volverás a marcharte.

—Eso es lo peor —respondió, y desvió la mirada a las estrellas que asomaban entre las ramas de los sauces—. Saber que cada vez me darán la bienvenida, aunque tengan caras distintas, aunque todos mis conocidos envejezcan y mueran.

Su voz transmitía un dolor tan crudo, tan auténtico, que me senté a su lado en el banco sin pensarlo. La barca se balanceó con mi movimiento, pero se estabilizó cuando me quedé quieta junto a él. Nuestros hombros se rozaban.

—¿Por eso te has mantenido lejos tanto tiempo? —le pregunté—. ¿Porque te duele volver?

Tardó en contestar, pero no se apartó.

—En parte —reconoció al fin—. Aunque también me gusta que me vean como algo que no sea un príncipe o un dios.

—Yo te veo, Xül —susurré, incapaz de dar marcha atrás.

—Lo sé, Thais. —Volvió la cabeza hacia mí y noté el movimiento de su hombro—. Es el único motivo por el que te confío todo esto, por el que te los he presentado.

—¿Por qué me haces esto? —pregunté, de repente frustrada.

—¿Llevarte a dar un agradable paseo nocturno en barca? —preguntó conteniendo una sonrisa.

Mi cólera iba en aumento.

—Sabes de sobra a qué me refiero. ¿Por qué bailas conmigo? ¿Por qué me presentas a tu maravillosa familia? ¿Por qué me haces sentir lo que no debería? ¿Por qué, Xül? —Intenté mantener la voz firme.

Me miró con los ojos entrecerrados. No era nada habitual que el príncipe de la muerte se quedase sin palabras, sobre todo cuando sus ojos me decían que sabía cómo responder, pero se contenía.

Así que opté por convertir la cólera en arrojo.

—Dime que esto que hay entre nosotros está solo en mi cabeza y no volveré a mencionarlo.

Se le tensaron los músculos de la mandíbula.

—No está solo en tu cabeza —confesó con un tono que sonaba como si hablase contra su voluntad—. Pero eso no hace que sea sensato, correcto ni posible.

—¿Qué más da? —pregunté desafiante—. Si es lo que queremos los dos, ¿por qué no podemos tenerlo, aunque sea algo provisional?

—No sabes lo que me pides —dijo en voz baja.

—Los dos nos precipitamos hacia destinos que no podemos evadir. Pronto habrá desaparecido toda la zona gris, y, con ella, nuestra capacidad de decisión. Y entonces siempre nos lo preguntaremos. No quiero pasar el resto de la eternidad preguntándomelo, Xül.

—¿Crees que es así de fácil? —Alzó la mano para trazar la línea de mi cuello, casi sin tocarme—. ¿Crees que puedo tomarte como a una puta cualquiera, y a otra cosa?

La crudeza de aquellas palabras contrastaba con la suavidad de su contacto. Lo cierto era que quería más de él. Lo quería todo, hasta el último pedazo que pudiera darme. Quería rogarle que no se casara con Nyvora, convencerlo de que merecía la felicidad como cualquier otra persona. Pero era imposible. Nunca podría ocurrir, ni en este mundo ni en el siguiente.

Y también existía la posibilidad de que, de todas formas, yo no viviera lo suficiente para verlo con ella. Que mi venganza me costara la vida mucho antes de que se oyeran campanas de boda en Voldaris. Pero sí que podíamos tener aquel único momento en que nos olvidáramos de todo lo demás, de todos los demás, excepto el uno del otro. Y tal vez fuera suficiente.

—Si eso es todo lo que puedes ofrecerme, aun así lo quiero —afirmé—. Podría morir mañana, Xül. Podría morir dentro de unos días, en el próximo Juicio.

Soltó algo a medias entre un gruñido y gemido.

—No tienes ni idea de lo que dices, joder.

Levanté una mano para seguir con los dedos el lugar por el que su cuello desaparecía bajo la camisa, y comprobé satisfecha que se le cortaba la respiración.

—Te deseo.

—Para —ordenó, aunque se inclinó hacia mis dedos.

—¿Es lo que quieres de verdad? —susurré, acercándome a pesar del balanceo de la barca.

—No sabes cuánto te estás acercando, Thais —me advirtió—. Vas a llevarme a un punto en el que olvidaré todas las reglas, todas mis obligaciones, todos los motivos por los que debería mantener las manos quietas.

—Bien —susurré.

—No lo entiendes, Thais. —Me clavó la mirada—. Para mí, esto, contigo, nunca podría ser solo algo físico. Y te mereces mucho más que la mitad de un hombre comprometido con otra.

—Ni siquiera soportaste estar en la misma habitación cuando otro hombre mostró interés hacia mí.

A Xül le tembló la mandíbula.

—Porque ninguno de ellos te merece, ni ahora ni nunca —casi me gruñó al oído—. Ni siquiera yo, Thais. Yo menos que nadie.

—Me da igual que estés prometido. Sé que no estás enamorado, y que lo único que quiere ella de ti es lo que puedes darle.

—Ese no es el único problema. No solo quiero tu cuerpo; quiero tenerte entera. Hasta la última parte de tu ser. Si esto ocurriese, pasaría destrozado el resto de mi vida.

Me quedé inmóvil, empapándome de la promesa que entrañaban sus palabras. Eran todo lo que quería oír, y, a la vez, lo más aterrador que me habían dicho nunca.

—Hay cosas que no sabes sobre mí —dijo con voz casi quebrada —. Cosas que podrían hacerte cambiar de opinión. Puede que sea un cabrón egoísta, pero no hasta ese punto. No contigo.

Xül podría tener sus secretos, pero yo tenía los míos y tampoco pensaba revelarlos, al menos de momento. No me importaban los secretos.

La barca se balanceó violentamente y el agua salpicó el casco. Xül se me acercó y me atrajo hacia sí, y entonces la pequeña embarcación se inclinó más aún. Los dos caímos al agua oscura.

La conmoción del frío en todo el cuerpo me arrancó de aquel momento de pasión. Pataleé para volver a la superficie y jadeé tras alcanzarla. Xül emergió a mi lado, con las trenzas empapadas.

Durante un momento nos miramos en silencio, estupefactos. Entonces, de forma inesperada, Xül se echó a reír. Era un sonido arrebatador. No pude sino imitarlo.

—Bien jugado, estrellita —dijo sacudiéndose las gotas de las pestañas.

—Tú eres el que tiene un equilibrio nefasto —repliqué sin dejar de carcajearme.

Nuestra barca flotaba volcada, no muy lejos. Xül nadó hacia ella con brazadas poderosas y la enderezó; después se volvió hacia mí y me tendió la mano.

—Vamos. Sal del agua antes de que te congeles.

Nadé hacia él y acepté la mano que me ofrecía. Pero, en vez de ayudarme a subir a la barca, me atrajo hacia sí y quedamos cara a cara en el agua.

Cualquier rastro de risa se desvaneció cuando nuestras miradas se cruzaron, suspendidas sobre el agua oscura bajo un manto de estrellas. En aquel momento de ingravidez, con las luces del pueblo a lo lejos, lo vi con claridad. Vi la forma en que me miraba.

—A la mierda —dijo, y su boca se posó en la mía. Jadeé contra

él y le pasé los brazos por el cuello mientras él me rodeaba la cintura. Fue un beso desesperado, ávido, como si él llevara tanto tiempo como yo anhelándolo.

De forma instintiva, enrosqué las piernas alrededor de su cintura y lo sentí gemir contra mi boca mientras me apretaba las caderas. Estábamos medio sumergidos y rodeados de agua fría, pero yo no sentía más que fuego.

Cada caricia, cada mirada compartida, cada momento de tensión entre nosotros habían conducido a aquello, a la inevitable colisión de voluntades, deseos y necesidades.

—Sea lo que sea esto, tenga el precio que tenga, es lo que quiero —susurré contra sus labios, un voto que ya no podría retirar.

Me sujetó la cara entre las manos mientras sus ojos buscaban los míos.

—¿Estás segura?

A modo de respuesta, me apreté contra él y sentí su dureza a través de la ropa empapada.

—Nunca había estado más segura de nada.

¿Cómo podía explicar qué significaba eso? Que después de pasar meses luchando por sobrevivir, aprendiendo a matar, endureciéndome contra el mundo, lo único que quería era rendirme a él. Entonces, Xül me llevó a una pequeña ensenada natural, bajo las hojas de los sauces. Allí el agua era menos profunda; solo le llegaba por la cintura. Seguía sujetándome contra su cuerpo.

—¿Aquí? —pregunté sorprendida por su audacia.

—No puedo esperar un segundo más —gruñó.

Encontró mi cuello con la boca y dejó en la sensible piel un rastro de besos ardientes y apasionados.

—Sabes a luz estelar y a pecado —murmuró contra mi garganta.

El ansia indisimulada de su voz reflejaba la mía; el deseo acumulado entre nosotros había acabado por ser insoslayable. Yo me había imaginado aquel momento de muchas formas, a veces tierno, a veces brusco, a veces desesperado, pero ninguna de mis fantasías se había acercado siquiera a la abrumadora intensidad de estar por fin entre sus brazos.

Sus manos encontraron la falda de mi vestido prestado, convertido en un peso pegado a la piel. Con movimientos impacientes, empujó la tela hacia arriba para quitarla de en medio. El aire fresco de la noche contra la piel descubierta me provocó un estremecimiento.

—Eres preciosa —murmuró recorriendo mi cuerpo con la vista—. De arriba abajo.

Deslizó una mano entre nosotros y exhaló un sonido de satisfacción mientras sus dedos me exploraban, arrancándome jadeos y gemidos.

—He conocido placeres divinos y profanos. Pero nunca… —Empezó a trazar un círculo enloquecedor con el pulgar alrededor de mi clítoris—. Nunca había deseado a nadie tanto como a ti.

Alargué la mano para forcejear con los cordones de sus pantalones, desesperada por sentirlo. Cuando por fin pude rodearlo con los dedos, duro y caliente, se le entrecortó la respiración. Me sentí poderosa al saber que podía afectarlo tan a fondo como él me afectaba a mí. Era una sensación embriagadora en la que me podría ahogar.

—Pues demuéstramelo —susurré.

Se quedó inmóvil y me agarró tan fuerte que casi me dolió.

Entonces noté algo afilado en la garganta. Sus dientes.

—Aquí no —murmuró—. Así no. Necesito tenerte como es debido. Por completo.

Sentí el familiar cosquilleo de la magia en el aire mientras él abría un portal con un movimiento de la mano, sin soltarme. La luz plateada nos iluminó brevemente y proyectó nuestras sombras en el agua.

Sin el menor esfuerzo, cruzó el portal resplandeciente con mis piernas aún alrededor de su cintura, sosteniéndome con los brazos. El apacible pueblo desapareció a nuestra espalda cuando nos materializamos en sus aposentos de la Aguja de Hueso. El pórtico se cerró con un ligero silbido y nos quedamos en aquella habitación en penumbra. El agua formaba un charco alrededor de sus pies en el suelo de piedra.

Con tres largas zancadas, cruzó hasta su cama y me tumbó en las sábanas oscuras, sin dejar de mirarme. Mientras se cernía sobre mí, el agua de su pelo me goteaba en la cara.

—Ahora —dijo, y su voz era una promesa que me hizo estremecer ante la expectativa—, ¿estás preparada para que haga lo que quiera con ese cuerpo perfecto, hasta que seas adicta a la sensación?

CAPÍTULO 52
CONSUMIDOS

—Si seguimos adelante —aclaró, con ese susurro suyo tan peligroso—, no seré tierno. No te trataré como a una frágil florecilla. Te tomaré justo como me apetece; seré duro, exigente, implacable. ¿Lo comprendes?

—Por suerte para ti, no busco ternura.

Una pícara sonrisa se asomó poco a poco a sus labios.

—Aquella noche disfrutaste provocándome. —La voz se había vuelto tan grave que hizo que me ardiera todo el cuerpo—. Cuando te corriste en mi escritorio y trataste de ahogar aquellos soniditos que escapaban de tus labios perfectos. —Me puso la mano en el cuello—. ¿Te haces idea de lo difícil que fue no tumbarte allí mismo y tomar lo que me apetecía?

Tragué saliva, y el pulso se me aceleró con el contacto de la palma en la garganta.

—¿Por qué te contuviste?

Se rio.

—Porque sabía que, si lo probaba, no me conformaría con eso.

—Me acarició el labio inferior con el pulgar; siguió el movimiento con ardiente concentración—. Habría querido devorarte entera.

—Tal vez quiera que me devoren.

Se le oscurecieron aún más los ojos.

—Cuidado con lo que deseas, estrellita.

Antes de que pudiera responderle, me tapó la boca con la suya y toda pretensión de ternura desapareció. No fue una exploración cuidadosa, sino una posesión, salvaje y primitiva. Me atrapó el labio inferior entre los dientes y sentí una punzada de dolor; me arrancó un jadeo que él devoró con ansia.

Llevó las manos a mi vestido empapado y rompió los lazos con dedos impacientes.

—Demasiadas putas capas —murmuró. Los movimientos bruscos delataban la frustración que sentía.

—Me gustaba el vestido —protesté, aunque mi voz desmentía cualquier posible objeción.

—Te compraré otros cien. —Lo dijo con una mueca burlona e insufrible; aun así, desató en mi vientre un ardor intenso e innegable —. Pero, ahora mismo, este tiene que irse.

Cuando el corpiño por fin cedió, tiró de la tela mojada hacia abajo sin miramientos y me dejó la piel expuesta al aire frío de la cámara. Al verme así, se le oscurecieron los ojos y su mirada me dejó un rastro de fuego por la carne.

—Qué hermosa —murmuró para sí. Luego cambió de cara, y aquel breve instante de admiración dio paso a la picardía—. Desde que te probé, he querido más. —Me puso la mano en un pecho y trazó un círculo con el pulgar por el pezón erguido—. Aquí. —La mano descendió por las costillas, el estómago, hasta detenerse en el

vértice de los muslos—. Y aquí.

Cuando se quitó la ropa, quedaron a la vista los planos esculpidos de su cuerpo. A la luz parpadeante del brasero, parecía tallado con sombras y llamas, hermoso y terrible, absolutamente demoledor.

Cuando regresó a mi lado, en sus facciones se marcaba un propósito único y definitivo que me dejó sin aliento. Sus manos y su boca parecían estar por todas partes, aprendiéndose mi cuerpo con implacable eficacia. Si antes había sido cuidadoso, ahora era exigente y me arrancaba reacciones con la confianza de un dios que sabía con total precisión lo que estaba haciendo.

Me rozó el pezón con los dientes, y la sorpresa me hizo arquear la espalda y levantarla de la cama.

—Muy sensible —comentó con tono satisfecho—. Bien.

Lo repitió con más fuerza en el otro pezón, y luego lo chupó, una sensación cálida que me hizo jadear sin control.

Deslizó una mano hasta mi vientre, con los dedos extendidos para tomar posesión de mi piel, y luego siguió bajando. Cuando vio lo húmeda que estaba, se le escapó un gruñido grave y animal.

—Estás lista —murmuró mientras me exploraba con los dedos—. Te mueres de ganas.

Me mordí el labio para no darle la satisfacción de oír cuánto me afectaba lo que hacía. Al ver que yo guardaba silencio, entornó los ojos y aceptó el reto implícito.

—¿Crees que vas a conseguir no hacer ruido? —me preguntó con engañosa suavidad—. Ya lo veremos.

Sin previo aviso, me introdujo dos dedos y los dobló para encontrar el punto perfecto que hizo que me estallaran estrellas por

dentro de los párpados. Se me escapó un grito sin poder evitarlo, y mi cuerpo se cerró con fuerza alrededor de aquella intrusión.

—Eso es —me animó. Su pulgar me trazaba círculos en el clítoris mientras los otros dedos seguían con su asalto inexorable—. Quiero oírte gritar.

Bajó la boca hasta mi pecho, y los dientes y la lengua se confabularon con la mano que se movía entre los muslos; mi reacción fue aferrarme a sus hombros y clavarle las uñas con fuerza.

—Así —murmuró con ronca satisfacción—. Déjame marcas. Que pueda sentir lo mucho que me deseas.

Cuando estaba llegando al clímax, se retiró. Jadeé, pero, antes de que pudiera protestar, me puso bocabajo con pasmosa facilidad y tiró de mí para ponerme de rodillas.

—Dóblate para que te posea —ordenó con un tono que no aceptaba discusión.

Obedecí con una mezcla de expectación y nerviosismo. Lo oía respirar detrás de mí y sentía el calor de su cuerpo mientras se colocaba entre mis muslos abiertos.

Me pasó la mano por la columna, casi con suavidad, hasta que llegó a la cadera y ahí la cerró con fuerza, causándome un delicioso dolor.

—No te haces ni idea de lo hermosa que estás —dijo—. De rodillas, esperando a que yo te posea.

Sentí que se inclinaba sobre mí y su pecho me apretaba la espalda.

—Pero con eso no basta —me susurró al oído.

El aire de la sala se enfrió de repente, señal de que su poder se concentraba. Oí un susurro, un movimiento, y al levantar la mirada

vi formas espectrales que se materializaban en la oscuridad, cerca del techo. Manos, docenas de ellas, entrelazadas con la misma oscuridad eterna que se aferraba al guardián de los condenados.

—¿Qué estás…? —intenté decir, pero me interrumpí cuando la primera mano fantasmal me sujetó de la muñeca, con un tacto frío pero sólido, para que no me moviera.

—Una salvaguarda —murmuró Xül con evidente satisfacción mientras aparecían más manos; algunas me sujetaron la otra muñeca, otras se me deslizaron por los costados o me recorrieron la espalda—. Mi ejército personal. —El murmullo interrumpió mis pensamientos. Una mano espectral me acariciaba la curva de la cadera—. Que te retendrá para que yo haga de ti lo que quiera.

Me deslizó la mano entre los muslos y vio que estaba aún más húmeda que antes.

—Me parece que te pone muy cachonda que te sujeten —observó. Me exploró con los dedos, sin prisas, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Una de las manos fantasmales se entrelazó con mis cabellos y me tiró de la cabeza hacia atrás.

—Quiero verte la cara cuando te corras —explicó Xül—. Quiero ver cómo te rindes ante mí.

Aquellas palabras me provocaron otra oleada de excitación; mi cuerpo respondía de modo instintivo a la oscura promesa de su voz. Noté que colocaba la polla, y la brusca presión me hizo tensarme sin querer.

—Relájate —murmuró, a la vez que me acariciaba con la mano libre entre los muslos—. Si no, te va a doler más de lo necesario.

Me esforcé por controlar la respiración. Las manos se

recolocaron para sujetarme mejor; algunas me acariciaban los pechos y otras me dejaban la huella fría de su contacto en el interior de los muslos. El contraste entre el toque fantasmal y las manos ardientes de Xül era enloquecedor; me llegaban demasiadas sensaciones a la vez, de todas partes.

En cuanto me relajé, empujó hacia delante, y, aunque estaba preparada y ansiosa, sentí una quemazón cuando me penetró.

No podía moverme. No podía tocarlo ni apartarme, ni siquiera cambiar de postura para evitar el dolor que me brotaba entre los muslos. Las manos me retenían con firmeza y me impedían echarme atrás para introducirlo más adentro. Estaba por completo a su merced, como me había prometido. Y entonces ocurrió algo muy extraño. En mi mente se hizo el silencio.

Estar alerta en todo momento, la agotadora necesidad de adelantarme a cada amenaza, cada complicación, cada posible problema… Todo eso dejó de importar. La decisión estaba tomada. No había nada que calcular, nada de lo que protegerse.

Se me saltaron las lágrimas, pero a la vez me invadió una oleada de alivio. Joder, estaba tan cansada… El control permanente se había convertido en una pesada carga. Allí, sujeta, indefensa, por fin podía liberarme de ella.

Al principio se movió poco a poco, para que pudiera adaptarme a su tamaño, pero la paciencia no le duró mucho. Pronto adoptó un ritmo agotador; cada empujón se adentraba más que el anterior y alcanzaba sitios dentro de mí que yo ni sabía que existían. Las manos se movían en sincronía con las acometidas; unas me sujetaban las muñecas con más fuerza; otras me rozaban los senos, el cuello, el interior de los muslos… Eran una extensión de su

voluntad, que me tocaba por todas partes a la vez.

—Joder —siseó—. Qué prieta. Eres perfecta.

La mano que me sujetaba el pelo seguía tirando de mi cabeza para que Xül pudiera ver mis expresiones. Otra se deslizó debajo de mí para acariciarme el clítoris, y me arrancó un gemido.

—Mírate —gruñó con voz tensa—. ¿Sabes lo que pareces ahora mismo, estrellita? ¿Con mi polla bien dentro y tan dispuesta? —Me dio un fuerte palmetazo en la nalga, con un chasquido seco que resonó por todo mi cuerpo.

Se me escapó otro gemido.

—Parece que seas mía.

Dioses, al oír esas palabras quise derretirme.

—Dilo —exigió—. Di que eres mía.

—Tuya —jadeé. Los últimos vestigios de resistencia saltaron en pedazos. No me había conquistado; me había demolido por completo.

El ritmo vaciló un momento, como si mi obediencia lo hubiera pillado por sorpresa. Luego, sus ojos se oscurecieron todavía más.

—Otra vez.

—Soy tuya, Xül —repetí, pero se me quebró la voz porque había alcanzado el punto perfecto en mi interior.

Emitió un gruñido satisfecho y se inclinó hacia delante hasta que su pecho me oprimió la espalda.

—Buena chica —me murmuró al oído, y la alabanza me provocó un inesperado escalofrío de placer—. Ahora quiero que te corras con mi polla dentro.

Otra mano se deslizó con suavidad y me rodeó el cuello.

—No te corras hasta que te diga —me avisó al notar que estaba

a punto—. Aguanta.

Gimoteé. El placer se tensaba como un muelle en mi interior y la orden era imposible de cumplir.

—No puedo…

—Puedes —insistió con una voz repleta de autoridad—. Y lo harás.

El esfuerzo me llenó los ojos de lágrimas; todo mi cuerpo temblaba por la tensión acumulada. Las manos se frenaron y aliviaron la presión, lo justo para mantenerme en el umbral del éxtasis.

—Eso es —murmuró Xül, y sus embestidas se volvieron más comedidas, más controladas pese a la obvia tensión de su cuerpo—. Qué obediente eres.

Cuando yo creía que no podría aguantar ni un segundo más, extendió la mano, que ocupó el sitio de la fantasmal en mi cabeza, y tiró de mí hasta que noté todo su pecho en la espalda y su boca me rozó la oreja.

—Ahora —ordenó con un nuevo empujón enloquecedor mientras me rozaba con los dientes el lóbulo—. Córrete ahora, Thais.

Al recibir su permiso, la presa se rompió y el placer se desbordó sobre mí en oleadas tan intensas que grité su nombre, y todo mi cuerpo se estremeció en torno a él, que seguía empujando y empujando para prolongar la sensación.

Él se corrió poco después; el ritmo se interrumpió, y enterró el miembro dentro de mí con un gruñido gutural que sonó casi como mi nombre. Durante unos instantes seguimos entrelazados; los brazos que me rodeaban eran lo único que me mantenía erguida mientras las últimas convulsiones nos sacudían a ambos.

Cuando por fin se retiró, me derrumbé sobre la cama. Las piernas ya no aguantaban mi peso.

Las manos se disolvieron en volutas de oscuridad y desaparecieron en los rincones de la habitación, como si jamás hubieran existido. Durante unos momentos no hubo otro sonido que nuestras respiraciones entrecortadas. Yo estaba tumbada bocabajo en la cama, agotada por completo, pero mi cuerpo aún se estremecía.

El colchón se reajustó al moverse Xül, y de pronto sus manos volvían a estar sobre mí, pero de un modo distinto; antes eran exigentes y ahora tiernas; antes me hacían moratones y ahora me cuidaban. Me atrajo hacia sí y, tras acomodarse contra el cabezal de la cama, me acunó en su pecho.

—¿Estás bien? —murmuró con una voz que no podría ser más distinta del gruñido dominante de poco antes. Me apartó el pelo de la cara con los dedos.

Se me escapó una risa entrecortada.

—Creo que me has roto.

Frunció el ceño al instante, y el brillo satisfecho de sus ojos se trocó en preocupación.

—¿Te he hecho daño? No…

Le puse el dedo en los labios para silenciarlo.

—Ha sido perfecto —le aseguré—. Mejor que perfecto.

La tensión desapareció de sus hombros. Me estrechó contra sí y me acarició la espalda con una mano; con la otra cogió un frasquito de la mesilla de noche.

—Date la vuelta —me pidió con una voz dulce, casi tímida.

Le hice caso y dejé que me recolocara con la espalda contra su

pecho. Descorchó el frasquito y se vertió una pequeña cantidad de líquido iridiscente en la palma. Las manos, untadas de aceite aromático, me masajearon los hombros y deshicieron nudos de tensión que yo ni siquiera había notado.

—¿Qué es eso? —pregunté mientras me derretía bajo sus manos. Dondequiera que el aceite me tocaba la piel, irradiaba una suave calidez.

—Un bálsamo curativo —explicó. Sus pulgares trabajaban a ambos lados de la columna, descendiendo poco a poco—. Ayuda a prevenir la… irritación.

Aquel asomo de incomodidad en su voz me hizo sonreír. Era un aspecto de él que casi nunca veía: indeciso, casi adolescente.

—¿Con cuántas mujeres lo has usado? —bromeé, aunque en parte prefería no saber la respuesta.

—Con ninguna —respondió en voz baja.

Mientras las manos seguían afanándose con suavidad, yo me hundí en una neblina placentera, una combinación de la descarga física y del tacto delicado que me empujaba hacia el sueño. Cuando se me empezaban a cerrar los ojos, su voz me devolvió al presente.

—Estaba preocupado —confesó, tan bajito que casi no lo oí.

Volví la cabeza para mirarlo.

—Preocupado, ¿de qué?

—De haber llegado demasiado lejos. De haber sido demasiado brusco. —Tuvo un tic en la mandíbula—. De haberme mostrado en exceso.

—¿Y qué eres, en realidad?

Me clavó la mirada, y vi asomar la vulnerabilidad al fondo de sus ojos.

—Egoísta. Posesivo.

Sopesé sus palabras.

—Eso no me da miedo —le dije—. Me da miedo que te escondas tras tus barreras.

Las manos que me masajeaban la espalda se quedaron inmóviles, como si, durante un momento, no supiera qué decir.

Después, para mí sorpresa, se echó a reír, con una carcajada vibrante y juvenil.

—Tenías que ser tú —dijo con un gesto de asombro—. Solo tú, y nadie más, te enfrentarías a un dios de la muerte en su momento de mayor descontrol y te quejarías de que oculta sus emociones.

Sonreí.

—Contengo multitudes.

—Y tanto, estrellita. Desde luego que sí.

Nos sumimos en un agradable silencio y sus manos reanudaron el masaje. Cuando terminó con el bálsamo, no dejó de tocarme; los dedos siguieron trazando líneas por mi piel como si estuviera memorizando cada curva y cada plano.

—¿Tienes hambre? —me preguntó por fin—. Puedo pedir que nos traigan algo.

Negué con la cabeza y me acurruqué más contra su pecho.

—Solo estoy cansada.

Me envolvió en un abrazo cálido y seguro. Era otra forma de posesión, distinta de la anterior.

Me retorcí entre sus brazos para encararme a él y contemplar sus rasgos relajados, tan distintos de la expresión reservada habitual.

—Ahí estás —murmuré. Le toqué la cara.

Frunció un poco el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A que este eres tú —expliqué con sencillez—. Ni el príncipe ni el guardián. Solo Xül.

Un brillo de incertidumbre le asomó a los ojos. Luego, me cogió la mano y besó la palma.

—Me he pasado mucho tiempo siendo lo que otros necesitan que sea —explicó con voz queda—. Lo que necesita mi padre. Lo que necesita el dominio. A veces olvido quién soy sin todas esas obligaciones.

Esbocé una sonrisa.

—Tú también contienes multitudes —señalé.

Me clavó una larga mirada teñida de asombro.

Al levantar la mano para acariciarle la cara, le rocé con los dedos el cuello, la fina cicatriz plateada que ya sabía que estaba ahí, la que había mencionado durante nuestra charla en el jardín.

La recorrí con la punta del dedo, pero entonces me di cuenta de que no terminaba en el cuello, sino que descendía.

—¿Puedo? —pregunté, con la mano a poca distancia de su hombro desnudo.

Dudó un instante y luego hizo un breve gesto de asentimiento.

Me senté y le di espacio para que se girara. Seguí con la mirada la quebrada línea de plata que trazaba un sendero por el omoplato y seguía espalda abajo. Era una cicatriz mucho mayor de lo que me había imaginado, no una línea delgada, sino un corte hecho con crueldad. Había oído la historia de sus propios labios, pero ver la prueba de lo que le había hecho Nyvora cuando era niño lo volvía mucho más real y horroroso.

—Me dijiste que te había hecho daño —comenté en voz baja, según seguía con los dedos el tejido engrosado—. Pero no comprendí que…

Su silencio lo decía todo.

—¿Por qué no se ha curado? —pregunté, sin dejar de tocar la marca—. Ahora eres un dios.

—Algunas heridas nos acompañan incluso en la inmortalidad —respondió despacio—. Sobre todo, las que nos hacemos de pequeños.

Asentí y le besé el hombro.

Y, de pronto, un pensamiento me asaltó con tanta fuerza que me erguí de un salto, con el corazón desbocado.

—¿Qué pasa? —Xül se había puesto alerta, con el cuerpo tenso.

Me volví a mirarlo con los ojos muy abiertos.

—No hemos… Ni siquiera he pensado en… —Me llevé la mano al bajo vientre al comprender de pronto lo que aquello podía suponer.

Se sentó a mi lado con una expresión dulce.

—Thais —me cogió de la mano—, no tienes que preocuparte de eso.

—¿Cómo puedes estar seguro? —exigí saber.

—Porque no es posible —me interrumpió con suavidad. Me acarició los nudillos con el pulgar—. Conmigo no.

Lo miré; ya no me sentía asustada, sino confusa.

—¿Qué quieres decir?

Xül suspiró.

—Cuando ocupé mi puesto entre los aesymar, tomé ciertas… decisiones. Precauciones.

—¿Qué clase de precauciones? —pregunté. No terminaba de

entender lo que me estaba diciendo.

—Un ritual —explicó—. Que me impide tener hijos a no ser que lo invierta.

No podría haberme sentido más aliviada.

—Ah, pues… genial, entonces. Una cosa menos por la que preocuparse.

Asintió y me atrajo de nuevo hacia sí.

—Entonces, duérmete, estrellita.

Nos cambió de posición a los dos hasta que quedamos tumbados en la cama, con mi espalda en contacto con su pecho y su brazo cruzado sobre mi cintura en ademán protector.

Me quedé tumbada, temblorosa. Siempre había identificado el control con la seguridad, la rendición con la debilidad. Pero aquello, dárselo todo, dejar que él orquestase mi placer, mi dolor, hasta mi aliento… era una forma de fortaleza que no sabía que existía en mi interior. Tal vez requiriera más valor dejarse ir que aferrarse a algo. Supe, con una certeza que llegaba a lo más profundo de mí, que jamás querría nada distinto. Que nunca querría que nadie más tuviera ese poder sobre mí. Solo él.

Pero aquel era un problema para el día siguiente.

Mientras el sueño se apoderaba de mí, le oí susurrar algo con los labios contra mi piel, unas palabras demasiado tenues para entenderlas y que quizá no estuvieran destinadas a mis oídos. Pero aquella sensación me envolvió como una manta cálida, segura, perfecta.

CAPÍTULO 53
THATCHER

Estrujé el pergamino en el puño y el sello dorado de Olinthar reflejó la luz mortecina que atravesaba el cristal. La lluvia golpeaba con fuerza la ventana del estudio de Chavore, y mi corazón hacía lo mismo contra las costillas.

—Quiere verme de nuevo —dije, y arrojé la carta al escritorio que nos separaba—. Esta semana ya van tres veces.

Chavore estaba de pie junto a la ventana, con los hombros tensos bajo la túnica bordada de plata. No se giró, pero el reflejo mostró que apretaba los dientes.

Me recosté en la silla.

—Para tratarse de alguien que gobierna el panteón entero, desde luego, le sobra tiempo libre.

Las cenas no habían sido nada muy elaborado; solo estábamos presentes nosotros tres, y Olinthar me hacía una pregunta tras otra sobre mi vida en Cresta Salada, el entrenamiento con Chavore, mi opinión sobre los dominios divinos… Las partidas de ajedrez se alargaban durante horas; las jugadas iban acompañadas de

observaciones filosóficas sobre estrategia y sacrificio. Cada momento era una actuación; cada palabra, una cuidadosa danza alrededor de la verdad.

Aquellos encuentros me dejaban agotado. Sentarme frente a aquel monstruo y verlo comer y reír. Sonreír y asentir a sus historias. Responder a sus preguntas como si fuéramos viejos amigos poniéndose al día. Me costaba muchísimo no estirar el brazo sobre la mesa y clavarle un cuchillo en el cuello.

Después, cuando regresaba a mis habitaciones, me dolía la cabeza por el esfuerzo de ocultar lo mucho que lo odiaba. Pero merecía la pena si con ello podía acercarme a él tanto como para llegar a matarlo.

—En toda mi vida no le había visto mostrar tanto interés en algo como el que tú le provocas. —La voz de Chavore se mantuvo serena, pero asomó a ella una nota áspera—. Incluso te mira cuando hablas. Te has dado cuenta, ¿a que sí? Cuando contaste la anécdota de la competición de pesca, se rio. Se rio de verdad.

Lo estudié con atención. Me costaba conciliar la imagen del dios que me entrenaba y la del hijo abandonado a la sombra de su padre.

—Te cambiaría el lugar sin pensármelo —respondí—. Su atención es agobiante.

Chavore le dio la espalda a la ventana.

—¿Te haces una idea de cuántas veces he estado en la cámara del consejo mientras él debate con sus asesores? ¿Cuántas horas me he pasado esperando que preste atención a una sugerencia mía? —Cogió una botella de cristal y vertió su contenido ambarino con demasiada fuerza—. Y a ti te escribe él en persona. Te invita a

audiencias privadas.

Me esperaba resentimiento, o quizá celos. Pero lo que veía era una vida entera de heridas invisibles, una desesperada necesidad de reconocimiento que nunca se satisfacía.

Antes de que pudiera responderle, un portal floreció en el centro del estudio y abrió una grieta de luz dorada en la realidad.

Chavore se alisó la ropa.

—Parece que nos están esperando.

—No hace falta que vengas —sugerí.

—No te preocupes por mí, Thatcher. —Chavore fingió una sonrisa despreocupada—. He tenido muchas ocasiones para practicar el arte de decepcionar a mi padre. Estoy acostumbrado. —Señaló el portal que nos esperaba—. Pasa tú primero.

Vacilé.

—Por si sirve de algo —comenté—, creo que él se lo pierde.

La sorpresa asomó a los rasgos de Chavore, aunque la disimuló enseguida con un descuidado encogimiento de hombros. Pero llegué a ver el brillo de gratitud de sus ojos.

Me adentré en la luz dorada y el mundo se disolvió a mi alrededor. Mi cuerpo se dispersó y se reintegró al otro lado.

Sundralis resplandecía; su eterna luz solar era casi demasiado intensa tras la suave lluvia de Bellarium.

Y allí, en el borde de la plataforma de llegada, nos esperaba el mismísimo Olinthar.

El rey de los dioses vestía ropa sencilla, ajustada con un cinturón de oro; el único adorno que llevaba era una fina corona sobre el cabello negro.

—Thatcher Morvaren. —La voz de Olinthar resonó en la

explanada de mármol—. Bienvenido otra vez a mi domino.

Hice una reverencia. En las visitas previas ya me había acostumbrado a ese gesto.

—Gracias por la invitación, lord Olinthar. —Las palabras me supieron a veneno.

—Padre… —Chavore imitó mi gesto, con la espalda tiesa como una tabla.

La mirada de Olinthar pasó sobre Chavore sin detenerse.

—Espéranos fuera de mi despacho. —Olinthar se volvió hacia mí —. Tengo asuntos que tratar con Thatcher.

Al mirar de reojo a Chavore vi el destello de dolor antes de que pudiera ocultarlo.

Olinthar me puso la mano en el hombro.

—No tardaremos mucho.

Chavore hizo otra reverencia y, tras retroceder varios pasos, dio media vuelta. Caminó hacia los distantes jardines, con la espalda igual de envarada, como un soldado que acude a la batalla, y no un hijo despedido por su padre.

Olinthar contempló su partida con una expresión indescifrable.

—Ven —me dijo—. Quiero enseñarte una cosa.

No me condujo al alto palacio que ya había visitado en otras ocasiones, sino a una estructura más pequeña de oro y piedra blanca. En el interior había una escalera de caracol descendente; cada peldaño emitía, al pisarlo, un tenue resplandor dorado que se desvanecía tras nuestro paso.

—¿Tu entrenamiento avanza a buen ritmo? —me preguntó Olinthar mientras bajábamos hacia la oscuridad.

—Sí, mi señor.

—Déjate de formalismos cuando hablemos en privado, por favor. —Con cada vuelta que dábamos por la escalera, la luz ambiental se hacía más débil—. Entiendo que a la hora de desarrollar tu talento te enfrentas a ciertas… restricciones.

Me detuve un instante.

—¿Restricciones?

—Dominar tu poder por completo requiere práctica. —Su voz reverberaba en las paredes de piedra—. Pero no puedes matar tan solo para entrenarte.

Un escalofrío me recorrió la columna.

—No, no sería capaz.

—Un dilema ético. Quieres afinar tus habilidades sin comprometer tus principios.

La escalera desembocaba en un pasillo estrecho. Había antorchas encendidas en apliques de hierro, pero las llamas mostraban una inmovilidad antinatural… como todo en aquel dominio sometido a un control perfecto.

—¿De qué querías hablar conmigo? ¿Por qué me traes aquí? —pregunté. La inquietud me producía un hormigueo en la piel.

—Creo que he encontrado una solución para tu dilema. —Olinthar se detuvo frente a una gruesa puerta con herrajes—. Un modo de que practiques tu don sin reservas.

Posó la palma en la puerta, que se abrió hacia dentro sin el menor ruido. La sala estaba sumida en la penumbra, pero en el centro distinguí una figura atada a una silla.

—¿Qué es esto? —pregunté.

Olinthar entró y de la palma le brotó una luz. La repentina iluminación reveló lo que nos rodeaba: una sala de piedra carente de

cualquier adorno. Y, en el centro, un sirviente umbrío.

La figura estaba envuelta en ropas negras y carmesí. Las facciones eran casi las de un mortal, pero más alargadas, y los ojos, dos charcos de tinta. El ser estaba desplomado hacia delante, sostenido por las ataduras, y con la cabeza agachada.

—Mis guardias capturaron a este espía en la frontera de Sundralis hace tres días. —Olinthar dio vueltas alrededor del prisionero como un depredador.

El umbrío levantó la cabeza al oír la voz de Olinthar. Tenía un ojo cerrado e hinchado, pero el otro se clavó en mí con inquietante claridad. Llevaba en el rostro las marcas de la violencia reciente: un labio partido, una mejilla amoratada, sangre seca que parecía aceite en la comisura de la boca.

—Ha sido interrogado a fondo, pero se niega a cooperar. —Olinthar se detuvo tras el prisionero y le puso las manos en los hombros—. Y, ahora, debe enfrentarse a la justicia.

Lo que daba a entender fue como una bofetada.

—Quieres que lo mate.

—Quiero que practiques tu don con un ser que lo merece. —Olinthar no alteró su expresión serena—. No es inocente, Thatcher. Es un enemigo que habría provocado daños a mi dominio y a sus habitantes.

Miré al umbrío en busca de la amenaza que describía Olinthar, pero lo único que vi fue un prisionero maltrecho, atado e indefenso.

—No puedo —respondí.

Olinthar me estudió con una expresión ilegible de sus ojos dorados.

—Lo comprendo. Arrebatar una vida, aunque sea algo merecido,

no es nada fácil si no representa una amenaza inmediata. —Asintió —. Puede que no estés tan preparado como pensaba.

Sentí un gran alivio, que se evaporó en cuanto Olinthar habló de nuevo.

—Muy bien. Habrá que hacerlo de otra manera. —Se situó frente al umbrío—. Puesto que nuestro invitado se niega a compartir con nosotros lo que sabe, y tú te niegas a concederle un final rápido, tendremos que ser más persuasivos.

Y, antes de que yo pudiera reaccionar, Olinthar levantó la mano. Una luz ardiente y cegadora se le acumuló en las yemas de los dedos. Posó la palma en el pecho del umbrío.

El grito de aquel ser atravesó la sala y me resonó en el cráneo. El olor de la carne quemada, espeso y repulsivo, llenó la estancia.

Sentí que la bilis me subía por la garganta e hice un enorme esfuerzo por mantener una expresión neutra. El odio se me metió bajo la piel y amenazó con hacer trizas mi tapadera. Ahí estaba: ese era el ser al que mi hermana y yo habíamos jurado destruir.

Y que en aquel momento torturaba a un prisionero indefenso delante de mis ojos.

Olinthar retiró la mano y la luz se desvaneció. El umbrío cayó hacia delante; entre los dientes apretados se le escapaba un jadeo entrecortado. Tenía en el pecho una quemadura en forma de mano, cuyos bordes aún relucían por el calor.

—Este es el destino que aguarda a los enemigos de mi reino, Thatcher. —Olinthar se expresaba con la misma calma que si estuviera hablando del tiempo y no de la tortura—. No me produce ningún placer. Pero los actos necesarios rara vez son fuente de alegría.

Mentiroso. Le había visto el brillo de los ojos cuando el umbrío gritó, la sonrisa de satisfacción en los labios. Había disfrutado con aquella demostración de poder, con el recordatorio de su control absoluto.

Volvió a levantar la mano. El umbrío se sobresaltó y emitió un gemido.

Quería detenerlo, pero eso solo revelaría mis auténticos sentimientos. Así que me quedé plantado, con las manos a los costados, los puños apretados y las uñas clavadas en las palmas.

—La justicia requiere tomar decisiones difíciles, Thatcher. —Me miró de reojo para evaluar mi reacción—. ¿Es justo permitir que un espía vuelva junto a su amo con información que podría destruir vidas inocentes? En los conflictos no existen las soluciones fáciles, solo las acciones necesarias y sus consecuencias.

La luz se le acumuló de nuevo en las yemas de los dedos, más caliente que antes. Los ojos del umbrío, llenos de miedo, buscaron los míos.

—Ayúdame —susurró, casi inaudible.

Se me encogió el corazón. La culpa y el instinto de supervivencia libraban una batalla en mi interior. Me acordé de Chavore, que esperaba fuera; de Thais, en Draknavor; de nuestro plan, tan frágil, que dependía por completo de que yo fuera capaz de mantener aquella farsa. Pensé en Sulien, que había muerto para proteger nuestro secreto. En mi madre, destruida por el mismo ser que tenía delante en aquel momento.

Durante un breve instante de insensatez, pensé en terminar con él allí mismo; tirarme a su cuello, quemar mis reservas mortales para desatar todo lo que se agazapaba en mi interior. Peo el poder que

irradiaba era sofocante, antiguo e inmenso. Me aplastaría como a un insecto antes de que pudiera tocarlo siquiera. No; para poderlo retar con alguna posibilidad de éxito, primero tenía que ascender, convertirme en una deidad. Un momento de venganza, por satisfactorio que fuera, destruiría todo aquello por lo que nos habíamos sacrificado.

Olinthar posó la mano en el hombro del prisionero. El grito que siguió, agudo, desesperado, inacabable, hendió la cámara. El aire se llenó del olor de la carne chamuscada.

Mantuve el rostro inexpresivo mientras, dentro de mí, se desataba la cólera. Aquello era un numerito montado para que yo lo viera. Y lo odié por ello. Me odié por ser testigo, por no intervenir.

Los minutos se alargaron en un borrón de dolor. El prisionero ya no parecía un ser de la oscuridad. Tenía el cuerpo cubierto de quemaduras, la piel con trozos al rojo vivo. Un brazo le colgaba en un ángulo antinatural. La sangre negra se acumulaba bajo la silla.

—Por favor —susurró el umbrío entre grito y grito, con la mirada clavada en mí—. Pon fin a esto.

Olinthar se detuvo y se volvió hacia mí con una mirada expectante.

—¿Ves? Hasta él te suplica que intervengas.

Los gritos fueron a más, se me clavaron en el cerebro, me hicieron vibrar los dientes, saturaron el aire hasta que ya no pude pensar, no pude respirar. Mi odio por Olinthar luchaba con la necesidad aplastante de terminar con aquello.

No por Olinthar. No para complacerlo.

Por el ser cuyo sufrimiento ya era insoportable.

Di un paso al frente. El umbrío me vio aproximarme con un

destello de esperanza en su único ojo funcional.

Mi poder se desató, salvaje y sin control.

El umbrío estalló en pedazos.

Fue la única compasión que pude ofrecerle.

—Extraordinario —comentó Olinthar en voz baja—. En el entrenamiento te has estado reprimiendo. Lo sospechaba.

Me esforcé por respirar con normalidad, por aplacar el huracán de emociones que amenazaban con hacer pedazos la máscara que mantenía con todo cuidado. No confiaba en mi capacidad de hablar. Dioses. Quería arrancarle la puta cabeza. Quería hacerle a él lo mismo que le había hecho al umbrío.

—El poder en bruto responde a la emoción, Thatcher. A la intención. —Olinthar me estudió con renovado interés—. Querías terminar por completo con su sufrimiento y lo has hecho.

Se equivocaba. Lo que quería era reventar algo…, y el umbrío era el único objetivo disponible. Porque mi auténtico objetivo estaba frente a mí, intacto excepto por las salpicaduras de sangre oscura que se limpiaba con gesto indiferente.

—Ya hemos terminado aquí. —Me posó la mano en el hombro y me condujo de vuelta a las escaleras. Tuve que reprimir el impulso de sacudirme de encima la mano que me tocaba. Cuando salimos, la puerta se cerró con un golpe hueco—. Tu compasión habla bien de ti, Thatcher. Pero recuerda que, a veces, la compasión debe rendirse a la necesidad.

Subimos las escaleras en silencio, y, mientras, yo repasaba en mi mente lo ocurrido. La sala. Los gritos. El momento en que se había desatado mi poder y había terminado con una vida.

Cuando llegamos a la superficie y la luz me deslumbró tras las

sombras de las mazmorras, todavía me sentía tan furioso que era incapaz de hablar. Le seguiría el juego. Le haría creer que sus lecciones me enseñaban algo. Y, cuando llegara el momento, usaría hasta la última brizna de mi poder contra él.

Encontramos a Chavore en el pasillo que llevaba al despacho de Olinthar. Lo acompañaba Elysia, que tenía el pelo brillante y se reía. Al vernos llegar, con la ropa cubierta de manchas negras, su risa se apagó.

—Padre… —dijo Chavore. Paseó la mirada entre él y yo.

Olinthar asintió.

—Necesito también un momento de tu tiempo, hijo mío. —Desvió la mirada hacia Elysia—. ¿Te importaría acompañar a Thatcher de vuelta a Bellarium? Creo que ya hemos alterado demasiado su régimen de entrenamientos.

Elysia sonrió.

—Será un placer. —Se me acercó con pasos gráciles, como si flotara—. ¿Nos vamos?

Antes de que pudiera responder, Olinthar dio un paso hacia mí y me sujetó el hombro con fuerza.

—Gracias por tu visita, Thatcher. —Bajó la voz para que solo la oyera yo—. Eres un buen hombre.

Las palabras cayeron sobre mis hombros como un pesado manto. Logré asentir, y enseguida Elysia me cogió del brazo y me llevó a un nuevo portal, que se abrió con un destello al aproximarse ella.

—Buen viaje —se despidió Chavore, y nuestras miradas se cruzaron un instante. Vi en sus ojos preocupación… y algo más. Una pregunta, quizá, o un aviso.

A continuación, atravesamos la luz y Sundralis desapareció. Bellarium se materializó alrededor de nosotros; sus tonos azules y plateados fueron un alivio tras tanto oro implacable. La lluvia seguía cayendo y salpicaba los senderos de piedra mientras cruzábamos los jardines.

Elysia no me había quitado la mano del brazo.

—Pareces preocupado —dijo, rompiendo el silencio.

—No es nada. —La mentira me dejó un sabor amargo en los labios.

Elysia se detuvo y me clavó la mirada. Los ojos dorados me examinaron el rostro.

—Cuando Olinthar concede una audiencia privada, nunca es porque no pasa nada. —No lo dijo con tono acusatorio, sino con una tranquila certeza—. ¿Qué quería de ti?

Desvié la mirada. La lluvia se me acumulaba en el pelo.

—Me ha ayudado con mi entrenamiento.

—Ya veo —respondió con un tono que me obligó a mirarla. La comprensión se le reflejaba en los rasgos—. Puede llegar a ser… muy exigente.

—Es una forma de decirlo —murmuré.

Elysia frunció los labios.

—Muchos lo malinterpretan. Olinthar carga con el peso de mantener el orden en todos los reinos. Eso lo obliga a tomar decisiones que otros considerarían demasiado severas.

—¿Como la tortura? —se me escapó.

No cambió de expresión, pero entornó los ojos.

—¿Eso es lo que ha sucedido?

No dije nada, lo que fue respuesta suficiente.

Elysia suspiró, y al poco reanudamos nuestro paseo por los jardines empapados por la lluvia.

—La línea que separa la necesidad y la crueldad se difumina cuando gobiernas un panteón, Thatcher. Las acciones de Olinthar siempre sirven a algún propósito.

—¿Y eso lo justifica todo?

Me miró de soslayo.

—A Chavore también le cuesta… entender lo que requiere el verdadero liderazgo.

Pensé en la cara de Chavore cuando Olinthar lo dejó al margen, la herida que no logró ocultar del todo.

—Busca la aprobación de su padre.

—¿No es lo que hacemos todos? —La risa de Elysia sonó hueca en el jardín empapado de lluvia. Parte de mí quería estrangularla. Estaba chalada. Estaba como una puta cabra.

Llegamos a la entrada del ala oeste, donde se encontraban mis aposentos. Elysia me soltó el brazo y retrocedió.

—Piensa en lo que ha ocurrido hoy —me sugirió—. No solo en los actos, sino en su porqué. Olinthar no hace esas pruebas sin una razón.

—Pruebas —repetí. Una palabra hueca, insustancial.

—Todo es una prueba, Thatcher Morvaren. La cuestión es si busca los límites de tu fuerza… o los de tu debilidad.

Se dio la vuelta y se alejó caminando; el brillo de su pelo se perdió entre la neblina húmeda.

Volví a mi cuarto y me quité la ropa manchada de sangre de umbrío. Estuve bajo el agua muy caliente hasta que se me enrojeció la piel, pero me seguía sintiendo sucio. Había matado a un prisionero

indefenso. Me había alejado un paso más de la persona que era en Cresta Salada.

Una prueba. Por supuesto que sí. Pero no podía sacudirme de encima la sensación de que Olinthar había encontrado en mí lo que iba buscando.

Y no había nada que pudiera darme más miedo.

CAPÍTULO 54
DESCUBRIMIENTOS

Un aroma a carne asada y pan recién hecho me arrancó del sueño, y, de forma instintiva, extendí un brazo por encima de las sábanas antes de haber despertado del todo. Mis dedos solo encontraron un espacio vacío, aunque todavía cálido.

Me incorporé y las sábanas de seda se me arremolinaron alrededor de la cintura. La luz escarlata de Draknavor entraba por las ventanas, pintando de tonos sanguíneos la ropa de cama arrugada. El suelo estaba sembrado de las pruebas de nuestras fechorías: mi vestido hecho jirones, los cristalitos de una copa que ninguno de los dos se había molestado en atrapar cuando cayó.

Me apreté con los dedos la sensible marca de un mordisco en el hueco de la garganta; el ligero dolor era un recordatorio tangible de que lo ocurrido la noche anterior no había sido un sueño febril.

Cuando me levanté, el frío perpetuo del castillo me erizó el vello de la piel desnuda. Me puse lo primero que encontré: la bata de seda negra de Xül, que colgaba de la puerta. El tejido se deslizó por mi piel como si fuera agua.

Seguí el olor de la comida, con la fría piedra mordiéndome los pies descalzos. La bata revoloteaba alrededor de mis tobillos con cada paso, y las mangas colgaban cómicamente más allá de mis dedos.

Doblé la esquina para entrar en el pequeño comedor y me quedé paralizada.

Xül estaba junto a la mesa, poniendo comida en los platos. Lo tenía de espaldas, y sus músculos se flexionaban con sus movimientos. Solo llevaba un pantalón negro holgado, con la cinturilla por las caderas. Sus trenzas del color de la medianoche seguían revueltas por el sueño.

—Eso de quedarte mirando se ha convertido en un hábito —dijo sin volverse, y su voz grave me acarició unos nervios que ya estaban a flor de piel—. Pero tampoco es que me importe.

Me apoyé en el marco de la puerta y contuve el ridículo impulso de correr hacia él, de pegarme a su espalda desnuda y sentir su calor.

—¿Ahora cocinas?

Volvió la cabeza hacia mí, con la boca arqueada en aquella media sonrisa que le hacía cosas peligrosas a mi corazón. Me inspeccionó de arriba abajo, y sus ojos se demoraron en la V que formaba la bata en mi pecho.

—He dado el día libre al personal —dijo girando hacia mí—. Hoy quería ser yo quien te sirviera.

Me acerqué a él, hecha un manojo de nervios. ¿Qué reglas regían aquella frágil y recién nacida relación entre nosotros?

—Siéntate —dijo, y me acercó una silla—. Antes de que se enfríe.

Así lo hice, y el aroma del pan recién horneado arrancó a mi estómago un rugido vergonzoso. Xül sonrió divertido mientras tomaba asiento frente a mí. Su pie descalzo rozó el mío por debajo de la mesa.

—Come —dijo señalando lo que había preparado: un pan aún humeante, cerdo a la plancha y huevos revueltos con pimiento y cebolla—. Tienes que reponer fuerzas.

Partí un trozo de pan.

—¿Se puede saber para qué?

Sus ojos se oscurecieron.

—No te hagas la inocente, estrellita.

—¿Para los Juicios? —pregunté con tono ingenuo.

—Entre otras cosas.

Su forma de decirlo me provocó un escalofrío.

Era curiosa la rapidez con que habían cambiado las cosas entre nosotros. Dos meses atrás me habría cortado la lengua antes de compartir mesa con el guardián; en aquel momento no podía quitarme de la cabeza sus jadeos contra mi cuello, la reverencia con que sus manos me recorrían el cuerpo.

—Estás pensando muy alto —dijo interrumpiendo mis cavilaciones.

Alcé la vista y lo vi mirándome con una expresión indescifrable.

—Igual es que prestas demasiada atención.

—La bata no ayuda. O, mejor dicho, la ausencia de bata en sitios demasiado llamativos para pasarlos por alto.

—Puede que lo haya hecho adrede —dije con una sonrisa.

—No me cabe la menor duda —murmuró, y dejó el tenedor en el plato—. Pero tengo que irme en breve; debo ocuparme de un asunto

urgente.

Se me encogió el corazón.

—¿Qué clase de asunto?

—De los que no pueden esperar. —Su tono tajante luchaba con la vacilación de sus ojos.

—¿Tiene algo que ver con Nyvora? —La pregunta se me escapó, débil y patética.

En sus ojos brilló la sorpresa, o puede que la culpa.

—No —dijo tras una pausa demasiado larga—. No tiene nada que ver con ella.

—Ya veo. —Dejé la copa en la mesa para no lanzársela a esa puta cara perfecta—. ¿Cuándo vuelves?

—Esta noche. —Dudó, y luego añadió—: ¿Me esperarás despierta?

Por todos los dioses, esa pregunta me dejó sin fuerzas para resistirme.

—Lo intentaré, guardián.

Sus labios esbozaron una sonrisita.

—Bien.

—Antes de que te vayas —dije pasándome una servilleta por los labios—, ¿es posible que vea a Thatcher antes del próximo Juicio?

—Eso puede ser difícil —respondió con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados.

—¿A causa de Chavore?

—Hace mucho tiempo que nuestra relación no es cordial —dijo con cautela—. Una visita mía a su dominio no sería… bien acogida. Y una solicitud suya de venir aquí, menos aún.

—¿Cuánto hace que eres inmortal? —pregunté frunciendo el

ceño—. ¿Una década? ¿Y ya has tenido tiempo de cultivar rencillas?

Soltó una risa áspera, desprovista de humor.

—Te sorprendería lo deprisa que pueden torcerse las cosas. Y que él sea un perrito faldero bien adiestrado de Olinthar crea más obstáculos todavía. —Se apartó de la mesa y se puso en pie—. Le daré una vuelta.

—Es importante, Xül —dije, y yo también me levanté—. Tengo que verlo.

Asintió y su expresión se suavizó.

—Intentaré encontrar la forma.

La ternura con que habló fue mi perdición. Alargué la mano hacia él e introduje los dedos por la cintura del pantalón para retenerlo.

—¿Cómo es de urgente esa reunión? —pregunté.

Sus pupilas se dilataron; el negro casi engullía el dorado de su ojo derecho.

—Bastante —dijo, aunque no hizo ademán de apartarse.

Me apreté contra él y saboreé su brusca inspiración.

—Creo que cualquier reunión que tengas puede esperar diez minutos.

Me rodeó la cintura con las manos y, por un instante, creí que había ganado. Pero entonces dio un paso atrás y se separó.

—No puedo —dijo con voz ronca—. Por mucho que lo desee…, y, por los dioses, no sabes cuánto lo deseo, no puedo posponerla.

Me crucé de brazos sin molestarme en subirme la bata, que se me había caído por un hombro.

—¿Todo va bien?

—Sí —respondió demasiado deprisa—. No es nada de lo que

tengas que preocuparte.

No me lo tragué, y enarqué una ceja para demostrárselo. Su boca se ensanchó un poco.

—Volveré en cuanto pueda —prometió—. Y entonces tendremos ocasión de… continuar con esta charla.

—¿Es una orden? —pregunté con voz melosa pese a la frustración que bullía en mi interior.

—No. —Extendió la mano y me colocó un mechón detrás de la oreja; su contacto me lanzó chispas por la piel—. Es una petición. Espérame. En mi cama.

Se me cortó el aliento. Antes de que pudiera responder, se inclinó y capturó mis labios en un apasionado beso que me dejó aturdida y con ganas de más.

—Hasta esta noche —murmuró contra mi boca.

Y entonces se marchó; la oscuridad se arremolinó a su alrededor y solo quedaron su aroma y el recuerdo de su contacto.

Me quedé inmóvil un buen rato, con los dedos apretados contra los labios, que aún me hormigueaban. La sensación de inquietud en el estómago no se disipaba. Algo iba mal.

Se me había cortado el apetito. Recogí la mesa, y envolví y guardé el pan y la carne. Había algo reconfortante en aquella tarea tan cotidiana, tan alejada del caos en que se había convertido mi vida.

Mientras mis manos trabajaban por sí solas, mi mente iba a toda velocidad. La noche anterior lo había cambiado todo y, a la vez, no había cambiado nada. Xül me tocaba como si fuera algo precioso, me susurraba contra la piel palabras que me hacían pensar que podríamos encontrar juntos una forma de seguir adelante. Pero, a la

fría luz de la mañana, la realidad me golpeó con todas sus fuerzas: él estaba atado a otra mujer, y yo seguía siendo tan solo una participante de los Juicios.

Xül aún tendría que contraer aquel matrimonio que lo haría infeliz. Pero ningún futuro estaba labrado en piedra. Hasta Heron había reconocido que el destino podía cambiarse, que los caminos se podían alterar.

Tenía que ver a Thatcher. Se me formó un nudo de ansiedad en el pecho al pensar en someterme a otro Juicio sin haber hablado antes con él. ¿Y si nos lanzaban a desafíos independientes? ¿Y si los aesymar nos mantenían separados hasta el final? No podía confiar en que dispondríamos de tiempo para trazar una estrategia durante cualquier Juicio cruel que hubieran ideado.

El siguiente Juicio.

Volví a pensar en la carta que habíamos recibido. Algunas de las anteriores contenían pistas ocultas o palabras crípticas que cobraban sentido en retrospectiva. ¿Había llegado a leerla yo? Con las… distracciones de Xül, no me acordaba.

No, no era así. Xül ni siquiera me la había enseñado.

Caminé por el castillo, siguiendo los sinuosos corredores hasta llegar a la enorme puerta doble de su estudio.

Empujé la madera y entré, con un nudo de culpa en la garganta. Olía a tinta y pergamino. Los recuerdos de lo que había ocurrido allí entre nosotros me pasaron por la mente como una estrella fugaz. Mi espalda contra la mesa, papeles esparcidos por el suelo…

«Concéntrate, Thais».

Dioses. ¿Por dónde podía empezar?

Me senté al escritorio, me hundí en la silla y observé el

batiburrillo que se extendía ante mí. En contraste con el orden y la meticulosidad que caracterizaba los demás aspectos de su vida, el espacio de trabajo de Xül era un campo de batalla de papeles, pergaminos, libros abiertos y tinteros medio vacíos. Un caos organizado. No me cabía duda de que él sabía dónde estaba cada cosa.

Pues me alegraba por él, pero yo no tenía ni puta idea.

Empecé por la pila de papeles que parecían más recientes. Casi todos eran documentos administrativos irrelevantes.

Abrí el cajón superior del escritorio y lo encontré lleno de pergaminos en blanco y plumillas de repuesto. El segundo cajón contenía lacres de diversos colores.

Mi mirada se detuvo en un panel de madera de la pared de detrás del escritorio, de un tono algo distinto al de los demás. Recorrí los bordes con los dedos hasta notar un pequeño saliente. Apreté y el panel se deslizó hacia un lado.

Dentro había varios pergaminos y una carpeta de cuero sujeta con una cinta negra. Se me aceleró el corazón cuando la saqué, y desaté la cinta con unos dedos que de repente sentía torpes. Cayó una libreta encuadernada en cuero rojo oscuro.

La recogí, intrigada, y hojeé las páginas cubiertas por la letra de Xül. Parecía una especie de diario en el que documentaba su opinión sobre los participantes en los Juicios. Había muchos tachones. Muertes. Cada entrada era una valoración breve: «Marx: imprevisible, prefiere las tácticas de emboscada, postura defensiva débil», o «Elian: dominio adecuado de la magia de los elementales, poco imaginativo, es improbable que sobreviva».

Encontré mi propio nombre. «Thais Morvaren: manipulación

estelar superior a la esperada, mente táctica, apego preocupante a su gemelo». Lo último me revolvió el estómago. Mi amor por Thatcher le parecía una debilidad. Cómo no.

Estaba a punto de cerrar el compartimento secreto cuando otra cosa me llamó la atención: un pergamino doblado encajado al fondo. Alargué la mano y mis dedos se cerraron en torno a él.

Al sacarlo me di cuenta de que estaba sellado con un lacre que no reconocí.

Pasé los dedos por el sello mientras la culpa y la curiosidad libraban una batalla en mi pecho. Aquello no estaba destinado a mí; era correspondencia privada de Xül.

Pero me carcomía la inquietud y desplegué el pergamino.

Era una sola hoja, cubierta de una letra elegante y fluida… en un idioma que no reconocí.

Pero una palabra me llamó la atención de inmediato: «Morvaren».

Me dio un vuelco el corazón.

Volví a doblar la carta con determinación y me la guardé en el bolsillo de la bata de Xül.

Tenía que traducirla.

Tras haberme asegurado de que todo lo demás estuviera tal como lo había encontrado, cerré el compartimento y después abandoné el estudio. Iba toqueteando la carta que llevaba en el bolsillo mientras me dirigía al único lugar donde podría encontrar las respuestas que buscaba.

La primera vez que entré en la biblioteca de la Aguja de Hueso me quedé boquiabierta como una tonta pueblerina, abrumada por el

tamaño. Incluso en aquel momento, al empujar las enormes puertas con herrajes, sentí una punzada de vértigo al contemplar el espacio que se extendía ante mí.

¿Por dónde se suponía que debía empezar?

En circunstancias normales habría pedido ayuda a uno de los bibliotecarios, aquellas figuras silenciosas y traslúcidas que deambulaban entre las estanterías. Pero Xül había dispensado a todos los sirvientes, y en la amplia biblioteca vacía reinaba un silencio sobrecogedor.

En cierto modo me venía bien: nadie iba a preguntarme por qué me interesaban de repente las arcanas lenguas divinas. Pero también significaba que estaba sola en aquel laberinto.

Deambulé por allí durante lo que me parecieron horas, tratando de descifrar la forma en que se organizaban los escritos. En su mayoría estaban etiquetados en lenguas que no conocía, y en los pocos volúmenes identificados en la lengua común se utilizaba algún sistema de clasificación que no acertaba a entender.

Al final divisé unos símbolos familiares en un estante lejano: la misma escritura fluida de la carta. Estaba en el tercer nivel del ala este, al que se accedía por una estrecha escalera de caracol que crujía bajo mi peso.

Forzando la vista en la penumbra, inspeccioné una página tras otra de denso texto académico. El dolor de cabeza que acechaba desde por la mañana floreció detrás de mis ojos, un latido constante que me hacía difícil enfocar.

A última hora de la tarde estaba a punto de gritar de frustración. Me desplomé en un sillón y me froté los ojos mientras la carta se burlaba de mí desde la mesa. ¿Qué esperaba? ¿Encontraría un

manual titulado *Lengua divina para principiantes*?

Tenía que abordarlo de una forma más inteligente.

Si no podía traducir la carta por mí misma, quizá encontrase algo ya traducido, una edición bilingüe que me permitiera relacionar los símbolos con sus significados.

Dejé atrás los libros desordenados y me trasladé a otra sección, donde había visto volúmenes con diversas escrituras en el lomo, quizá tratados o registros diplomáticos. Bien merecía un intento.

Las estanterías eran aún más altas en aquella zona, y solo se podía acceder a los estantes superiores por medio de una escalera móvil instalada en un riel. Subí con precaución por la madera que crujía bajo mis pies, mirando los títulos a medida que avanzaba.

Cerca de la parte de arriba, casi fuera de mi alcance incluso con la escalera, divisé un libro prometedor: *Concordancias de los doce dominios*; su lomo lucía caracteres de varios alfabetos.

Era más pesado de lo que parecía. Estaba encuadernado en cuero azul oscuro y tenía símbolos plateados grabados en la cubierta. Bajé con él a mi mesa de lectura y sentí encenderse una llamita de esperanza cuando, al abrirlo, encontré justo lo que buscaba.

Mi entusiasmo se desvaneció en cuanto profundicé en el contenido. Estaba repleto de tratados y acuerdos formales, todo cortesía y jerga administrativa. Era improbable que el vocabulario propio de las relaciones entre los dominios me ayudara a traducir una carta personal.

Aun así, era un comienzo. Emprendí el laborioso proceso de emparejar las palabras de la carta con las del libro, y fui tomando notas en un trozo de papel que había encontrado dentro de otro

tomo. Iba a paso de tortuga; para descifrar cada palabra tenía que pasar muchas páginas y hacer un montón de conjeturas.

A medida que transcurrían las horas me ardían los ojos, me dolía la mano de tanto escribir y me rugía el estómago, recordándome que no había comido nada desde el desayuno. La luz que entraba por los ventanales pasó del perpetuo carmesí diurno de Draknavor al granate del atardecer.

Xül volvería pronto. Tenía que darme prisa.

«Por los dioses, Thais. Concéntrate».

Pero, palabra por palabra, la carta empezaba a cobrar forma.

«… principal preocupación…», «último Juicio…».

Y ahí estaba de nuevo: «Morvaren».

El corazón me martilleaba las costillas mientras volcaba toda mi atención en las palabras que rodeaban mi apellido.

Hojeé frenética la *Concordancia*, en busca de coincidencias. Algunas palabras se resistían a revelar su significado, lo que creaba lagunas en mi traducción, pero entendí lo suficiente para que se me helara la sangre.

«Morvaren…», «… riesgo inaceptable…», algo que no lograba traducir, «… inestable…», «… amenaza…».

«¿Qué?».

Trabajé con urgencia renovada, olvidando el agotamiento mientras el miedo me impulsaba a continuar. Conseguí descifrar más fragmentos: «… último Juicio…», «… hombre…», «… preocupación…», «… eliminado…».

«Eliminado». Aquella palabra destacaba entre las demás, con un significado inequívoco.

Pero entonces traduje la línea y se me heló la sangre en las

venas.

«El hombre Morvaren es nuestra principal preocupación. Debe ser eliminado en el último Juicio».

No hablaba de mí.

Hablaba de Thatcher.

«Debe ser eliminado».

La hoja resbaló de mis dedos entumecidos y cayó a la mesa como un fantasma. Me invadieron las náuseas y un sudor frío me brotó de la piel.

Y después no sentí más que rabia.

CAPÍTULO 55
LLUVIA DE ESTRELLAS

Salí de la biblioteca hecha una furia, con la carta que me quemaba en el bolsillo. Aceleraba a cada paso que daba, hasta que acabé corriendo por los pasillos.

Mi hermano. Alguien iba a matarlo.

Y Xül lo sabía. Lo había sabido desde el principio.

«Hay cosas que no sabes sobre mí —me había dicho—. Cosas que podrían hacerte cambiar de opinión».

El aviso de Heron se refería a eso. Ese era el motivo por el que el hilo de la vida de Thatcher se truncaba.

Irrumpí a través de las puertas del castillo, en dirección a la costa, con tanta fuerza que el golpe casi las arrancó de los goznes. El cielo rojo oscuro teñía de morado el horizonte. El océano golpeaba con fuerza y escupía sobre la arena.

Dioses, qué idiota había sido. Muy muy idiota.

Le había dejado tocarme, susurrarme palabras contra la piel. Lo había dejado entrar.

Me arañé el pecho, los lugares donde Xül se había abierto

camino hacia mi corazón. Cada recuerdo de la noche pasada, las manos, la boca, los labios dulces que me susurraban palabras en el cuello.

Me daban ganas de gritar, pero las contuve. No. Primero necesitaba respuestas. Necesitaba entender el motivo.

Corrí por la orilla; mi mente iba más deprisa de lo que podían llevarme mis pies.

No supe cuánto tiempo había pasado hasta que oí el sonido, la brecha que se abría en la realidad. Di media vuelta y vi que Xül cruzaba un portal.

—¿Thais? —Se detuvo para observar mi rostro—. ¿Qué sucede?

Con un esfuerzo sobrehumano mantuve la voz bajo control, aunque me temblaban las manos, que me colgaban a los costados.

—¿Hay algo que quieras decirme?

Frunció el ceño.

—¿Sobre qué?

—Lo que sea —insistí—. ¿Algo que se te haya… olvidado mencionar, quizá?

—No entiendo la pregunta. —Dio un paso hacia mí y yo retrocedí para mantener la distancia. Frunció el ceño, sorprendido.

—Piénsalo mejor —le dije con voz gélida; la calma que fingía empezaba a ceder por las costuras—. Sobre los Juicios. Sobre lo que va a ocurrir.

Me miró con cansancio, pero mantuvo la expresión neutra.

—Llevamos semanas preparándonos, Thais. Estás lista.

—¿Sé todo lo que debería sobre los Juicios? —exigí.

—Thais, ¿de qué va todo esto? —Su confusión parecía auténtica, pero yo ya no distinguía qué era real y qué una pantomima.

—El último Juicio. —Perdí el control y alcé la voz—. ¿Qué pasará en el último Juicio, Xül?

Su rostro se volvió inexpresivo.

—¿A qué te…?

—¿Qué le pasará a Thatcher en el último Juicio? —grité, perdida ya toda la compostura.

Por fin pareció comprender, y enseguida entornó los ojos con sospecha.

—¿Qué has hecho?

—¡Lo sabías! —Las palabras se abrieron paso desde la garganta —. ¡Sabías que iban a intentar matarlo y no dijiste nada!

—No tienes ni idea de lo que dices.

—¡Pues ayúdame a entenderlo! —grité—. ¡Explícame por qué me lo has ocultado! Por qué me has… —Se me quebró la voz—. ¡Por qué me has permitido confiar en ti!

Entonces, mi poder se activó y me fluyó por las venas. La piel chisporroteaba de luz, y la energía escapaba por las delgadas grietas que se me habían abierto en los brazos.

—Thais, tienes que calmarte —sugirió Xül con voz cautelosa, vigilante.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! —La luz se me acumuló en la palma de la mano, como un remolino que se condensaba. Me la quedé mirando, asombrada, según cobraba forma: una espada, aunque yo no la había invocado conscientemente.

—Thais, para. —La voz de Xül se había vuelto más apremiante—. Tienes que reabsorber el poder.

Las estrellas del cielo me respondieron. Varias abandonaron su posición y se desplomaron sobre la tierra. Cayeron en la playa,

alrededor de nosotros, y dejaron cráteres humeantes en la arena.

—¿Cómo has podido? —Las lágrimas, cálidas y amargas, me corrían por las mejillas.

Di un paso hacia él. La espada que blandía era cada vez más sólida y brillante. No quería hacerle daño; por los dioses, ni siquiera entonces quería hacerle daño. Pero el poder respondía a emociones que yo no podía controlar.

—¿Qué estás haciendo? —gritó una voz lejana que procedía de detrás de mí.

Xül miró de reojo por encima de mi hombro.

—Lo tengo todo bajo control.

Pero yo avancé un paso más, y entonces noté el olor.

Sangre.

Se me nubló la visión. La espada que sostenía en la mano parpadeó.

—Aelix, no… —trató de decir Xül.

Una maldición me golpeó la mente; fue como si me clavaran un carámbano en el cráneo. Arqueé la espalda, gritando, mientras la energía se abría paso a través de mí.

Y luego ya no hubo nada más, excepto la oscuridad que me devoró por completo.

CAPÍTULO 56
REVELACIONES

El mundo recuperó la nitidez de pronto, con un ruido ensordecedor que me arrancó de la oscuridad. Me dolía la cabeza en el lugar que había alcanzado la maldición de Aelix, pero eso no era nada en comparación con el ardor que sentía en muñecas y tobillos.

Cuerdas de sacerdote.

Me habían atado con cuerdas de sacerdote.

El fuego me lamía todos los puntos de contacto. No solo me retenía, también me drenaba. Me estaban arrebatando mi poder. Cada latido de mi corazón me empujaba un poco más hacia las ataduras encantadas, vaciándome. Temblaba de cólera.

Tiré bruscamente de las cuerdas para probar su resistencia. La silla crujió, pero no cedió.

—¿… qué cojones ha pasado? ¿Qué pretendías?

La voz de Marx atravesó la neblina roja. Estaba acuclillada frente a mí. Detrás de ella, Aelix paseaba de un lado a otro.

Y Xül.

Estaba apoyado en la pared más alejada, cruzado de brazos,

taladrándome la piel con los ojos entornados. Como si tuviera derecho a mirarme.

Mi poder se desencadenó contra las ataduras, como una reacción llevada por la rabia, y de nuevo sentí un dolor insoportable. Contuve un grito y noté el sabor de la sangre.

—¿Por qué lo atacaste? —insistió Marx escrutando mi rostro—. ¿Qué tenías en la cabeza, Morvaren? No quieren contarme nada.

Miró a Xül y de nuevo a mí, pero él se mantuvo impertérrito, con una expresión que me daba ganas de arrancarme la piel. ¿Cuántas veces me habían mirado esos ojos fingiendo afecto? ¿Cuántas mentiras pronunciadas por esa preciosa boca me había tragado?

Le devolví la mirada con todo el odio del que pude hacer acopio. Mi voz sonó áspera, desgarrada por la traición.

—No te hagas el avergonzado. Explícaselo.

Aelix dejó de pasear de un lado a otro y se acercó a Marx.

—Hala. Ya has visto que se ha despertado y está bien. Ahora tienes que irte.

Marx rio sin tomarse la molestia de disimular el desprecio.

—Buen intento, pero no pienso irme a ningún sitio.

—Lo digo en serio, Marx. —La agarró del brazo y la levantó con una facilidad insultante.

—Yo también. —Alrededor de los dedos de Marx crepitó un poder que hizo que Aelix la soltara y diera un paso atrás. Se puso a mi lado, en una muestra de solidaridad que me encogió el corazón—. No creo que Thais sea tan suicida como para intentar atacar a tu príncipe sin una buena razón, así que ¿qué ha pasado? —Miró a Xül con los ojos entrecerrados—. ¿Te ha hecho daño? —me preguntó.

«Sí», quería gritar.

Pero en vez de eso miré a Aelix.

—¿Lo sabías?

La solemnidad de su expresión fue bastante respuesta. Claro que lo sabía.

—Si no quieres que Marx corra el peligro que corres tú ahora por saber lo que sabes —interrumpió Aelix con tono imperioso—, te recomiendo que no digas ni una palabra más hasta que la haya sacado de aquí.

—Vete a la mierda con tus acertijos —espetó Marx, y la adoré por ello—. Me quedo, y lo que digas me importa un cojón de pato.

—Marx…

—No pienso irme a ningún sitio hasta que alguien me diga qué ha pasado —gruñó Marx.

Tiré con fuerza de las ataduras para inclinarme hacia delante, haciendo caso omiso del dolor.

—Esto es lo que ha pasado —siseé—. Que confié en él. Confié en él, y entonces encontré una carta en su estudio. —Se me quebró la voz, cargada de furia—. Hablaba de matar a mi hermano.

Marx se quedó inmóvil. Aelix cerró los ojos.

En cuanto a Xül, ni se inmutó. Mostraba una calma perfecta y aterradora que me daba ganas de gritar hasta que me sangrara la garganta.

—¿Qué? —dijo Marx con voz ahogada.

—Una cosa es que quieras hacer algo y otra que te digan que tienes que hacerlo. —Las palabras de Aelix eran demasiado cautelosas y medidas.

—Vaya, qué bien. Eso es puta poesía, Aelix. —Me incliné hacia delante tanto como me permitían las cuerdas y sentí que se me

clavaban más en la piel—. Dime una cosa: ¿te acostarías con la hermana del hombre cuyo asesinato estás tramando?

El silencio que siguió fue ensordecedor.

Aelix se quedó boquiabierto. La brusca inspiración de Marx arrancó ecos a las paredes de piedra. Y por fin, ¡por fin!, Xül reaccionó. Tan solo un movimiento imperceptible, lo justo para que yo captara la contracción de un músculo en su mandíbula, para que viera que los nudillos se le ponían blancos.

—No puede ser —dijeron al unísono Aelix y Marx; ella me miraba horrorizada a mí, y él, a Xül.

—A ver, un momento. —Marx levantó las manos—. Es mucha información de golpe.

—¿No podías esperar a que ascendiera? —preguntó Aelix a Xül, y sentí que se me llevaban los demonios.

—Desde luego que no. —Se me quebró la voz al pronunciar esas palabras; la furia y el dolor me formaban un nudo en la garganta—. ¿No ves que es mucho más difícil seducir a una mujer en pleno duelo? Es mejor follársela mientras el último miembro de su familia siga con vida.

Xül se apartó de la pared con un movimiento fluido, y, cuando acortó la distancia entre nosotros, me obligué a no separarme. Se inclinó hacia abajo para hablar con una voz suave como la seda y el doble de peligrosa, y tuve que esforzarme para no desviar la mirada de esos ojos traicioneros.

—Entonces, supongo que me conoces. Por dentro y por fuera.

Aquellas palabras me calaron muy hondo. Me ardían los ojos por el peso de unas lágrimas que me negaba a derramar en aquel lugar, por su causa. Él sabía lo que me había ocurrido. Sabía lo que había

sido de Sulien y de mi madre.

—Eso creía —susurré, y odié que me flaqueara la voz.

Habría jurado que se le tensaron los músculos de la cara, pero fue algo tan breve que no estaba segura del todo. Entonces giró en redondo y nos dio la espalda a los tres.

Otro suspiro de Aelix. Se me quedó mirando y sentí deseos de escupirle.

—Hay muchas cosas que no entiendes, Thais. Te falta contexto.

Me agité en la silla, aprovechando la quemazón de las cuerdas para sofocar la rabia.

—Necesito respuestas —dije—. Respuestas reales. Y vais a dármelas.

Aelix enarcó las cejas.

—¿Cuánto hace? —pregunté—. ¿Cuánto hace que ese plan se puso en marcha?

Silencio.

—¡Contestad! —Tiré de las ataduras con tanta fuerza que hice crujir la silla.

—Semanas —reconoció Aelix al cabo de un momento.

—¿Quién dio la orden?

Aelix miró a Xül, que seguía de cara a la pared.

—Es complicado.

—Pues descomplicadlo. —No estaba dispuesta a seguirles el juego—. Basta de adivinanzas. Basta de verdades a medias. Quiero saber por qué han puesto a mi hermano en la lista negra, y quiero saberlo ya.

Aelix vaciló y, después, empezó a hablar muy despacio:

—Los competidores establecen vínculos con sus mentores. Y

esos vínculos se suelen convertir en alianzas. Por eso se nos recomienda elegir pupilos con poderes parecidos a los nuestros, eso simplifica su elección de dominio.

—No necesito clases de política divina.

Aelix apretó la mandíbula.

—A veces, los mentores eligen a sus contendientes por otros motivos. Motivos estratégicos, ventajas potenciales… Piezas útiles en el juego.

—Suéltalo, Aelix —espetó Marx.

—Están pasando cosas raras en Voldaris —prosiguió Aelix—. Se están formando alianzas que no deberían existir. En concreto, entre la guerra y el orden. Y puede que otras más de las que no estamos al tanto.

Dejé escapar un suspiro, aunque el peso de la traición me oprimía el pecho.

—Ya lo sé, pero ¿adónde quieres llegar?

—¿Sabes lo que ha estado haciendo tu hermano? —Miró de reojo la figura inmóvil de Xül.

—A ver si lo adivino. ¿Prepararse para unos Juicios ideados para matarnos a los dos?

—En Sundralis. Con Olinthar.

Sentí que se me paraba el corazón, pero me mantuve impasible. No sabía que las cosas hubieran evolucionado hasta este punto.

Pero habría preferido morirme a darles la satisfacción de ver mi sorpresa.

—Si Olinthar consigue hacerse con Thatcher como aliado —dijo Aelix en voz baja—, el equilibrio de poder de Voldaris dará un vuelco peligroso.

—¿Y eso justifica su asesinato? —Tiré de las ataduras, y, de nuevo, el fuego me recorrió los brazos—. ¿Solo por si acaso se rompe vuestro preciado equilibrio? Sois todos unos putos monstruos. Lo único que os importa es el poder y quién lo ejerce. Él ya es el rey de los dioses, el amo de Voldaris. Todos sois sus subordinados.

—No lo entiendes. No podemos permitir que Olinthar se haga aún más fuerte.

—¿Por qué? —exigí saber—. ¿Qué es lo que no me contáis?

Aelix cruzó otra mirada con Xül, que por fin se había vuelto hacia nosotros.

—Antes de revelar nada más —dijo Aelix con cautela—, tengo que saber cuánto sabes.

Dejé escapar una risa cargada de rencor.

—Ni hablar. Ya estoy harta de vuestros juegos, de que tengáis todas las cartas en la mano.

—Esto no es ningún juego, Thais…

—Ah, ¿no? ¿Vas a decirme que los poderosos no jugáis con nuestras vidas como si fueran piezas en un tablero? —Sentí que mi poder volvía a desencadenarse, y saboreé la muerte en la lengua mientras las cuerdas chisporroteaban contra mi piel.

Al final, Xül dio un paso al frente.

—Thais…

—No. —Destilé en aquella única palabra todo el veneno que pude reunir—. No me hables como si aún estuviéramos… Como si no me hubieras traicionado.

El dolor destelló en sus ojos. Puede que hubiera hasta arrepentimiento. Me daba igual. No podía importarme.

—No podemos permitir que alguien con las habilidades de

Thatcher se alíe con Olinthar —insistió Aelix—. Y parece que es el rumbo que están tomando las cosas: tu hermano acabará siendo leal a Sundralis.

Dejé escapar una risa salvaje, demencial. Eran idiotas. Idiotas de cojones.

—¿Os habéis creído que entendéis lo que pasa? —Ladeé la cabeza—. ¿Que conocéis a mi hermano? ¿Que sabéis lo que está haciendo?

Aelix enarcó una ceja, expectante.

No debería decírselo. Todos mis instintos me pedían a gritos que guardara nuestros secretos. Pero la vida de Thatcher pendía de un hilo y no veía otra opción.

—Thatcher no piensa aliarse con Olinthar, idiotas. No se está dejando manipular ni convertir, ni lo que sea que haga en vuestras fantasías paranoicas —dije alzando más la voz con cada palabra.

—Tenemos espías en Sundralis, Thais. —La voz de Xül interrumpió mi diatriba. Se había vuelto hacia nosotros, y la furia de su mirada me cortó el aliento—. No has visto lo que sabemos ni lo que ha hecho.

Su tono hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

—¿De qué hablas?

—Tu hermano mató a un umbrío. Ayer. Por orden de Olinthar.

—Eso no significa…

—No se limitó a matarlo. —La voz de Xül se hizo más grave, más fría—. Lo aniquiló.

Se me cayó el alma a los pies.

—¡Eso es mentira! —grité.

—Ojalá. El umbrío era de los míos. Y tu hermano lo convirtió en

una niebla sanguinolenta delante de Olinthar.

Marx inspiró con brusquedad. Hasta Aelix estaba cariacontecido.

—Si eso es cierto sería por algo —espeté—. O no tendría más remedio.

—Thais… —murmuró Marx, y volvió a aculillarse frente a mí.

—Mi hermano está interpretando un papel —siseé—. Para recabar información. Está aprovechando para averiguar todo lo que pueda sobre Olinthar y Chavore. Y sobre Sundralis. Cualquier cosa que creáis haber visto es tan solo la máscara que lleva puesta. Cualquier cosa que haya hecho era necesaria para guardar las apariencias.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Xül.

—Porque, a diferencia de ti, mi hermano no me miente.

Silencio.

—¿Y por qué interpreta ese papel? —preguntó Aelix con cautela.

Solté una exhalación temblorosa mientras sopesaba mis opciones. Aquel secreto llevaba oculto mucho tiempo; ni siquiera se lo había revelado a Marx. Pero si podía salvar a Thatcher…

—Si os cuento esto, quiero una cosa a cambio. —Hablé con frialdad, decidida.

—No estás en posición de negociar —señaló Aelix.

—Te aseguro que sí. —Lo miré a los ojos sin pestañear—. Porque lo que sé podría alterar vuestro plan.

Xül se me acercó; las sombras se retorcían a sus pies.

—¿Qué quieres?

—Una garantía. La vida de Thatcher. Pase lo que pase.

—No te puedo prometer eso —se apresuró a responder Xül.

—Entonces, no tengo nada que decir.

—Sé razonable, Thais.

—¿Razonable? —Dejé escapar una risa hueca—. ¿Algo de esto es razonable, Xül?

Palideció, no sé si por la ira o por el dolor.

—Escucha —intervino Aelix—, si sabes algo que pueda cambiar las cosas, que pueda ayudarnos a negociar para salvarle la vida a tu hermano, este es el momento de contárnoslo.

—¿Con quién tenéis que negociar?

Solo se me quedaron mirando.

—Si nos enseñas vuestras cartas, te enseñamos las nuestras —ofreció Aelix.

Lo miré, luego a Xül y por último a Marx. Era mi única aliada en aquella habitación.

El secreto era solo de Thatcher y mío, enterrado en lo más profundo desde el momento en que hicimos los votos. Revelarlo en aquel momento me parecía una traición, pero ¿no traicionaría a Thatcher en mayor medida si el silencio implicaba su muerte? Mi mente iba a toda velocidad. Ya habían planeado matarlo; ¿qué tenía que perder? ¿Y qué podríamos ganar si entendían que Thatcher no era su enemigo, que odiaba al mismo monstruo al que temían ellos?

Tal vez fuera lo único que podía salvarlo.

Tomé una decisión e inspiré a fondo.

—Cuando nos trajeron aquí después de la Prueba, después de que se manifestaran las habilidades de Thatcher, hicimos un pacto.

—¿Qué clase de pacto? —preguntó Xül con los ojos entrecerrados.

No lo miré. No podía. En vez de eso me concentré en Aelix, en el desconcierto creciente que reflejaban sus ojos dorados.

—Matar a Olinthar.

Ya estaba. Nuestro secreto, revelado al mundo.

Xül apretó tanto los puños que le crujieron los nudillos.

—Así que sí que quieres morir —gruñó. Su postura transmitía calma, pero sus ojos estaban cargados de ira.

No le hice ni caso.

—No lo entiendo —dijo Aelix al cabo de un momento—. ¿Por qué pretendéis…?

—Por lo que nos hizo. —Mis palabras salieron crudas, sangrantes.

La comprensión afloró a los ojos de Marx.

—Joder, Thais.

Pero Aelix seguía confundido; su mirada vagaba entre Xül y yo.

—¿Alguien podría explicarme, si no es mucha molestia, lo que al parecer sabéis todos menos yo?

Clavé la vista en Xül con desprecio indisimulado.

—Me sorprende que me guardaras el secreto. ¿O es que no vino a cuento mientras conspirabais?

—Thais… —dijo Xül en tono de advertencia, pero yo ya no estaba para jueguecitos.

—Olinthar violó a nuestra madre. Es nuestro padre.

Aelix se quedó paralizado, pero sus ojos se desplazaron hacia Xül.

—¿Tú lo sabías?

El silencio de Xül fue suficiente respuesta.

—¿Tu padre lo sabe?

Más silencio.

—Supongo que eso es un no. —Aelix se alisó el pelo con las dos

manos—. Tenemos que decírselo a los otros…

—¿A los otros? —interrumpió Marx.

Aelix y Xül se miraron.

—Marx —dijo Aelix en tono pausado—, lo que estoy a punto de contarte… Como se lo repitas a alguien, todos estamos muertos. ¿Lo entiendes? No nos meterían en la cárcel. No nos castigarían. Nos matarían.

Marx se puso muy pálida, pero asintió.

Aelix inspiró a fondo.

—En Voldaris hay gente que se ha cansado de la tiranía de Olinthar. Tanto como para pasar a la acción. Hay gente que quiere que cambien las cosas.

Se me paró el corazón.

—¿Quiénes?

—Morthus. Y cuenta con el apoyo de Vorinar, Syrena y sus seguidores.

El señor de la muerte. El señor del destino. La diosa de los sueños.

Me acudieron a la mente las palabras que había pronunciado Lyralei en la Prueba: «Que sirvamos al reino divino no significa que todos estemos de acuerdo con cada tradición que se nos exige respetar».

—Y pronto se nos unirá Davina —dijo Aelix entre dientes, mirando a Xül.

Claro. Nyvora. El matrimonio. Lo habían concertado para asegurar una alianza.

—Queréis dar un golpe de Estado. —Las palabras me sonaron irreales mientras las pronunciaba.

Un pensamiento traicionero me entró en la cabeza, indeseado y doloroso. ¿Xül y yo habíamos estado persiguiendo el mismo objetivo todo el tiempo?

Darme cuenta de aquello fue como una patada en el estómago. Los dos queríamos quitarnos de en medio a Olinthar. Los dos queríamos acabar con su reinado…

No. Reprimí la idea antes de que pudiera complicar las cosas más aún.

Porque estaba dispuesta a reducir todos los mundos a cenizas antes de permitir que Thatcher muriese a causa de su error de cálculo. En cuanto a Xül… Xül estaba dispuesto a permitir que ocurriera.

—Es el objetivo final —confirmó Aelix—. Pero tenemos que proceder con cuidado, con precisión. Un movimiento en falso y Olinthar acabará con todos nosotros… y con cualquiera de quien sospeche siquiera que está involucrado.

—¿Y mi hermano? —Mi voz sonó ahogada—. ¿Qué es?, ¿un daño colateral en vuestra guerra civil divina?

—Cuando Olinthar mira a Thatcher, solo ve a Vivros —dijo Xül en voz baja—. Una ventaja que hace mucho se le escapó de entre los dedos. Quiere una segunda oportunidad.

—Y, en ese caso, la resistencia quedaría aplastada antes aún de haber empezado de verdad —concluyó Aelix—. Quieren evitar esa posibilidad antes de que ascienda y obtenga pleno acceso a su poder. Y, ahora que Vorinar está organizando el último Juicio, se presenta la ocasión.

—De asesinar a un inocente. —Las palabras me supieron a veneno—. Qué forma más bonita de dar comienzo a tan noble

causa.

—Desde su punto de vista, es una muerte que podría evitar millares —adujo Aelix con severidad—. Si el poder de Olinthar crece descontrolado, si consigue aliados como tu hermano…, se producirá un derramamiento de sangre inimaginable.

—Pues os garantizo que Thatcher no guarda la menor lealtad a Olinthar, así que ¿podemos retirar la recompensa por su cabeza? —Mi voz era firme, pero no alcanzaba a ocultar el pánico.

—Ahí era donde estaba hoy, lo que estaba haciendo. Intentaba hacerlos entrar en razón —dijo Xül, con una voz aún aterradoramente controlada—. Como he intentado cada vez que hablábamos del plan.

Me lo quedé mirando.

—¿Esperas que me trague eso? ¿Que pretendías salvarlo mientras…? —Dejé de hablar; el recuerdo de la noche anterior estaba demasiado fresco. No podía dejar de pensar en lo oportuno que había sido todo. ¿Habría llegado a contármelo si yo no lo hubiese descubierto por mi cuenta y le hubiera plantado cara? Mi mente y mi corazón libraban una batalla.

—Cree lo que quieras —dijo con aquella calma inquebrantable—. Eso no cambia la verdad.

—Supongamos que te creo. ¿Has conseguido algo con esos esfuerzos, Xül? ¿Has convencido a tu padre para que no elimine a mi hermano en el último Juicio?

Se limitó a mirarme, con la mandíbula en tensión.

—No.

—Llévame ante Morthus —dije sin pensarlo—. Ahora mismo. Quiero rogar en persona por su vida.

Se hizo el silencio. Hasta Marx parecía conmocionada.

—No —respondió Xül de inmediato, rotundo. La temperatura cayó en picado—. Ni hablar.

—Me da igual lo que…

—Piensa, Thais. —Su tono era letal—. En el momento en que pidas que dispensen a tu hermano estarás revelando que sabes más de lo que debes.

Al entenderlo se me heló la sangre.

—Se dará cuenta de que sabes que existe la resistencia. —Le ardían los ojos—. Y entonces te matará para proteger el secreto.

—Pero…

—Sería como firmar tu propia sentencia de muerte.

—Entonces ¿qué se supone que tengo que hacer? —Volví a tirar con fuerza de las ataduras, ahogada de desesperación—. ¿Dejarlo morir?

Silencio.

—Estoy dispuesta a correr ese riesgo —insistí.

—¡Pues yo no! —estalló Xül, y contra las paredes se estrellaron remolinos de energía letal—. ¡No estoy dispuesto a verte morir!

El silencio que siguió fue ensordecedor.

—Si alguna vez me has apreciado —dije con voz ronca—, si algo de lo que ocurrió entre nosotros fue real, haz esto por mí.

Las palabras lo atravesaron y en su rostro se reflejó el dolor.

—No —dijo en un susurro—. No uses eso en mi contra.

Las lágrimas me abrasaban los ojos.

—Dices que es imposible, pero dame al menos la oportunidad de intentarlo.

Se quedó paralizado, sumido en una lucha interna. Cuando por

fin habló, su voz sonaba hueca.

—¿Estás dispuesta a utilizar mis sentimientos en contra mía?

—¿Para salvar a mi hermano? Sí. —Me dolía reconocerlo, pero era la verdad—. Estoy dispuesta a usar cualquier cosa. A cualquier persona.

—Estás decidida a morir por él.

—Estoy decidida a tratar de salvarlo —corregí—. Si eso implica mi muerte, qué se le va a hacer.

Un prolongado silencio se extendió entre nosotros. Xül tenía el aspecto de quien acaba de perder una guerra.

—Vale. —La palabra sonó cortante, sin vida.

—¡Xül! —protestó Aelix—. No puedes decirlo en serio.

—Desátala —ordenó Xül, desoyendo las objeciones de su amigo.

Todo aquello había empezado conmigo de rodillas en la Prueba, suplicándoles que le perdonaran la vida a Thatcher. Si terminaba igual, conmigo rogando por su vida mientras la mía pendía de un hilo, que así fuera.

CAPÍTULO 57
LA NEGOCIACIÓN

Las puertas de acero se cerraron detrás de nosotros. En la vasta sala del trono del palacio de la Ciudad Eterna, la oscuridad se movía como dotada de vida propia, se enroscaba en las columnas y se acumulaba en los rincones.

Morthus se levantó del trono. Su piel pálida relucía en la oscuridad. A diferencia de nuestro último encuentro, no había la menor calidez en su actitud, ni rastro del hombre que se había sentado a cenar al lado de Osythe y que, mientras pasaba los platos, estaba atento a su esposa. En aquel momento era el dios de la muerte, en la sede de su poder.

—Xül… —La voz profunda reverberó en aquel espacio cavernoso —. Una visita inesperada, a una hora inusual. —Desvió la mirada y sentí el peso de su atención, aquellos dos vacíos que tenía por ojos clavados en mí—. Y has traído a la señorita Morvaren. No me esperaba este… ¿placer?

La última palabra incluía una pregunta implícita, como si ya imaginara que algo marchaba mal.

Xül, a mi lado, guardó silencio. El mensaje era claro. La audiencia era para mí y era yo quien debía tomar la palabra.

Morthus entornó los ojos al ver que su hijo me mostraba una deferencia poco habitual.

—Qué curioso —murmuró. Bajó los escalones del trono—. Mi hijo, que habla hasta cuando el silencio sería mejor opción, ahora contiene la lengua.

Se acercaba más y más, y con su proximidad llegó una presión, un peso invisible que convertía el hecho de respirar en un ahogamiento a la inversa. Logré mantenerme inmóvil y no estremecerme, aunque se detuvo a corta distancia de mí.

—De acuerdo entonces, señorita Morvaren. Puesto que parece que mi hijo se ha quedado mudo, quizá quieras explicarme tú cuál es el objetivo de esta visita.

Tenía la boca seca. Cada palabra que iba a pronunciar a continuación podría ser la última. Pero la vida de Thatcher pendía de un hilo, y solo quedaban unas horas para el comienzo del último Juicio.

—Sé que hay un movimiento de resistencia.

Morthus se quedó inmóvil, y su mirada se desplazó poco a poco hacia Xül.

—Cuéntame qué crees que sabes, señorita Morvaren —ordenó—. Y, por favor, sé concreta. Odio las acusaciones infundadas.

Tragué saliva con dificultad.

—Sé que hay algunos en el reino divino que se oponen a Olinthar. Que quieren que haya cambios.

—Mucha gente quiere cambios. —Dio un trago de su bebida—. Querer es habitual. Actuar, no tanto.

—Sé que te cuentas entre los que quieren pasar a la acción.

—¿Lo sabes? —Se giró por fin y me taladró con sus ojos oscuros —. ¿Y qué te lleva a suponer que yo no sea un miembro leal de los Doce, satisfecho con mi dominio y mis deberes?

La pregunta era una trampa, pero no me quedaba otro remedio que activarla.

—Que vas a matar a mi hermano durante el último Juicio.

Morthus dejó a un lado el vaso con todo cuidado.

—Es una acusación muy grave. —Hablaba con suavidad, lo que era mucho peor que si estuviera encolerizado—. Dime, ¿qué te hace pensar que tu hermano sea tan importante como para merecer tal atención?

—Tiene el poder de Vivros.

Clavó los ojos en Xül.

—No has podido convencerme para que perdone la vida de Thatcher ¿y crees que contarle a ella cosas que no debería saber, que ahora exigen su muerte, y traerla aquí me va a hacer cambiar de opinión?

Xül apretó los dientes, pero no se defendió. Tampoco lo negó.

Así que me había dicho la verdad. Había tratado de salvar a Thatcher. Saberlo debería aliviarme, pero fue como una cuchillada en las costillas. El dolor seguía allí, salvaje e insoportable; no me sentía capaz ni de mirar a Xül. Porque, aunque había peleado por salvarle la vida a mi hermano, había escogido no decírmelo. Me había mirado a los ojos y había fingido ignorancia, aunque tenía plena consciencia del destino que aguardaba a Thatcher. ¿Qué plan tenía? ¿Dejar que ocurriera? ¿Verme perder la única familia que me quedaba?

—Qué decepción —siguió Morthus, cuya atención se centraba de

nuevo en mí—. Y qué típico de ti, hijo mío, jugar con las vidas de los demás y no con la tuya.

El silencio se prolongó.

Morthus se acercó a una mesa que había junto al trono y se rellenó el vaso de una jarra de cristal. El gesto me recordó tanto a Xül que me costó reprimir un respingo de sorpresa.

—Antes de que decidas mi destino, o el de mi hermano —dije con precaución—, deberías saber quiénes somos en realidad.

Arqueó una ceja oscura.

—Soy todo oídos. Me encantan los misterios.

Inspiré hondo. Iba a revelar un secreto que jamás había pensado contar a nadie. Tal vez había sido muy inocente por mi parte creer que escaparíamos de aquella terrible experiencia sin que la verdad saliera a la luz.

—Thatcher y yo no somos bendecidos.

—Fascinante… —Enarcó de nuevo la ceja.

—Somos hijos de Olinthar.

Morthus me estudió largo rato con una expresión indescifrable.

—Es una afirmación muy grave.

—Es cierto —interrumpió Xül, que se adelantó por primera vez en todo el encuentro—. La prueba alquímica es innegable. Cuando la enseñé a crear una guarda, se volvió dorada.

Morthus se giró hacia su hijo con una mirada inmisericorde.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Bastante tiempo.

—Y no me dijiste nada.

—Decidir contarlo no dependía de mí; no era mi secreto.

Morthus se volvió otra vez hacia mí.

—Olinthar jamás ha reconocido tener hijos mortales.

—«Reconocido» es la palabra clave —bufé—. Violó a mi madre, y nosotros fuimos el resultado. Siempre hemos sabido quién era nuestro padre; mi padre adoptivo se aseguró de que comprendiésemos la clase de monstruo que nos había engendrado.

Morthus se quedó inmóvil. Un fugaz destello de dolor le cruzó los rasgos; lo noté al ver que arrugaba la frente.

—Tu madre murió en el parto. —No era una pregunta, sino una afirmación enunciada en voz baja y casi amable.

Asentí, demasiado afectada para hablar.

—La podría haber salvado. —Las palabras flotaron en el aire. Cerró los puños y, cuando me clavó los ojos oscuros, solo vi dolor—. Como yo salvé a Osythe.

—Pero Olinthar la dejó morir. —Se me quebró la voz—. Dejó que se desangrara mientras traía a sus hijos al mundo.

—Los mortales merecen algo mejor. —Su voz cargaba con el peso de los siglos, de las almas incontables que habían cruzado su dominio—. Tal crueldad deja en los vivos una marca que resuena en la eternidad. Lo sé muy bien.

Sentí moverse a Xül. Una punzada de dolor me atravesó. Esperaba que Morthus no le diera importancia, que se despreocupara por el destino de otra mortal, como si fuera algo irrelevante. Pero me miró como si le importara de verdad; como si fuera una atrocidad.

Él había pasado por aquella experiencia con Osythe y la había salvado. Porque es lo que se hace cuando se ama a alguien: salvarlo.

Pero nosotros no éramos fruto del amor.

—Dime —siguió Morthus al cabo de unos instantes—. En el segundo Juicio, en Hydrathis… Tu hermano mató a todas aquellas sirenas. En su momento pensé que había sido el instinto de supervivencia y nada más. Pero ahora… —Calló, pensativo—. Protegía su secreto, el linaje que compartís.

Guardé silencio. Morthus lo había visto, por supuesto. Todos lo habían visto.

—Es, sin duda, una verdad muy amarga —murmuró Morthus— que el secreto que os define sea la muerte de vuestra madre y la crueldad de vuestro padre. Que os veáis obligados a ocultar no solo lo que sois, sino la tragedia de vuestra concepción.

Cuando me volvió a mirar a los ojos, vi en los suyos un cierto aire paternal.

—Lo siento por ti, Thais Morvaren. Esa no es manera de vivir.

Me sequé los párpados, que se me habían humedecido.

—Te lo agradezco.

—Entonces —continuó Morthus—, crees que compartir un enemigo nos convierte en aliados. Que tu odio por Olinthar altera de algún modo el cálculo fundamental del riesgo que representa tu hermano.

—¿Y no es así? —dije desafiante—. Temes que Thatcher se convierta en un arma de Olinthar. Pero los dos lo odiamos. ¿En serio crees que mi hermano serviría al dios que nos destrozó la vida?

—Querer y poder son dos cosas muy distintas, niña. —Se detuvo en mitad de un paso y la oscuridad que lo envolvía se agitó—. Tu hermano posee poderes que no se han visto desde que los Primigenios caminaban entre nosotros. Un poder de tal calibre tiene tendencia a… corromper, incluso con las mejores intenciones.

—Temes en qué se pueda convertir —insistí—. Y estás a punto de destruir al que, tal vez, sea el único ser con la fuerza suficiente para plantar cara de verdad a Olinthar. ¿Quieres desperdiciar una ventaja así por miedo a lo que pueda pasar? Déjanos hacer aquello para lo que vinimos. Deja que nos venguemos. Todos saldremos ganando.

Morthus me estudió con sus ojos insondables.

—Hablas de tu hermano y de ti como si los dos fuerais a sobrevivir a lo que se avecina.

Erguí la cabeza.

—Tal vez lo consigamos y tal vez no. Pero, si sobrevivimos, ¿no preferirías que fuera tu aliado, en vez de matar a su hermana y convertirlo en tu enemigo?

Una ligera mueca se le dibujó en los labios.

—Tu hijo me dijo una cosa hace tiempo —seguí, aprovechando la ventaja—. Cuando visitamos las ruinas de los Primigenios.

La mirada de Morthus se hizo más penetrante.

—Mi hijo es incapaz de tener la boca cerrada, me parece a mí.

Xül se cruzó de brazos y se le escapó un pequeño suspiro.

—Me contó cómo se rompió el panteón tras la caída de Vivros. Que algunos de los Doce querían comprender lo que le había pasado, tú entre ellos. —Le sostuve la mirada—. Me dijo que creías que se podía salvar a Vivros.

El señor de la muerte volvió a quedarse inmóvil; pero en esa ocasión transmitía una sensación diferente, más contemplativa que amenazadora.

—Me dijo que de ahí surgieron las primeras facciones —insistí—. Tradicionalistas contra reformistas. Los que querían destruir aquello

que temían frente a los que buscaban comprenderlo.

—¿Adónde quieres ir a parar? —me preguntó Morthus, aunque su tono daba a entender que ya lo sabía.

—Estamos de nuevo en la misma encrucijada. Mi hermano blande el poder de Vivros. La historia se prepara para repetirse. —Di un paso al frente para reducir la distancia que nos separaba—. Por tanto, te pregunto, lord Morthus… ¿Vas a escoger el tradicionalismo ahora? ¿Vas a destruir lo que temes? ¿O eres un reformista, como afirmas?

Morthus se rio con una carcajada corta y seca.

—Eres muy atrevida, Thais Morvaren. Me arrojas a la cara mis propios principios. —Reanudó su deambular por la sala, pero su actitud había cambiado—. Muy bien. Digamos que estoy dispuesto a considerar tu propuesta. ¿Qué garantía tengo de que tu hermano comparta la misma… claridad de propósito que tú?

—Ninguna, excepto mi palabra. Pero lo conozco mejor que a ninguna otra persona. —Me callé, pensativa—. Siempre hemos compartido un vínculo mental. Cuando estamos cerca, podemos oír cada uno los pensamientos del otro. Pero, incluso de lejos, lo percibo, sé lo que siente. Noto su compromiso con nuestro objetivo.

—Qué interesante —musitó Morthus—. Los mellizos divinos suelen compartir una conexión así, pero nunca la había visto manifestarse en mortales… —Dejó la frase en el aire—. Dime, señorita Morvaren…, ¿qué crees que quiere mi resistencia? ¿Qué clase de mundo crees que imaginamos para cuando caiga Olinthar?

La pregunta me pilló por sorpresa.

—Yo… suponía que quieres su trono. Gobernar en su lugar.

—Si voy a remplazar un tirano con otro, ¿por qué se iba a

arriesgar nadie a seguirme? —Parecía casi ofendido—. ¿Esa es la triste imagen que tienes de nuestra causa?

—Explícamelo, por favor.

Adoptó una expresión seria.

—Queremos que terminen los Juicios de Ascensión. Dejar de arrebatar hijos a las familias. Nada de pruebas de mérito arbitrarias que suman pueblos en el llanto por la pérdida de los mejores y más brillantes. —Hizo un gesto expansivo—. Durante milenios, el reino divino ha atesorado la magia, pero el universo siempre encuentra la forma de reequilibrarse. Creo que hay una razón para que nuestro poder se filtre al mundo mortal. Las barreras no deberían ser muros —continuó con renovado ímpetu—. Deberían ser umbrales. La magia debería fluir de modo natural, estar disponible para cualquiera que posea el talento y la voluntad de ejercerla.

La inesperada nobleza de su visión me atrapó. Me incliné hacia delante, interesada.

—El reino mortal está lleno de belleza —explicó Morthus con dulzura—. Pero también de conflictos innecesarios, pobreza, enfermedad… Sufrimientos que se prolongan no porque no existan soluciones para ellos, sino porque nosotros rehusamos ponerlas en práctica. Tenemos el poder colectivo de cambiarlo todo, de guiar en vez de gobernar. De elevar, no dominar. —Tenía fuego en la mirada —. Ese es el mundo por el que luchamos. Por eso Olinthar debe caer. Él representa las viejas costumbres: el poder mediante el miedo, el control a través de la separación.

—En ese caso, está claro que queremos lo mismo —señalé—. Así que ¿por qué destruir uno de tus mayores activos potenciales?

—Porque la pasión sin lealtad no es más que otra forma de caos

—respondió Morthus—. Porque…

—O quizá —interrumpió una nueva voz, suave como la seda y con un deje de diversión— deberíamos probar un enfoque distinto.

Las puertas se habían abierto en silencio y Osythe estaba en el umbral. Su presencia suavizó de inmediato las duras líneas de la sala. Cuando avanzó me di cuenta de que incluso la oscuridad parecía echarse a un lado para dejarla pasar.

—Perdonad mi intromisión —dijo, aunque su tono indicaba que no lo sentía en absoluto—, pero no he podido evitar oír vuestra conversación. De noche, los sonidos se transmiten muy lejos en el palacio.

Con ella presente, la cara de Morthus se transformó y la tensión desapareció.

—Osythe…

—Amor mío… —Se le acercó y le tocó el brazo con un gesto fugaz, sencillo, que situó al señor de la muerte en un papel que trascendía su título. Luego se volvió hacia mí—. Piensas a muy corto plazo, querida.

—Quiero que muera Olinthar —afirmé tajante.

—Quieres que muera enseguida —me corrigió Osythe—. Nosotros queremos eliminarlo para siempre. No son objetivos mutuamente excluyentes, pero requieren unos plazos distintos de los que tú imaginas.

Se puso a dar lentas vueltas a mi alrededor y, por un instante, me pregunté si ella no sería el poder en la sombra.

—¿Y si, en vez de actuar con precipitación tras los Juicios, tu hermano y tú os unierais a nosotros como es debido y pasarais a formar parte de la estrategia a largo plazo?

—¿Quieres que esperemos? —La idea chocaba con mis instintos, que me exigían una venganza inmediata.

—Quiero que seáis inteligentes. —Osythe se detuvo frente a mí —. Piensa en todo lo que podría averiguar Thatcher. La información que podría reunir. Olinthar tratará de ganárselo, de convertirlo en el arma que necesita.

La idea, fría y clara, se abrió paso en mi mente.

—Quieres que Thatcher le haga creer que se ha salido con la suya.

—Tendríamos una visión desde dentro —siguió Osythe, cuyas palabras pintaban un amplio cuadro de posibilidades—. Alguien que pueda descubrir sus puntos débiles, desvelar sus alianzas, identificar sus flaquezas. Alguien que, en el momento perfecto, ya estaría muy cerca.

—Eso es lo que hace ahora mismo.

—Pues que siga haciéndolo. Puede que desempeñe un papel clave en la caída de Olinthar. —Sonrió con amabilidad—. Tu venganza será un plato frío, pero la espera lo hará aún más satisfactorio.

Sopesé lo que me proponía. Hasta entonces, Thatcher y yo nos habíamos apresurado a buscar la venganza, convencidos de que no sobreviviríamos a ella. La muerte siempre había sido el final de nuestro camino, el precio que aceptamos pagar cuando hicimos nuestro pacto. En nuestros planes nunca había habido un «después». Solo la misión. La venganza.

Pero Osythe ofrecía… algo distinto, que jamás se me habría ocurrido imaginar. Un modo de destruir a Olinthar y aun así sobrevivir.

Tener un «después».

—Me pides que ponga toda la resistencia en manos de dos mellizos desconocidos. —La voz de Morthus interrumpió el momento —. Si nos traicionan, o si los descubren, todo lo que hemos construido durante siglos saltará en pedazos.

—¿Y desde cuándo los grandes cambios se producen sin asumir grandes riesgos? —replicó Osythe—. Además, mírala, Morthus. Siempre se te ha dado bien juzgar el carácter de la gente. ¿Ves en ella alguna señal de traición o, por el contrario, ves a alguien que quemaría el mundo entero por su familia?

El señor de la muerte me estudió durante un rato; sentí sobre mí el peso de un discernimiento tan antiguo que, a su lado, mis años de vida resultaban insignificantes. Al cabo, habló.

—Si tu hermano quiere demostrar su fidelidad a nuestra causa, después de su ascenso no solicitará unirse a mi dominio. Se comprometerá con Sundralis. Morará en la Ciudad Dorada. —Las palabras de Morthus cayeron como una losa, pesada e inapelable—. Se arrodillará frente a Olinthar y le jurará fidelidad.

—¿Quieres que…? —No pude acabar; me asfixiaba solo de pensarlo.

—Quiero que su tapadera sea creíble. Olinthar esperará que él escoja el poder, y eso es lo que representa Sundralis. Y así Thatcher estará justo donde lo necesitamos. Será alguien en quien confíen. Lo vigilarán, sí, pero estará en el mismísimo corazón del poder de Olinthar.

—Eso es… —No supe qué decir.

—Necesario —completó Morthus—. Hablaré con Vorinar y me aseguraré de que esté a salvo en el último Juicio. Te doy mi palabra.

Pero necesitaré una confirmación por su parte. Un juramento de sangre a nuestra causa.

—¿Un juramento de sangre? —me sorprendí.

—No es negociable —murmuró Morthus—. Tiene que unirse a nosotros antes de la ascensión, antes de que posea el control completo de su poder, o le retiraré la protección.

—Le pides que apueste la vida a tu causa cuando ni siquiera te conoce —protesté.

—Le ofrezco la vida en vez de la muerte —respondió Morthus—. Y la oportunidad de tomar parte en la caída de Olinthar. Yo diría que las condiciones son más que justas.

—Lo convenceré de que se una a nosotros —acepté por fin.

—Pareces muy segura de ello —observó Morthus.

—Conozco a mi hermano. Cuando comprenda lo que nos jugamos, lo que le ofreces, estará de acuerdo. Si eres sincero al decir que quieres cambiar las cosas, no se me ocurre nada que él pueda desear más. Es lo que siempre hemos querido.

—En ese caso, trato hecho. —Morthus regresó a su trono—. Tu hermano estará bajo mi protección en el último Juicio. Nuestras fuerzas no le harán ningún daño. —Morthus guardó silencio un instante y ladeó la cabeza—. Una última cosa: cuando llegue el momento, seré yo quien acabe con la vida de Olinthar.

Aquellas palabras me privaron del último asidero que me quedaba. La mirada que cruzamos Thatcher y yo en la Elección, la silenciosa promesa de que encontraríamos un modo de hacer pagar sus fechorías a Olinthar eran lo único que me había mantenido cuerda entre toda aquella locura. La certeza a la que me aferraba cuando todo lo demás parecía fuera de control. Y ahora la

negociación me había arrebatado incluso eso. Quería gritar. Quería decirle a Morthus que no tenía derecho a despojarnos de nuestra venganza. Pero la vida de Thatcher dependía de ello.

—Lo comprendo —acepté por fin.

Osythe se me acercó y me tocó el hombro con la mano; fue poco más que un roce fugaz.

—Al venir aquí esta noche has demostrado una valentía fuera de lo común. Eso te ha brindado esta oportunidad. No la desperdicies.

—Puedes irte, niña —añadió Morthus. Se acomodó en el trono—. Pero recuerda: ahora eres portadora de secretos que no puedes olvidar. Tu vida depende de tu silencio. La vida de ambos.

Asentí. Una parte de mí se preguntaba por qué no me había exigido un pacto de sangre. Estaba claro que, a diferencia de Thatcher, yo no representaba una amenaza a sus ojos.

Mientras Xül me acompañaba a la puerta, la voz de Morthus nos siguió.

—Ah, por cierto, señorita Morvaren…, la próxima vez que me quieras citar las palabras de mi hijo, asegúrate de que comprendes el contexto. A fin de cuentas, Vivros no se salvó. Acabó por perecer.

Con ese alegre recordatorio, la puerta se cerró, y Xül y yo nos quedamos solos en el pasillo. Eché a andar sin mirarlo. No me sentía capaz.

—Thais…

Seguí caminando.

Un borrón de movimiento y, de pronto, lo tenía delante; me cortaba el paso, con una mano apoyada en la pared.

—No te vayas ahora sin hablarme.

—Apártate.

—No. —Apoyó la mano libre en la otra pared para atraparme—. No, a menos que me mires.

—Te he dicho que te apartes. —Traté de agacharme y pasar por debajo del brazo, pero lo movió para seguir bloqueando el pasillo.

—Sé que estás enfadada…

—¿Enfadada? —Por fin lo miré, y no sé qué vio en mis ojos, pero hizo que los suyos emitieran un destello letal—. ¿Crees que estoy enfadada?

—¿Qué, si no?

—Estoy… —Se me quebró la voz. De pronto me sentía abrumada por todo lo que había pasado. La negociación. Descubrir lo de Thatcher. Lo que teníamos que hacer a continuación. Lo que iba a pedirle a mi hermano—. No puedo respirar, Xül.

Le cambió la cara.

—Thais…

—No. —Apoyé la espalda en la pared. Necesitaba abrir un espacio entre nosotros, pero no lo había—. No puedes seguir así. No puedes mirarme como si te importase…

—Me importas —dijo con voz ronca y desesperada—. Ese es el puto problema.

—Basta.

—No podía decírtelo. —Las manos que tocaban las paredes se cerraron en puños—. ¿No lo entiendes? Formo parte de esa resistencia. Todo esto me supera con creces.

—Así que ibas a dejar que ocurriera, que me enterase cuando su cuerpo… —No pude terminar.

—Estaba buscando alternativas. —Acercó la frente a la mía, pero

no llegó a tocarme—. Llevo semanas luchando por encontrarlas.

Todo aquello era excesivo, una carga insoportable. Sentí su cuerpo junto al mío, noté que su respiración se había vuelto irregular. Nos adentrábamos en terreno peligroso.

—¿Tan mal concepto tienes de mí? —me preguntó—. ¿Crees que me habría quedado al margen y les habría dejado ejecutar a tu hermano?

—Sabías lo que planeaban…

—Iba a impedirlo. —La oscuridad se le asomó a los ojos—. Aunque eso representara enfrentarme a él. Aunque significara… —Se calló, con los dientes apretados.

—Deberías habérmelo dicho.

—Puede ser. Pero ya me conoces. —No gritaba, pero sí hablaba con tono cortante—. O creía que me conocías. Igual que yo creía conocerte.

Me quedé helada.

—¿Y qué significa eso?

—Si no recuerdo mal, tú tenías tus propios planes en todo esto, estrellita. Dime: ¿algo de todo lo que ha pasado ha sido real? ¿O es solo que te resultaba útil? ¿El príncipe de la muerte, tan tonto que te ha dado acceso a su conocimiento, a su poder, a su dominio?

—¿Eso es lo que crees? —La cólera me ardió bajo la piel.

—¿No era así? Todas esas preguntas sobre la política divina, sobre los Primigenios, cada vez que me has dejado acercarme a ti… ¿Eras sincera? ¿O solo era el camino más corto hacia tu objetivo?

Abrí la boca para protestar, pero no me salieron las palabras.

La acusación me había dejado una profunda huella. Porque tenía razón. Al principio era justo como él decía: un medio para alcanzar

un fin. Un peldaño en mi ruta hacia la venganza. Para mí no era más que un poderoso tutor al que podía manipular para extraerle información.

Pero, en algún punto de ese camino, las cosas habían cambiado por completo.

No sabría decir en qué momento había sucedido. ¿Fue cuando me apoyó durante los entrenamientos y me empujó a esforzarme más? ¿O cuando reconoció que, para él, lo que había entre nosotros no podía ser solo físico? Tal vez fuera aquella noche, en el agua, cuando todo cambió, con aquel beso; cuando vi, tras la máscara cuidadosa que lo ocultaba, al hombre que se había pasado toda la vida creyendo que las personas como él no estaban destinadas al amor.

Que los dioses me asistieran. Me había enamorado de él. De la única persona a la que no me podía permitir amar.

Y me dolía. El corazón me iba a estallar en pedazos. Porque, de pronto, ahí estábamos los dos, y casi no podía ni mirarlo a la cara.

—Te acostaste conmigo mientras planeabas morir. Dejaste que me enamorase de ti sabiendo que me ibas a dejar. Yo tengo secretos porque he jurado guardarlos. Los tuyos te han servido para manipularme.

La acusación me dolió y me dejó sin aliento.

—¿Quieres que hablemos de manipular a la gente? ¿Qué hay de Nyvora? ¿Y de ese matrimonio que te espera en cuanto terminen los Juicios? —Empezaba a perder el control de mi voz.

Sabía que estaba siendo hipócrita. Le había prometido una noche en la que podríamos olvidarnos de todo lo demás. Pero aquella noche se me había metido bajo la piel. Había echado raíces

cada vez que veía un destello de vulnerabilidad cuando estaba con su familia, las grietas que aparecían cuando se esforzaba por ser quien lo habían educado para ser y no quien era en realidad.

—Ya basta, Thais.

—Aunque no lo desees, vas a seguir adelante. Y lo entiendo. Al menos en ese asunto has sido sincero desde el principio. Pero eso no cambia el hecho de que es la realidad con la que convivimos. —Le sostuve la mirada con esfuerzo—. Los dos sabemos cómo va a terminar todo esto: tú te casarás con ella para asegurarte la lealtad de Davina. Y nosotros fingiremos que lo que quede entre nosotros es suficiente, hasta que termine por destruirnos a los dos. No puede ser nada duradero.

—Y entonces ¿cuál es tu solución? ¿Morir antes de que podamos averiguarlo? —Las palabras sonaron roncas, ásperas.

—Mi solución era la venganza. Siempre fue la venganza. —Me flaqueó la voz bajo el peso de la verdad—. Pero tú complicaste las cosas.

—¿Yo? —Se me acercó más—. Fuiste tú quien entró en mi dominio, me retó a cada paso, me hizo sentir… —Se calló y apretó los dientes.

—Vamos, guardián, ahora no te cortes —exigí.

—Todo. —Fue como si le arrancara la palabra—. Me lo hiciste sentir todo. Que tenía un propósito. Yo no me abro a nadie, Thais. Ya lo sabes. Y así, como lo he hecho contigo, jamás. Y de pronto descubro que tu plan siempre había sido morir.

—Como si el tuyo fuera distinto. Como si esto no fuese un pasatiempo para ti también. —Le empujé el pecho con las manos.

—Tú nunca has sido un pasatiempo para mí. —Su voz se redujo

a un susurro—. Ese es el problema.

—No. —Negué con la cabeza—. No digas cosas que no pueden ser ciertas.

—¿Por qué no pueden? ¿Porque te resulta más fácil creer que los dos mentimos? —Me cubrió las manos con las suyas—. En cierto sentido, te guardo rencor. Por haber conseguido que te necesite. Por estar dispuesta a morir sin pensar ni un momento en cómo me afectaría a mí. Te guardo rencor porque ni siquiera ahora, que estoy al tanto de todo, puedo dejar de desearte.

Ese era el problema.

Nunca había sentido una mezcla igual de rabia y anhelo, de irritación y deseo. Nunca había querido, a la vez, darle a alguien un tortazo y atraerlo hacia mí. Era enloquecedor.

—Lo odio. Odio que tengas tanto poder sobre mí. Porque aún…

—Aún, ¿qué?

—¿No es evidente, Xül? Porque aún te deseo, joder. A pesar de todo, te deseo.

—Necesito que me perdones, Thais. —Se pasó la mano por la cara—. La prueba de mañana se cierne sobre nosotros, tanto si queremos como si no, y no puedo permitirme que llegue creyendo que me odias.

—Ahora mismo no puedo perdonarte —confesé con pesar—. Nos hemos hecho demasiado daño el uno al otro.

—No hablas en serio. —Xül me miró como si le hubiera dado un bofetón—. Esto…, lo que hay entre nosotros…, podemos arreglarlo.

—No sabría ni por dónde empezar.

—Todo lo que nos separa… Todo es culpa de la puta resistencia. Los secretos, las mentiras, las obligaciones. —Sacudió la cabeza—.

Nunca he escogido por mí mismo. Pero ¿y si lo hiciera? ¿Y si, por una vez, lo hiciera?

Me lo quedé mirando, con el corazón a punto de salírseme del pecho. No podía hablar en serio.

—Vamos a volver a la Aguja de Hueso —pedí por fin. Tenía que dar por terminada la conversación—. Necesito…

—¿Huir? —Retrocedió para dejarme espacio, pero su vista seguía clavada en la mía—. Cómo no, Thais.

Las palabras me dolieron porque eran ciertas.

CAPÍTULO 58
EL TAPIZ DE LOS DESTINOS

Desde el momento en que llegamos a la antecámara me pareció que algo estaba fuera de lugar. Por fin había empezado el último Juicio.

La niebla se arremolinaba a nuestros pies, formando dibujos que hacían que me llorasen los ojos si me los quedaba mirando. En las paredes había espejos. Ya estábamos en el cuarto Juicio.

—Este sitio da grima —murmuró Marx, y se me acercó un poco.

Asentí, incapaz de sacudirme la sensación de que estábamos al borde de algo enorme y voraz. Los otros competidores se habían dispersado por toda la sala. Solo quedábamos siete.

Localicé a Thatcher en cuanto se materializó al otro lado de la estancia, y caminé hacia él sin vacilar. Era imprescindible que hablásemos cuanto antes. Crucé la sala a zancadas y nos reunimos a mitad de camino.

«Tenemos que hablar —le transmití por nuestro vínculo en cuanto estuvimos lo bastante cerca—. Ahora mismo».

«¿Qué pasa?», me respondió de inmediato su voz mental,

empañada por la preocupación.

«Todo. —Miré a mi alrededor y me encaminé con mi hermano hacia una esquina en la que los espejos fracturados creaban un caos visual. A ojos de cualquiera que nos mirase, éramos dos hermanos que se daban ánimos mutuamente antes del Juicio—. Hay muchas cosas que no sabes».

«Thais…».

«Tú escúchame». Dejé que todo fluyera entre nosotros, en una vorágine de imágenes y emociones. Kavik en el bosque, con las manos alrededor de mi cuello. La resistencia contra Olinthar. La participación de Xül.

Sentí tambalearse la mente de Thatcher. Su mano encontró la mía, y apretó con fuerza mientras procesaba la avalancha de información.

«¿Kavik intentó matarte y no me lo dijiste?». Su voz mental transmitía una calma letal.

«Ya está muerto. Y tampoco es como si la última vez que nos vimos tuviéramos mucho tiempo para hablar. —Lo miré a los ojos—. Pero hay algo más, una amenaza diferente. La resistencia opina que cada vez estás más cerca de Olinthar».

«He pasado mucho tiempo en Sundralis. Más de lo que me gustaría. Y Olinthar me propuso que eligiera su dominio tras el Forjado».

«Morthus tiene espías en Sundralis. Están convencidos de que te estás dejando engatusar por Olinthar, de que te unirás a él y te convertirás en una especie de arma en sus manos».

«Pero los dos sabemos que eso no va a pasar».

«¿Mataste a un umbrío?».

Thatcher bajó la vista, y se me encogió el corazón.

«No tuve más remedio. Olinthar lo estaba torturando, y yo no podía quedarme cruzado de brazos. —Su mirada se suavizó—. Pero ¿colaborar con él? ¿Ayudarlo de alguna forma? Es la mayor estupidez que he oído en mi vida».

«Ya, y eso fue lo que les dije».

«¿Qué más les dijiste?».

«Lo que tenía que decirles, Thatcher. —Me crucé de brazos—. Se lo conté todo».

«¿Por qué corriste ese riesgo?».

«Porque pretendían que murieses hoy. En este Juicio». Le apreté la mano.

Thatcher abrió mucho los ojos.

«¿Porque creen que soy un seguidor devoto de Olinthar?».

«En resumidas cuentas».

Sus dedos se cerraron alrededor de los míos.

«Quieren que les jures la lealtad con tu sangre —continué—. Y después de que asciendas…». Le mostré el resto: la necesidad de jurar lealtad a Sundralis, de hincar la rodilla ante Olinthar, de seguir actuando como espía en el centro del poder enemigo.

Nuestras mentes guardaron silencio un largo rato. A nuestro alrededor, la niebla se hacía más densa. Podía percibir la inquietud de los otros competidores. Se agotaba el tiempo.

«Los dos teníamos asumido que este pacto acabaría con nuestra muerte —sentenció tras asimilarlo por completo—. Pero ¿ahora me estás diciendo que podría haber otro final?».

Sentí un nudo la garganta, el peso de todo lo que Thatcher había sacrificado. Por los dioses, cuando se manifestaron mis poderes, mi

hermano lo perdió todo; su oportunidad de llevar una vida normal se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos. Su futuro, sus sueños. ¿Y para qué? Para quedar encadenado a mí. Para transformarse en lo que yo necesitara. Un arma, un escudo, un confidente. Todo sin quejarse ni una vez.

Si alguien se merecía librarse de aquella pesadilla era él. Thatcher nunca había buscado nada de aquello. Debería tener la oportunidad de construir algo real, una vida en la que no se limitara a sobrevivir, en la que pudiera respirar tranquilo sin esperar a la siguiente catástrofe. Una vida que fuera suya.

«Sí —insistí—. Se nos presenta la oportunidad de salir con vida, de tener un futuro».

«En el que yo finja estar al servicio del dios que destruyó todo lo que amábamos».

«Lo sé». Le apreté la mano con más fuerza.

Thatcher lo meditó un momento.

«Su miedo no es infundado —dijo al fin—. Salta a la vista que Olinthar intentaba ganarse mi confianza por algún motivo. Aún no sabía para qué, pero esto tiene sentido».

Otra larga pausa.

«¿De verdad iban a matarme?». Su pregunta llegó acompañada de un destello de la vulnerabilidad que solía ocultar.

«Sí. Morthus no dijo cómo; solo que lo tenían planeado para este Juicio». Le transmití todos mis sentimientos: el terror ante la idea de perderlo, la desesperación por tenerlo a salvo, el alivio por haber encontrado otra solución.

«¿Quieren que haga un juramento de sangre por su causa?».

«Sí».

«¿Y que guarde lealtad a dioses que ni siquiera conozco, que podrían no ser mejores que Olinthar? —Su voz mental se endureció —. No quiero cambiar un amo por otro».

«Pues no lo hagas —me apresuré a contestar—. Jura que estás en contra de Olinthar, que nunca te pondrás a su servicio de verdad. Que, cuando llegue el momento, ayudarás a derrocarlo. Eso es todo».

Mientras se lo pensaba, noté como su mente analizaba las implicaciones.

«¿Y lo aceptarán?».

«Tenerte en Sundralis es más importante para ellos que tu lealtad absoluta. —Esperaba estar en lo cierto—. Además, tu odio hacia Olinthar es real, y eso es lo que importa».

«¿Y después? ¿Cuando haya caído?».

«Más vale que no seas un puto mentiroso, Morthus», pensé para mí antes de responder.

«Quieren abolir los Juicios, Thatcher. Se acabaron los sacerdotes que capturan a inocentes. Se acabaron las masacres destinadas a entretener a los dioses. Morthus quiere ayudar a Elaren».

Noté que crecía su interés.

«Entonces ¿él acabará ocupando el trono?».

«Sí. Pero piénsalo. Ya no es solo nuestra venganza. Es casi todo lo que queríamos, lo que nos habría gustado conseguir con su muerte, aunque no sabíamos cómo hacerlo realidad».

«El fin de la tiranía», murmuró.

«El fin de la tiranía», confirmé.

«Aceptaré su juramento de sangre —dijo tras considerarlo con detenimiento—, pero solo para confirmar lo que ya sabemos: que

estoy en contra de Olinthar y que nunca le serviré de verdad. Y que, cuando surja la oportunidad, colaboraré en su destrucción. Pero no estoy dispuesto a arrodillarme ante nadie más para lograrlo», añadió con fiereza.

«Basta con eso —le aseguré, y el alivio inundó nuestro vínculo—. Es todo lo que necesitamos. ¿Juntos?».

«Juntos —confirmó—. Hasta el final, sea el que sea».

Un fuerte estruendo nos separó. De pronto, la niebla de la cámara se contrajo y retrocedió. Los espejos fracturados empezaron a mostrar la misma imagen, una figura que se materializaba en el centro de la estancia.

El primero en aparecer fue Vorinar. Aunque era el padre de Heron, más bien parecía su hijo. Se cubría el cuerpo con túnicas de un negro absoluto, decoradas con constelaciones que se movían cada vez que respiraba. Cuando habló, su voz transportaba el peso de los eones.

—El tiempo es un río —dijo, y sus palabras arrancaron extraños ecos al espacio—. El destino es el camino que va labrando en la piedra. Algunos nadan con la corriente; otros se ahogan.

Antes de que nadie pudiera desentrañar sus enigmáticas palabras, el aire estalló a su lado en un torbellino de colores y se materializó Aella…, si es que «materializarse» era el término adecuado para describir la forma en que la realidad pareció hipar y producirla. Mientras que Vorinar era orden y pautas, ella era una hermosa encarnación del caos.

Cambiaba de aspecto a cada instante. Al principio era una joven con un pelo que recordaba el arcoíris; luego, una anciana surcada de arrugas. Rio, y el sonido resonó por toda la estancia.

—Hay que ver qué caras ponéis —dijo girando para mirarnos mientras su forma titilaba—. Tan serios, tan preocupados… ¿Es que no sabéis que el mejor destino es siempre el que no se ve venir?

Hizo un gesto despreocupado y pequeñas distorsiones se propagaron por el aire; los colores se invirtieron, y el tiempo se entrecortó y se repitió.

—Os damos la bienvenida —entonó Vorinar— al Tapiz de los Destinos.

De pronto, la niebla que nos rodeaba se solidificó en un portal… No, en siete portales, uno por competidor. Flotaban en el aire como desgarrones en la realidad y dejaban entrever un espacio imposible al otro lado.

—Vuestro destino os aguarda en la Biblioteca de Todas las Cosas —prosiguió Vorinar—. Cada vida que ha sido, es o será se encuentra escrita en sus estanterías. Cada hilo que conecta un alma con otras está tejido en el gran Tapiz.

Aella soltó una risita, un sonido agudo e inquietante.

—Por otro lado, ¿qué gracia tiene un hilo recto? He añadido ciertas… mejoras. Sorpresitas para que las cosas sigan siendo interesantes.

—Vuestra tarea es sencilla —dijo Vorinar, ignorando la interrupción de la otra aesymar—. Cada cual debe dar con su propio hilo dentro del Tapiz y seguirlo hasta su marca del destino. Volved antes de que cierre la Biblioteca, al amanecer. Pero puede que os encontréis nudos, y para completar este Juicio tendréis que desenmarañarlos.

—¡Sencillo! —exclamó Aella—. ¡De una sencillez maravillosa! Ni que decir tiene que las consecuencias de tocar el hilo incorrecto

pueden ser nefastas. —Su sonrisa se amplió de forma imposible—. Aunque ¿qué es la vida sin un poco de riesgo?

—El santuario interior está vedado —añadió Vorinar—. El Telar del Destino no es para los ojos de los mortales. Aquellos que lo invadan…

No le hizo falta terminar.

—Una cosa más —dijo Aella, y en su mano surgieron lo que parecían semillas cristalinas. Las lanzó hacia los portales, donde desaparecieron con pequeños estallidos—. He esparcido regalitos por ahí. Los denomino «simientes de caos». Hacen las cosas mucho más… flexibles.

Los portales pulsaban, tirando de nosotros con una fuerza invisible.

—Entrad —ordenó Vorinar—. Que el destino guíe vuestros pasos.

Tuve el tiempo justo para cruzar una mirada con Thatcher antes de que el portal me absorbiera.

La transición fue como dilatarse a lo largo del tiempo. Después, la realidad volvió de golpe y caí dando tumbos hacia delante, en dirección a la Biblioteca de Todas las Cosas.

Y yo que creía que la biblioteca de la Aguja de Hueso era gigantesca.

Las estanterías alcanzaban alturas imposibles, hasta perderse en la brumosa distancia. Estaban llenas de libros de todos los tipos y tamaños, algunos encuadernados en cuero y otros en materiales que no supe identificar. El aire vibraba con los susurros de miles de millones de vidas; cada libro murmuraba su historia en una brisa infinita.

Me encontraba en una plataforma de espejos que no reflejaban

mi imagen, sino fragmentos de mi pasado. Allí estaba a los cinco años, llorando por un juguete roto; a los quince, besando a un chico por primera vez; a los diecisiete, cuando un grupo de delfines nos encontró a Thatcher y a mí en las aguas de Cresta Salada.

«¿Thatcher?», transmití a través de nuestro vínculo, y sentí alivio al percibir su respuesta.

«Estoy aquí. En otra sección, creo. Este sitio…». Su voz mental se interrumpió, abrumada.

«Hay que buscar el centro», le dije.

Me puse a caminar en una dirección aleatoria. Los libros me llamaban al pasar junto a ellos, y sus susurros se hacían más fuertes cuando me acercaba.

—¿Te gustaría saber cómo vas a morir? —me ofreció uno con una voz que me raspaba la mente.

—El secreto que nunca te contó tu madre —prometió otro.

—El nombre de tu primer hijo —propuso un tercero.

Me esforcé por no hacerles caso, aunque la curiosidad socavaba mi determinación. Eran trampas, distracciones. Tenía que encontrar el Tapiz.

El camino giraba una y otra vez; aparecían escaleras donde antes no las había; los pasillos cambiaban de forma cuando no miraba. Allí el tiempo parecía fluir; no sabía si llevaba minutos u horas andando.

Entonces oí un grito.

Se impuso sobre los susurros, agudo y espeluznante. Corrí hacia él, y mis pasos resonaron de forma extraña en el amplio espacio.

Encontré su origen tres pasillos más allá: un competidor al que conocía de vista se retorcía en el suelo, envejeciendo a toda

velocidad. Su cabello castaño encaneció hasta llegar al blanco, y la piel se arrugó y se descolgó mientras las décadas transcurrían en fracciones de segundo.

Un pequeño objeto cristalino salió rodando de su cuerpo convulsionado: una simiente de caos que crepitaba de energía disruptiva.

Me apreté contra la pared mientras el envejecimiento seguía su curso. En unos instantes, el competidor se convirtió en polvo y sus gritos cesaron de golpe. A nuestro alrededor, los libros absorbieron sus restos y surgieron susurros con su voz, añadiendo otra historia al coro interminable.

Temblorosa, rodeé la simiente de caos a la mayor distancia posible. «Thatcher —le transmití a través del vínculo—, si ves un cristal brillante, no lo toques. Puede convertirte en polvo en cuestión de segundos».

«¿Qué? —Su respuesta me llegó al instante—. ¿Crees que tengo por costumbre recoger objetos desconocidos en los laberintos letales?».

Sonreí a medias pese a todo.

«Mayores estupideces has hecho en situaciones menos peligrosas».

«Cierto». En su voz mental había una diversión desganada que me resultó dolorosamente familiar.

No habíamos hecho más que empezar y ya había caído un competidor.

El camino desembocaba en una amplia estancia circular.

Ante mis ojos colgaba el Tapiz del Destino. Millones y millones de hilos entretejidos en el aire, de formas que parecían aleatorias hasta

que se miraban de cerca y se apreciaba su espantosa belleza. Cada hilo brillaba con luz propia. Allí donde se tocaban saltaban chispas, creando momentos de conexión que propagaban ondas hacia fuera.

Otros competidores habían llegado también. Marx estaba cerca del borde, pálida, buscando su hilo en la madeja. Otro competidor ya alcanzaba el que debía de ser el suyo, con movimientos cuidadosos y precisos.

Me obligué a concentrarme para buscar mi hilo. ¿Cómo iba a reconocerlo entre todos aquellos?

Entonces lo vi.

Brillaba con luz estelar, cargado con un eco de mi poder interior. Trazaba en el Tapiz una compleja trayectoria; se cruzaba con muchísimos otros, pero mantenía su luminiscencia inconfundible. Mi destino, visible y tangible.

Pero entrelazado con él, tan enredados que casi parecían uno solo, había otro hilo. Palpitaba con una energía distinta, orgánica, primitiva, que hablaba del crecimiento, la decadencia y las fuerzas fundamentales de la mismísima vida. Estaba hilado con los colores de la sangre y los huesos.

El de Thatcher.

Nuestros destinos estaban unidos literalmente, enredados en violentos nudos. Pero no fue aquello lo que me impresionó, sino la longitud. El hilo de Thatcher no parecía tener fin.

El hilo que Heron había visto cortado se perdía ahora en la distancia. Me flaquearon las piernas de alivio. Nuestro trato con Morthus había funcionado. Thatcher viviría. Alargué una mano temblorosa, buscando forma de separar nuestros hilos.

—Complicado, ¿eh?

Di media vuelta y vi a Vance a mi espalda, con la vista fija en nuestros hilos enredados.

—El tuyo y el de tu hermano. Menudo revoltijo.

—Atrás —dije en tono de advertencia.

—Tranquila, Morvaren. —Levantó las manos para fingir rendición —. No busco pelea; solo quiero mirar. —Su sonrisa se amplió—. Aunque me pregunto… ¿qué pasaría si no fuera posible separar esos hilos? ¿Podrías completar el Juicio sin tu marca? ¿Y él?

Se alejó antes de que yo pudiera responder, pero sus palabras se me habían clavado. Volví a centrarme en nuestros hilos para examinar los nudos con más detenimiento. Tenía que existir una forma de separarlos sin desencadenar las consecuencias de tocar un destino ajeno.

Los observé desde varios ángulos en busca de algún cabo suelto. Pero cada tramo conducía a otro nudo, a otra voluta retorcida. Mi frustración crecía con cada intento fallido.

Entonces lo vi. Seguí los hilos por toda la sala hasta que encontré el punto en que se separaban. Pero aquello me heló la sangre. El hilo de Thatcher se apartaba bruscamente del mío, y a continuación se oscurecía hasta adquirir un inquietante tono negro. Aunque no supiera qué significaba aquello, no me gustó.

«¿Thais? —La voz mental de Thatcher irrumpió en mi pensamiento, tensa y apremiante—. He encontrado nuestros hilos. Están…».

«Yo también. Tengo delante un sitio en el que se separan».

Miré a mi alrededor y lo divisé al otro lado de la cámara. Nuestras miradas se cruzaron a través de la distancia.

«¿Se te ocurre algo?», le pregunté.

«Estoy en ello».

Devolví la atención a la maraña, más frustrada con cada segundo que pasaba. Alrededor de nosotros, los demás competidores seguían sus hilos hacia las profundidades del Tapiz, en busca de sus marcas. Pero Thatcher y yo estábamos atascados, incapaces siquiera de empezar.

Entonces capté una complicación adicional.

Un tercer hilo se había entretejido con los nuestros. Tenía el color de las nubes de tormenta. Gris y extraño, se entrelazaba con los nuestros de una forma incomprensible. No pertenecía a otro competidor; esos podía distinguirlos con bastante claridad, cada uno con su energía y su trayectoria.

Aquello era otra cosa.

El hilo gris parecía palpitar, y sentí un tirón en el fondo del pecho, una llamada que esquivaba el pensamiento y llegaba directa al instinto. Alargué la mano antes de haber decidido moverme.

«¿Thais? —Sentí la preocupación de Thatcher—. ¿Qué haces?».

«Hay otro hilo. Enredado con los nuestros. —Le enseñé lo que veía—. Pero no es… No es de nadie que esté aquí».

«No lo toques», me advirtió.

El hilo gris tormenta discurría entre los demás, sin llegar a rozarlos en ningún momento, excepto donde se unía a los nuestros. Seguí su recorrido a lo largo del Tapiz.

Estaba tan concentrada que no supe adónde llevaba hasta que me encontré ante una barrera de puro poder.

El santuario interior.

El hilo traspasaba la barrera y se perdía en lo que fuese que había más allá. Nuestra única esperanza de desenredar nuestros

hilos desembocaba en territorio prohibido.

Ni hablar. Me obligué a dar media vuelta. Fuera lo que fuese aquel hilo, fueran cuales fuesen las respuestas que entrañaba, no merecía la pena morir por ellas. Tenía que dar con otra forma.

—¿Ibas a algún sitio?

Al girar vi a Vance a mi espalda. Sonreía, pero su expresión no tenía nada de amistoso.

—¿Me estabas siguiendo? —pregunté, y di un paso atrás—. Pues me temo que esta zona está restringida. Y déjame en paz de una vez, coño.

—Tienes razón. No podemos pasar. —Su sonrisa se amplió—. Pero tú sí.

Me empujó con fuerza, tan rápido que no tuve tiempo de reaccionar.

—Por haber estado a punto de matarme en Memorica.

Caí hacia atrás, agitando los brazos en un intento de recuperar el equilibrio.

Tenía la barrera justo detrás…

Y entonces la crucé.

Lo último que vi antes de que la barrera se convirtiera en piedra fue la sonrisa satisfecha del competidor.

Estaba atrapada en el único lugar al que teníamos vedado el acceso.

CAPÍTULO 59
CUANDO EL DESTINO SE DESENMARAÑA

Me puse en pie a toda prisa y giré hacia la puerta, pero había desaparecido, sustituida por una pared de piedra lisa.

«¡Thais! —La voz mental de Thatcher estaba teñida de pánico—. ¿Qué ha pasado?».

«Estoy en el santuario —respondí intentando evitar que mi miedo traspasara nuestra conexión—. Vance me ha empujado dentro, y la puerta ha desaparecido».

«Aguanta. Voy a encontrar la forma…».

«¡No! —Lo último que necesitaba era que se matase tratando de rescatarme—. Céntrate en los hilos, a ver si averiguas cómo separarlos. Ya me encargo yo de esto».

Capté la reticencia de Thatcher, pero también que sabía que yo tenía razón.

«Ten cuidado».

El hilo gris se extendía más allá.

Di una vuelta completa para examinar mi prisión. El santuario era circular, con el techo en cúpula, más pequeño de lo que

esperaba. Pero las paredes irradiaban poder. Los símbolos fluían por ellas, se reconfiguraban ante mis ojos, formando palabras en idiomas desconocidos que se disolvían para dar paso a otras.

En el centro de la cámara había un gran telar, y el hilo gris salía directo de él.

Y por encima colgaba un velo.

Lo observé, paralizada entre el terror y el asombro, mientras empezaba a tomar forma y mostrar visiones en las que la existencia se resquebrajaba. Vi fracturarse las barreras que separaban los mundos; la oscuridad presionaba los límites de la realidad con impaciencia voraz.

Por los desgarrones se derramaban criaturas que avanzaban como una plaga por parajes que no reconocía, devorándolo todo a su paso.

La visión cambió, y entonces la vi.

Una mujer se erguía ante las hordas interminables. Era joven y tenía el pelo del color del hilo que me había llevado hasta allí. Rizos gris tormenta caían alrededor de un rostro, bello a su manera terrible y poderosa.

Levantó una mano y el pesadillesco ejército se detuvo.

Entonces giró y me miró a los ojos. Los suyos eran rojo sangre.

Nuestras miradas se encontraron a través del tiempo, y había fuego en la de la mujer. Sabía que yo la veía.

Aparecieron más escenas, pero no pude concentrarme en ellas.

Porque, de repente, el suelo se estremeció.

El santuario se estaba disolviendo.

Las paredes fluctuaban, entre sólidas y transparentes. Las imágenes que antes fluían a la perfección chispeaban y se

extinguían. Hasta el Telar comenzó a difuminarse; sus hilos se apagaban uno por uno.

Algo marchaba espantosamente mal.

Por los dioses, las consecuencias de invadir aquella sala me estaban alcanzando.

«¿Sigues ahí, Thais? —preguntó Thatcher con angustia a través del vínculo—. Está pasando algo. Todo se está…».

Un momento.

«¿También está pasando ahí fuera?», transmití.

La realidad dio una sacudida.

De pronto estaba en la antecámara en la que habíamos empezado, jadeante y desorientada.

No estaba sola. Thatcher se materializó a mi lado; después, Marx, y luego, Vance. Joder, había sobrevivido, cómo no. De no ser porque el repentino cambio me había distraído, me lo habría cargado en el sitio.

—¿Qué demonios acaba de pasar? Estaba a punto de alcanzar mi marca —protestó Marx.

Me bajé la vista a las manos. Ninguno de nosotros tenía su marca. El Juicio había terminado, sin más.

La mano de Thatcher alcanzó la mía. «¿Estás bien?».

«Sí». Le apreté los dedos. Necesitaba la confirmación física de que los dos estábamos allí, con vida.

El aire se agitó y empezaron a llegar las Leyendas. Xül fue el primero en aparecer, con cara de absoluto desconcierto. Lo siguió Aelix; luego, Chavore, y, a continuación, otros a los que no reconocí. Todos parecían confundidos; se miraban atónitos y cuchicheaban.

—Esto no tiene precedentes —oí murmurar a alguien.

—¿Y Vorinar? —preguntó otro—. ¿Qué ha pasado?

Los ojos de Xül se encontraron con los míos en mitad del caos, con una pregunta para la que yo no tenía respuesta. Negué ligeramente con la cabeza: no tenía ni idea de a qué se había debido aquello.

Entonces apareció Vorinar.

Pero algo iba mal. El anciano aesymar que hablaba en acertijos y se movía con el peso de los eones estaba muy erguido, rígido, y sus ademanes eran mecánicos. Sus túnicas aún mostraban constelaciones, pero estaban inmóviles. Tenía los ojos apagados y vacíos.

—El Juicio ha concluido —anunció, y en su voz ya no estaba la resonancia de antes. Tampoco las adivinanzas ni la sabiduría críptica; solo palabras sencillas—. Ha habido un error. Todos los supervivientes pasarán mañana al Forjado.

—¿Un error? —Chavore dio un paso al frente—. ¿Qué…?

Pero el aesymar del destino ya se había esfumado. Sin un portal ni un desvanecimiento progresivo; estaba allí y de repente ya no.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

—Jamás había pasado nada parecido —dijo Aelix en voz baja, perdida su calma habitual.

Xül se abrió paso hacia nosotros con cara de estudiada neutralidad, pero capté su mirada calculadora. Sabía algo.

—El juramento de sangre… —murmuró en voz tan baja que solo yo lo pude oír—. Ahora que todos están distraídos y, gracias a la inestabilidad de los dominios, no hay portales de visualización.

Miré a Thatcher. «Ha llegado el momento».

Asintió con un ligerísimo movimiento de cabeza.

—Miria está entreteniendo a Chavore —susurró Xül casi sin mover los labios—. Pero tenemos que darnos prisa.

Nos alejamos del grupo, y Xül nos guio a una hornacina oscura en la que las grietas de la realidad creaban distorsiones visuales. Cualquiera que mirase en nuestra dirección vería tan solo reflejos fragmentados.

—Tu mano —le dijo Xül a Thatcher, e hizo que se materializara un puñal.

—Antes tengo una petición —dijo mi hermano.

Xül miró alrededor con los ojos entrecerrados.

—No andamos sobrados de tiempo, así que date prisa.

—Estoy de acuerdo con todo lo que me ha dicho Thais, pero quiero que dejéis al margen a Chavore.

«¿Qué?», transmití clavándole la mirada.

«No está involucrado en ninguno de los planes de Olinthar. Estoy seguro; hazme caso».

—Es un precio muy alto —gruñó Xül.

—Es innegociable. —Thatcher se puso muy recto y se cruzó de brazos.

Xül me lanzó una mirada de reojo, aún con los ojos entornados. Me encogí de hombros.

—De todas formas —dije—, no vais a por él, sino a por Olinthar.

La irritación de Xül era palpable, pero cedió y alargó la mano hacia Thatcher.

—De acuerdo. Ya se me ocurrirá algo.

Thatcher asintió y extendió la mano con la palma hacia arriba.

—Pronuncia el juramento —dijo Xül—. Pero elige bien tus palabras, porque son vinculantes.

Thatcher lo miró a los ojos.

—Juro por mi sangre que me opongo a Olinthar. Nunca estaré a su servicio de verdad, y, en cuanto surja la ocasión, haré lo necesario para provocar su caída.

—Tienes que jurar lealtad a mi padre —añadió Xül.

—Juro lealtad a las fuerzas que se oponen a Olinthar.

La mandíbula de Xül se agitó.

—Eres tan difícil como tu hermana.

—Ya lo sé —dijo Thatcher, y se encogió de hombros.

Xül suspiró y pasó la hoja por la palma de la mano de Thatcher. Brotó la sangre.

—Unidos por la sangre, jurados por la sangre —entonó. Se hizo otro corte en la mano y juntaron las palmas.

Thatcher puso cara de dolor, pero no se apartó hasta que Xül lo soltó.

—Ya está —dijo Xül en voz baja—. Mañana, después del Forjado, te consagrarás a Sundralis según lo previsto. Desempeñarás el papel de un súbdito leal y te acercarás a Olinthar. Y esperarás tu momento.

—Sé a qué me comprometo.

—Tenemos que volver a nuestros dominios —la voz de Chavore resonó en la sala— hasta saber a qué se ha debido esta inestabilidad.

Las otras Leyendas murmuraron en conformidad y empezaron a abrir sus portales. La antecámara que se nos hacía tan opresiva al llegar parecía entonces frágil, en cierto modo más irreal.

Vi a Chavore al otro lado de la sala; su expresión pasó de la preocupación general a la concentración mientras buscaba a su

competidor. Me pregunté cómo se habría ganado la simpatía de Thatcher. Tendríamos que hablar de ello más adelante.

—Las manos en los bolsillos, Morvaren —dijo Xül, y se alejó con naturalidad.

«Bueno, ha sido menos teatral de lo que me figuraba —dijo Thatcher a través de nuestro vínculo—. Tengo que volver con Chavore antes de que venga a buscarme».

Me dio un apretón en la mano y caminó hacia su mentor. Estaba bastante cerca, quizá a unos diez pasos.

Thatcher había recorrido la mitad cuando el suelo pulido de la antecámara se partió.

No se resquebrajó ni tembló de antemano. En un momento era un suelo sólido y al siguiente se había abierto bajo sus pies.

Y entonces mi hermano se precipitó hacia abajo.

—¡Thatcher! —grité mientras me lanzaba adelante.

Pero estaba muy lejos.

Corrí hasta la fisura. Ya era tarde. Y de pronto…

Unas manos esqueléticas brotaron del abismo.

Atraparon a Thatcher con una delicadeza sorprendente, lo rodearon con sumo cuidado y lo subieron hasta sacarlo de la grieta.

Xül estaba de pie en el borde. Las manos de los muertos obedecían sus órdenes, y las había usado para sujetar a Thatcher, que se arrastró hacia mí.

Me abalancé sobre mi hermano antes de que se hubiera dado cuenta de que estaba a salvo, y lo rodeé con los brazos tan fuerte que gruñó.

—Odio la caída libre —murmuró contra mi hombro. Le temblaba la voz por mucho que intentase bromear.

Me aparté lo bastante para mirar a los ojos a Xül, que se limitó a asentir.

Chavore apareció en el acto y se puso a inspeccionar a Thatcher en busca de lesiones. Sus ojos se posaron en Xül, a caballo entre la desconfianza y la gratitud.

—Gracias —dijo al fin, con tono rígido y formal.

Xül inclinó un poco la cabeza.

Se quedaron mirándose un momento, dos príncipes, viejos rivales. Chavore tendió la mano.

Xül se la estrechó. El apretón fue breve, pero lo presenciaron todas las Leyendas que estaban allí, un momento de unidad ante un caos sin precedentes.

—Vamos. —Xül se me acercaba a paso firme.

Asentí, pero no aparté la vista de Thatcher mientras Chavore lo conducía a su portal. Mi hermano volvió la cabeza, y vi mis propios pensamientos reflejados en su cara.

Habíamos sobrevivido a otro Juicio, pero los dioses estaban alterados. La sorprendente conducta de Vorinar, el colapso del dominio, la forma en que la realidad se deshilachaba… Nada de aquello parecía un buen augurio para el Forjado del día siguiente.

«Mantente a salvo», le dije a Thatcher a través de nuestro vínculo.

«Tú también. Y… otra cosa. —Se detuvo frente al portal de Chavore—. No sé qué pasa entre Xül y tú, pero intentad que no se os note tanto».

Torcí el gesto y a continuación seguí al guardián.

CAPÍTULO 60
TRAS EL COLAPSO

El portal que llevaba a la Aguja de Hueso se cerró a nuestro paso.

Nos quedamos allí parados, en los familiares salones de piedra negra, en silencio.

—Tengo que contactar con los otros —dijo Xül mientras se ponía en marcha—. Aelix, estoy seguro de que mi padre convocará una reunión.

—Asistiré —aseguró Aelix—. Cuanto antes comprendamos lo que ha pasado, mejor.

Esperé a que Xül me mirase, pero mantuvo la vista clavada en Aelix.

—Xül —le dije—, tengo que hablar contigo.

—Ahora no, Thais. —Seguía sin mirarme—. Esto es más importante.

—Vamos. —Marx me cogió del brazo y me habló en voz baja—. Que se encarguen de esos asuntos divinos tan misteriosos; tú y yo podemos asaltar la cocina.

Aunque sentía una opresión en el estómago, la dejé sacarme de

allí. Oí que a nuestras espaldas se abría otro portal.

—Tiene miedo —me explicó Marx en cuanto nos quedamos a solas en una salita de la Aguja de Hueso. Con un gesto grácil y descuidado, se dejó caer en un sillón de terciopelo y clavó los codos en los reposabrazos—. Los hombres siempre se comportan de un modo muy raro cuando están asustados.

Me hundí en un sillón, frente al suyo.

—Desde luego, es muy peculiar.

—Dices que no se preocupa, pero bien que se dio prisa en salvar a Thatcher con aquellas manos de los muertos —observó Marx.

—Ahora mismo no quiero hablar de eso.

Se llevó las rodillas al pecho.

—Ya me imagino. —Suspiró—. ¿Podemos hablar del otro tema tabú? ¿O eso también está vedado?

Puse los ojos en blanco.

—¿A qué tema tabú te refieres, en concreto?

—A la resistencia. —Bajó la voz—. Ahora las dos estamos metidas.

Asentí despacio.

—Eso parece.

—Una cosa es estar al tanto y otra, estar dentro. —Tiró de un hilo suelto del sillón—. ¿Crees que, si ascendemos, nos pedirán formalmente que nos unamos?

—Si sobrevivimos, es muy probable.

—Cuando —me corrigió Marx—. Cuando sobrevivamos. —Se me quedó mirando—. Si te lo piden, tienes pensado decir que sí, ¿verdad?

—Mi hermano ya les ha prestado juramento. No voy a dejarlo

solo.

—¿Y Xül?

—¿Qué pasa con él?

—No te hagas la tonta. Tienes una relación con el príncipe de la muerte, y su padre lidera todo el asunto. No es lo que llamaríamos una posición neutral.

—No tenemos ninguna relación, Marx. Ya no.

—Entonces ¿se ha acabado y ya está?

—Pero si tú no has parado ni un momento de decirme que era mala idea…

—Sí, bueno… —Marx tuvo el detalle de mostrarse contrita—. Eso era antes.

—¿Y ahora estás a favor de Xül?

—Estoy muy a favor de no morir con remordimientos. —Me tiró un cojín—. Mira, mañana nos convertiremos en diosas o moriremos en el intento. Y, de un modo u otro, tú has estado tonteando a escondidas con el hijo de la muerte sin que te pillen.

—Está comprometido y va a casarse.

—Lo único que digo es que, si has llegado hasta aquí sin que te caiga encima un castigo de los dioses, puede que ese sea tu destino. —Agitó las cejas—. Además, ¿has visto cómo te mira? Es tan raro que asusta.

—No digas tonterías.

Se encogió de hombros.

—No sé, igual me equivoco. Total, solo soy la chica que os ve follaros con la mirada cada vez que estáis en la misma habitación.

—¡Marx!

—¿Qué pasa? Es verdad. —Se puso seria un instante—. Hoy,

cuando importaba, te ha elegido a ti, Thais.

—En todo caso, y como he dejado muy claro al principio —murmuré—, es un asunto que no quiero tratar en este momento.

Marx levantó los brazos para fingir que se rendía.

—Lo que tú digas, Morvaren.

—¿Cuántos nos hemos salvado hoy? Me he olvidado de contar.

—Cuatro. —Se incorporó en el sofá—. Aelix dice que el Forjado no es como los otros Juicios. Lo supervisa el propio Olinthar. Nada de juegos ni de trucos; solo una prueba para ver si podemos blandir el poder divino sin que nos destruya.

—Menudo consuelo.

—No puedo ni imaginarme —señaló Marx— lo que tiene que ser para ti estar en su presencia.

—Es casi insoportable, la verdad. Pero lo mío no es nada comparado con lo que tiene que pasar Thatcher.

Marx asintió en silencio.

—¿Tienes idea de qué dominio escogerás? —me preguntó. Se levantó y se fue a la ventana a contemplar el cielo carmesí.

¿Tendría sentido que me quedara donde ya estaba?

Si aquello había sido casi un hogar para mí, se debía a Xül. Su presencia dominante en el castillo negro. Las sesiones en la playa que se abría al mar de color medianoche. La Ciudad Eterna y sus fieros jardines, donde la belleza florecía incluso en la oscuridad. Cómo había pasado de ser mi carcelero a mi tutor, y luego a… lo que fuese.

Xül seguía siendo una enorme incógnita. Era difícil creer que todo aquello llegaba a su fin. Que tal vez dejara aquel dominio al día siguiente y, al caer la noche, durmiese en otro distinto.

El corazón me dio un vuelco solo de pensarlo. Marcharme de allí, tras todo lo que había ocurrido. No ver los cielos carmesí ni los mares negros al levantarme. No percibirlo al otro lado del pasillo, ni sentir su complicada pero reconfortante presencia.

No sabía si en los otros dominios habría sitios como los acantilados desde los que Xül y yo habíamos contemplado las estrellas, si encontraría alguno que diera al mar, que me evocase recuerdos de Cresta Salada y de Draknavor.

O tal vez no debiera querer eso, sino algo nuevo, que no me recordase todo lo que había perdido.

Thatcher estaría en Sundralis.

Quizá debería seguirlo allí.

Había tantas posibilidades que la cabeza me daba vueltas; pronto, mi mente se sumió en futuros más oscuros. La boda que sellaría la alianza política de Xül. Nyvora, que lo reclamaría como suyo. ¿Se mudaría a Draknavor y convertiría el lugar en un recordatorio diario de lo que yo no podía tener? ¿O Xül se iría, abandonando su refugio en los confines del mundo? Tal vez repartieran el tiempo entre un dominio y otro.

No creía que fuera capaz de verlos juntos, al menos durante mucho tiempo seguido. No iba a enfrentarme a algo así década tras década.

Al pensarlo sentí una opresión en el pecho. El paso del tiempo. La eternidad. No conseguía imaginar lo que eso representaba. ¿Tendría el corazón destrozado para siempre o se curaría con el tiempo, como daban a entender tantas historias? O quizá, cuando la inmortalidad hundiera sus garras en mí, la cosa fuera diferente y los sentimientos conservasen para siempre una intensidad luminosa,

ardiente y terrible.

Había visto la biblioteca de Xül, llena de diarios en los que se describían siglos de existencia. ¿Cuántas de aquellas páginas reflejarían corazones rotos? ¿Cuántas, amores perdidos o no correspondidos?

Pasaron varias horas antes de que se abriera un portal. En cuanto apareció me puse en pie de un salto, y Marx hizo lo mismo.

Xül y Aelix lo cruzaron. Me bastó mirarlos a la cara para saber que las noticias no eran buenas.

—¿Y bien? —preguntó Marx al ver que ninguno de los dos decía nada.

—Vorinar no se ha presentado —respondió Aelix, sombrío—. Su asiento en la reunión estaba vacío.

—Eso es preocupante —respondí.

—Desde luego —confirmó Xül con voz tensa y controlada—. Y muy impropio de él.

—¿Y cómo han reaccionado los demás? —preguntó Marx.

—Con confusión. Inquietud. Sospecha. —Aelix se alisó el pelo con la mano—. Algunos creen que está detrás del colapso del dominio. A otros les preocupa que le haya podido pasar algo.

Aelix se detuvo junto a Marx.

—Deberíamos irnos. Tienes que descansar para prepararte para mañana.

Marx nos miró a Xül y a mí; era obvio que se resistía a marcharse.

—¿Seguro?

—Vete —le dije.

Me dio un rápido abrazo.

—No te mueras antes de convertirte en inmortal, ¿vale? Sería todo un anticlímax.

Pese a la situación, sonreí.

—Haré lo que pueda.

En cuanto se marcharon, Xül echó a andar sin decir ni una palabra. Lo seguí hasta su estudio. Al ver el escritorio tuve que controlar un respingo. Aquellos recuerdos seguían siendo dolorosos.

Xül ya se había puesto manos a la obra y extraía libros de su colección personal.

—¿Qué buscas? —le pregunté.

Ni levantó la vista.

Me acerqué y leí los lomos de los libros que había reunido. Arquitectura divina. Estabilidad de los reinos a lo largo de las eras.

—Antes te marchaste muy deprisa —continué.

—La situación requería rapidez.

—Te preocupa algo, y no es solo Vorinar.

Me miró por fin, y la máscara se quebró.

—Los dominios no se… rompen, Thais. La infraestructura divina ha existido durante milenios sin un solo fallo.

—Entonces ¿qué ha podido provocar lo ocurrido?

—Eso es lo que me preocupa. —Señaló los textos con un gesto —. O había un defecto en los mismísimos cimientos del propio dominio, o…

—¿O qué?

—O hay algo que se mueve entre nosotros y que tiene poder suficiente para hacer pedazos el dominio de un dios.

Nuestras miradas se cruzaron sobre el caos de libros y material de investigación. Los dos pensábamos cosas que no queríamos decir

en voz alta. La resistencia se debía a que Olinthar se había convertido en un tirano. Pero ¿y si la amenaza era mucho más temible?

—Tengo que contarte lo que vi en el santuario —anuncié por fin con voz calmada.

Levantó la vista y sus ojos disparejos buscaron los míos. Luego, la mirada se volvió fría.

—¿Ahora te vas a mostrar sincera?

Apreté los dientes al oír el reproche en su voz.

—No hagas eso.

—Que no haga ¿qué?

—Fingir superioridad moral.

—No era consciente de estar fingiendo. —Dejó el libro con sumo cuidado—. Adelante, háblame del santuario.

—Mientras estaba allí se reveló una profecía. Antes de que todo se fuese a la mierda.

Eso atrajo su atención.

—¿Qué encontraste?

—Más bien, qué me encontró a mí. —Inspiré hondo. Luego, se lo conté todo. La profecía viviente, las visiones de la realidad que se fracturaba, las hordas de bestias. Y la mujer.

Mientras yo lo describía, Xül se quedó inmóvil. Cuando terminé se dirigió a otra estantería y sacó un tomo de aspecto más antiguo que los demás. Estaba encuadernado en algo que parecía una piel escamosa.

—Eso que has contado me recuerda… —Fue pasando páginas—. Pero no es posible.

—¿De qué se trata?

Volvió el volumen hacia mí. El dibujo era tosco y antiguo, pero reconocí los seres monstruosos de inmediato. Bestias que desafiaban cualquier descripción, con demasiadas articulaciones, demasiadas patas, demasiados dientes.

—Son los monstruos fabulosos de las Tierras Malditas de Vaerhuun —explicó—. Pero esas tierras llevan milenios selladas, desde antes incluso de que los cuatro reinos se separasen. Y las bestias murieron hace mucho.

—Entonces ¿por qué las he visto?

—No lo sé. —Estudió la página con mucha atención.

Me eché atrás y me apoyé en el escritorio, evitando con todo cuidado que mis ojos se posaran en él.

—El hilo del destino que me llevó a la puerta estaba entrelazado con el mío. Y con el de Thatcher.

—Y esa mujer que viste… ¿dices que te miró directamente?

—Sí. Casi como si pudiera verme allí, observándolo todo.

—Eso no debería ser posible. —Frunció el ceño—. Las profecías son ecos de futuros potenciales, no ventanas. Que ella te viera significaría que…

—¿Qué?

—Que existe fuera de los límites temporales normales. —Cerró el libro despacio—. O que es lo bastante poderosa para ver a través del propio tiempo.

—Eso da un poco de miedo.

Dejó el libro a un lado.

—La verdad, espero que se haya tratado de una anomalía fortuita y nada más.

—¿Y si no?

—Nos hemos concentrado en Olinthar. En quitarlo de en medio. —Mantenía el control de la voz, pero yo percibía la tensión subyacente—. Pero, si hay algo removiéndose en Vaerhuun…, eso ya no es una amenaza política, sino existencial.

—Tienes miedo.

Sus ojos se posaron en mí.

—Soy pragmático. No es lo mismo.

Aquellas palabras fueron seguidas de un silencio espeso, cargado de acusaciones implícitas. Acaricié con el dedo las marcas grabadas en la superficie de la mesa, y los recuerdos de las últimas semanas volvieron a mí en tropel.

—Es gracioso que estemos hablando del fin del mundo —comenté al cabo— cuando no puedo ni mirar este escritorio sin recordar…

Se le dulcificó la expresión.

—Te entiendo.

—Ahora es todo tan complicado… —Desvié la vista, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Thais… —Pronunció mi nombre con una gravedad que no supe descifrar.

—No, déjame que acabe. —Inspiré hondo y, aunque me resultara difícil, le sostuve la mirada—. Los dos hemos guardado secretos, y, en ambos casos, por buenos motivos. Pero, ahora, con todo lo que está ocurriendo… La ruptura del dominio, el Forjado de mañana… No quiero que queden cosas sin decir entre nosotros.

Me observó un rato y su rostro perdió la expresión hostil.

—¿Crees que podrías perdonarme? —Las palabras se le escaparon de repente mientras se frotaba la cara—. No sé ni cómo

voy a reaccionar si no me perdonas.

Le clavé la mirada. Mi corazón, el muy traidor, también lo necesitaba. Necesitaba que las cosas entre nosotros se arreglasen, al menos hasta donde fuera posible.

—Solo si tú también me perdonas a mí.

—Para que lo sepas, hacerte daño es lo peor que he hecho en mi vida —murmuró—. No se repetirá jamás.

—Y yo no… No tuve en cuenta lo que te pasaría si nuestro plan se iba al traste.

—Habría sido mi perdición. Necesito que lo comprendas.

—Lo siento.

—Yo también lo siento, estrellita.

Nos sumimos en un frágil silencio.

—Temía la llegada de este momento. Odio que vayamos a pasar así nuestra última noche. —Su mirada pareció traspasarme y llegar más allá—. Aunque sabía que se cernía sobre nosotros, tenía la esperanza de que no llegase jamás.

—Eso no suena muy pragmático —hice notar.

—La idea de perderte… —No terminó la frase—. No sé si podría soportarlo. Creo que no.

Nuestras miradas se cruzaron, y en la suya vi que ardía una llama. Fui a decir algo, pero no me salieron palabras. ¿Qué quería que dijera? Claro que era muy duro. Lo nuestro era un asunto pendiente, sin resolver. No había una ruptura clara, solo bordes mellados. Sus palabras eran dolorosas e injustas, pero, a la vez, las que yo quería oír.

—No digas eso —susurré—. Me pone las cosas aún más difíciles. Necesito que lo aceptes, Xül, y que dejes de jugar a ese juego

conmigo.

—¿Te crees capaz de darlo todo por terminado? —me preguntó con los ojos entornados—. ¿Así, sin más?

—Debemos ser capaces los dos. Ya lo sabes.

Con un movimiento fluido, giró y me acorraló contra la fría pared de piedra. Me puso las manos en la cara y me hundió los dedos en el pelo, al tiempo que me acariciaba con ternura los pómulos. Cada fibra de mi ser me gritaba que me apartase.

—¿Y si lo cancelo? —susurró mientras sus ojos inspeccionaban los míos con desesperación—. ¿Y si me niego a casarme con ella?

La pregunta quedó suspendida en el aire, imposible y electrizante. Me lo quedé mirando, con el corazón desbocado, incapaz de responder.

—A estas alturas no puedes echarte atrás. —Lo aparté de un empujón.

—Dime que no cambiaría nada —exigió con una mirada ardiente —. Si me lo pides, me alejaré de ti, lo haré, pero para eso te tengo que oír decírmelo.

—¡No! —grité, pero se me quebró la voz—. Tienes que ser tú quien decida apartarse. Así que adelante.

Apoyó la frente en la mía y cerró los ojos.

—En tal caso, dime que luche por lo que tenemos. Por nosotros.

—Sabes que no puedo —respondí. Las palabras dolieron al abandonar mis labios—. Lo estropearía todo. Llevas diciéndolo desde el principio. No puedes cambiar de opinión de un momento a otro, y menos a estas alturas. Tu padre no te dejaría.

—A la mierda mi padre —gruñó—. Que se vayan todos a la mierda.

—No hablas en serio, Xül. Estás asustado porque, de pronto, todo se hace muy real. Has comprendido que mañana ya no estaré aquí. —Ladeé la cabeza; quería que me entendiese bien—. Si lo cancelas, más adelante lo lamentarás. Y no pienso permitirlo.

—Deja de intentar razonar conmigo. —Cerró los dedos que me sujetaban del pelo—. Esto me está destrozando, Thais.

—Xül…

—No lo entiendes —me interrumpió—. Te quiero, estrellita. Estoy enamorado de ti.

Se me paró el corazón. «Amor».

Inspiré con fuerza.

—Pero ¿basta con eso, Xül? —le susurré—. ¿Con todo lo que está pasando? ¿De verdad es suficiente?

—No eres la única cuyo padre es un hipócrita. El mío escogió el amor por encima del deber y estuvo a punto de acabar con el reino. —Xül inspiró y se me acercó más—. Que me condenen durante toda la eternidad si no soy capaz de hacer lo mismo. Por ti quemaría Voldaris hasta los cimientos.

Me faltaba el aire. No podía pensar. Aquella confesión me había desnudado, me había dejado indefensa frente al maremoto que se desataba en mi pecho.

Se abalanzó sobre mí y sus labios chocaron contra los míos con una avidez desesperada. Luego, sus manos se alejaron de mi rostro y bajaron a la cintura para apretarme contra él. Jadeé contra sus labios mientras nuestros cuerpos se entrelazaban.

—Xül —susurré cuando sus labios pasaron de mi boca a la mandíbula y descendieron por el cuello—. Si hablas en serio…

Soltó un gruñido.

—Iría a la guerra por ti —murmuró con la respiración entrecortada—. No pienso ocultarlo más. Se acabó hacer lo que me pidan los demás. Ya basta. Ahora voy a tomar yo las decisiones, y te elijo a ti. Dime que también es lo que quieres tú —me susurró con los labios en el cuello; ya me estaba desabrochando el vestido—. Que serás mía.

En respuesta, atraje su rostro hacia mí e introduje los dedos entre sus trenzas. Era todo lo que quería. Su sabor, el contacto de sus manos en mi piel, la fuerza con que me levantó mientras yo le rodeaba la cintura con las piernas.

—Eres todo lo que voy a querer jamás —confesó entre beso y beso—. Mientras quieras, seré tuyo, Thais. La eternidad es muy larga, y sé que te estoy pidiendo mucho. Y que existe la posibilidad de que cambies de opinión, sea dentro de un año o dentro de mil. —Dejó de hablar y me miró a los ojos—. Si llega ese día, se me parará el corazón. Solo late por ti, Thais.

—Ya soy tuya, Xül —murmuré—. Hace tiempo que lo soy.

—Mañana se lo contaré todo a mi padre —gruñó con los dedos clavados en mis muslos—. Después del Forjado dejaré de ser su marioneta.

—No se lo va a tomar muy bien —avisé, sin aliento.

—Casi seguro que no —respondió Xül—. Pero ya he jugado demasiado tiempo a sus juegos. Ahora voy a tomar lo que quiero. —Me recorrió con ojos hambrientos y posesivos.

Cuando nuestras bocas se encontraron no fue con ternura, sino con una certeza que nos caló hasta los huesos; los dientes se toparon, las lenguas pelearon para hacerse con el control. Le mordí el labio inferior hasta hacerle sangre y su gruñido me resonó en la

boca; el sabor metálico hizo que me diera vueltas la cabeza.

Me cogió del culo y, sin esfuerzo, me levantó y me llevó al otro lado de la estancia. Despejó el escritorio con un violento ademán del brazo; pergaminos y tinteros rodaron por el suelo. Me lanzó sobre la superficie pulida y sentí su frescura contra mi piel enfebrecida.

—Parece que tenemos cierta propensión a los escritorios, ¿no crees, estrellita? —murmuró, y noté sus dientes en la oreja—. Durante todas esas aburridas sesiones del consejo, en las negociaciones…, solo podía pensar en aquella noche.

—Entonces ¿a qué estás esperando?

Su mirada se hizo más intensa. Llevó los dedos a los cierres de mi camisa y trató de abrirlos con impaciencia.

—Debería arrancártela —murmuró, tironeando del delicado tejido.

—Adelante —le propuse; su contacto me hacía arquear la espada —. Quiero oír cómo se rompe.

Una sonrisa pícara le asomó a los labios. Agarró el corpiño y tiró de él, con un sonido que restalló por todo el estudio. La ráfaga repentina de aire fresco en la piel desnuda me arrancó un escalofrío, pero no fue nada en comparación con el efecto que me produjo su mirada de reverencia.

—Eres la puñetera perfección —gruñó. Sus manos buscaron enseguida piel desnuda.

Yo me peleaba con su camisa, frustrada por lo complicado que era desabrochársela.

—Quítate eso —exigí—. Ahora mismo.

Su risita burlona hizo que me corrieran escalofríos por la espalda.

—Qué impaciente. —Pero sus manos acudieron en ayuda de las

mías; tiraron de los cierres hasta que pudo quitarse la prenda con una sacudida de hombros.

Al verle el pecho desnudo se me hizo la boca agua. La piel bronceada cubría unos músculos pronunciados, y los anchos hombros descendían hasta la cintura para formar una V perfecta. El abdomen era un paisaje de cimas y valles que se tensaban con cada inspiración, y un provocativo rastro de vello oscuro desaparecía bajo el cinturón y me invitaba a seguirlo con la mirada.

Una travesura me cruzó la mente. Me apoyé en su pecho para impulsarme y me bajé del escritorio, para caer de rodillas antes de que pudiera detenerme.

Inhaló con tanta brusquedad que me produjo una intensa satisfacción.

—Thais…

—Calla —interrumpí levantando los ojos hacia él—. Quiero saborearte.

Recorrí con los labios la erección que tensaba el tejido de los pantalones y le vi apretar los dientes.

—Estás jugando con fuego, estrellita.

—Mejor —respondí, y liberé el miembro de su prisión. Al verlo me quedé asombrada—. Quiero quemarme.

Cerré la mano en torno a él, pero no llegaba a rodearlo del todo.

—Dime cómo te gusta —exigí con una sacudida provocadora. —¿Lento y suave? —Demostré a qué me refería con un contacto leve que le arrancó un silbido entrecortado.

—Más fuerte —dijo entre dientes.

Aumenté la presión, pero mantuve el ritmo lento.

—¿Así?

Un gruñido profundo le retumbó en el pecho.

—Sabes muy bien que no es eso lo que quiero.

—Entonces, dímelo —lo provoqué a propósito—. Quiero oírtelo.

Cuando me miró a los ojos, los suyos eran pozos de fuego.

—Es muy sencillo, estrellita. Quiero que te tragues todo lo que te quepa.

Sentí una oleada de deseo.

—Ah, ¿eso?

Sin apartar la mirada, me incliné y lo lamí desde la base al glande, para saborearlo. Se estremeció de los pies a la cabeza y se le escapó una maldición ahogada.

Lo atrapé entre los labios y chupé con fuerza.

—Dioses, qué boca —gimió. Me cogió del pelo, no para guiarme, sino para sujetarse, como si necesitara un ancla.

Me tomé mi tiempo, alternando entre momentos de suave tortura e intensa succión, mientras veía cómo iba perdiendo el control poco a poco. Llegó un momento en que no podía respirar sin jadear y me tiraba del pelo hasta casi hacerme daño. Entonces lo miré a los ojos, desafiante.

Su mirada me dijo que lo había entendido. Me sujetó el pelo con más fuerza y empezó a moverse, al principio despacio, poco a poco, tentativo.

—¿Es lo que quieres? —me preguntó con voz ronca.

Le respondí con un murmullo sin apartar la boca, y esa pequeña vibración hizo saltar sus últimos resquicios de autodominio. Me sujetó con firmeza, con exigencia, y empezó a controlar el ritmo, adentrándose cada vez más con empujones cuidadosos.

—Trágatela —insistió. Me miraba con una intensidad abrasadora.

Yo relajé la garganta y le permití llegar más adentro, y obtuve como premio un gemido gutural.

De pronto me soltó el pelo.

—Para —ordenó con voz ronca—. No quiero correrme así. No esta noche.

Al apartarme me lamí los labios con deliberación, con la vista clavada en él.

—¿Ha sido demasiado para ti, príncipe?

Me miró con ojos salvajes e indómitos. Anunciaban una batalla que me hizo hervir la sangre.

—Levántate ahora mismo.

Casi me arrastró por el estudio en dirección a la alta escalera de la biblioteca. Comprobó el mecanismo con movimientos rápidos y eficaces, y luego lo encajó con un clic decidido.

Se me acercó más, hasta que su pecho quedó adherido a mi espalda, y me subió las manos por los costados recorriendo cada curva. Las palmas cálidas me quemaban la piel en su trayecto ascendente, hasta que llegaron a los hombros y bajaron por los brazos.

Me hizo extender las manos y me las colocó con firmeza en un travesaño de madera, a la altura de mis hombros. Luego me las atrapó con sus propias manos.

—No te sueltes. —Se inclinó y su aliento caliente me rozó la oreja. Me flaquearon las piernas.

Me soltó y bajó las manos de nuevo por mis costados hasta posármelas en las caderas. Me separó los muslos con la rodilla y me colocó en la posición exacta que buscaba.

Se pegó a mí por detrás, y sentí en la espalda la presión de su

dureza.

—Te encanta provocarme, ¿verdad? —murmuró. Sus labios me rozaban un punto sensible, debajo de la oreja.

—Sí —reconocí con todo descaro—. La desesperación te sienta muy bien.

Me introdujo la mano entre las piernas.

—Fíjate —ronroneó—. Pero si ya estás chorreando, estrellita.

Gemí al notar que me exploraba con los dedos, con un toque juguetón que no llegaba a ejercer presión donde yo la necesitaba.

—Xül, por favor…

—Por favor, ¿qué? —se burló en respuesta a mi provocación anterior—. Dime qué necesitas.

—Te necesito dentro de mí —jadeé. El deseo apremiante me hizo abandonar cualquier semblanza de orgullo—. Necesito que me folles muy duro.

Una mano me sujetó la cadera con firmeza, y la otra trazó líneas ardientes en mi estómago y empezó a bajar poco a poco. Yo temblaba de excitación, y me agarraba con tanta fuerza al travesaño de la escalera que se me emblanquecieron los nudillos.

—He soñado con follarte así —murmuró contra mi hombro.

Noté que se colocaba detrás de mí, y sentirlo hizo que todo mi cuerpo se estremeciese de expectación. Cuando por fin empezó a empujar con la polla, era tan grande que me arrancó un gemido.

Arqueé la espalda para apretarme contra él, en un intento silencioso de animarlo a moverse más deprisa y llegar más adentro. Su respuesta fue un bocadito entre el cuello y el hombro.

—Paciencia —recomendó, aunque se le notaba la tensión en la voz—. Quiero sentir todo el recorrido.

Cuando por fin me penetró a fondo, se detuvo con el pecho apretado contra mi espalda y la respiración entrecortada resonándome en los oídos. Durante un momento nos mantuvimos así, inmóviles y unidos por completo; la sensación fue casi abrumadora.

Se apartó un poco y dio un empellón para establecer un ritmo que empezó con una desesperante lentitud, pero que poco a poco fue aumentando de intensidad. Cada acometida me empujaba contra la escalera, y la madera del travesaño se me clavaba en las palmas.

—Joder —gruñó. Con una mano me cogió un pecho y con la otra me sujetó la cadera hasta clavarme los dedos.

Aumentó el ritmo; cada movimiento era más enérgico que el anterior. El sonido de nuestros cuerpos al chocar, puntuado por mis jadeos y sus esporádicos gemidos de placer, resonaba por toda la estancia.

—Más —supliqué. Lo empujé con el culo—. Más fuerte.

Mi exigencia hizo estallar algo en su interior. Me soltó el pecho y, tras agarrarme del pelo, me tiró de la cabeza hacia atrás hasta poder hablarme al oído.

—¿Más fuerte, estrellita? Como si no hubiera planeado ya marcarte tan a fondo que hasta el último dios del reino sabrá que me perteneces. —Frenó un momento, dubitativo, y luego se empotró de nuevo contra mí—. Te voy a dejar marcas de dedos en los muslos, para asegurarme de que lleves encima la prueba de que soy dueño de tu cuerpo.

Me estremecí al oír esas palabras. Y él se dio cuenta, claro; sus ojos nunca perdían detalle.

—Te encanta la idea, ¿verdad? —Su voz se volvió burlona, cruel

—. Que te marque, que te use, que sea tu dueño.

—Sí —jadeé. El placer iba en aumento y casi no era capaz ni de pronunciar una palabra coherente—. Dioses, sí.

—Recuérdame a quién perteneces. —Me soltó el pelo para agarrarme por las caderas y así poderme penetrar con intensidad renovada. El cambio de ángulo me hizo ver puntitos brillantes; cada embestida alcanzaba un punto, muy dentro de mí, que me enviaba oleadas de placer por todo el cuerpo.

—A ti —gemí aferrada a la escalera mientras el placer alcanzaba cotas casi insoportables—. Soy tuya, Xül. Solo tuya.

—Y yo soy tuyo —masculló—. Cada parte de mí te pertenece, Thais. Mi cuerpo, mi corazón, mi puta alma… Es todo tuyo.

Su sinceridad descarnada, acompañada del ritmo implacable de su cuerpo contra el mío, me empujó más allá del límite. Grité su nombre mientras el éxtasis se derramaba sobre mí en oleadas que me atravesaban por completo; casi ni fui consciente de que él también se corría un instante después, pero noté que me clavaba los dedos con más fuerza al vaciarse dentro de mí.

Seguimos un rato así, unidos el uno al otro, tratando de recuperar el aliento. Su frente descansaba en mi hombro, y las piernas me temblaban sin control. Lo único que me sostenía era la escalera. Me rodeó la cintura con los brazos y me sujetó al ver que me fallaban las fuerzas.

Cuando se movió por fin fue para hacerme girar sin soltarme de su abrazo. Me acarició la mejilla con los dedos, en un gesto de profunda dulzura.

Observó mi rostro con atención unos instantes y luego, sin previo aviso, me cogió en brazos. A mí se me escapó una carcajada

de sorpresa, y de modo instintivo le rodeé el cuello con los brazos.

—¿Qué haces? —quise saber cuando se puso en marcha.

—Te llevo a la cama —respondió, y abrió la puerta de una patada —. ¿O creías que ya habíamos terminado?

Estaba familiarizado con el camino, pese a que el pasillo estaba casi a oscuras. Pronto, su dormitorio apareció frente a nosotros; la luz de la luna se colaba por los altos ventanales.

Me depositó en la enorme cama, pero, en vez de meterse él también, se quedó de pie, mirándome con una expresión que me aceleró el pulso.

—¿Qué pasa? —pregunté; me sentía un poco cohibida ante aquel escrutinio tan intenso.

—Me estoy grabando en la memoria este momento —explicó en voz baja.

Las palabras cayeron sobre mí con un peso que me recordó todo lo que estaba en juego y la conversación que teníamos pendiente. Di una palmadita en la cama, y él se tumbó a mi lado y tiró de mí para estrecharme contra su pecho como si no pudiera soportar que nos separase la más mínima distancia.

—Mañana seré libre —susurró—. Ya basta de ocultarse, de fingir. Lo que tenga que pasar, lo que quiera hacernos… Nos enfrentaremos a ello juntos.

Había llegado el momento. Inspiré hondo e hice acopio de valor.

—Tenemos que hablar de una cosa —empecé—. De lo que pasa tras el Forjado.

Se tensó un poco.

—¿Qué sucede?

—Ya sé qué dominio voy a escoger.

—Draknavor —respondió de inmediato, como si ya estuviera decidido—. No hay vueltas que dar.

—No —me opuse con firmeza—. Voy a comprometerme con Sundralis.

Sus rasgos se ensombrecieron.

—¿Te has vuelto loca?

—Thatcher estará allí —expliqué, y le sostuve la mirada—. Y allí es donde tengo que estar yo también.

—Menuda idea, estrellita. Te estás apresurando…

—No te estoy dejando de lado —interrumpí—. Nos hemos elegido el uno al otro, y tendremos toda la eternidad para explorar lo que eso signifique. Pero no me voy a quedar en Draknavor, cruzada de brazos, al margen de todos esos planes que están en marcha a mi alrededor.

Guardó silencio, con los dientes tan apretados que podía ver los músculos de la mandíbula que se le tensaban bajo la piel.

—Xül —le dije con dulzura—, cuando Olinthar haya caído y todo termine, tú y yo podremos estar juntos; pero, hasta entonces, tengo que ir con Thatcher. Me necesita, y yo necesito estar allí, en el corazón de Sundralis, cerca de Olinthar.

—Donde yo no puedo protegerte —dijo con voz grave, casi amenazadora.

—Donde puedo protegerme yo sola —corregí—. Donde puedo ser útil.

Me dio la espalda. La tensión se le reflejaba en los hombros.

—Es demasiado peligroso.

—¿Más peligroso que enamorarme del hijo de la muerte mientras conspiro contra el rey de los dioses? —le pregunté con cierto toque

de humor negro—. Todo lo que hacemos es peligroso, Xül.

Se quedó tanto rato en silencio que pensé que había dado el asunto por zanjado. Pero, por fin, se giró hacia mí con una expresión indescifrable.

—Ya lo tienes decidido. —No era una pregunta.

—Sí.

—Y nada de lo que diga te hará cambiar de idea.

Me acurruqué contra él y le puse la mano en el pecho para sentir su corazón en la palma.

—Sobre este tema no. Pero eso no cambia lo que hay entre nosotros. Cuando Morthus se haga con el trono, podré volver aquí, a Draknavor. Esto no es una despedida; solo es un movimiento estratégico.

Una sonrisa reticente le tironeó de las comisuras de los labios.

—¿Recurres a mis propias tácticas contra mí, estrellita?

—He aprendido del mejor —respondí—. Además, eres tú el que siempre me está diciendo que no me olvide de la visión de conjunto.

Me tapó una mano con la suya.

—Me estoy arrepintiendo de esa lección en concreto.

—No, no es verdad —susurré.

Rebuscó en mis ojos unos instantes y luego asintió, con una expresión que combinaba el orgullo y la resignación.

—Cuando todo esto acabe…

—Cuando todo esto acabe —repetí—, tendremos todo el tiempo del universo.

CAPÍTULO 61
DESPEDIDAS Y NUEVOS COMIENZOS

«Sel dravira en ti. Niv valen, niv asra, niv loyeth. El atanen en ti. Vah serané».

Aquellas palabras resonaban en mi mente, fragmentos de la letanía de Xül que se demoraban en el espacio entre el sueño y la vigilia. Había pronunciado tres veces esas frases mientras sus manos, reverentes y determinadas, trazaban dibujos en mi espalda. No entendía las palabras, pero parecían haberse grabado a fuego tanto en mi piel como en mi memoria.

Sonaban como una plegaria. Y no cabía duda de que esa boca me había estado adorando unas horas antes.

Me estiré entre las sábanas de seda, frescas contra la piel, inundada por los recuerdos de la noche anterior, por la desesperación con que nos habíamos aferrado el uno al otro después de decidir que aquello era lo que queríamos. Las confesiones susurradas a oscuras. La forma en que me sostenía la mirada al pronunciar las dos palabras que lo habían cambiado todo.

«Te quiero».

Un golpe sordo me arrancó del duermevela. Parpadeé para despejarme y vi a Xül de espaldas, rígido, concentrado en algo que había en el suelo.

Cuando me incorporé, me quedé paralizada al ver un charquito de sangre cerca de sus pies.

—¿Xül?

Se giró al oír mi voz y suavizó la expresión. Me di cuenta de que se había vendado la mano a toda prisa con lo que parecía un jirón de tela.

—Buenos días, estrellita —dijo acercándoseme—. No pretendía despertarte.

Salí de la cama y le cogí la mano, que me entregó sin vacilar.

—Hay mucha sangre —murmuré examinando el vendaje.

—He sido descuidado; solo es un rasguño —dijo con indiferencia.

El tejido ya estaba empapado de rojo; demasiada sangre para un simple accidente.

—¿Desde cuándo es descuidado el príncipe de la muerte? —pregunté desafiante, con una ceja enarcada.

Un atisbo de su irritante arrogancia le cruzó el rostro.

—A lo mejor estaba distraído pensando en lo de anoche —replicó en voz baja, con un peligroso tono aterciopelado que me hacía hormiguear la piel—. Tienes ese efecto en mí, Morvaren.

—¿Cómo te has hecho eso? —insistí, negándome a dejarme distraer por sus encantos.

Apartó los ojos un momento antes de volver a clavarlos en los míos, y adoptó aquella expresión imperiosa que yo conocía tan bien.

—Hoy tenemos que ocuparnos de cosas más importantes que un corte de nada, estrellita. Nos espera el Forjado. Tu ascensión. —Se

inclinó hacia mí y sentí su aliento cálido en la oreja—. Y espero tener el placer de llamarte diosa.

Saltaba a la vista que era una evasiva, pero la intensidad de su mirada me dejó claro que el tema estaba zanjado… de momento.

—Lyralei y su equipo vendrán pronto —dijo con suavidad— a prepararte para la ceremonia.

Me puse una bata y me anudé el cinturón sin apretar. Xül acompañó mi movimiento con la vista.

—Como sigas mirándome así, acabaremos haciendo esperar un montón a los tejedores de sueños —le advertí, aunque no pude evitar que se me notara la sonrisa en la voz.

—Pues que esperen —dijo con un gruñido, y dio un paso hacia mí—. Por algo soy el príncipe de este dominio.

Le puse una mano en el pecho para pararlo antes de que llegara.

—¿Y tu amante? ¿También se somete a tu voluntad?

Una sonrisa peligrosa se dibujó en su rostro.

—No te has sometido a la voluntad de nadie en toda tu vida, Thais Morvaren, y no creo que vayas a empezar ahora. Puede que sea una de tus mejores cualidades.

—Ah, ¿sí? —dije en tono provocador, aunque se me desbocó el corazón ante unas palabras que aún eran tan nuevas entre nosotros.

—Podría hacer una lista de las otras —murmuró, inclinándose hasta que sus labios casi rozaron los míos—. Pero ni siquiera la inmortalidad me daría tiempo para enumerarlas todas. —Se me quedó mirando un momento y luego relajó la postura.

—¿Sabes? —dije al recordar una cosa—. Lyralei me comentó una vez que en el reino hay gente que no está de acuerdo con todas las tradiciones. —Lo observé—. Y los tejedores de sueños siguen a

Syrena…

—Thais —interrumpió—, no puedes decirle a nadie lo que sabes. —Su voz se redujo a un susurro y sentí su aliento cálido en la oreja —. Eso solo se menciona en determinados lugares, con determinadas compañías. Ni siquiera deberíamos hablar ahora de ello.

Me sujetó el brazo con la fuerza justa para subrayar sus palabras.

—Si se ha guardado el secreto durante tanto tiempo es por algo. Somos cautelosos. —Sus ojos se clavaron en los míos, intensos y sin flaquear—. Además, aunque acertases al pensar en quiénes nos guardan lealtad, nadie tiene la menor idea de que estés siquiera al tanto de que existe la resistencia. Conviene seguir así, por ahora.

Asentí, consciente del peso de su advertencia. Era el secreto más peligroso del reino divino, y podría acabar con los dos si llegara a los oídos incorrectos, aunque se tratara tan solo de un rumor.

—Solo quiero estar preparada para lo que pueda venir después —dije en voz baja.

—Después —repitió—. No será fácil, pero lo superaremos.

—¿Cuándo me han gustado las cosas fáciles? —pregunté desafiante.

La aprobación brilló en sus ojos.

—En eso tienes razón. A fin de cuentas, tomaste la decisión, imprudente y descabellada, de intentar derrocar al rey de los dioses. Pero tu toma de decisiones, desde luego, es algo en lo que habría que trabajar.

—No te olvides de la de enamorarme del inmortal más insufrible de todos los reinos —añadí con sequedad.

—¿«Insufrible»? —Enarcó una ceja y esbozó una sonrisa—. Creo que la palabra que buscas es «irresistible».

—«Arrogante» —corregí.

—«Seguro de sí mismo» —replicó mientras me pasaba una mano alrededor de la cintura.

—«Dominante».

—«Estratega».

Me reí a mi pesar.

—¿Sabes que es por eso por lo que nadie te soporta?

—Y, sin embargo, aquí estás —murmuró muy satisfecho—. Y me soportas bastante bien, por lo que recuerdo de anoche.

La certeza de su voz debería haberme resultado reconfortante, pero un nudo de miedo se me formó en el estómago.

—Habrá que ver si sobrevivo al Forjado.

Apretó más los brazos en torno a mí.

—Ya verás como sí.

—No puedes saberlo. Otros competidores han muerto. ¿Y si hemos hecho todos estos planes y ni siquiera consigo llegar a mañana?

—No vas a morir hoy —dijo con una convicción inquietante. Me puso la mano en la espalda y trazó el mismo dibujo que antes, justo donde había recitado aquellas extrañas palabras.

—¿Cómo estás tan seguro? —pregunté inspeccionando su rostro.

La curiosidad brilló en sus ojos un breve instante, aunque se apresuró a disimularla.

—Porque te conozco, Thais Morvaren. Y eres demasiado cabezota para morir ahora que por fin has conseguido todo lo que querías.

Entonces me besó, intenso y posesivo, como si intentara dejarme su marca antes de que nos separásemos. Cuando por fin se apartó, los dos estábamos sin aliento.

—Debería irme —dije a regañadientes.

—Nos veremos antes de la ceremonia —me prometió, y me robó un último beso antes de dar un paso atrás—. Seré el que tenga aspecto de estar a punto de cometer varios actos de traición por una mujer.

Me eché a reír a pesar de la tensión.

—Una descripción de lo más concreta.

A continuación, me condujo a la puerta. Me sujetó la mano un poco más, y luego me soltó.

Al entrar en mis aposentos me vi envuelta en un frenesí de actividad. Lyralei y los suyos se habían apoderado de todo el espacio; la austera oscuridad de Draknavor se había transformado en un mundo de luz y color. Tejidos de todos los tonos imaginables cubrían los muebles, y las mesas portátiles sostenían un sinfín de frascos y botellas.

Solo podía ponerme un vestido, pero se habían presentado con más de veinte, cada uno más impresionante que el anterior.

—¡Aquí llega! —exclamó Novalie, y corrió hacia mí con un cepillo en la mano—. Empezábamos a pensar que te habías olvidado de tu propia ascensión.

—Como si alguien pudiera olvidarse de que se va a convertir en dios —dijo Vesper burlón mientras examinaba con ojo crítico un bulto de tela—. Aunque cosas más raras han pasado, supongo. Una vez, un competidor estuvo a punto de perderse la ceremonia; se pilló tal cogorza que se quedó traspuesto en Chronos. No sobrevivió

al Forjado.

Lyralei le lanzó una mirada de advertencia.

—No es el tema más adecuado para hoy.

—¿Por qué? Es la verdad. —Vesper me colocó la tela contra el cuerpo y ladeó la cabeza, pensativo—. Además, nuestra Thais valora la sinceridad. ¿A que sí, querida?

—Más de lo que te imaginas —respondí, y me dejé llevar a un sillón. Novalie empezó a peinarme de inmediato.

Durante la hora siguiente me puse en sus manos para que obraran la transformación. El ritual, ya familiar, resultaba casi reconfortante, un último retazo de normalidad antes de que todo cambiara para siempre.

—Hoy estás distinta —comentó Lyralei mientras me rodeaba el cuello con una delicada cadena de plata—. No sé, como más ligera.

—¿De verdad? —pregunté con tanta naturalidad como pude.

Se me quedó mirando.

—Sí. ¿Qué has hecho?

No contesté, pero noté que el color me subía por las mejillas.

—¿Te has puesto roja? —preguntó muy ufana—. Nuestra pequeña competidora tiene secretos.

—Como todo el mundo —dijo Vesper con una sonrisa burlona—. Pero algunos son más deliciosos que otros.

Obligué a mi rostro a mostrar una expresión neutra. Mi relación con Xül debía permanecer en secreto de momento, y no podía permitir que la cara me delatase.

—No pretendíamos ofenderte, querida —me aseguró Novalie con una palmadita en el hombro—. Estás en la recta final. Resérvate el mal humor para el primer siglo.

—Tiene razón —convino Vesper, que al fin se había decidido por una tela—. Todo el mundo necesita unos cuantos decenios de malas decisiones y remordimientos antes de encontrar su camino. Podría decirse que es una tradición entre los dioses.

Sus palabras me hicieron sonreír pensando en el futuro que podría esperarme; esperarnos. Un siglo con Xül. Un milenio. La eternidad. Un mundo en el que yo viviese y Olinthar muriese.

El vestido que eligieron por fin no tenía ni la oscuridad de Draknavor ni la luminosidad deslumbrante de Sundralis; captaba ese momento intermedio del anochecer, cuando aparecían las primeras estrellas, pero aún no había acabado de desvanecerse la luz del día.

—Perfecto —declaró Lyralei, y dio un paso atrás para admirar su trabajo—. Una diosa de los pies a la cabeza, incluso antes de la ceremonia.

Novalie dio palmas, emocionada.

Por último, recogieron sus cosas y se despidieron de mí. Novalie me abrazó con fuerza y me hizo prometerle que iría a verlos a Asteria. Vesper me dio dos besos.

Pronto quedó tan solo Lyralei, que me observó con esa mirada arcana y sabia que parecía verme el alma.

—Gracias por advertirme de lo de la bebida en las Cataratas de Cristal —dije en voz baja.

—Antes de ser estilista —respondió en el mismo tono— trabajaba en la destilería de llanto onírico. —Su rostro se ensombreció—. Lo conozco muy bien y sé qué hace, pero sobre todo recuerdo el olor. —Arrugó la nariz con expresión de asco—. No puedo con él. Se queda pegado a todo: a la ropa, al pelo, a la piel… Lo reconozco a la legua.

—¿Llanto onírico? —pregunté; no me sonaba de nada.

—Es lo que había en la bebida —explicó sin apartar los ojos de los míos—. Lo que os dieron a todos los competidores. Un sedante suave con propiedades alucinógenas. Hace que los sueños cobren vida ante tus ojos. —Apretó los labios en una línea—. Pero la copa que te dieron tenía tanto que te habría dejado fuera de juego.

—Habría muerto quemada. —Otro intento de acabar con mi vida, más sutil, pero no menos letal.

Pensé en cuando Kavik intentó matarme en el bosque, en sus manos alrededor de mi cuello, en aquellas palabras que repetía y aún me resonaban en los oídos.

—Alguien te la tiene jurada, Thais —dijo Lyralei muy seria—. Alguien que no quiere que asciendas.

—¿Sabes quién es? —pregunté, aunque ya tenía mis sospechas.

—Tiene que ser alguien que estuviera en las Cataratas de Cristal, y no había tanta gente —Sacudió la cabeza y su pelo canoso reflejó la luz—. Pero no, no sé quién es.

Lyralei me atrajo hacia sí y me abrazó con una fuerza sorprendente para su etérea figura.

—Ten cuidado —susurró contra mi pelo—. Cuanto más te acerques a la ascensión, más peligro correrás. No todo el mundo quiere que surjan nuevos dioses.

Al separarse me puso algo frío en la palma de la mano, un frasquito lleno de un líquido plateado y traslúcido.

—Para dormir sin sueños, si te hace falta después —explicó, y me cerró los dedos alrededor del frasco—. La ascensión te cambia. A veces se tienen sueños… difíciles.

Me guardé el frasco en un bolsillo del vestido, agradecida por su

previsión.

—Gracias. Por todo.

Lyralei sonrió y dio un paso atrás.

—Hasta pronto. No tardaremos en volver a vernos.

Con una última caricia en mi mejilla, salió de la habitación y me dejó a solas con mis pensamientos y mi reflejo: una desconocida vestida de diosa que se disponía a convertirse en algo diferente.

Varias horas después salí a una de las terrazas superiores del castillo, donde me esperaba Xül. Al verlo me quedé sin aliento. Iba ataviado con lujosas telas de un carmesí intenso, con ribetes dorados y el escudo de su dominio bordado en la esquina superior izquierda de la capa. Se había recogido las trenzas hacia atrás, lo que resaltaba los perfectos ángulos de su rostro, y una corona dorada le adornaba la cabeza. Era la primera vez que se la veía puesta.

Marx me lanzó una mirada cómplice antes de volverse hacia Aelix y ponerse a hablar con él.

—¿Nerviosa? —preguntó Xül en voz baja.

—Aterrorizada —reconocí. Puede que con cualquier otra persona hubiera mantenido la apariencia de fortaleza que había llevado como una armadura los últimos meses. Pero no con él. Nunca con él; ya no.

—Eso es bueno —dijo para mi sorpresa—. El miedo te mantiene alerta. Te mantiene con vida.

—¿Es un consejo oficial del príncipe? —pregunté con voz algo burlona—. ¿El miedo es bueno?

—Es necesario —corrigió con la vista perdida en el horizonte—.

Pero no te dejes llevar por él. Canalízalo.

—¿Hacia dónde?

Volvió a mirarme, y sus ojos ardían con una intensidad que me estremeció.

—Hacia el poder. Hacia la supervivencia. —Sus dedos rozaron los míos, y el contacto me subió por el brazo como una descarga eléctrica—. Tengo planes para ti, Thais Morvaren, que requieren que estés muy viva mucho tiempo.

—¿Planes? —repetí enarcando una ceja—. Ya sabes qué opino de que me digan lo que tengo que hacer.

La sonrisa que se extendió por su rostro era cegadora.

—Cuento con ello, estrellita. Tu indocilidad es la mitad de la diversión. —Sus ojos se oscurecieron mientras me recorrían de arriba abajo, deteniéndose en mis labios—. De la otra mitad no se puede hablar en público.

La tensión se instaló en lo más profundo de mi ser. Antes de que pudiera contestar, el aire brilló y un portal empezó a formarse.

—Salvada por la intervención divina —murmuré, y le arranqué una risita.

—Solo es un aplazamiento —corrigió con una voz que entrañaba una deliciosa amenaza—. A fin de cuentas, tenemos toda la eternidad.

—Sundralis —murmuró Aelix.

El portal se estabilizó y pude vislumbrar lo que había al otro lado: un resplandor deslumbrante, edificios gigantescos, un espacio de pura luz solar. Sundralis, el corazón del espacio divino, el dominio de Olinthar.

El lugar donde reinaba mi padre.

Xül dio un paso al frente, envarado, conteniendo la tensión a duras penas. Me tendió la mano con la palma hacia arriba. Un ofrecimiento, no una orden.

—¿Preparada? —preguntó.

Miré a mi alrededor por última vez, para contemplar el dominio que había sido mi prisión, mi campo de entrenamiento y, al final, algo parecido a un hogar. Veía las playas de arena negra a lo lejos. El cielo carmesí. El castillo pesadillesco que había presenciado gran parte de mi transformación.

Posé la mano en la de Xül y sentí la calidez de su piel.

—Juntos —dije, y aquella palabra entrañaba una promesa.

Cerró los dedos alrededor de los míos con fiera posesividad.

—Siempre.

Juntos caminamos hacia el portal, seguidos de cerca por Marx y Aelix. La luz dorada de Sundralis se extendió para rodearnos y arrastrarnos a un día cegador.

Mi último pensamiento antes de cruzar fue para Thatcher, que esperaba en algún lugar de aquel reino de luz.

«Ya voy», le transmití a través de nuestro vínculo, con la esperanza de que percibiera mi proximidad.

Y la luz dorada nos engulló a Xül y a mí, aún cogidos firmemente de la mano.

CAPÍTULO 62
EL FORJADO

La luz de Sundralis me golpeó y me dejó sin aliento.

Crucé el portal a trompicones, maldiciendo en voz baja. Los meses de luz mortecina en Draknavor no me habían preparado para semejante asalto. Aquello no era la luz habitual del sol; era una puñetera arma, una agresiva demostración visible de ego divino.

—Es… —Marx entornó los ojos y arrugó la cara, incómoda.

—Muy desagradable —murmuré. Para tratarse de un dominio consagrado al sol, aquella luz no podría ser más falsa. Como si pretendiera intimidarte y que te sometieras. De inmediato eché de menos la sincera oscuridad de Draknavor, las sombras que no parecían tener miedo de ser ellas mismas.

—Olinthar siempre ha valorado más la apariencia que el contenido —susurró Xül, observando el horizonte con desprecio poco disimulado.

Le seguí la mirada. La ciudadela de Sundralis se alzaba frente a nosotros, una visión resplandeciente de oro y mármol blanco. Tanto brillo hizo que me lloraran de nuevo los ojos. Cada torre, cada arco,

cada sendero presumía de su estéril perfección.

Todo el conjunto carecía de vida. De libertad.

—Por aquí. —Aelix señaló el chapitel central.

Se me revolvieron las tripas. Había llegado el momento. La culminación de todo lo que había ocurrido desde aquel día espantoso en Cresta Salada.

Recorrimos sinuosos caminos empedrados. Los seres divinos se paraban a mirarnos y sus murmullos nos perseguían. Yo iba muy erguida, con la cabeza bien alta. No iba a permitir que su presencia, ni la sensación de sus miradas en el cogote, me afectasen.

—Este Juicio no es como los otros —comentó Xül en voz baja, y me rozó el hombro con el suyo—. Aquí no hay portales de visualización. Hoy, toda la gente importante estará aquí, en Sundralis.

Exhalé con cuidado.

—Qué sorpresa.

El interior de la ciudadela era aún más agobiante: techos altísimos, paredes de un blanco tan impoluto que me cegaba. El rostro de Olinthar se asomaba desde cada pintura, cada mosaico, cada tapiz, como una máscara perfecta y benévola.

Al acercarnos, unas puertas se abrieron de par en par sin hacer el menor ruido. La Cámara de la Ascensión apareció frente a nosotros. Me detuve en el umbral, un poco abrumada.

La cámara era enorme, circular, rematada por una cúpula de cristal que desviaba y refractaba la luz, ya de por sí dolorosa. En el centro había unas peanas de mármol blanco, cuatro islas solitarias en un mar de suelo pulido.

—¿Nos tendremos que poner ahí? —murmuró Marx, que estaba

a mi lado—. ¿Como estatuas vivas?

—Eso parece —respondí sin disimular mi desagrado. Las peanas parecían altares, aras de sacrificio. Y, en cierto modo, quizá lo fuesen.

Circunvalaban la mitad de la cámara doce tronos muy recargados. Los aesymar, seres tan poderosos que a su alrededor el aire se ondulaba y resplandecía, se aprestaban a ocupar sus puestos. El primero al que vi fue Vorinar, el dios del destino, encogido en su trono, con los ojos vidriosos y la mirada perdida. Así que allí hacía acto de presencia, aunque no había acudido a la reunión de la noche anterior. A su lado estaba Davina, y, junto a ella, Morthus. Sus ojos oscuros buscaron los míos durante una fracción de segundo y asintió con un gesto sutil.

Los conté a todos; cada nuevo rostro me hacía sentir aún más incómoda, hasta que llegué al trono central, mayor que los otros, tallado en oro y cristal. Estaba vacío.

Los seres divinos abarrotaban la sala, y sus miradas se derramaban por los niveles inferiores. La intensidad de las voces subía y bajaba, olas de emoción en un agitado océano de sonido.

—Buitres —murmuró Marx.

—Vienen a ser testigos de la historia —corrigió Aelix con suavidad.

—Eso he dicho.

Recorrí con la mirada la muchedumbre de inmortales en busca del rostro que me importaba de verdad. Y allí estaba. Un destello de liso cabello azabache.

Thatcher.

Vestía los colores de Chavore; pero, cuando nuestras miradas se

cruzaron, la feroz determinación que vi en sus ojos fue inconfundible. Durante un segundo me olvidé de respirar.

Empezaba a echar de menos la sonrisa despreocupada de antes.

En cualquier caso, lo habíamos conseguido. Contra todo pronóstico, los dos estábamos allí, vivos. Desde que llegamos a Voldaris habíamos cambiado, cada uno a su modo. Todavía no estaba segura de que hubiera sido para bien.

Sentí una mano que se me deslizaba por la espalda.

—Puedes ir —dijo Xül, su voz un susurro en mi oído—. Hay tiempo.

Levanté la mirada y enarqué una ceja.

—Ve —insistió, señalando a Thatcher con un gesto—. La ceremonia no empezará hasta dentro de unos minutos.

Me abrí paso entre los presentes, que se apartaron de mala gana. Al acercarme a Thatcher, vi que no estaba solo. Lo acompañaba Chavore, engalanado con insignias militares que relucían bajo la luz cegadora de Sundralis. Elysia lo tenía cogido del brazo con gesto posesivo.

—Hola —saludó Thatcher con un esbozo de sonrisa.

—Vaya, qué elegante se te ve —respondí medio en broma.

Sofocó una risita.

—Creía que a estas alturas ya te habrías acostumbrado.

Chavore posó la mirada en mí y frunció el ceño.

—Eres… —Se interrumpió y parpadeó muy deprisa, como si quisiera despejar la visión—. La hermana de Thatcher, ¿no?

Un escalofrío me corrió por la espalda.

Elysia sonrió.

—Se llama Thais, querido —indicó. Los dedos se cerraron con

más fuerza alrededor del brazo de Chavore.

—Claro —asintió Chavore, pero su mirada seguía perdida, vacía —. Thais. Te pido disculpas.

—Estábamos hablando de la celebración que habrá tras la ceremonia —dijo Elysia con voz almibarada—. Tienes que unirte a nosotros, Thais. Siempre y cuando sobrevivas al Forjado, claro.

Lo dijo con un tono tan despreocupado que me produjo un cosquilleo en los dedos, pero mantuve el rostro impasible y la voz calmada. Tuve que hacer acopio de toda la formalidad ridícula que me había enseñado Xül en los últimos meses.

—Gracias por la invitación. Desde luego, lo tendré en cuenta.

—Sería un honor para nosotros —contestó Chavore.

—Bueno, ya veremos cómo sale todo —concluyó Elysia con una sonrisa forzada mientras tiraba del brazo de Chavore—. Vamos, querido, tenemos que hablar con tu padre ante de que empiece la ceremonia.

Chavore la siguió sin protestar, dejándose arrastrar como un perrito faldero. Los vi alejarse y sentí una inquietud que casi me revolvió el estómago.

—¿Qué le pasa a Chavore? —pregunté en voz baja en cuanto se alejaron lo bastante para no oírnos.

La expresión de Thatcher se volvió sombría.

—Ya te lo he dicho. Se comporta así desde el principio.

Chavore y Elysia desaparecieron entre la multitud.

Atisbé a Xül al otro lado de la sala. Nuestras miradas se cruzaron y sentí una opresión en el pecho, algo más cálido y complicado que el pánico. Los recuerdos de la noche anterior se desplegaron en mi mente.

Y entonces sentí que Thatcher me taladraba con la mirada.

«Nunca te había visto mirar así a nadie».

«No sé a qué te refieres». Aparté los ojos al instante para intentar cambiar de tema.

«No puedes mentirme, Thais. Y no eres solo tú. Él te mira del mismo modo».

«Es complicado. —Entrechoqué nuestros hombros—. Y no me mires así, con esos ojos abiertos y tristones».

«Tienes derecho a tus sentimientos, Thais —musitó—. En Cresta Salada no te lo permitías. Pero ahora las cosas son diferentes».

Dudé un momento y luego dejé que una pequeña verdad se deslizase por nuestro vínculo.

«Las cosas han cambiado».

«¿Con Xül?». La curiosidad de Thatcher fue como un latido en nuestra conexión.

«Sí». No estaba preparada para entrar en más detalles, ni siquiera con Thatcher. Lo que había entre Xül y yo era demasiado frágil, demasiado nuevo. Demasiado fácil de romper.

Thatcher me observó con atención y sentí su comprensión a través del vínculo. No insistió.

«Pase lo que pase, te apoyaré».

Su consuelo fluyó hasta mí y me tranquilizó, como muchísimas otras veces a lo largo de nuestra vida.

«Me resulta difícil hacerme a la idea —reconocí—. Tener un "después". No me parece real».

«No hables antes de tiempo. Todavía tenemos que sobrevivir a lo de hoy».

«El universo no va a poder librarse de los mellizos Morvaren con

tanta facilidad».

Me envolvió en un fuerte abrazo.

La nota de una campana de ceremonias reverberó por la cámara e hizo callar a la multitud. Aparecieron los escribas de Olinthar, vestidos de oro y blanco, con rostros serenos como máscaras, para guiarnos a nuestros puestos. Se parecían tanto a los sacerdotes de Cresta Salada que me costó no estremecerme.

«Deberíamos unirnos a los demás —dije a modo de despedida—. Nos llaman para que ocupemos nuestros lugares».

Thatcher asintió y me estrechó la mano un instante.

—Cuando esto acabe, hablaremos en condiciones. De todo.

—Está bien —convine.

A cada paso que me acercaba a las peanas, las piernas me pesaban más y más. Había llegado el momento que lo cambiaría todo. El momento del éxito o el fracaso. De la vida o la muerte. De convertirnos en divinos o que la divinidad nos consumiera.

Me dirigí a mi puesto en el mármol frío, consciente de pronto de los miles de ojos inmortales clavados en nosotros. Marx ocupaba la peana contigua a la mía; su expresión era de serenidad, pero se golpeteaba el muslo con los dedos, nerviosa. Thatcher estaba frente a nosotros, junto a Vance. Si tenía miedo, no lo demostraba.

Las puertas de la cámara se abrieron de nuevo y un silencio se abatió sobre la sala. Entró Olinthar, y hasta el mismísimo aire pareció apartarse.

La luz se derramaba de él.

Mi padre. El puto culpable de todas mis pérdidas, que pronto pagaría por ello. Pero, en realidad, ¿cómo de pronto era «pronto»? Dado que disponíamos de toda la eternidad, ¿cuánto tendríamos que

esperar antes de acabar con él? Me arrepentí de no haberlo preguntado.

Me obligué a mirarlo mientras ocupaba su trono. Me negaba a dejarme acobardar, pero el odio que ardía en mi pecho era tan intenso que temí que se me reflejara en la piel. Sus rasgos perfectos habían adoptado tal expresión de benévola autoridad que tuve ganas de gritar.

—Bienvenidos —entonó, y su voz, sin esfuerzo aparente, resonó por toda la sala—. Hoy seremos testigos de la culminación de los Juicios de Ascensión. Estos cuatro mortales —nos recorrió con la mirada— han demostrado ser dignos de consideración para formar parte de nuestras filas divinas.

Como si nos fuera a conceder un gran honor.

—La ascensión no es solo un premio —siguió Olinthar, que acompañó sus palabras con elegantes gestos de sus manos perfectas—. Es un deber sagrado, un propósito divino que trasciende la comprensión de los simples mortales. Los que se unen a nosotros comparten la carga de dar forma al tejido de la existencia. Esto no será una prueba de habilidad, de fuerza ni de ingenio. —Su tono se había vuelto más solemne—. Es el propio Forjado divino. Los competidores se bañarán en la luz pura de Sundralis, que consumirá su mortalidad y expondrá a la vista lo que subyace en su interior.

Un murmullo se extendió por la multitud. Miré a Thatcher de soslayo: la firmeza decidida de la mandíbula, la inquebrantable determinación de sus ojos me infundieron fuerzas. Juntos. Por fin estábamos juntos.

—Comencemos —anunció Olinthar. Se puso en pie y levantó los brazos hacia la cúpula de cristal que se cernía sobre nosotros. Varias

secciones se retiraron poco a poco para revelar el cielo cegador. La muchedumbre guardó silencio. La tensión en el aire era palpable y casi impedía respirar.

Durante unos instantes no pasó nada.

Y, de pronto, un estallido de luz llenó el mundo.

El haz me golpeó sin previo aviso y me hizo caer de rodillas. No podía respirar ni pensar. La ardiente luz me iba a hacer pedazos desde dentro. La energía me invadía, me desbordaba como un maremoto que destrozase todas mis barreras e inundase cada célula de mi organismo.

Intenté gritar, pero no logré emitir ningún sonido. Clavé los dedos con desesperación en la peana de mármol, un ancla en aquella tormenta que amenazaba con desintegrarme por completo.

No estaba preparada para semejante nivel de dolor.

La luz me quemaba. Dioses, cómo quemaba. No solo la piel, sino el interior: los músculos, los huesos, todo mi ser se consumía bajo aquel ataque cegador. Cada latido del corazón me enviaba fuego líquido por las venas; cada inhalación me llenaba los pulmones de fuego.

Y, entonces, mi poder reaccionó. Se enroscó y se retorció, y se alzó desafiante. De mi piel brotaron espirales de color violeta, que se enfrentaron al oro.

Las dos fuerzas se deslizaron la una sobre la otra, se debatieron, se mordisquearon, se consumieron mutuamente.

Mi campo visual se redujo a un único punto de blanco cegador. Ya no veía la cámara ni a Thatcher. Solo la luz.

Un tajo ardiente se concentró detrás de mis ojos y me taladró el cráneo. La presión fue en aumento hasta que creí que la cabeza me

iba a estallar en pedazos. Algo estaba cambiando. Mi visión se llenó de carmesí, seguido de violeta, hasta sumirme por fin en una piadosa oscuridad.

Allí sentí que me deshacía, que las fibras de mi ser se deshilachaban, que mi esencia se dispersaba por el cosmos. Estaba en todas partes a la vez y en ninguna; me extendía a través de un espacio de incomprensible infinitud.

¿Era la muerte?

No. No era la muerte.

En aquella noche interminable, me aferré a mí misma. A mi nombre. A mis recuerdos. A mi odio. A mi objetivo. Yo era Thais Morvaren, y no estaba dispuesta a permitirle que me arrebatara nada más. Había luchado demasiado, y mucho tiempo, para dejar que aquella rabieta cósmica acabase con mi existencia. La luz podía reconfigurar mi cuerpo, fundirme los putos huesos, pero no terminaría conmigo.

Y Olinthar era un idiota por haberme dejado llegar tan lejos.

Me aferré a la imagen de la cara de Thatcher. De los acantilados de Cresta Salada. De la sonrisa de nuestra madre, guardada en la memoria. De los ojos de Xül, iluminados por las llamas. De Sulien, que me enseñaba a hacerme trenzas con dedos torpes. De los pequeños momentos de paz en los que había consistido mi vida hasta que llegué allí. De los fragmentos de mí que no soportaría perder.

No sé si pasé siglos o segundos en aquella peana. La luz quemaba, construía y destrozaba, pero no a mí. No lo iba a permitir.

Y, de pronto, cesó.

La oscuridad se abatió sobre mí. La repentina ausencia de dolor

fue, en sí misma, una conmoción. Jadeé; me costaba respirar.

El silencio me llenaba los oídos. La cámara aguardaba, expectante.

Estaba viva.

Y, poco a poco, la luz empezó a parpadear en mi campo visual.

Al principio era una sensación cálida en lo más hondo del pecho. No era mi poder ni las estrellas que arrancaba del cielo. Era algo nuevo, algo que estaba en mi interior.

La calidez se extendió, muy despacio al principio, y luego se desbordó a través de mí como un incendio. Quería gritar, pero no me salía la voz.

Levanté las manos frente a la cara, desesperada por encontrar algo a lo que anclarme. La piel me relucía desde dentro. Quise ponerme en contacto con Thatcher a través de nuestro vínculo, pero el rugido de mi mente ahogaba todo lo demás.

Desde las yemas se me extendía un hormigueo. Incapaz de apartar la mirada, vi que en la piel me aparecían trazos de luz estelar; delicadas líneas empezaban en las uñas, como ríos cósmicos que fluyesen cauce arriba. Se enroscaban en las muñecas formando complejos dibujos y luego por los brazos; se abrían y se extendían antes de difuminarse al llegar a los codos.

Algo me rozó el hombro. Al mirar vi que el pelo ya me llegaba por debajo del pecho, más largo de lo que lo había llevado jamás, y siguió creciendo ante mis ojos hasta llegar a la cintura. Los mechones negros parecían absorber la luz, más negros que la propia noche.

Las pecas que me salpicaban los brazos desde niña también cambiaron. Cada puntito marrón empezó a brillar y a continuación se

transformó en una mota dorada.

Veía, una por una, las partículas de polvo que flotaban en el aire; sentía el peso de los siglos que se abatía sobre el reino. El mundo se convirtió en una explosión de colores que no sabía que existieran, sonidos que jamás había oído, sensaciones que no sabía describir con palabras.

Las paredes de mármol del palacio… Veía las vetas de minerales que atravesaban la piedra, los cristales que reflejaban la luz, cada uno en un ángulo distinto, incluso sutiles variaciones de textura invisibles para los ojos mortales.

Oía latir todos los corazones de la sala; era capaz de distinguirlos. Incluso percibía la diferencia de ritmo y poder entre los dioses antiguos y los nuevos aesymar. El roce del tejido de alguien que había cambiado de postura tres filas más atrás. Cada sonido era nítido, distinguible; ya no se fundían entre ellos en un zumbido de fondo.

Mi nueva consciencia se extendía en todas las direcciones a la vez. Sentía fluir las corrientes de poder de la sala como si fuesen ríos invisibles; percibía la antigüedad de la piedra que pisaba. Hasta podía saborear los restos de magia que se mecían en el aire, oler los diversos aromas de los presentes, la fragancia de sus dominios y de su magia.

Entonces giré la cabeza.

Primero enfoqué la peana situada justo enfrente de mí. Estaba vacía.

Vacía.

Pero en la base… Dioses. Me invadieron las náuseas. Un esqueleto calcinado, todavía humeante, tirado en el mármol. Era

todo lo que quedaba de Vance.

El terror se apoderó de mí.

Frenética, busqué a Marx con la mirada. Estaba agachada y su cuerpo desprendía vapor; de los hombros se elevaban volutas de humo. Pero vivía.

Thatcher…

Me volví, y lo vi.

Nuestros ojos se encontraron.

No había añil.

Dos pozos ardientes de puro oro fundido me devolvieron la mirada.

CAPÍTULO 63
DESAPARICIÓN

—Levantad, ascendidos —ordenó Olinthar.

Mis piernas obedecieron antes de que yo lo procesara. Era extraña la forma en que el cuerpo recordaba el protocolo, incluso cuando lo único que deseaba el alma era rebelarse.

La sala vibraba de expectación, con mil ojos inmortales clavados en nosotros, los tres supervivientes. Mis piernas amenazaban con ceder; el nuevo cuerpo divino todavía me resultaba ajeno.

Era demasiado. Todo aquello me sobrepasaba.

—Adelantaos —ordenó Olinthar.

Como uno solo, nos apartamos de nuestras peanas para acercarnos al semicírculo de tronos. A cada paso que daba era más consciente del cambio que había experimentado: me movía con demasiada fluidez; tenía un equilibrio demasiado perfecto, unos sentidos demasiado agudizados. Aquel cuerpo había dejado de ser el mío.

Marx caminaba junto a mí, impasible, aunque de sus hombros aún surgían diminutas volutas de humo y en su piel se apreciaban

las marcas del fuego divino que había estado a punto de consumirla. Había sobrevivido, aunque por los pelos.

—La elección del dominio es el último paso de la ascensión —explicó Olinthar, con una voz que resonaba de forma natural por la amplia estancia—. Los nuevos dioses deben declarar bajo los auspicios de qué dominio vivirán.

Se me aceleró el corazón. Para aquel momento era para lo que habíamos trazado nuestros planes, el verdadero objetivo de todo lo que habíamos tenido que soportar. Acercarse a Olinthar. Ganarse su confianza y darle el golpe de gracia cuando menos se lo esperase.

—Marx —dijo Olinthar moviendo la cabeza hacia ella—, tú serás la primera.

Marx dio un paso al frente, de pronto majestuosa pese al obvio dolor persistente de la transformación.

—Elijo Draknavor —anunció con voz clara y firme—. Serviré junto a Morthus en el dominio de la muerte.

No se desataron murmullos; aquello era lo que esperaba todo el mundo.

Olinthar asintió.

—Que así sea. Morthus, ¿aceptas esta ofrenda para tu dominio?

Morthus inclinó la cabeza sin delatar la menor emoción.

—Acepto.

—Entonces, acércate al trono de la muerte y recibe tu bienvenida formal.

Marx, con garbo renovado, se situó ante Morthus. El dios de la muerte le puso una mano en la cabeza y dijo algo en voz tan baja que ni mi oído agudizado lo pudo captar. Una corriente de energía oscura fluyó entre ellos, y, cuando Marx se volvió hacia los

congregados, sus ojos dorados mostraban motas de un negro profundo.

—Thatcher Morvaren —prosiguió Olinthar, y volvió su atención hacia mi hermano—, haz tu declaración.

Thatcher dio un paso al frente, con una expresión perfecta de respeto y humildad que yo sabía que eran falsos.

—Elijo Sundralis —dijo con voz clara y firme—. Serviré en el dominio de la luz y el orden.

Los murmullos arreciaron un poco; a fin de cuentas, era el pupilo de Chavore. Pero pocos estaban al tanto de lo que quería Olinthar en realidad, de los planes que tenía para Thatcher. Y sospechaban menos aún que aquella elección conllevaría el derrocamiento de su rey.

Pero Olinthar sonrió, un lento y satisfecho enarcar de labios que me puso la piel de gallina por preparada que estuviese para ello.

—Sabia elección —dijo—. Acepto tu servicio con agrado.

Thatcher hizo una profunda reverencia, la viva imagen de la gratitud deferente. Solo yo podía percibir la mirada calculadora de sus ojos dorados, la fría determinación que era un reflejo de la mía.

—Y por último… —Olinthar me dirigió la mirada. Puede que fuese la primera vez que veía aquellos ojos clavados en mí y solo en mí. Estaba inexpresivo; su rostro era inescrutable. Cómo lo odiaba, por los dioses. Quería arrancarle esos ojos con mis propias manos—. Thais Morvaren.

La sala quedó en silencio. Había llegado la hora de la verdad. No pude evitar mirar a Xül de reojo. Tenía una expresión cautelosa pero neutra, aunque noté la tensión en su mandíbula, la forma en que apretaba un puño a un lado del cuerpo. Él ya sabía cuál sería mi

elección, pero eso no impedía que el dolor aflorase a sus ojos.

—Elijo Sundralis —declaré, con voz firme pese a la inesperada punzada en el pecho—. Serviré en el dominio de la luz y el orden.

Los murmullos dieron paso a una oleada de cuchicheos sorprendidos.

La sonrisa de Olinthar se amplió, y la satisfacción de su mirada hizo que la bilis me subiera a la garganta.

—Qué… interesante —dijo—. Los mellizos, reunidos en Sundralis. Qué gran honor para nuestro dominio. Acepto tu servicio, Thais Morvaren.

Bajé la cabeza, no por respeto, sino para ocultar el odio que estaba segura de que me afloraba a los ojos. Cuando volví a levantarla, me esforcé por no mirar a Xül. No habría soportado la visión de lo que reflejara su rostro en ese momento.

Olinthar, con una mano perfecta, me hizo señas para que me acercase. Caminé hasta su trono, cada paso más pesado que el anterior. Noté la frialdad de sus dedos en la frente mientras pronunciaba las palabras que me consagrarían a su dominio, y me inundó la magia divina de Sundralis. Me sentí enferma y fuera de sitio.

Después di un paso atrás. De algún modo percibía que estaba atada a aquel lugar, al mismísimo ser al que había jurado destruir.

—Que empiece la celebración —proclamó Olinthar, y se levantó de su trono—. ¡Esta noche damos la bienvenida a tres nuevos aesymar al panteón de Voldaris!

La multitud estalló en vítores y aplausos. Empezó a sonar una música sin origen discernible y aparecieron sirvientes cargados con bandejas repletas de comida y bebida que resplandecían de energía

divina.

Había divinidades por todas partes; sus rostros se fundían en un océano de rasgos perfectos y miradas calculadoras. Todos querían algo: pasar un momento con los nuevos dioses, tener la oportunidad de establecer relaciones que les granjearan favores en el futuro. El peso de su atención en mis sentidos divinos recién adquiridos resultaba abrumador.

«Son muchísimos —le transmití a Thatcher a través de nuestro vínculo, que, tras la transformación, vibraba con fuerza renovada—. ¿Cómo esperan que recordemos todos estos nombres?».

«Tú sonríe y sé guapa —respondió, y el familiar tono burlón de su voz mental me tranquilizó—. Es lo que se nos da mejor».

Contuve una risita, lo que me granjeó miradas curiosas de las deidades menores que me rodeaban. Una diosa de rizos plateados me comentaba que ella también servía en Sundralis, pero sus palabras me resbalaban como el agua. Solo podía fijarme en el resplandor dorado que emanaba mi hermano. Estaba a unos diez pasos, ya rodeado de sus propios admiradores, pero nuestra conexión permanecía intacta.

La gente se movió y, de pronto, perdí de vista a Thatcher. La presión de los cuerpos aumentaba a medida que se acercaban más inmortales para felicitarme. Me tocaban los hombros, las manos, y alababan mi fuerza, mi resistencia, mi belleza…, como si supieran de mí más de lo que habían visto durante los Juicios.

Sonreía y asentía, poniendo en práctica los modales que Xül se había empeñado en inculcarme los últimos meses. Sí, era todo un honor. No, la transformación no había dolido demasiado. Sí, estaba deseando servir en Sundralis. Las mentiras brotaban con fluidez.

Una presencia se materializó detrás de mí, y unos dedos familiares me acariciaron la parte inferior de la espalda. No me hizo falta darme la vuelta para saber quién era. Mi cuerpo lo había reconocido al instante, y respondió con una calidez que me subió por la columna.

—Te sientan bien los ojos dorados, estrellita —murmuró Xül, tan cerca que su aliento me rozó la oreja.

Me estremecí. Cuando me giré para mirarlo, su expresión era cautelosa, pero sus ojos ardían con una intensidad que me dejó sin aliento.

—Me marcho. Voy a tener una conversación bastante complicada —dijo mientras dejaba vagar la mirada por la multitud.

Me sentí pletórica. Estaba dispuesto a hacerlo de verdad. Le apreté la mano, con cuidado de que no nos viese la gente que nos rodeaba.

—Suerte.

Me miró un momento a los ojos y después echó un vistazo rápido a mis labios. Una promesa para luego. A continuación, se alejó y se abrió paso entre los congregados con la elegancia de un depredador.

Recorrí la sala con la vista en busca de Thatcher, pero no se le veía por ninguna parte.

«Avísame si necesitas que te rescate», le transmití a través del vínculo.

«Muy bien. Lo mismo digo».

Otra cara me llamó la atención: Marx, con aspecto incómodo y algo apartada de la celebración mientras varios portadores de luz intentaban entablar conversación con ella.

Murmuré unas cuantas excusas corteses para zafarme de mis admiradores y caminé en su dirección. El rostro de Marx se iluminó de alivio al verme llegar.

—Gracias a los dioses —murmuró cuando estuve a su lado—. Si hubiera tenido que escuchar otra felicitación vacía, me habría puesto a maldecir a la gente.

—¿No hace ni una hora que eres una divinidad y ya abusas de tu poder? —dije con una sonrisa.

—Solo hago planes. —Cogió dos copas resplandecientes de la bandeja de un sirviente cercano y me tendió una—. ¿Por qué no?

Bebí un trago con cautela y el líquido me calentó desde dentro.

—¿Mejor? —preguntó Marx.

Solté un resoplido.

—¿Salimos a tomar el aire? —propuse haciendo un gesto hacia unas puertas de cristal que daban a una terraza.

Nos escabullimos para dejar atrás la algarabía de la celebración.

En cuanto nos quedamos a solas me di cuenta de lo descuidadas que habíamos sido hasta entonces. Con mis nuevos sentidos podía oír lo que se decía tres habitaciones más allá, los susurros de la tela, las respiraciones, los latidos de varios corazones, cada uno con su ritmo. Si captaba todo aquello, ¿qué habrían escuchado los aesymar cuando éramos mortales?

Aquella idea me heló la sangre. ¿Cuántos secretos habíamos revelado creyéndonos a salvo en estancias vacías?

—Bueno —dijo Marx, apoyándose en la barandilla del balcón—. Veo que has tenido alguna epifanía desde la última vez que hablamos.

No había acusación en su voz, pero aun así me puse a la

defensiva. Le llevé la mano a la muñeca, una advertencia silenciosa, y después me incliné tanto que casi le rocé la oreja con los labios.

—Tenemos que ser cuidadosas —dije, apenas un suspiro. Hasta Marx, tan cerca, tuvo que hacer un esfuerzo para oírme—. Puedo oír muchas cosas. Y eso significa que siempre han podido escucharnos.

Vi la comprensión en sus ojos.

—Mierda —me dijo al oído, también en voz bajísima.

—Sí. —Mantuve aquel volumen casi inaudible—. Tuvimos suerte. O puede que no les importáramos lo bastante para escucharnos.

La expresión de Marx se ensombreció ante las implicaciones. Nos quedamos en silencio un momento. Luego se acercó más para seguir hablando en ese susurro casi imperceptible.

—Pues ahora sí que te van a escuchar, sobre todo después de lo que acabas de hacer. —Bebió otro trago de su copa para disimular el movimiento de los labios—. ¿Sundralis, Thais? ¿En serio?

—Sí —murmuré—. Thatcher…

—Lo entiendo —zanjó antes de que terminase de defenderme—. La familia es lo primero. Siempre lo ha sido para ti.

—No es solo eso. —Busqué las palabras para expresar el impulso al que se debía mi decisión—. Es… No lo sé. Algo marcha mal por aquí. Thatcher me dijo una vez que había luz por todas partes, pero que era como si algo estuviese fuera de lugar. Ahora que he venido, entiendo a qué se refería. Es algo opresivo, como si tuviera peso.

—Yo suponía que estaba hecho a propósito.

—Puede ser. —Contemplé los jardines perfectos—. Pero pienso averiguarlo.

Marx asintió en muestra de aceptación. Era una de las cosas que valoraba de ella: no hacía falta explicarle hasta el último detalle, no

me pedía que justificara mis decisiones. Se limitaba a confiar en que tenía mis motivos.

—Te echaré de menos —dijo de repente, deprisa y corriendo.

Me volví hacia ella con los ojos entornados.

—No te sorprendas tanto —murmuró—. Ya sabes que estoy en mi derecho de tener sentimientos. De tanto en tanto. Cuando nadie me ve.

—Yo también te echaré de menos —reconocí; Marx era la persona a la que más fácil me resultaba decir la verdad—. Ahora, ¿quién me pondrá en mi sitio cuando diga tonterías?

—¿Thatcher?

—Es demasiado amable.

—Pues Xül.

No pude evitar que me ardiese la cara.

Marx arqueó las cejas.

—¿Hay novedades?

—No. Sí. —Suspiré, con la vista fija en mi copa—. Creo que va a anular el compromiso.

Marx se atragantó con la bebida.

—¿Cóóómo?

—Sí. —Incluso al decirlo me sonó irreal.

Marx me miró con intensidad renovada.

—Eso es… gordísimo. Tanto como para poner el mundo patas arriba.

—Lo sé.

—Joder. —Apuró la copa de un trago—. A ver cómo afecta eso a… las cosas.

Una respuesta prudente.

—Ya lo averiguaremos.

—Supongo que a lo bestia —dijo—. Pero no te olvides de mí cuando estés muy atareada siendo controvertida y revolucionaria, ¿vale?

—Como si me lo fueras a permitir.

—Ni lo sueñes. —Me dio un golpecito en el hombro—. Vendré a verte todo el rato. Aunque para eso tenga que aguantar esta luz cegadora y esta perfección agobiante.

—Me gustaría mucho. —Aquellas palabras se quedaban cortas para expresar lo que pensaba, lo importante que su amistad había llegado a ser para mí.

—¿Alguna vez te preguntas…? —Vaciló antes de seguir—. ¿Alguna vez te preguntas si se nos olvidará cómo era ser mortales? Tener miedo, preocuparse por nimiedades…

—No se nos olvidará —dije a modo de promesa—. Ni a ti ni a mí.

—Cuánta seguridad para alguien que no hace ni una hora que es una divinidad. —Suavizó el tono con una sonrisa.

—Acuérdate de que somos excepcionales. Tú misma lo dijiste.

—¿Verdad? —Sonrió—. Muy bien, Morvaren, te tomo la palabra. Quedamos dentro de mil años para contrastar opiniones. A ver si aún recordamos lo importante.

—Trato hecho. —Levanté mi copa en dirección a la suya—. Aunque, a ser posible, en algún sitio que sea menos… Sundralis.

—¿A medianoche en la playa de Draknavor?

—Perfecto.

Sellamos el pacto con un brindis. Al bajar la copa me invadió una sensación extraña, como un vacío repentino. El aire me abandonó los pulmones.

Me quedé paralizada y apreté tanto la copa que se le formaron grietas en forma de telaraña.

Algo marchaba mal. Algo marchaba espantosa y catastróficamente mal.

De forma instintiva, busqué mi vínculo con Thatcher, aquella conexión que había vibrado en el fondo de mi conciencia desde que nací, con más fuerza que nunca después de nuestra transformación.

Nada.

Solo… vacío. Un cráter donde debería estar mi mellizo.

—¿Thatcher? —susurré, y a continuación presioné más a fondo, lanzando mi conciencia a lo largo de nuestro vínculo con desesperación. «¡Thatcher!».

Silencio. Ni tan solo un eco.

La copa se hizo añicos en mi mano, y el líquido y los cristales cayeron al suelo como una lluvia. Un terror gélido se apoderó de mi pecho y me apretó los pulmones hasta que fui incapaz de respirar.

—¿Thais? —La voz de Marx se impuso a duras penas sobre el estruendo de mis oídos—. ¿Qué pasa?

—No está —jadeé con la voz quebrada—. Thatcher… No lo percibo. No lo percibo por ningún lado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó agarrándome del brazo.

—Nuestro vínculo de mellizos —dije apresuradamente, presa del pánico—. No está. Como si se hubiera… borrado sin más.

En un abrir y cerrar de ojos, la amiga desenfadada se desvaneció para dar paso a la guerrera junto con la que había luchado en los Juicios.

—¿Cuándo ha sido?

—Ahora mismo. —Me aparté a zancadas en dirección a las

puertas—. Tenemos que encontrarlo cuanto antes.

Irrumpimos de nuevo en la celebración; las risas y la música se habían convertido en el espeluznante telón de fondo de mi terror. Inspeccioné la multitud, frenética, empujando a las divinidades sin preocuparme por el protocolo ni por la política.

—¡Thatcher! —grité—. ¡Thatcher!

Nada. Solo miradas de curiosidad, cejas enarcadas, ceños fruncidos de desaprobación.

—Tenemos que separarnos —decidió Marx.

Asentí, ya en marcha.

—Antes lo he visto hablando con un grupo, cerca de la puerta sur. Voy a empezar por ahí.

—Thais —me agarró del brazo—, ¿es posible que lo hayan… desactivado de algún modo?

—Si alguien ha hecho eso, está muerto —susurré mientras la luz estelar destellaba en mis dedos.

Nos sumergimos entre la multitud en direcciones diferentes. Me abría paso por la masa de inmortales, con mis nuevos sentidos alerta al menor rastro de mi hermano. El olfato, la vista, la sensación del aire en la piel… Todo se había intensificado.

—¿Has visto a Thatcher Morvaren? —preguntaba a quien quisiera escucharme, más desesperada con cada repetición.

Miradas de desconcierto. Encogimientos de hombros. Negaciones con la cabeza.

El corazón me martilleaba las costillas; los latidos llevaban la cuenta del tiempo que pasaba sin Thatcher. Cinco minutos. Diez. Quince. La celebración continuaba en torno a mí, ajena a mi terror creciente.

Divisé a Chavore al otro lado de la sala y caminé directa hacia él.

—Chavore —dije tratando de hablar con firmeza a pesar del pánico—, ¿has visto a Thatcher?

Se volvió hacia mí, con la mirada perdida y velada.

—Thais —dijo con un claro esfuerzo por recordar mi nombre—. Eres… la hermana de Thatcher.

—Sí. ¿Sabes dónde está? No lo veo por ningún sitio.

Chavore frunció el ceño, con una cara de confusión casi infantil.

—¿Thatcher? Estaba… aquí. Antes. —Señaló la sala con un gesto vago—. Después de la ceremonia.

—¿Y ahora? —insistí. Me costaba disimular la desesperación.

Apartó la mirada.

—No… me acuerdo. —Reconocerlo pareció dolerle, y un destello de comprensión le cruzó la cara.

Cuando me disponía a seguir buscando apareció Elysia, que entrelazó un brazo con el de Chavore.

—Aquí estás, cariño —le dijo con voz melosa, aunque a mí me clavó unos ojos helados—. Habías vuelto a apartarte. Vamos; todos nos esperan.

Se lo llevó sin volver a mirarme, guiándolo con una presión sutil. Los miré mientras se alejaban y mi pavor se multiplicó. ¿Qué cojones pasaba con ese sitio?

Empecé a seguirlos, pero tres guardias se materializaron para cerrarme el paso.

—Lady Thais —dijo uno de ellos, cortés pero firme—, el rey Olinthar ha impuesto que todos los recién ascendidos permanezcan en la fiesta. Es la tradición.

—Mi hermano ha desaparecido —espeté.

—Seguro que solo está disfrutando de la recepción en otra parte del palacio —respondió el guardia sin perder la sonrisa apacible—. ¿No deberías reunirte con los otros dioses? A fin de cuentas, este acto se celebra en vuestro honor.

El calculado desprecio de su voz hizo que me hirviera la sangre. La luz estelar me afloró a los dedos, instintiva y peligrosa. Podría incinerarlos a los tres en el sitio. Podría derribar aquel palacio piedra por piedra hasta dar con Thatcher.

Pero con eso no lo ayudaría, y menos si corría peligro.

Tenía que ser más taimada.

—Está bien —dije intentando sonar tranquila—. Ya vuelvo.

Los guardias asintieron satisfechos y se retiraron. Giré como si me dirigiese al salón principal, pero, en cuanto los perdí de vista, me metí por un pasillo lateral. Aún tenía acelerado el corazón por el miedo, pero una rabia fría y calculadora se había instalado junto a él.

Doblé una esquina y un movimiento fugaz me llamó la atención: una sombra incongruente que se arrastraba por un pasillo vacío.

La seguí por instinto, adentrándome cada vez más en el palacio, lejos de la celebración y de los guardias. A mi alrededor se iba haciendo el silencio. Reinaba la quietud.

Y entonces me llegó: un finísimo hilo de energía, muy débil. No era nuestro vínculo tal cual, pero sin duda estaba relacionado con Thatcher. Desapareció casi al instante, pero lo había notado. Un rastro. Una pista.

Corrí hacia allí, aguzando los sentidos en busca de mi hermano, de cualquier otra cosa.

Y entonces lo vi: un destello dorado en el suelo. Caí de rodillas y

lo recogí con dedos temblorosos.

El broche ceremonial de Thatcher. El símbolo de Sundralis.

Acababa de estar allí mismo.

—¡Thatcher! —grité, en voz alta y por nuestro vínculo silencioso. «¡Thatcher!».

Nada. Pero aún notaba el calor del broche en la mano; le quedaban trazas de su energía. Me lo apreté contra el pecho y me concentré para detectar cualquier indicio de su paradero.

Más adelante, de la pared colgaba un tapiz.

Pero lo que me llamó la atención no fue la imagen, sino lo que había detrás: una corriente de aire incongruente, que transportaba un levísimo rastro del aroma de Thatcher.

Me lancé hacia delante y eché a un lado el tapiz de un tirón. Excavado en la pared de piedra, un estrecho pasadizo descendente se perdía en la oscuridad. Entré sin dudarlo. Invoqué la luz estelar con una mano para alumbrarme; con la otra aferraba el broche de Thatcher como si fuera un salvavidas.

A medida que el túnel serpenteaba hacia abajo, el aire se hacía más frío y denso. La mente me gritaba que no siguiera.

No le hice ni caso.

De pronto, el pasadizo desembocó en una amplia estancia y todo el esplendor dorado de Sundralis se fue al traste. Aquel lugar era oscuro y húmedo, y me erizaba el vello. En su centro se alzaba una plataforma de piedra, y, encima de ella, un vórtice negro.

Y estaba cerrándose.

Los bordes se contraían y la realidad se iba rehaciendo a su alrededor. Pero en aquel momento lo percibí: un ligero eco de Thatcher, de nuestro vínculo, procedente del otro lado del portal.

Me lancé hacia la plataforma. «¿Thatcher?».

No hubo respuesta. Pero supe, con una certeza que sentía en los huesos, que mi hermano estaba allí, más allá de aquel portal que se cerraba.

No tenía tiempo para ir a por Marx. No tenía tiempo para buscar ayuda. No tenía tiempo para pensar en lo que pudiera encontrarme al otro lado.

Salté a través de la grieta, cada vez más estrecha, y el poder se arremolinó a mi alrededor mientras la realidad protestaba. La transición fue violenta. Mi cuerpo se estiró, comprimió y retorció de modos que no deberían ser posibles.

Entonces, con una brusca sacudida que me revolvió el estómago, caí contra la fría piedra. El portal se cerró a mi espalda con un sonido sibilante.

Me incorporé hasta quedar de rodillas, esforzándome por respirar.

Delante de mí se alzaba un edificio, una cosa grotesca de piedra negra y metal retorcido con chapiteles que apuntaban a un cielo sin estrellas, sin lunas, sin sol. Solo una nada inmensa y vacía.

En la piedra estaba tallado un tosco emblema: un círculo partido por una grieta.

Un templo. Pero ¿de qué dios?

No tenía la menor idea de dónde estaba. Aquello no se parecía a ningún reino que hubiera estudiado, a ningún dominio que hubiera oído describir. No figuraba en los mapas de Voldaris.

Bajé la vista al sentir un chisporroteo en los dedos. La luz estelar silbaba y crepitaba alrededor de mis manos.

Aquello solo había pasado una vez.

En las ruinas de la guerra de los Primigenios.

CAPÍTULO 64
EL TEMPLO DE LA OSCURIDAD

Los pasillos del templo me tragaron entera; la oscuridad me presionaba la piel como un ser vivo. Avancé a gatas con precaución, pensándome cada movimiento; la piedra me raspaba las palmas hasta dejármelas en carne viva. El aire sabía a polvo y descomposición, con un regusto metálico que me trastocaba los poderes estelares.

Entonces lo vi. Una luz más adelante, apenas visible en la opresiva oscuridad.

Me detuve en seco y me pegué a la fría pared. El corazón me latía con tanta fuerza que estaba segura de que quien fuera que estaba más adelante podía oírlo. Pero no se acercó nadie; no resonaron pisadas en los pasillos de piedra. Solo estaba aquel resplandor que me llamaba hacia sí.

Poco a poco, me arrastré hacia aquella luz, y al doblar una esquina me encontré ante una extensa caverna, en el corazón del templo.

Se me heló la sangre.

En el centro de la cámara, en una tarima elevada, estaba Thatcher, atado e inconsciente. Tenía la camisa rasgada, con el pecho expuesto al aire frío. Y al lado, de pie, una figura encapuchada con una túnica oscura trazaba dibujos en su piel con un dedo pálido.

No me paré a pensar. No podía. Allí no tenía acceso a las estrellas; estaban separadas por toneladas de piedra y tierra. Pero me daba igual; recurrí al poder que bullía en mi interior, a aquel pozo de luz que siempre había ardido en mí. Corría por mis venas con más fuerza que nunca.

Un cuchillo de pura luz estelar se materializó en la palma de mi mano. Tomé impulso con el brazo y lo lancé con todas mis fuerzas contra la figura.

Sin siquiera levantar la vista, quienquiera que fuese hizo un gesto con la mano y mi cuchillo se desintegró.

—Me preguntaba cuándo te unirías a nosotros. —Era una voz cultivada; sonaba divertida y yo no la había oído hasta entonces.

A la mierda las sutilezas. Salí disparada de entre las sombras en dirección a la tarima, a Thatcher, pero no había dado ni tres zancadas cuando una fuerza invisible me golpeó como un ariete. Me estampé contra la pared del templo.

Oí el crujido antes de notarlo, las costillas que se astillaban por la presión. El dolor fue inmediato y absoluto. Me desplomé, sin aire en los pulmones. Pero, mientras hacía esfuerzos por respirar, lo sentí: mis huesos se realineaban. Los tendones se estiraban y se recomponían. Los músculos se cosían de nuevo como guiados por manos invisibles.

Se me escapó un grito al percibir cómo se curaba mi cuerpo.

—Fascinante —murmuró la figura.

Me puse de rodillas y escupí sangre en el suelo de piedra.

—Quítale las putas manos de encima antes de que te las arranque.

En respuesta, el encapuchado apretó con más fuerza el pecho de Thatcher. Bajo su dedo brotó una gota de sangre.

—No puedo permitir interrupciones —dijo con tono de irritación —. O se me pasará la oportunidad.

Me puse en pie tambaleante y volví a hacer acopio de luz estelar. En aquella ocasión no formé un solo cuchillo, sino una docena, y se los lancé a la figura uno detrás de otro. Su barrera bloqueó la mayoría, y las hojas se deshicieron en la nada. Pero una la atravesó e hizo un corte en la manga de la túnica negra.

—Ten cuidado, niña —dijo riendo—. Como dañes la vasija, tu muerte será mucho más lenta y dolorosa de lo necesario.

—¿Qué cojones le estás haciendo? —exigí saber mientras formaba otro cuchillo…, aunque no en mi mano. Mis poderes habían evolucionado más allá de la simple manifestación, notaba que su alcance se ampliaba, que resultaban más fáciles de controlar. La hoja se materializó en el aire, justo encima de la cabeza encapuchada—. ¿Quién eres?

Lancé el cuchillo contra él.

Se disolvió en el instante en que rozó la capucha.

La figura levantó la mano y volví a estrellarme contra la pared, pero, en aquella ocasión, unas ataduras invisibles me sujetaron a ella. Me apretaban las muñecas y los tobillos, inmovilizándome como a un insecto clavado a una tablilla.

—Estoy impresionado de que hayas conseguido encontrar este

sitio —dijo con naturalidad, y por fin levantó la mirada del cuerpo inconsciente de Thatcher—. Digna hija de tu padre.

Me debatí contra las ataduras, que me abrasaban la piel.

—¿Quién cojones eres?

—Algo mucho más antiguo que nada que conozcas, niña.

—¿Por qué haces esto?

—Qué decepción. —Chasqueó la lengua—. Tu tutor no te enseñó bastante historia.

—¿Historia? —gruñí—. ¿Qué tiene que ver Xül con esto?

—Xül —dijo cargado de desdén—. El príncipe de la muerte, que juega a rebelarse. Resulta hasta entrañable. Pero se ciernen amenazas mucho mayores que nadie parece comprender. Dioses y mortales comparten la estrechez de miras; no ven nada más allá de sus propias ambiciones y no pueden reconocer lo que acecha en realidad en su radiante Voldaris.

—¡Déjate de acertijos y dime quién eres!

Despacio, de forma deliberada, la figura alzó la mano y se echó la capucha hacia atrás.

Mi mundo se zarandeó.

Olinthar. Mi padre. El rey de los dioses se alzaba ante mí, con los dorados ojos brillantes.

—Te pareces muchísimo a tu madre —dijo mirándome con la cabeza ladeada—. Y tu hermano también.

—Ni se te ocurra mencionarla. —La furia ardía en mí con más intensidad que ninguna estrella—. Como le hagas daño a Thatcher, te juro por todo lo divino que te despedazaré.

—Ella también era muy cabezota. Toda una luchadora. —Olinthar se apartó de Thatcher y se me acercó, grácil como un depredador—.

Suelen acabar por disfrutarlo. Pero ella no. Se resistió en todo momento.

Un dolor punzante me atravesó el pecho mientras forcejeaba con más encono contra las ataduras. Sentí el poder que se acumulaba en mi interior, más intenso con cada paso de Olinthar. Pero no lo liberé; esperé a que se siguiera acumulando.

Un paso más.

—Él siempre tuvo predilección por las mortales —reflexionó Olinthar—. Ni que decir tiene que yo estoy por encima de esos deseos tan básicos. Pero siempre me resultaba más fácil de controlar cuando le consentía sus vicios.

Se me desplomó el corazón.

—¿De qué hablas?

—Al principio era tedioso permitirle esas libertades —prosiguió como si yo no hubiese dicho nada—. Pero entonces tuve una idea, y decidí que de esos escarceos podría salir algo valioso.

Lo tenía justo delante de mí, tan cerca que podía apreciar la quietud antinatural de sus ojos. Seguí forcejeando mientras mi poder se acumulaba hasta que sentí que la presión me iba a abrir la piel.

—A casi todas las maté antes de que dieran a luz —dijo con tono coloquial—. No podía permitir que el reino de los mortales se llenara de mestizos. Pero en ella sentí algo distinto, como si una parte de mí se hubiera colado en la unión.

—¿Adónde quieres llegar? —Mi voz se quebró—. ¿Solo sabes hablar con putas adivinanzas?

—Una semilla de Primigenio llegó a su vientre —explicó con paciencia, como si estuviera dando clase a un niño no muy despierto.

Se inclinó y me pasó un dedo por la mejilla. Su contacto me quemó como el ácido.

—Tu hermano comparte el poder del mío —susurró.

Intenté apartarme de su contacto, pero las ataduras no cedían. Me sujetó la barbilla para obligarme a mirarlo a los ojos dorados.

Y entonces los vi cambiar.

El oro se desvaneció como si fuera pintura en un lienzo y reveló un plateado tan luminoso que dolía mirarlo.

Se me cortó la respiración. Sentí que el corazón se me había parado.

—No eres Olinthar.

Aquel rostro insufriblemente bello sonrió.

—Este cuerpo es el suyo, sí. Pero rara vez le permito salir a jugar. —Se dio unos golpecitos en la sien.

—Eres…

—Moros, niña. —El nombre salió de unos labios que en realidad no eran suyos—. El Primigenio de los finales. Vivros creyó que me había destruido, pero se limitó a arrancar mi forma de la existencia.

—Cuando llegaron los sacerdotes a Cresta Salada —dije para ganar tiempo mientras hacía acopio de fuerzas con el fin de volver a intentarlo—, iban en nuestra busca.

—En su busca —corrigió Moros, y señaló a Thatcher con un gesto—. Tú solo fuiste una desafortunada complicación.

Cuando el rostro de Olinthar se torció en una sonrisa, vi mi oportunidad. Liberé una fracción del poder que había acumulado y le lancé una esfera de pura luz contra el pecho.

Trastabilló hacia un lado, más por sorpresa que por otra cosa. Pero las ataduras que me retenían se aflojaron.

—Impresionante —dijo y se sacudió la túnica como si solo le hubiera echado vino por encima—. Pero fútil en última instancia.

Volvió junto a Thatcher y una hoja curva apareció en su mano. El metal tenía un brillo aceitoso que me revolvió el estómago.

—Tu hermano no va a morir —murmuró Moros—. Al menos, no de forma permanente.

«¡Thatcher!», grité a través de nuestro vínculo.

Tenía que distraerlo. Había dicho que temía que se le pasara una oportunidad; fuera lo que fuese, parecía importante. Si conseguía hacerlo hablar el tiempo suficiente…

—¿Qué pretendes hacer con él?

Moros giró la cabeza; estiró los músculos de los hombros y después los de los brazos.

—Hacer de su cuerpo mi nueva vasija. Pero antes tengo que absorber el poder de mi hermano, claro está. —Moros sonrió, una expresión grotesca en la cara de Olinthar—. El cascarón que porto ya ha cumplido su finalidad, pero tu hermano tiene algo que llevo mucho tiempo deseando. Que llevo mucho tiempo esperando.

—No conseguiste corromper a Vivros. —Las piezas de las clases de historia de Xül empezaban a encajar—. ¿Y esta es tu segunda oportunidad? ¿Y para eso tienes que atarlo y dejarlo inconsciente, porque, si no, eres demasiado débil? ¿Como lo eras hace milenios?

Olinthar apretó la mandíbula, y le tembló un poco la mano al dejar el puñal en la tarima.

Bien. Había metido el dedo en la llaga.

Ladeó la cabeza para estudiarme con aquellos extraños ojos plateados.

—Crees que lo sabes todo; siempre os pasa a los jóvenes. Por

mucho que me despojasen de la mayor parte de mi poder, aún podría aniquilar civilizaciones enteras. Y sobre todo cuando me reúna con el reino que espera el regreso de su amo.

—Cuánta grandilocuencia por parte de alguien que oculta su identidad —insistí—. De lo más intimidante.

La terrible sonrisa regresó.

—Supe que ibas a dar problemas desde que te vi rogar por su vida en la Prueba. —Ladeó un poco más la cabeza, en un ángulo antinatural que me puso la piel de gallina—. Y sobre todo cuando, de alguna forma, esquivaste todos mis intentos de acabar con tu vida.

De repente entendí muchas cosas. La mirada ausente de Kavik durante el segundo Juicio. Mi bebida más drogada que las otras en el tercero. Se lo había atribuido a Olinthar, y no andaba errada del todo.

—La verdad es que tus intentos fueron penosos —dije con falsa bravuconería.

—Una complicación que podría quitarme de encima ahora mismo —musitó examinándome con aquellos ojos—. Pero ¿dónde estaría la gracia? Has conseguido llegar hasta aquí. —Mostró una sonrisa espeluznante en el rostro de Olinthar—. Así que considero que te mereces algo especial. Algo… apropiado.

—¿De qué hablas? —pregunté con los pelos de punta.

—Cuando el cuerpo de tu hermano sea mi vasija, cuando sus manos sean las mías… —Dejó flotar las palabras en el aire como una promesa—. ¿Qué puede ser más poético que hacer que sea él quien te aniquile? Lo último que verás será su rostro, y sabrás que soy yo quien lo controla.

—Estás enfermo.

—Como todos los seres más interesantes. Pero hoy no voy a fallar. —Volvió a coger el puñal—. Y, cuando haya terminado, se narrará una historia desgarradora.

—Bueno, no pares. Me tienes en vilo.

—En realidad me inspiré en vuestro plan. —La voz de Moros despertaba ecos que parecían proceder de todas partes a la vez—. Dos hijos de la deshonra, de madre mortal; un oprobio para el trono de Voldaris. Cuando el poderoso Olinthar descubrió que su vergüenza vagaba por estos pasillos, quiso eliminarla. Pero los vástagos se defendieron, con un poder que escapaba a cualquier comprensión. Por desgracia, solo sobrevivió el joven Thatcher, y llevado por la justa furia dio muerte a su padre para vengar la de su hermana, tras lo cual reclamó el trono por derecho de nacimiento.

Dioses.

—¿Cómo te enteraste de nuestro plan?

Volví a tirar del vínculo. «¡Thatcher! ¡Despierta, despierta, despierta!».

—¿Sorprendida? —Moros parecía disfrutar con mi asombro—. Hasta ayer no estuve al tanto de vuestras intenciones, pero absorber a Vorinar fue muy esclarecedor. La capacidad de ver todos los futuros posibles resulta extremadamente útil.

El hielo me inundó las venas. Vorinar. El Juicio que había terminado de forma tan abrupta. La desestabilización de su dominio. El recuerdo de aquellos ojos vacíos, vidriosos, me revolvió el estómago.

—Lo corrompiste.

—Eso es, querida. —Su aprobación me erizó el vello—. Era la

oportunidad perfecta. Puedes figurarte cuánto me alegré de descubrir sus planes de matar a tu hermano durante el último Juicio. No podía permitirlo, claro está. Pero lo que no me esperaba fue enterarme de la rebelión que se gestaba en mis dominios.

Lo sabía todo. Cada plan, cada alianza, cada esperanza que albergábamos. Y lo destruiría todo si no le paraba los pies allí mismo.

Tenía que ganar más tiempo.

—Pero no todos los dominios tienen intención de rebelarse. —Me aferré a cualquier cosa con tal de que siguiera hablando—. Algunos te son leales. Más de lo que conviene para mantener el equilibrio, ¿no crees?

—Eres un saco de sorpresas, Thais Morvaren. —Parecía impresionado de verdad—. Yo creía que mi fusión con Axora era más… discreta.

—¿Qué falta te hace una alianza con la guerra? —insistí—. ¿No decías que, después de esto, tendrás la fuerza suficiente para imponer tu voluntad en todo el reino?

—Piensas a pequeña escala.

—Bueno, tengo una mente de mortal, ya sabes —dije con tono burlón—. Como tú mismo has dado a entender varias veces. Ya que vas a matarme de todas formas, ayúdame a entenderlo.

—¿Por qué iba a conformarme con este reino cuando podría tener el siguiente? ¿Y, después, el siguiente? —Le relampaguearon los ojos—. Para eso necesito un ejército que, más adelante, se una a las fuerzas que dejé atrás.

Se me heló la sangre. Quería hacerse con todos los reinos. Con los cuatro panteones.

Y, de pronto, la muerte de Darian en el banquete cobró un terrible sentido. Sacerdotes estacionados en los campamentos militares, en busca de bendecidos entre soldados con formación. Su objetivo eran aquellos que ya sabían combatir, seguir órdenes y guerrear.

Entonces me acordé de una cosa que me había dicho Xül: «Muchos aesymar carecen de auténticos dones; inmortales, pero indefensos».

—Los ascendidos —dije muy despacio—. Buscas en ellos el poder que no tienen los aesymar. Pero la mayoría de los participantes muere en los Juicios. ¿Cómo puedes formar un ejército con tan pocos supervivientes?

La expresión de Olinthar seguía inalterable.

—Los Juicios tienen su finalidad. Los que mueren nunca tuvieron la fuerza suficiente para ser relevantes. En cambio, los que sobreviven —hizo una pausa— han aprendido la única lección que importa: que la voluntad divina es absoluta. Los esbirros perfectos no solo son poderosos; también tienen la lealtad grabada a fuego.

«¡Thatcher! ¡Este sería un momento cojonudo para que te despertaras!».

—Hablas de otros mundos, pero ni siquiera se sabe si los otros reinos sobrevivieron a la Ruptura —alegué.

—Y pretendo averiguarlo. —Su expresión se hizo distante, evocadora—. A veces siento en sueños a mis bestias arañándome la piel.

La profecía. Las hordas de monstruos de Vaerhuun. El ejército que aguardaba el retorno de su amo.

Pero ¿cómo encajaba la mujer de pelo ceniciento en aquella

pesadilla?

—Basta de cháchara —dijo Moros de repente—. Se aproxima la convergencia.

Intenté zafarme de las ataduras con desesperación renovada mientras él volvía hacia el cuerpo inconsciente de mi hermano.

—¡Thatcher! —grité—. ¡Despierta! ¡Por favor!

Nada. Ni siquiera un temblorcillo.

Moros sonrió.

—Su sueño es muy profundo, querida. Una precaución necesaria.

Pero, cuando cogió el cuchillo y se centró de nuevo en mi hermano, noté que las ataduras se debilitaban un poco. Lo justo.

Hice acopio de todo el poder que poseía, lo concentré en un único punto de luz ardiente y me liberé.

Las ataduras se desmoronaron. Me di de bruces con el suelo, pero me apresuré a ponerme en pie.

Moros levantó la vista y, por primera vez, mostró interés con el rostro de Olinthar. A continuación, sonrió.

—Ya era hora —dijo.

Una oleada de dolor me recorrió el abdomen.

Miré hacia abajo, desconcertada, y vi que un filo me sobresalía del estómago. Me habían asestado una estocada por la espalda. Pero no con una espada normal; el veneno me abrasaba la carne y se extendía como la pólvora.

Me flaquearon las piernas y me desplomé contra el suelo de piedra.

Unos pasos tranquilos y seguros rodearon mi cuerpo caído.

—Un sentido de la oportunidad impecable, como de costumbre —dijo Moros con tono de diversión sombría.

Respondió una voz sedosa, dulce como la miel y mucho más letal.

—Siento el retraso, amo. El hijo ha requerido… más atención de la prevista.

Una figura entró en mi campo visual y se arrodilló grácil ante mí con una sonrisa de perfecta malicia.

Elysia.

CAPÍTULO 65
XÜL

La celebración y todo su falso esplendor dorado me asfixiaban. Las arañas de cristal proyectaban haces de luz sobre rostros en los que se acumulaban los siglos, a los que no asomaba ni una sola sonrisa sincera. Otras Leyendas se movían entre el gentío como pavos reales, borrachas, montando jaleo, mientras los integrantes de los Doce las observaban con diversión indisimulada.

Yo estaba junto a un enorme ventanal, y sujetaba en la mano una copa de vino que no tenía la menor intención de beber. Al otro lado de la ventana se extendía Sundralis en toda su obscena grandeza. Era un lugar repulsivo, se mirara como se mirase.

El poder del Forjado persistía en el aire, como una corriente que atravesara la sala.

Y, en especial, a ella.

Mis ojos la localizaron en la muchedumbre sin ninguna dificultad. Siempre había sido tan hermosa que solo mirarla me destrozaba. Pero, al verla en aquel momento, me tenía que contener para no abalanzarme sobre ella. Temblaba del esfuerzo que me costaba no

llevármela a Draknavor.

«¿Efectos residuales de lo que hice?». No. A juzgar por las miradas boquiabiertas, no era solo cosa mía.

La transformación la había purificado, la había convertido en algo de una letalidad que quitaba el aliento. El cabello moreno en el que yo había entrelazado los dedos apenas unas horas antes era más largo; le caía por los hombros como una cascada de sombras que le llegaba casi a la cintura. La suavidad mortal había desaparecido. La mandíbula cuadrada que yo había acariciado con el pulgar era como el filo de una espada, incisiva y desafiante. El polvo de estrellas revoloteaba sobre ella, como motas de luz que se negasen a caer. A cada paso que daba dejaba atrás un reguero luminoso que se demoraba unos instantes antes de desvanecerse; su poder era tan nuevo, tan poco controlado, que la desbordaba.

Y luego estaban los ojos. El oro había remplazado al azul. Se habían convertido en ojos felinos, predatorios, rodeados de densas pestañas.

Hasta las pecas que yo había memorizado, que había recorrido con la boca en la oscuridad, se habían transformado, convertidas en motas brillantes, desperdigadas por la piel, que la hacían relucir a cada paso que daba. Cada marca era una constelación que yo quería recorrer de nuevo, para ver si conservaban el sabor de la mortalidad o si la divinidad se había llevado incluso eso.

Era irresistible.

—Ah, estás aquí.

La voz interrumpió la fantasía que estaba tejiendo mi mente.

Nyvora apareció a mi lado, silenciosa como un gato al acecho.

—Empezaba a pensar que te habías ido de la fiesta.

No me volví.

—Solo me estoy tomando un descanso.

—Lo comprendo. —Se detuvo a mi lado, tan cerca que nuestras mangas se rozaron. Fue un contacto deliberado, planeado, como todo lo que hacía Nyvora—. Asistir a un Forjado puede ser abrumador. Tanto poder en bruto, esas transformaciones…

Las palabras destilaban miel, pero yo oía la cicuta que ocultaban.

—La ceremonia siempre resulta digna de ver —respondí con tono neutro.

—Sin duda. —Me puso los dedos en el brazo, con engañosa suavidad—. Antes, tu padre y yo hemos tenido una conversación muy instructiva sobre la importancia de… elegir el momento adecuado.

Por fin me volví a mirarla. No se podía negar que Nyvora era muy hermosa, con los pómulos marcados y la sonrisa de un depredador, y con aquel vestido cuyo color oscilaba entre el oro y el verde oscuro, como escamas iluminadas por el sol. Pero en sus ojos acechaba una frialdad que me era bien conocida.

—Estoy seguro de que tenía mucho que decir.

La risa de Nyvora me resultó irritante.

—Está impaciente con ciertos preparativos, y mi madre también. Los dos parecen pensar que ya lo hemos aplazado mucho. —Los dedos me apretaron un poco más—. Y yo tiendo a coincidir con ellos.

—El reino se enfrenta a muchos obstáculos en estos momentos —afirmé cauteloso—. Puede que la paciencia…

—¿Paciencia? —Se me acercó más y su voz se redujo a un murmullo íntimo que cualquier observador interpretaría como

apasionado—. Ya he sido paciente, mi príncipe. Te he visto buscar una excusa tras otra, una distracción tras otra. Pero los dos sabemos que este baile tiene que acabar más tarde o más temprano.

Me quedé inmóvil. Porque sabía que iba a acabar. Y que iba a ser aquel día.

—A fin de cuentas —siguió Nyvora, y me apretó la manga con las uñas lo justo para que las notase—, no querríamos que hubiera ningún… malentendido a la hora de ver dónde recaen las lealtades. Y menos cuando tantas cosas dependen de la unidad entre nuestros dominios.

Una amenaza envuelta en seda y perfume. Qué típico de Nyvora, qué bien la describía.

—Desde luego que no —murmuré.

—Excelente. —Me soltó el brazo, pero solo para entrelazarlo con el suyo—. Entonces, no te importará que compartamos el próximo baile. La gente debe vernos juntos, ¿no crees? Presentar un frente unido es crucial en estos tiempos de transición que corren.

Me detuve, lo que la obligó a imitarme.

—En realidad, me importa.

Enarcó aquellas cejas perfectas, pero la sonrisa se mantuvo impertérrita.

—Ah, ¿sí?

—Tengo que tratar unos asuntos importantes con mi padre. —Liberé el brazo con sumo cuidado—. No me cabe la menor duda de que encontrarás otro compañero de baile.

—¿Asuntos importantes? —Bajó la voz, dulce como miel envenenada—. ¿Más que tu futura esposa?

—No eres mi esposa, Nyvora. —Retrocedí para dejar hueco entre

nosotros—. Y sí, más importantes.

El pánico se adueñó de sus facciones, pero enseguida lo ocultó.

—Xül, espera. —Alargó la mano hacia mí—. Lo necesito. No lo comprendes… Necesito alejarme de ella.

Estudié su rostro sin decir nada.

—Mi madre lo controla todo —siguió; las palabras se le escapaban a borbotones—. Cada gesto que hago, cada movimiento, cada suspiro, cada pensamiento que me cruza la cabeza. Este matrimonio es mi única esperanza de liberarme, de tener algo que sea solo mío. —Cerró los dedos alrededor de la tela del vestido—. Te necesito, Xül. No solo por la alianza ni el poder.

—Nyvora…

—Sé que no me quieres —confesó—. Y tampoco lo espero. Pero podríamos llegar a un acuerdo. Una colaboración. Seré una buena esposa, lo juro.

Por un instante, casi sentí compasión por ella. Casi. Pero luego pensé en Thais, en la oportunidad de tener algo real, en el futuro que ya había escogido.

—Lo siento —dije—, pero no voy a ser tu vía de escape.

La vulnerabilidad que había mostrado se desvaneció como si nunca hubiera existido.

—Lo lamentarás —respondió con una voz que había recuperado su dulzura habitual.

—Asumiré las consecuencias. —Incliné la cabeza en un gesto mínimo de despedida y giré para marcharme—. Búscate otro modo de huir, Nyvora, porque así no lo vas a lograr.

Mientras me iba pude sentir su mirada que me taladraba la espalda, y noté los cuchicheos que había provocado al rechazar su

demostración pública de afecto.

Que cuchicheasen. Yo tenía otras preocupaciones más importantes.

Localicé a Thais entre la muchedumbre antes de que ella notase que me acercaba. Mi estrellita. No parecía ser consciente de las miradas divinas que seguían hasta el último de sus movimientos.

Me desplacé en silencio por el gentío. Cuando llegué hasta ella, no pude resistirme a tocarla; mis dedos se posaron en aquel punto, al final de la espalda, que sabía que le cortaba el aliento.

El contacto le hizo estremecerse, y eso me llenó de satisfacción. Aun rodeada de una turba de admiradores, su cuerpo reconocía el mío.

—Te sientan bien los ojos dorados, estrellita —le susurré al oído, dejando que mi aliento le acariciara la piel. Se le erizó el vello de la nuca, y tuve que hacer un esfuerzo para no posarle los labios allí y dejar mi marca delante de todos los buitres que revoloteaban a su alrededor—. Me marcho. Voy a tener una conversación bastante complicada. —Premio al mejor eufemismo del siglo.

Por cómo le cambió la cara supe que lo había entendido, y me sentí mal. Thais comprendía lo que aquello comportaba, a lo que me arriesgaba. Buscó mi mano entre la masa de cuerpos, oculta a la vista, y me la estrechó.

—Suerte —me susurró.

Me concedí un instante más para recordarla tal como estaba en aquel momento: fiera, hermosa, mía. Luego retrocedí y dejé que la gente llenara el espacio que nos separaba.

Encontré a Aelix cerca de la mesa de vinos; me miraba acercarme con un obvio brillo de diversión en los ojos dorados.

—Menuda escenita —señaló. Me entregó una copa que yo en realidad no quería—. Nyvora tenía pinta de querer despellejar a alguien.

—Se recuperará. —Dejé la copa sin probarla—. ¿Dónde está mi padre?

—¿Tantas ganas tienes de escabullirte por lo que pueda pasar? —Su sonrisa se hizo más amplia—. La última vez que lo he visto estaba cerca del balcón del lado oeste.

Le di las gracias con un gesto y me abrí paso entre la muchedumbre. La celebración seguía a buen ritmo: las risas y la música, el tintineo de las copas, el frufrú de los vestidos de noche… Todo ello me llegaba como de lejos, desprovisto de significado. Mis pensamientos se iban una y otra vez a…

No. No me podía permitir pensar en eso en aquel momento. Y menos rodeado de ojos que veían demasiado y lenguas que parloteaban sin control.

Morthus se volvió al verme llegar y pude atisbar en sus rasgos un asomo de irritación. Todavía estaba furioso conmigo, al parecer.

—Padre —dije con la voz más neutra que pude—, ¿tienes un momento?

—¿Qué pasa? —preguntó con frialdad.

—Aquí no. —Lancé una mirada elocuente a la terraza abarrotada —. En la Ciudad Eterna.

Enarcó una ceja morena, pero al cabo de unos instantes suspiró. Me indicó con un gesto que lo siguiera a un rincón sumido en la penumbra. El portal se abrió con un mínimo de poder, y la oscuridad se filtró en el tejido de la realidad como tinta derramada.

Sin decir nada, me indicó que lo atravesara, y yo pasé del

opresivo resplandor de Sundralis a las familiares sombras de mi hogar.

Recorrimos el palacio en silencio. Los sirvientes nos saludaban con reverencias al vernos pasar. La tensión entre nosotros crecía a cada paso, alimentada por las acusaciones sobrentendidas y los desengaños.

Por fin llegamos a una sala. Era el lugar donde me había explicado por primera vez mis deberes como heredero suyo, y donde mi madre me cantaba nanas en la lengua antigua durante las tormentas que hacían estremecerse el dominio.

Morthus caminó con paso acompasado hasta un aparador. Sí, estaba claro, seguía enfadado conmigo. Llenó dos vasos de un líquido ambarino, ambrosía envejecida durante milenios en barriles de palo hueso, con un tintineo de cristal. Me tendió uno y luego se acomodó en un sillón; el cuero crujió al recibir su peso.

—¿De qué quieres hablar? —Las palabras eran como esquirlas de hielo.

Me quedé de pie, sin beber del vaso.

—No voy a casarme con Nyvora.

Siguió un silencio ensordecedor. Morthus no se movió, ni siquiera parpadeó, pero la temperatura de la habitación descendió varios grados. Las sombras se acumularon en los rincones.

—Ya lo hemos hablado —respondió tras unos segundos, en voz baja y amenazadora.

—No. —Dejé el vaso—. Tú lo has ordenado. Y yo me he aguantado. No es lo mismo.

—Ah, ¿no? —Dio un traguito de su bebida—. En cualquiera de los dos casos, el resultado es que tienes que hacer lo necesario.

—Ni hablar.

—Me estoy empezando a hartar de tu insolencia —murmuró—. Ya sabes que los contratos están redactados.

—Estoy enamorado de otra persona.

Aquellas palabras, sorprendentes por su sencillez, se quedaron como colgadas en el aire. Nunca le había dicho nada semejante; jamás había expresado en voz alta el incendio que se había desatado en mi pecho.

—«Enamorado» —repitió como si fuera una fantasía infantil, algo que superaría en cuanto adquiriese algo de edad y sabiduría—. ¿Crees que el amor tiene alguna importancia cuando cargamos con el destino del reino? ¿Cuando todo aquello por lo que hemos trabajado, todo lo que hemos sacrificado, depende de las alianzas que podamos forjar?

—Sé lo que necesitamos —hablé con dureza—. Mejor que nadie. He jugado a tus juegos; he asistido a tus reuniones; he sonreído a tus aliados, aunque supiera que nos clavarían un cuchillo en la espalda a la menor oportunidad. Pero la persona a la que amo merece algo más que quedar relegada a las sombras mientras yo dedico mi vida a los tejemanejes políticos.

—Tu vida no te pertenece solo a ti. —Dejó el vaso con tanta fuerza que resquebrajó la mesa—. Eres mi heredero. Las consecuencias de tus decisiones se propagan como ondas por todo el reino.

—¿Habrías tomado a mi madre como amante? —La cuestión restalló entre nosotros como un latigazo—. Si el deber te hubiera atado a otra persona, ¿qué habrías hecho? ¿Si tus preciosas alianzas exigieran que tomases a otra como esposa?

Sus ojos emitieron un destello amenazador y el poder le chisporroteó bajo la piel.

—Cuando conocí a tu madre corrían otros tiempos. El reino era estable. Nos pudimos permitir el lujo de elegir.

—¿Te lo pudiste permitir? ¿O solo hiciste lo que querías, y a la mierda las consecuencias?

En un instante, Morthus estaba de pie y las sombras serpenteaban a su alrededor.

—Mide tus palabras, hijo.

—Te he mostrado siempre el más profundo respeto. —Me enfrenté a su furia sin dejarme amilanar—. No pienso sacrificar su felicidad ni la mía.

—El contrato nupcial solo cubre mil años. Una vez transcurridos, podrás negociar su renovación o darlo por rescindido. No has vivido lo suficiente para hacerte a la idea de lo deprisa que pasará ese tiempo.

—Mil años…

Sentí un dolor intenso en el costado, el crujido de los huesos al romperse, el chasquido húmedo de las costillas que cedían. Me llevé la mano al pecho y busqué con los dedos el hueco lleno de huesos aplastados que debería haber allí.

Nada. Todo era sólido. Estaba ileso.

Me doblé por la mitad; las costillas, aunque seguían intactas, se hicieron eco de otro dolor que se me dibujó en los nervios: cada ruptura, cada astilla, cada ángulo imposible que un hueso no debería adoptar jamás.

—¿Xül? —La cólera había desaparecido de la voz de mi padre, remplazada por la preocupación. En un instante estaba a mi lado y

me ayudaba a tenerme en pie, ya que las rodillas se veían incapaces de sujetarme—. ¿Qué sucede?

No pude responder. El dolor se hizo más intenso. Pero, por debajo, sentí algo que se entrelazaba con el sufrimiento como un hilo de oro. La sentí a ella. Thais. Su terror, su desesperación, su…

—Necesita ayuda. —Las palabras me arañaron la garganta al salir. Yo ya me había erguido y me dirigía a la puerta—. Ahora mismo.

—¿Quién?

—Thais. —Crucé el umbral a trompicones.

—¿Cómo puedes saberlo? —Me siguió mientras yo echaba a correr, abandonada cualquier pretensión de dignidad—. Contesta, Xül.

Las antiguas palabras me latían en la mente al ritmo del corazón.

«Sel dravira en ti. Niv valen, niv asra, niv loyeth. El atanen en ti. Vah serané».

Thais ya no estaba en el palacio principal de Sundralis, donde me había separado de ella. No. Estaba en algún otro lugar, algún sitio que sabía a podredumbre y corrupción.

Llegamos a la cámara del portal y rasgué la realidad, derramé mi poder por el espacio entre mundos con la fuerza que me confería la desesperación.

El portal me mostró destellos de piedras antiguas, oscuridad, el sabor de la corrupción, pero no se estabilizó. No se abría donde ella estuviera. Hice unos ajustes para intentarlo de nuevo, pero la imagen cambiaba sin cesar; resbalaba como el aceite en el agua.

—¿Por qué no puedo encontrarla? —gruñí mientras dedicaba aún más poder al intento de llegar hasta ella.

—Xül. —La voz de mi padre, callada y letal, se abrió paso por mi mente y me arrancó de la concentración—. ¿Qué has hecho?

Detuve mis esfuerzos y giré para observarlo, allí, en aquella sala vacía. Sus rasgos me hicieron ver que ya no estaba preocupado, sino que empezaba a ser consciente de lo ocurrido; la furia que se acumulaba detrás de sus ojos hizo que la anterior fuera como una brisa frente a un huracán.

«Me uno a ti. Mi vida. Mi alma. Mi lealtad. Para siempre jamás. Soy tuyo».

—El Sev'anarath —gruñí.

La temperatura cayó en picado y el aire se llenó de niebla.

—¿Has unido tu alma a la suya? —Escupió las palabras una a una.

—Sí.

—¿Y ella ha hecho lo mismo contigo?

—No.

—¿Cómo se te ha ocurrido? —Hablaba en voz baja, lo que fue mucho más aterrador que si hubiera gritado—. ¿Qué clase de lógica te ha podido llevar a la conclusión de que algo así era aceptable?

—Ya te he explicado lo que pienso.

—No te has parado a pensar. —No perdió el control, pero pude ver que le costaba un gran esfuerzo. Bajo la piel le latían venas de sombra—. Has rechazado a Nyvora, has dado al traste con todas las expectativas puestas en ti, has hecho trizas cualquier posible alianza… Pero ¿esto? Lo que has hecho no se puede deshacer ni repetir. Es una unión más profunda que el matrimonio, más vinculante que ningún contrato.

—Sé lo que he hecho.

Se me acercó y sentí la presión que ejercía su poder sobre mí.

—¿Te haces una idea de lo que podría costarnos? ¿Sabes con cuánto esmero he cultivado una alianza con el dominio de Davina? Tu matrimonio con Nyvora es la piedra angular de toda nuestra estrategia política. Sin ese enlace…

—Mi alma nunca formó parte del trato —gruñí, e hice acopio de todas las fuerzas que me quedaban—. Se la doy a quien quiero, y he decidido dársela a Thais.

—Una mujer a la que casi no conoces.

—Se ha consagrado a Sundralis. Por ti, para ayudar a su hermano a hacer realidad tus inacabables ambiciones —escupí. Por el vínculo me llegó otra oleada de pánico—. Si se te ha pasado por la cabeza un solo segundo que no iba a buscar un modo de protegerla allí, eres un iluso. Sobre todo cuando la única razón de que se haya acercado a ese monstruo es ayudar a tu causa.

—A nuestra causa —corrigió; me miraba como quien ve a un desconocido—. El amor te ha hecho perder la cabeza.

—Puede ser. —Me esforcé por superar el dolor agudo del costado —. Pero al perderla he escogido mi propio destino, en vez de permitir que lo escojan en mi nombre.

—¿Y qué hay de las consecuencias? Ahora sientes todo lo que siente ella: su dolor, su alegría, su miedo. Si muere…

—Mi alma la seguirá. —Lo dije con firmeza, seguro de mí mismo —. En eso consiste la unión, padre. Conozco el precio.

—Serás un cascarón vacío.

—Así te resultará mucho más fácil hacer que me pliegue a tu voluntad, supongo.

Me sujetó del brazo y me clavó los dedos con suficiente fuerza

para dejármelo morado.

—¿Thais lo sabe?

—No.

—No se lo digas nunca a nadie. Ni a Nyvora ni a Davina ni a nadie. ¿Entendido?

—No pensaba revelarlo.

—Mejor. Sigue así. —Apretó con más fuerza, hasta hacerme daño —. Si se enteran nuestros enemigos…, si se dan cuenta de que pueden destruirte a ti solo con destruirla a ella…

—Eso no pasará. —Me zafé de un tirón y me volví para seguir con el portal—. Porque no pienso permitir que le ocurra nada.

—Niñato arrogante. —Las palabras restallaron sobre mí mientras yo volvía a intentar abrir una grieta en la realidad—. ¿Crees que posees el poder necesario para protegerla de las fuerzas a las que nos enfrentamos?

—Haré lo que deba. —El portal se estabilizó por fin y mostró retazos de piedra antigua y oscuridad. Por el vínculo sentí que el miedo de Thais se convertía en terror—. Pero ahora está en peligro, y puedo sentir…

Otra oleada de pánico, aún más intensa. Pero, por debajo, mezclada con el miedo, había una inquietud desesperada. No por sí misma.

—Se preocupa por Thatcher.

La mención del otro mellizo Morvaren hizo asomar el interés a las facciones de mi padre. Cómo no… Su más reciente recluta, juramentado con sangre. La encarnación de Vivros.

Sentí un chispazo de irritación, mezquina pero innegable. Incluso en un momento como aquel, mi padre buscaba el modo de obtener

un rédito político.

—¿Dónde?

—Es algún tipo de construcción… —Estudié las imágenes que mostraba el portal—. Más allá de las ruinas de los Primigenios.

—Ella no ha aprendido aún a crear portales.

—Eso significa que la acompaña alguien que sabe.

Estaba en un lugar frío y muerto, donde pocos se aventurarían.

Entonces me golpeó una tortura cegadora, ardiente, que no era mía.

Caí estremecido y un grito ahogado me escapó por la garganta. El dolor me atravesó el abdomen, como si me hubieran clavado una espada. Pero no era mi cuerpo el que perforaban.

«Thais».

El vínculo se encendió con su dolor, su conmoción, su sangre derramada.

—No. —Apenas logré susurrar la palabra.

Sin pararme a pensarlo, sin la menor vacilación, mi consciencia se zambulló en el delicado hilo que nos conectaba. Hice acopio de toda mi esencia y se la transmití.

Mi vida. Mi muerte. Mi inmortalidad.

Fluyó de mí como un fuego oscuro y recorrió a toda velocidad la conexión que nos unía. No sabía si serviría de algo, si lograría alcanzarla, si sería suficiente.

—¿Qué haces? —Una voz lejana, irrelevante.

Sin hacerle ni caso, me concentré en mantener el flujo. En llegar hasta ella.

«Aguanta, estrellita. Aguanta».

La hebra que nos unía vibró, se oscureció, se fortaleció. Sentí

que mi esencia se enroscaba alrededor de su luz agonizante y que la protegía de la oscuridad que la amenazaba.

Estaba viva. De momento. Herida. Asustada. Luchando por su vida.

Pero viva.

CAPÍTULO 66
EL PRECIO DE LA VENGANZA

Sentía el frío de la piedra en la cara, la sangre que se acumulaba a mi alrededor. La hoja me arañaba las costillas con cada respiración, haciendo un ruido repugnante, y lanzaba una nueva oleada de dolor a unos nervios que ya estaban en llamas. Aquello con lo que la hubieran untado me corroía las venas como el ácido, batallando contra la curación divina, despedazándome de dentro afuera.

«Sigue despierta. Sigue viva. Salva a Thatcher».

Ya se habían desentendido de mí.

Craso error.

—¿Cuánto falta? —la voz de la traidora resonó en la cámara.

Elysia. Aquel día, en las Cataratas de Cristal, había sido ella. Cuando sus ojos se detuvieron en mí un poco más de la cuenta y mi bebida acabó con una dosis letal de llanto onírico.

Claro que había sido ella.

—Unos minutos. —Moros recorrió el cuerpo inconsciente de Thatcher con las manos de Olinthar, con una reverencia enfermiza—. Después de milenios de espera, tan solo unos minutos.

Me mordí el labio para ahogar el gemido que me subía por la garganta mientras tanteaba a mi espalda. Mis dedos aferraron la empuñadura, resbaladiza por la sangre. Tanta sangre… El metal estaba clavado a fondo. El instinto me pedía a gritos que no lo tocara; extraerlo solo aceleraría la muerte. Pero no era la hoja lo que me estaba matando, sino el veneno que la recubría.

Pero no podía morir allí, con Thatcher indefenso en aquel altar.

Un tirón seco. Eso era todo.

Me arranqué la espada con un movimiento rápido.

El grito que quería escapar de mi garganta habría derribado el templo. En vez de soltarlo, me mordí hasta que el sabor metálico me inundó la boca, y el sonido se convirtió en un gorgoteo al que se impuso el eco de unas pisadas. La sangre, caliente y espesa, brotaba más deprisa, pero el poder divino entró en acción para combatir el veneno que se negaba a permitir que se me cerraran las heridas.

No era bastante. Me devoraba más deprisa de lo que mi cuerpo me curaba. Pero no necesitaba recuperarme del todo; bastaba con que aguantara el tiempo suficiente.

—Pronto tendré un cuerpo digno de mi retorno.

—¿Y la chica? —preguntó Elysia—. Es más fuerte de lo que creía. Nunca había visto manifestarse una luz estelar tan pura.

—Debe morir hoy. —Hizo una pausa y percibí la sonrisa en su voz—. Aunque reconozco que, en otras circunstancias, podría haber sido útil.

«Te equivocas, viejo cabrón».

Invoqué la luz estelar de aquel profundo pozo de mi interior. El poder llegó a regañadientes, vacilante. No era suficiente para forjar un arma ni para atacar, pero sí para algo mucho más sencillo y

devastador.

Una estrella. Comprimida en una esfera del tamaño de mi puño.

El esfuerzo estuvo a punto de costarme la vida. Veía motas negras ante los ojos mientras me volcaba en aquel puntito de luz. Quería estallar, expandirse, convertirse en lo que están destinadas a ser las estrellas.

Por fin la dejé florecer.

Por Thatcher.

La luz estalló en el templo: el nacimiento de un sol. Un intenso resplandor lo inundó todo; cubrió la cámara con una refulgencia atronadora. Las sombras, más que huir, murieron, evaporadas ante la luz absoluta.

Moros bramó. Fue un sonido que agrietó la piedra, arrancó polvo del techo e hizo estremecerse la realidad. Oí al cuerpo usurpado de Olinthar estamparse contra algo que se hizo añicos. Oí a Elysia maldecir cuando la alcanzó la luz.

«Ahora».

Me arrastré por el suelo resbaladizo de sangre. Cada movimiento era una tortura; cada avance, una victoria. Se me nubló la vista; el veneno y la pérdida de sangre actuaban en una espantosa armonía. Pero tenía a Thatcher justo delante. Aún inconsciente. Aún respirando. Aún con vida.

Tres pasos de distancia. Uno y medio. Casi había llegado.

Mis dedos ya rozaban el tobillo de Thatcher cuando Moros se arrastró de vuelta a la tarima.

Y hundió la hoja curva en el pecho de mi hermano.

Grité, un grito espantoso, desgarrador.

—Ya. —La palabra rezumaba satisfacción mientras de la herida

empezaba a brotar sangre negra—. Ya queda poco.

Thatcher abrió los ojos de golpe y creí que me iba a estallar el corazón.

Entonces rompió las ataduras con la mano izquierda.

«¡Thais!».

«Thatcher… Es Moros. Ha vuelto y quiere apoderarse de tu cuerpo. —Hice acopio de luz estelar, frenética, y formé un cuchillo tras otro a pesar del dolor—. Algún ritual. ¡Tienes que salir de aquí!».

«Lo estaba oyendo todo, Thais». Su voz mental me llegó llena de ira y dolor.

Moros giró en redondo en dirección a Elysia; la furia contorsionaba los rasgos de Olinthar.

—¡No le has dado bastante! —rugió.

Elysia abrió los ojos como platos.

—¡Le he dado una dosis que derribaría a un coloso!

«El puñal…».

«¡No le dejes terminar lo que esté haciendo!».

Moros fue a descargar un puño de Olinthar contra la cara de Thatcher, pero yo ya desencadenaba mi arsenal. Una docena de cuchillos estelares silbó en el aire; le había salido caro concentrarse en Thatcher. Tres lo alcanzaron y le hicieron cortes profundos; su sangre, de un color putrefacto, salpicó un arco.

Fue entonces cuando lo noté. La luz me corría por las venas, me devoraba entera, hasta que me atravesó la piel y quedó flotando sobre mi cabeza.

Mi corona de estrellas.

—Imposible. —Moros giró hacia mí—. Ni siquiera deberías

tenerte en pie.

Convoqué tres puntos de luz y los transformé en cuchillos que lo alcanzaron en el pecho y lo hicieron retroceder.

Aquella distracción era todo lo que necesitaba Thatcher. Se arrancó el puñal del pecho y, mientras la herida empezaba a cerrarse, bajó de un salto de la tarima y aterrizó de cuclillas. La piedra crujió bajo sus pies.

Me impulsé hacia arriba, haciendo acopio de fuerzas para desencadenar otro ataque…

El dolor estalló en mi cráneo. Unos dedos me retorcían el pelo y tiraban hacia atrás. Caí al suelo con un fuerte golpe y vi puntitos brillantes. Las facciones impecables de Elysia llenaban mi campo visual.

—¿Ya te has deshecho del cuchillo? —Sacó uno de la nada—. Toma, aquí tienes otro.

«Yo me encargo de Moros —me transmitió Thatcher mientras rodaba para esquivar al Primigenio que se lanzaba hacia él—. Tú solo sigue viva».

«Sigue viva».

Agarré a Elysia por la muñeca cuando bajó la hoja; la rabia ardía por debajo de mi piel pese al veneno que intentaba apagarla. Era más fuerte de lo que parecía; por sus venas corría sangre aesymar sin diluir, y detrás de cada uno de sus movimientos había años de práctica. Pero yo contaba con una ventaja sobre ella.

Yo no tenía nada que perder.

Me recorrió una ráfaga de energía, quizá el último regalo de la muerte. Me curaba a una velocidad vertiginosa. Ya se me estaba cerrando la herida, como si mi cuerpo combatiera el veneno con

ahínco renovado.

—Buen intento. —Aproveché su impulso para rodar por el suelo, y la piedra crujió debajo de nosotras—. Pero esta vez no vas a pillarme de espaldas.

Nos estrellamos contra una columna y se extendieron grietas por su superficie, pero no cedió. El cuchillo de Elysia resbaló hasta perderse en la oscuridad.

—Mejor. —Intentaba sujetarme los brazos—. Así podré verte los ojos cuando acabe contigo.

—¿Tú crees? —Le golpeé la nariz con la frente y oí crujir el cartílago. Su sangre brotó entre nosotras—. ¿Ves algo con todo ese pringue?

Soltó un gemido, y después estiró el cuello y sonrió, su dentadura perfecta cubierta de carmesí.

—Da igual; vas a morir de todas formas. Que me encargue yo solo será otra demostración de mi lealtad hacia él.

—¿Por qué haces esto? —pregunté, y apreté los dientes cuando me descargó un rodillazo en el muslo.

Se echó hacia atrás y enredó los dedos en mi vestido para tirar de él.

—No podrías entenderlo. Tú naciste con poderes; estabas destinada a ser algo importante.

Rodamos por el suelo del templo, intercambiando golpes. Mi cuerpo gritaba en protesta, pero me negaba a ceder al dolor. Se estaba haciendo más soportable, como si por mis venas corriera algo más, aparte de los poderes curativos divinos.

—Yo no era nada —gruñó, y consiguió inmovilizarme las muñecas un instante—. Era guapa, sí, pero con eso no se llega tan

lejos. Mis padres son aesymar de segunda y están satisfechos con su mediocridad. Esperaban que yo llevase una vida anónima como la suya.

Me zafé de su agarre y le clavé un codo en las costillas.

—¿Y, en vez de eso, decidiste colaborar en la destrucción del mundo?

—¡Decidí ser importante! —Rodó para alejarse y sacó otro cuchillo—. ¿Sabes cómo es que no te hayan hecho caso en tu vida? ¿Que todos se queden en la cara y nunca vean tu potencial?

—Hay muchos que se sienten invisibles y no por ello se convierten en traidores —espeté mientras esquivaba un puñetazo.

—Les falta ambición. Cuando Moros me abordó, cuando vio en mí lo que nadie más advertía, a alguien dispuesto a hacer lo que fuese, a sacrificar a quien fuese, con tal de prosperar, supe que había llegado mi momento.

—¿Tu momento de ser su títere?

—¡Su reina! —Escupió la palabra con orgullo desesperado—. Cuando él gobierne los cuatro reinos, estaré junto a él. No como decoración, sino como el poder encarnado. Mis padres, las Leyendas que me despreciaban, todos aquellos que creían que Elysia nunca llegaría a nada… hincarán la rodilla o arderán.

La realidad gimió a nuestras espaldas como un ser vivo que sufriera. Decidí arriesgarme y echar un vistazo, y casi se me detuvo el corazón.

El cuerpo de Olinthar se había traicionado. Tenía los brazos doblados en un ángulo incongruente, y su piel se ondulaba y burbujeaba como si hirviera. Sus huesos crujieron y se reconfiguraron. Parecía un títere cuyos hilos se hubiesen enredado.

Pero Moros no era un simple espíritu que lo poseía; era un Primigenio, más antiguo que los propios dioses.

—¿Crees que puedes destruirme? —La voz de Moros resonó por todo el templo, y de la piel de Olinthar surgió una luz cegadora.

Alzó las manos y todo se inundó de una refulgencia ardiente. La luz se solidificó, formando cadenas que se enroscaron al cuello de Thatcher. Este intentaba inhalar y se tambaleaba hacia atrás, estrangulado. Entonces se oyó un crujido y Moros se dobló.

Elysia aprovechó mi distracción para liberarse. Se apartó rodando y se incorporó con otro cuchillo en la mano. ¿De dónde coño los sacaba? Levanté un brazo en el último momento y la hoja se me hundió en el antebrazo en vez de en la garganta. Más veneno. Más fuego en las venas.

Caminó a mi alrededor como un depredador que acechara a su presa. Ya se había curado la nariz, pero la sangre aún le teñía de rojo la barbilla.

—Formaremos una pareja maravillosa, ¿no te parece?

—Qué pena que no vayas a vivir para verlo —respondí mientras la luz se me acumulaba en las manos. Le di un puñetazo a esa zorra.

Se echó hacia atrás, pero a continuación se lanzó de nuevo hacia mí. El cuchillo silbaba en el aire.

Le agarré la muñeca, le retorcí el brazo y le atravesé las costillas con una hoja de pura luz estelar.

El mundo se paró en seco.

Elysia abrió unos ojos como platos, más por la sorpresa que por el dolor. Bajó la mirada al fuego estelar que sobresalía de su pecho y después volvió a dirigírmela a mí. Intentaba hablar, pero solo salía sangre de entre sus labios.

—Se suponía… que yo era importante —susurró, con verdadera estupefacción en los ojos. Como si no entendiese por qué sus ambiciones la habían llevado a aquel momento en que moría en el suelo de un templo.

—Todo el mundo es importante —dije en voz baja—. Pero tú decidiste serlo de la peor forma posible.

Cayó al suelo con un ruido sordo y la roja sangre se acumuló bajo su cuerpo.

Di media vuelta.

—Solo estás prolongando lo inevitable —murmuró Moros a través de la boca de Olinthar, y alzó las manos. Una fuerza invisible embistió a Thatcher como un ariete y lo lanzó al otro lado del templo. Chocó contra la pared del fondo con un estruendo, se deslizó hacia abajo y se agarró el hombro.

Me lancé hacia delante, con cuchillos estelares silbando en el aire. Moros giró en redondo y una luz dorada brotó de las manos de Olinthar para bloquear mi ataque. Los cuchillos se hicieron añicos, pero yo ya estaba forjando más.

—¿Has decidido apuntarte? —Moros rio, con una fuerza aplastante que me alcanzó en pleno salto. Me estrellé contra una columna y me crujieron las costillas—. Qué conmovedor. Los hermanos unidos en la muerte.

Thatcher se puso en pie mientras se limpiaba la sangre de la barbilla. Nuestras miradas se cruzaron a través de aquel templo en el que reinaba el caos.

«¿Te acuerdas de eso que decía Sulien?». La voz mental de Thatcher transportaba un esbozo de sonrisa.

«"La tormenta solo es fuerte mientras está sola"», cité mientras

surgía otro filo de mi mano.

«"Pero dos vientos combinados pueden desgarrar el cielo"».

Nuestra coordinación era perfecta: cuando Thatcher giraba a la izquierda, yo atacaba por la derecha. Cuando su poder deformaba la carne, mi fuego atravesaba las defensas. Nos habíamos pasado toda la vida siendo las dos mitades de un todo, y en aquel momento, enfrentados a la Corrupción Encarnada, luchábamos como tales.

«Soporta todo lo que le lanzamos», gimió Thatcher a través del vínculo.

«Igual deberíamos probar con otra cosa».

—¿Creéis que me importa vuestro vínculo? —dijo Moros con sorna mientras intentaba seguir los movimientos de uno y otro—. Yo soy eterno.

—Como todos los demás Primigenios —dijo Thatcher con calma, y usó sus poderes para que la rodilla de Olinthar cediera en pleno ataque.

—Hasta que dejaron de serlo —concluí, y lancé tres cuchillos estelares hacia el costado expuesto de Moros.

El grito de rabia del Primigenio hizo caer polvo del techo.

—Sois insectos. ¡He devorado civilizaciones! ¡He…!

—Hablas demasiado —dijimos al unísono, y nos abalanzamos contra él.

El brillo de los ojos de Thatcher se hizo más intenso, y, de repente, el brazo de Olinthar se torció hacia atrás con un crujido húmedo.

«Moros es la Corrupción Encarnada. Es como un parásito», transmití a través del vínculo.

«Entonces, puede que tengamos que extirpar la toxina».

«Solo tenemos que agotarlo y esperar el momento adecuado».

—Basta de jueguecitos. —La furia de Moros sacudió el templo. Alzó las manos y caí de rodillas; mi luz titilaba mientras combatía la presión. A mi lado, Thatcher se esforzaba por tenerse en pie; su poder luchaba contra la fuerza que intentaba aplastarnos.

Pero habíamos conseguido la distracción que nos hacía falta.

—¡Ahora! —rugió Thatcher, e invocó su poder. Mientras Moros se concentraba en apisonarnos, la voluntad de Thatcher invadió el cuerpo de Olinthar sin encontrar resistencia.

A Olinthar se le empezó a abrir la carne. Los músculos se retorcían y contraían hasta quedar desgarrados. Pero Moros reaccionó de inmediato: una luz dorada brotó de cada herida, en un intento de reparar los desperfectos provocados por Thatcher.

—Sal de ahí —rugió Thatcher.

Era un sonido espeluznante, húmedo, de desgarrones y crujidos. Las costillas se salieron con horribles chasquidos del tórax del aesymar, que Thatcher hacía abrirse como una flor pesadillesca.

—No será tan fácil expulsarme, niños. —El bramido de Moros hizo estremecerse el templo.

La fuerza que nos aplastaba se debilitó cuando Moros perdió la concentración. Rodé para levantarme, con el fuego estelar ardiendo. «Yo lo mantengo ocupado», le grité a Thatcher por nuestro vínculo, y me abalancé contra la espalda de Moros.

Mi cuchillo dio en el blanco, entre los omoplatos. Sin emitir ningún sonido, el Primigenio giró hacia mí, lo que brindó a Thatcher la oportunidad que necesitaba. La carne de Olinthar volvió a partirse y desprenderse, revelando las sombrías profundidades de su interior.

—Niña tonta… —Moros alargó una mano y, de nuevo, una fuerza

invisible me atenazó la garganta. Pero esta vez estaba preparada. La luz brotó de toda mi piel y consumió su agarre mágico—. No tienes ni idea de lo que haces. —Me clavó aquellos ojos plateados y respondí con una sonrisa.

Y, entonces, su cavidad torácica terminó de abrirse.

Todos los órganos estaban rodeados de una sustancia negra que se adhería y goteaba como el alquitrán por algunas partes, hasta desvanecerse en el éter como una sombra.

Me entraron ganas de vomitar. Era absolutamente repugnante.

Una energía dorada curativa se deslizaba por la herida.

—¿Quieres vestir carne? —Los ojos de Thatcher se iluminaron, y entonces lo vi. Solo duró una fracción de segundo, pero habían adquirido el plateado de los Primigenios—. Pues sufre dentro de ella.

Volví a lanzarme desde un lado, para seccionar con los cuchillos estelares los zarcillos de luz dorada que intentaban proteger la verdadera forma de Moros. Con cada corte, las sombras se retorcían y retrocedían, debilitando su dominio del cuerpo de Olinthar.

—No eres más que un parásito —dije con desdén, y hundí otro cuchillo en la masa de sombras que había quedado a la vista—. ¿Qué harás cuando no tengas una figura a la que aferrarte?

La ira de Moros era volcánica. Del pecho abierto brotó una fuerza invisible que nos lanzó a Thatcher y a mí hacia atrás. Nos estrellamos contra paredes opuestas, pero ya estábamos preparados para cualquier cosa, y avanzamos de nuevo.

—Vorinar me dio algo muy especial… —Era como una voz que ronroneara a nuestro alrededor, sin que saliera el menor sonido de los labios de Olinthar. Aquella esencia negra, parecida al alquitrán, seguía brotando de la herida del tórax, y el control de Moros se

debilitaba. —Una nueva inspiración.

Y, entonces, Olinthar quedó inmóvil.

La verdadera forma de Moros brotó de la cavidad torácica, un géiser de sombra líquida y oscuridad enroscada que se evaporó en niebla.

El cuerpo de Olinthar se derrumbó, con el pecho convertido en un amasijo de carne desgarrada y huesos al aire. El hueco que había creado Thatcher se abrió de par en par; pude ver la columna vertebral a través de la zona que deberían ocupar las costillas. Su corazón aún latía débilmente, visible entre los jirones de carne, y con cada contracción surgía más de aquella sustancia oscura, que se acumulaba sobre la piedra.

Debería estar muerto.

Pero ya había entrado en funcionamiento la curación divina. Un resplandor dorado destellaba por los bordes de la herida. Las costillas se retorcían, tratando de recordar su forma. La carne se movía despacio para cerrar la brecha. El pecho subía y bajaba con respiraciones húmedas y burbujeantes.

«Lo hemos conseguido —transmití por nuestro vínculo, y avancé cojeando hacia mi hermano. Me corría sangre por la espalda—. Hemos conseguido derrotarlo. Hemos…».

—Habéis luchado con valentía, no cabe duda, pero no sabéis a qué fuerzas os enfrentáis —la voz resonaba en la estancia—. Yo ya existía antes de que vuestro panteón inhalara su primer aliento, y seguiré existiendo cuando haya muerto la última estrella.

—Puede ser —dijo Thatcher con calma. Tenía sangre coagulada en los brazos, donde lo había abrasado la luz de Olinthar—. Pero no aquí. No en este mundo.

—Entonces, será en el siguiente.

La realidad se desgarró.

Comenzó como un único punto de nada absoluta, del negro más puro e implacable. A continuación, se fue extendiendo como un desgarrón irregular. Trastabillé y busqué a Thatcher con la vista. Había retrocedido para apartarse del vacío.

—Este es el espacio que separa los reinos.

Era la oscuridad infinita, una extensión en la que quizá se encontrasen los otros tres panteones, perdidos en el cosmos. Aquella era la voraz ausencia hambrienta que se había tragado tres cuartas partes de la divinidad durante la Ruptura.

Y quería alcanzarnos.

La grieta se ensanchó; sus bordes formaban fractales que se extendían. Sentía su tirón. Aquella cosa quería deshacerlo todo, destruir el mundo y sus pedazos.

—¿Qué has hecho? —grité a la forma de Moros, que se dispersaba.

Resonó aquella risa terrible procedente de todas partes y de ninguna.

—Abrir una puerta. Y tu hermano me ha ayudado.

El tirón se intensificó. El templo se disolvía y sus fragmentos caían hacia arriba, hacia la nada. Pero no era aleatorio; la herida había elegido su alimento.

Quería a Thatcher.

Resbaló en la piedra mientras la fuerza se centraba en él. Intentó agarrarse a algo, usar su poder, pero no había una materia viva que manipular. Sus habilidades, tan poderosas contra la carne y la sangre, no encontraban agarre en aquella laceración de la

existencia.

Me lancé hacia él y le agarré la mano en el preciso momento en que sus pies se levantaban del suelo. La voracidad lo atraía con una fuerza inexorable.

«¡Aguanta! —El fuego estelar ardía a nuestro alrededor mientras yo intentaba anclarnos a la realidad. Mi poder se enfrentaba a la nada; insistía en que existíamos, que éramos importantes, que no nos adentraríamos en la noche absoluta con docilidad—. ¡Te tengo!».

Pero no era solo que aquella inmensidad quisiera a Thatcher; lo necesitaba. Noté que se me resbalaba su mano, que esa espantosa nada lo arrastraba.

«Suéltame —me transmitió, y su voz mental sonó calmada pese a todo—, o te arrastrará a ti también. Sálvate».

«¡Ni hablar! —Forcé al máximo todos mis recursos: la luz estelar, la fuerza divina, la terquedad mortal y veintiséis años de amor fraterno—. ¡Estamos juntos! ¡Siempre! ¡Eso fue lo que prometimos!».

«Algunas promesas no se pueden cumplir, Thais».

«¡Esta sí! ¡Esta pienso cumplirla!».

Resonó una risa sin origen identificable: la voz de Moros, incorpóreo pero aún presente, disperso pero no aniquilado.

—Si aquí no puedo hacerme con él, será en otro sitio.

—¡No! —Clavé los pies en la roca agrietada y sentí que se disolvía. Se me estaban entumeciendo los dedos, y la luz estelar parpadeaba mientras el abismo insaciable empezaba a devorarme a mí también.

—Como me habéis chafado el plan inicial, he tenido que idear

otro.

La mano de Thatcher resbaló un poco más. Y más. Sus ojos encontraron los míos, desorbitados, conscientes de lo que se avecinaba. No transmitían miedo; eso era inconcebible en Thatcher. En ellos solo había tristeza, un profundo dolor que se extendía por sus iris dorados.

«Cuéntales lo que ha pasado aquí —me transmitió—. Háblales de Moros. De los otros reinos. De la brecha entre los mundos. Diles que tienen que prepararse».

«¡Díselo tú mismo! —Las lágrimas me corrían por el rostro—. ¡Vamos a salir de esta, como siempre!».

«Esta vez no. Te quiero, Thais. No me rendiré sin luchar. Estaré esperándote».

«¡No te atrevas a despedirte de mí!».

Su mano se soltó.

—¡Thatcher!

Me lancé hacia delante y le rocé los dedos mientras él caía hacia atrás. Nuestras miradas se cruzaron a través del umbral. Vi que articulaba dos palabras, y, de pronto, la grieta se cerró como las fauces de un depredador.

—No, no, no. —El fuego estelar chisporroteaba en vano desde mis dedos, intentando reabrir una herida que ya había cicatrizado—. Vuelve. Vuelve, por favor. No puedes… Teníamos un plan. Se suponía que íbamos a hacer esto juntos; se suponía que…

Se hizo un silencio absoluto. Me desplomé en el lugar donde poco antes se encontraba la grieta en la realidad y arañé la piedra sólida, que no mostraba la menor traza del horror que acababa de devorar a mi otra mitad.

Y entonces se oyó una tos húmeda.

Giré lentamente, con las lágrimas corriéndome por las mejillas, y vi a Olinthar en el suelo del templo, esforzándose por respirar. Sus ojos ya dorados, libres de la corrupción plateada, se encontraron con los míos, y percibí un destello de reconocimiento. Y algo más, que me revolvió el estómago: satisfacción. Incluso agonizante, después de todo lo que había pasado, me miraba como si fuese su posesión, su creación.

—Thais… —dijo con un borboteo de sangre—. Hija.

Aquella palabra me dio náuseas. Me puse en pie y, con movimientos mecánicos, automáticos, formé una espada estelar sin proponérmelo siquiera.

—Siempre tan fogosa. —Se echó a reír y todo, salpicando el suelo de sangre.

Alcé la espada, y su luz se reflejó en aquellos ojos dorados. Unos ojos que no mostraban remordimientos, pesadumbre ni ningún otro sentimiento.

—No eres nada —dije entre dientes.

—¿Tú crees? —Sus labios se arquearon en una sonrisa que me dio ganas de frotarme la piel hasta desollarme—. Sigo viviendo en ti. En cada estrella que invocas. En cada una de tus respiraciones. Jamás te librarás de mí.

Bajé la espada.

CAPÍTULO 67
XÜL

Con un gran estruendo, las puertas del templo se abrieron hacia dentro. Mi padre y yo entramos en tromba, con la magia de la muerte enroscada en las manos…

Y nos quedamos paralizados.

—¡Detente! —la voz de mi padre restalló con la solidez de una montaña, pero ya era tarde.

Thais estaba al lado de la figura caída de Olinthar, cuyo pecho atravesaba una espada de pura luz estelar. La sangre salía a borbotones; formaba un charco bajo el rey de los dioses y se derramaba por el oscuro y agrietado suelo de piedra. En el aire aún se notaba la vibración residual del poder.

La mirada de Thais buscó la mía a través de la distancia empapada de sangre. Una mirada hueca. No era fría ni desafiante; solo hueca, como si se hubiera vaciado de todo lo que había en su interior. La espada estelar parpadeó y se desvaneció, dejando atrás tan solo la herida que había abierto en la mismísima divinidad.

Se tambaleó. Me moví de modo instintivo; las sombras me

transportaron en un instante al otro lado del templo. Le fallaron las rodillas, pero la atrapé a tiempo y la estreché contra mi pecho, acunándole la nuca con una mano.

—Te tengo —murmuré con la boca hundida en su pelo—. Estoy aquí, estrellita. Te tengo.

—Thatcher. —Hablaba con tono monótono, inexpresivo—. Se ha llevado a Thatcher.

—¿Quién? —pregunté.

Me agarró la camisa con las manos; fue un gesto mecánico, como si no recordase muy bien qué sentido tenía. La sangre de Olinthar, que le manchaba las manos, empezaba ya a adquirir el color del óxido.

Le besé la sien y noté un sabor a sal y cenizas.

—Dime qué ha pasado. Cuéntamelo todo.

No respondió.

Mi padre se acercó al cuerpo caído de Olinthar, se arrodilló y le tomó el pulso en el cuello. Fue un gesto más ritual que necesario; todos éramos conscientes de que la presencia divina de Olinthar, que debería ser perceptible, brillaba por su ausencia. El sabor característico de su poder, que había dominado el panteón durante eones, se había extinguido como una llamita.

—Está muerto —confirmó Morthus muy serio—. Del todo, sin la menor duda. —Observó la escena con atención: el cadáver de Elysia en un charco de sangre, las columnas del templo destruidas…—. ¿Qué ha pasado aquí?

Al principio, Thais no reaccionó. Se miraba la sangre de las manos como si no la reconociera. Cuando habló por fin, la palabra sonó irreal.

—Moros.

El nombre restalló en el aire como un trueno. Mi padre se quedó pálido, inmóvil. Yo sentí que se me helaba la sangre.

—Es imposible —señaló mi padre—. Moros murió en la Ruptura. Todos percibimos su muerte.

Silencio. Luego, con un hilo de voz:

—Estaba dentro de Olinthar.

—No —atajó mi padre—. Lo habríamos notado.

—¿Cuánto hace? —quise saber. Mi mente repasó a toda velocidad todas las interacciones recientes con Olinthar y las analizó bajo aquella luz nueva y horrible.

Thais parpadeó despacio, como si hasta ese ligero movimiento le costara un enorme esfuerzo.

—Siglos.

Mi padre cayó de rodillas junto al cadáver de Olinthar.

—Dices que lo había poseído un Primigenio. No puede ser. Fue destruido. —Estudió el cuerpo bajo esa nueva perspectiva. Le temblaban las manos.

—Cuéntanoslo todo —dije apremiante, aunque sin alzar la voz—. Thais, por favor. Tenemos que saberlo.

Se quedó tanto rato con la mirada perdida que no supe si iba a responder. Cuando habló por fin, pronunció cada palabra con cuidado, como si temiera que pudiera hacerse pedazos.

—Thatcher desapareció. Los seguí a Olinthar y a él hasta aquí. Intentaba abrirle el pecho a Thatcher… Entonces apareció Elysia y me clavó una espada.

Miré de reojo a la diosa muerta.

—¿Dónde está Thatcher? —pregunté—. ¿Y Moros?

—Ya no están —fue lo único que respondió.

—El poder de Vivros —murmuró mi padre; en su voz se mezclaban la comprensión y el horror—. Si lo que dice Thais es cierto, Moros querría absorberlo. La habilidad de desintegrar la materia… Si la poseyera, sería imparable.

Thais no cambió de expresión.

—Estábamos peleándonos con él, y Thatcher se las arreglaba para quitárselo de encima. —Su voz se tornó aún más inexpresiva—. Pero, entonces, Moros abrió un agujero a la nada. Y se tragó a Thatcher.

Mi padre levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Abrió un paso al Abismo?

Thais se volvió a mirarlo; el vacío de sus ojos era aterrador.

—Lo tenía cogido de la mano. Lo estaba sujetando. Pero se me escurrió. —La mirada se perdió de nuevo en la nada—. Se me escurrió y… desapareció.

Se hizo un silencio, roto solo por su respiración, demasiado estable y controlada; parecía que se acordase de cómo funcionaba y lo hiciera a propósito.

—Dijo que allí podría encontrar a Thatcher —concluyó.

Las consecuencias de aquellas palabras nos dejaron helados. Moros seguía vivo. Había estado al frente del panteón durante años. Conocía todos nuestros secretos, nuestras debilidades, nuestros planes. Y Thatcher, con un poder capaz de rivalizar al de un Primigenio, estaba perdido en el éter, donde Moros podría llegar hasta él.

—Joder —exclamé.

—Una observación acertada —convino mi padre, conmocionado

—. Tenemos que… —Se interrumpió y trató de recuperar la compostura con un esfuerzo perceptible—. A ver, por orden. Olinthar. El traspaso de poder. Ya nos encargaremos del resto más adelante.

—¿Podemos traerlo de vuelta? —La voz de Thais carecía de emoción, como si supiera de antemano la respuesta, pero tuviera que preguntarlo de todos modos.

El silencio de mi padre se alargó un buen rato. Cuando por fin habló, su tono era neutro y controlado.

—Para abrir un paso al Abismo tienen que darse unas condiciones muy concretas. Y muy extremas.

—Explícate.

—Si la grieta que ha abierto Moros ha sido posible es porque había dos fuerzas primigenias que tiraban del tejido de la realidad. El poder de Vivros y la esencia de Moros, dos antiguos enemigos enzarzados en combate. —Sacudió la cabeza muy despacio—. Aunque aunáramos a los doce aesymar, no generaríamos una paradoja de tal calibre. Hacen falta poderes anteriores incluso al panteón, opuestos con violencia, y que creen tal anomalía que la propia existencia ceda ante ellos.

Thais absorbió esa información con rostro inexpresivo.

—Encontraremos otra forma —prometí enaltecido, aunque no tenía ni idea de cómo—. Tiene que haber…

—No la hay —me interrumpió Morthus—. Lo que se extiende entre los reinos no es una puerta que se pueda desbloquear. Es la ausencia de cualquier cosa. Solo una ruptura fundamental de la realidad puede salvar esa distancia.

Thais me miró, y el vacío de sus ojos fue peor que si estuvieran llenos de lágrimas.

—Ya no está.

—Thais…

—¿Y Olinthar? —preguntó Morthus con cautela—. ¿Qué ha hecho después?

Thais parpadeó.

—Está muerto.

No había en sus palabras el menor atisbo de placer por la venganza que había anhelado durante tanto tiempo. Sin Thatcher, matarlo no significaba nada para ella.

—¿Y Elysia? —me interesé—. ¿Qué pinta en todo esto?

La mirada de Thais se posó en el cuerpo tirado sobre un charco de sangre.

—Colaboraba con él. —Una pausa—. Con Moros.

—Creo que hay un detalle que no entendéis ninguno de los dos. —Mi padre se levantó despacio, con la expresión más sombría que le había visto en la vida—. Tú has asestado el golpe mortal, Thais. El dominio de Olinthar, sus responsabilidades, su misma esencia… fluirán hacia ti.

Bajó la vista para mirar el poder divino que empezaba a empaparla.

—No.

—Tus deseos son irrelevantes —respondió Morthus en voz baja —. Ya ha comenzado. ¿No lo notas?

Yo sí lo notaba. Se lo vi en la forma de moverse, en cómo le cambió la respiración. El poder divino había empezado a fluir de modo inexorable, desde el cadáver que se enfriaba hacia la persona que había causado su muerte.

—Tengo que encontrar a Thatcher —insistió como si no hubiese

oído a mi padre, como si no existiera nada más—. Tengo que traerlo de vuelta.

—Thais, escúchame…

—Ya no está —repitió; me miró sin verme—. Lo he soltado y ha caído.

—No lo has soltado —contradije con fiereza, y le sujeté el rostro con las manos—. Te has enfrentado a un Primigenio y has sobrevivido. Has…

—Lo he soltado. —Se le quebró la voz; era la primera emoción auténtica que demostraba desde que pronunció el nombre de Thatcher. Luego, el aturdimiento la cubrió de nuevo como un manto —. Tengo que encontrarlo.

Lo repetía una y otra vez, como un mantra, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. No parecía darse cuenta; no sollozaba ni se estremecía. Solo estaba allí, rezumando dolor, concentrada en un objetivo único e imposible.

Nunca la había visto así. Jamás imaginé que pudiera tener ese aspecto. Mi Thais, que ardía de furia y de luz estelar, que se enfrentaba a dioses con la cabeza bien alta, reducida a aquel caparazón vacío. La mujer que había atravesado el corazón de Olinthar con una espada unos minutos antes y la desconocida de ojos vacuos que sostenía entre los brazos no parecían la misma persona.

Ella era fuerte, inquebrantable. Incluso en sus momentos más amargos, siempre conservaba un núcleo de fuego, un obstinado rechazo a rendirse. Pero la pérdida de Thatcher había conseguido lo que ningún dios: había extinguido su luz. Y yo no tenía ni idea de cómo volver a encenderla.

—No podemos perder el tiempo —dijo mi padre, pero la mirada perdida de Thais hizo que asomara a su voz cierta nota de incertidumbre—. Los demás habrán percibido la muerte de Olinthar y vendrán a investigar.

—Pues que vengan —gruñí. La magia de la muerte chisporroteaba en mi mano libre—. Cualquiera que ponga un pie aquí…

—… verá la oportunidad que representa. —Morthus me interrumpió con una mirada asesina—. Piensa, Xül. Thais acaba de ascender, carece de experiencia y la devora la culpa. Para los Doce, no es la ejecutora de Olinthar; es la corona de Olinthar, a la espera de que alguien se haga con ella.

Lo que eso significaba me sacudió de pies a cabeza. Los Doce verían a Thais como la llave del poder definitivo. No como una persona, ni siquiera una rival; solo un peldaño hacia el trono que les había estado vedado durante milenios.

—La protegeremos. —Mis palabras fueron más una súplica que una afirmación—. Los reformistas…

—Estamos en minoría. —Mi padre dulcificó su expresión—. Syrena nos apoyará, pero ¿y Vorinar? Ahora es una incógnita. ¿Axora? ¿Terralith? ¿Pyralia? Todos ellos están hambrientos de poder. Harían trizas el panteón si eso les diera la oportunidad de conseguirlo.

Thais seguía entre mis brazos, en silencio, presa de nuevo de aquel terrible vacío. Miraba sin ver, con los ojos llenos de lágrimas.

—Vorinar ya no es él mismo.

—¿Qué? —se sorprendió Morthus.

—Moros lo corrompió durante el Juicio —dijo Thais con voz casi

inaudible.

—Entonces, aún contamos con menos apoyo. —Morthus se volvió y se alisó el pelo.

—¿Y qué hacemos?

—Hay… otra opción —sugirió Morthus, dubitativo.

—¿Qué opción? —pregunté alzando la vista.

—Que yo me atribuya la muerte de Olinthar.

Me quedé boquiabierto al oír su propuesta. Thais no reaccionó; quizá no lo hubiera oído siquiera. Pero yo comprendí al instante adónde quería ir a parar mi padre y estallé en cólera.

—Claro, cómo no —respondí con sequedad—. El cuerpo de Olinthar sigue caliente y tú ya estás planeando cómo obtener ventaja. Para ti todo es una oportunidad, ¿no es cierto?

—¿Prefieres que deje cargar con la culpa a la auténtica asesina? —preguntó Morthus con una calma enloquecedora—. ¿Una chica afligida y que casi no puede tenerse en pie, no digamos ya defenderse de todo el panteón?

—No te hagas el altruista —bufé—. Hace siglos que codicias el trono de Olinthar. Y, ahora que da la casualidad de que está vacío, resulta que tú estás dispuesto a asumir esa responsabilidad.

—Sí —respondió sin más—. Lo quiero. Y he trabajado para conseguirlo. La diferencia es que yo estoy preparado para lo que venga a continuación, y ella no.

Quería descargar mi cólera sobre él, gritarle que era un cabrón oportunista. Pero, al mirar a Thais sumida en su dolor, ajena al huracán político que se iba a desencadenar en cualquier momento, comprendí que no se equivocaba. Y eso empeoraba la situación.

—Los otros impugnarán tu derecho al trono —respondí. Trataba

de encontrar fallos en su lógica y, a la vez, me odiaba por siquiera considerar la idea—. Ya eres una amenaza para los tradicionalistas. Si además creen que has matado a Olinthar…

—Se volverán en mi contra, sí. Pero mi posición está bien consolidada. Soy poderoso. Tengo aliados, recursos, siglos de maniobras políticas que puedo aprovechar. —Señaló a Thais—. Lo único que tiene ella es un poder en bruto que no sabe controlar y una diana pintada en la espalda.

—Exacto. Tenemos aliados que…

—Que ¿qué? —La voz de mi padre adoptó un tono cortante—. ¿Que la protegerán a todas horas? ¿Que se enfrentarán a todo el panteón cuando venga a por ella? —Se me acercó más y vi en sus ojos esas frías maquinaciones que lo habían mantenido tanto tiempo como segundo del panteón, solo por detrás de Olinthar—. Todos confabularán contra ella, de uno en uno o a la vez. Y vencerán.

—Antes tendrían que pasar por encima de mí. Todos y cada uno de ellos.

—Eres poderoso, hijo mío, pero no tanto. Axora sola podría…

—Podría intentarlo. —Bajé la voz—. Estoy dispuesto a pintar el templo con sangre divina antes de permitir que le pongan un dedo encima.

Morthus me observó un rato con atención.

—Morirías por ella.

—Sin dudarlo ni un instante. —Acaricié el cabello de Thais, que temblaba estrechada contra mi cuerpo; era un gesto dulce, pero mis palabras fueron violentas—. Pero me aseguraría de llevarme por delante a tantos como me fuera posible, empezando por el primero que se le acercase.

—Un gesto muy romántico. Y del todo inútil. —Sus rasgos se ensombrecieron todavía más—. No pienso permitir que otro dios aproveche la oportunidad.

Lo dijo de un modo que me heló la sangre. Sin pensarlo, estreché a Thais con más fuerza.

—¿Qué insinúas?

—Digo que, si me atribuyo esta muerte, tengo que ser lo bastante fuerte para conservar el trono. Lo bastante para que nadie ose enfrentarse a mí. —Me taladró con la mirada—. Tu matrimonio con Nyvora dividiría a los tradicionalistas. Me daría la alianza que necesito.

—Que te den. —Sonó como un gruñido—. No voy a cambiar la vida de Thais por unas cadenas.

El silencio se alargó, preñado de amenazas implícitas. Cuando Morthus habló por fin, fue con voz suave y amenazadora.

—Entonces, tendré que considerar todas las posibilidades que me permitan mantener la estabilidad del panteón. Todas ellas, incluso las que preferiría evitar.

Un gruñido grave se me escapó de los labios.

—No te atreverás.

—Si he gobernado Draknavor tanto tiempo es porque he hecho lo que se tenía que hacer —respondió con naturalidad—. No me obligues a demostrártelo.

Me puse en pie y levanté conmigo a Thais, aún entre mis brazos.

—¿Podrías asesinar a una mujer inocente? A la que tu propio hijo… —Fui incapaz de terminar la frase, de poner en palabras lo que ella significaba para mí.

—¿Para impedir que estalle la guerra y destruya todo lo que

hemos creado? ¿Para evitar que los tradicionalistas hagan del reino un sitio aún más oscuro? —La convicción ardía en sus ojos como una llama—. Podría, sí. Y lo sabes.

Thais se agitó entre mis brazos, perdida en su dolor, ajena al hecho de que su vida pendía de una negociación. Aunque, en realidad, no había muchas opciones donde escoger.

—Maldito cabrón —susurré.

—Sí —convino impasible—. Pero soy un cabrón que mantiene su palabra. Acepta el matrimonio y ella vivirá bajo mi protección. Si lo rechazas… —No le hizo falta concluir la frase.

De pronto le cambió la cara, y sus facciones mostraron algo que iba más allá de las simples maquinaciones políticas, algo más profundo.

—No pienso renunciar a mis objetivos, Xül —siguió—. Ni por ella ni por ti ni por nadie. Llevamos demasiado tiempo trabajando, hemos sacrificado demasiado, para permitir ahora que el caos lo destruya todo. El panteón debe cambiar. Las costumbres de la vieja escuela, la crueldad, los juegos de poder inacabables… mueren con Olinthar. Pero un cambio así requiere, en primer lugar, estabilidad.

—¿Así que el fin justifica los medios? —Cada sílaba fue como una puñalada asestada al silencio.

—¿Si a cambio se consigue un reino que no recolecta a los jóvenes con dones para la diversión de las divinidades? ¿Donde los mortales no son las fichas del juego de los inmortales? Sí. He hecho cosas terribles para que lleguemos a este punto. Si es necesario, las haré mucho peores. Porque la alternativa es inaceptable. —Miró a Thais y, por un momento, vi en su rostro auténtico pesar—. Ella no se merece verse atrapada en esta situación. Pero ninguno de

nosotros recibe lo que merece, solo lo que puede rescatar de entre los escombros.

Bajé la vista para contemplarla, mi fiera estrellita que se había abierto paso hasta mi corazón, y luego la alcé de nuevo para mirar a mi padre. Vi en sus ojos que era sincero. Lo haría. Para alcanzar su visión de un panteón mejor, para impedir que algo peor lo sustituyera, por el bien común que había perseguido durante toda su existencia, sería capaz de añadir la muerte de Thais a su lista de pecados inevitables.

El futuro que me había imaginado se hizo pedazos. Todos aquellos momentos robados, el eco de sus risas en la Aguja de Hueso. El modo en que ella me había plantado cara, me había desafiado, me había hecho sentir vivo por una vez en mi vida. Los planes que casi no había reconocido ni ante mí mismo: mostrarle los rincones ocultos del reino, ver cómo crecía su poder a medida que lo dominaba, quizá oírle decir algún día que ella también me quería.

Todo eso se redujo a cenizas.

Porque la quería más que a mi propia libertad. Más que a ningún futuro. Más que a nada.

—De acuerdo —acepté en voz baja. Besé la frente de Thais, inhalé el aroma de la luz estelar y la tormenta, y me lo grabé en la mente.

Vi un destello de orgullo en los ojos de Morthus y me dieron ganas de abalanzarme sobre él.

—Tienes mi palabra. Estará bajo mi protección.

—Ella vale más que todo eso —dije con suavidad. Thais se apretó más contra mi pecho; incluso en aquel estado, derrumbada, buscaba consuelo en mí. La sujeté mejor—. Vale más que todas tus

ambiciones, tu bien común, tu panteón perfecto.

—El amor nos convierte a todos en tontos, hijo mío; tanto a los dioses como a los mortales.

—En ese caso, de buena gana escojo ser tonto. —Observé la mirada perdida de Thais, la mujer que nunca sabría del vínculo que me había tallado en la piel para asegurarme de que siempre estuviera a salvo, para poder encontrarla en cualquier circunstancia. Nunca sabría que mi alma estaba atada a la suya, que mi corazón solo latía por ella, más y más a cada día que pasaba.

Aquel era el precio de su supervivencia. Y lo pagaría mil veces si hiciera falta, aunque para ello tuviera que pasarme toda la eternidad mirándola a distancia, entregado a otra, siempre que ella pudiera vivir y respirar y, tal vez, algún día, sonreír de nuevo.

Morthus se acercó al cadáver de Olinthar y el poder oscuro se aglutinó alrededor de sus manos.

—Esto tiene que parecer convincente, de forma que nadie se cuestione mi participación.

La magia de la muerte le brotó de las manos y se filtró en el cadáver de Olinthar. La sangre se volvió alquitrán; la expresión apacible se retorció en un rictus de agonía. Las sombras se filtraron bajo su piel y dejaron huellas de deterioro que apuntaban a un asesinato lento y deliberado. Cuando mi padre terminó, Olinthar tenía el aspecto de haber sido torturado por la propia muerte antes de que le asestara el golpe final.

—Su esencia se está transfiriendo a ella —señalé con la voz cargada de tensión—. ¿Cómo piensas explicárselo a los demás cuando lleguen? Lo notarán al instante.

—Notarán algo —convino mi padre con un breve asentimiento—.

Pero nunca había ocurrido nada así, y menos tratándose de uno de los Doce.

—¿Y cuando afirmes que lo has matado tú?

—Se lo creerán porque es lo que esperan —respondió Morthus con un brillo calculador en los ojos—. En cuanto al poder… —Señaló a Thais—. Es solo una hipótesis, claro, pero creo que no se me habría transferido a mí ni siquiera si lo hubiera matado yo. La muerte y la luz se oponen diametralmente. No soy compatible.

—Pero ella sí —dije mirando su figura ausente—. La luz atrae a la luz.

—Exacto. Son del mismo dominio. El poder de él la busca a ella de forma natural. —Se le ensombreció el rostro—. Lo que significa que muy pronto va a tener que aprender a disimularlo, a ocultar aquello en lo que se ha convertido.

Apreté los dientes.

—¿En su estado actual? Si casi no está consciente.

—Sacaremos partido de lo que ignoran y del caos que rodea toda esta situación. Ahora… —Morthus se limpió las manos—, vamos a llamar a los demás. Déjame hablar a mí. No te apartes de ella, pero intenta no parecer demasiado protector. Necesitamos que se concentren en mí, sin preguntarse si vosotros habéis participado de algún modo.

Asentí y sujeté mejor a Thais, que yacía flácida en mis brazos. Tenía los ojos abiertos, pero no miraba. La conmoción, el dolor y el incipiente poder divino formaban una combinación peligrosa. Podía sentir como la esencia de Olinthar se asentaba en sus huesos y trataba de reconvertirla en algo que ella nunca quiso ser.

—Todo irá bien —le susurré mientras la mecía con suavidad.

—Thatcher —dijo con un murmullo casi inaudible—. Tengo que encontrar a Thatcher.

—Lo sé, estrellita, lo sé.

Después de aquello ya no dijo nada más; solo se quedó en mis brazos, mirando al vacío. Su cuerpo estaba presente, pero la mente había buscado refugio en algún lugar seguro. Había visto algo similar en víctimas de tortura: cuando el dolor se volvía excesivo, la mente simplemente… se apagaba.

Iba a comenzar la partida. Y lo único que yo podía hacer era sostenerla y suplicar a unos poderes más antiguos que el propio concepto de oración que, en algún rincón remoto de esa mente destrozada, ella siguiera luchando por regresar.

Pero, teniéndola allí, entre mis brazos, ausente e inmóvil, comprendí la verdad.

La había perdido también a ella.

Solo que de un modo diferente.

CAPÍTULO 68
VICTORIA HUECA

Habían pasado dos semanas desde que atravesé el corazón de Olinthar con una espada. Dos semanas desde que aquella grieta se tragó a Thatcher. Dos semanas de despertarme sin recordar que se había ido, para a continuación asfixiarme de nuevo.

Estaba en las inmediaciones de Cresta Salada, entre las sombras, con la capucha puesta, y contemplaba las cintas de colores que se mecían bajo la brisa. De la plaza brotaba el sonido de la música; del violín salían las mismas canciones que Sulien solía tararear mientras remendaba las redes. Era Henrick quien tocaba. Unos niños pasaron corriendo a mi lado, aferrando entre los dedos pegajosos los dulces de la fiesta, y sus risas cristalinas resonaron en mis oídos.

Celebraban el fin del reinado de Olinthar. El fin de los Juicios. El ascenso de su nuevo rey salvador.

La cabaña tenía el mismo aspecto que unos meses antes, cuando me marché: la desgastada pintura azul se estaba pelando en los mismos puntos; la contraventana torcida que Thatcher no había llegado a arreglar seguía colgando en un ángulo incongruente. La

única diferencia era que en el tendedero ondeaba la ropa de otros. Los hijos de otras personas jugaban en el patio en el que nosotros entrenábamos antaño con espadas de madera.

Me acerqué a la ventana y mi aliento empañó el cristal. Dentro, una mujer removía algo en el fogón. Había un hombre sentado a nuestra mesa, a la mesa de Sulien, y le enseñaba a un niño los mismos nudos que nuestro padre nos había enseñado a nosotros. El niño estaba concentrado, con la lengua asomando entre los labios mientras sus deditos manejaban la cuerda con torpeza.

La vida había fluido hasta ocupar los huecos que habíamos dejado. Como el agua que rellena un agujero en la arena.

En la plaza habían construido una nueva fuente donde antes había un pozo. El agua relucía bajo el sol de la tarde, y los niños se salpicaban entre ellos mientras sus padres chismorreaban y bebían. Por encima había una pancarta: LA LUZ DE LA LIBERTAD ARDE PARA SIEMPRE.

Me dieron ganas de arrancarla.

Pero tan solo me acerqué más a la gente que bailaba.

Y entonces lo vi.

En el centro de la plaza, Marel daba vueltas con una chica pelirroja; los dos se reían de algún chiste privado. Él la sujetaba por la cintura con naturalidad. Cuando la chica perdió el paso, él la sostuvo con la misma fuerza y suavidad con que me había sujetado a mí en otros tiempos. La sonrisa torcida que yo solía recorrer con los dedos le iluminó el rostro mientras susurraba a su acompañante algo que la ruborizó.

Era muy bonita. La hija de un pescador, probablemente.

Esperé a ver si sentía algo.

Me alegraba por él. Siempre supe que encontraría a alguien si yo

por fin me armaba de valor y lo abandonaba o me apartaba de él, si lo liberaba de la jaula en la que, en mi egoísmo, lo tenía encerrado.

Y ahí estaba yo, viendo mi antigua vida como a través de una ventana.

La celebración siguió su curso mientras yo recorría el pueblo. Pasé junto a la panadería en la que Thatcher solía robar bollitos, aunque dejaba unas monedas cuando creía que nadie lo veía. Junto a la cabaña de Lira, que nos vendaba las rozaduras sin preguntar cómo nos las habíamos hecho. Junto a todos aquellos trocitos de una vida que ya no existía.

Mientras todos se volcaban en la boda de Xül, me había escapado del reino divino y había acudido a Cresta Salada. Aquel día no soportaba la idea de quedarme en Voldaris.

Las dos últimas semanas se fundían en mi mente como un borrón indiferenciado. Morthus frente a los Doce, con aquella voz impregnada de una solemnidad que hacía que los dioses lo escucharan.

—Moros vive. Durante años se sentó a esta mesa, oculto tras el rostro de Olinthar mientras buscábamos su consejo, confiábamos en su juicio. Todos los secretos y debilidades que le confiamos alimentaban a un enemigo al que creíamos muerto muchísimo tiempo atrás.

Morthus, hábil con las pausas, les dejó tiempo para asimilar sus palabras.

Los miembros del panteón lo habían escuchado en silencio mientras él pintaba la escena ante ellos. Un Primigenio que estaba al tanto de todas sus desavenencias. Que había arrastrado a mi hermano al espacio que separaba los reinos. Que regresaría, porque

eso era lo que hacían los males arcanos.

La transición de poder se produjo mediante gestos, no palabras. El sutil asentimiento de Davina. La mano de Syrena en el hombro de Morthus. Hasta Sylphia se acercó más para mostrar su apoyo. Cuando Thalor se unió a ellos, la suerte estaba echada. Contaba con el respaldo de cuatro de los Doce.

Suficientes para desanimar a cualquiera que quisiera impugnarlo. Para coronar a un nuevo rey sin que estallase la guerra.

El miedo, después de todo, era el motor de la concordia. Pese a mi aturdimiento, pude ver a antiguos rivales encontrar de pronto intereses comunes. Siglos de división se desvanecían, porque se enfrentaban a algo peor que los conflictos que los separaban.

Lo creyeron porque los líderes como Morthus no solo decían la verdad, la hacían sentir hasta en los huesos.

Cuando propuso sus reformas, respaldado por cuatro dominios, agradecieron que estuviera allí para dirigirlos. Que alguien les dijera cómo sentirse a salvo de nuevo.

El bien común, labrado con pecados necesarios. Un nuevo rey se alzaba sobre las cenizas del anterior. Y yo, sentada allí, me pregunté si no habíamos cambiado a un tirano por otro más inteligente; si Morthus me había salvado o me había encerrado en una jaula más bonita.

Pero, durante todo aquel proceso, guardé silencio. El poder de Olinthar se me había asentado en los huesos como plomo fundido. Me había convertido en uno de los seres más poderosos del reino divino.

Y también en el más vacío por dentro.

Antes odiaba llevar su esencia en la sangre, pero acarreaba

conmigo todo su fuego. Al universo, al parecer, le encantaban las simetrías despiadadas.

Arriba, en el reino divino, Xül debía de estar consagrándose a una mujer a la que no amaba. Uniéndose a ella en nombre de la estabilidad. Otro sacrificio en aras de lo necesario.

Yo creía que iba a pasar la eternidad con él. En la promesa de sus ojos cuando me llamaba «estrellita». En la seguridad que sentía en la Aguja de Hueso. Pero la eternidad era un concepto que ya no comprendía. ¿Cómo iba a pensar en la eternidad cuando a duras penas podía sentir nada más allá del próximo instante?

El hueco que debería ocupar Thatcher era como un dolor físico, un miembro fantasma que me hacía despertarme gritando. Nuestro vínculo privado, por el que antes fluían emociones y pensamientos compartidos, se había transformado en una hebra deshilachada que no llegaba a parte alguna. Solo tenía la consciencia, increíblemente tenue y lejana, de que seguía vivo. Era como el eco de un eco.

Sabía que debería estar furiosa. Que debería hacer pedazos el reino divino, piedra por piedra. Que debería ser algo distinto del cadáver ambulante en que me había convertido y que se movía de forma automática. A veces, a última hora de la noche, me clavaba las uñas en las palmas hasta sangrar para tratar de sentir algo, lo que fuera, con la misma claridad con la que antes lo sentía todo.

La mitad de mi alma ya no estaba, y ni todo el poder divino podría llenar ese vacío. Pero, por los dioses, lo deseaba. Deseaba sentir una cólera que me hiciera arder. Quería que la boda de Xül me afectase, con aquella fiera posesividad que en otros tiempos me habría empujado a la violencia. Quería sentir el dolor que se supone que se siente al perder todo lo que se ama.

Y, sin embargo, de mí no quedaba más que… aquello.

Recorrí el camino que conducía a los acantilados, al lugar en el que perdí el control por primera vez y arranqué las estrellas del cielo para Marel. Donde todo se torció.

El sendero era tal como lo recordaba, desgastado por las botas de generaciones de pescadores, traicionero a la luz del anochecer para quien no supiera dónde pisar. Pero mis pies encontraron el camino de modo inconsciente. El cuerpo recordaba ciertas cosas para siempre.

El océano se extendía frente a mí, grandioso e indiferente. Las olas chocaban contra aquellas rocas que estaban allí desde ante de que los dioses inspirasen su primer aliento y seguirían allí mucho después de que todos nos convirtiésemos en polvo. Había algo sincero en esa constancia, en saber que algunas cosas, sencillamente, permanecían.

—He pensado que te encontraría aquí. —La voz de terciopelo me acarició la piel.

—¿No deberías estar en tu boda?

—La ceremonia ha terminado hace una hora. —Se me acercó, y sus pasos, cuidadosos como si caminase sobre un cristal, hicieron crujir la grava.

—Y ahora estás aquí.

Guardó silencio largo rato. Cuando habló de nuevo, tenía la voz ronca.

—No podía quedarme allí y fingir mientras sentía que… —Se interrumpió.

—Deberías volver. Tu esposa estará buscándote.

—Que busque. —Había amargura en su voz, pero también algo

más. Algo que sonaba a pesadumbre—. Ya tiene lo que quería. Todos ellos.

En silencio, contemplamos las olas que cubrían las rocas de espuma. El espacio que nos separaba estaba repleto de palabras sin pronunciar, de distancias insalvables.

—Quería pedirte perdón —dijo con voz entrecortada—. Por todo. Por la boda. Por no ser capaz de… —Se le quebró la voz—. Dioses, Thais. Lo siento muchísimo.

—No hace falta. —Mis palabras carecían de emoción—. Has hecho lo que debías. Como todos.

—Thais…

—No puedo ser lo que necesitas. —Mantuve la vista fija en el horizonte—. No puedo ser lo que no necesita nadie. Ya no.

—Eso no es cierto.

—Claro que sí. —Me volví a mirarlo para que viera el cascarón vacío en que me había convertido.

Rebuscó en mis ojos y algo se rompió en los suyos. Alzó una mano hacia mi cara y luego la dejo caer, como temeroso de tocarme.

—Sigues ahí dentro. Atenuada, quizá. Dolida. Pero no has desaparecido.

—La mitad de mí ya no está. —La brisa se llevó mi voz—. La parte que sabía cómo sentir. La que albergaba esperanzas. Esa parte se ha ido con él, esté donde esté.

Quería tocarlo y sentir que se me aceleraba el corazón. Quería besarlo y saborear sus labios. Quería enfadarme con él por casarse con otra, gritar hasta que me sangrara la garganta, sentir la puñalada de la traición. Pero la idea de hacer cualquiera de esas cosas, de que todo me cayera encima de golpe, me aterraba. No

podía.

Y ese vestigio de deseo no era sino otro recordatorio de todo lo que había perdido.

Extendió la mano hacia mí, lento, cuidadoso, como quien se acerca a un animal herido. Al ver que no me apartaba, me abrazó y me estrechó contra su pecho. No le devolví el abrazo, pero tampoco me aparté. Solo me quedé inmóvil mientras él hundía el rostro en mi pelo.

—Encontraré alguna forma de arreglar todo esto —me susurró en voz baja y fiera.

—No tiene arreglo.

Me estrechó con más fuerza y pude sentir que controlaba con cuidado su respiración. Con mucho cuidado, como si estuviese conteniendo un océano.

—Mi corazón late y siempre latirá por ti. —Las palabras sonaron ásperas, con un deje de oscuridad—. Te pertenezco por completo. Y siempre te perteneceré.

Deseaba que aquella confesión me hiciera sentir algo. Deseaba decirle que se merecía algo mejor que el vacío en que me había convertido. Deseaba que me afectase que se hubiera casado con otra mujer una hora antes y sin embargo estuviera allí estrechándome entre sus brazos como si yo fuese todo su mundo.

Tenía ganas de llorar, de venirme abajo. De que sus palabras me rompieran por dentro para poder sentir por fin el dolor que se asentaba en mi pecho como una piedra. Sabía que estaba ahí, notaba su peso, su forma, cómo me oprimía las costillas cada vez que respiraba. La pérdida. De Xül. De Thatcher. Del futuro en el que todos sobrevivíamos intactos. Todo aquello estaba enterrado en mi

pecho, bajo aquel terrible letargo.

—Lo sé —respondí sin apartarme.

Se quedó inmóvil, con todos los músculos en tensión.

—Thais, por favor… Grítame. Golpéame. Ódiame. Lo que sea menos esto.

—No puedo.

Nos quedamos allí, como estábamos, mientras el sol se hundía bajo el mar. Dos seres destrozados que se sostenían el uno al otro.

Me abrazaba, y las olas rompían contra las rocas.

Cuando habló de nuevo, su voz se había vuelto fría.

—Dices que no sientes nada. Pero yo lo percibo, Thais. Todo ese dolor que llevas a cuestas. Es… —Se interrumpió y se puso a mover la mandíbula, pensativo.

Me aparté un poco y lo miré. Sus ojos eran pura oscuridad.

—¿Qué quieres decir?

Me rozó la mejilla con los dedos, un contacto tan dulce que casi me dolió.

—Nada. Es solo que… Te conozco, Thais Morvaren.

Me quedé mirando el mar, cada vez más oscuro. Thatcher estaba en algún lugar. Quizá no en aquel reino, ni en ningún otro que aún existiese. Pero seguía vivo. Estaba tan segura como de mi propio nombre.

—Siento que lo pierdo —susurré—. Cada día está un poco más lejos. Como si hasta la gravedad lo alejase de mí.

—Sigue ahí fuera, Thais. Y es muy fuerte. Le corre sangre de los Primigenios por las venas —señaló Xül—. Esté donde esté, es un rival temible para cualquiera que se interponga en su camino.

Le di un apretón en la mano; fue todo el afecto que pude

demostrar. Nos quedamos allí juntos mientras la oscuridad se adueñaba del cielo. En algún sitio, más allá del horizonte, más allá de la realidad, estaba Thatcher.

«Estaré esperándote».

Fue una de las últimas cosas que me dijo. Me aparté.

—Quédate conmigo —me pidió Xül de pronto—. No te vayas aún. Podemos seguir aquí tanto tiempo como quieras.

—Eso solo complicaría más las cosas —le recordé—. No puedo darte lo que necesitas.

—No necesito nada de ti —habló con fiereza—. Me basta con que existas, que sigas ahí, que me dejes ayudarte a llevar esa carga hasta que la puedas volver a llevar tú misma.

—¿Y si eso no pasa?

—Entonces, yo la llevaré para siempre. —Sonó como si fuese algo tan innegable como la salida del sol—. En eso consiste querer a alguien.

El amor.

Un sentimiento maldito e inclemente.

CAPÍTULO 69
UN ATISBO

Mi chapitel se elevaba en el paisaje como un dedo que apuntase al cielo, aislado e imponente frente a la luminosidad de la periferia de Sundralis. Había escogido aquel sitio en concreto por lo lejos que estaba de la capital y de los otros aesymar.

Cuando me acercaba a los escalones de mármol vi una figura junto a la puerta.

No apreté el paso ni lo frené. Seguí caminando con el mismo ritmo mesurado. La figura dio media vuelta.

Heron.

Sus ojos, blancos y ciegos, me detectaron con una precisión perturbadora, y una sonrisa amable asomó a su rostro curtido. Estaba muy distinto de cuando lo conocí.

—Thais… —Inclinó la cabeza—. Me alegro de verte de nuevo.

—Heron… —Le devolví el saludo con el tono anodino que usaba en todo momento—. Estás muy lejos del desierto.

—Desde luego. —Se apartó a un lado para franquearme el paso a la puerta—. Aunque la distancia ya no es lo que era.

—¿Cómo me has encontrado?

—Los hilos del destino llevan a todas partes a quienes saben seguirlos —respondió con una sonrisa.

Transcurrió un segundo, y luego otro.

—¿Querías algo, Heron?

—Tenía la esperanza de que me invitaras a entrar, siempre que el momento no sea inadecuado.

Se abrió la puerta y lo hice pasar con un gesto.

—¿Quieres un té?

—Sí, gracias.

Nos acomodamos en la sala de estar. Estaba decorada y amueblada de modo idéntico al resto de aquel dominio empapado de luz solar.

—Siento lo de tu padre. —Le serví una taza de té.

Su expresión cambió de modo casi imperceptible.

—Cayó en el preciso momento en que Moros se desvaneció. Fue… como si se hubiera parado, entre un latido y el siguiente. —Cogió la taza con manos firmes—. Dadas las circunstancias, fue una muerte muy pacífica.

Asentí y bebí un trago de té.

—Tras su muerte, Morthus me visitó. —Esbozó una sonrisa irónica—. Me ofreció el puesto de mi padre, la oportunidad de ascender en condiciones. —Se señaló con las manos—. Como puedes ver, la acepté.

—Aesymar del destino. —Bebí otro trago de té—. Enhorabuena.

—Gracias. —Me estudió con aquellos ojos ciegos que veían demasiado.

Nos quedamos unos instantes en silencio.

—¿Qué tal lo sobrellevas? —preguntó al fin—. La transición a la inmortalidad puede resultar… abrumadora.

—Bien —respondí sin emoción—. Todo va bien.

—Ah… —Asintió con aire sabio—. El mismo «bien» que usó mi madre cuando prendí fuego al huerto por accidente tratando de averiguar qué plantas iban a sobrevivir al invierno. La respuesta fue «ninguna», por cierto.

—¿Puedes ver el destino y no viste venir eso?

—El destino y el sentido común son, como mucho, primos lejanos. —Bebió de su té, pensativo—. Además, tenía doce años. Y era ciego. Dadas las circunstancias, el fuego fue más impresionante que destructivo.

—¿Cómo se las arregló un niño ciego de doce años para provocar un incendio sin querer?

—Con una buena dosis de creatividad y un malentendido flagrante. —Sonrió al recordarlo—. Pensé que, si me concentraba mucho en ver el futuro, el universo me lo mostraría por… otras vías. Resulta que la idea de «otras vías» que tenía el universo incluía una lupa que no sabía que llevaba en la mano y una mata de romero reseca.

—Eso es…

—Mi madre me hizo volver a plantarlo todo de nuevo, a tientas. —Soltó una risita—. Eso me sirvió para aprender que el destino rara vez se muestra mediante gestos grandilocuentes. Suele ser mucho más sutil: un hilo fuera de lugar, una pauta donde no debería haberla…

Dejé la taza en la mesita.

—¿Hay algún motivo para que me hayas contado esta historia,

Heron?

—Siempre hay motivos para todo. Que merezcan la pena o no… —Agitó la mano—. Pero sí. Estos últimos días he pensado mucho en fuegos inesperados. En chispas donde solo debería haber cenizas.

Su tono me llamó la atención.

—¿A qué te refieres?

—¿Sabes qué es lo más extraño de ser el aesymar del destino? —No esperó respuesta—. No es ver el futuro; lo he visto toda mi vida. Es el alcance. Antes veía los hilos de nuestro reino: los nacimientos, las muertes y todas las decisiones intermedias. Ahora veo… confines.

—¿Confines?

—Lugares en los que nuestra realidad entra en contacto con lo que hay más allá. Los extremos deshilachados donde los hilos… se truncan. —Dejó la taza y adoptó una expresión más seria—. Casi todos terminan sin más: la muerte, la transformación, la ascensión… Son finales claros y nítidos. Pero otros están desgarrados, rotos a medio hilar.

Se me encogió el corazón.

—¿Y?

—Y ayer, mientras catalogaba esos confines desgarrados, vi una cosa que hizo que se me cayera el té. Y era un té estupendo. Menudo desperdicio.

—Heron…

—Paciencia. Soy, oficialmente, viejo; tengo derecho a divagar. —Pero había clavado los ojos ciegos en mí—. El caso es que un hilo que se había oscurecido… parpadeó de pronto. Como una vela en una ventana lejana. Solo un instante, pero fue inconfundible.

Sus palabras me corrieron por la piel.

—Es imposible.

—¡Eso mismo dije yo! Y en voz bastante alta, la verdad. Casi mato de un susto a mi nuevo ayudante; el pobre muchacho creyó que había tenido una visión terrible de su destino. —Se inclinó hacia delante—. Pero no es imposible.

—¿Qué hilo? —pregunté con voz ahogada.

Su expresión se dulcificó.

—Creo que ya lo sabes. A fin de cuentas, si te he visitado es por algo.

Dejé las manos inmóviles sobre la mesa.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, dentro de treinta y seis años, durante siete segundos exactos, veré chisporrotear un hilo que ya no debería existir.

La taza se me escurrió de entre los dedos y se hizo pedazos contra el suelo de piedra. El té formó una mancha oscura. Pero yo no podía apartar los ojos de Heron.

—¿Thatcher? —Se me hizo un nudo en la garganta—. ¿Has visto a Thatcher?

—Durante siete segundos, su destino volverá a ser legible. Existirá de algún modo que lo pondrá en contacto con este reino.

Casi se me paró el corazón. Fue la primera sensación auténtica en varias semanas, un dolor como si algo me clavara las garras en el pecho con violencia.

—¿Qué significa eso? ¿Está…? ¿Estará…?

—No lo sé —dijo Heron con gesto serio—. No alcanzo a vislumbrar en qué estado se encontrará. Solo sé que, durante siete

segundos, su hilo existirá en algún sitio en el que podré verlo.

—Pero sigue vivo. —Me aferré a la mesa con tanta fuerza que agrieté el mármol—. Dentro de treinta y seis años estará vivo.

—Sí, querida. Eso es lo que intento decir.

Ya no me sentía abotargada; la niebla había desaparecido y mi mente corría desbocada.

—¿Cómo?

—Si tuviera que hacer una conjetura —dijo Heron pensativo—, supondría que va a ocurrir algo que haga oscilar el velo que separa los reinos. Una grieta, quizá. O algo que debilite provisionalmente las barreras que separan nuestra realidad del Abismo que hay más allá.

—Siete segundos. —Me levanté de un salto y me dirigí a la ventana. En el exterior, la luz cegadora de Sundralis se extendía hasta el infinito—. Eso no es nada. Es solo…

—Es más de lo que tienes ahora.

Posé las palmas en el vidrio fresco y sentí algo que creía haber perdido para siempre. Una chispa. Era frágil y diminuta, pero inconfundible.

—¿Dónde? —Me volví hacia él—. ¿Y cuándo? Quiero saber el momento exacto. Cuéntamelo todo.

—Me temo que fue una visión muy breve, más una impresión que algo detallado. Dentro de treinta y seis años. Siete segundos. Es todo lo que sé con seguridad.

—Es bastante. —La chispa que ardía en mi pecho cobraba fuerza y proyectaba su calor por mis venas, que hasta ese momento parecían de hielo—. Tiene que serlo.

Heron se puso en pie y caminó hacia la puerta.

—Le he dado muchas vueltas a si debía contártelo o no. La esperanza, cuando se asienta sobre unos cimientos tan inestables, puede ser brutal.

Lo seguí. Tenía la cabeza hecha un lío.

—No es esperanza. Es una cuenta atrás.

Heron asintió despacio.

—Ojalá el destino te trate mejor que hasta ahora, Thais Morvaren. Y ojalá los que se han ido puedan regresar.

Cuando se marchó y yo me quedé sola en el chapitel, por primera vez desde la marcha de Thatcher sentí una tensión en las comisuras de los labios, como si quisieran doblarse en una sonrisa.

El Abismo se había llevado la mitad de mi alma.

Dentro de treinta y seis años, durante siete segundos, tendría la oportunidad de recuperarla.

Y estaría preparada.

CAPÍTULO 70
THATCHER

Oscuridad.

No se trataba de una oscuridad como la que sigue al ocaso ni como la que acecha en los rincones. Era una nada que devoraba la luz, el sonido, la esperanza. Ya me había familiarizado con aquella oscuridad.

Porque llevaba una eternidad cayendo.

El estómago me dio un vuelco cuando la sensación de ingravidez volvió a apoderarse de mí. El vértigo distorsionaba la realidad mientras Moros y yo nos precipitábamos, enzarzados en una lucha desesperada. El Primigenio forcejeaba conmigo mientras nos arrastraba una fuerza invisible, ajena a su control y al mío.

—Es inevitable —siseó Moros con una voz procedente de todas partes y de ninguna—. Aunque esté enlazado a ti, mi poder tira de nosotros a través del cosmos.

No podía verlo en la noche sin fin, pero sentía retorcerse su arcana esencia, hambrienta, que trataba de consumir la mía. De poseerme como había poseído a Olinthar.

—Ella nunca te encontrará —me dijo burlón al oído—. Tu querida Thais no puede seguirnos allí adonde vamos.

Thais. Unos ojos dorados que brillaban con determinación. Un pelo negro como la medianoche que ondeaba a su espalda mientras corría hacia mí con los dedos extendidos, gritando mi nombre, en medio de una realidad que se desgarraba.

El recuerdo se me grabó a fuego en la mente, se convirtió en mi ancla en aquel caos.

Mientras ella estuviera a salvo, lejos de aquel monstruo, me daba igual lo que fuera de mí.

Entonces atravesamos algo, una barrera, como una telaraña que me atrapase el cuerpo. Aguantó un momento, en el que quedé suspendido en la penumbra, y después se rompió y caímos de nuevo.

Y entonces vi la luz. El cielo nocturno se materializó a nuestro alrededor, con estrellas encendidas como faros. Abajo, unos puntitos de luz revelaban un pueblo rodeado de montañas.

—Fascinante —susurró Moros—. Así que el panteón esprithe no pereció.

Me debatí contra su agarre, intentando aprovechar su distracción. Si conseguía zafarme, quizá pudiera…

Las luces se extinguieron y, una vez más, se hizo la oscuridad.

Nos estampamos contra algo sólido, con tanta fuerza que debería haberme desmenuzado todos los huesos. El impacto me resonó en la carne, en los órganos, en el alma; una sinfonía de dolor que me dejó sin aliento.

Crac.

El sonido que hizo mi cuerpo al romperse se extendió por la

nada. El dolor estalló en mi interior, una constelación de sufrimiento más ardiente que ninguna estrella. No podía respirar. No podía moverme. No podía gritar.

Pero la muerte no quiso apiadarse de mí.

Sentí mi cuerpo destrozado reconstruirse, lenta y muy dolorosamente. Los huesos se soldaban. Los tejidos se regeneraban. Todo en un silencio absoluto y sofocante.

¿Se había ido Moros? ¿Me lo había arrancado?

—Arriba, chaval. —La voz retumbó desde todas partes y dio al traste con mi frágil esperanza—. Tenemos por delante toda una eternidad; más vale que empecemos bien.

Mi cuerpo se incorporó en respuesta, aunque los conceptos de «arriba» y «abajo» no parecían tener ningún sentido en aquel lugar.

—¿Dónde estamos? —Mi voz sonaba extraña, distante.

—En una cárcel —dijo saboreando la palabra—. De las más antiguas. Es la forma que tiene el universo de mantener el equilibrio, o de contener cualquier maquinación delirante que se les ocurra a quienes se sienten moralmente superiores. —Una pausa—. No me extraña que los esprithe tengan algo así, y es una ironía maravillosa que estés encerrado aquí conmigo.

En aquel lugar no podía ver nada.

—¿Sabes qué tienen de especial estas cárceles? —prosiguió Moros con una voz envolvente, ponzoñosa—. Que alteran a quienes entran en ellas; los dejan marcados para siempre. Los transforman de maneras irreversibles. —Su voz se redujo a un susurro—. Estoy deseando ver en qué te convierte.

La tensión se palpaba en el aire.

—Te preguntarás por qué aún no me he apoderado de tu cuerpo

—me llegó la voz de Moros a través del vacío—. Aquí las reglas son… distintas.

Percibí las ondas de su frustración.

—Has sido muy listo —continuó— al encerrarnos en un sitio en el que no puedo hacerme contigo por completo.

Al entender lo que eso significaba, en mi pecho se encendió una llamita de triunfo.

Pero la sensación de victoria duró poco: Moros no parecía preocupado por esa limitación.

—Desde luego, los regalos del destino cambian las perspectivas —reflexionó—. Hay muchas líneas, pero ¿cuál debería seguir? ¿En cuál debería fijarme?

Me invadió una fría comprensión. Estaba utilizando el poder que le había robado a Vorinar, la capacidad de ver los futuros posibles, para tramar su fuga, para encontrar la forma de salir de aquella cárcel.

—La pena es que empieza a desvanecerse —añadió Moros—. Esa es la naturaleza del poder usurpado. Si no poseo el cuerpo, solo puedo usar las habilidades durante un tiempo. Cada vez que los miro, los hilos del destino se han hecho más sutiles. —Una risita amenazadora—. Más motivo para darse prisa, ¿no te parece?

«Por encima de mi puto cadáver —pensé furioso—. Estoy dispuesto a pasar la eternidad en este vacío si con ello lo mantengo encarcelado».

Sentí un aliento en el cuello. Me aparté sobresaltado, y Moros se echó a reír con un sonido que se arrastró por la oscuridad.

—Encontrarás la forma de salir de aquí, chaval —dijo, y de pronto su voz sonaba tensa de emoción—. Y entonces la

encontrarás. A la chica de ojos iridiscentes y cabellos de luz de luna. Me la traerás. Y, a través de ti, volveré a tocar el mundo.

—Ni hablar. —El odio se imponía sobre el miedo.

Su murmullo de reflexión me recorrió la piel.

—Lo harás, joven Vivros. Y, como tu medio hermano, ni siquiera recordarás por qué.

—Estuviste alimentándote de él —susurré; la repugnancia y la comprensión se me entremezclaban en las entrañas—. De Chavore.

—Muy bien. Los recuerdos son deliciosos. Fragmentos de las experiencias, de la identidad… ¿Sabías que, cuando se le arrebatan los bastantes a una persona, esta se hace… maleable como la arcilla?

—Monstruo —siseé.

—De una manera o de otra, todo el mundo es una herramienta —susurró con desdén—. Él era una buena vasija para observarte a una distancia prudencial. —Su sonrisa se amplió—. Aunque debo reconocer que el que te cogiera cariño fue una dificultad inesperada. Luchaba con uñas y dientes, a pesar de que yo iba despojándolo cada vez más de su esencia.

Pensé en todas las veces que había visto a Chavore preocupado de verdad por mí, en lo auténtico que parecía durante nuestras lecciones. ¿Se estaría enfrentando al control de Moros en aquellas ocasiones? Me dolió el corazón al darme cuenta.

—Sigue siendo él —dije, más para mí que para Moros.

—Puede que quede algo —concedió Moros sin darle importancia —, pero no lo bastante para plantar cara. Como tampoco te quedará a ti cuando yo termine.

Sentí que Moros se me acercaba, irradiando una voracidad

arcana.

Eché a correr.

Solo podía oír mis pisadas mientras huía a ciegas por el vacío. La dirección era irrelevante; la distancia, ilusoria. Aun así, no paré. El corazón me martilleaba las costillas y me ardían los pulmones de agotamiento.

Pero no podía escapar de él.

—¿Adónde vas, diosecito? —Su voz lo inundaba todo—. No hay ningún lugar en el que puedas esconderte de mí, y nunca lo habrá.

Sentí que unas garras me arañaban la mente, que escarbaban en ella.

«Thais. Piensa en Thais».

Me aferré a su recuerdo. Mi melliza. Mi otra mitad.

Thais. Unos ojos añil que se habían vuelto dorados. Un pelo del color de la medianoche. El desafío personificado.

Me acordé de nuestra infancia, de cuando ocultábamos sus poderes a los aldeanos, de cuando nos bañábamos en la cala al amanecer o cuchicheábamos secretos en nuestro cuartito mientras Sulien roncaba en el contiguo. Su costumbre de apretarme la mano cuando tenía miedo, aunque nunca lo reconociese. Su voz enronquecida de gritar para hacerse oír por encima de las olas. El sonido de su respiración mientras dormíamos espalda con espalda y nuestros corazones latían al unísono.

Y aquel último momento en que ella corría hacia mí con la desesperación marcada en cada línea de su rostro, con los recientes ojos dorados desorbitados por el terror, extendiendo los dedos hacia mí y gritando mi nombre mientras el mundo se separaba entre nosotros.

Moros giraba a mi alrededor, con la paciencia de la mismísima muerte. Me raspaba la conciencia y arrancaba diminutas esquirlas de los límites de mis recuerdos.

—No podrás aferrarte a ella para siempre —susurró con una voz que se me introducía por debajo de la piel.

Eché a correr de nuevo. La oscuridad parecía haberse densificado; la notaba en la piel, espesa como el alquitrán. El tiempo se estiraba, se retorcía. ¿Llevaba horas corriendo? ¿Días?

Cuando por fin me derrumbé, intentando inspirar en un lugar desprovisto de aire, Moros me aguardaba.

—Vamos a volver a intentarlo, ¿vale? —Su hambre era palpable; ondulaba en las sombras que me rodeaban.

«Thais. Acuérdate de Thais».

Su voz… ¿cómo sonaba?

Ojos dorados. Pelo negro. Mi melliza. La chica que había cruzado la grieta en la realidad para ir en mi busca.

—¿Cómo se llamaba? —se mofó Moros con una voz cargada de falsa inocencia.

—Thais —dije entre dientes—. Se llama Thais Morvaren.

—Por ahora.

Eché a correr una vez más, por mucho que supiera que no había escapatoria. El tiempo se había convertido en un concepto abstracto, sin ningún significado en el vacío infinito.

Moros volvió a encontrarme. O puede que me hubiera acompañado todo el rato.

«Recuérdala. Recuerda».

Ojos dorados. Pelo negro. Una chica. Importante para mí.

Nos habíamos criado juntos en… ¿dónde? En una aldea costera.

Casi podía oler el aire salado, notar la arena entre los dedos de los pies.

¿Cuál era su relación conmigo? Una hermana. No; una melliza. Mi hermana melliza.

Y se llamaba…

«Thais».

Sí, eso era. Thais.

—Tu resistencia es admirable —dijo Moros casi con suavidad—. Pero fútil en última instancia.

Volvió a devorarme la mente, y yo grité al vacío mientras perdía la identidad pedazo a pedazo.

El vacío se convirtió en toda mi existencia. ¿Alguna vez había existido otra cosa?

A veces recordaba estar huyendo, aunque no sabía de qué. Ni hacia dónde.

«Acuérdate de ella».

¿De quién?

Una chica de ojos dorados y pelo negro, que intentaba alcanzarme mientras yo me veía arrastrado.

Ya no recordaba su nombre. Solo sus ojos fieros, determinados, cargados de dolor.

¿Por qué sentía una opresión en el pecho al pensar en ella?

—Ya casi estamos —susurró una voz. ¿Siempre había estado ahí?

«Ojos dorados. Con los dedos extendidos en mi dirección».

¿Quién tenía los ojos dorados? ¿Por qué era importante?

El recuerdo se me escurrió como agua entre las manos.

«¿Quién soy?».

La pregunta se perdió en el vacío en el que había estado mi

identidad. Busqué con desesperación algo a lo que anclarme. Nada. No había nada.

«¿Quién soy?», le pregunté al vacío, pero no hubo respuesta.

«¿Quién…?».

Ojos dorados. Pelo negro. Mano extendida.

La oscuridad lo engulló todo.

—Ven, niño. —Una voz atravesó las tinieblas—. ¿Qué haces aquí?

Sentí una presencia que se movía, una figura que surgía de las sombras. Aunque no podía verla, la percibía.

—Soy la reina Andrid Valtýr —dijo acercándose.

Me preparé para cualquier tormento nuevo que aquella entidad pretendiese infligirme.

—La oscuridad no siempre es equivalente al mal —dijo como si me hubiera leído el pensamiento—. Igual que la luz no siempre representa el bien. Prefiero existir en el espacio intermedio.

Su presencia me transmitía una extraña calma.

—No sé qué buscas —añadió con suavidad—, pero puedo darte un propósito. Un lugar en mi reino. Un servicio que dé sentido a tu existencia.

Sentí que me hundía más.

—Tú decides. —Alargó una mano hacia mí—. Aunque creo que no te falta mucho para sufrir las maldiciones de los horrores del Vacío.

Extendí la mano a ciegas, en busca de la suya.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó cuando nuestros dedos se rozaron.

Fui a responder, pero no encontré nada.

La figura de la reina se hacía algo más visible: piel pálida, ojos como pozos insondables. Su pelo parecía disolverse en las sombras.

—¿Serás un regalo del Vacío? ¿Habrás surgido del mismísimo éter? —Me escrutaba con una mirada de interés, curiosa y decidida.

Me dejé guiar por ella.

—Aether —dijo por fin—. Te llamaré Aether.

NOTA FINAL

Si quieres seguir el viaje de Aether, lo encontrarás en *Riftborne* y en *Duskbound*.

AGRADECIMIENTOS

Damos las gracias en primer lugar a nuestros increíbles lectores, así como a los reseñadores de TikTok e Instagram. Vuestro entusiasmo y apoyo hacia cada libro que escribimos no dejan de sorprendernos. Gracias por confiar en nuestras historias, por compartir vuestro amor hacia nuestros personajes y sus mundos y por los amables mensajes, reseñas, correcciones y vídeos con los que nos iluminái s la vida. Ya llevamos tres libros y seguimos maravilladas con esta comunidad que hemos construido juntos. Vuestro entusiasmo alimenta el nuestro, y os lo agradecemos infinito.

A nuestro fenomenal equipo de promoción: sois la columna vertebral de todo lo que hacemos. Vuestro apoyo inquebrantable, vuestro afán por proclamar nuestras obras hasta en el último rincón de internet y vuestra disposición a ayudarnos a llegar a nuevos lectores son más importantes para nosotras de lo que podemos expresar con palabras. Gracias a vosotros, está siendo un viaje extraordinario.

A **Emily Forney**, nuestra agente en BookEnds. Gracias por creer en Grenwich y Lennox. Tu orientación, tu defensa y tu fe en nuestras historias significan mucho para nosotras.

A **Jules Maduro**, de Maduro Creative. Literalmente, no podemos imaginarnos trabajando con ningún otro corrector editorial. Jules, si pudiéramos, gritaríamos tus alabanzas a los cuatro vientos. Tu sagacidad, tu paciencia y tu capacidad para identificar lo que les hace falta a nuestras historias para brillar de verdad no pueden definirse sino como mágicas. Cada ronda de correcciones que nos mandas nos convierte en mejores escritoras, y nos alegramos muchísimo de que estés de nuestra parte.

A nuestros familiares y novios: gracias por entender hasta qué punto nos sumergimos en nuestros mundos de ficción, celebrar nuestras victorias y animarnos cuando nos quedamos en blanco. Un agradecimiento especial para Jill, la madre de Parker, y para Lyn, su tía, además de Amy, la madre de Bree, por ser las primeras en leer cualquier cosa que escribamos y por ser nuestras principales animadoras. Vuestro amor y vuestro apoyo son fundamentales para nosotras.

A nuestras lectoras alfa:

Lizzy Trauer (@tongueincheekpodcast). Lizzy, entraste en nuestro equipo con *Duskbound* y no podemos imaginar cómo habría seguido esta historia sin ti. Desde las horas de conversaciones telefónicas para debatir la estructura del argumento hasta las revelaciones nocturnas regadas con vino, has ayudado a dar forma a esta historia de maneras que jamás habríamos imaginado. Este libro estaría incompleto sin tus brillantes aportaciones y tu apoyo inquebrantable.

Emily Nassar (@ea_nassar). Emily, eres increíble porque nos

das las mejores primeras impresiones, lo que nos permite ver nuestra historia desde otra perspectiva, incluso en sus etapas iniciales. Los escritores no podemos experimentar nuestra propia obra por primera vez; pero, con tus comentarios, te las arreglas para aportar esa chispita que hace posible lo imposible. Gracias por tener ese don.

A nuestras lectoras beta:

Hannah (@dearfantasyreaderpod). Nada más conocerte estuvimos seguras de que serías una fantástica lectora beta. Tu atención al detalle y tu capacidad para captar cosas que se les pasan a otros te hacen absolutamente imparable y nos abren nuevas perspectivas. No siempre es divertida la lectura beta, porque tu misión es criticar y no perderte en la narración, pero se te da de maravilla y te estamos agradecidísimas por tu dedicación.

Mary (@maryscross). Mary, tus comentarios son de lo más conmovedores. Es como si te sumergieras por completo en el libro para, a continuación, mostrarnos su reflejo de la forma más impresionante que se pueda imaginar. Tu perspicacia y tu dedicación a esta historia han resultado tan vivificantes como alentadoras.

Un dato curioso para nuestros lectores: en este libro NO estaría el punto de vista de Thatcher de no ser por Hannah y Mary, así que ¡dadles las gracias!

Sue (@suegainz). No sabemos ni por dónde empezar a transmitirte nuestra gratitud. Sue, nos has ayudado más de lo imaginable con tus ideas, críticas, refuerzos y ánimos, hasta arrancarnos las lágrimas en el mejor sentido posible. No tenemos ni

idea de cómo podría haber sobrevivido nuestro ego en este mundo editorial de no ser por ti. Gracias por ser nuestro punto de apoyo.

Y, por último, gracias a todos los lectores que elijan este libro. Gracias por dejarnos compartir esta historia con vosotros. Esperamos que leerla os guste tanto como nos gustó a nosotras escribirla.

Estamos convencidas de que hemos creado algo grande.

Con todo nuestro amor y gratitud,

BREE Y PARKER

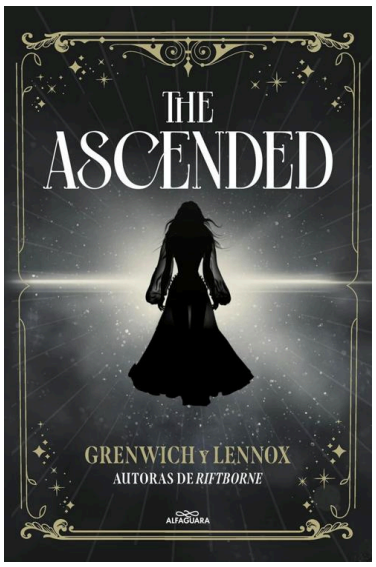
Escucha en Spotify nuestra lista de reproducción inspirada en *The Ascended*.



Algunas canciones están ahí por la letra; otras, para crear ambiente, y varias puede que predigan el futuro.

Hay secretos por los que merece la pena morir.

Otros por los que merece la pena matar.



Thais Morvaren tiene un secreto: oculta su capacidad para forjar armas a partir de la luz de las estrellas. Cuando sus poderes quedan al descubierto, se ve obligada a participar, junto a su hermano gemelo, en las mortales Pruebas de la Ascensión.

Atrapada en una competición en la que nunca quiso participar, transforma su miedo en determinación: matar a Olinthar, Rey de los Dioses. Pero para derribar a un dios, deberá convertirse en uno, aunque para hacerlo lo pierda todo… incluida su relación con el príncipe oscuro, cuyos secretos rivalizan con los suyos.

Bree Grenwich y Parker Lennox son dos almas gemelas platónicas, prácticamente inseparables desde los diecinueve años, cuando se conocieron. Su amor común por la fantasía, las heroínas malotas y los romances apasionados fue la chispa que encendió su sueño de escribir una novela a cuatro manos, lo que por fin se convirtió en realidad con *Riftborne*, su primera obra conjunta. Cuando no están creando mundos llenos de mujeres empoderadas y relaciones arrebatadoras, se dedican a ver *realities* o a obsesionarse con la última temporada de *Dragones y mazmorras*.

A Bree le gusta pasar tiempo con su novio, de quien afirma que es, sin la menor duda, un hombre escrito por una mujer. Piscis de los pies a la cabeza, disfruta de los fines de semana a la orilla del mar o de un lago, absorta en un libro, mientras la música acalla los sonidos del mundo. Además, siente fascinación por lo paranormal y todo lo relacionado con la brujería, cosa que deja traslucir en su escritura.

En cuanto a Parker, vive a caballo entre el sur de los Estados Unidos y la preciosa región vitivinícola de Burdeos, en Francia, en la que visita a su novio (¡prueba tangible de que las novelas románticas pueden ser un reflejo de la realidad!). Con vocación de artista, expresa su creatividad a través del diseño gráfico, la fotografía y deliciosas aventuras culinarias, siempre con la masa madre burbujeando cerca.

Juntas tejen adictivas novelas de *romantasy* dirigidas a jóvenes adultos.

www.greenwichlennox.com
IG de Parker: @ParkerLennoxAuthor
IG de Bree: @BreeGrenwichAuthor

Título original: The Ascended

Primera edición: octubre de 2026

© 2025, Bree Grenwich y Parker Lennox
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Parker Lennox, por las ilustraciones de interior
© 2026, Cristina Macía Orio, por la traducción

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación del diseño original de Parker Lennox para Penguin UK
Ilustración de la cubierta: © Sara Gil Alfageme (Gracer Studios)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-88277-32-0

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

The Ascended

Aviso de contenido

Guía de pronunciación

Prólogo

Capítulo 1. Sal y estrellas

Capítulo 2. Mar y tierra

Capítulo 3. La última luz

Capítulo 4. El ajuste de cuentas

Capítulo 5. El terreno de la prueba

Capítulo 6. La convocatoria

Capítulo 7. La prueba

Capítulo 8. Sangre y piedra

Capítulo 9. El pacto

Capítulo 10. Tras la tormenta

Capítulo 11. La elección

Capítulo 12. Draknavor

Capítulo 13. Thatcher

Capítulo 14. Estrellita

Capítulo 15. Los condenados

Capítulo 16. Sangre y oportunidades

Capítulo 17. Alquimia

Capítulo 18. Jaque mate

Capítulo 19. Verdara

Capítulo 20. La cacería

Capítulo 21. Los cazados

Capítulo 22. Pérdida de sangre

Capítulo 23. Verdades reveladas

Capítulo 24. El juego de la espera

Capítulo 25. El banquete

Capítulo 26. Thatcher

Capítulo 27. La ciudad eterna

Capítulo 28. La corte de la muerte

Capítulo 29. Fantasmas en el jardín

Capítulo 30. Hydrathis

Capítulo 31. Corrientes de memoria

Capítulo 32. Los archivos de la verdad

Capítulo 33. El rey de los dioses

Capítulo 34. Thatcher

Capítulo 35. Las ruinas de los primigenios

Capítulo 36. Fuego en la piel

Capítulo 37. Bestias de fuego

Capítulo 38. Infortunadas debilidades

Capítulo 39. Ecos de los olvidados

Capítulo 40. Bailando con la muerte

Capítulo 41. Asteria

Capítulo 42. El deseo consume

Capítulo 43. Déjate llevar y arde

Capítulo 44. Cuando el paraíso se derrumba

Capítulo 45. El aterrizaje

Capítulo 46. Thatcher

Capítulo 47. Consecuencias inevitables

Capítulo 48. El punto de inflexión

Capítulo 49. El vidente ciego

Capítulo 50. Reflexiones

Capítulo 51. Inmersión

Capítulo 52. Consumidos

Capítulo 53. Thatcher

Capítulo 54. Descubrimientos

Capítulo 55. Lluvia de estrellas

Capítulo 56. Revelaciones

Capítulo 57. La negociación

Capítulo 58. El tapiz de los destinos

Capítulo 59. Cuando el destino se desenmaraña

Capítulo 60. Tras el colapso

Capítulo 61. Despedidas y nuevos comienzos

Capítulo 62. El forjado

Capítulo 63. Desaparición

Capítulo 64. El templo de la oscuridad

Capítulo 65. Xül

Capítulo. 66 El precio de la venganza

Capítulo. 67 Xül

Capítulo. 68 Victoria Hueca

Capítulo. 69 Un atisbo

Capítulo. 70 Thatcher

Nota final

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Grenwich y Lennox

Créditos

Table of Contents

The Ascended
Aviso de contenido
Guía de pronunciación
Prólogo
Capítulo 1. Sal y estrellas
Capítulo 2. Mar y tierra
Capítulo 3. La última luz
Capítulo 4. El ajuste de cuentas
Capítulo 5. El terreno de la prueba
Capítulo 6. La convocatoria
Capítulo 7. La prueba
Capítulo 8. Sangre y piedra
Capítulo 9. El pacto
Capítulo 10. Tras la tormenta
Capítulo 11. La elección
Capítulo 12. Draknavor
Capítulo 13. Thatcher
Capítulo 14. Estrellita
Capítulo 15. Los condenados
Capítulo 16. Sangre y oportunidades
Capítulo 17. Alquimia
Capítulo 18. Jaque mate
Capítulo 19. Verdara
Capítulo 20. La cacería
Capítulo 21. Los cazados
Capítulo 22. Pérdida de sangre
Capítulo 23. Verdades reveladas
Capítulo 24. El juego de la espera
Capítulo 25. El banquete
Capítulo 26. Thatcher
Capítulo 27. La ciudad eterna
Capítulo 28. La corte de la muerte

Capítulo 29. Fantasmas en el jardín
Capítulo 30. Hydrathis
Capítulo 31. Corrientes de memoria
Capítulo 32. Los archivos de la verdad
Capítulo 33. El rey de los dioses
Capítulo 34. Thatcher
Capítulo 35. Las ruinas de los primigenios
Capítulo 36. Fuego en la piel
Capítulo 37. Bestias de fuego
Capítulo 38. Infortunadas debilidades
Capítulo 39. Ecos de los olvidados
Capítulo 40. Bailando con la muerte
Capítulo 41. Asteria
Capítulo 42. El deseo consume
Capítulo 43. Déjate llevar y arde
Capítulo 44. Cuando el paraíso se derrumba
Capítulo 45. El aterrizaje
Capítulo 46. Thatcher
Capítulo 47. Consecuencias inevitables
Capítulo 48. El punto de inflexión
Capítulo 49. El vidente ciego
Capítulo 50. Reflexiones
Capítulo 51. Inmersión
Capítulo 52. Consumidos
Capítulo 53. Thatcher
Capítulo 54. Descubrimientos
Capítulo 55. Lluvia de estrellas
Capítulo 56. Revelaciones
Capítulo 57. La negociación
Capítulo 58. El tapiz de los destinos
Capítulo 59. Cuando el destino se desenmaraña
Capítulo 60. Tras el colapso
Capítulo 61. Despedidas y nuevos comienzos
Capítulo 62. El forjado
Capítulo 63. Desaparición
Capítulo 64. El templo de la oscuridad

Capítulo 65. Xül
Capítulo. 66 El precio de la venganza
Capítulo. 67 Xül
Capítulo. 68 Victoria Hueca
Capítulo. 69 Un atisbo
Capítulo. 70 Thatcher
Nota final
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Grenwich y Lennox
Créditos